

Los grandes navegantes

del siglo XVIII



Julio Verne



Julio Verne nos describe las más famosas expediciones por mar. Viajaremos con La Perouse, Mungo Park, Bougainville, Cook o Maupertuis, que ayudaron a cartografiar el planeta. Redescubrir Julio Verne y embarcarse con los grandes exploradores gracias a esta increíble épica, al mismo tiempo historia de aventuras y documento histórico, que representa el descubrimiento de la Tierra.



Jules Verne

Los grandes navegantes del siglo XVIII

Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros - 2

ePub r1.0

Titivillus 08.08.2017

Título original: *Les grands navigateurs du XIIIe siècle*
Jules Verne, 1879

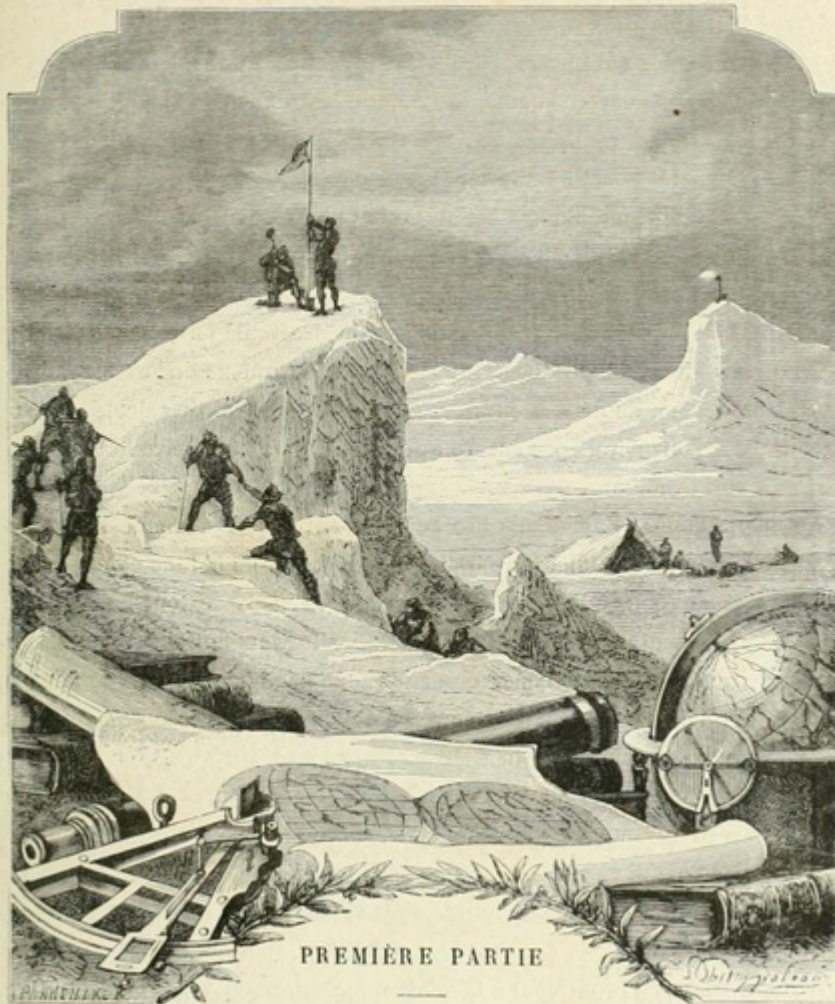
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2







LES GRANDS NAVIGATEURS
DU XVIII^e SIÈCLE



PREMIÈRE PARTIE

CHAPITRE PREMIER

PRIMERA PARTE

LOS PRECURSORES DEL CAPITÁN COOK

CAPÍTULO PRIMERO

I. ASTRÓNOMOS Y CARTÓGRAFOS

Cassini, Picard y la Hire. —El meridiano y la carta de Francia. —G. Delisle y d’Anville. —La figura de la tierra. —Maupertuis en la Laponia. —La Condamine en el ecuador.

Antes de emprender el relato de las grandes expediciones del siglo XVIII, debemos señalar los inmensos progresos realizados por las ciencias durante este periodo, progresos que rectificaron una multitud de errores consagrados y que dieron una base a las tareas de los astrónomos y de los geógrafos. Para no hablar más que del objeto que nos ocupa, diremos que estos progresos modificaron radicalmente la cartografía y dieron a la navegación una seguridad desconocida hasta entonces.

Aunque Galileo ya en 1610 había observado los eclipses de los satélites de Júpiter, la indiferencia de los gobiernos, la falta de instrumentos de suficiente alcance y los errores cometidos por los

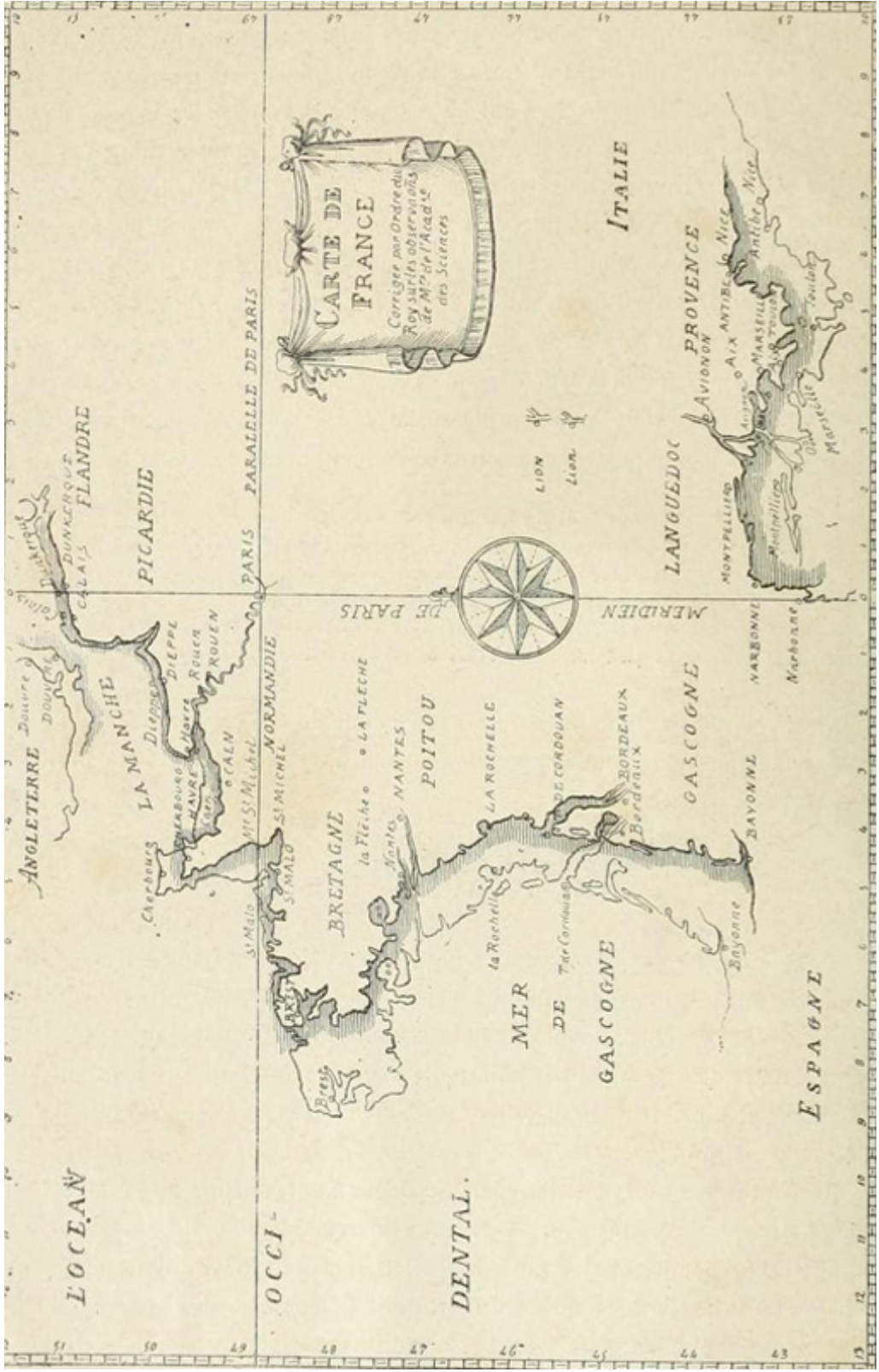
discípulos del gran astrónomo italiano habían esterilizado este importante descubrimiento.

En 1668 Juan Domingo Cassini había publicado sus *Tablas de los satélites de Júpiter*, obra que indujo a Colbert a llamarle a París al año siguiente y a darle la dirección del observatorio.

En el mes de Julio de 1671 Felipe de La Hire paso a Uraniborg en la isla de Huen para hacer observaciones en el punto mismo donde había estado el observatorio de Tycho-Brahe. Allí, valiéndose de las *Tablas* de Cassini, calculó con una exactitud nunca alcanzada hasta entonces la diferencia entre las longitudes de Paris y de Uraniborg. En el mismo año la Academia francesa de Ciencias envió a Cayena al astrónomo Juan Richer para estudiar las paralajes del sol y de la luna y las distancias de Marte y de Venus a la tierra. Este viaje, que tuvo un éxito completo, produjo consecuencias inesperadas y fue la ocasión de los estudios que se emprendieron luego acerca de la figura de la tierra. Richer observó que el péndulo se retrasaba 2 minutos y 28 segundos en Cayena, lo cual probaba que la gravedad era menor en este último punto que en París. De aquí dedujeron Newton y Huyghens el achatamiento del globo en los polos; pero muy pronto las medidas de un grado terrestre dadas por el abate Picard, los estudios sobre el meridiano ejecutados por los Cassini, padre e hijo, condujeron a éstos a un resultado enteramente opuesto y les hicieron considerar la tierra como un elipsoide prolongado hacia las regiones polares, lo cual dio origen a discusiones apasionadas y a tareas inmensas que redundaron en beneficio de la geografía astronómica y matemática.

Picard emprendió la tarea de determinar el espacio comprendido entre los paralelos de Amiens y de Malvoisine, que comprende un grado y un tercio. Pero la Academia, juzgando que se podría llegar a mayor precisión calculando una distancia mayor, resolvió medir en grados toda la longitud de Francia de Norte a Sur. Eligióse para esto el meridiano que pasa por el Observatorio de París, y esta obra gigantesca de triangulación, comenzada veinte años antes de

concluirse el siglo xvii, fue interrumpida, continuada, y terminada
Inicia el año 1720.



Al mismo tiempo Luis XIV, aconsejado por Colbert, mandó levantar una carta de Francia. Desde 1679 a 1682 se ejecutaron viajes por diversos hombres científicos que fijaron, por medio de observaciones astronómicas, la posición de las costas del Océano y del Mediterráneo.

Sin embargo, ni estas tareas, ni las de Picard, completadas por la medida del meridiano, en las que se fijaron la latitud y la longitud de ciertas ciudades populosas de Francia, bastaron para levantar una carta de Francia. Hubo, pues, necesidad de proceder como se había procedido respecto al meridiano, cubriendo toda la extensión del país de una red de triángulos enlazados entre sí. Tal fue la base de la gran carta de Francia que tomó justamente el nombre de Cassini.

Las primeras observaciones de éste y de La Hire condujeron a los dos a marcar a Francia límites más pequeños que los que hasta entonces le habían estado asignados.

Le quitaron, dice Desborough Cooley en su *Historia de los viajes*, varios grados de longitud a lo largo de la costa occidental desde la Bretaña hasta el Golfo de Vizcaya, y le suprimieron de la misma manera cerca de un grado en las costas del Languedoc y de la Provenza. Estos cambios dieron ocasión a un chiste de Luis XIV, que cumplimentando a los académicos a su vez les dijo: «Veo con dolor, señores, que vuestro viaje me ha costado una buena parte de mi reino».

Por lo demás, los cartógrafos no habían tenido en cuenta hasta entonces las correcciones de los astrónomos.

A mediados del siglo XVII, Peiresc y Gassendi hablan corregido en las cartas del Mediterráneo una diferencia de 500 millas de distancia entre Marsella y Alejandría; pero no se hizo caso de esta rectificación hasta que el hidrógrafo Juan Matheu de Chazelles, que había ayudado a Cassini en sus tareas relativas al meridiano, fue enviado a Levante para levantar los mapas de los puertos del Mediterráneo.

Se había notado generalmente, dicen las Memorias de la Academia de Ciencias, que las cartas extendían demasiado los continentes de Europa, África y América, y restringían el gran mar Pacífico entre Asia y Europa, errores que fueron causa de otros muy singulares. Los pilotos, fijos en sus cartas, en el viaje de M. Chaumont, embajador de Luis XIV en Siam, se equivocaron en la estima tanto a la ida como a la vuelta e hicieron más camino del que querían.

Al dirigirse desde el Cabo de Buena Esperanza a la isla de Java creían estar todavía lejos del Estrecho de la Sonda cuando se hallaron a más de 60 leguas de allí y fue preciso retroceder por espacio de dos días con viento favorable para poder entrar en el Estrecho. A la vuelta del Cabo de Buena Esperanza a Francia se encontraron en la isla de Flores, la más occidental de las Azores, cuando creían estar a más de 150 leguas al Este y tuvieron que navegar doce días más hacia el Este para llegar a las costas de Francia.

Las rectificaciones introducidas en la carta de Francia fueron grandes, como hemos dicho arriba. Se reconoció que Perpiñán y Collioures especialmente se hallaban mucho más al Este de lo que se suponía. Por lo demás, para formarse una idea clara de estas rectificaciones basta mirar la carta de Francia publicada en la primera parte del tomo VII de las *Memorias de la Academia de Ciencias*. En esta carta tienen en cuenta las observaciones astronómicas de que acabamos de hablar, y comparándola con la antigua, trazada y publicada por Samson en 1679, se observan las modificaciones que en la nueva se introdujeron.

Cassini proclamaba con razón que la cartografía no estaba ya a la altura de la ciencia. En efecto, Samson había seguido ciegamente las longitudes de Ptolomeo, sin tener en cuenta los progresos de la astronomía; sus hijos, sus nietos, no habían hecho más que reimprimir sus cartas completándolas y los demás geógrafos seguían la rutina ya establecida. Guillermo Delisle fue el primero que construyó nuevas cartas aprovechando los datos modernos; pero

desechó sistemáticamente todo lo que se había hecho en tiempo anterior. Su ardor fue tal, que a los veinticinco años había ejecutado enteramente este proyecto. Su hermano José Nicolás enseñaba astronomía en Rusia y enviaba a Guillermo materiales para sus cartas, mientras que Delisle de la Coyere, su hermano menor, visitaba las costas del mar Glacial, fijaba astronómicamente la posición de sus puntos más importantes, se embarcaba en el buque de Behring e iba a encontrar la muerte en Kamschatka. Tales fueron los tres Delisles; pero a Guillermo corresponde la gloria de haber hecho una revolución en la cartografía, pues que, dice Cooley, consiguió concertar las medidas antiguas y modernas y combinar una más. más considerable de documentos; en vez de limitar sus correcciones a una parte del globo, las extendió al globo entero, lo que le da derecho muy positivo a ser considerado como el creador de la geografía moderna. Pedro el Grande, a su paso por París, le rindió homenaje visitándole para darle todas las noticias que poseía sobre la geografía de Rusia.

¿Hay nada más concluyente que este testimonio de un ruso? Y si los geógrafos franceses en el día van a la zaga de los de Alemania y de los de Inglaterra, ¿no es un consuelo y un estímulo saber que excedieron a todos en una ciencia en la cual trabajan para recobrar su antigua superioridad?

Delisle vivió bastante para ver los triunfos de su discípulo J. B. d'Anville. Si este último fue inferior bajo el punto de vista de la ciencia histórica a Adriano Valois, mereció su alto renombre por la corrección relativa de su dibujo y por el aspecto claro y artístico de sus cartas.

«Apenas se comprende, dice E. Desjardins en su *Geografía de la Galia Romana*, la poca importancia que se atribuye a sus obras de geógrafo, de matemático y de dibujante, y sin embargo, en estas últimas es donde ha dado principalmente la medida de su mérito incomparable. El primero que supo construir una carta por medio de procedimientos científicos fue d'Anville, y esto basta para su gloria... En el dominio de la geografía histórica mostró sobre todo una

sensatez rara en la discusión y un instinto topográfico maravilloso en las identificaciones; pero hay que reconocer que no era un sabio, ni siquiera un hombre bastante versado en el estudio de los textos clásicos».

La mejor obra de d'Anville es su carta de Italia, cuyas dimensiones, hasta entonces exageradas, se prolongaban del Este al Oeste, según las ideas de los antiguos.

En 1735 Felipe Buache, cuyo nombre es bastante celebre como geógrafo, inauguraba un nuevo Método, aplicando en una carta submarina del Canal de la Mancha las curvas de nivel a la representación de los accidentes del suelo.

Diez años después, d'Après de Manneville publicaba su *Neptuno Oriental*, en el cual rectificaba las cartas de las costas de África, de China y de la India, mostrando una instrucción náutica tanto más preciosa para su época, cuanto que era aquélla la primera obra de este género. Hasta el fin de su vida continuó perfeccionando su colección, que sirvió de guía a todos los oficiales de la marina francesa a fines del siglo XVIII.

En Inglaterra Halley ocupaba el primer puesto entre los astrónomos y los físicos, y publicó una teoría de las *Variaciones magnéticas* y una *Historia de las Monzones* que le valieron el mando de un buque para que pudiera poner su teoría en práctica.

Lo que hizo d'Après en Francia lo ejecutó también Alejandro Dalrymple en Inglaterra; solamente que sus cálculos conservaron hasta el fin algo de hipotéticos y creyó en la existencia de un continente austral. Tuvo por sucesor a Horsburgh, cuyo nombre será siempre querido de los navegantes.

Pero debemos hablar de dos expediciones importantes que debían poner fin a la cuestión de la figura de la tierra, que tan apasionadamente se discutía. La Academia de Ciencias envió una comisión compuesta de Godin, Bouguer y la Condamine a la América para medir el arco del meridiano en el Ecuador, y otra expedición semejante al Norte, cuya dirección fue confiada a Maupertuis.



«Si el achatamiento de la tierra, decía Maupertuis, no es mayor de lo que ha supuesto Huyghens, la diferencia de los grados del meridiano ya medido en Francia con los primeros grados del meridiano inmediato al Ecuador no será tanta que no pueda atribuirse a error de los observadores y a imperfección de los instrumentos. Pero si se la observa en el polo, la diferencia entre el primer grado del meridiano inmediato a la línea equinoccial y el grado 66, por ejemplo, que corta el círculo polar, será bastante

grande, aun en la hipótesis de Huyghens, para que se manifieste patentemente, a pesar de que hayan podido cometerse los mayores errores, porque esta diferencia se encontrara repetida tantas veces como grados haya en el intermedio».

El problema estaba más claramente planteado y debía recibir en el polo, lo mismo que en el Ecuador, una solución que iba a terminar el debate dando la razón a Huyghens y Newton.

La expedición partió en un buque armado en Dunkerque. Se componía, además de Maupertuis, de Clairaut, Camús y Lemonnier, académicos; del canónigo de Bayeux Outhier, del secretario Sommereux, del dibujante Herbelot y del docto astrónomo sueco Celsius.

El rey de Suecia, cuando recibió a los individuos de la comisión en Stocolmo, les dijo: «Me he encontrado en sangrientas batallas, pero más quisiera volverme a ver en la más mortífera que emprender el viaje que esta comisión va a hacer».

Seguramente no era una expedición de recreo aquel viaje, pues que los doctos comisionados iban a experimentar dificultades de toda clase, privaciones continuas y un frío excesivo. Pero ¿qué comparación tienen estas penalidades con las angustias, los peligros y las pruebas que esperaban a los navegantes polares Ross, Parry, Hall, Payer y tantos otros?

«En Tornea, en lo interior del Golfo de Botnia, casi bajo el círculo polar, las casas estaban envueltas en nieve, dice Damiron en su *Elogio de Maupertuis*. Cuando se salía de ellas, el aire parecía desgarrar el pecho; los grados del frío creciente se anunciaban por el ruido con que se abría la madera de que estaban hechas las casas. Al ver la soledad que reinaba en las calles se hubiera creído que los habitantes de la ciudad se habían muerto todos. A cada paso se encontraban personas mutiladas que habían perdido los brazos o las piernas por efecto de tan rigurosa temperatura. Y sin embargo, no era todavía en Tornea donde los viajeros debían detenerse».

Hoy, cuando son más conocidos esos lugares y cuando se sabe hasta qué punto llega el rigor del clima ártico, se puede formar una idea más justa de las dificultades que debían encontrar en él los observadores.

En julio de 1736 comenzaron sus operaciones. Más allá de Tornea no vieron sino sitios deshabitados; les fue necesario contentarse con sus propios recursos para subir montañas donde plantaban las señales que debían formar la cadena no interrumpida de los triángulos. Divididos en dos secciones a fin de obtener dos medidas en vez de una y disminuir las probabilidades de error, después de muchas peripecias, cuya relación se encuentra en las *Memorias de la Academia de Ciencias* de 1737, y después de haber experimentado fatigas inauditas, llegaron a demostrar que la longitud del arco del meridiano comprendido entre los paralelos de Tornea y Kittis, era de 55,023 toesas y media. Así, pues, bajo el círculo polar el grado del meridiano tenía unas 1,000 toesas más de lo que había supuesto Cassini, y el grado terrestre una longitud de 377 toesas más que la que había señalado Picard entre Paris y Amiens. Así, pues, la tierra estaba considerablemente achatada en los polos, resultado que se negaron por largo tiempo a reconocer Cassini y su hijo.

*Correos de la física, argonautas novísimos,
Que atravesando montes y mares extensísimos,
Traéis de Escandinavia, sujeta a tres coronas,
Los postes y sectores, y además dos laponas:
Habéis corroborado con fatiga no escasa
Lo que ya Newton supo sin salir de su casa.*

Así se expresaba Voltaire, no sin cierta malicia; y después, haciendo alusión a las dos hermanas que Maupertuis traía consigo y una de las cuales dicen que había logrado seducirle, añadía:

*Este error es muy vulgar.
Y el único en que cayó
Yendo al círculo polar.*

«Sin embargo, dice A. Maury en su *Historia de la Academia de Ciencias*, la importancia de los instrumentos y de los métodos de que se valieron los astrónomos enviados al Norte, dio a los defensores del achatamiento de nuestro globo en los polos más razón de la que tenían en realidad; y en el siglo siguiente el astrónomo sueco Svamberg rectificaba sus exageraciones involuntarias en una hermosa obra que publicó en lengua francesa.

Entre tanto la comisión que la Academia había enviado al Perú procedió a operaciones análogas. Componíase esta comisión de La Condamine, Bouguer y Godin, los tres académicos; de José Jussieu, regente de la facultad de medicina, encargado de la parte botánica, del cirujano Seniergues, del relojero Godin des Odonais y de un dibujante; y salió de la Rochela el 16 de Mayo de 1635.

La comisión llegó a Santo Domingo, donde hizo algunas observaciones astronómicas; pasó después a Cartagena y Puertobello, atravesó el istmo de Panamá y desembarcó el 9 de marzo en 1636 en Manta, tierra del Perú.

Allí Bouguer y La Condamine se separaron de sus compañeros y estudiaron la marcha del péndulo, y luego por camino diferente se dirigieron a Quito.

La Condamine siguió la costa hasta el río de las Esmeraldas y levantó la carta de todo aquel país, que atravesó a costa de fatigas infinitas.

Bouguer se dirigió por el Sur hacia Guayaquil, atravesando bosques pantanosos, y llegó a Caracol, al pie de la cordillera, tardando siete días en atravesarla. Era aquél el mismo camino que antiguamente había seguido Pedro de Alvarado, y en el cual habían perecido setenta de los que acompañaban a este viajero y especialmente los tres primeros españoles que habían Intentado penetrar en el país. Bouguer llegó a Quito el 10 de Junio. Aquella

cuidad tenía entonces de treinta a cuarenta mil habitantes; un obispo, presidente de la audiencia, muchas comunidades religiosas y dos colegios. La vida era allí barata y solo las mercancías extranjeras tenían precios extravagantes, hasta el punto de que una copa de cristal valía de 18 a 20 francos. Los doctos comisionados subieron el Pichincha, monte inmediato a Quito, con un volcán cuyas erupciones han sido más de una vez fatales a esta ciudad, pero no tardaron en conocer que debían renunciar a llevar a tanta altura los triángulos de su meridiano y tuvieron que contentarse con poner señales en las diversas colinas.

«Casi todos los días, dice Bouguer en la Memoria que leyó a la Academia de Ciencias, se ve en la cima de esas mismas montañas un fenómeno extraordinario que debe ser tan antiguo como el mundo, y del cual aparentemente nadie antes que nosotros ha sido testigo. La primera vez que le observamos estábamos todos juntos en una montaña llamada Pambamarca. Una nube que nos rodeaba, y que no se disipó, nos dejó ver el sol, que se levantaba muy resplandeciente. La nube pasó al otro lado y estaba a treinta pasos de nosotros cuando vimos nuestras respectivas sombras proyectadas en ella, y cada uno de nosotros no veía más que la suya porque la nube no ofrecía una superficie unida. La corta distancia permitía distinguir todas las partes de la sombra: se veían las piernas, los brazos, la cabeza; pero lo que más nos admiró fue que la última parte estaba adornada de una gloria o aureola formada de tres o cuatro coronas concéntricas de un color muy vivo, cada una con las mismas variedades que el arco iris, siendo el color rojo el de la parte exterior. Los intervalos entre estos círculos eran iguales y el último círculo era el más débil en intensidad. En fin, a una gran distancia vimos un gran círculo blanco que rodeaba el todo. Era como una especie de apoteosis del espectador».

Como los instrumentos que usaban no tenían la precisión de los modernos y estaban sujetos a los cambios de temperatura, fue preciso proceder con el mayor cuidado y la más minuciosa atención para que los errores pequeños del cálculo, multiplicándose no

acabaran por causar errores considerables. Así en sus triángulos Bouguer y sus compañeros, cuando habían observado dos ángulos, jamás deducían de esta observación el tercero, sino que observaban directamente los tres.

Después de haber obtenido en toesas la medida del camino que habían recorrido, faltaba descubrir qué parte de la circunferencia de la tierra formaba este espacio; pero no podía resolverse esta cuestión sino por medio de observaciones astronómicas.

Después de varios obstáculos, cuyos pormenores no podemos describir aquí, y a fuerza de observaciones curiosas, entre otras la derivación que la atracción de los montes imprimía al péndulo, llegaron a deducciones que confirmaron plenamente el resultado de la misión de Laponia. No todos volvieron a Francia al mismo tiempo. Jussieu continuó durante varios años todavía sus investigaciones de historia natural; y La Condamine eligió para volver a Europa la vía del río de las Amazonas, viaje importante, acerca del cual tendremos ocasión de hablar después.

II. LA GUERRA DE CORSO EN EL SIGLO XVIII

Viaje de Wodd-Rodgers. —Aventuras de Alejandro Selkirk. —Las Islas de los Galápagos. —Puerto Seguro. — Regreso a Inglaterra. —Expedición de Jorge Anson. —La Tierra de los Estados. —La Isla de Juan Fernández. —Tiñan. —Macao. —La toma del galeón. —El río de Cantón. —Resultado del crucero.

Ardía la guerra de sucesión en España, y ciertos armadores de Bristol, resolvieron entonces tripular algunos buques para apoderarse de las naves españolas en el Océano Pacífico y arrasar las costas de la América del Sur. Los dos buques elegidos, llamados el *Duque* y la *Duquesa*, bajo el mando de los capitanes Rodgers y Courtney, fueron armados con cuidado y provistos de todo lo necesario para tan largo viaje. El celebre Dampier, que se había adquirido tanta reputación por sus correrías aventureras y sus piraterías, no se creyó rebajado con aceptar el título de primer piloto. Aunque esta expedición fue más rica en resultados materiales que en descubrimientos geográficos, la relación que de ella se hizo contiene particularidades curiosas que merecen ser consignadas.

El 2 de agosto de 1708, el *Duque* y la *Duquesa* salieron de la rada de Bristol. Primera observación interesante: durante todo el viaje estuvo a disposición de la tripulación un registro en el que

debían consignarse todos los acontecimientos de la campaña, a fin de que pudieran repararse los menores errores y las más pequeñas omisiones antes que se alterase el recuerdo de los sucesos.

Nada hay que decir sobre este viaje hasta el 22 de diciembre. Aquel día se descubrieron las islas Falkland, que pocos navegantes habían reconocido hasta entonces. Rodgers no atracó a ellas; se contenta con decir que la costa presenta el mismo aspecto que la de Portland, aunque es más baja.

«Todas las laderas, añade, tenían la apariencia de un buen terreno; su pendiente esta poblada de árboles y las orillas del mar no dejan de tener buenos puertos».

Estas islas, sin embargo, no poseen un solo árbol, y los buenos puertos son raros en ellas, como lo veremos más adelante. De aquí se deduce la desconfianza que hay que tener en los datos que debemos a Rodgers. Por eso los navegantes han hecho muy bien en no fiarse de ellos.

Después de haber pasado de aquel archipiélago, los dos buques pusieron la proa al Sur y penetraron en aquella dirección hasta los $60^{\circ} 58'$, de latitud. Allí el sol no abandonaba el horizonte; el frío era vivo y la mar tan gruesa, que la *Duquesa* experimentó algunas averías. Los principales oficiales de los dos buques, reunidos en consejo, juzgaron que no era prudente penetrar más al Sur, e hicieron rumbo al Oeste. El 15 de enero de 1709 observaron que habían doblado el Cabo de Hornos, y que hablan entrado en el mar del Sur.

En aquella época casi todas las cartas daban una posición diferente a la isla de Juan Fernández. Por esta razón, Wood-Rodgers, que quería recalar en ella para hacer aguada y proporcionarse un poco de carne fresca, la encontró casi sin buscarla.

El 1.º de febrero echó a la mar una chalupa para buscar un fondeadero, y mientras que esperaba su vuelta, se observó una grande hoguera en la playa. ¿Era que habían llegado a aquel paraje

algunos buques españoles o franceses? ¿Sería necesario dar una batalla para proporcionarse el agua y los víveres que hacían falta?

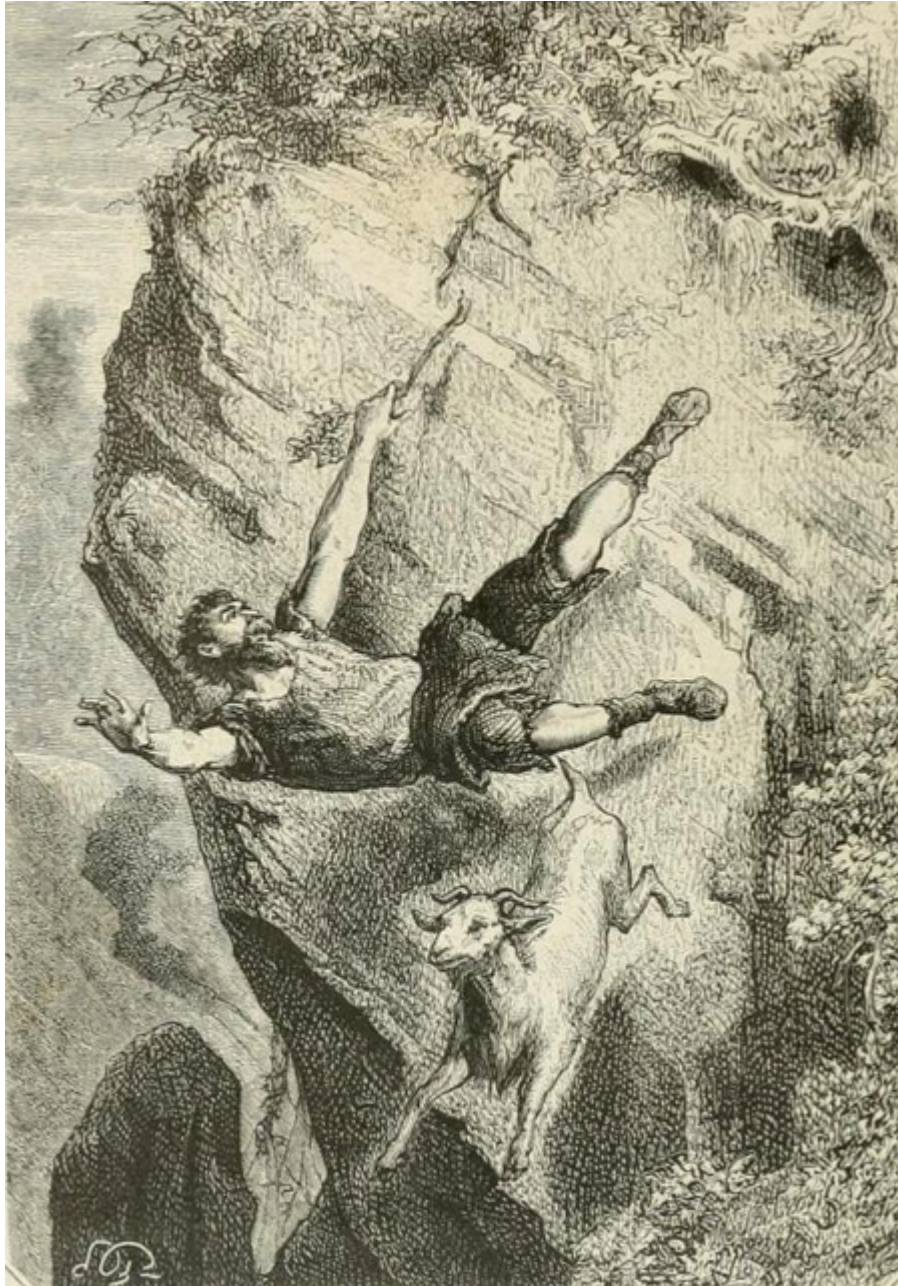
Durante la noche se tomaron todas las disposiciones necesarias para este objeto; pero por la mañana, no se advirtió que hubiera ningún buque a la vista. Ya se creía que el enemigo se había retirado, cuando la llegada de la chalupa vino a sacarles a todos de la incertidumbre, conduciendo un hombre vestido de pieles de cabra y con la cara más salvaje que su vestido.

Era un marinero escocés, llamado Alejandro Selkirk, que, a consecuencia de una disputa con su capitán, había sido abandonado cuatro años y medio antes en aquella isla desierta. La hoguera que había llamado la atención había sido encendida por él.

Selkirk, durante su residencia en la isla de Juan Fernández, había visto pasar muchos buques; pero dos solamente, que eran españoles, habían fondeado allí. Descubierta por los marineros, que dispararon contra él sus fusiles, no había logrado librarse de la muerte sino por su agilidad, que le permitió trepar a un árbol y ocultarse entre sus ramas.

«Había sido abandonado en tierra, dice la relación, con sus vestidos, su cama, un fusil, una libra de pólvora, balas, tabaco, un hacha, un machete, una caldera, una Biblia y algunos otros libros de devoción, sus instrumentos y sus libros de marina. El pobre Selkirk proveyó a sus necesidades lo mejor que le fue posible; pero durante los primeros meses le costó mucho vencer la tristeza y el horror que le causaban su espantosa soledad. Construyó dos cabañas, a cierta distancia una de otra, con palos de mirto-pimiento, y las cubrió con una especie de junco, forrándolas en el interior con pieles de cabra, que mató a medida que tuvo necesidad de hacerlo y mientras le duró la pólvora. Cuando ésta se iba concluyendo, encontró el medio de hacer fuego con dos trozos de madera de pimiento, frotándolos uno con otro... Luego que se le concluyó la pólvora, cogía las cabras a la carrera, y se había hecho tan ágil a fuerza de este continuo ejercicio, que corría por los bosques, las rocas y las colinas, con una ligereza increíble. Tuvimos la prueba de esto

cuando fuimos con él de caza, porque adelantaba y cansaba a nuestros mejores corredores y a un perro excelente que teníamos a bordo; así pronto alcanzó las cabras que quería y nos las trajo auestas. Nos dijo que un día, persiguiendo a una cabra, con mucho ardor, llegó a cogerla al borde de un precipicio oculto entre la maleza, y cayó con ella al fondo. Quedó tan aturdido de la caída, que perdió el conocimiento, y cuando recobró los sentidos, encontró la cabra muerta debajo de él.



Allí estuvo veinticuatro horas, y le costó gran trabajo volverá a su cabaña, que distaba una milla, y de la cual no pudo salir en diez días. Algunas plantas de nabos, sembrados por la tripulación de algún buque, coles y pimienta de la Jamaica, servían a aquel hombre abandonado, para sazonar sus alimentos. Cuando sus zapatos y sus vestidos se destruyeron, lo que no tardó en suceder, los reemplazó con pieles de cabra por medio de un clavo que

empleaba como aguja. Cuando se gastó su cuchillo, hizo otro con círculos de barrica que había encontrado en la orilla. Había perdido de tal modo la costumbre de hablar, que le costaba trabajo hacerse comprender. Rodgers le embarcó y le nombró contra maestre de su buque.

Selkirk no había sido el primer marino abandonado en la isla de Juan Fernández. Quizá se recordará que Dampier había recogido allí un desgraciado de la costa de los Mosquitos, abandonado de 1681 a 1684, y la relación de las aventuras de Shart y de otros filibusteros cuenta que el único sobreviviente de la tripulación de un buque naufrago en aquellas costas, vivió en la isla cinco años, hasta que otro buque pasó y le recogió. Las desgracias de Selkirk han sido referidas por un escritor moderno, Saintine, en la novela titulada ¡Solo!

Los dos buques dejaron la isla de Juan Fernández el 14 de febrero, y comenzaron su curso contra los españoles. Rodgers se apoderó de Guayaquil, de donde sacó un grueso rescate y capturó varios buques que le dieron más prisioneros que plata.

De toda aquella parte de su viaje, de la cual no tenemos necesidad de hablar solo citaremos algunos pormenores sobre la isla de Gorgona, donde observó una especie de monos, a la cual por su excesiva lentitud se ha dado el nombre de *perezosos*; sobre Tecamez, cuyos habitantes armados de flechas envenenadas y de fusiles, rechazaron a su gente con pérdidas; y sobre las islas de los Galápagos, situada a 2º de latitud Norte. Este archipiélago, según Rodgers, es numeroso; pero de las cincuenta islas, poco más o menos que le componen, no encontró más que una que tuviese agua dulce. En ella vio gran número de tórtolas, de tortugas de mar y de galápagos de un tamaño extraordinario; por eso los españoles dieron este nombre al archipiélago. Además vio perros marinos muy temibles, de los cuales uno tuvo la audacia de atacarle.

«Estaba yo en la playa, dice, cuando salió del agua con la boca abierta, y tanta celeridad y ferocidad como el perro más furioso que hubiera roto su cadena. Tres veces me atacó; yo le di tres lanzadas

en el pecho, haciéndole otras tantas heridas que le obligaron a retirarse con horribles gritos. Enseguida, volviéndose hacia mí, se detuvo para gruñir y mostrarme los dientes. No hacia veinte y cuatro horas que un hombre de mi tripulación había estado a punto de ser devorado por uno de estos animales».



En el mes de diciembre Rodgers se retiró con un galeón de Manila, que había capturado, a Puerto Seguro, en la costa de California. Varios de sus marineros penetraron en el interior y vieron muchos árboles altísimos; pero no observaron la menor apariencia de cultivo, aunque el humo de muchos hogares les indicó que el país estaba poblado.

«Los habitantes, dice el abate Prévost en su *Historia de los Viajes*, eran derechos y de estatura imponente; pero mucho más negros que ninguno de los indios que él había visto en el mar del Sur. Tenían el pelo largo, negro y lacio y les llegaba hasta los muslos. Los hombres iban desnudos; pero las mujeres llevaban hojas de árboles o una especie de tela que parecía tejida de hojas o de pieles de animales o de plumas de aves... Algunos se adornaban con collares y brazaletes de cuentas de madera y de conchas; otros tenían al cuello pequeñas bayas rojas y perlas, que no saben sin duda perforar, pues que estaban entalladas alrededor y unidas una a otra con un hilo. Este adorno les parecía tan bello, que se negaban a recibir los collares de abalorio de los ingleses. Su afición mayor era a los cuchillos y a los instrumentos que sirven para el trabajo».

El *Duque* y la *Duquesa* salieron de Puerto Seguro, el 12 de enero de 1720, y llegaron a la isla Guajam, una de las Marianas, dos meses después. Tomaron víveres, y pasando por los estrechos de Bhutan y de Saleyer, arribaron a Batavia. Allí tuvieron que recalar, y después de haber visitado esta ciudad y el cabo de Buena Esperanza, donde recalaron forzosamente al cabo de algún tiempo, entraron en las Dunas el 1.º de octubre.

Aunque Rodgers no da pormenores de las inmensas riquezas que trajo a Europa se puede formar de ellas una idea oyéndole hablar de las barras de la vajilla de oro y plata y de las perlas de que dio cuenta a sus felices armadores.

El viaje del almirante Anson, de que vamos a hacer ahora una relación, pertenece también a la categoría de las guerras de corso; pero cierra la serie de estas expediciones piráticas que deshonran

a los vencedores sin arruinar a los vencidos. Aunque Anson tampoco añadió ninguna cosa nueva a la geografía, su relación está sembrada de reflexiones juiciosas y de observaciones interesantes sobre regiones poco conocidas, las cuales son debidas, no al capellán de la expedición Ricardo Walter, como indica el título, sino a Benjamin Robins, según dicen las Anécdotas Literarias de Nichol.

Jorge Anson nació en 1697, en el condado de Stafford. Marino desde su infancia, no tardó en hacerse notable. Tenía ya la reputación de hábil y afortunado capitán cuando en 1736 recibió el mando de una escuadra compuesta del *Centurion*, de 60 cañones; el *Clocesler*, de 50; el *Severo*, de la misma fuerza; la *Perla*, de 40 cañones, y el *Wager* de 28, además de la chalupa *Trial*, y de dos buques de transporte para víveres y municiones. Esta escuadra, que contaba 1,460 hombres de tripulación, recibió además un refuerzo de 470 soldados de infantería de marina.

La expedición salió de Inglaterra el 18 de setiembre de 1740, pasó por la isla de la Madera, después por la de Santa Catalina en la costa del Brasil, luego por la bahía de San Julian y atravesó el estrecho de Lemaire.

«Por espantoso que sea el aspecto de la Tierra del Fuego, dice la relación, el de la Tierra de los Estados tiene algo más de horrible. No presenta más que una serie de rocas inaccesibles, erizadas de puntas agudas de una altura prodigiosa, cubiertas de una nieve eterna y rodeadas de precipicios. En fin, la imaginación no puede figurarse nada más triste, ni más agreste que esta costa».

Apenas salieron del estrecho los últimos buques de la escuadra, cuando una serie de ventarrones, de ráfagas y de borrascas hizo confesar a los marineros más expertos que todo lo que habían llamado antes tempestad no era nada en comparación de aquello. Duró aquel tiempo tan espantoso siete semanas sin interrupción; inútil es preguntar si los buques experimentaron averías, ni si perderían marineros arrebatados por las olas, y diezmados por las enfermedades que en breve se desarrollaron a consecuencia de la humedad constante y de los malos alimentos.

Dos buques, el *Severo* y la *Perla*, zozobraron, y otros cuatro se perdieron de vista. Anson no pudo detenerse en Valdivia, fijada como punto de reunión para el caso de separación forzosa. Llevado por el viento y la mar mucho más allá, no le fue posible detenerse sino en la isla de Juan Fernández, adonde llegó el 9 de junio. El *Centurion* tenía gran necesidad de esta recalada, porque habían perecido ochenta hombres de su tripulación, se le había concluido el agua, y el escorbuto había debilitado de tal modo a los marineros, que apenas había diez en estado de hacer guardias. Otros tres buques que se hallaban en igual estado llegaron en breve al mismo punto.

Fue preciso ante todo rehacer las tripulaciones debilitadas, y reparar las averías mayores de los buques. Anson desembarcó a los enfermos y los instaló en la playa, en una especie de hospital que cuidó de abrigar contra los vientos reinantes. Después, a la cabeza de los más valientes, recorrió la isla en todas direcciones, para levantar el plano de sus radas y costas. Según su relación, el mejor fondeadero sería la bahía de Cumberland. La parte Sudeste de Juan Fernández (pequeña isla que no tiene más de 5 leguas de longitud, por 2 de anchura) es árida, pedregosa, desnuda de arboles, y el terreno bajo y fuertemente unido en comparación con la parte septentrional. Los berros, la verdolaga, las acederas, los nabos y los rábanos de Sicilia, crecían allí en abundancia, así como la avena y el trébol. Anson hizo sembrar zanahorias y lechugas y plantar huesos de ciruelas, albaricoques y melocotones. No tardó en observar que el número de cabras y machos cabrios que habían dejado los filibusteros en aquella isla, y que al principio se habían multiplicado maravillosamente, era ya mucho menor. Los españoles para quitar este recurso precioso a sus enemigos, habían desembarcado gran cantidad de perros hambrientos, que dieron caza a las cabras y devoraron tan gran número, que apenas quedaban doscientas en aquella época.

El jefe de escuadra (así se llama a Anson en toda la relación del viaje) hizo reconocer la isla de Mas-a-Fuera, que está a 25 leguas

de distancia de Juan Fernández. Es más pequeña, pero también más frondosa, y tiene más agua y más número de cabras.

A principios de diciembre las tripulaciones habían recobrado ya bastante fuerza para permitir a Anson pensar en la ejecución de sus proyectos de corso contra los españoles. Primero se apoderó de varios buques cargados de mercancías preciosas y de barras de oro, y luego quemó la ciudad de Paíta. Los españoles calcularon sus pérdidas en esta ocasión en millón y medio de pesetas.

Anson pasó después a la bahía de Quibo, cerca de Panamá, a fin de acechar el paso del galeón, que todos los años llevaba las riquezas de Filipinas a Acapulco. Allí, si los ingleses no vieron ningún buque, encontraron cerca de algunas miserables cabañas, grandes montones de conchas de hermoso nácar, que los pescadores de Panamá dejaban en aquellos parajes durante el verano. Entre las provisiones abundantes en aquel sitio, merecen citarse las tortugas francas, que pesan de ordinario 200 libras, y cuya pesca se hacía de un modo singular. Cuando se veía una tortuga dormida flotar en la superficie del mar, un buen nadador se sumergía a algunas toesas, subía después a la superficie, y tomando la concha hacia la cola, se esforzaba en hundir la tortuga. Ésta, despertándose, se removía, y aquel movimiento bastaba para sostener a ella y al hombre, hasta que una embarcación acudía a recogerlos a los dos. Anson, después de cruzar en vano por aquellos sitios, tuvo que quemar tres barcos españoles que había apresado y armado. Repartió la tripulación y el cargamento entre el *Centurion* y el *Glocester*, únicos buques que le quedaban; y el 6 de mayo de 1742, resolvió pasar a las costas de China, donde esperaba encontrar refuerzos y refrescos. Más para aquella travesía que contaba hacer en sesenta días, tuvo necesidad de emplear cuatro meses. A consecuencia de una violenta tempestad, el *Glocester*, que hacía mucha agua y no podía ser manejado por una tripulación escasa, hubo de ser quemado después de trasladados la plata y los víveres al *Centurion*, último resto de aquella escuadra

magnífica, que apenas hacia dos años había salido de las costas de Inglaterra.

Arrojado Anson fuera de su rumbo, y muy lejos hacia el Norte, descubrió el 26 de agosto las islas de Atanacan y de Senigan. Al día siguiente las de Saipan, Tiñan y Añigan, que forman parte del archipiélago de las Marianas. Un sargento español, a quien capturó en aquellos sitios en un pequeño barco, le dijo que la isla de Tiñan estaba inhabitada, y que tenía en abundancia vacas, aves y frutas excelentes, como naranjas, cidras, cocos, arboles del pan, etc. En ninguna parte podía recalar mejor el *Centurion* cuya tripulación no contaba más que setenta y un hombres, debilitados por las privaciones y enfermedades, y únicos sobrevivientes de los dos mil que tripulaban la escuadra a su salida.

«El terreno de esta isla, dice la relación, es seco y un poco arenoso, lo cual hace que el césped de los prados y de los bosques sea más fino y más unido de lo que es ordinariamente en los climas cálidos. El país se va levantando insensiblemente desde la aguada de los Ingleses hasta el centro de la isla; pero antes de llegar a su mayor altura, se encuentran muchos barrancos, cubiertos de un trébol fino, entremezclado de diferentes especies de flores, y con hermosos árboles de excelentes frutos... Los animales, que durante la mayor parte del año son los únicos dueños de esta hermosa residencia, forman parte de sus bellezas novelescas y contribuyen mucho a darle un aspecto maravilloso. A veces se ven vacadas de mil cabezas pacer en una gran pradera; espectáculo tanto más singular, cuanto que todos aquellos animales son de color blanco de leche, a excepción de las ovejas, que ordinariamente son negras. Aunque la isla está desierta, los gritos continuos y la vista de gran número de animales domésticos que corren en grandes rebaños por los bosques, suscitan ideas de granjas y de poblaciones».

¡Cuadro verdaderamente encantador! ¿No le habrá prestado su autor atractivos que no existían más que en su imaginación? Después de tan largo crucero y de tantas tempestades, no es de extrañar que los grandes bosques, la exuberancia de la vegetación y

la abundancia de la vida animal, hicieran una profunda impresión en el ánimo de los compañeros de Anson. Por lo demás, pronto veremos si sus sucesores en Tiñan quedaron tan maravillados como él.

Anson no dejaba de estar un poco alarmado. Había recompuesto su buque, es verdad; pero quedaban en tierra muchos enfermos para restablecerse definitivamente, y no tenía a bordo sino un pequeño número de marineros. Siendo de coral el fondo de la bahía, tuvo que tomar precauciones para asegurar los cables; más a pesar de todo, en el momento de la luna nueva, vino un viento impetuoso sobre el buque. Las áncoras resistieron; pero no sucedió lo mismo con las guindalezas, y el *Centurion* fue impulsado a alta mar. Los truenos no cesaban y la lluvia caía con tal violencia, que desde la tierra no se oían siquiera las señales de socorro que partían desde el buque. Anson, la mayor parte de los oficiales y una gran parte de la tripulación, en número de ciento trece individuos, se habían quedado en tierra y se hallaban privados del único medio que tenían de salir de Tiñan.

El desconsuelo fue extremo, y la consternación indecible. Pero Anson, hombre enérgico y fecundo en recursos, contuvo en breve la desesperación de sus compañeros. Les quedaba una barca, la que habían tomado a los españoles, y tuvo el pensamiento de prolongarla para que pudiera contener a todos con las provisiones necesarias para llegar a China. Pero diez y nueve días después el *Centurion* volvió; los ingleses se embarcaron el 21 de octubre, y no tardaron en llegar a Macao. Después de dos años, época de su salida de Inglaterra era la primera vez que recalaban en un puerto amigo y civilizado.

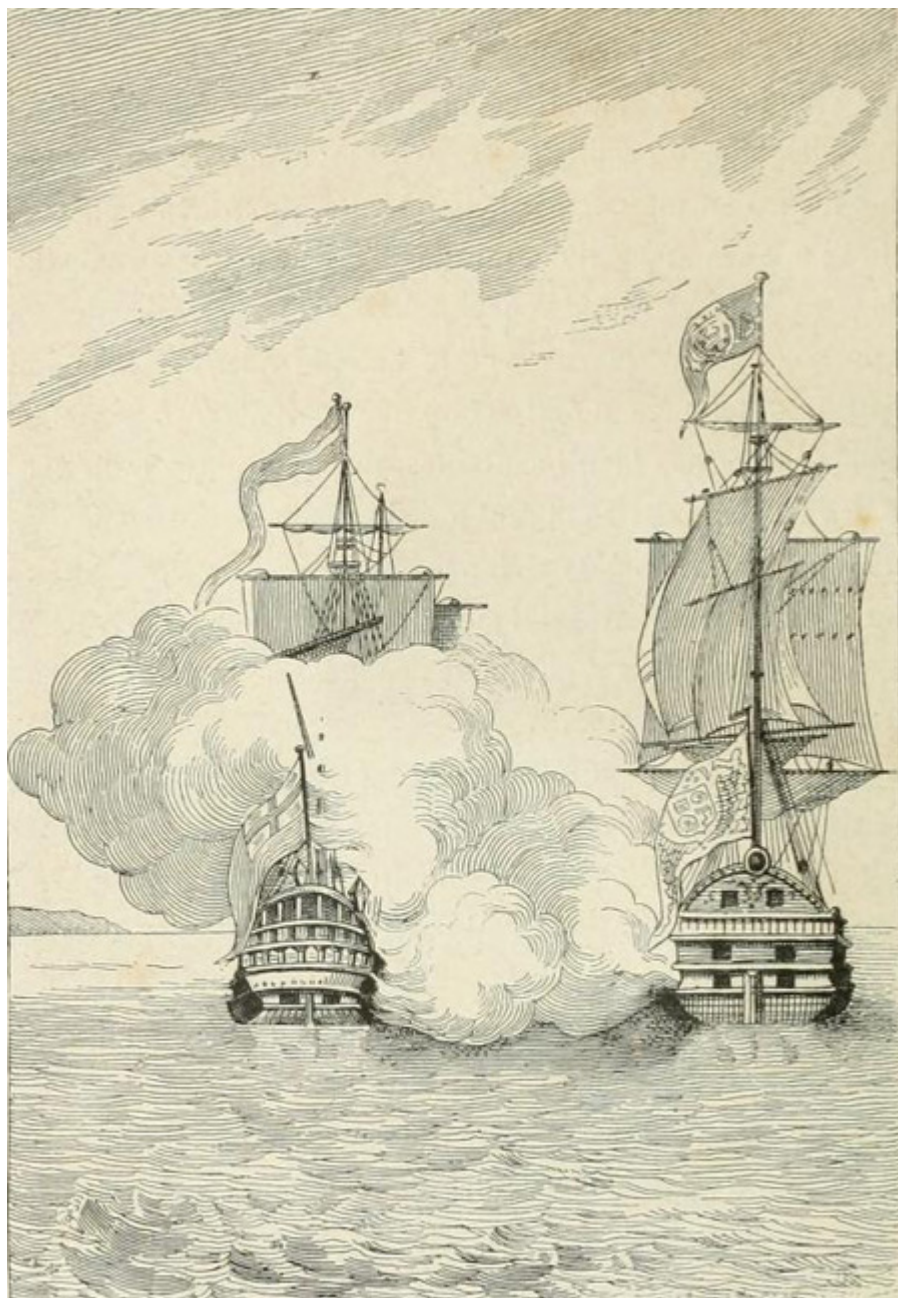
«Macao, dice Anson, en otro tiempo rica muy poblada y capaz de defenderse contra los gobernadores chinos de las cercanías, está muy decaída de su antiguo esplendor. Aunque continúa habitada por portugueses y mandada por un gobernador nombrado por el rey de Portugal, está a la disposición de los chinos que pueden sitiarla por

hambre y hacerse dueños de ella. Por eso el gobernador portugués se guarda muy bien de incomodarles».

Fue preciso que Anson escribiese una carta altanera al gobernador chino para obtener permiso para comprar a precio muy alto los víveres y los objetos de que tenía necesidad. Después anunció públicamente su viaje para Batavia, y se hizo a la vela el 19 de abril de 1743. Pero en vez de dirigirse a la posesión holandesa, tomó el rumbo para las Filipinas esperando durante muchos días al galeón que volvía de Acapulco después de haber vendido allí a buen precio su cargamento. Generalmente estos buques llevaban cuarenta y cuatro cañones y más de quinientos hombres de tripulación. Anson no tenía más que doscientos marineros, de los cuales treinta eran grumetes; pero la desproporción de la fuerza no podía detenerle ante el cebo de aquella riqueza, y la codicia de su gente le respondía de su valor.

«Un día dijo Anson a su despensero, ¿por que no me sirve usted carne de esos carneros que hemos comprado en China? ¿Se han concluido todos? —Perdone usted mi comandante, respondió el despensero; quedan todavía dos; pero quería conservarlos para dar de comer al capitán del galeón que buscamos».

Así pues, nadie, ni siquiera el despensero, dudaba del buen éxito de la empresa. Por lo demás, Anson tomó hábilmente sus disposiciones y supo compensar el pequeño número de su gente con su movilidad. El combate fue vivo. Las esteras de que estaban cubiertos los parapetos del galeón se incendiaron y las llamas se levantaron hasta la altura del palo de mesana. Los españoles, teniendo a la vez dos enemigos que combatir, se rindieron después de una lucha de dos horas que les costó setenta y siete muertos y ochenta y cuatro heridos.



La presa era rica: 1313,843 monedas de a dos duros cada una y 35,682 onzas de plata en barras, además de una partida de cochinilla y algunas otras mercancías de menos valor en comparación de la plata. Esta presa, unida a las demás, completaba una suma de 400,000 libras esterlinas sin comprender los buques y las mercancías que la escuadra inglesa había quemado o destruido

a los españoles. Y que no podían calcularse en menos de 600,000 libras.

Anson volvió al río de Cantón con su presa y la vendió muy barata, por 6,000 pesetas, saliendo el 10 de diciembre y entrando en la rada de Spithead el 15 de junio de 1744 después de una ausencia de tres años y nueve meses. Su entrada en Londres fue triunfal. Treinta y dos carros llevaban los 40 millones de reales, de sus muchas presas, marchando al son de tambores y trompetas entre el ruido y las aclamaciones de la multitud. Anson y sus oficiales y marineros se repartieron aquellas riquezas, y ni el rey mismo tuvo derecho a tomar parte en esta distribución.

Poco tiempo después de su llegada a Inglaterra, Anson fue nombrado contralmirante y recibió varios mandos de importancia. En 1747 se apoderó del marqués de la Jonquiere-Taffanel después de una lucha heroica. Nombrado primer ministro del almirantazgo y almirante después de esta hazaña, protegió en 1758 la tentativa, de desembarco que hicieron los ingleses cerca de Saint-Malo, y murió en Londres poco tiempo después de su vuelta.

CAPÍTULO II

LOS PRECURSORES DEL CAPITÁN COOK.

I. Roggwein. —Lo poco que se sabe de él. —Lo incierto de sus descubrimientos. —La Isla de Pascuas. —Las islas Perniciosas. —Las Bauman. —Nueva-Bretaña. —Llegada a Batavia. —Byron. —Recaladas en Río Janeiro y en Puerto-Deseado. —Entrada en el estrecho de Magallanes. —Las islas Falkland y el Puerto-Egmont. —Los habitantes de la Tierra del Fuego. —Mas-á-Fuera. —Las Islas del Desengaño. —Las Islas del Peligro. —Tiñan. —Vuelta a Europa.

En el año 1669 el padre de Roggwein presentó a la compañía de las Indias Occidentales de Holanda una Memoria en la cual solicitaba tres bajeles para hacer descubrimientos en el Océano Pacífico. Su proyecto fue acogido favorablemente; pero se enfriaron después las relaciones entre la España y la Holanda, y esto obligó al gobierno holandés a renunciar por entonces a la expedición. Roggwein al morir hizo prometer a su hijo Jacobo que proseguiría la ejecución del plan que había concebido.

Circunstancias independientes de su voluntad impidieron por largo tiempo a Jacobo Roggwein cumplir su promesa, y solo después de haber navegado por los mares de la India y después de haber sido consejero del tribunal de Justicia de Batavia le vemos solicitar de la compañía de las Indias Occidentales lo mismo que

había solicitado su padre. ¿Qué edad podía tener Roggewein en 1721? ¿Cuáles eran sus títulos para el mando de una expedición de descubrimiento? No se sabe nada de esto. La mayor parte de los diccionarios geográficos no le dedican más que dos líneas, y Fleurieu, que en un estudio muy bueno y erudito ha tratado de fijar los descubrimientos del navegante holandés, no ha podido descubrir nada sobre este punto.

Hay más. no fue él sino un alemán llamado Behrens quien escribió la relación de su viaje; por lo cual deben atribuirse más al narrador que al navegante las oscuridades, las contradicciones y la falta de precisión que en ella se advierten. Parece también con frecuencia, cosa que, sin embargo, es inverosímil, que Roggewein no estaba al corriente de los viajes y descubrimientos de sus predecesores, ni de sus contemporáneos.

Ea 21 de agosto de 1721 tres buques salieron del Texel mandados por Roggewein; el *Águila*, de treinta y seis cañones y ciento once hombres de tripulación; el *Tienhoven*, de veintiocho cañones y cien hombres, capitán Jacobo Bauman, y la galera *Africana*, de catorce cañones y sesenta hombres, capitán Enrique Rosenthal. La navegación por el Atlántico no ofrece ninguna particularidad interesante. Después de haber tocado en Rio, se puso en demanda de una isla que llama Auke's Magdeland y que debe ser la tierra de la Virgen, la Virginia de Hawkins, el archipiélago de las Falkland o las Malvinas, como no sea la Georgia Austral. Aunque estas islas eran entonces muy conocidas, sin duda los holandeses no tenían todavía nociones bastante seguras sobre su posición, porque, después de haber abandonado el propósito de buscar las islas Falkland, se pusieron a buscar las de San Luis de los Franceses, sin echar de ver que era el mismo archipiélago.

Por lo demás, hay pocas tierras que hayan llevado más nombres que éstas, pues se llamaron también islas de Pepys, islas de Conti e islas de otros que no citamos no siendo difícil llegar hasta la docena en materia de nombres.

Roggewein, después de haber descubierto, o mejor dicho, divisado a lo lejos, bajo el paralelo del estrecho de Magallanes, y a 8 leguas de la costa, una isla de 200 leguas de circuito, a la cual llamó Bélgica Austral, embocó por el estrecho de Lemaire, cuyas corrientes le llevaron al Sur hasta los sesenta grados y medio de latitud; luego tocó en la costa de Chile y ancló delante de la isla de la Mocha que encontró abandonada y después pasó a la isla de Juan Fernández, donde recogió el *Tienhoven*, del que se había separado desde el 21 de diciembre.

Los tres buques salieron de Juan Fernández antes de fin de marzo e hicieron rumbo al oeste Noroeste en la dirección en donde debía encontrarse la tierra descubierta por Davis y entre el veintisiete y el veintiocho grados de latitud Sur; y después de varios días de investigación llegaron el 6 de abril de 1722 a la vista de una isla a la cual Roggewein dio el título de islas de Pascuas.

No nos detendremos sobre las dimensiones exageradas que el navegante holandés da a esta tierra, ni sobre las observaciones que hizo de los usos y costumbres de los naturales. Ya tendremos ocasión de tratar de ellas en presencia de relaciones más exactas y minuciosas como son las de Cook y La Perouse.

«Pero lo que no se encontrará en estas relaciones, dice Fleurieu, es el rasgo de erudición del sargento mayor de Roggewein que después de haber descrito la hoja del bananero, cuya longitud es de seis a ocho pies y la anchura de dos a tres, nos enseña que una de estas hojas fue la que cubrió la desnudez de nuestros primeros padres después de su caída». Y añade para mayor esclarecimiento: «que los que esto pretenden se fundan en que la hoja de que se trata es la mayor de todas las plantas que crecen en los países de Oriente y Occidente».

Esta observación prueba la alta idea que Behrens se había formado de las dimensiones corporales de nuestros primeros padres.

Un indígena subió sin temor a bordo del *Águila*, y allí regocijó a todos con su buen humor, su alegría y sus muestras de amistad.

A la mañana siguiente Roggewein vio en la playa, sembrada de altas estatuas, una multitud numerosa que parecía esperar con impaciencia y curiosidad la llegada de los extranjeros. Sin que se sepa por qué motivo, se disparó un fusil; cayó muerto un indígena, y la multitud espantada se dispersó en todas direcciones. Pronto, sin embargo, volvió en mayor número; Roggewein entonces, a la cabeza de ciento cincuenta hombres, mandó hacer una descarga general, que tendió por tierra muchas víctimas; y espantados los naturales, se apresuraron a implorar clemencia de aquellos terribles visitantes, depositando a sus pies todo lo que poseían. Fleurieu no cree que la isla de Pascuas sea la tierra de Davis; más a pesar de las razones en que apoya su opinión y de las diferencias que cita entre la descripción de una isla y la de la otra, no puede menos de identificarse el descubrimiento de Davis con el de Roggewein, porque no hay ninguna otra isla en esos parajes, hoy día perfectamente conocidos.

Roggewein, arrojado de su fondeadero en la costa oriental de la isla de Pascuas por un violento huracán, hizo rumbo al Oeste Noroeste, atravesó el mar Malo de Schouten; y después de haber andado ochocientas leguas, se halló a la vista de una isla que creyó sería de los Pernos de Schouten y a la que dio el nombre de Carlshoff que todavía conserva.

La escuadra pasó delante de esta isla sin visitarla; y a la noche siguiente fue empujada por el viento y las corrientes hasta un grupo de islas bajas cuyo encuentro fue inesperado. La galera *Africana* se estrelló contra un escollo, y los otros dos buques estuvieron a punto de sufrir la misma suerte. Solo al cabo de cinco días de esfuerzos, temores y peligros lograron desembarazarse de aquellos sitios y volver a alta mar.

Los habitantes de aquel archipiélago eran altos, de cabellos lacios y largos y de cuerpo pintado de diferentes colores. Hoy todos están de acuerdo en reconocer en la descripción que Roggewein nos dejó, que este grupo de islas que llamó Perniciosas es el archipiélago al cual dio Cook el nombre de islas Palliser.

Roggewein al día siguiente de aquél en que pudo librarse de los peligros que ofrecían las islas Perniciosas, descubrió otra a la cual dio el nombre de Aurora. Era muy baja porque apenas se levantaba sobre la superficie del agua; y si el sol hubiera tardado en presentarse, el *Tienhoven* se habría perdido en aquel sitio. A la caída de la tarde vieron otra nueva tierra que recibió el nombre de Vesper, y que es difícil saber la que era como no perteneciese al grupo de las Palliser.

Continuando luego si rumbo al Oeste, entre los paralelos 15 y 10, se encontró de repente la expedición entre un grupo de islas medio anegadas.

«A medida que nos aproximábamos, dice Behrens, vimos un gran número de canoas navegando a lo largo de las costas y no dudamos que el país estaría bien poblado. Acercándonos más. reconocimos que lo que nos hablan parecido canoas eran una multitud de islas situadas muy cerca las unas de las otras. Entramos en aquel archipiélago insensiblemente y tan adentro que comenzamos a temer que no podríamos salir y el almirante hizo subir a lo alto del palo mayor a uno de los pilotos para descubrir por donde podría hallarse la salida. Debimos nuestra salvación a la calma que reinaba entonces; la menor agitación hubiera estrellado nuestros buques contra las rocas sin posibilidad de socorro. Salimos, pues, sin ningún accidente desagradable. Aquellas islas son seis, todas muy risueñas; y tomadas en junto pueden tener una extensión de treinta leguas. Están situadas a veinticinco leguas al Oeste de las Perniciosas. Les dimos el nombre de *Laberinto* porque para salir nos vimos obligados a dar muchos rodeos».

Varios autores han identificado este grupo con las islas del Príncipe de Gales de Byron; pero Fleurieu no opina de esta manera; y Dumont d'Urville cree que son el grupo de Bliegen ya visto por Schouten y Lemaire.

Después de tres días de navegación, siempre hacia el Oeste, vieron los holandeses una isla de hermosa apariencia cuya fertilidad anunciaban multitud de cocoteros, palmeras y plantas cubiertas de

verdor. No encontrándose fondo cerca de la orilla, tuvieron que contentarse con visitarla por medio de destacamentos bien armados.

Otra vez los holandeses vertieron inútilmente la sangre de una población inofensiva que les esperaba en la playa y que no había cometido más culpa que la de ser bastante numerosa. Después de aquella ejecución, más digna de bárbaros que de hombres civilizados, trataron de atraer a los jefes de los naturales por medio de regalos y de engañosas muestras de amistad. Los jefes no se dejaron sorprender; al contrario, habiendo atraído a varios marineros al interior de la isla, se lanzaron sobre ellos y les atacaron a pedradas. Aunque una descarga de los fusiles tendió por tierra a varios, continuaron con gran valor acometiendo a los extranjeros y les obligaron a embarcarse, llevándose los heridos y los muertos.

Naturalmente los holandeses gritaron que había habido traición no sabiendo con qué epíteto designar la felonía y la deslealtad de sus adversarios. Pero ¿quién tuvo la culpa de la primera agresión? ¿Quién fue el agresor? Y aun admitiendo que se hubieran cometido algunos robos, lo que es posible, ¿debía castigarse tan severamente a toda una población por la falta de algunos individuos que no podían tener ideas muy claras sobre el derecho de propiedad?

A pesar de las pérdidas que los holandeses acababan de experimentar, dieron a aquella tierra en memoria de los repuestos que en ella encontraron, el nombre de la isla del Recreo. Roggewein la sitúa bajo el paralelo diez y seis; pero su longitud está tan mal indicada que ha sido imposible encontrarla.

Tratóse después en consejo de guerra si la escuadra debía proseguir su rumbo al Oeste en busca de la isla del Espíritu Santo, de Quirós, o por el contrario, debía subir hacia el Norte para llegar a las Indias Orientales, aprovechando la monzón favorable. El consejo acordó este último partido.



Al tercer día de navegación se descubrieron a la vez tres islas que recibieron el nombre de Bauman, por haber sido el capitán del *Tienhoven* el primero que las vio. Los insulares acudieron a comerciar en torno de los buques, mientras la playa se cubría de una numerosa multitud armada de arcos y lanzas. Aquellos indígenas eran blancos y no se diferenciaban de los europeos más

que en tener algunos la piel tostada por los ardores del sol. No tenían pintura en el cuerpo; y una enagua de tela artísticamente tejida y guarnecida de franjas les cubría desde la cintura hasta los talones. Un sombrero de la misma tela les protege la cabeza, y collares de llores odoríferas rodeaban su cuello.

«Es preciso confesar, dice Behrens, que ésta es la nación más humanizada y más honrada que hemos visto en el mar del Sur. Nuestra llegada alegró mucho aquellos naturales que nos recibieron como dioses; y cuando nos dispusimos a marchar nos manifestaron el más vivo sentimiento.

Según todas las apariencias, aquéllas eran las islas que después se han llamado de los Navegantes.

Después de haber reconocido varias islas, que según Roggewein eran las de los Cocos y las de los Traidores, visitadas ya por Schouten y Lemaire, y que Fleurieu considera como descubrimiento holandés y las llamó Roggewein; después de haber visto las islas de Tienhoven y de Grominga, que Pingré creyó ser la Santa Cruz de Mendaña, llegó la expedición a la costa de Nueva Irlanda donde señaló su presencia con nuevos asesinatos. Desde allí pasó a las costas de la Nueva Guinea; y después de haber atravesado las Molucas, echó el ancla en Batavia.

Allí los holandeses, menos humanos que algunos de las poblaciones visitadas por Roggewein, confiscaron los dos buques, aprisionaron a los oficiales y marineros sin distinción de grados y les enviaron a Europa para formarles causa.

El crimen que habían cometido, crimen imperdonable, era haber puesto el pié en tierras que pertenecían a la compañía de las Indias Orientales cuando ellos estaban a las órdenes de la compañía de las Indias Occidentales. Siguióse una causa en la cual la compañía Oriental fue condenada restituir todo lo que había embargado y a pagar una gran cantidad por indemnización.

Después de su vuelta al Téxel, el 11 de julio de 1723, perdimos completamente de vista a Roggewein sin que nos haya quedado ningún pormenor acerca de los últimos años de su vida. Debernos

agradecer mucho a Fleurieu que haya desembrollado el caos de aquella larga navegación y arrojado un poco de luz sobre una expedición que merecía ser más conocida.

En 17 de junio de 1764 el comodoro inglés Byron recibió instrucciones del primer *lord* del Almirantazgo que comenzaban de esta manera:

Como nada es más propio para contribuir a la gloria de esta nación como potencia marítima, a la dignidad de la Corona de la Gran Bretaña y los progresos de su comercio y navegación, que hacer descubrimientos de regiones desconocidas; y habiendo motivo para creer que pueden hallarse en el mar Atlántico, entre el cabo de Buena Esperanza y el estrecho de Magallanes, tierras e islas de mucha extensión no conocidas hasta ahora de las potencias de Europa, situadas en latitudes cómodas para la navegación y en climas propios para la producción de diferentes géneros de comercio; en fin como las islas de S. M. llamadas islas Pepys o islas de Falkland, situadas en el espacio que se acaba de designar, no han sido examinadas con bastante cuidado para dar una idea exacta de sus costas y producción, aunque fueron descubiertas y visitadas por navegantes ingleses; S. M., teniendo a la vista estas consideraciones y creyendo que ninguna coyuntura puede presentarse tan favorable a una empresa de este género como la que proporciona la paz profunda de que por fortuna gozan sus reinos, ha juzgado conveniente llevar a ejecución su propósito, etc., etc».

—¿Quién era el marino experimentado en que se había fijado la elección del gobierno inglés? Era el comodoro Juan Byron que había nacido el 8 de noviembre de 1723, que desde su infancia había mostrado la más viva afición a la carrera marítima y que a la edad de diez y siete años se había embarcado en uno de los buques de la escuadra del Almirante Anson, encargado de destruir los establecimientos españoles en las costas del Pacífico.

Hemos referido más arriba las desgracias que llovieron sobre aquella expedición y la increíble fortuna que debía señalar su última

parte.

El buque en que Byron se había embarcado el *Wager*, naufragó al desembocar del estrecho de Magallanes, y la tripulación, hecha prisionera por los españoles, fue llevada a Chile. Allí Byron, después de un cautiverio que no duró menos de tres años, logró escaparse y fue recogido, por un buque francés, de Saint-Malo, que le trajo a Europa. Volvió a entrar en el servicio, se señaló en muchos encuentros durante la guerra contra Francia; y sin duda el recuerdo de su primer viaje alrededor del mundo, tan desgraciadamente interrumpido, fue lo que atrajo sobre su persona la atención del Almirantazgo.

Los buques que le confiaron estaban cuidadosamente armados. El *Delfin* era un buque de guerra de sexta clase que llevaba veinticuatro cañones, ciento cincuenta marineros, tres tenientes y treinta y siete cabos y sargentos. La *Tamar* era una corbeta de diez y seis cañones, en la cual se embarcaron a las órdenes del capitán Monat, noventa marineros, tres tenientes y veintisiete cabos y sargentos.

El principio de la expedición no fue feliz. El 21 de junio salió de las Dunas; pero al bajar por el Támesis, el *Delfin* tocó en un escollo y fue preciso entrar en Plymouth para carenarlo.

El 3 de julio se levaron anclas definitivamente, y diez días después Byron se detenía en Funchal, en la isla de la Madera, para tomar refrescos. También se vio obligado a recalar en las islas de Cabo Verde para hacer aguada, porque el agua que había embarcado se había corrompido en breve.

Nada contrarió la navegación de los dos buques ingleses hasta que llegaron a la vista de Cabo Frío. Solamente Byron hizo una observación singular que se ha confirmado muchas veces después, y es que el forrar en cobre los buques aleja a los peces, que debían haberse encontrado en abundancia en aquellos parajes. Los calores abrumadores y las lluvias continuas habían hecho pasar a la enfermería a una gran parte de las tripulaciones. Por eso hubo necesidad de otra recalada para obtener víveres frescos.

Byron pensó hacerla en Río Janeiro, a donde llegó el 12 de setiembre. Allí recibió amistosa acogida de parte del virrey, y cuenta de este modo su primera entrevista.

«Cuando fui a visitarle me recibió con la mayor pompa, hallándose formados delante del palacio unos sesenta oficiales. La guardia estaba sobre las armas y se componía de hombres muy gallardos y bien vestidos. Su excelencia, acompañado de la nobleza, salió a recibirme a la escalera; el fuerte inmediato saludó mi entrada con quince cañonazos. Entramos enseguida en la sala de audiencia, y después de una conversación de un cuarto de hora, me despedí y fui acompañado a la salida con las mismas ceremonias».

En breve diremos la diferencia notable que hubo entre esta recepción y la que hizo al capitán Cook.

Byron obtuvo sin trabajo el permiso de desembarcar sus enfermos y encontró las mayores facilidades para proporcionarse refrescos. No tuvo motivo de queja, fuera de las tentativas reiteradas que hicieron los portugueses para excitar la desertión entre sus marineros. Los calores insoportables que las tripulaciones experimentaron en Río Janeiro abreviaron el plazo de su estancia; y el 16 de octubre se levaron al fin las anclas, si bien fue preciso esperar a la entrada de la bahía cuatro o cinco días a que el viento de tierra permitiese a los buques salir a alta mar.

Hasta entonces se había guardado el secreto sobre el destino de estos buques. Byron llamó aquel día a bordo al comandante de la *Tamar*, y en presencia de los marineros reunidos, leyó sus instrucciones que le prescribían, no, como se había creído hasta entonces, dirigirse a las Indias Orientales, sino entrar en el mar del Sur para hacer en él descubrimientos que pudieran ser de grande importancia para Inglaterra. Con este objeto los lores del almirantazgo concedían a las tripulaciones doble paga, además de los ascensos y gratificaciones que se prometían si su conducta era satisfactoria. De esta corta arenga, la segunda parte fue la más

agradable para los marineros que la acogieron con exclamaciones de alegría .

Hasta el 29 de octubre caminaron con rumbo al Sur sin accidente. En aquel día empezaron chubascos súbitos y ráfagas violentas que se sucedieron alternativamente y degeneraron en una espantosa tempestad, durante la cual Byron tuvo que mandar arrojar cuatro cañones al agua para evitar el naufragio. A la mañana siguiente el tiempo se puso un poco más manejable; pero hacia tanto frío como en Inglaterra en aquella época del año, aunque noviembre en aquellos parajes corresponde al mes de mayo del hemisferio septentrional. Como el viento empujaba continuamente el buque hacia el Este, Byron comenzaba a temer que le fuera muy difícil seguir la costa de Patagonia.

De repente, el 12 de noviembre, aunque en las cartas no se marcaba ninguna costa en aquellos parajes, resonó en los buques el grito repetido de tierra, tierra a proa. Las nubes oscurecían en aquel momento casi toda la circunferencia del horizonte, y los relámpagos y los truenos se sucedían sin interrupción.

«Creí observar, dice Byron, que lo que al principio había parecido una isla, presentaba dos montañas escarpadas; pero mirando hacia el lado de donde venía el viento, me pareció que la tierra, donde se levantaban aquellas montañas, se extendía al Sudeste. En su consecuencia gobernamos al Sudeste; hice subir a varios oficiales a lo alto de los palos para observar el viento y determinar la posición de la tierra descubierta, y todos me aseguraron que veían una grande extensión de tierra... Después hicimos rumbo al Este Sudeste. La tierra parece mostrarse siempre bajo la misma apariencia; las montañas parecían azules, como sucede generalmente en tiempo oscuro y lluvioso y a cierta distancia. Pronto algunos creyeron oír y ver las olas del mar estrellarse en una playa de arena; pero habiendo navegado todavía una hora con toda la circunspección posible, lo que se había creído tierra se desvaneció de repente y nos convencimos de que no había sido más que bruma...

»Continuamente desde hace veintisiete años he estado en el mar, dice Byron, y no recuerdo una ilusión tan grande y por tanto tiempo sostenida... No es dudoso que si el tiempo se hubiera aclarado bastante pronto para hacer desaparecer de nuestra vista lo que habíamos tomado por tierra, todos los que estaban a bordo hubieran jurado que la habían descubierto a aquella altura. Nos hallábamos entonces a los 43° 46´ de latitud Sur y 60° 5´ de longitud Oeste».

A la mañana siguiente sobrevino un golpe de viento espantoso, anunciado ya por los gritos penetrantes de muchos centenares de aves marinas que huían. Duró solo veinte minutos; pero fue lo bastante para tumbar el buque sobre una banda antes que se pudiera largar la grande amura que fue cortada. Al mismo tiempo, la escota de la vela mayor derribaba al primer teniente y le enviaba rodando a lo lejos, y la de mesana, que no estaba enteramente recogida, se hizo pedazos.

Los días que siguieron fueron mucho más favorables. Por otra parte, el buque tenía tan poco calado que su deriva era considerable cuando le impulsaba un buen viento fresco.

Después de una navegación tan tormentosa, el 24 de noviembre llegó Byron, en el estado que se deja conocer, a la isla de los Pingüinos y al puerto Deseado. Pero los atractivos de aquella estación no debían justificar la impaciencia que la tripulación había manifestado por llegar a ella.

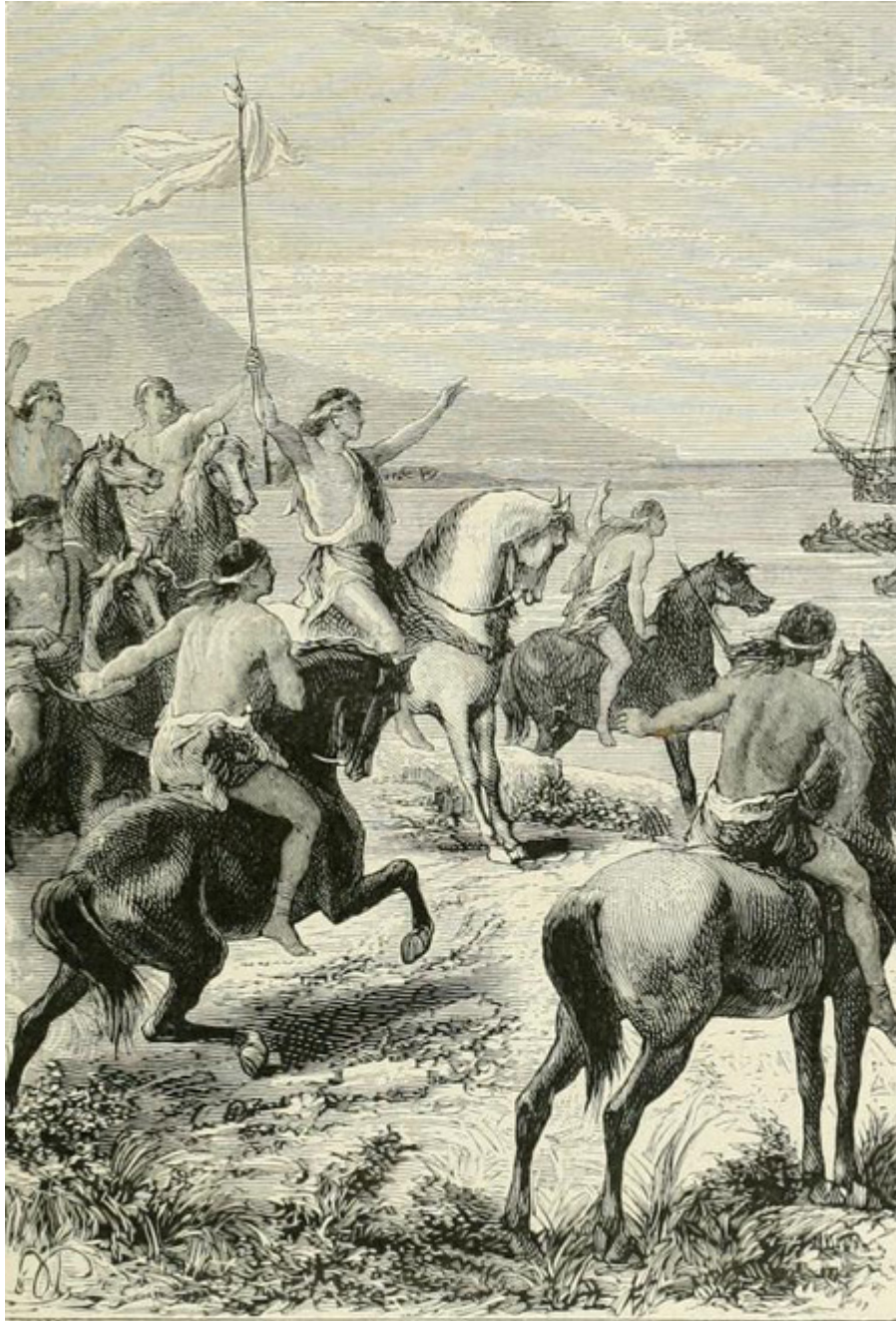
Los marineros ingleses al bajar a tierra, no descubrieron, por más que se adelantaron hacia el interior, sino una campiña desierta, colinas arenosas y ni un solo árbol. En cuanto a caza, vieron algunos guanacos muy lejos de tiro pero se pudieron cazar algunas liebres grandes. Sólo la caza de terneras marinas y de aves acuáticas fue abundante para regalo de toda la escuadra.

El puerto Deseado, mal abrigado y de muy mal tenedero, ofrecía además el grave inconveniente de que las tripulaciones no podían tomar allí sino una agua salitrosa. De habitantes no había vestigios.

Una larga estación en aquel paraje era, pues, inútil y peligrosa, y por consiguiente Byron, el 25, salió en busca de la isla Pepys.

La posición de esta tierra era una de las más inciertas. Halley la situaba a los 80° al Este del continente. Cowley, el único que aseguraba haberla visto, pretendía que estaba a los 47 de latitud Sur; pero sin fijar su longitud. Era éste un problema interesante que había que resolver.

Byron, después de haber cruzado del Norte al Sur y al Este, persuadido de que tal isla no existía, hizo rumbo a las Sebaldinas con el objeto de entrar en el primer puerto en que pudiera encontrar agua y leña de que tenía urgente necesidad. Acometióle una tempestad durante la cual las olas fueron tan terribles que dice no haber visto nada semejante, ni siquiera al doblar el cabo de Hornos con el Almirante Anson. Pasada la tormenta, reconoció su posición y vio que estaba en el cabo de las Vírgenes, que forma la entrada septentrional del estrecho de Magallanes.



Quando el buque estuvo cerca de la orilla, los marineros distinguieron un grupo de hombres a caballo que levantaban una bandera blanca y les daban señales para que bajaran a tierra. Byron, deseoso de ver a aquellos patagones sobre cuyas costumbres los viajeros estaban tan discordes, bajó a la costa con un fuerte destacamento de soldados armados.

Allí encontró cerca de quinientos hombres, casi todos a caballo, de una estatura gigantesca y que parecían monstruos con cara humana. Sus cuerpos estaban pintados de la manera más horrible y sus rostros surcados de líneas de diversos colores. Rodeaban sus ojos círculos azules, negros o encarnados, de suerte que parecía que llevaban inmensos anteojos.

Casi todos estaban desnudos, a excepción de una piel que llevaban sobre los hombros con el pelo por dentro, y muchos calzaban botas cortas: singular traje, tan primitivo como poco costoso. Llevaban perros en gran número; sus caballos eran muy pequeños y de mal aspecto, pero de gran rapidez en la carrera. Las mujeres montaban a caballo como los hombres, sin estribos y todos galopaban por la orilla del mar, aunque estaba sembrada de grandes piedras movedizas.

Aquella entrevista fue amistosa. Byron distribuyó entre aquella raza de gigantes una multitud de bagatelas, cintas, abalorios y tabaco. Luego que se hubo reunido con el *Delfin* entró con la marea en el estrecho de Magallanes. No tenía intención de atravesarle sino de buscar una abra segura y cómoda donde pudiera hacer aguada y leña antes de ir en busca de las islas de Falkland.

Al salir de la segunda gola observó las islas de Santa Isabel, San Bartolomé, San Jorge y la Punta Sandy. Cerca de esta última encontró un país delicioso, manantiales de agua dulce, bosques, praderas esmaltadas de flores que embalsamaban el aire con un perfume exquisito; centenares de aves inundaban aquel paraje, y una especie de estas aves recibió el nombre de ánade pintada a causa de su plumaje matizado de los más vivos colores. Pero en ninguna parte se pudo encontrar un sitio a donde pudiera atracar la canoa sin correr los mayores peligros. Por todos lados el agua estaba muy baja y el mar rompía con fuerza. Muchos peces, entre ellos magníficos mujoles, ánades, chochas, cercetas y otras muchas aves de excelente sabor fueron pescados y cazados por las tripulaciones.

Byron se vio obligado a continuar su rumbo hasta el puerto del Hambre, adonde llegó el 27 de diciembre.

«Estábamos, dice, al abrigo de todos los vientos a excepción del Sudeste que sopla raras veces, y si un buque viniera a dar en la costa del interior de la bahía no recibiría daño alguno porque el fondo en ella es muy tranquilo. A lo largo de las costas flota una gran cantidad de leña bastante para cargar mil buques, de suerte que no teníamos necesidad de ir a cortarla al bosque.» .

En el centro de esta bahía desemboca un río, el Sedger, cuya agua es excelente. En sus orillas crecen grandes y soberbios árboles propios para hacer magníficos mástiles, y en sus ramas se posaban una multitud de papagayos y otras aves de plumaje resplandeciente.

El 5 de enero de 1765, luego que las tripulaciones se hubieron repuesto de sus fatigas y se proveyeron los buques de todo lo necesario, se volvió a emprender el viaje en busca de las islas Falkland. Siete días después se descubrió una tierra, la cual creyó Byron que era la de las islas Sebald de Weert; pero al acercarse notó que lo que había creído tres islas no formaba más que una sola y se extendía a lo lejos hacia el Sur. No dudó que se hallaba a la vista del archipiélago marcado en las cartas de aquella época bajo el nombre de New-Islands, a los 51° de latitud Sur y 62° 32' de longitud Oeste.

Al principio se mantuvo en alta mar porque quería evitar que la corriente le arrojase a una costa desconocida. Pero después de haberla observado destacó una embarcación que la examinase más de cerca y buscase una ensenada cómoda y segura, que no tardó en encontrarse. Aquel puerto recibió el nombre de Egmont, en honor del conde de Egmont, entonces primer *lord* del Almirantazgo.

«No creo, dice Byron, que pueda encontrarse un puerto más hermoso; su fondo es excelente, la aguada es fácil y todos los buques de Inglaterra podrían estar seguros en él, al abrigo de todos los vientos. La ánades, los patos, las corceles, se encuentran allí en tal abundancia que los marineros se cansaban de comerlas. La falta

de árboles es general a excepción de algunos troncos que flotan a lo largo de las costas y que vienen verosímilmente del estrecho de Magallanes.

La acedera silvestre y el apio, tan excelentes antiescorbúticos, se encontraban también por todas partes. El número de lobos y leones marinos, como el de pingüinos, era tan considerable que no se podía andar por la playa sin verles huir a bandadas. Animales semejantes al lobo, pero que se parecían más a la zorra, a excepción del tamaño de la cola, atacaron varias veces a los marineros que, con trabajo, pudieron defenderse. No sería fácil explicarse cómo han venido a este país, que está por lo menos cien leguas distante del continente, ni en qué sitios se refugian porque estas islas en materia de vegetales no producen más que juncos y espadañas.

La relación de esta parte del viaje de Byron en la biografía de Didot es un tejido confuso de errores. «La escuadrilla, dice Alfredo Lacaze, entró el 27 de febrero en el estrecho de Magallanes; pero se vio obligada a recalar cerca del puerto del Hambre, en una bahía que toma el nombre de puerto de Egmont...». Confusión singular que demuestra la ligereza con que a veces se redactaron los artículos de esta colección importante.

Byron tomó posesión del puerto de Egmont y de las islas adyacentes llamadas Falkland en nombre del rey de Inglaterra. Cowley les había dado el nombre de islas Pepys; pero según toda probabilidad el primero que las descubrió fue el capitán Davis en 1592. Dos años después, *sir* Ricardo Hawkins vio una tierra que se supone ser la misma y la cual dio el nombre de Virginia en honor de su soberana la reina Isabel. En fin, varios buques de Saint-Malo visitaron este archipiélago y por esta razón, sin duda, Frezier le dio el nombre de islas Malvinas .

Byron, después de haber dado nombre a las rocas, islotes y cabos, salió el 27 de febrero del puerto de Egmont e hizo rumbo al puerto Deseado, al cual llegó nueve días después. Allí encontró la *Florida*, buque transporte que le llevaba de Inglaterra los víveres y

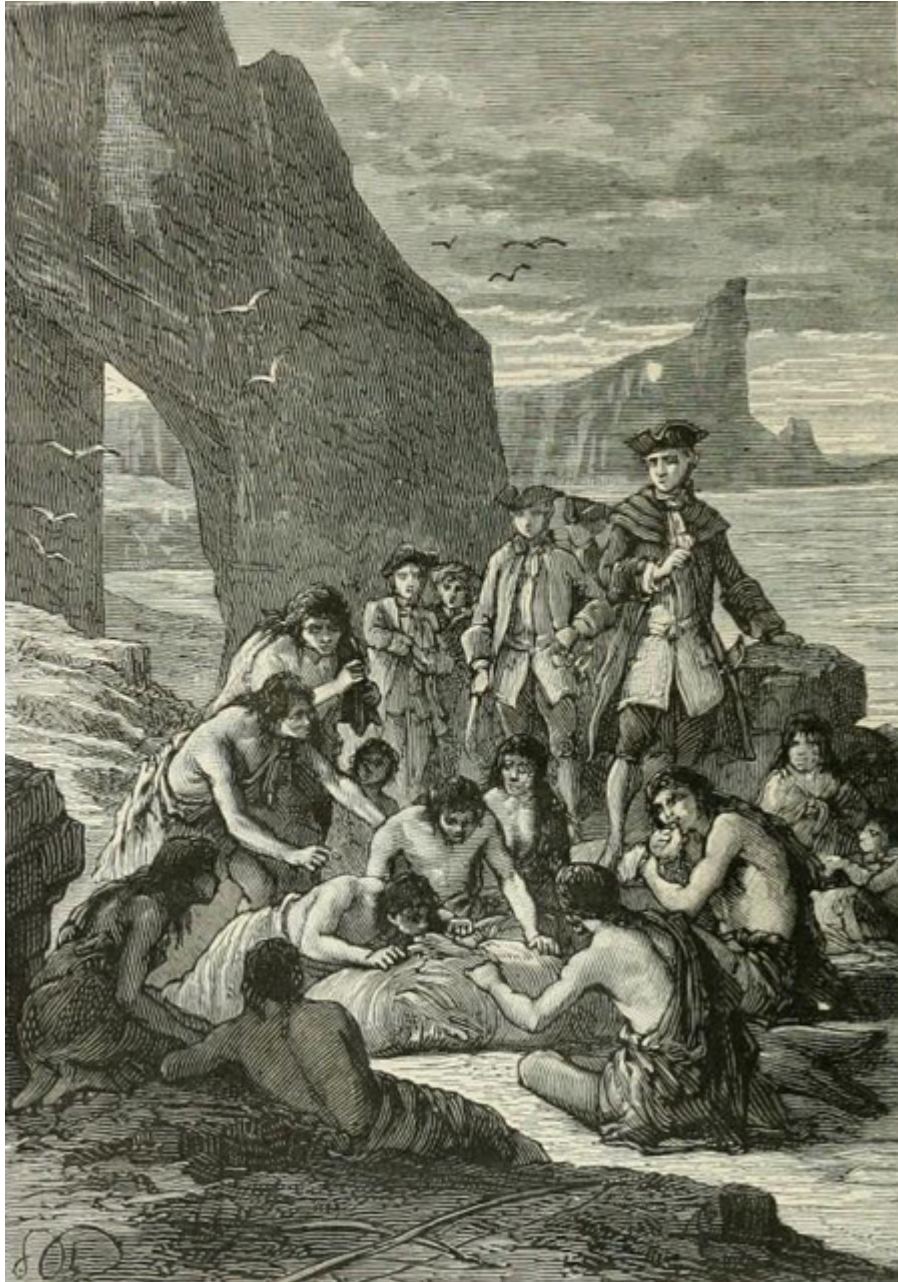
repuestos necesarios para su larga navegación. Pero aquel surgidero era muy peligroso. La *Florida* y la *Tamar* se hallaban en tan mal estado que no fue posible proceder a una operación tan larga como la del transbordo, y por esta razón Byron puso en la *Florida* a uno de sus cabos que tenía perfecto conocimiento del estrecho de Magallanes, y se dio a la vela con los dos transportes para el puerto del Hambre.

En el estrecho encontró varias veces un buque francés que parecía llevar el mismo rumbo; y a su vuelta a Inglaterra supo que era el *Águila*, mandada por Bougainville que había ido a la costa de Patagonia a cortar las maderas necesarias para las nuevas colonias francesas de las islas Falkland.

Durante estas diferentes escalas en el estrecho, la expedición inglesa recibió la visita de varias hordas de habitantes de la Tierra del Fuego.

«Hasta entonces, dice Byron, no había visto criaturas tan miserables. Venían desnudos sin más que una piel fétida de lobo marino que llevaban sobre los hombros; sus armas eran arcos y flechas que me las cedieron por algunas cuentas, collares y otras bagatelas. Las flechas, que tenían dos pies de longitud, eran de cañas y estaban armadas de una piedra verdosa; los arcos, cuyas cuerdas eran de tripas, tenían tres pies de longitud.

»Algunas frutas, almejas y restos de pescado podrido arrojados por la tempestad a la orilla, constituían todo su alimento. A bordo, solo los cerdos quisieron comerlo: era un grueso trozo de ballena ya en putrefacción y cuyo olor infestaba el aire a gran distancia. Uno de ellos partía con los dientes aquel manjar nauseabundo y repartía los pedazos a sus compañeros que los comían con la voracidad de bestias feroces».



«Varios de estos miserables salvajes se determinaron a subir a bordo. Queriendo festejarlos, uno de los sargentos tocó el violín y algunos marineros bailaron. Los salvajes parecieron hechizados por aquel espectáculo, e impacientes por mostrar su gratitud, uno de ellos se apresuró a bajar a su piragua y volvió con un saquito hecho de piel de lobo marino y que contenía una grasa roja con la cual frotó el rostro del violinista. Deseaba también hacerme a mí igual

honor; pero yo me negué a ello, e hizo tantos esfuerzos para vencer mi modestia que me costó gran trabajo defenderme de recibir la muestra de estimación que me quería hacer.» .

No es inútil recordar aquí la opinión de Byron, marino experimentado, sobre las ventajas e inconvenientes que ofrece la travesía del estrecho de Magallanes. Byron no está de acuerdo con la mayor parte de los navegantes que han visitado aquellos parajes.

«Los peligros y dificultades que hemos experimentado, dice, podrían hacer creer que no es prudente intentar ese paso y que los buques que salen de Europa para el mar del Sur, deberían todos doblar el Cabo de Hornos. No soy de esta opinión, aunque he doblado dos veces el Cabo de Hornos. Hay una estación del año en la cual, no ya un solo buque, si no toda una escuadra puede en tres semanas atravesar el estrecho, y para aprovechar esa estación, que es la más favorable, conviene entrar en él en el mes de diciembre. Una ventaja inestimable que debe decidir si los navegantes, es que en las costas se encuentren en abundancia el apio, la coclearia, frutas y otros muchos vegetales antiescorbúticos... Los obstáculos que tuvimos que vencer, y que nos detuvieron en el estrecho desde el 17 de febrero al 8 de abril, no pueden ser atribuidos más que a la estación del equinoccio ordinariamente tempestuosa y que más de una vez puso a prueba nuestra paciencia».

Hasta el 26 de abril, día en que tuvo noticia de la isla de Mas-á-Fuera, una de las del grupo de Juan Fernández, la expedición había hecho rumbo al Noroeste. En Mas-a-Fuera se apresuró a desembarcar algunos marineros, que después de haber hecho provisiones de agua y leña, dieron caza a las cabras salvajes, que encontraron, de un gusto tan delicado, como el de la mejor caza de Inglaterra.

Durante aquella recalada ocurrió un incidente bastante singular. Rompia sobre las costas una violenta resaca que impedía que las embarcaciones se acercasen. Uno de los marineros, aunque llevaba cinturón de salvamento, no sabiendo nadar, no quiso arrojarse al mar para volver a la chalupa. Amenazado de que le abandonarían

en aquella isla desierta, se negó todavía enérgicamente a tirarse al agua, hasta que uno de sus compañeros le pasó diestramente alrededor del cuerpo una cuerda, a la cual había hecho un nudo corredizo y cuyo extremo estaba en la chalupa. Cuando llegó a bordo el desdichado, dice la relación de Hawkesworth, había tragado tan gran cantidad de agua, que parecía muerto. Le suspendimos por los pies y recobró el sentido, y al día siguiente estaba restablecido perfectamente. A pesar de esta curación, verdaderamente maravillosa, no tomaremos la responsabilidad de recomendar el método a las sociedades de salvamento.

Al salir de Mas-a-Fuera, Byron cambió de rumbo para buscar la Tierra de Davis, hoy la tierra de Pascuas, situada por los geógrafos hacia los 27° 30' y a 100 leguas del Oeste de la costa americana. Ocho días se emplearon en esta investigación.

Pero no habiéndose descubierto nada y no pudiéndose prolongar más aquel crucero, porque Byron tenía el propósito de dirigirse al archipiélago de Salomon, hizo rumbo al Noroeste. El 22 de mayo se declaró el escorbuto en los buques y no tardó en hacer progresos alarmantes. Por fortuna el 7 de junio, hacia los 14° 58' de longitud Oeste, los marineros desde lo alto de los palos divisaron la tierra.

A la mañana siguiente la expedición se halló a la vista de dos islas que parecían ofrecer una perspectiva risueña de grandes árboles, de espeso follaje, arbustos y bosquecillos entre los cuales circulaban algunos indígenas que no tardaron en reunirse en la playa y encender hogueras.

Byron destacó inmediatamente una embarcación para buscar un fondeadero; pero la embarcación volvió sin haber encontrado fondo a un cable de distancia del litoral. Los pobres escorbúticos que se hablan arrastrado hasta los alcázares de popa y de proa miraban con dolorosa ansiedad aquella isla fértil donde se hallaba el remedio de sus males, pero cuya entrada les prohibía la naturaleza.

«Veían, dice la relación, cocoteros en abundancia cargados de frutos cuya leche es quizá el más poderoso antiescorbútico que hay en el mundo; suponían, con razón, que debía haber limones y otras

frutas de los trópicos, y para colmo de desventuras, veían conchas de tortugas esparcidas por la playa. Todos estos alimentos que les hubieran vuelto a la vida, estaban fuera de su alcance como si les separase de ellos la mitad del globo; pero al verlos sentían doblemente la desgracia de encontrarse privados de ellos.» .

Byron no quiso prolongar por más tiempo el suplicio de Tántalo a que estaban sometidos sus desgraciados marineros; y después de haber dado al grupo el nombre de islas del Desengaño, volvió hacerse a la vela el 8 de junio. Al día siguiente avistó una nueva tierra larga, baja, cubierta de cocoteros, en cuyo centro había un lago y en él un islote. Aquel aspecto indicaba ya por sí solo la formación madreporica de aquella tierra, simple *atoll* que no era todavía una isla, pero que pronto iba a serlo. Así es que la embarcación enviada para buscar fondeadero encontró por todas partes una costa acantilada tan escarpada como una muralla.

Entre tanto los indígenas se entregaban a manifestaciones hostiles, y dos de ellos hasta llegaron a penetrar en la embarcación. El uno robó la chaqueta de un marinero, y el otro echó mano a uno de los picos del sombrero del contramaestre, pero no sabiendo cómo apoderarse de él, en lugar de levantarlo lo atrajo hacia sí, lo cual permitió al contramaestre oponerse al robo. Dos grandes piraguas tripuladas cada una por unos treinta remeros hicieron entonces una tentativa para atacar a las chalupas, pero éstas les dieron caza hasta la orilla; allí se empeñó una lucha, y los ingleses, estando ya a punto de sucumbir a causa del número de enemigos, tuvieron que hacer uso de sus armas, dejando muertos a tres o cuatro insulares.

Al día siguiente algunos marineros y los escorbúticos que habían podido levantarse de sus hamacas bajaron a tierra. Los naturales espantados por la lección que habían recibido la víspera, se mantuvieron ocultos, mientras los ingleses recogían cocos y plantas antiescorbúticas. Aquellos refrescos les fueron de tan gran auxilio que pocos días después no había un solo caso de escorbuto a bordo. Loros, palomas de rara hermosura y muy familiares y otras

aves desconocidas, componían toda la fauna de aquella isla que recibió al nombre de isla del Rey Jorge. La que fue descubierta en seguida se llamó Isla del Príncipe de Gales. Todas estas tierras formaban parte del archipiélago de las Pomotú, igualmente llamadas islas Bajas; nombre que les conviene perfectamente.

El 24 de noviembre nueva cadena de islas con cinturón de rompientes. Byron las llamó islas del Peligro y renunció a examinarlas de cerca, cosa que ofrecía más peligros que ventajas.

Seis días después se descubrió la isla del Duque de York. En ella los ingleses no hallaron habitantes, pero recogieron cien nueces de coco que les fueron muy útiles.

Poco más lejos, hacia 1° 18' de latitud Sur y 173° 46' de longitud Oeste, hallaron una isla separada, al Este del archipiélago Gilbert, la cual recibió el nombre de Byron. El calor era entonces excesivo, y los marineros, debilitados por el largo viaje y por el alimento insuficiente y malsano y la bebida de agua pútrida, fueron atacados casi todos de disentería.

En fin, el 28 de julio, Byron reconoció con júbilo las islas Saipan y Tiñan, que forman parte del archipiélago de las Marianas o de los Ladrones, y echó el ancla en el mismo sitio en que *lord* Anson la había echado con el *Centurion*.

Inmediatamente se levantaron las tiendas para los escorbúuticos. Casi todos los marineros habían sentido los primeros síntomas de aquella terrible enfermedad, y en algunos había hecho grandes estragos. Byron quiso entonces penetrar en los bosques espesos que bajaban hasta la misma playa para buscar aquellos parajes deliciosos cuyas descripciones se leen en la relación del capellán de *lord* Anson. ¡Cuán lejos estaban de la realidad aquellas descripciones entusiastas! Por todas partes bosques impenetrables espesuras de plantas, de zarzas de arbustos entrelazados que no era posible atravesar sin dejar a cada paso jirones de las ropas enredados en ellas. Al mismo tiempo nubes de mosquitos se abatían sobre los exploradores y les picaban cruelmente. La caza

era rara y difícil de alcanzar; el agua detestable, la rada peligrosísima en aquella estación.

La recalada se anunciaba, pues, bajo muy malos auspicios. Sin embargo, los expedicionarios acabaron por descubrir limones, naranjas amargas, cocos, arboles de pan, guayabas y algunas otras frutas. Si estas producciones ofrecían recursos excelentes para los escorbúticos que se curaron en breve, en cambio el aire cargado de emanaciones palúdicas, produjo accesos de fiebre tan violentos que causaron la muerte de dos marineros. Además la lluvia no cesaba de caer y el calor era excesivo.

«Yo había estado, dice Byron, en las costas de Guinea, en las Indias Occidentales, en las islas de Santo Tomás, que está bajo la línea, y jamás había experimentado un calor tan sofocante.»

Sin embargo, lograron proporcionarme volatería y cerdos silvestres que pesaban ordinariamente doscientas libras, si bien era preciso consumir aquella carne inmediatamente, porque una vez muertos, se podría al cabo de una hora. En fin, el pescado que me sacaba en aquella costa era tan malsano que todos los que comieron de él, aunque fuese poco, cayeron peligrosamente enfermos y estuvieron a punto de morir.

El 1.º de octubre, los dos buques, ampliamente repuestos de provisiones, dejaron la rada de Tiñan después de una residencia de nueve días. Byron reconoció la isla de Anatacan, ya vista por Anson, y continuó su rumbo al Norte con la esperanza de encontrar el monzón del Nordeste antes de llegar a las Bachis, archipiélago que forma el extremo Norte de las Filipinas. El 22 divisó la isla de Grafton la más septentrional de aquel grupo, y el 3 de noviembre llegó a la de Timoan, señalada por Dampier como punto donde podrían tomarse fácilmente refrescos. Pero los habitantes, que son de raza malaya, rechazaron con desprecio las hachas, cuchillos e instrumentos de hierro que les ofrecían en cambio de algunas aves. Querían rupias; pero al fin se contentaron con algunos pañuelos a cambio de una docena de gallinas, una cabra y un cabrito. Por

fortuna la pesca fue abundante porque había sido casi imposible proporcionarse víveres frescos.

Byron se dio de nuevo a la vela el 7 de noviembre; pasó a la vista de Pulo-Condor; recaló en Pulo-Taya donde encontró una corbeta con pabellón holandés, pero en la cual no iban más que malayos; después llegó a Sumatra, cuya tierra fue costeando, y al fin ancló el 28 de noviembre en Batavia, capital del poder holandés en las Indias Orientales.

En la rada había entonces más de cien buques de todos los tamaños; tanto florecía en aquella época el comercio de la compañía de las Indias. La ciudad estaba en toda su prosperidad; sus calles anchas y bien alineadas; sus canales admirablemente conservados y adornados en las orillas de grandes árboles; sus casas regulares, le daban un aspecto que recordaba singularmente el de las ciudades de los Países Bajos. En sus paseos y en los barrios comerciales se cruzaban los portugueses, los chinos, los ingleses, los holandeses, los persas, los moros y malayos. Las fiestas y los convites de todo género daban a los extranjeros una alta idea de la prosperidad de la población y contribuían a dar atractivos a su residencia. El único inconveniente, y éste era grande para tripulaciones que acababan de hacer una larga campaña, era la insalubridad de aquel sitio donde reinan las fiebres endémicamente. Byron, que lo sabía, se apresuró embarcar sus provisiones y se hizo de nuevo a la vela, después de nueve días de recalada.

Y, sin embargo, la estancia había sido demasiado larga para poder evitar los inconvenientes del clima, porque apenas los buques pasaron el estrecho de la Sonda, cuando una terrible fiebre pútrida llevó a la enfermería a la mitad de la tripulación y causó la muerte de tres marineros.

El 10 de febrero, después de cuarenta y ocho horas de navegación, Byron divisó la costa de África y echó el ancla tres días después en la bahía de la Mesa.

La ciudad del Cabo le proporcionó todos los recursos que podía necesitar. Víveres, agua, medicinas: todo fue embarcado con una rapidez que solo se explica por la impaciencia de volver a la patria, Hacia la cual, en fin, pusieron la proa los buques de la expedición.

Dos incidentes señalaron la travesía del Atlántico.

«A la altura de Santa Elena, dice Byron, navegando con buen tiempo y viento fresco, y estando a distancia considerable de la tierra, el buque recibió una sacudida tan fuerte como si hubiera dado sobre un banco de arena. Alarmados todos por la violencia de aquel movimiento, corrimos sobre cubierta y vimos que la mar se teñía de sangre en una grande extensión, lo cual disipó nuestros temores, porque vimos que habíamos tocado en alguna ballena y que verdaderamente nuestro buque no había recibido ningún daño, lo cual era verdad.» .

En fin, pocos días después la *Tamar* se encontró en un estado tal de deterioro, con averías tan graves en el timón, que hubo que inventar una máquina para reemplazarle y ayudarla a llegar a las Antillas, porque hubiera sido exponerla a un gran riesgo hacerla continuar el viaje.

El 9 de mayo de 1766 el *Delfin* echó el ancla en las Dunas después de un viaje alrededor del mundo, que había durado cerca de veintitrés meses.

Entre todas las expediciones de circunnavegación intentadas por los ingleses, ésta había sido la más feliz, Hasta entonces no se había hecho ningún viaje puramente científico. Pero si los resultados no fueron tan fecundos como podía esperarse, la culpa no era del comandante de la expedición, que dio pruebas de habilidad, sino de los lores del Almirantazgo que no le dieron instrucciones bastante detalladas y que no tuvieron cuidado, como se ha hecho después, de embarcar también personas especiales e instruidas en los diversos ramos de la ciencia.

Por lo demás, se hizo plena justicia a Byron; se le dio el título de almirante y se le confió un mando importante en las Indias Orientales. Pero esta parte de su vida, que concluyó en 1786, no

pertenece al asunto de que tratarnos, y por consiguiente no hablaremos de ella.

II. Wallis y Carteret. —Preparativos de la expedición. — Penosa navegación por el estrecho de Magallanes. — Separación del Delfin y de la Golondrina. —La Isla de Pentecostés. —La Isla de la reina Carlota. —Islas de Cumberland, de Enrique, etc. —Tahiti. —Las Islas de Howe, Boscaven y Keppel. —La isla Wallis. —Batavia. —El Cabo. — Las Dunas. —Descubrimiento de las Islas Pitcairn, Osnabrug, Gloucester, por Carteret. —El archipiélago de Santa Cruz. —Las Islas de Salomon, el Canal de San Jorge y la Nueva Irlanda. —Las Islas de Portland y del Almirantazgo. —Macasar y Batavia. —Encuentro de Bougainville en el Atlántico.

Dado el impulso, la Inglaterra entró en la vía de las grandes expediciones científicas que debían ser tan fecundas y elevar a tan alto grado la reputación de su marina. ¡Qué admirable escuela la de esos viajes de circunnavegación donde las tripulaciones, los oficiales y marineros se encuentran a todas horas en presencia de lo imprevisto y donde hallan ocasión de justificarse las cualidades del marino, del militar y hasta del hombre! Si durante las guerras de la revolución y del imperio de Francia la marina inglesa mostró casi siempre gran superioridad sobre la francesa, hay que atribuirlo, no solo a que la Francia por sus convulsiones se hallaba privada de los servicios de casi todo el estado mayor marítimo, sino también a que la Inglaterra tenía marina que se había formado en aquella dura escuela.

Sea de esto lo que quiera, el Almirantazgo inglés organizó una nueva expedición inmediatamente después del regreso de Byron. Parece que hizo también con alguna precipitación los preparativos. El *Delfin* había entrado en las Dunas a principios de mayo y seis semanas después, el 19 de Junio, se encargaba del mando el capitán Samuel Wallis.

Este oficial, después de haber conquistado todos sus grados en la marina militar, había ejercido un importante mando en el Canadá y contribuido a la toma de Luisburgo. No sabemos cuales fueron las cualidades que le recomendaron con preferencia a sus compañeros a la elección del Almirantazgo; pero los nobles lores no tuvieron motivo para arrepentirse de aquella elección.

Wallis procedió sin demora a ejecutar las reparaciones de que el *Delfin* tenía necesidad, y el 21 de agosto, es decir, menos de un mes después de haber recibido el mando, se unió en la rada de Plymouth a la corbeta *Golondrina* y a la urca *Príncipe Federico*. El segundo de estos buques estaba mandado por el capitán Brine y el primero por el capitán Felipe Carteret, distinguidísimo oficial que acababa de dar la vuelta al mundo con el comodoro Byron, y cuya reputación iba a aumentarse particularmente con este segundo viaje.

Por desgracia la *Golondrina* parecía poco a propósito para la campaña que de ella se exigía. Tenía treinta años de servicio; su forro era ligero, su quilla no estaba guarnecida de clavos, que a falta de forro hubieran podido defenderla de los gusanos; en fin, los víveres y las mercancías habían sido de tal manera repartidos, que la *Golondrina* había recibido una cantidad mucho menor que el *Delfin*. En vano Carteret reclamó alambres, una fragua, hierro y diferentes objetos que sabía por experiencia que habían de ser indispensables; el Almirantazgo respondió que el buque y sus armamentos tenían lo bastante para el servicio que de él se esperaba. Esta respuesta confirmó a Carteret en la idea de que no pasaría más allá de las islas de Falkland. Sin embargo, no dejó de

adoptar todas las medidas que le dictaba su experiencia y que estaban en su mano.

Luego que estuvo completo el cargamento; es decir, el 22 de agosto de 1766, los buques se hicieron a la vela. No tardó Wallis mucho en advertir que la *Golondrina* era muy poco velera y que le había de ofrecer más de una dificultad en la campaña. Sin embargo, ningún incidente ocurrió en la travesía hasta la isla de la Madera, donde los buques se detuvieron para reemplazar las provisiones ya consumidas.

Al salir de este puerto, el comandante entregó a Carteret copia de sus instrucciones, y le señaló el puerto del Hambre, en el estrecho de Magallanes, como punto de reunión en el caso de separación forzosa. La estancia en el puerto de la Praya, en la isla de Santiago, se abrevio a causa de los estragos que hacían allí las viruelas, y hasta Wallis prohibió a sus tripulaciones bajar a tierra. Poco tiempo después de haber pasado la línea, el *Príncipe Federico* hizo señales de avería y hubo necesidad de enviarle el carpintero para tapar una vía de agua que se le había abierto bajo el costado de babor. Este buque, cuyos víveres eran de mala calidad, contaba ya un gran número de años.

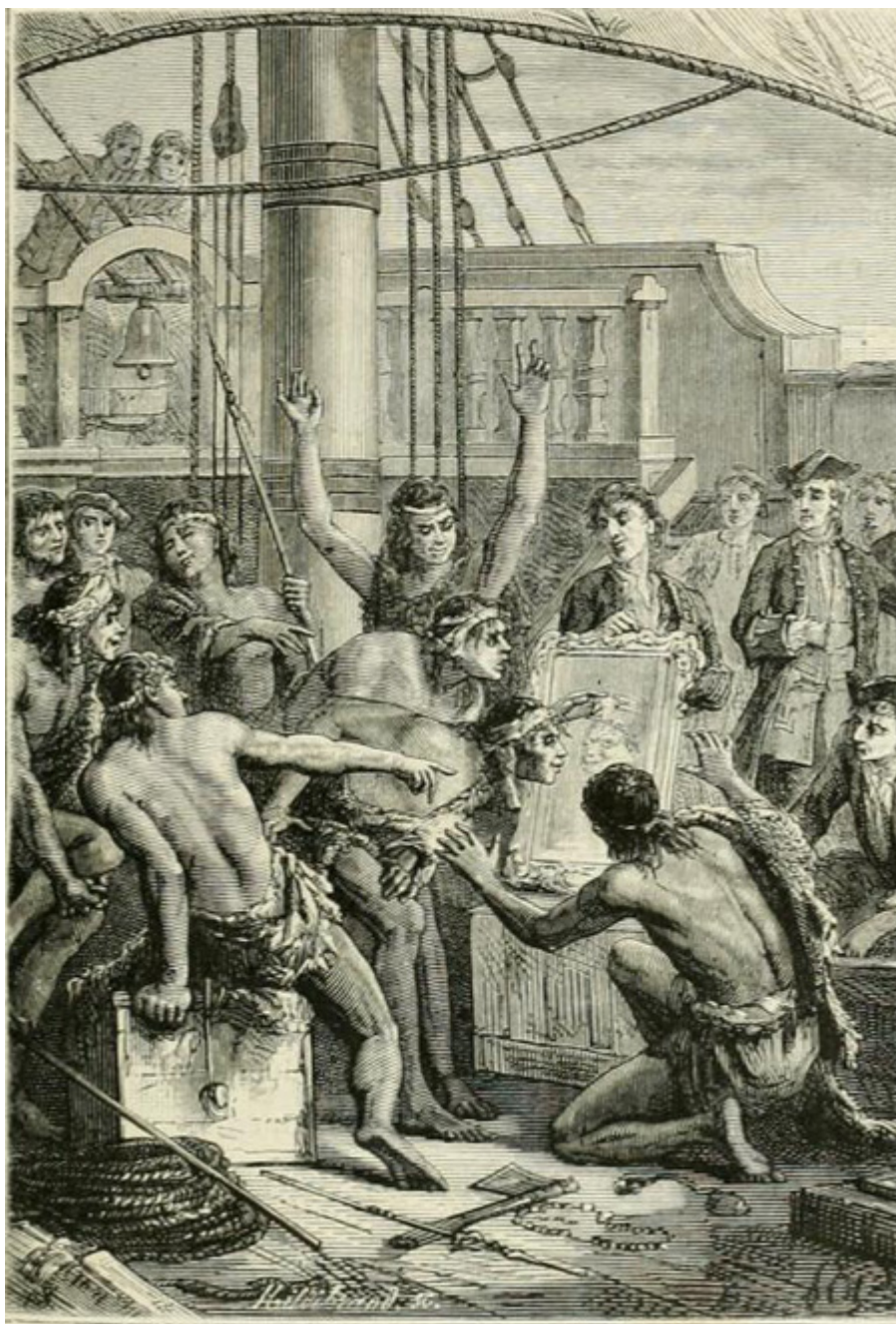
El 19 de noviembre a las ocho de la noche las tripulaciones observaron hacia el Nordeste un meteoro de apariencia extraordinaria que corría horizontalmente hacia el Sudoeste con prodigiosa rapidez. Durante cerca de un minuto fue visible y dejó tras sí un rastro de luz tan viva que iluminó el buque como si fuera de día.

El 8 de diciembre avistaron la costa de Patagonia. Wallis la recorrió hasta el cabo de la Virgen María y allí bajó a tierra con destacamentos armados de la *Golondrina* y del *Príncipe Federico*. Una tropa de indígenas que les esperaban en la playa, recibió con muestras de satisfacción los cuchillos, ligeras y otras bagatelas que hay costumbre de distribuir en semejantes casos; pero no quisieron ceder por ningún precio los guanacos, los avestruces y la poca caza que tenían.

«Tomamos, dice Wallis, la medida de los mayores. Uno de ellos tenía 6 pies y 6 pulgadas; muchos tenían 5 pies y 5 pulgadas; pero la estatura del mayor número era de 5 pies y medio a 6 pies».

Nótese que aquí se habla de pies ingleses que tienen cada uno 303 milímetros. Si la estatura de aquellos indígenas no llegaba a la de los gigantes de que habían hablado los primeros viajeros, no dejaba por eso de ser extraordinaria.

«Cada uno, añade la relación, tenía en el cinturón un arma de aspecto singular: eran dos piedras redondas cubiertas de cuero y que pesaba cada una libra y que estaban unidas a los dos extremos de una cuerda de 8 pulgadas de longitud. Se servían de este arma como de una honda, teniendo una de las piedras en la mano y haciendo girar la otra alrededor de la cabeza hasta que había adquirido una fuerza suficiente, después de lo cual la lanzaban contra el blanco donde quedaban dar. Son tan diestros en manejar este arma que a la distancia de 15 varas pueden dar con la piedra en un blanco no mayor de una peseta. Sin embargo no hieren con este arma al guanaco y al avestruz cuando van a la caza de estos animales».



Wallis se llevó a bordo ocho de estos patagones, los cuales no se mostraron tan sorprendidos como hubiera podido creerse a la vista de tantos objetos extraordinarios y nuevos para ellos. Solo un espejo tuvo el privilegio de excitar su asombro. Se adelantaban, retrocedían, hacían mil contorsiones y gestos delante del espejo, se reían a carcajadas y se hablaban con animación unos a otros. Los cerdos vivos llamaron su atención un momento; pero se divirtieron

sobre todo en mirar las gallinas de Guinea y los pavos. Costó mucho trabajó persuadirles a salir del buque; y al fin volvieron a la playa cantando y haciendo señales de alegría a sus compatriotas que les esperaban.

El 17 de diciembre Wallis hizo señales a la *Golondrina* para que tomase la vanguardia de la escuadra y penetrara en el estrecho de Magallanes. En el puerto del Hambre hizo levantar en tierra dos grandes tiendas para los enfermos, los leñadores y los que debían componer el velamen. Los recursos que ofreció esta recalada, y que en menos de quince días restablecieron a los muchos enfermos de escorbuto que había a bordo, eran pescado en cantidad suficiente, grande abundancia de opio y frutos ácidos parecidos al agracejo. Los buques fueron recompuestos y calafateados en parte; se compusieron también las velas y las jarcias que habían trabajado mucho y en breve estuvieron en disposición de hacerse de nuevo, la mar.

Wallis hizo cortar antes una gran cantidad de leña que se cargó sobre el *Príncipe Federico* para ser trasladada a las islas Falkland donde no la hay. Al mismo tiempo mandó arrancar de raíz, con el mayor cuidado, muchos millares de arbolillos jóvenes, rodeando sus raíces con un cepellón de tierra a fin de facilitar su trasplante al puerto de Egmont; operación, que si tenía buen éxito, debía proporcionar para lo sucesivo un recurso precioso en aquel archipiélago desheredado. En fin, se repartieron las provisiones de la urca entre el *Delfin* y la *Golondrina*, tomando el primero para un año y el segundo para diez meses.

No nos detendremos en referir los diversos incidentes que marcaron la navegación de los dos buques por el estrecho de Magallanes tales como rachas imprevistas, tempestades, borrascas de nieve, corrientes inciertas y rápidas, grandes mareas, nieblas que más de una vez pusieron los dos buques a dos dedos de su pérdida. La *Golondrina*, sobre todo, se hallaba en un estado de deterioro tan lamentable, que el capitán Carteret suplicó a Wallis que considerase

que su buque no podía ser útil para la expedición y le diese las órdenes que creyera más convenientes al bien común.

«Las órdenes del Almirantazgo son formales, respondió Wallis; debe usted conformarse con ellas y acompañar al *Delfin* mientras le sea posible. Comprendo que la *Golondrina* es muy poco velera; por consiguiente, arreglaré mi marcha a la suya y seguiré sus movimientos, porque importa que si alguno de los dos buques experimenta algún accidente, el otro esté a mano para poderle dar auxilio.» .

Carteret no tenía que responder y guardó silencio, pero pronosticando que la expedición tendría muy mal fin.

Cuando los buques se acercaron a la desembocadura del estrecho en el Pacífico, el tiempo se empeoró considerablemente. Una bruma espesa, ráfagas de nieve y de lluvia, corrientes que empujaban a los buques hacia los escollos, una mar furiosa: tales fueron los obstáculos que detuvieron a los buques en el estrecho hasta el 10 de abril. En aquel día a la altura del cabo del Pilar, el *Delfin* y la *Golondrina* se encontraron separados y no pudieron volver a reunirse, habiéndose olvidado Wallis de fijar un punto de reunión para el caso.

Antes de seguir Wallis en su viaje por el Pacífico, daremos con él algunos pormenores sobre los miserables habitantes de la Tierra del Fuego y sobre el aspecto general del país. Estos habitantes, tan groseros y miserables como es posible imaginar, se alimentan de carne cruda de las terneras marinas y de otros peces.

«Uno de nuestros marineros, que pescaba con caña, dice Wallis, dio a uno de estos americanos un pez vivo que acababa de tomar y que era un poco más grueso que un arenque. El americano le cogió con la avidez de un perro al cual echan un hueso. Mató primero el pez dándole una dentellada en las agallas y se puso a comerle comenzando por la cabeza y llegando hasta la cola, sin desechar las espinas, las aletas, las escamas, ni las tripas.» .

Por lo demás, estos indígenas se comían todo lo que les daban, crudo o cocido, fresco o salado, pero no querían beber más que

agua. No tenían para cubrirse más que una miserable piel de foca que les caía hasta las rodillas. Sus armas eran dardos armados de espinas de pez. Todos tenían los ojos malos, lo cual atribuyeron los ingleses a su costumbre de vivir entre humo para librarse de los mosquitos. Por último exhalaban un hedor insoportable que puede compararse con el que despiden las zorras y que provenía sin duda de su excesiva suciedad.

Aunque poco risueño este cuadro, es de una semejanza notabilísima, como han podido observar todos los viajeros. A juzgar por estos salvajes, tan inmediatos al bruto, el mundo no ha progresado; los adelantos de la civilización son para ellos letra muerta, y continúan vegetando miserablemente como sus padres sin cuidarse de mejorar su existencia y sin sentir la necesidad de proporcionarse mayores comodidades.

«Dejamos, pues dice Wallis, aquella región salvaje donde durante cuatro meses estuvimos casi continuamente en peligro de naufragar, donde en medio del verano, el tiempo era nebuloso, frío y tempestuoso, donde casi en todas partes los valles crecían sin verdor y las montañas sin arbolado, y donde en fin toda la tierra que se presenta a la vista se parece más a las ruinas de un mundo que a la habitación de seres animados».

Luego que Wallis salió del estrecho hizo rumbo al Oeste con vientos impetuosos, nieblas intensas y una mar tan gruesa, que durante muchas semanas no hubo en todo el buque un sitio que estuviera seco. Aquella húmeda constante engendró resfriados y grandes fiebres, a las cuales sucedió pronto el escorbuto. Luego que Wallis llegó al grado 32 de latitud Sur y 100 de longitud Oeste, puso la proa directamente al Norte.

El 6 de junio, mi alegría general, se descubrieron dos islas; se arriaron inmediatamente los botes con gente armada y atracaron a la orilla al mando del teniente Furneaux.

Los expedicionarios recogieron algunos cocos y gran cantidad de plantas antiescorbúticas; pero aunque vieron cabañas y toldos, no encontraron un solo habitante. Esta isla, por haber sido descubierta

la víspera del domingo de Pentecostés, tomó el nombre de Pentecostés (Whitsunday); está situada a los 19° 26' de latitud Sur y 137° 56' de longitud Oeste y pertenece, como las siguientes, al archipiélago de las Pomotú.

Al día siguiente los ingleses trataron de entrar en relaciones con los habitantes de otra isla; pero los indígenas se manifestaron tan hostiles y la playa era tan acantilada, que no fue posible desembarcar. Después de haber dado bordadas toda la noche, volvió a enviar a tierra las embarcaciones, con orden de no hacer daño a los habitantes a menos que la necesidad no lo exigiese.

El teniente Furneaux, al acercarse a tierra, quedó sorprendido al ver siete grandes piraguas de dos palos en las cuales se estaban embarcando todos los indígenas. Luego que las piraguas se alejaron, los ingleses bajaron a la playa y recorrieron la isla en todos sentidos. Encontraron varias cisternas llenas de agua excelente; el suelo era unido y arenoso y estaba cubierto de árboles, especialmente de palmeras y cocoteros y de plantas antiescorbúticas.

«Los habitantes de esta isla, dice la relación, son de mediana estatura, de tez morena, cabellos negros que les caen hasta los hombros. Los hombres son bien formados y las mujeres hermosas. Su traje consiste en una especie de tela grosera atada a la cintura y que parece hecha para poderse levantar sobre los hombros».

Por la tarde Wallis volvió a enviar al teniente a tierra para hacer aguada y tomar posesión de aquel nuevo descubrimiento a nombre de Jorge III, dándole el de isla de la Reina Carlota en honor de la reina de Inglaterra.

Después hizo en persona un reconocimiento y resolvió detenerse en aquel sitio una semana a causa de la facilidad de encontrar provisiones.

Los marineros ingleses, durante sus paseos por la isla, recogieron instrumentos hechos de conchas y de piedras aguzadas, los cuales tenían forma y mangos ya de azuelas, ya de tijeras, de leznas, etc. Vieron igualmente muchas canoas en construcción formadas de tablas unidas; pero lo que más les sorprendió fueron las sepulturas en que estaban expuestos los cadáveres bajo una especie de techado donde se pudrían al aire libre. Al marchar dejaron hachas, clavos, botellas y otros objetos para indemnizar los perjuicios que pudieran haber hecho a los indígenas.

Si el siglo XVIII hizo alarde de grandes pretensiones filantrópicas, se ve, por otra parte, que, según las relaciones de los viajeros, se practicaban en todas ocasiones aquellas teorías entonces tan de moda. La humanidad había dado un gran paso; la diferencia de color no impedía ya que se viera un hermano en todo hombre, y a fines del siglo la convención francesa decretando la emancipación de los negros, iba consagrar definitivamente, una idea que tenía gran número de adeptos.

En el mismo día se descubrió, al Oeste de la isla de la Reina Carlota, una nueva tierra cuya costa recorrió el *Delfin* sin encontrar fondeadero. Era baja y estaba cubierta de arboles; pero no tenía ni cocoteros ni vestigios de habitación y parecía servir tan solo de punto de caza y pesca a los naturales de las islas vecinas. Por eso Wallis creyó conveniente detenerse en ella y le dio el nombre de Egmont, en honor del conde de Egmont, entonces primer *lord* del Almirantazgo.

Los días siguientes se señalaron por nuevos descubrimientos. Descubriéronse sucesivamente las islas de Gloucester, de Cumberland, de Guillermo-Enrique y Osnabrug. El teniente Furneaux, sin desembarcar en esta última, pudo proporcionarse provisiones. Habiendo visto en la playa muchas piraguas, juzgó que a corta distancia debía haber islas más extensas donde, sin duda, podría encontrar víveres en abundancia y cuyo acceso sería quizá menos difícil. Este cálculo no debía tardar en realizarse. El 19, al salir el sol, los marinos ingleses quedaron sorprendidos al verse rodeados de varios centenares de piraguas, grandes y pequeñas, tripuladas por más de ochocientos individuos. Algunos de los indígenas, después de haber consultado entre sí un rato, se acercaron, llevando en las manos ramas de bananero. Se habían decidido a subir al buque; y comenzaban ya a cambiar objetos con los marineros; cuando un incidente, bastante grotesco, estuvo al punto de comprometer las relaciones amistosas.



Uno de los indígenas, que estaba junto al pasamano, tropezó con una cabra. Se volvió, y viendo un animal para él desconocido que se levantaba sobre sus patas traseras y que se preparaba para atacarle de nuevo, se precipitó al mar lleno de terror, y todos los demás hicieron otro tanto. Parecían los borregos de Panurgo. Sin embargo, se repusieron de su miedo y volvieron otra vez a bordo, apelando a toda su destreza y habilidad para robar algunos objetos.

A un oficial le robaron el sombrero. Entre tanto el buque continuaba siguiendo la costa en busca de un fondeadero seguro y bien abrigado, y las embarcaciones costeaban más de cerca la tierra para sondearla.

Durante aquel viaje jamás habían visto los ingleses un país tan pintoresco y tan bello. A orillas del mar había bosquecillos, en los cuales sobresalían los graciosos penachos de los cocoteros que daban sombra a las cabañas de los indígenas. En lo interior se veía una serie de colinas cubiertas de verdor que se elevaban como en anfiteatro, distinguiéndose entre el follaje los surcos plateados de una multitud de arroyos o ríos que bajaban hasta el mar.

A la entrada de una ancha bahía, las chalupas del buque, que se habían alejado para sondear, se vieron de repente rodeadas de una multitud de piraguas. A fin de evitar una colisión, Wallis mandó disparar nueve cañonazos sin bala por vía de salva; pero, al pesar del temor que les causaron estas detonaciones, los indígenas continuaron acercándose. El capitán hizo entonces señal a sus embarcaciones para que volvieran a bordo. Algunos naturales, que se habían acercado más, comenzaron a lanzar piedras, que hirieron al varios marineros. Entonces el patrón de una de las chalupas respondió con un tiro de fusil cargado de perdigones que, acertando uno de los agresores, puso al los demás en fuga.

A la mañana siguiente, a la embocadura de un hermoso río, el *Delfin* pudo echar el ancla en veinte brazas de agua. El júbilo fue universal entre los marineros. Al principio las piraguas rodearon en gran multitud al buque llevando cerdos, volatería y muchas frutas, que en breve fueron trocadas por objetos de quincalla y clavos. Pero una de las embarcaciones enviadas para sondear cerca de tierra fue atacada a palos y golpes de remo; y los marineros se vieron obligados a usar de sus armas. Uno de los naturales fue muerto, otro quedó gravemente herido y los demás se arrojaron al agua. Viendo que se les perseguía y comprendiendo que ellos mismos se habían atraído el castigo, volvieron a traficar con el *Delfin* como si nada hubiera pasado.

Al volver a bordo los oficiales que habían bajado a tierra, contaron que los indígenas les habían invitado a bajar, sobre todo las mujeres cuyos gestos y ademanes no eran equívocos. Por otra parte, cerca de la costa había un buen fondeadero inmediato a una aguada. El único inconveniente eran las fuertes ondulaciones que en aquella parte tenía el mar. El *Delfin* levantó sus anclas y salía a alta mar para tomar el viento, cuando a 7 u 8 millas descubrió una bahía donde Wallis resolvió detenerse y bajar a tierra. Hay un refrán que dice que lo mejor es enemigo de lo bueno, y el capitán Wallis debía experimentarlo así.

Aunque las chalupas iban delante para sondear, el *Delfin* tocó en un arrecife con la proa. Adoptáronse las medidas recomendadas en tales circunstancias. Pero fuera de la cadena de rocas madreporicas, no se encontró fondo, y fue, por consiguiente, imposible dejar caer las anclas y espiarse sobre ellas virando con el cabestrante. ¿Qué hacer en situación tan crítica? El buque chocaba con violencia contra el escollo y varios centenares de piraguas esperaban sin duda el naufragio para precipitarse sobre el botín. Por fortuna al cabo de una hora sopló de tierra una brisa favorable que desembarazó al *Delfin*, el cual pudo ganar sin accidente un buen surgidero. Las averías no eran graves y en breve fueron reparadas y hasta olvidadas.

Wallis a quien las tentativas reiteradas de los indígenas aconsejaban la mayor prudencia, repartió su gente en cuatro cuartos, de los cuales uno debía estar siempre armado y vigilante, e hizo cargar los cañones. Los cambios que se hicieron de diferentes objetos con los naturales atraieron cada vez mayor número de piraguas. Pero muchas de ellas en lugar de estar cargadas de aves, cerdos y frutas, parecían no llevar más que piedras. Las mayores tenían tripulaciones más numerosas. De repente, a una señal determinada, cayó sobre el buque una granizada de piedras. Wallis entonces mandó hacer una descarga general e hizo disparar dos piezas cargadas de metralla. Después de un poco de desorden y de vacilación, los agresores volvieron dos veces a la carga con gran

valor; y el capitán, viendo la multitud cada vez más compacta de combatientes, empezaba a temer el éxito de aquella lucha, cuando vino a ponerle término un incidente inesperado.

Entre las piraguas que atacaban con más ardor la proa del *Delfin*, había una que parecía llevar algún jefe, porque de ella había partido la señal del combate. Un tiro de cañón bien dirigido vino a separar en dos partes aquella piragua; y no fue necesario más para decidir a los naturales a retirarse, lo cual hicieron con tanta precipitación que media hora después no había a la vista embarcación ninguna. El buque entró entonces en el puerto y se dispuso todo para proteger el desembarco. El teniente Furneaux bajó el primero a tierra a la cabeza de un fuerte destacamento de marineros y soldados de marina, plantó el pabellón inglés y tomó posesión de la isla un nombre del rey de Inglaterra, en honor del cual recibió el nombre de Jorge III. Ésta es la que los indígenas llamaban isla de Tahiti.

Los naturales, después de haberse prosternado y dado muestras de arrepentimiento, parecían querer reanudar sus relaciones comerciales y de buena fe con los extranjeros, pero Wallis, a quien una grave indisposición detenía a bordo, observó que se preparaba por tierra y por mar un ataque contra los hombres que tenía ocupados en hacer aguada. Comprendiendo que contra más corta fuera la lucha sería menos mortífera, cuando vio a los naturales al alcance de sus cañones hizo disparar algunos tiros de metralla que bastaron para dispersar la escuadrilla de los indígenas.

Para evitar la repetición de estas tentativas era preciso hacer un ejemplar, y Wallis se decidió a ello, aunque con sentimiento. Envío inmediatamente a tierra un fuerte destacamento con sus carpinteros para destruir todas las piraguas que se habían sacado a la playa. Más de 50, algunas de ellas de más de 100 pies de longitud, fueron destrozadas; y esta ejecución determinó a los tahitianos a someterse. Empezaron por dejar en la playa cerdos, perros, telas y frutas, retirándose después. Se les dejaron en cambio hachas y bujerías que se llevaron a los bosques con grandes muestras de

júbilo. Con esto se hizo la paz y al día siguiente se estableció un comercio regular y abundante que proporcionó a las tripulaciones víveres frescos a discreción .

Había derecho a esperar que las relaciones amistosas continuarían durante la residencia de los ingleses, ya que los naturales habían experimentado el poder y el alcance de las armas extranjeras. Wallis hizo, pues, levantar una tienda cerca de la aguada y desembarcó los muchos escorbúticos que tenía bordo, mientras los hombres útiles se ocupaban en arreglar el aparejo, remendar las veas, calafetear y pintar el buque y ponerle, en una palabra, en estado de hacer la larga marcha de regreso a Inglaterra.

En aquel momento la enfermedad de Wallis tomó un carácter alarmante. El primer teniente no tenía mejor salud; y así toda la responsabilidad cayó sobre el teniente Furneaux que se manifestó al nivel de su misión. Al cabo de quince días, durante los cuales no se había turbado la paz, Wallis encontró a toda su gente restablecida y en buena salud.

Sin embargo los víveres iban presentándose en menos abundancia; los naturales, que ya tenían muchos clavos y hachas, se mostraban cada vez más exigentes. El 15 de julio una mujer alta de unos cuarenta y cinco años, de porte majestuoso, y a la cual los indígenas manifestaban gran respeto, subió a bordo del *Delfin*. Wallis al ver la dignidad de su actitud y la libertad de movimientos que distingue a las personas habituadas al mando, comprendió que debía ocupar una situación elevada y le regaló un gran manto azul, un espejo y otras bagatelas, que fueron recibidas por ella con muestras de gran contento. Al dejar el buque invitó al comandante a bajar a tierra y hacerle una visita. Wallis aceptó la invitación y al día siguiente bajó a tierra, aunque todavía estaba muy débil. Fue admitido en una gran casa que ocupaba un espacio de 327 pies de largo y 42 de ancho y estaba cubierta de un techo de hojas de palmera sostenido por cincuenta y tres pilares. Una multitud considerable reunida para contemplar el espectáculo formaba calle en todo el camino por donde tenía que pasar Wallis, y le recibió

respetuosamente. Aquella visita tuvo un accidente bastante cómico. El cirujano del buque, que por el camino que había hecho había llegado a la sala de recepción cubierto de sudor, se quitó la peluca para refrescar el cráneo.

«A la vista de su calva, uno de los indios lanzó una exclamación súbita que atrajo la atención de todos los demás acerca de aquel prodigio. Toda la asamblea permaneció algún tiempo sin movimiento guardando el silencio del estupor, que no hubiera sido mayor si hubiesen visto uno de los miembros de nuestro compañero separado de su cuerpo.

Al día siguiente un mensajero que iba a llevar un regalo a la reina Oberoa en acción de gracias por su amable recepción, la encontró dando un festín a cerca de mil personas.

«Sus criados llevaban los manjares ya preparados; la carne en nueces de coco y los mariscos en una especie de dornajos de madera semejantes a los que usan nuestros carniceros. Los distribuyó con sus propias manos todos sus huéspedes que estaban sentados en fila alrededor de su gran casa; y cuando hubo hecho esto, se sentó en una especie de estrado, y dos mujeres situadas una a cada lado de ella, le presentaban los manjares con los dedos y ella no tenía más trabajo que el de abrir la boca.

Las consecuencias de este cambio de relaciones amistosas no tardaron en producirse y el mercado quedó otra vez abundantemente provisto, pero sin que los precios volvieran a bajar al nivel en que los ingleses los habían encontrado a su llegada.

El teniente Furneaux hizo un reconocimiento a lo largo de la costa hacia el Oeste para formar una idea de la isla y ver el partido que de ella se podía sacar. Por todas partes los ingleses fueron bien recibidos y vieron un país agradable, muy poblado, cuyos habitantes parecían solícitos por vender sus productos. Todos los instrumentos eran de piedra o de hueso, lo cual hizo conjeturar al teniente Furneaux que los tahitianos no conocían ningún metal. No poseyendo tampoco vasijas de barro, no tenían idea alguna de que pudiera calentarse agua. Esto se advirtió un día en que la reina

almorzaba a bordo. Uno de los principales personajes de su comitiva habiendo visto al cirujano echar agua caliente en la tetera, dio vuelta al grifo de la vasija que contenía el agua y recibió el líquido hirviente en su mano. Sintiendo quemado lanzó gritos espantosos y se puso a correr alrededor de la cámara haciendo las contorsiones más extravagantes. Sus compañeros, no pudiendo comprender lo que le había ocurrido, permanecían con los ojos fijos en él manifestando admiración y terror. El cirujano se apresuró a remediar el mal; pero pasó algún tiempo antes de que el pobre tahitiano pudiera aliviarse.

Pocos días después Wallis advirtió que los marineros robaban clavos para darlos a las mujeres. Habían llegado hasta levantar y desprender las tablas del buque a fin de proporcionarse los tornillos, los clavos y todos los pedazos de hierro que las unían. En vano Wallis impuso castigos ejemplares. A pesar de todos ellos y de la precaución de no dejar a nadie bajar a tierra sin ser registrado, los robos se repitieron en muchas ocasiones.

Una expedición enviada al interior de la isla encontró un gran valle regado por un hermoso río. En todas partes el terreno estaba cultivado con gran cuidado y se habían hecho sangrías al río para regar las huertas y los árboles frutales. Cuanto más penetraba la expedición en el interior, más caprichosas eran las sinuosidades del río; el valle se estrechaba, las colinas iban siendo mayores y el camino se hacía cada vez más difícil. Los expedicionarios treparon a un pico distante unas 6 leguas del sitio del desembarco con la esperanza de descubrir desde allí toda la isla hasta en sus menores repliegues. Pero al llegar a la cima observaron que tenían delante montañas todavía más elevadas. Sin embargo, por la parte del mar ningún obstáculo venía a ocultar la perspectiva hermosa que se presentaba a su vista: por todas partes colinas cubiertas de bosques magníficos, entre cuyo follaje verde se destacaban las casas blancas de los indígenas. En los valles el espectáculo era todavía más risueño, ofreciéndose a la vista multitud de cabañas y de jardines rodeados de setos vivos. La caña de azúcar, el jengibre, el

tamarindo, helechos arborescentes y cocoteros eran las especies de arboles que principalmente cubrían el país.

Wallis, que quería enriquecer aquella región con producciones de nuestros climas, mandó plantar huesos de melocotones, cerezas y ciruelas, algunas pepitas de sidra, naranja y limón y puso también simientes de gran cantidad de legumbres. Al mismo tiempo regaló a la reina una gata preñada, dos gallos, gallinas, patos y otros muchos animales que suponía podrían reproducirse fácilmente.

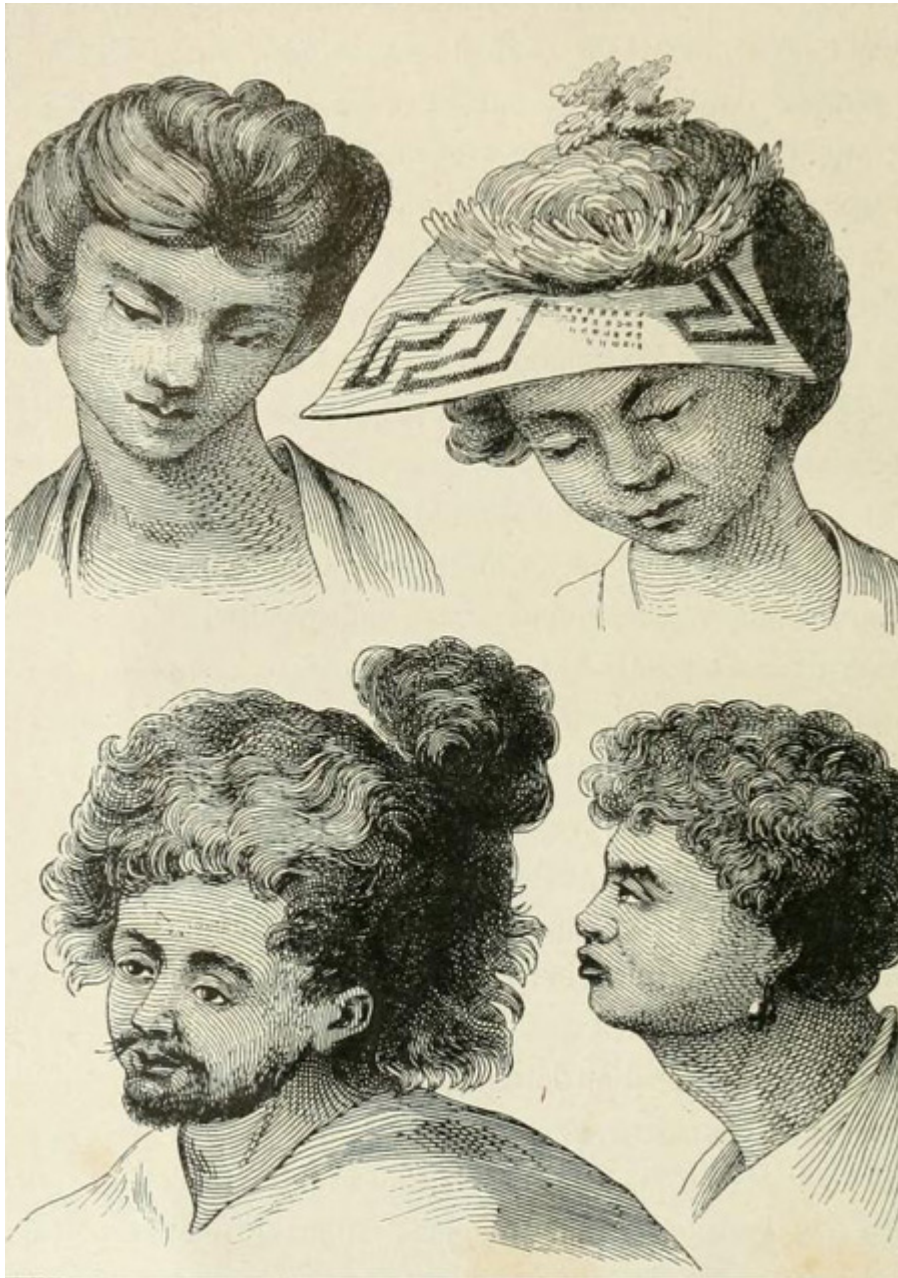
Pasó entre tanto el tiempo y Wallis tuvo que resolverse a dejar aquellos sitios. Cuando anunció su resolución a la reina, ésta se arrojó en un sillón y estuvo llorando largo tiempo tan desconsoladamente que nada podía, calmarla. Estuvo hasta el último momento en el buque, y cuando éste se dio a la vela, dice Wallis, «nos abrazó de la manera más tierna y vertiendo muchas lágrimas; y nuestros amigos los tahitianos nos despidieron con tanto sentimiento y de un modo tan conmovedor, que se me oprimió el corazón y lloré también.

El modo poco cortés con que hablan sido recibidos los ingleses y las reiteradas tentativas de los indígenas para apoderarse del buque, no anunciaban seguramente tan tierna despedida; pero el proverbio inglés dice que bien está lo que acaba bien.

Entre las noticias que Wallis recibió sobre los habitantes y costumbres de los tahitianos, no citaremos más que las siguientes, porque tendremos ocasión de volver a tratar este punto al referir los viajes de Bougainville y Cook.

Estos indígenas son altos, bien formados y ágiles; tienen la piel morena, van vestidos de una especie de tela blanca fabricada con la corteza de un árbol. De las dos piezas de tela que componen todo su traje, la una es cuadrada y se parece a una manta con un agujero en el centro para pasar la cabeza como hacen los mejicanos con el zarape y los indígenas de la América del Sur con el poncho. La otra se rodea al cuerpo flojamente. Casi todos, hombres y mujeres, tienen la costumbre de pintarse con rayas negras, muy unidas unas a otras, que representan figuras diversas. Esta operación se practica

picando la piel y llenando las picaduras de una especie de pasta compuesta de aceite y hollín que deja una señal indeleble.



La civilización estaba poco adelantada. Ya hemos dicho arriba que los tahitianos no conocían las vasijas de barro. Así es que todo el mundo acudió con extrema curiosidad a ver una gran cazuela que Wallis regaló a la reina. Wallis no descubrió entre los indígenas ningún vestigio de religión. Solamente le pareció que entraban en

ciertos lugares, que supuso serian cementerios, con ademanes respetuosos y en actitud de dolor.

Uno de los indígenas, que aparecía más dispuesto que sus compañeros a imitar las maneras inglesas, recibió un traje completo que le sentaba muy bien. Habíanle dado por nombre Jonatan y estaba orgulloso con su nuevo traje. Para poner el sello de la distinción a sus maneras quiso aprender a usar el tenedor; pero no pudo conseguirlo, pues la fuerza de la costumbre le hacia siempre llevar la mano a la boca y el manjar puesto en los dientes del tenedor, iba parar a la oreja.

El 27 de julio, Wallis dejó la isla de Jorge III, y después de haber costeadado la del duque de York, descubrió sucesivamente varias islas o islotes en los cuales no se detuvo. Eran las islas de Carlos Saunders, de *Lord* Howe, de Scilly, de Boscawen y de Keppel, donde los ingleses no pudieron desembarcar a causa de las disposiciones hostiles de los indígenas y de la dificultad de atracar a tierra.

Iba a comenzar el invierno en la región austral. El buque hacia agua por todas partes, y la popa, sobre todo, estaba muy trabajada por el timón. En aquellas circunstancias no era prudente hacerse la vela ni para el cabo de Hornos, ni para el estrecho de Magallanes; habría sido correr a un naufragio cierto. Por tanto Wallis reflexionó que seria preferible pasar a Tiñan o Batavia donde podrían repararse las averías y volver a Europa por el cabo de Buena Esperanza. Adoptado este partido, dirigió la proa al N. O., y el 19 de setiembre, después de una navegación felicísima y, por consiguiente, sin historia echó el ancla en la bahía de Tiñan.

Los incidentes que habían señalado la recalada de Byron en aquel paraje se reprodujeron con mucha mayor regularidad. Wallis, lo mismo que Byron, no pudo jactarse ni de la facilidad para obtener provisiones, ni de la buena temperatura del país. Sin embargo, los escorbúticos se curaron en pocos días, pudieron componerse las velas, se pudo reparar y calafatear el buque y la tripulación tuvo la dicha, inesperada, de no contraer fiebres.

El 16 de octubre de 1767 el *Delfin* salió de nuevo a la mar. Pero esta vez experimentó una serie de horribles tempestades que desgarraron las velas, volvieron a abrir la vía de agua, descompusieron, en parte, el timón y se llevaron las toldillas con todo lo que se hallaba en el castillo de proa.

Sin embargo se doblaron las Bashis y se pasó el estrecho de Formosa, reconociéndose también las islas Sandy, Small-Key, Long-Island, New-Island Cónдор, Timor, Aros, Pisang, Taya, Toté y Sumatra antes de llegar a Batavia, donde entraron el 30 de noviembre.

La última parte del viaje se verificó por sitios de que ya hemos tenido ocasión de hablar en varias ocasiones. Nos bastará, pues, decir que desde Batavia, donde la tripulación fue atacada de fiebre, pasó Wallis al Cabo, luego a Santa Elena, y por último, el 20 de mayo de 1768, llegó a las Dunas, después de seiscientos treinta y siete días de navegación.

Es sensible que Hawkesworth no haya reproducido las instrucciones dadas a Wallis por el Almirantazgo porque, sin conocerlas, no podemos decidir si este atrevido marino ejecutó rigurosamente las órdenes que se le habían dado. Observamos que siguió, sin apartarse un punto, el rumbo trazado por sus predecesores en el Océano Pacífico. En efecto, casi todos llegan al archipiélago Peligroso dejando a un lado la parte de la Oceanía donde hay más número de islas y donde Cook debía hacer tantos y tan importantes descubrimientos. Wallis, hábil navegante, supo sacar de un armamento precipitado, y por lo mismo incompleto, recursos imprevistos que le permitieron llevar a buen término una empresa aventurada. Hay que elogiar también su humanidad y los esfuerzos que hizo para reunir datos exactos acerca de las poblaciones que visitó. Si hubiera llevado a bordo algunos hombres dotados de conocimientos especiales, la cosecha científica hubiera sido más abundante. Pero la falta no fue suya, sino del Almirantazgo.

Hemos dicho que el 19 de abril en el momento en que el *Delfin* y la *Golondrina* desembocaban en el Océano Pacífico, el primero de estos buques, impulsado por una fuerte brisa, no tardó en perder de vista al segundo que no le podía seguir. Esta separación fue sensible para el capitán Carteret, que mejor que nadie de los que le acompañaban conocía el lamentable estado de su buque y lo insuficiente de sus provisiones. Sabía además que no había confianza de volver a ver al *Delfin* sino en Inglaterra, porque no se había concertado ningún plan de operaciones, ni se había fijado punto de reunión: falta muy grave de parte de Wallis, por lo mismo que sabía el estado deplorable del buque que llevaba de conserva. Sin embargo, Carteret no descubrió a su tripulación los temores que agitaban su ánimo.

Por lo demás, el tiempo horrible que encontró la *Golondrina* en el Océano Pacífico, nombre engañoso no permitía reflexionar a los tripulantes. Los peligros del momento, que era preciso evitar bajo pena de hundirse, entre las olas, les ocultaban los del porvenir.

Carteret dirigió la proa al Norte siguiendo la costa de Chile. Cuando examinó la cantidad de agua dulce que le quedaba a bordo, vio que era insuficiente para la travesía que había emprendido; y por lo mismo antes de hacer vela hacia el Oeste, resolvió tomar provisión de agua en la isla de Juan Fernández o en la de Mas-á-Fuera.

El tiempo continuaba malo. El 27 por la noche una ráfaga muy fuerte hizo saltar el viento, que empezó a soplar directamente de proa, y la violencia del huracán estuvo a punto de llevarse los palos y hacer zozobrar el buque. La tempestad continuó en todo su furor, y las velas, empapadas en agua, se pegaron de tal manera a los palos y a las jarcias, que apenas era posible la maniobra.

A la mañana siguiente un golpe de mar rompió la verga de artimón, en el sitio en que estaba la vela rizada, y durante algunos minutos, tuvo al buque hundido en el agua. La tempestad no se apaciguó sino para dar tiempo a la tripulación de la *Golondrina* para descansar un poco y reparar las averías, y después comenzó de

nuevo, y continuó con violentas borrascas hasta el 7 de mayo. Entonces sobrevino un viento favorable, y tres días después la *Golondrina* se halló a la vista de la isla de Juan Fernantlez.

Carteret ignoraba que los españoles habían fortificado aquella isla; por lo cual se sorprendió mucho al ver gran número de hombres en la playa, una batería de cuatro piezas a flor de agua, y en una colina un fuerte de veinte aspilleras, en el cual ondeaba el pabellón español. Los golpes de viento le impidieron entrar en la bahía de Cumberland, y después de haber cruzado un día entero por aquellos parajes, hubo de resignarse a buscar la isla de Mas-a-Fuera. Los mismos obstáculos, y las grandes olas que se rompían en la orilla, contrariaron sus operaciones, y solo con gran trabajo pudo hacer algunas pipas de agua. Varios de sus marineros, a quienes el estado del mar obligó a quedarse en tierra por algún tiempo, mataron muchas pintadas, que fueron un gran regalo para la tripulación. Éstas, algunas terneras marinas y cantidad de peces, fueron las únicas ventajas de una recalada señalada por una serie de ráfagas y tempestades que pusieron más de una vez al buque a punto de perderse en aquella costa.

Carteret que, hostigado por vientos impetuosos tuvo ocasión de observar varias veces la isla de Mas-á-Fuera, rectifica muchos errores que cometió el autor de la relación, del viaje de Anson, y da algunos pormenores precisos para los navegantes.

A su salida de Mas-á-Fuera, se dirigió al Norte, con la esperanza de encontrar el alisio del Sudeste. Llevado por el viento más lejos de lo que creía, resolvió buscar las islas de San Ambrosio y San Félix o San Pablo, pues que estando ocupada Juan Fernández y fortificada por los españoles, aquellas islas podían ser útiles a los ingleses en caso de guerra. Pero las cartas de Green y los *Elementos de Navegacion* de Robertson no estaban de acuerdo sobre su posición. Carteret, más confiado en esta última obra que en la primera, las buscó hacia el Norte, y no las encontró. Volviendo a leer la descripción que de ellas hace Waser, cirujano de Davis, pensó que estas dos islas eran la tierra que había encontrado aquel filibustero

en su rumbo hacia el sur de las islas de los Galápagos, y que la Tierra de Davis no existía. Carteret cometía en esto dos errores: identificar las islas de San Félix con la Tierra de Davis, y negar la existencia de esta última, que no es sino la isla de Pascuas.

«Tuvimos, dice Carteret, en este paralelo, a 18° al Oeste de su punto de partida, brisas frescas, una fuerte corriente al Norte, y otros motivos para conjeturar que estábamos cerca de esa Tierra de Davis, que buscábamos con gran cuidado. Pero habiendo vuelto a levantarse un buen viento, gobernamos, al Sudoeste, y llegarnos a los 28° y 1/2 de latitud Sur; de donde se sigue que si esta tierra o algo semejante existiera, infaliblemente la habría encontrado, o por lo menos la habría visto. Conservéme en seguida en el 28° de latitud Sur y 40° al Oeste de mi punto de partida, y según mi estima a 121° al Oeste de Londres.»

Todos los navegantes continuaban admitiendo la existencia de un continente austral, y por consiguiente, Carteret no podía imaginar que la Tierra de Davis fuese otra cosa más que un islote, un punto perdido en la inmensidad del Océano. Viendo que no encontraba el continente, dedujo que la Tierra de Davis no existía. En esto también se engañó.

Hasta el 7 de junio continuó sus investigaciones, hallándose hacia los 28° de latitud Sur y 112° de longitud Oeste; es decir, en las inmediaciones de la isla de Pascuas. Estaban entonces en mitad del invierno de aquellos climas. La mar era gruesa; los vientos violentos y variables; el tiempo oscuro, brumoso y frío con acompañamiento de truenos, lluvia y nieve. Y sin duda la oscuridad y la niebla espesa que ocultó el sol durante muchos días, impidió a Carteret ver la isla de Pascuas, sin embargo de que ciertos indicios, como la multitud de aves y las algas flotantes, le habían denunciado la cercanía de alguna tierra. Las alteraciones atmosféricas detuvieron necesariamente el viaje. Además la *Golondrina* era un buque muy poco velero, y puede juzgarse del temor y aun de la angustia del capitán considerando que veía llegar el momento de que la tripulación viniese a morir de hambre. De todos modos, se continuó

el rumbo a velas desplegadas día y noche en dirección del Oeste, hasta el 2 de julio.

Aquel día se presentó una tierra hacia el Norte, y a la mañana siguiente, Carteret se acercó a ella para reconocerla. Era una gran roca de 5 millas de circunferencia, cubierta de árboles, que parecía inhabitada. La gruesa mar, muy violenta en aquella estación, le impidió atracar; y en la Tierra Pitcairn, los marineros, que hasta entonces hablan tenido buena salud, sintieron los primeros ataques del escorbuto.

El 11, hacia los 22° de latitud Sur, y 141° 31' de longitud, se descubrió una nueva tierra, que se llamó Osnabrugh, en honor del hijo segundo del rey.

A la mañana siguiente Carteret envió un destacamento a otras dos islas, donde no se encontraron ni vegetales comestibles, ni agua; solamente pudieron cogerse a mano algunas aves tan domesticadas que no huían al acercarse los hombres.

Todas aquellas tierras formaban parte del archipiélago Peligroso; larga cadena de islas bajas y de arrecifes, que hicieron la desesperación de todos los navegantes por los pocos recursos que ofrecían. Carteret creyó reconocer la tierra vista por Quirós; pero ésta última, que lleva el nombre indígena de Tahiti, está situada más al Norte.

Entre tanto, la enfermedad progresaba diariamente. Los saltos del viento, y sobre todo las averías del buque, hacían muy lenta la navegación; y Carteret juzgó necesario tomar el rumbo en que tenía más probabilidades de encontrar refrescos y facilidades para reparar la *Golondrina*.

»Tenía el designio, dice, si el buque podía ser reparado de proseguir mi viaje hacia el Sur cuando llegase la estación conveniente para hacer nuevos descubrimientos en esta parte del globo. Proyectaba, en fin, si llegaba a descubrir un continente y podía encontrar en él cantidad suficiente de provisiones, mantenerme a lo largo de la costa del Sur hasta que el sol hubiese pasado el Ecuador, dirigirme entonces a una latitud Sur muy

avanzada y después torcer al Oeste hacia el Cabo de Buena Esperanza, volver al Este después de haber tocado, si era necesario, en las islas de Falkland, partiendo de allí enseguida para Europa.

Estos laudables proyectos, que denotan en Carteret al verdadero explorador más bien estimulado que intimidado por los peligros, iban a verse absolutamente frustrados.

En efecto, no encontró el alisio sino a los 16º, y el tiempo continuó malísimo. Así es que aunque navegaba por las inmediaciones de la isla del Peligro, descubierta por Byron en 1765, y de otras varias, no vio ninguna tierra.

«Pasamos probablemente, dice, cerca de alguna; pero la bruma nos impidió verla, porque en esta travesía vinieron un gran número de aves a revolotear con frecuencia alrededor del buque. El comodoro Byron, en su último viaje, había traspasado los límites septentrionales de esta parte del Océano, en el cual se dice están situadas las islas de Salomon; y como yo los he traspasado también hacia el Sur sin verlas, tengo grandes motivos para deducir que si existen, su situación está mal determinada en todas las cartas.» .

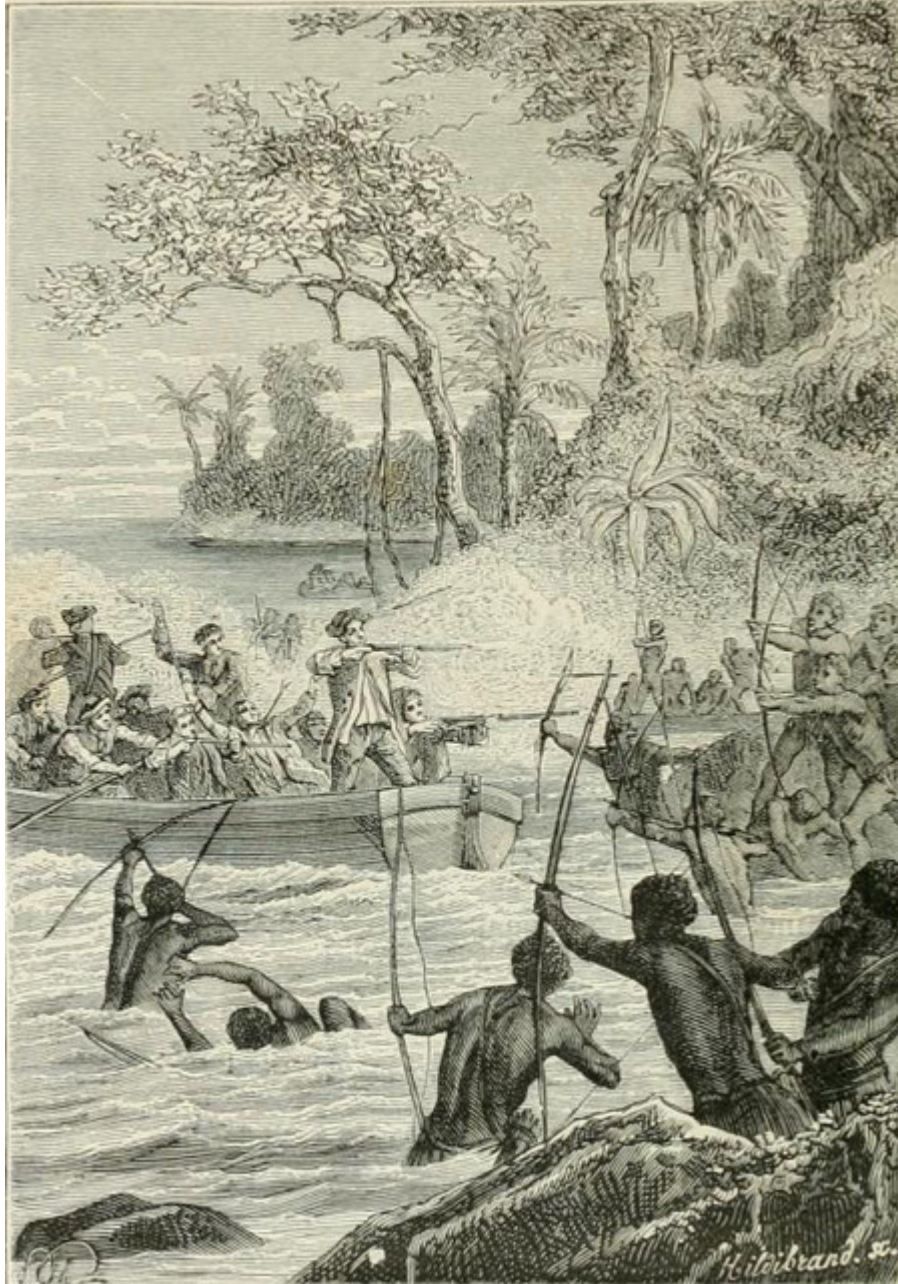
Esta última suposición era exacta, pero las islas de Salomon existían, y tanto que pocos días después iba Carteret a tocar en ellas sin conocerlas.

Los víveres se habían consumido enteramente o corrompido; las jarcias y las velas estaban deshechas por la tempestad; los repuestos se habían agotado y la mitad de la tripulación estaba clavada, digámoslo así, en sus hamacas por la enfermedad, cuando sobrevino para el capitán un nuevo motivo de alarma. Señalóse una vía de agua imposible de cegar en alta mar, porque estaba debajo de la línea de flotación. Por una casualidad inesperada, a la mañana siguiente se descubrió la tierra, y sería superfluo describir los gritos de júbilo y las exclamaciones con que fue saludada. La sorpresa y el consuelo que sintió la tripulación no pueden ser comparados, según las descripciones de Carteret, sino con los que recibe el criminal a

quien en el cadalso le anuncian el perdón. Aquella tierra era la isla de Nitendit, ya vista por Mendaña.

Apenas el ancla había tocado el fondo, cuando se envió una embarcación en busca de una aguada. Presentáronse varios indígenas negros de cabello lanudo y enteramente desnudos que huyeron antes que el buque pudiera atracar a tierra. El cuadro que se presentó a la vista del patrón del bote consistía en una hermosa corriente de agua dulce en medio de un bosque impenetrable de árboles y arbustos que crecían hasta la misma orilla del mar, y un país agreste erizado de montañas.

A la mañana siguiente el contraamaestre del buque fue enviado en busca de un sitio de desembarco más fácil, con orden de procurar ganarse por medio de regalos la benevolencia de los indígenas. Se le recomendó expresamente que no se expusiera a ningún choque, que se volviera inmediatamente a bordo si se dirigían hacia él algunas piraguas, que no saliese de la embarcación, y no dejara bajar a tierra más que dos hombres a la vez mientras los otros se mantenían a la defensiva. Al mismo tiempo Carteret envió su lancha a tierra para hacer aguada. Algunos naturales le dispararon flechas que, por fortuna no tocaron a nadie. Mientras se hacía aguada, el bote del contraamaestre volvió a la *Golondrina*. Aquel tenía tres flechas en el cuerpo, y la mitad de la tripulación del bote se hallaba tan peligrosamente herida que el contraamaestre y tres marineros murieron poco tiempo después.



Había ocurrido lo siguiente. El contraataque hizo desembarcar cuatro hombres, y después desembarcó él en un paraje donde había visto cabañas y entró en relaciones de cambio con los indígenas. Pronto el número de éstos se aumentó y muchas grandes piraguas se dirigieron a la chalupa; pero el contraataque y su gente no pudieron llegar a ella sino en el momento que comenzó el ataque. Perseguidos a flechazos por los naturales, que entraron

en el agua hasta los hombros, y también por las piraguas que intentaban abordar al bote, no logró escaparse sino después de haber muerto a muchos indígenas, y hecho zozobrar a una de sus embarcaciones.

La tentativa en busca de un sitio más favorable para carenar la *Golondrina* había sido tan desgraciada que Carteret determinó carenarla en el mismo sitio en que se hallaba, y allí se trabajó para tapar la vía de agua. El carpintero, único hombre de la tripulación que había conservado una salud regular, no logró taparla enteramente; pero la disminuyó en mucho. Envióse una nueva embarcación al sitio de la aguada y entre tanto se trató de despejar el bosque desde el buque disparando cañonazos y desde la chalupa haciendo fuego de fusil. Hacia un cuarto de hora que los marineros trabajaban, cuando fueron acometidos por una nube de flechas que hirió gravemente a uno de ellos en el pecho. Fue necesario acudir a las mismas medidas siempre que se quiso hacer aguada.

A la sazón había en la tripulación treinta hombres incapaces de hacer servicio; el contraamaestre se moría de sus heridas; el teniente Gower estaba muy enfermo; el mismo Carteret, atacado de una enfermedad biliosa e inflamatoria, se veía obligado a guardar cama. Estos tres oficiales eran los únicos que podían conducir la *Golondrina* a Inglaterra y se hallaban a punto de sucumbir.

Para contener los progresos de la enfermedad era preciso a toda costa proporcionarse víveres frescos, y sin embargo, era imposible hacerlo en aquel paraje. Así, pues, Carteret levantó el ancla el 17 de agosto, después de haber dado a la isla el nombre de Egmont en honor del *Lord* del Almirantazgo, y el de bahía de la *Golondrina* al sitio donde había estado anclada. Persuadido de que aquélla era la tierra llamada por los españoles de Santa Cruz, no por eso dejó de ceder a la manía, entonces de moda, de poner nombres nuevos a todos los sitios que visitaba. Después siguió costeando a poca distancia; observó que la población de aquella tierra era muy numerosa, y muchas veces tuvo que combatir con sus habitantes. Estos obstáculos, lo mismo que la imposibilidad de proporcionarse

viveres frescos, le impidieron reconocer las demás islas del grupo, al cual dio el nombre de islas de la Reina Carlota.

«Los habitantes de la isla de Egmont son muy ágiles, vigorosos y activos. Parecen tan aptos para vivir en el agua como en la tierra, porque saltan de sus piraguas al mar a cada momento. Una flecha que tiraron atravesó las tablas del bote e hirió gravemente a un oficial en el muslo. Estas flechas tienen una punta de piedra; no encontramos en aquellos parajes ninguna especie de metal. El país, por lo general, está cubierto de bosques y montañas cortadas por gran número de valles».

El 18 de agosto de 1767 Carteret abandonó aquel archipiélago con el proyecto de pasar a la Nueva Bretaña. Antes de llegar esperaba encontrar algunas islas donde fueran más felices que en el país que dejaban. En efecto, el 20 descubrió una isleta baja a la cual llamó Gower, donde pudo proporcionarse algunos cocos. A la mañana siguiente reconoció las islas Simson y Carteret y un grupo de otras que creyó ser las Chang-Java, descubiertas por Tasman. Después sucesivamente vio las de Charles Hadry, Winchelsea, que no creyó formaran parte del archipiélago de Salomon, la de San Juan de Schouten, y, en fin, llegó a la Nueva Bretaña el 28 de agosto. Al llegar siguió la costa buscando un puerto cómodo y seguro, y se detuvo en varias bahías donde se proporcionó leña, agua, cocos, nuez moscada, áloes, cañas de azúcar, bambúes y palmitos.

Estos palmitos, dice, son blancos, tienen una sustancia muy jugosa: cuando se comen crudos, su sabor parece al de la castaña; y cuando están cocidos, es superior al de los mejores nabos. Los cortamos en pequeñas rajadas en el caldo que hicimos de avena y nos suministró un buen manjar.» .

Los bosques estaban animados por multitud de palomas, tórtolas, loros y otras aves desconocidas. Los ingleses visitaron muchas habitaciones abandonadas, y si es permitido juzgar de la civilización de un pueblo por sus casas, aquellos insulares debían

estar en el ínfimo grado de la escala, porque eran las chozas más miserables que Carteret había encontrado en toda su vida.

Aprovechó su residencia en aquellos sitios para visitar de nuevo la vía de agua de la *Golondrina*, y los carpinteros la taparon lo mejor que pudieron. Recorriendo todo el buque hallaron que el forro estaba muy usado y la quilla toda carcomida de gusanos, por lo cual le dieron una mano de pez y brea mezcladas y calientes.

El 7 de setiembre, Carteret celebró la ridícula ceremonia de la toma de posesión del país en nombre de Jorge III, y después envió a una de sus embarcaciones con la misión de hacer un reconocimiento, la cual volvió con gran cantidad de cocos y palmitos que fueron un gran auxilio para los enfermos de bordo. Aunque el monzón debía continuar soplando del Este todavía por largo tiempo, Carteret, comprendiendo el mal estado de su buque, resolvió salir inmediatamente para Batavia, donde esperaba reponer su tripulación y reparar convenientemente la *Golondrina*. Salió, pues, el 9 de setiembre de la baía de Carteret, la mejor que había encontrado desde su partida del estrecho de Magallanes.

Pronto penetró en un golfo llamado por Dampier bahía de San Jorge, y no tardó en conocer que era el estrecho que separa a la Nueva Bretaña de la Nueva Irlanda. Reconoció el canal, dejándole el nombre de Canal de San Jorge, y le describe en su relación con un cuidado que debieron apreciar altamente los navegantes de su tiempo. Después siguió la costa de la Nueva Irlanda hasta su extremo occidental; y cerca de una isla, a la cual puso el nombre de Sandwich, tuvo algunas relaciones con los indígenas.

«Estos insulares, dice, son negros y de cabeza lanuda como los de África; pero no tienen la nariz achatada ni los labios gruesos. Pensamos que sería la misma raza de hombres que habitan la isla de Egmont. Como éstos, van enteramente desnudos, si se exceptúan algunos adornos de conchas en los brazos y en las piernas. Sus cabellos, o mejor dicho, las lanas de sus cabezas, están cubiertas de polvo blanco de donde se sigue que la moda de echarse polvos en la cabeza, es probablemente de mayor

antigüedad y de un uso más extenso de lo que comúnmente se cree. Van armados de picas y de grandes garrotes en forma de maza; pero no vimos entre ellos ni arcos ni flechas».

Al extremo Sudoeste de la Nueva Irlanda, Carteret reconoció otra tierra, a la cual dio el nombre de Hanover, y después el archipiélago del Duque de Portland. Carteret, navegante mucho más exacto y celoso que sus predecesores Byron y Wallis, se excusa de no haber podido reunir mayores datos de los que cita, no obstante que su relación de viajes por aquellos parajes desconocidos hasta entonces abunda en pormenores preciosos.

«La descripción del país, dice, de sus producciones y de sus habitantes habría sido mucho más completa y detallada si no hubiese yo estado tan debilitado por la enfermedad y tan abrumado de trabajo, porque todo recala sobre mí por falta de oficiales».

Al desembocar del Canal de San Jorge, hizo rumbo al Oeste y descubrió otras muchas islas; pero habiéndole impedido la enfermedad durante muchos días subir a cubierta, no pudo determinar exactamente su posición. Dioles el nombre de islas del Almirantazgo, y se vio obligado por dos veces a emplear las armas de fuego para rechazar los ataques de los indígenas. Reconoció enseguida las islas Durour, Matty y Cuedes, cuyos habitantes se alegraron mucho del regalo que les hizo de algunos pedazos de un aro de hierro. Carteret declara que por algunos instrumentos de aquel metal hubiera podido comprar todas las provisiones del país. Los habitantes de aquellos pueblos, aunque eran vecinos de la Nueva Guinea y de los archipiélagos que acababa de explorar, no eran negros sino cobrizos. Tenían hermosos cabellos negros muy largos, facciones regulares y dientes de asombrosa blancura. Eran de estatura mediana, fuertes, ágiles, alegres, familiares, y subieron sin temor a bordo del buque. Uno de ellos pidió a Carteret que le llevara consigo en su viaje, y no obstante las reflexiones de sus compatriotas y del mismo capitán, se negó a salir de la *Golondrina*. Carteret al ver su decisión tan firme, cedió, pero el pobre indio, que

había recibido el nombre de José Freewill, no tardó en decaer de salud y murió en las Célebes.

El 29 de octubre los ingleses llegaron a la parte Nordeste de Mindanao. Buscando agua y víveres frescos, trataron de averiguar, aunque en vano, donde estaba la bahía que Dampier había señalado como muy abundante en caza. Un poco más lejos encontraron una aguada; pero las disposiciones hostiles les obligaron de nuevo a hacerse a la mar.

Al salir de Mindanao, Carteret hizo vela hacia el estrecho de Macasar, entre las islas de Borneo y las Célebes. Entró en él el 14 de noviembre; pero el buque marchaba tan mal que tardó quince días en andar 28 leguas.

Enfermo, dice, debilitado, moribundo, viendo tierras a las cuales no podíamos llegar, expuestos a tempestades que nos era imposible dominar, fuimos atacados por un pirata. Éste, esperando hallar dormida la tripulación inglesa, atacó a la *Golondrina* en medio de la noche; pero los marineros, lejos de dejarse abatir por el nuevo peligro, se defendieron con tanta valentía y habilidad, que echaron a pique el prao malayo.» .



El 12 de diciembre, Carteret tuvo el disgusto de ver que la monzón del Oeste había comenzado. La *Golondrina* no se hallaba en estado de luchar contra el viento y la corriente para llegar a Batavia por el Oeste. Fue, pues, preciso resignarse y hacer rumbo a Macasar, que era entonces el principal establecimiento de los

holandeses en las Cébeles. Cuando llegaron hacia treinta y cinco semanas que hablan salido del estrecho de Magallanes.

Apenas se echó el ancla a la vista del puerto, cuando un holandés, enviado por el gobernador, subió a bordo de la *Golondrina*, y al ver que pertenecía a la marina militar inglesa, se manifestó muy alarmado. A la mañana siguiente, cuando Carteret envió a su teniente Gower a pedir permiso para entrar en el puerto a fin de comprar provisiones para su tripulación moribunda, reparar el buque y esperar la vuelta del monzón, no solo no le permitieron bajar ti tierra, sino que los holandeses se previnieron a reunir sus tropas y a armar sus buques. En fin, al cabo de cinco horas llegó a bordo la respuesta del gobernador, que era una negativa tan descortés como poco disfrazada; y al mismo tiempo se prohibió a los ingleses desembarcar en ningún paraje perteneciente al gobierno holandés.

Todas las reclamaciones de Carteret haciendo notar la crueldad de semejante negativa y hasta sus demostraciones hostiles, no produjeron más resultado que la venta de algunas provisiones y la autorización de dirigirse a una pequeña bahía inmediata donde le dijeron que encontraría un abrigo seguro contra el monzón, que podría instalar un hospital para sus enfermos y, en fin, que podría proporcionarse víveres frescos más abundantes que en Macasar, de donde además le enviarían cuanto pudiera necesitar. So pena de morir de hambre y de irse a pique, fue preciso pasar por aquellas exigencias y Carteret se resolvió a dirigirse a la rada de Bonthain.

Allí los enfermos, instalados en una casa, no tuvieron permiso para apartarse de ella a más de treinta varas de distancia. Tenían centinelas de vista y no podían comunicarse con los naturales, estándoles además prohibido comprar nada sino por el intermedio de los soldados holandeses que, abusando de su posición, hacían una ganancia de mil por ciento a costa de los ingleses. Todas las quejas de éstos fueron inútiles y tuvieron que someterse durante su residencia en aquellos sitios a una vigilancia en extremo humillante.

Por fin el 22 de mayo de 1768, a la vuelta del monzón, pudo el capitán Carteret salir de Bonthain después de una larga serie de disgustos, vejaciones y alarmas cuyos pormenores nos es imposible referir y que pusieron a dura prueba su paciencia.

«Las Célebes, dice, son la llave de las Molucas o islas de las Especies, que están necesariamente bajo la dominación del pueblo que es dueño de aquellas islas. La ciudad de Macasar está edificada sobre una lengua de tierra y a orilla de uno o dos ríos que la atraviesan y corren por sus inmediaciones. El terreno es llano y de hermosa apariencia. Hay muchas plantaciones y bosques de cocoteros entremezclados con gran número de casas que dan indicios de una numerosa población... En Bonthain la carne de vaca es excelente, pero sería difícil encontrarla en cantidad suficiente para aprovisionar una escuadra. Pueden obtenerse arroz, aves y frutas en la cantidad que se desee; hay también en los bosques gran cantidad de cerdos monteses que es fácil proporcionarse a precios módicos, porque los naturales del país, que son mahometanos, no los comen».

Estos informes, aunque incompletos, tenían su interés en la época en que fueron recogidos, y nos inclinamos a creer que, aunque tienen cien años de fecha, presentan todavía cierto fondo de verdad.

Ningun incidente ocurrió en la travesía hasta Batavia. Después de muchas dilaciones, causadas por el deseo que tenía la compañía holandesa de obtener del capitán Carteret un certificado en que se declarase satisfecho de la conducta del gobernador de Macasar, certificado que se negó a dar con gran firmeza, obtuvo el permiso de reparar su buque.

El 15 de setiembre la *Golondrina* echaba el ancla en la rada de Spethead después de un viaje de treinta y un meses tan penoso como arriesgado.

Habían sido necesarios toda la habilidad náutica, toda la serenidad y todo el entusiasmo del capitán Carteret para no perder la vida en un buque tan malo y para hacer descubrimientos tan

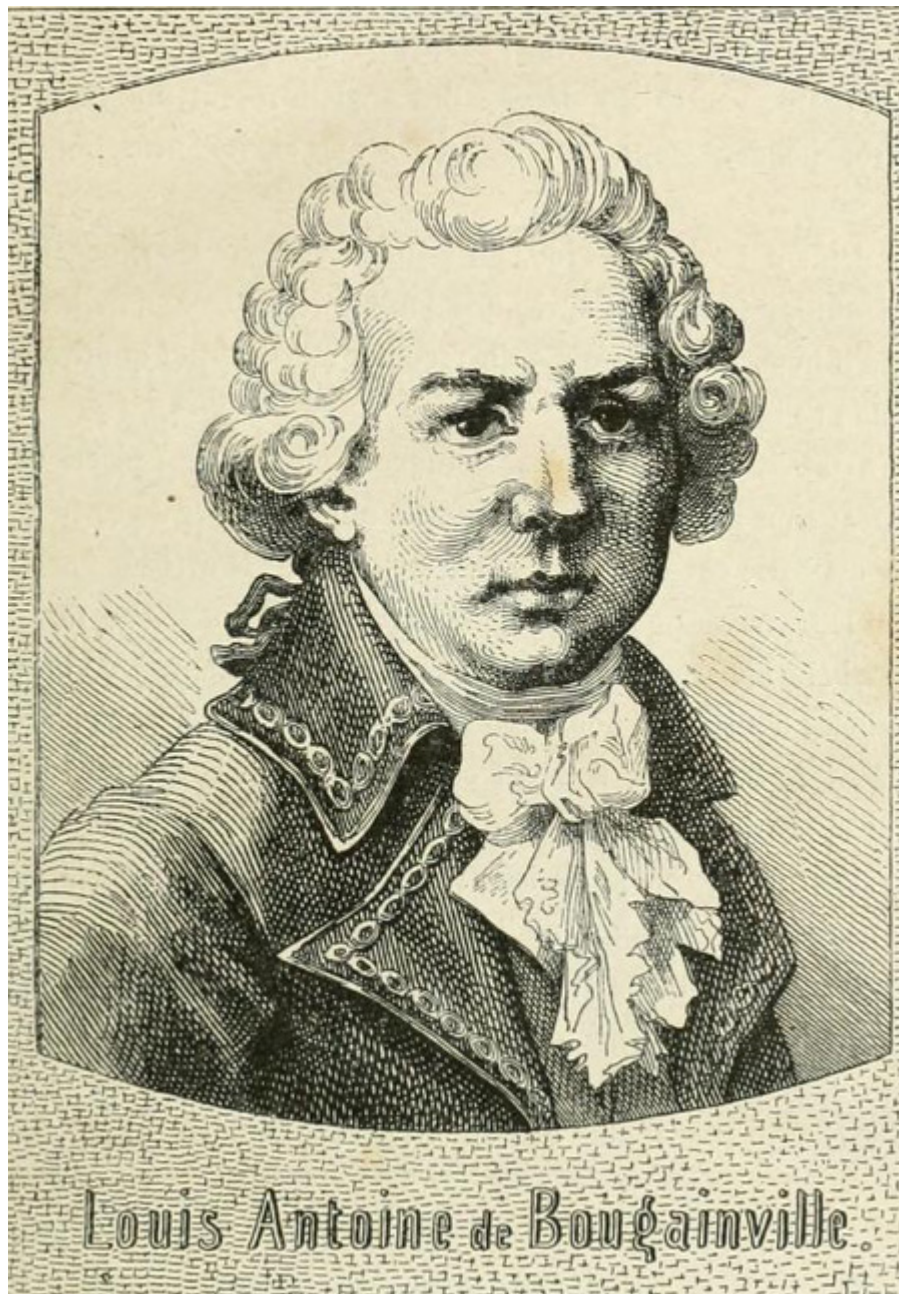
importantes en tales condiciones. Si su gloria se aumentó con el número de obstáculos que tuvo que superar, la vergüenza de un tan miserable armamento recae toda entera sobre el Almirantazgo inglés que, despreciando las reclamaciones del hábil capitán, expuso su vida y la de tantos valientes marinos en tan largo viaje.

III. Bougainville. —Las metamorfosis del hijo de un notario. —Colonización de las Malvinas. —Buenos Aires y Río Janeiro. —Devolución de las Malvinas a los españoles. — Hidrografía del estrecho de Magallanes. —Los Pechereses. — Los cuatro Facardinos. —Tahití. —Incidentes de la recalada. —Producciones del país y costumbres de los habitantes. — Las Samoa. —La Tierra del Espíritu Santo, o las Nuevas Hébridas. —La Luisiada. —Las Islas de los Anacoretas. —La Nueva Guinea. —Bhutan. —De Batavia a Saint-Malo.

Mientras Wallis acababa de dar la vuelta al mundo y Carteret continuaba su larga y penosa circunnavegación, se armaba una expedición francesa con el objeto de hacer descubrimientos en el mar del Sur.

Bajo el antiguo régimen, donde todo era arbitrario, los títulos, los grados y los empleos se daban al favor. No era, pues, extraño que un militar que hacia solamente cuatro años que acababa de dejar el servicio de tierra y el grado de coronel para entrar en la marina con el de capitán de navío, recibiese este importante mando.

Por excepción, esta singular medida se encontró justificada por el éxito, gracias a los talentos del que fue objeto de ella.



Luis Antonio de Bougainville nació en París el 13 de setiembre de 1729. Era hijo de un notario, y habiendo sido destinado al foro, se recibió de abogado, pero no teniendo afición a esta profesión se dedicó particularmente a las ciencias; publicó un *Tratado de cálculo integral* y se alistó en los mosqueteros negros. De las tres carreras que había comenzado a recorrer, abandonó luego las dos primeras definitivamente; hizo alguna infidelidad a la tercera adoptando la

diplomacia, y después dejó absolutamente esta cuarta carrera por la quinta que fue la marina. Debía morir senador después de una sexta encarnación.

Fue ayudante de campo de Chevert, después secretario de embajada en Londres, donde le nombraron individuo de la Sociedad Real, y partió de Brest en 1756 con el grado de capitán de dragones para unirse a las tropas de Montcalm en el Canadá. Este general le nombró su edecán, y en tal concepto se hizo notar en varias ocasiones que le merecieron la confianza de su jefe, el cual le envió a Francia para pedir refuerzos.

La desgraciada Francia, había tenido en Europa reveses sobre reveses y necesitaba todos sus recursos. Así, cuando el joven Bougainville manifestó al ministro Choiseul el objeto de su misión, el ministro respondió bruscamente:

—Cuando la casa se quema no se cuida uno de las caballerizas.

—A lo menos, señor ministro, respondió Bougainville, no se dirá que habla usted como un caballo.

Aquella respuesta era demasiado ingeniosa y mordaz para que pudiera conciliarle la benevolencia del ministro. Por fortuna *madame* de Pompadour era aficionada a las personas de talento. Presentó a Bougainville al rey; y Bougainville, no pudiendo obtener nada para su general, tuvo el talento de hacerse nombrar coronel y caballero de San Luis, aunque no tenía más que siete años de servicio. De regreso al Canadá quiso justificar la confianza de Luis XV y se hizo notar en varios encuentros. Después de la pérdida de esta colonia, sirvió en Alemania a las órdenes de Choiseul-Stainville.

La paz de 1763 detuvo los progresos de su carrera militar. La vida de guarnición no podía convenir a un hombre tan activo y tan aficionado al movimiento como Bougainville, y entonces concibió el proyecto singular de colonizar las islas Falkland, al extremo meridional de la América del Sur; y trasladar a ellas los colonos canadienses que habían emigrado a Francia para librarse del yugo tiránico de Inglaterra. Entusiasmado con esta idea, se dirigió a cierto armador de Saint-Malo cuyos buques desde el principio del siglo

frecuentaban aquel archipiélago y le habían dado el nombre de islas Malvinas.

Cuando hubo ganado su confianza, presentó a la vista del ministerio, con los más brillantes colores, las ventajas, por cierto muy problemáticas, de aquel establecimiento, que por su feliz situación podía servir de punto de escala a los buques que se dirigían al mar del Sur. Fuertemente apoyada su petición en la corte, obtuvo la autorización que pedía y el nombramiento de capitán de navío.

Corría entonces el año de 1783. Los oficiales de marina que habían conquistado sus empleos por rigurosa escala, no verían probablemente con buenos ojos el nombramiento, que hasta entonces no estaba justificado por nada. Esto, sin embargo importaba poco al ministro de Marina Choiseul-Stainville, que había tenido a Bougainville a sus órdenes y era demasiado gran señor para no despreciar la gritería del cuerpo de oficiales de la armada.

Bougainville, después de haber convertido a sus proyectos a los señores de Nerville y de Arboulin, su primo y su tío, hizo construir y armar en Saint-Malo, bajo la dirección de M. Guyot-Duclos, dos buques, el *Águila*, de 20 cañones, y la *Esfinge*, de 12, en los cuales embarcó varias familias canadienses. Salió de Saint-Malo el 15 de setiembre de 1783; hizo escala en la isla de Santa Catalina, en la costa del Brasil, en Montevideo, donde tomó caballos y ganado de cuernos, y desembarcó en las Malvinas, en una gran bahía que le pareció a propósito para sus proyectos; pero no tardó mucho tiempo en observar que lo que los navegantes habían tomado por bosques de mediana altura no eran sino cañas, y que no había ni un árbol, ni siquiera un arbusto, en aquellas islas. Por fortuna encontró para reemplazarlos una excelente turba, y la pesca y la caza ofrecieron también abundantes recursos.

La colonia no se componía al principio sino de veintinueve personas, para las cuales se construyeron casas, y un almacén para los víveres. Al mismo tiempo se trazó y se comenzó a construir un fuerte capaz de contener catorce piezas de artillería. M. de Nerville

consintió en quedarse a la cabeza del establecimiento, mientras Bougainville salía para Francia el 5 de abril. En Francia reclutó nuevos colonos y tomó un cargamento considerable de provisiones de toda especie que desembarcó el 7 de enero de 1766. Después fue a buscar al Estrecho de Magallanes un cargamento de árboles, y encontró, como hemos dicho más arriba, los buques del comodoro Byron, con los cuales navegó hasta el puerto del Hambre. Allí embarcó más de diez mil plantas de árboles de diferentes edades, con intención de trasladarlos a las Malvinas. Cuando dejó el archipiélago el 27 de abril siguiente, la colonia se componía de ochenta personas, incluso el estado mayor, pagado por el rey; y a fines de 1765 los dos buques fueron enviados de nuevo con víveres y mayor número de habitantes.

El establecimiento comenzaba entonces a tomar cuerpo; pero los ingleses fueron a establecerse en el puerto de Egmont, reconocido por Byron; y el capitán Macbride trató de hacerse entregar la colonia, pretendiendo que aquellas tierras pertenecían al rey de Inglaterra, aunque Byron no había visto las Malvinas sino en 1763, cuando ya hacía dos años que los franceses estaban establecidos en ellas. En estas circunstancias la España las reclamó a su vez como dependencia de la América Meridional; y como ni la Inglaterra ni la Francia querían romper la paz por la posesión de un archipiélago que no tenía grande importancia comercial, Bougainville se vio obligado a abandonar su empresa, y la abandonó bajo la condición de que la corte de Madrid le indemnizaría de sus gastos. Entonces recibió del gobierno francés el encargo de entregar las islas Malvinas a los comisarios españoles.

Aquella tentativa insensata de colonización fue el origen de la fortuna de Bougainville, pues para utilizar sus armamentos el ministro de Marina le encargó que volviese por el mar del Sur e hiciese en él descubrimientos.

En los primeros días de noviembre de 1766, Bougainville pasó a Nantes, donde su segundo Guyot Dueros, capitán de brulote y hábil marino, que había envejecido en los grados inferiores porque no era

noble, vigilaba los pormenores del armamento de la fragata la *Boudeuse* de veintiséis cañones.

El 15 de noviembre Bougainville salió de la rada de Mindin, en la embocadura del Loira, e hizo rumbo al Río de la Plata, donde debía encontrar las dos fragatas españolas, la *Esmeralda* y la *Liebre*. Pero apenas la *Boudeuse* había entrado en alta mar, cuando se desató una horrible tempestad que causó en el aparejo graves averías, bastante considerables para obligarla a volver a entrar en Brest, adonde llegó el 21 de noviembre. Aquella prueba había bastado para que su comandante conociese que la *Boudeuse* tenía pocas condiciones para el servicio que debía prestar. Hizo, pues, disminuir la altura de los palos y cambió su artillería por otra más ligera; más a pesar de estas modificaciones la *Boudeuse* no convenía de modo alguno para arrostrar las gruesas mares y las tempestades del Cabo de Hornos. Sin embargo, como estaba fijado el punto de reunión y el tiempo que habían de llegar los españoles, Bougainville tuvo que hacerse de nuevo a la mar. El estado mayor se componía de once oficiales y tres voluntarios, entre los cuales se hallaba el príncipe Nassau-Sieghen, y la tripulación constaba de doscientos tres marineros, grumetes y criados.

Hasta el Río de la Plata la mar estuvo bastante tranquila y permitió a Bougainville hacer muchas observaciones sobre las corrientes, que son la causa frecuente de los errores cometidos por los navegantes en su estima.

El 31 de enero la *Boudeuse* ancló en la bahía de Montevideo, donde le esperaban hacia un mes las dos fragatas españolas al mando de don Felipe Ruiz Puente. La estancia de Bougainville en aquella rada, y luego en Buenos Aires, adonde fue a entenderse con el gobernador respecto del objeto de su misión, le puso en situación de recoger acerca de la ciudad y de las costumbres de sus habitantes datos muy curiosos que no debemos omitir. Buenos Aires le pareció demasiado grande para el número de sus habitantes que no pasaban de veinte mil, lo cual que dependía de que las casas no tienen más que un piso y tienen en cambio grandes patios y

jardines. No solamente la ciudad no tenía puerto, sino que tampoco tenía muelle; y por esto los buques se veían obligados a descargar su cargamento en lanchas que entraban en el río y lo depositaban en los carros que habían salido de la ciudad para recogerlo.

Lo que daba a Buenos Aires un carácter original era un gran número de comunidades de ambos sexos.

El año en Buenos Aires, dice Bougainville está lleno de fiestas de santos que se celebran con procesión y fuegos artificiales. Las ceremonias del culto sirven de espectáculo. Los jesuitas ofrecían a la piedad de las mujeres un medio de santificación más austero que los precedentes. Tenían junto a su convento una casa llamada *Casa de los ejercicios de las mujeres*, a donde las casadas y las solteras, sin necesidad del permiso de sus maridos ni de sus padres, iban a santificarse por medio de un retiro que duraba doce días. Allí tenían habitación y alimento a expensas de la Compañía: ninguno penetraba en aquel santuario si no llevaba el hábito de san Ignacio, y ni siquiera las criadas podían acompañar a sus amas. Los ejercicios en aquel lugar santo consistían en la meditación, la oración, el catecismo, la confesión y la flagelación. Nos hicieron notar las paredes de la capilla, donde había manchas de sangre que según nos dijeron eran efecto de los disciplinazos que se daban en penitencia aquellas Magdalenas.» .

Los alrededores de la ciudad estaban bien cultivados, y gran número de casas de campo llamadas quintas les daban un aspecto agradable. Pero a las dos o tres leguas de Buenos Aires ya no se encontraban más que llanuras inmensas sin una ondulación, abandonadas a los toros y a los caballos, que son los únicos que las habitan». Estos animales se crían en tal abundancia, dice Bougainville, que cuando los viajeros tienen hambre matan un buey, toman lo que pueden comer y abandonan lo demás para que lo devoren los perros y los tigres.» .

Los indios que habitan las dos orillas del Río de la Plata no hablan podido ser sometidos por los españoles y llevaban el nombre de indios bravos.

Son, dice Bougainville, de mediana estatura, muy feos, y casi todos tienen sarna. Su color es bastante oscuro, y la grasa con que se frotan continuamente les hace parecer más negros. No llevan más traje que una gran manta de pieles de cabrito que les baja hasta los talones y en la cual se envuelven... Estos indios pasan su vida a caballo, a lo menos cerca de los establecimientos españoles, donde entran alguna vez con sus mujeres para comprar aguardiente y no dejan de beberle hasta que la embriaguez les deja absolutamente sin movimiento... Algunas veces se reúnen en cuadrillas de doscientos a trescientos hombres para robar ganados en las tierras de los españoles o atacar las caravanas de los viajeros. Roban, asesinan y se llevan cautivos a los que pueden, y éste es un mal sin remedio. ¿Y cómo dominar a una nación errante, en un país inmenso e inculto, donde sería difícil encontrarla?».

En cuanto al comercio estaba lejos de hallarse floreciente desde el momento en que se había prohibido que pasaran por tierra al Perú y a Chile las mercancías de Europa. Sin embargo, Bougainville vio salir de Buenos Aires un buque que llevaba un millón de pesos, y dice «que si todos los habitantes de este país tuvieran mercados para sus cueros en Europa, solo este comercio bastaría para enriquecerlos».

El surgidero de Montevideo es seguro, aunque sopla de cuando en cuando el *pampero*, viento furioso del Sudoeste, acompañado de terribles tempestades. La ciudad no ofrece nada de interesante; sus alrededores están tan incultos, que es preciso llevar de Buenos Aires la harina, la galleta y todo lo que es necesario para los buques. Sin embargo, se encuentran en abundancia frutas, como higos, melocotones, peras, etc., y la misma cantidad de carne de vaca que en el resto del país.

Estos documentos, que tienen cien años de fecha, son curiosos por la comparación que ofrecen con los que nos han suministrado los viajeros contemporáneos, y especialmente Emilio Datreux en su libro sobre el lago de la Plata. Bajo muchos puntos de vista el cuadro de Bougainville es todavía exacto, pero hay ciertos

pormenores, como la instrucción, de la cual Bougainville no podía hablar porque no existía entonces, en los cuales se han hecho progresos inmensos.

Cuando los víveres, las provisiones de agua y de carne quedaron embarcados, los tres buques se hicieron a la vela el 28 de febrero de 1767 para las islas Malvinas. La travesía no fue feliz: vientos variables, mal tiempo y gruesa mar causaron varias averías a la *Boudeuse*. El 23 de marzo echó el ancla en la bahía Francesa, adonde llegaron a la mañana siguiente los dos buques españoles, que también habían padecido mucho a causa de la tempestad.

El 1.º de abril se verificó la entrega solemne del establecimiento a los españoles. Pocos franceses se aprovecharon del permiso que el rey les daba de permanecer en las Malvinas: casi todos prefirieron embarcarse en las fragatas españolas que volvían a Montevideo. En cuanto a Bougainville, tenía que esperar a la urca *Estrella*, que debía llevarle provisiones y acompañarle en su viaje alrededor del mundo.

Trascurrieron los meses de marzo, abril y mayo, sin que la *Estrella* se presentara. Era imposible atravesar el Océano Pacífico con solo los seis meses de víveres que llevaba la *Boudeuse*. Por consiguiente. Bougainville se resolvió, en 2 de junio, a pasar a Río de Janeiro, punto de reunión que había indicado al comandante de la *Estrella*, M. de La Giraudais, para el caso de que circunstancias imprevistas le impidieran pasar a las Malvinas.

La travesía se ejecutó con un tiempo tan favorable que Bougainville no necesitó más que diez y ocho días para llegar a la colonia portuguesa. La *Estrella*, que le esperaba allí hacia cuatro días, había salido de Francia más tarde de lo que se esperaba; había tenido que refugiarse contra la tempestad en Montevideo y desde allí había pasado a Río según sus instrucciones.

Los franceses, muy bien acogidos por el conde de Acuña, virrey del Brasil, pudieron ver en el teatro de la Opera las comedias de Metastasio representadas por una compañía de mulatos y oír las

obras de los grandes maestros italianos ejecutadas por una mala orquesta dirigida por un clérigo jorobado en traje eclesiástico.

Pero las buenas disposiciones del conde de Acuña no duraron mucho. Bougainville, que con su permiso había comprado un par de botes, tuvo el disgusto de que sin motivo alguno le retiraran el permiso. También le fue prohibido tomar en los arsenales la madera necesaria que había contratado y, en fin, se le impidió alojarse con su estado mayor, mientras duraban las reparaciones de la *Boudeuse*, en una casa inmediata a la ciudad propia de un particular que la había puesto a su disposición. Para evitar todo altercado, apresuró los preparativos de su marcha.

Antes de salir de la capital del Brasil entra en algunos pormenores sobre la hermosura del puerto y lo pintoresco de sus alrededores y termina con una curiosísima digresión sobre las riquezas prodigiosas del país, cuyo emporio es el puerto.

«Las minas llamadas *Generales*, dice, son las más inmediatas a la ciudad de la cual distan unas setenta y cinco leguas. Producen al rey todos los años por su derecho del quinto a lo menos ciento doce arrobas de oro, y el año 1762 le produjeron ciento diez y nueve. En la capitanería de las minas *Generales* están comprendidas las de *Rio de los Muertos, Sabara y Sero-Frio*. Esta última además del oro que da, produce todos los diamantes que vienen del Brasil. Las piedras preciosas, excepto los diamantes, no son de contrabando; pertenecen a los empresarios que están obligados a dar cuenta exacta de los diamantes encontrados y entregarlos al intendente nombrado por el rey para este efecto, el cual los deposita inmediatamente en una arca forrada de hierro y cerrada con tres llaves. Una de éstas la conserva él, otra tiene el virrey y la tercera el proveedor de la hacienda real. Esta arca está cerrada en otra mayor sellada con los sellos de las tres personas mencionadas y que contiene las tres llaves de la primera. El virrey no puede visitar las riquezas que encierra; consigna solamente el total en una tercera arca y lo envía a Lisboa, después de haber puesto su sello en la cerradura. “A pesar de todas estas precauciones y de la severidad

con que se castigaba a los ladrones de diamantes, se hacia un contrabando desenfrenado”. Pero no era ésta la única fuente de riqueza, y Bougainville calcula, sin contar los gastos de manutención de tropas, sueldos de oficiales y todos los demás de la administración que las rentas que el rey de Portugal sacaba del Brasil pasaban de diez millones de libras».

De Río Janeiro a Montevideo Bougainville no experimentó ningún incidente; pero en el Río de la Plata, durante una tormenta, la *Estrella* chocó con un buque español que le rompió el bauprés, el enjaretado de proa y muchos cabos y aparejos. Las averías y la violencia del choque que aumentó la vía de agua que ya llevaba el buque, le obligaron a subir hasta la Ensenada de Barragan, donde era más fácil que en Montevideo hacer los reparos necesarios. No fue posible, por consiguiente, salir de Río hasta el 14 de noviembre.

Trece días después los dos buques estaban a la vista del cabo de las Vírgenes a la entrada del estrecho de Magallanes, donde no tardaron en penetrar. La bahía de la Posesión la primera que se encuentra, es una gran abra abierta a todos los vientos y que ofrece muy malos fondeaderos. Desde el cabo de las Virgenes al cabo de Orange se cuentan cerca de quince leguas, y el estrecho tiene de anchura en todas partes de cinco y siete leguas. Pasada la primera gola sin dificultad, se echó el ancla en la bahía de Boucault, y allí, unos diez hombres, entre oficiales y marineros, bajaron a tierra.

No tardaron en hacer conocimiento con los patagones y en cambiar algunas bagatelas, preciosas para éstos, por pieles de vicuña y guanaco. Aquellos naturales eran de alta estatura, pero ninguno tenía seis pies.

«Lo que me ha parecido ser gigantesco en ellos, dice Bougainville, es su anchura de hombros, lo grueso de su cabeza y el espesor de sus miembros. Son robustos y bien hechos; de nervios fuertes, de carnes firmes y duras; son hombres que, entregados la naturaleza y a un alimento lleno de jugos, han adquirido todo el desarrollo de que el hombre es capaz».

De la primera a la segunda gola que se pasó también felizmente, puede haber de seis a siete leguas. Esta gola no tiene más que legua y media de anchura y cuatro de longitud. En aquella parte del estrecho los buques no tardaron en encontrar las islas de San Bartolomé y Santa Isabel. Los franceses bajaron a tierra en esta última, pero no encontraron ni leña, ni agua. Es una tierra absolutamente estéril.

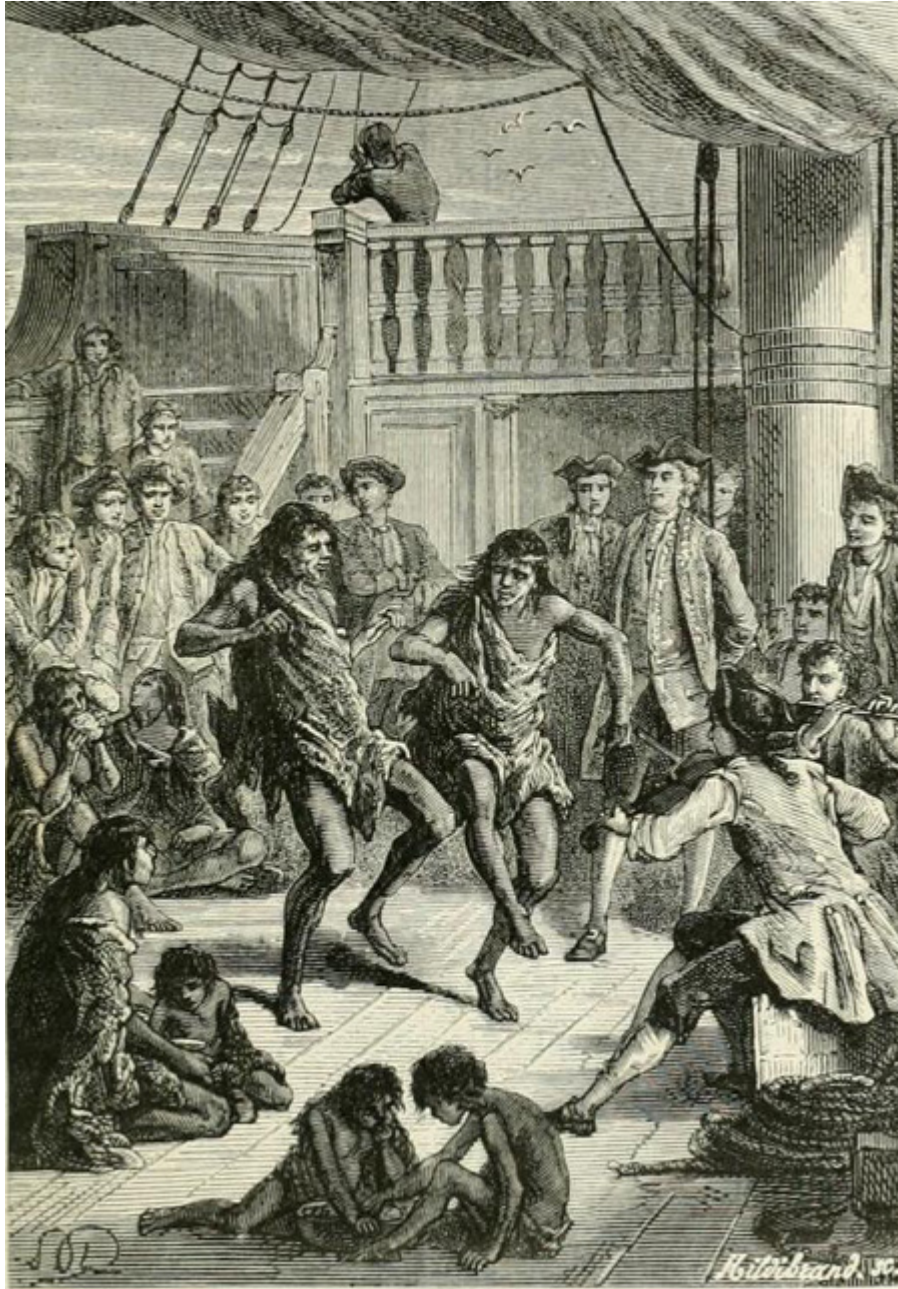
Desde aquel paraje en adelante la costa americana del estrecho está abundantemente provista de bosques. Si los primeros pasos difíciles habían sido atravesados con facilidad, no por eso Bougainville debía dejar de encontrar motivos para ejercitar su paciencia. En efecto, el carácter distintivo de aquel clima es que las variaciones atmosféricas se suceden con tal prontitud, que es imposible prever sus bruscas y peligrosas revoluciones. De aquí proceden averías que no pueden evitarse, que retardan la marcha

de los buques y que, a veces, les obligan a buscar un abrigo en la costa para hacer reparos.

La bahía Guyot-Duclos es un excelente fondeadero donde se encuentran con un buen fondo seis u ocho brazas de agua. Bougainville se detuvo en ella para llenar algunos toneles y proporcionarse un poco de carne fresca; pero no encontró sino un corto número de animales silvestres. Enseguida avistaron los expedicionarios la punta de Santa Ana donde en 1581 había establecido Sarmiento la colonia llamada de la Ciudad de Felipe. Ya hemos contado en un tomo anterior la espantosa catástrofe que hizo dar aquel sitio el nombre de puerto del Hambre.

Los franceses reconocieron en seguida varias bahías, cabos y ensenadas donde hicieron recalada: como la bahía de Bougainville, donde se recompuso la *Estrella*; el puerto de Beau-Bassin; la bahía de la Cormandiere, en las costas de la Tierra del Fuego; el cabo Forward, que forma la punta más meridional del estrecho y de la Patagonia; la bahía de la Cascada, en la Tierra del Fuego, cuya seguridad, comodidad para anclar y facilidad de hacer aguada y leña hacen de ella un asilo que nada deja que desear a los navegantes. Estos puertos, que Bougainville acababa de descubrir, son preciosos porque permiten tomar ventajosas bordadas para doblar el cabo Forward, uno de los puntos más temidos de los marinos a causa de los vientos impetuosos y contrarios que allí reinan ordinariamente.

Comenzó el año de 1768 hallándose la expedición en la bahía de Fortescue en el fondo de la cual se abre el puerto Galante, cuyo plano había sido levantado en otro tiempo muy exactamente por *monsieur* De Gennes. Un tiempo horrible, del cual apenas puede dar una idea el invierno más riguroso de Francia, detuvo allí la expedición más de tres semanas. Los expedicionarios en este tiempo fueron visitados por una partida de pechereses, habitantes de la Tierra del Fuego, que subieron a bordo de nuestros buques.



Los hicimos cantar, dice la relación, bailar, oír la música de nuestros instrumentos y sobre todo comer, cosa que hicieron con grande apetito. Todo les parecía bueno: pan, carne salada, sebo; devoraban todo lo que se les presentaba No manifestaron ninguna sorpresa ni a la vista de los buques, ni a la de los objetos diversos que se ofrecieron a sus miradas, lo cual proviene, sin duda, de que para que un hombre se sorprenda a la vista de las obras de arte es

necesario que tenga algunas ideas elementales. Aquellos brutos trataban las obras maestras de la industria humana como tratan las leyes de la naturaleza y sus fenómenos. Estos salvajes son de pequeña estatura, feos, flacos y exhalan una fetidez insoportable. Casi todos van desnudos y no llevan por traje más que unas malas pieles de lobos marinos demasiado cortas para envolverlos. Sus mujeres son horribles y los hombres no parece que hacen gran caso de ellas. Habitan confusamente hombres, mujeres y niños en las cabañas, en cuyo centro encienden fuego. Se alimentan principalmente de mariscos; sin embargo, tienen perros y lazos hechos de barbas de ballena. Por lo demás parecen buena gente, pero son tan débiles que dan tentación de no agradecerles su bondad. Entre todos los salvajes que he visto, los pechereses son los más miserables.

La recalada en aquel paraje se hizo notar por un triste acontecimiento. Un niño de unos doce años había pasado a bordo y le habían dado pedazos de vidrio y de espejos no previendo el uso que podría hacer de ellos. Aquellos salvajes parece que tenían la costumbre de meterse en la garganta pedazos de talco a guisa de talismán. El muchacho sin duda quiso hacer otro tanto con el vidrio, y cuando los franceses desembarcaron le hallaron atacado de violentos vómitos y de esputos de sangre. Su garganta y sus encías estaban heridas y ensangrentadas. A pesar de los encantamientos y de las fricciones feroces de uno de los hechiceros de la tribu, o quizá a causa de aquellas fricciones demasiado enérgicas, el niño padecía enormemente y no tardó en morir. Aquella muerte fue para los pechereses la señal de una fuga precipitada. Temían sin duda que los franceses le habían dado hechizos y que todos iban a morir de la misma manera.

El 16 de enero la *Boudeuse*, al dirigirse a la isla Ruperto, fue arrastrada por la corriente hasta medio cable de la orilla. El ancla, que se había arrojado inmediatamente, se rompió, y si no hubiera sobrevenido una pequeña brisa de tierra, la fragata habría encallado. Fue preciso volver al puerto Galante, y aquella vuelta

evitó grandes males, porque a la mañana siguiente se desencadenaba un espantoso huracán.

«Después de haber sufrido durante veintiséis días en el puerto Galante vientos constantes, malos y contrarios, treinta y seis horas de buen viento, tal como jamás nos hubiéramos atrevido a esperarlo, bastaron para llevarnos al mar Pacífico, ejemplo que creo único de una navegación seguida desde el puerto Galante hasta la desembocadura del estrecho. La longitud de éste, según mis cálculos, desde el cabo de las Vírgenes hasta el cabo de los Pilares, es de unas ciento catorce leguas, en cuyo trayecto empleamos cincuenta y dos días. A pesar de las dificultades que experimentamos en el paso del estrecho de Magallanes (y aquí Bougainville está completamente de acuerdo con Byron) aconsejaré siempre que se prefiera este camino al del Cabo de Hornos desde el mes de setiembre hasta fin de marzo. Durante los otros meses del año yo tornaré el partido de pasar a mar abierta. El viento contrario y la gruesa mar no son peligrosos; y por el contrario, no es prudente entrar a tientas entre tierra y tierra.

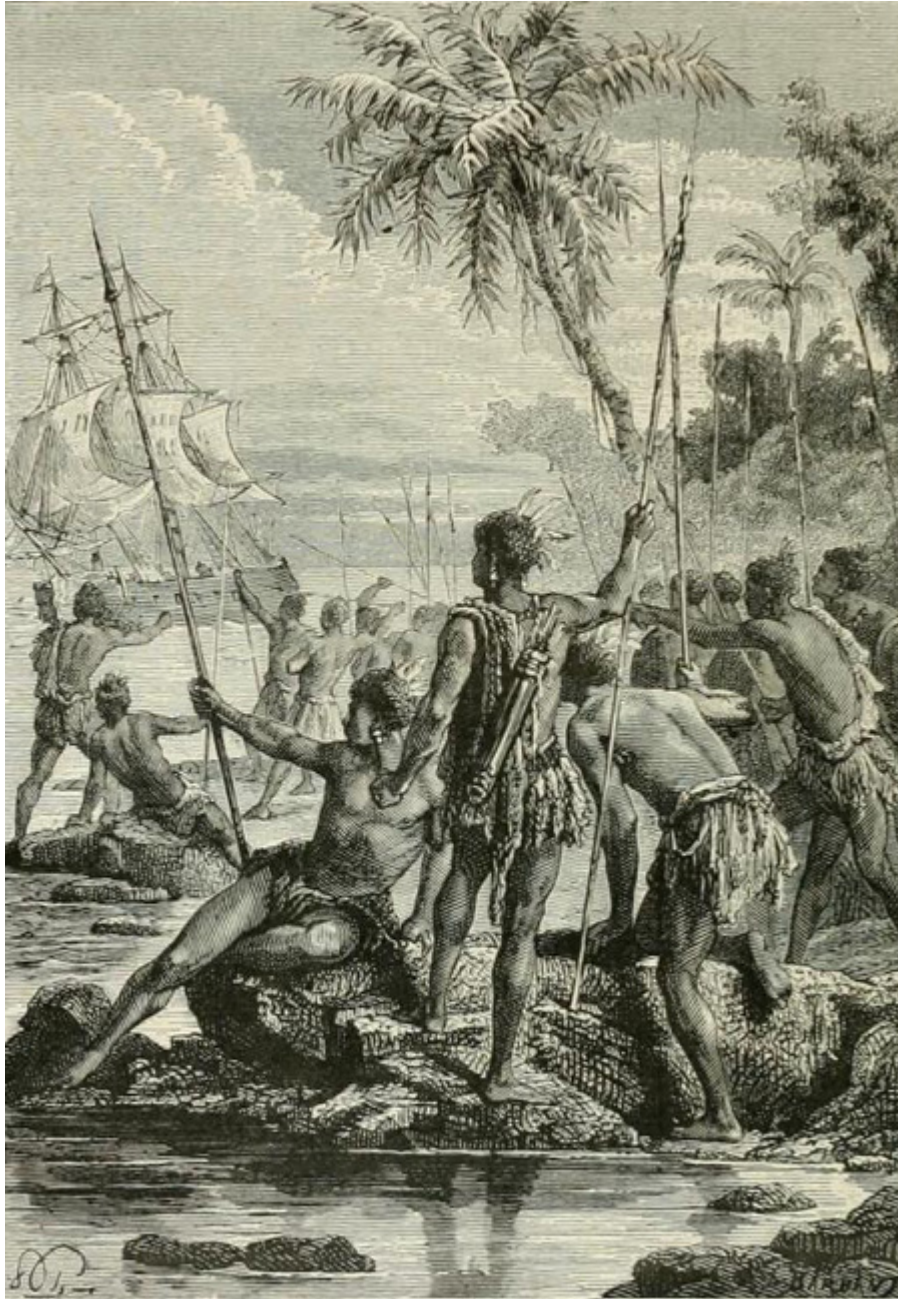
Los buques podían ser detenidos, sin duda, algún tiempo en el estrecho; pero este retraso no será perdido porque encontrarán en abundancia agua, leña, mariscos algunas veces, buenos pescados y seguramente no dudo que el escorbuto haría más estragos en una tripulación que llegase al mar occidental doblando el cabo de Hornos, que en otra que llegase por el estrecho de Magallanes. Cuando nosotros salimos de este estrecho no teníamos ningún enfermo a bordo.

Esta opinión de Bougainville hasta estos últimos tiempos ha encontrado muchos contradictores, y así es que por entonces el rumbo que tanto había recomendado estuvo completamente abandonado de los navegantes. Hoy lo está con mayor razón porque el vapor ha transformado completamente la marina y cambiado todas las condiciones del arte náutica.

Apenas había penetrado en el mar del Sur encontró Bougainville, con gran sorpresa suya, los vientos también del Sur y tuvo que

renunciar al proyecto que había formado de dirigirse a la isla de Juan Fernández. Había convenido con el comandante de la *Estrella*, Mr. de La Giraudais, que con el objeto de descubrir mayor espacio de mar los dos buques navegarían separados uno de otro, si bien teniendo cuidado de no perderse de vista, y que todas las noches la urca se llegara a la fragata a una distancia de media legua para que si la *Boudeuse* encontraba algún peligro pudiera evitarle fácilmente.

Bougainville buscó por algún tiempo las isla de Pascuas sin poderla encontrar. Después durante el mes de marzo, llegó al paralelo de las islas y tierras marcadas por error en las cartas de Bellin bajo el nombre de islas de Quirós. El 22 del mismo mes tomó nota de cuatro islotes, a los cuales dio el nombre de los *Cuatro Facardinos* que formaban parte de aquel archipiélago Peligroso constituido por islotes madreporicos, bajos y anegados encontrado hasta entonces por todos los navegantes que penetraban en el Océano Pacífico, ya por el estrecho de Magallanes, ya doblando el cabo de Hornos. Un poco más lejos se descubrió una isla fértil, habitada por salvajes enteramente desnudos y armados de largas picas que blandían con ademanes de amenaza, lo cual le valió el nombre de *isla de los Lanceros*.



No repetiremos lo que ya hemos tenido ocasión de decir varias veces acerca de la naturaleza de aquellas islas, de su difícil acceso, de su población salvaje e inhospitalaria. Esta misma *isla de los Lanceros* fue llamada por Cook *Thrum-Cap*; y la isla de la *Harpe*, que Bougainville reconoció el día 24, es la isla *Bow* del mismo navegante.

Bougainville, sabiendo que Roggewein había estado a punto de perecer, visitando aquellos parajes o pensando que el interés de su exploración no equivalía a los peligros que podía correr para hacerla, puso la proa al Sur y perdió pronto de vista aquel inmenso archipiélago que se extiende por una longitud de quinientas leguas y no comprende menos de sesenta islas o grupos de islas.

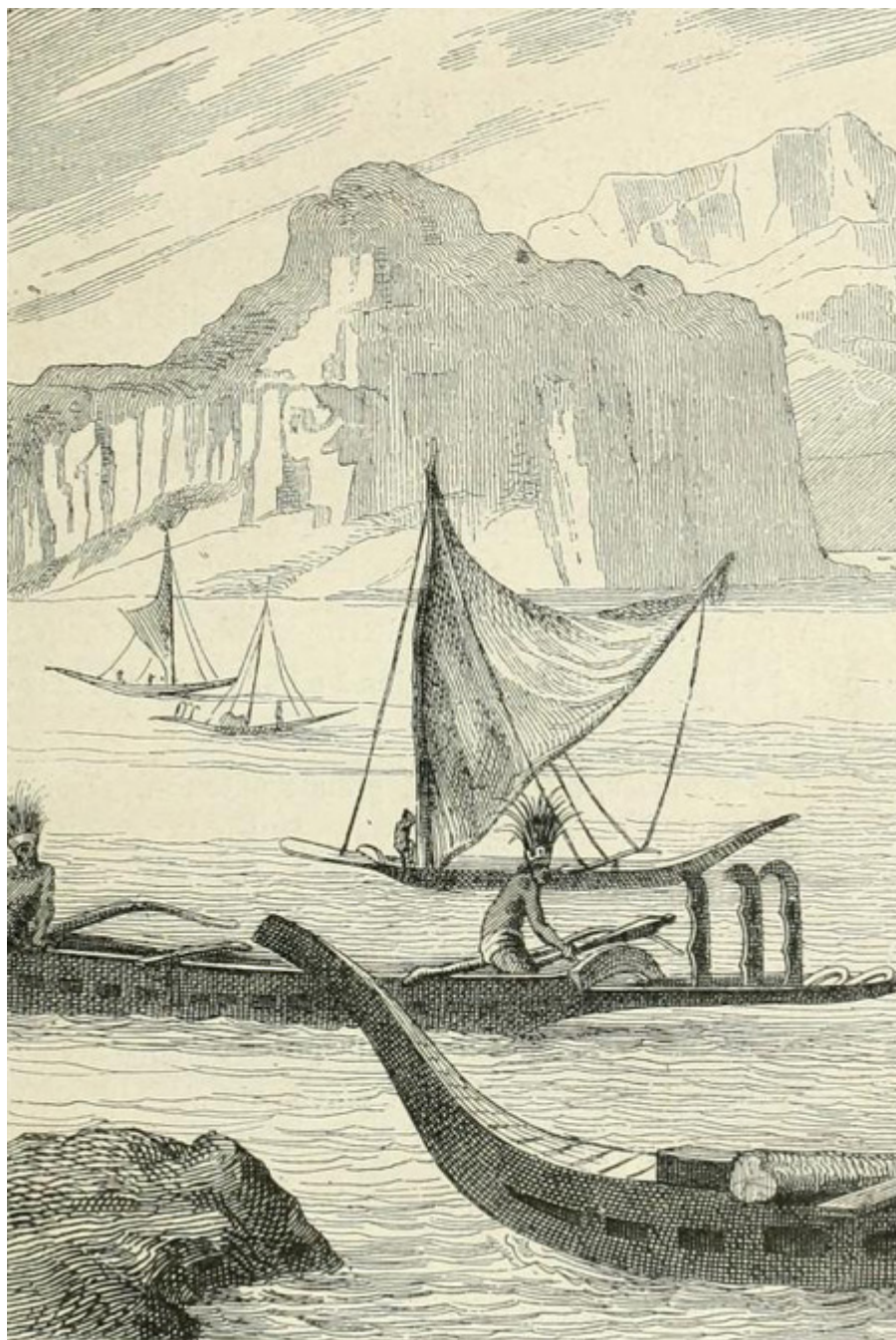
El 2 de abril Bougainville vio una montaña alta y escarpada a la cual puso el nombre de Pico de la Boudeuse. Era la isla *Maitca*, a la cual Quirós había ya dado el nombre de la *Dezana*. El 4 al salir el sol, los buques estaban a la vista de Tahití, larga isla compuesta de dos penínsulas reunidas por una lengua de tierra que no tiene más de una milla de anchura.

Más de cien piraguas provistas de balancines rodearon inmediatamente los dos buques iban cargadas de cocos y de una multitud de frutas deliciosas que se cambiaron fácilmente por toda especie de bagatelas. Cuando llegó la noche la playa se iluminó con mil hogueras a las cuales respondieron de bordo lanzando algunos cohetes.

«El aspecto de aquella costa, que se eleva en anfiteatro, dice Bougainville, nos ofrecía el más risueño espectáculo. Aunque las montañas son de grande altura, la roca no se presenta desnuda, ni árida en ninguna parte. Todo está cubierto de árboles. Apenas creíamos el testimonio de nuestros ojos cuando descubrimos un pico cargado de árboles hasta su cima, que se presentaba al nivel de las montañas en el interior de la parte meridional de la isla. No pueda tener más de treinta toesas de diámetro iba disminuyendo el tamaño a medida que se elevaba pareciendo una pirámide inmensa adornada con guirnaldas de follaje por la mano hábil de un adornista. Los terrenos menos elevados, están entrecortados por prados y bosquecillos; y en toda la costa, a orillas del mar, al pié del país más elevado, corre una faja de tierra baja muy bien cultivada. Entre los bosques de bananeros, cocoteros y otros árboles cargados de frutos, vimos las casas de los insulares.

Todo el día siguiente se pasa en hacer cambios. Además de las frutas, los indígenas ofrecían gallinas, palomas, instrumentos de pesca, telas, conchas, por las cuales pedían clavos y pendientes.

El 6, por la mañana, después de tres días pasados en dar bordadas a un lado y a otro para reconocer la costa y buscar una rada a propósito, Bougainville se determina a echar el ancla en la bahía que había visto el día de su llegada.



«La afluencia de las piraguas dice, fue tan grande alrededor de los buques, que nos costa gran trabajo amarrar en medio de la multitud y del ruido. Todos venían gritando layo, que quiere decir amigo, y nos daban mil pruebas de amistad. Las piraguas venían llenas de mujeres, que no ceden en gracia y hermosura de rostro a

muchas europeas, y que por la belleza del cuerpo podían sostener con todas la competencia».

El cocinero de Bougainville había encontrado medio de escaparse a pesar de todas las prohibiciones de saltar a tierra. Pero apenas puso el pié en ella, se vio rodeado de una multitud considerable de indígenas, que le desnudaron enteramente para contemplar todas las partes de su cuerpo. No sabía lo que iban a hacer de él, y ya se creía perdido cuando le devolvieron sus vestidos y le llevaron a bordo más muerto que vivo. Bougainville quiso reprenderle; pero el pobre hombre le confesó que por más que le amenazase nunca le infundiría tanto miedo como el que acababa de tener en tierra.

Luego que el buque estuvo amarrado, Bougainville bajó a la playa con algunos oficiales para reconocer la aguada. No tardó en rodearles una multitud considerable y en contemplarles con grandísima curiosidad sin dejar de gritar layo, layo. Un indígena les recibió en su casa y les sirvió frutas, peces asados y agua. Al volver a la playa fueron detenidos por un insular de hermoso rostro que, sentado bajo un árbol, les invitó a que se sentaran junto a él. «Aceptamos, dijo Bougainville. Aquel hombre se inclinó hacia nosotros y, con aire tierno y acompañado de una flauta que tocaba otro indio con la nariz, nos cantó lentamente una canción, sin duda anacreóntica, escena deliciosa y digna del pincel de Boucher. Cuatro insulares vinieron confiadamente a cenar y dormir a bordo. Les dimos música con flauta, violón y violín y después fuegos artificiales de cohetes y serpentinas. Este espectáculo les causa sorpresa y temor».

Antes de pasar adelante y de reproducir más extractos de la relación de Bougainville, creemos conveniente prevenir al lector que no tome al pié de la letra estos cuadros, dignos de las *Bucólicas*. La imaginación fértil del narrador quiere hermosearlo todo. Las escenas bellísimas que tiene a la vista y la naturaleza pintoresca del país no le bastan y cree conveniente añadir nuevos adornos al cuadro cuando lo que hace es desfigurarlos, lo cual, por lo demás, lo hace de

buena fe y casi inconscientemente. No hay, pues, que aceptar todas sus descripciones sino con gran reserva. De esta tendencia general de la época hallamos un ejemplo muy singular en la relación del segundo viaje de Cook. El pintor, queriendo representar el desembarco de los ingleses en la isla de Middleburgo, nos pinta individuos que no tienen aire de vivir en la Oceanía y que, con sus togas, parecen más bien contemporáneos de César Augusto. Y sin embargo, tenía los originales a la vista y nada le hubiera sido más fácil que representar con fidelidad una escena de la cual había sido testigo. Hoy tenemos más respeto a la verdad. No bordamos, ni adornamos las relaciones de nuestros viajeros. Si alguna vez no son más que una acta seca y descarnada que agrada poco al literato, casi siempre el erudito encuentra en ellas la base de un estudio útil para los adelantos de la ciencia.

Hechas estas observaciones continuemos siguiendo al narrador.

Bougainville hizo instalar, a orillas del riachuelo que desembocaba en la bahía sus enfermos y sus toneles de agua, poniendo una guardia para su custodia. Estas disposiciones despertaron la susceptibilidad y la desconfianza de los indígenas, los cuales no tenían inconveniente en permitir a los extranjeros que desembarcaran y se pasearan por la isla durante el día; pero por la noche querían verles dormir a bordo de sus buques. Bougainville insistió y por último tuvo que fijar la duración de su residencia en aquellos sitios.

Luego que la fijó, se restableció la buena armonía. Se designó un gran cobertizo para establecer a los escorbúticos, que eran treinta y cuatro, y a su guardia, que se componía de treinta hombres. El cobertizo fue cuidadosamente cerrado por todos lados sin dejarle más que una salida, ante la cual los indígenas llevaban todos los objetos que querían cambiar. El solo disgusto que los expedicionarios tuvieron que soportar fue el trabajo de vigilar constantemente todo lo que se había desembarcado porque, dice Bougainville, no hay en Europa más diestros escamoteadores que estos indios». Según la laudable costumbre que comenzaba

entonces a generalizarse, Bougainville regaló al jefe de aquel cantón una pareja de pavos y patos, machos y hembras, y después una hizo labrar un terreno donde sembró trigo, cebada, avena arroz, maíz, cebollas, etc.

El 10, un insular fue muerto de un tiro, sin que Bougainville, a pesar de sus muchas pesquisas, pudiera averiguar quién fue el autor de tan abominable asesinato. Los naturales creyeron sin duda que su compatriota habría cometido alguna falta porque continuaron alimentando el mercado con la acostumbrada confianza.

La rada en que habían anclado no estaba bien abrigada, y además el fondo era de coral grueso. Así es que el 12, durante una ráfaga de viento, el coral acabó de cortar el calabrote de una áncora de la *Boudeuse*, y ésta, derivando sobre la *Estrella*, le causó averías que pudieron ser muy grandes. Mientras los hombres que habían quedado a bordo se ocupaban en repararlas, habiendo enviado una canoa a buscar otra rada, Bougainville supo que tres insulares habían sido muertos o heridos en sus casas a bayonetazos, y habiéndose esparcido la alarma, todos los naturales habían huido del país.

A pesar del peligro que podían correr los buques bajó a tierra inmediatamente e hizo encadenar a los presuntos autores de un crimen que hubiera podido sublevar contra los franceses a toda la población. Esta medida vigorosa e inmediata calmó a los indígenas, y la noche pasó sin incidentes,

Por lo demás, no era esto lo que más temía Bougainville. Volvió, pues, a bordo, tan luego como le fue posible. Durante un fuerte chubasco acompañado de ráfagas, de gruesa mar y de truenos, los dos buques hubieran encallado en la costa si no se hubiese presentado oportunamente un buen viento de tierra. Los calabrotos de las anclas se rompieron y poco faltó para que los buques se estrellasen en las rompientes, donde no hubieran tardado en ser despedazados. Por fortuna la *Estrella* pudo salir a alta mar y pronto hizo lo mismo la *Boudeuse*, abandonando en aquella rada seis

anclas que le hubieran sido de grande auxilio en el resto de la campaña.

Los insulares, cuando notaron los preparativos de marcha de los franceses, acudieron en gran multitud con provisiones de toda especie. Un indígena llamado Aoturú, pidió y obtuvo al fin el permiso de seguir a Bougainville en su viaje. Al llegar a Europa, Aoturú permaneció once meses en París frecuentando la mejor sociedad, que le hizo una acogida amable y benévola. En 1770, cuando quiso volver a su patria, el gobierno aprovechó la ocasión para enviarle a la isla de Francia, de donde debía pasar a Tahití luego que la estación lo permitiese; pero murió en aquella isla sin haber podido trasladar a su país el inmenso cargamento de herramientas e instrumentos de primera necesidad, semillas y ganado que al gobierno francés le había dado para llevarlo a su patria.

Tahití, que recibió de Bougainville el nombre de Nueva Citeres a causa de la hermosura de sus mujeres, es la mayor del grupo de la Sociedad. Aunque había sido visitada por Wallis, como hemos dicho antes, reproducimos ciertos datos que debemos a Bougainville.

»Las principales provisiones entonces eran el coco, las bananas, el árbol del pan, el ñame, la caña de azúcar, etc. *Mr.* de Commerson, naturalista que se había embarcado en la *Estrella*, encontró en aquella isla la flora de las Indias. Los únicos cuadrúpedos que allí habla, eran cerdos, perros y ratas que pululaban.

«El clima es tan sano, dice Bougainville, que a pesar de las tareas continuas a que nos entregábamos y aunque nuestros marineros estaban continuamente en el agua y al sol, y dormían sobre el suelo desnudo y al descubierto, nadie cayó enfermo. Los escorbúticos, que habían desembarcado y que no tenían una sola noche tranquila, recobraron fuerzas y se restablecieron en poco tiempo y algunos se curaron después perfectamente a bordo. Por lo demás, la salud y la fuerza de los insulares que habitan casas abiertas a todos los vientos y cubren apenas el suelo con hojas que les sirven de cama, la vejez feliz a que llegan sin ningún achaque, la

finura de todos sus sentidos y la belleza singular de sus dientes que conservan hasta edad muy avanzada son las mejores pruebas de la salubridad del aire y de la bondad del régimen que siguen.

El carácter de estos pueblos pareció bueno y pacífico. Entre ellos no había guerras civiles, aunque el país estaba repartido en pequeños cantones cuyos jefes eran independientes unos de otros; pero con frecuencia estaban en guerra con los habitantes de las islas inmediatas. En estas guerras, no contentos con matar a los hombres y a los niños varones cogidos con las armas en la mano, les arrancaban la piel de la barba con los pelos, y conservaban este asqueroso trofeo. Bougainville no pudo recoger acerca de su religión y de sus ceremonias sino nociones muy vagas. Pudo, sin embargo observar que rinden culto a los muertos. Conservan largo tiempo los cadáveres al aire libre en una especie de catafalco abrigado por un cobertizo; y a pesar de la fetidez que exhalan aquellos cuerpos en descomposición, las mujeres van a llorar a la inmediación de los monumentos durante una parte del día y riegan con lágrimas y con aceite de coco las reliquias repugnantes de su cariño.

Las producciones del suelo son tan abundantes y exigen tan poco trabajo que los hombres y las mujeres viven en una ociosidad casi continua. Así no hay que admirar que el cuidado de agradar sea la única ocupación de estas últimas. El baile, el canto, las largas conversaciones en que reina la más franca alegría, habían desarrollado entre los tahitianos cierta movilidad de impresiones y cierta ligereza de imaginación que sorprendieron aun a los mismos franceses, pueblo que no pasa, sin embargo, por serio, sin duda porque es más vivo, más alegre y más imaginativo que los que le echan en cara esta falta. Imposible fijar la atención de aquellos indígenas: cualquier cosa les distraía; pero nada les ocupaba por largo tiempo. A pesar de esta falta de reflexión, eran industriosos y hábiles. Sus piraguas estaban construidas de un modo tan ingenioso como sólido; sus anzuelos y todos sus instrumentos de pesca estaban delicadamente trabajados; sus redes se parecían a

las nuestras, y sus telas, hechas de cortezas de árbol, estaban generalmente tejidas y teñidas de diversos colores.

Creemos poder resumir las impresiones de Bougainville diciendo que los tahitianos son un pueblo de *Lazzaroni*.

El 16 de abril, a las ocho de la mañana, Bougainville estaba a 10 leguas al Norte de Tahití cuando vio una tierra a sotavento. Aunque parecía formar tres islas separadas, no era más que una en realidad y, según Aoturú, se llamaba Umaitia. Bougainville no creyendo oportuno detenerse en ella, dirigió su rumbo de manera que pudiese evitar las islas Perniciosas, donde había ocurrido el desastre de Roggewein. Durante todo el resto del mes de abril, el tiempo fue muy bueno pero con poco viento. El 3 de mayo la expedición dirigió la proa a una nueva tierra que acababa de descubrir, y en el mismo día no tardó en ver otras varias. Las costas de la mayor eran escarpadas en toda su extensión; la isla en realidad era una montaña cubierta de árboles hasta la cima, pero sin valles en la playa. Viéronse en ella algunas hogueras, cabañas construidas a la sombra de los cocoteros, y unos treinta hombres corrían por las orillas del mar. Por la noche se acercaron varias piraguas a los buques, y después de algunos instantes de vacilación muy natural, comenzaron los cambios de objetos. Los insulares por los cocos, ñames y telas que llevaban, no tan buenas como las de Tahití, exigían pedazos de paño rojo y rechazaban con desden el berro, los clavos y los pendientes que acababan de tener tan grande éxito en el archipiélago de Borbón, nombre con el cual Bougainville designa el grupo tahitiano. Los naturales tenían el pecho y los muslos hasta la rodilla pintados de color azul oscuro. No llevaban barba y sus cabellos estaban levantados en forma de copete sobre lo alto de la cabeza. Al día siguiente se reconocieron nuevas islas que pertenecían al mismo archipiélago. Sus habitantes, que parecían muy salvajes, no quisieron acercarse a los buques. «La longitud de estas islas, dice la relación, es sobre poco más o menos la misma que decía Abel Tasman, cuando descubrió las islas de Ámsterdam y de Rotterdam, de las Pilastras del Príncipe Guillermo y los fondos

bajos de Fleemskerk. Esta misma longitud se asigna con corta diferencia a las islas de Salomon. Por lo demás, las piraguas que hemos visto navegar hacia el Sur, parecen indicar la existencia de otras islas en aquella dirección, lo cual prueba que estas tierras forman quizá una cadena extensa bajo el mismo meridiano. Las que componen este archipiélago de los Navegantes, están situadas bajo el paralelo 14 austral entre los 171 y 172° de longitud Oeste de París».

El escorbuto comenzó a reaparecer luego que se concluyeron los víveres frescos, y fue preciso pensar en una nueva recalada. El 22 del mismo mes y los días siguientes se reconocieron las islas de Pentecostés, Aurora y de los Leprosos que forman parte del archipiélago de las Nuevas Hébridas descubierto por Quirós en 1606. Pareciendo fácil el acceso, Bougainville resolvió enviar a tierra un destacamento para que recogiese cocos y otros frutos antiescorbúticos; y después desembarcó él mismo. Los marineros cortaban leña y los indígenas les ayudaban a embarcarla. A pesar de estas buenas disposiciones aparentes, los indígenas no habían abandonado su desconfianza y conservaban las armas en la mano y aun los que no las tenían se habían provisto de grandes piedras y estaban preparados para lanzarlas. Cuando los botes estuvieron cargados de leña y de frutos, Bougainville hizo reembarcar a su gente; y entonces los indígenas se acercaron en gran número y descargaron una granizada de flechas, lanzas y azagayas, entrando algunos en el agua para hacer mejor puntería. No habiendo producido efecto varios tiros de fusil que se dispararon al aire, hubo que hacerles una descarga con bala, la cual les obligó a huir.

Algunos días después un bote que buscaba fondeadero en la costa de la isla de los Leprosos, se puso a tiro de flecha. Los naturales le dispararon dos flechazos que sirvieron de pretexto para la primera descarga seguida en breve de un fuego tan nutrido, que Bougainville creyó en gran peligro su embarcación. El número de las víctimas fue considerable; y los indígenas lanzaban gritos espantosos en los bosques donde se habían refugiado. Aquélla fue

una verdadera carnicería; así es que Bougainville, muy inquieto por aquel fuego prolongado, iba a destacar una nueva embarcación al socorro de su bote, cuando le vio doblar una punta. Inmediatamente se hizo la señal de volver a bordo; «y adopté, dice, las medidas convenientes para que no nos deshonráramos con semejante abuso de la superioridad de nuestras fuerzas». ¡Cuán triste es esta facilidad de todos los navegantes en abusar de su poder! Esa manía de destrucción sin ningún objeto, sin necesidad, sin atractivo siquiera ¿no subleva de indignación los corazones? Cualquiera que sea la nación a que pertenezcan los exploradores, les vemos cometer los mismos actos. No es a éste ni al otro pueblo a quien hay que culpar de crueldad, sino si la humanidad entera.

Bougainville después de haberse proporcionado los recursos que necesitaba, volvió a hacerse a la mar.

Sin duda este navegante aspiraba sobre todo a hacer muchos descubrimientos, porque reconocía muy superficial y ligeramente todas las tierras que encontraba, y entre todas las cartas, en bastante número, sin embargo, que ilustran su relación de viaje, no hay ninguna que comprenda un archipiélago entero ni que resuelva las diversas cuestiones que pueden surgir de cada nuevo descubrimiento. No era así como debía proceder después el capitán Cook. Sus exploraciones, siempre conducidas con esmero y con rarísima perseverancia, le han colocado muy por encima del navegante francés.

Las tierras que los franceses acababan de encontrar, eran las islas del Espíritu Santo, de Mallicolo, San Bartolomé y los islotes que de estas dependen. Bougainville, aunque reconoció perfectamente la identidad de este grupo con la Tierra del Espíritu Santo de Quirós, no pudo dispensarse de darle un nombre nuevo y le llamó archipiélago de las *Grandes Cicladas*, denominación a la cual se ha preferido la de Nuevas Hébridas.

«Estoy por creer, dice, que la extremidad septentrional de este grupo es la que vio Roggewein en el paralelo 11 y a la cual puso los nombres de Thien-Hoven y Grominga. Cuando desembarcamos

nosotros, todo debió persuadirnos de que estábamos en la Tierra austral del Espíritu Santo. Las apariencias parecían conformarse con la relación de Quirós, y lo que descubríamos cada día estimulaba nuestras investigaciones. Es singular que precisamente en la misma latitud y en la misma longitud en que Quirós situó su gran bahía de *San Felipe* y *Santiago* en una costa que al primer golpe de vista parecía un continente, hayamos encontrado un paso de anchura igual a la que Quirós da a la entrada de su bahía. ¿Habría visto mal el navegante español? ¿Quiso ocultar sus descubrimientos? Los geógrafos ¿habían adivinado la verdad haciendo de la Tierra del Espíritu Santo el continente de la Nueva Guinea? Para resolver este problema era preciso seguir el mismo paralelo por espacio de más de 350 leguas. Me determiné a hacerlo, aunque el estado y la cantidad de nuestros víveres nos advertían que debíamos ir prontamente en busca de algún establecimiento europeo. Ya se verá en adelante que estuvimos a punto de ser víctimas de nuestra constancia.» .

Mientras Bougainville estaba en aquellas latitudes, ciertos asuntos del servicio le llamaron a bordo de la *Estrella*, y allí observó un hecho singular que era objeto desde algún tiempo antes, de las conversaciones de toda la tripulación: *Mr.* de Commerson, el naturalista, tenía un criado llamado Barré, infatigable, inteligente, botánico ya muy práctico, que había tomado parte en todas las herborizaciones, que solía llevar las cajas, las provisiones, las armas y los cuadernos de plantas con un valor que le había merecido el sobrenombre de *acémila*. Ahora bien, desde hacia algún tiempo entre la tripulación se decía que Barré era una mujer. Su rostro lampiño, el sonido de su voz, su reserva y otros muchos indicios, parecían justificar esta suposición, cuando un suceso acaecido en Tahití vino a cambiar la sospecha en certidumbre.

Mr. de Commerson había bajado a tierra para herborizar, y según su costumbre, Barré le seguía con las cajas, cuando se vio rodeado por los indígenas, los cuales gritando que aquélla era una mujer, se pusieron a desnudarlo para averiguar sus sospechas. Un

alférez llamado *Mr. Bournand*, a costa de muchísimo trabajo, pudo sacarle de entre las manos de los naturales y escoltarle hasta la embarcación.



Durante su visita a la *Estrella*, Bougainville recibió la confesión de Barré que, llorando, confesó su sexo y se excusó de haber engañado a su amo presentándose en traje de hombre en el momento de embarcarse. Aquella mujer, no teniendo familia y

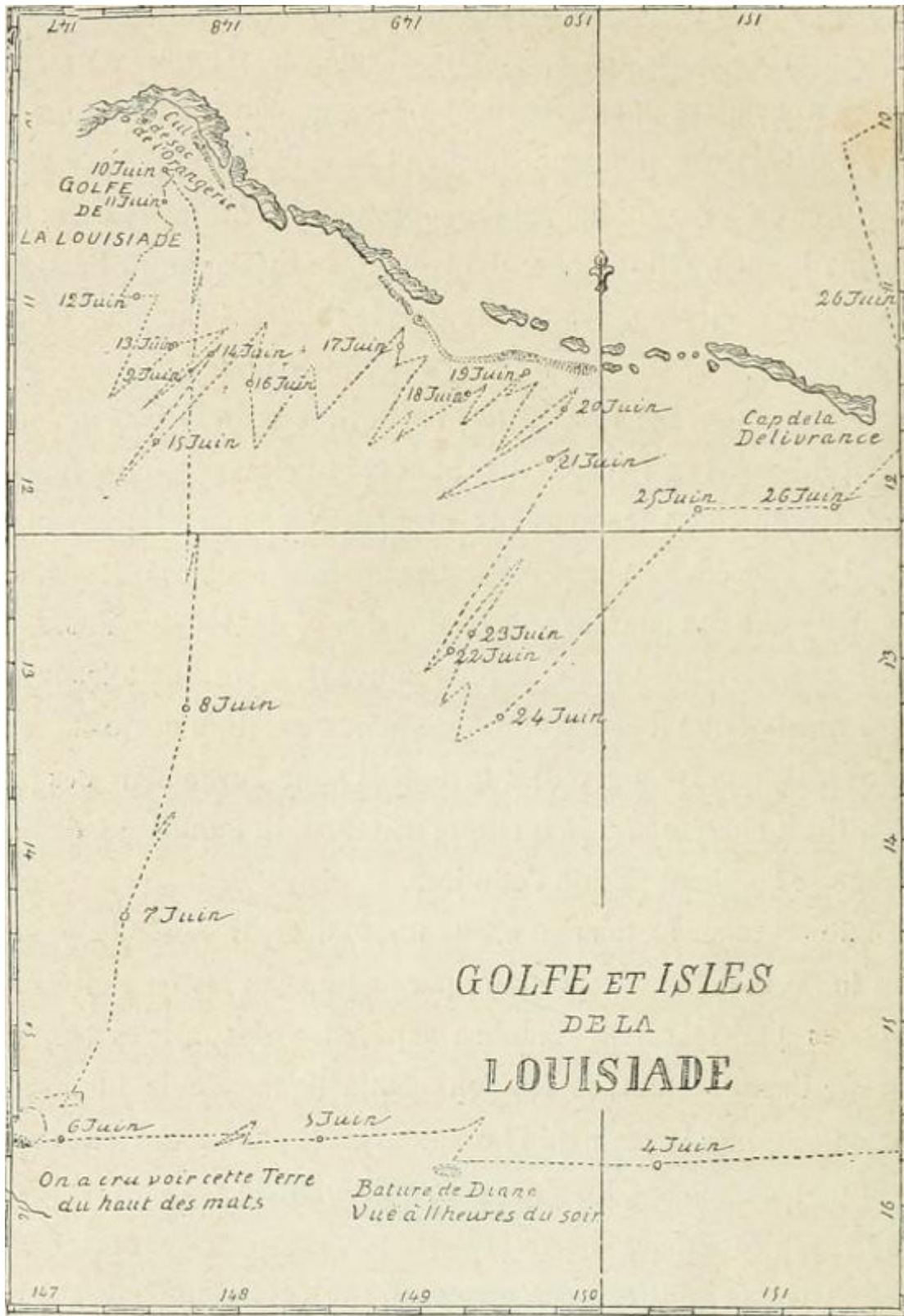
estando arruinada por un pleito, había tomado el traje más ulino para hacerse respetar. Sabía por lo demás al embarcarse que iba a hacer un viaje de circunnavegación, y aquella perspectiva lejos de asustarla, la había afirmado en su resolución.

«Será la primera mujer, dice Bougainville que ha dado la vuelta al mundo, y le debo la justicia de decir que se ha conducido siempre a bordo con la más escrupulosa reserva. No es ni fea ni bonita y no tiene más de 26 o 27 años. Preciso es convenir en que si los dos buques hubieran naufragado en alguna isla desierta, Barré se hubiera encontrado en una posición singular.» .

El 29 de mayo la expedición cesó de ver tierra. Dirigiéndose el rumbo al Oeste, y el 4 de junio, a los 15° 50' de latitud y 148° 10' de longitud Este, se vio un escollo muy peligroso que sobresalía tan poco del agua, que a dos leguas de distancia no se veía desde lo alto de los palos. El encuentro de aquellas rompientes, el de muchos troncos de árboles y de frutas y la tranquilidad del mar, todo indicaba la inmediación de una gran tierra al Sudeste. Era la Nueva Holanda.

Bougainville resolvió entonces salir de aquellos parajes peligrosos, donde no tenía probabilidades de encontrar más que una región ingrata y una mar sembrada de escollos y de bajos. Tenía otra razón para cambiar de rumbo. Sus provisiones iban a agotarse, la carne salada estaba descompuesta, y la tripulación prefería alimentarse de las ratas que podía coger, no quedaba pan más que para dos meses ni había legumbres más que para cuarenta días. Todo, pues, imponía la necesidad de subir hacia el Norte.

Por desgracia los vientos del Sur cesaron, y cuando se restablecieron, fue para poner a la expedición a dos dedos de su ruina. El 10 de junio vieron tierra otra vez; era el centro del golfo de la Luisiada, que ha recibido el nombre de Callejón de los Naranjos. El país era espléndido; a orillas del mar una llanura baja, cubierta de árboles y de arbustos, cuyos perfumes embalsamados llegaban hasta los buques, se iba levantando en anfiteatro hacia las montañas, cuya cima se perdía entre las nubes.



Pronto se vio que era imposible visitar aquella rica y fértil comarca, así como buscar hacia el Oeste un paso para el Sur de la Nueva Guinea que, por el golfo de Carpentaria, hubiera conducido rápidamente a las Molucas. Por otra parte, ¿existía semejante paso? Nada más problemático, porque los expedicionarios creían haber visto la tierra extenderse a lo lejos hacia el Oeste. Era, pues, preciso salir lo más pronto posible del golfo en que imprudentemente habían penetrado. Pero hay una gran distancia entre el deseo y la realidad. Hasta el 21 de junio los dos buques se esforzaron en vano por alejarse hacia el Oeste de aquella costa, sembrada de escollos y rompientes; sobre la cual el viento y las corrientes parecía que les querían estrellar. La bruma y la lluvia vinieron en breve a aumentar las dificultades, de tal suerte, que no había medio de navegar de conserva con la *Estrella*, sino disparando de cuando en cuando un cañonazo. Si el viento cambiaba por algún rato, lo aprovechaban para tratar de salir a alta mar; pero no tardaba en soplar de nuevo del Este Sudeste, y perdían otra vez el camino que habían ganado. Durante aquel penoso crucero fue preciso disminuir la ración de pan y de legumbres y prohibir bajo penas severas a los marineros, que se comiesen el cuero viejo. Por último, hubo necesidad de sacrificar la última cabra que había a bordo.

El lector, tranquilamente sentado junto al fuego, se figura difícilmente la inquietud con que navegaban los expedicionarios por aquellos mares desconocidos, amenazados por todas partes de escollos y rompientes ignoradas, de vientos contrarios, de corrientes imprevistas y de una niebla que ocultaba a la vista los peligros.

Hasta el 26 no pudieron doblar el cabo que se llamó de la Libertad; pero era ya imposible hacer rumbo al Nornordeste. Dos días después, habiendo navegado unas 60 leguas hacia el Norte, vieron varias tierras por la proa. Bougainville creyó que tendrían alguna relación con el grupo de la Luisiada; pero ordinariamente se las considera como dependientes del archipiélago de Salomon;

archipiélago que Carteret, que las había visto el año anterior, no creía haber encontrado, ni tampoco Bougainville.

No tardaron en rodear a los dos buques muchas piraguas sin balancín, tripuladas por hombres negros como africanos, de cabellos rizados, largos y de color rojo, armados de azagayas, y que, dando muchos gritos, anunciaban disposiciones poco pacíficas. Por lo demás, fue preciso renunciar a acercarse a la costa, porque las olas se rompían en todas partes con violencia, y la playa era tan estrecha que apenas se la veía.

Bougainville, rodeado de islas por todas partes y anegado en una bruma espesa, dio por instinto con un paso de 4 a 5 leguas de anchura, donde la mar era tan mala, que la *Estrella* se vio obligada a cerrar sus escotillas. En la costa oriental vieron una hermosa bahía, que prometía un buen surgidero. Se enviaron embarcaciones para sondearla, y mientras los marineros estaban ocupados en este trabajo, unas diez piraguas, tripuladas por unos ciento cincuenta hombres, armados de escudos, lanzas y arcos, se adelantaron contra ellos, separándose en dos grupos para envolver a las embarcaciones francesas. Luego que llegaron a tiro de flecha, descargaron sobre los botes franceses una nube de estos proyectiles. Los franceses contestaron con una descarga que no detuvo a los indígenas, y fue preciso hacerles otra para ponerles en fuga. Dos piraguas, cuyos tripulantes se habían arrojado al mar, fueron capturadas. Eran largas, estaban bien construidas, y adornadas en la proa con una escultura que figuraba una cabeza de hombre con los ojos de nácar, las orejas de escama de tortuga, y los labios pintados de rojo. El río en que este ataque se había verificado, recibió el nombre de Río de los Guerreros, y la isla tomó el de Choiseul, en honor del ministro de Marina.

A la salida de aquel estrecho se descubrió una nueva tierra, que fue la isla de Bougainville, cuyo extremo septentrional o cabo de Laverdy, parece unirse a la isla de Bouka. Esta última, vista por Carteret, en el año anterior, y llamada por él Winchelsea, parecía muy poblada, a juzgar por el número de chozas de que estaba

cubierta. Los habitantes a quienes Bougainville califica de negros, sin duda para distinguirlos de los polinesios y de los malayos, son papúas de la misma raza que los indígenas de la Nueva Guinea. Sus cabellos crespos y cortos estaban teñidos de color rojo; sus dientes habían tomado del betel que más.aban el mismo color. La costa, cubierta de cocoteros y de otros arboles, prometía abundantes víveres frescos; pero los vientos continuos y las corrientes alejaron de allí rápidamente a los dos buques.

El 6 de julio Bougainville echó el ancla en aquella costa meridional de la Nueva Irlanda, que había sido descubierta por Schouten, en el puerto de Praslin, en el sitio mismo en que Carteret se había detenido.

«Enviamos a tierra nuestros toneles, dice la relación, levantamos algunas tiendas y se comenzó a hacer aguada, leña y lejía, cosas todas de primera necesidad. El desembarcadero era magnífico; la playa de arena muy fina, no tenía ni rocas ni oleadas, y el interior del puerto, en un espacio de 400 pasos, contenía cuatro arroyos. Tomamos tres para nuestro uso; uno destinado a la aguada de la *Boudeuse*, otro para la de la *Estrella*, y el tercero para lavar. La leña se encontraba a orillas del mar y había muchas especies de árboles, todas buenas para hacer leña, y algunas magnificas para las obras de carpintería, de ebanistería y aun para tablas. Los dos buques estaban al alcance de la voz uno de otro y cerca de la orilla. Por lo demás, el puerto y sus surgideros, hasta muy lejos, se hallaban inhabitados, lo cual nos daba una paz y una libertad preciosas. Así es que no podíamos desear un surgidero más seguro, un sitio más tranquilo para hacer aguada, leña y las diversas reparaciones de que los buques tenían urgente necesidad, así como para que nuestros escorbúticos se pasearan por los bosques. Tales eran las ventajas de esta recalada; pero tenía también sus inconvenientes. A pesar de las investigaciones que se hicieron, no se descubrieron ni cocos, ni bananas, ni ninguno de los recursos que hubieran podido sacarse de grado o por fuerza de un país habitado. Si la pesca no era abundante, no debíamos esperar de aquel sitio más que la

seguridad y lo estrictamente necesario, y era de temer que los enfermos no se restablecieran. A la verdad, los que teníamos no estaban en muy mal estado, pero la enfermedad se había propagado mucho, y si no había mejora en aquel sitio podía hacer el mal rápidos progresos.

Hacia pocos días que los franceses se habían detenido en aquel sitio cuando un marinero encontró una placa de plomo, en la cual se leía todavía un fragmento de inscripción en inglés. Con esto fue fácil descubrir el sitio en que Carteret había acampado en el año anterior.

Los recursos que el país ofrecía a los cazadores eran muy escasos. Vieron algunos jabalíes o cerdos salvajes, pero les fue imposible tirarlos. En cambio cazaron palomas muy hermosas, de vientre y cuello gris claro, de plumaje verde dorado, tortolillas, viudas, loros y aves moñudas, y cuyo grito se parece al ladrido de un perro. Los árboles eran grandes y magníficos; eran el betel, el arec, el árbol de la pimienta, etcétera. En aquellos terrenos pantanosos y entre aquellos bosques vírgenes, pululaban los reptiles venenosos, como serpientes, escorpiones y otros. Un marinero que buscaba martillos, moluscos bivalvo muy raro, fue picado por una especie de víbora. Después de cinco o seis horas de dolores terribles y de convulsiones espantosas, los dolores disminuyeron y, en fin, la triaca y el agua de mielga que le administraron, le restablecieron. Este accidente calmó mucho el entusiasmo de los aficionados al estudio de la conchología.

El 22, después de una gran tormenta, los buques sintieron varias sacudidas de temblor de tierra; el mar se levantó y bajó muchas veces alternativamente, lo que asustó de un modo terrible a los marineros ocupados en la pesca. A pesar de la lluvia y de la tormenta que se sucedían sin interrupción, todos los días partía un destacamento en busca de tórtolas, palmitos y arboles frutales. Prometíanse todos grandes maravillas, pero con frecuencia volvían con las manos vacías, y sin más resultado que encontrarse mojados hasta los huesos. Una curiosidad natural, mil veces más hermosa que las maravillas inventadas para adorno de los palacios reales

atraía diariamente a poca distancia del fondeadero muchos tripulantes que no se cansaban de admirarla.

«Era una cascada. Describirla sería imposible; para comprender toda su belleza, sería preciso poder reproducir con el pincel los juegos resplandecientes de las sabanas de agua iluminada por el sol, la sombra vaporosa de los árboles tropicales, que surgían del agua misma y los juegos fantásticos de la luz en un paisaje grandioso, no desfigurado por la mano del hombre.

Cuando el tiempo cambió, los buques salieron del puerto de Praslin y continuaron bajando la costa de la Nueva Bretaña, hasta el 3 de agosto. La *Estrella*, atacada en su camino por una multitud de piraguas, se vio obligada a responder a las piedras y a las flechas con algunos tiros de fusil, que pusieron en fuga a los agresores. El 4 los expedicionarios vieron las tierras llamadas por Dampier isla Matías e isla Tempestuosa. Tres días después reconocieron la isla de los Anacoretas, llamada así porque un gran número de piraguas, ocupadas en la pesca continuaron su ocupación sin hacer caso de la *Estrella* ni de la *Boudeuse*, y despreciando toda clase de relaciones con los extranjeros.

Después de una serie de islotes medio sumergidos, en los cuales los buques estuvieron a punto de encallar, y a los cuales Bougainville dio el nombre de Tableros de Ajedrez, vieron la costa de la Nueva Guinea, alta y montuosa, que corría al Oeste y Noroeste. El 12 se descubrió una gran bahía; pero las corrientes que hasta entonces habían sido contrarias, no tardaron en arrastrar a los buques lejos de aquella bahía, señalada a más de 20 leguas de distancia por dos centinelas gigantescos, los montes Ciclope y Bougainville. En seguida dieron vista a las islas Arimoa, de las cuales la mayor no tiene sino 4 millas de extensión; pero el mal tiempo y las corrientes obligaron a los dos buques a mantenerse en alta mar y a suspender toda exploración. Sin embargo, poco tiempo después, fue preciso acercarse a tierra, para no cometer algún error peligroso y poder encontrar con seguridad la salida del mar de las

Indias. Así pasaron los expedicionarios a la vista de las islas Mispulu y Waigiu; esta última al extremo Nordeste de la Nueva Guinea.

También atravesaron felizmente el Canal de los Franceses, que permitió a los buques desenredarse de aquel laberinto de islas y de rocas, y Bougainville se encontró en el archipiélago de las Molucas, donde contaba hallar los refrescos necesarios para los cuarenta y cinco escorbúticos que llevaba a bordo.

En la ignorancia absoluta de los acontecimientos que hubieran podido pasar en Europa desde su salida, no quiso Bougainville arriesgarse en una colonia, donde no habría sido el más fuerte. La pequeña factoría, que los holandeses habían establecido en la isla de Boero o Buru, convenía perfectamente a sus proyectos, tanto más cuanto que era fácil proporcionarse en ella refrescos. Las tripulaciones recibieron con grande alegría, la orden de penetrar en el golfo de Cajeti. No había nadie a bordo que no estuviera atacado de escorbuto, y la mitad de las tripulaciones, dice Bougainville, se encontraban en la imposibilidad absoluta de hacer servicio.

«Los víveres que nos quedaban estaban tan podridos, y exhalaban un olor tan cadavérico, que los momentos más penosos de nuestros tristes días, eran aquéllos en que la campana anunciaba la hora de tomar aquellos alimentos repugnantes y mal sanos. Esta situación hacia a su parecer más bello el paisaje, de las islas Boero. Desde las doce de la noche, un perfume agradable exhalado por las plantas aromáticas de que están cubiertas las islas Molucas, se extendía a varias leguas mar adentro parecía el precursor que anunciaba el fin de nuestros males. El aspecto de la población bastante extensa, y situada en el centro del golfo; el de los buques anclados; el de los animales que pacían en las praderas inmediatas, causaron trasportes de alegría, de que yo participé sin duda, y que no podría pintar».

Apenas la *Boudeuse* y la *Estrella* echaron el ancla, el residente de la factoría envió a dos soldados para preguntar al comandante francés los motivos que le impulsaban a detenerse en aquel paraje, cuando debia saber que no se permitía la entrada más que a los

buques de la compañía de las Indias. Bougainville le envió inmediatamente un oficial, encargado de explicarle que, obligado por el hambre y la enfermedad, se veía precisado a entrar en el primer puerto que había encontrado en su camino; pero que pensaba dejar a Boero, luego que hubiera recibido los socorros de que tenía la más urgente necesidad, y que reclamaba en nombre de la humanidad. El residente le contestó, enviándole orden del gobernador de Amboina, que le prohibía expresamente recibir en su puerto ningún buque extranjero, y rogándole que tuviese a bien consignar por escrito los motivos de su recalada, a fin de poder probar a su superior que no había infringido sus órdenes, sino bajo la presión de la necesidad más imperiosa.

Luego que Bougainville firmó aquel certificado, se establecieron las relaciones más francas y cordiales entre franceses y holandeses. El residente convidó a comer al estado mayor de los dos buques y se hizo un convenio para proveerlos de carne fresca. El pan fue reemplazado por el arroz, alimento ordinario de los holandeses, y las tripulaciones tuvieron legumbres frescas que el residente mandó sacar de la huerta de la compañía, porque en la isla no se cultivan generalmente. Ciertamente hubiera sido de desear para el restablecimiento de los enfermos, que hubiera podido prolongarse aquella recalada; pero se acercaba el fin de la monzón del Este, y esta circunstancia obligó a Bougainville a salir para Batavia.

El 7 de setiembre salió de Boero persuadido de que la navegación por aquel archipiélago no era tan difícil como querían hacer creer los holandeses. En cuanto a las cartas francesas no era posible fiarse de ellas, porque servían más para perder los buques, que para guiarlos. Dirigió, pues, su rumbo por los estrechos de Button y de Saleyer, camino frecuentado por los holandeses, y muy poco conocido de las demás naciones. Así la relación describe con el mayor cuidado, y de un extremo a otro, el trayecto seguido por los expedicionarios. No insistiremos sobre esta parte del viaje, aunque muy instructiva, porque solamente interesa a los hombres especiales que se dedican a la navegación.

El 28 de setiembre, después de 10 meses y medio de viaje, a contar desde su salida de Montevideo, llegaron la *Estrella* y la *Boudeuse* a Batavia, una de las más hermosas colonias del universo. Puede decirse que el viaje estaba ya concluido. Después de haber tocado en la isla de Francia, en el Cabo de Buena Esperanza y en la isla de la Asunción, cerca de la cual encontraron a Carteret, entraron en Saint Malo el 16 de febrero de 1769, no habiendo perdido más que siete hombres en los dos años y cuatro meses empleados en el viaje a contar desde su salida de Nantes.

El resto de la carrera de este afortunado navegante, no entra en nuestro plan; y así diremos de ella pocas palabras. Tomó parte en la guerra de América y sostuvo en 1781 un combate honroso delante de Fort-Royal de la Martinica. Nombrado jefe de escuadra en 1780, tuvo diez años después la comisión de establecer el orden en la escuadrilla amotinada de *Mr. Albert de Rions*. Nombrado vicealmirante en 1792, no creyó que debía aceptar un grado eminente que calificaba de título sin funciones. Después fue elegido individuo de la sección de longitudes y del Instituto, elevado a la dignidad de Senador; creado Conde por Napoleón I y por último murió en 31 de agosto de 1841, cargado de años y de honores.

Lo que ha hecho popular el nombre de Bougainville es el haber sido el primer francés que dio la vuelta al mundo. Si tuvo el mérito de descubrir y reconocer, ya que no de explorar muchos archipiélagos ignorados o poco conocidos entonces, en cambio puede decirse que debió su reputación más al atractivo, a la facilidad y a la animación de su relación de viaje, que a sus tareas científicas. Si es más conocido que otros muchos marinos franceses, sus émulos, no es porque haya hecho más que ellos, sino porque supo contar sus aventuras de una manera que llamó la atención y agradó a sus contemporáneos.

En cuanto a Guyot-Duclos, su puesto secundario en la expedición, y su calidad de plebeyo, impidieron que tuviera ninguna recompensa; y si después mereció ser nombrado caballero de San Luis, no fue por aquella expedición, sino por el salvamento de la

fragata *Belle-Poule*. Aunque desde 1734 estaba navegando (habiendo nacido en 1722), no había pasado del empleo de teniente de navío en 1791. Fue preciso que subieran al poder ministros imbuidos en el espíritu moderno para que obtuviese en aquella época el grado de capitán de navío, tardía recompensa de largos y señalados servicios. Murió en Saint Servan el 10 de marzo de 1794.

SEGUNDA PARTE

EL CAPITÁN COOK

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMER VIAJE DEL CAPITÁN COOK

I. Principios de su carrera marítima. —Se le confiá el mando de la *Aventura*. —La tierra del Fuego. — Descubrimiento de algunas islas del archipiélago de Pomotú. —Llegada a Tahití: usos y costumbres de los habitantes. — Reconocimiento de otras islas del archipiélago de la Sociedad. —Llegada a la Nueva Zelanda. —Entrevista con los naturales. —Descubrimiento del estrecho de Cook. — Circunnavegación de las dos grandes islas. —Costumbres y producciones del país.

Cuando se trata de referir la carrera de un hombre célebre, es bueno no omitir ninguno de los hechos pequeños que en cualquier otro parecerían de escaso interés, porque en el hombre ilustre toman una importancia singular, descubriéndose en ellos con frecuencia los indicios de una vocación latente y dando viva luz

sobre el carácter del héroe que se quiere pintar. Por eso nos extenderemos un poco sobre los primeros hechos de uno de los más ilustres navegantes de que puede gloriarse Inglaterra.



El 27 de octubre de 1728 nació Jacobo Cook en Morton, condado de York. Era hijo noveno de un criado de labranza y de una campesina llamada Gracia. A los ocho años el pequeño Jacobo

ayudaba a su padre en sus rudos trabajos de la granja Airy >Holme, cerca de Ayton. Sus gracias, su adición al trabajo, interesaron al arrendador de la granja, el cual le hizo aprender a leer. Cuando tuvo trece años entró de aprendiz en casa de Guillermo Sanderson que tenía una tienda de mercería en Staith, puertecillo >de pesca de alguna importancia. Pero no podía agrandar al joven Cook el estar siempre detrás de un mostrador, y aprovechaba todos los instantes de libertad para hacer compañía a los marineros del puerto.

Pronto, con el consentimiento de sus padres, dejó la tienda para entrar como grumete, bajo el patrocinio de Juan y Enrique Wallker, cuyos buques servían para el transporte de carbón entre las costas de Inglaterra e Irlanda. De grumete pasó a marinero y luego a patrón de barco; y en estos oficios se familiarizó rápidamente con todos los pormenores de la nueva profesión.

En la primavera de 1755, cuando estallaron las primeras hostilidades entre Francia e Inglaterra, el buque en que servía Cook estaba anclado en el Támesis. La marina militar reclutaba entonces sus tripulaciones por medio de levas forzosas de marineros. Cook comenzó por ocultarse; pero impulsado sin duda por algún presentimiento, se presentó voluntario a bordo del *Águila*, buque de sesenta cañones, cuyo mando, poco después, fue confiado al capitán *Sir* Hugo Palliser.

Cook, joven inteligente, activo e instruido en todas las tareas del oficio, se hizo notar muy pronto de sus oficiales, los cuales le señalaron a la atención del comandante. Al mismo tiempo éste recibió una carta del Diputado al Parlamento por el distrito de Scarborough, en la cual le recomendaba eficazmente al joven Cook cediendo a las peticiones reiteradas de los habitantes de la aldea de Ayton que se interesaban por él. Con esto el joven Cook no tardó en obtener su comisión de contramaestre de la tripulación. El 15 de mayo de 1759 se embarcó en el *Mercurio* con destino al Canadá, donde se unió a la escuadra de *Sir* Cirios Saunders que, de acuerdo con el general Wolf, estaba sitiando a Quebec.

Durante esta campaña Cook encontró la primera ocasión de señalarse. Encargado de sondear el San Lorenzo, entre la isla de Orleans y la orilla septentrional del río, desempeñó esta acción con habilidad y pudo levantar una carta del canal a pesar de las dificultades y de los riesgos de la empresa. Encontráronse tan exactos y tan completos los datos hidrográficos que contenía, que recibió inmediatamente la orden de examinar los pasos del río por debajo de Quebec; y cumplió este encargo con tanto celo e inteligencia que su carta del San Lorenzo fue publicada por el Almirantazgo inglés.

Después de la toma de Quebec, Cook pasó a bordo del *Northumberland* mandado por *Lord Colville*, y se aprovechó de su estancia en las costas de Terranova para dedicarse al estudio de la astronomía. Pronto le encargaron tareas importantes; levantó el plano de Placentia y el de las costas de San Pedro y Miquelon. Nombrado en 1764 ingeniero de la marina en los distritos de Terranova y del Labrador, desempeñó durante tres años consecutivos trabajos hidrográficos que le atraieron la atención del ministerio y que sirvieron para corregir los muchos errores que contenían las cartas de América. Al mismo tiempo dirigió a la Sociedad Real de Londres una Memoria sobre un eclipse de sol que observó en Terranova en 1766, Memoria que se publicó en las *Transacciones filosóficas*. No tardó en recibir la recompensa de tareas tan perfectamente llevadas a cabo, de estudios tanto más pacientes y meritorios cuanto que no había tenido primera instrucción y había debido formarse sin auxilio de ningún maestro.

En efecto, una cuestión científica de alta importancia, el paso de Venus por el disco del Sol anunciado para 1769 llamaba la atención de los hombres científicos de todo el mundo civilizado. El Gobierno inglés, persuadido de que esta observación no podía hacerse con fruto más que en el mar del Sur, había resuelto enviar allá una expedición científica. Ofrecióse el mando de esta expedición al famoso hidrógrafo A. Dalrymple, tan célebre por sus conocimientos astronómicos como por sus investigaciones geográficas en los

mares australes; pero sus exigencias, la petición que hizo del nombramiento de capitán de navío que le negaba obstinadamente *Sir* Eduardo Hawker, determinaron al secretario del Almirantazgo a proponer otro en su lugar, y su elección se fijó en Jacobo Cook, que estaba muy recomendado por *Sir* Hugo Palliser y que recibió con el nombramiento de teniente de navío el mando de la *Endeavour*.

Tenía entonces 40 años y era éste su primer mando en la marina real. La misión que se le confiaba exigía muchas cualidades que entonces se hallaban pocas veces reunidas en una sola persona. Si la observación del paso de Venus era el principal objeto del viaje, no era el único, y Cook debía también hacer una campaña de reconocimiento y descubrimientos en el Océano Pacífico. El humilde hijo del Condado de York no debía encontrarse inferior a la tarea difícil que le imponían.

Mientras se procedía al armamento de la *Endeavour*, mientras se elegían los ochenta y cuatro hombres de su tripulación y se embarcaban víveres para 18 meses, diez cañones y doce pedreros con las municiones necesarias, llegó a Inglaterra el capitán Wallis, que acababa de dar la vuelta al mundo. Este navegante, consultado acerca del sitio más favorable para observar el paso de Venus, designó una isla que había descubierto, a la cual daba el nombre de Jorge III, y que, según se supo después, era la que los indígenas llamaban Tahití. Éste fue el sitio fijado a Cook para hacer sus observaciones.

Con él se embarcaron Carlos Green, ayudante del doctor Bradley en el observatorio de Greenwich, a quien estaba confiada la parte astronómica; el doctor Solanders, médico sueco, discípulo de Linneo, profesor en el Museo Británico encargado de la parte botánica; y en fin, *Sir* José Banks que empleaba en largos viajes su actividad y su inmenso caudal. *Sir* José Banks, en otro tiempo, había visitado las costas de Terranova y del Labrador, y durante este viaje se había aficionado mucho a la botánica. Llevóse consigo dos pintores, uno para el paisaje y la figura, y otro para los objetos de

historia natural, y además un secretario y cuatro criados, dos de ellos negros.

El 26 de Agosto de 1768 la *Endeavour* salió de Plymouth y recaló el 13 de setiembre en Funchal, en la isla de Madera, para tomar víveres frescos y hacer algunas investigaciones. Allí recibió la expedición una acogida de las más obsequiosas. Durante una visita que el estado mayor de la *Endeavour* hizo a un convento de monjas de Santa Clara, muchas pobres ignorantes reclusas les rogaron muy seriamente que les dijese cuándo iba a tronar y que les buscasen en el recinto del convento una fuente de buena agua de que tenían gran necesidad. Por más instruidos que fuesen Banks, Solanders y Cook no pudieron satisfacer estas cándidas peticiones.

Desde Funchal a Río Janeiro, a donde llegó la expedición el 13 de noviembre, no ocurrió incidente alguno en el viaje. Pero la acogida que Cook recibió de los portugueses, no fue la que esperaba.

Todo el tiempo de la recalada se pasó en altercados con el virrey, hombre muy poco instruido e incapaz de comprender la importancia científica de la expedición. Sin embargo no pudo negarse a dar a los ingleses los víveres frescos que absolutamente necesitaban, no sin que el 5 de diciembre en el momento en que Cook pasaba delante del fuerte de Santa Cruz para salir de la bahía, le tirasen dos cañonazos con bala, lo cual le obligó a anclar inmediatamente y pedir satisfacción del insulto. El virrey, respondió que el comandante del fuerte tenía orden de no dejar salir ningún buque sin previo aviso; y aunque Cook le había anunciado su partida, el virrey se había descuidado y no había comunicado la noticia al comandante del fuerte. ¿Era verdadera o falsa aquella excusa? ¡Si el virrey se mostraba tan negligente en todo lo concerniente a su administración, la colonia portuguesa debía estar por cierto bien gobernada!

El 14 de enero de 1769 Cook penetró en el estrecho de Lemaire. «La marea fue tan grande, dice Kippis, en su *Vida del Apitan Cook*, que el agua se levantaba hasta por encima del cabo de San Diego y

el buque, impulsado con violencia, tuvo por mucho tiempo sumergido su bauprés. A la mañana siguiente echaron el ancla en una pequeña ensenada que se reconoció y era el puerto Mauricio; y poco después fueron a anclar en la bahía del Buen Suceso. Mientras la Endeavour estaba surta en aquel paraje ocurrió una aventura singular y desagradable, a los señores Banks y Solanders, al doctor Green, al señor Monkhouse, cirujano del buque, y a las personas de su comitiva. Se habían dirigido hacia una montaña para buscar plantas, y subían por ella cuando les sorprendió un frío tan vivo y tan imprevisto que estuvieron en peligro de perecer. El doctor Solanders experimentó un entorpecimiento general de todos sus miembros; dos criados negros murieron en el acto, y solo al cabo de dos días pudieron los demás volver al buque, felicitándose por haber escapado del peligro con una alegría que solo pueden comprender los que han estado expuestos a riesgos semejantes, mientras Cook les manifestó el placer que tenía de volverlos a ver, porque su ausencia le había causado grande inquietud. Este acontecimiento les dio una prueba del rigor del clima. En aquella parte del mundo reinaba el verano en toda su fuerza; y el principio del día en que les sorprendió el frío había sido tan cálido como el mes de mayo es ordinariamente en Inglaterra.

Jacobo Cook pudo también hacer algunas observaciones curiosas acerca de los salvajes, habitantes de aquellas pobres tierras. Estos salvajes, desprovistos de todas las comodidades de la existencia, sin vestidos, sin abrigo capaz de librarles de las intemperies casi continuas de aquellos climas helados, sin armas, sin industria que les permita construir los utensilios más necesarios, llevan una vida miserable y solo con gran trabajo pueden proveer a su existencia. Sin embargo, entre todos los objetos de cambio que se les ofrecieron, escogieron los que menos útiles podían serles. Aceptaron con alegría los brazaletes y los collares, y no quisieron las hachas, los cuchillos y los anzuelos. Insensibles al bienestar, que para nosotros es tan precioso, lo superfluo era para ellos lo necesario.

Cook se felicitó después de haber seguido aquel rumbo, porque no empleó más que 30 días en doblar la Tierra del Fuego desde la entrada del estrecho de Lemaire hasta ir al Norte del de Magallanes, y es seguro que hubiera necesitado mucho más tiempo para atravesar los pasos sinuosos de este estrecho. Las exactísimas observaciones astronómicas que hizo de acuerdo con Green; las instrucciones que redactó para esta navegación peligrosa, facilitaron la tarea de sus sucesores y rectificaron las cartas de L'Hermite, de Lemaire y de Schouten.

Desde el 1.º de enero en que dobló el cabo de Hornos hasta el 10 de marzo, en un espacio de 660 leguas de mar, no observó ninguna corriente sensible. Descubrió cierto número de islas del archipiélago Peligroso, 6 las cuales dio los nombres de islas del Lagon, del Bonete, del Arco, de los Grupos, de las Aves, de la Cadena. La mayor parte

estaban habitadas y cubiertas de una vegetación que pareció magnífica a marinos que hacia tres meses no veían más que el cielo, el agua y las rocas heladas de la Tierra del Fuego. Después avistaron la isla Maitea, llamada por Wallis Osnabrugh, y en la mañana del 11 de junio descubrieron la de Tahití.

Dos días después la *Endeavour* echó el ancla en el puerto de Matavai, llamado por Wallis bahía de Port-Royal, donde éste había tenido que luchar contra los indígenas, y había triunfado de ellos sin gran trabajo. Cook, conociendo los incidentes que habían marcado la recalada de su predecesor en Tahití, quiso a toda costa evitar su reproducción. Importaba además para el buen éxito de sus observaciones que no pudiesen ser perturbadas por ningún otro cuidado ni peligro. Así lo primero que hizo fue leer a su tripulación un reglamento, cuyos artículos estaba prohibido infringir bajo las penas más severas.

Declaró desde luego que, por todos los medios que estuviesen en su mano, trataría de ganarse la amistad de los naturales; después designó los hombres que debían comprar las provisiones necesarias, y prohibió a todos los demás que hicieran ninguna

especie de cambio sin un permiso especial. En fin, los que iban a desembarcar no debían, bajo ningún pretexto, alejarse de sus puestos respectivos; y si un obrero o un soldado se dejaba quitar el instrumento o el arma, se le desquitaría su precio de la paga, y además sería castigado según las circunstancias del caso.

Para garantizar a los observadores contra todo ataque resolvió construir una especie de fuerte en el cual se encerrarían a tiro de cañón de la *Endeavour*. Bajó, pues, a tierra con los señores Dado, Solanders y Green; encontró en breve un sitio favorable, y delante de los indígenas trazó inmediatamente el recinto del terreno que pensaba ocupar. Uno de aquellos llamado Owhaw, que había tenido buenas relaciones con Wallis, se mostró particularmente pródigo en muestras de amistad. Luego que hubo trazado el plano del fuerte, Cook dejó trece hombres con un oficial para guardar las tiendas, y penetró con sus compañeros en el interior del país. No habían andado mucho cuando oyeron detonaciones de armas de fuego y volvieron apresuradamente al sitio a donde habían dejado al oficial con sus hombres.

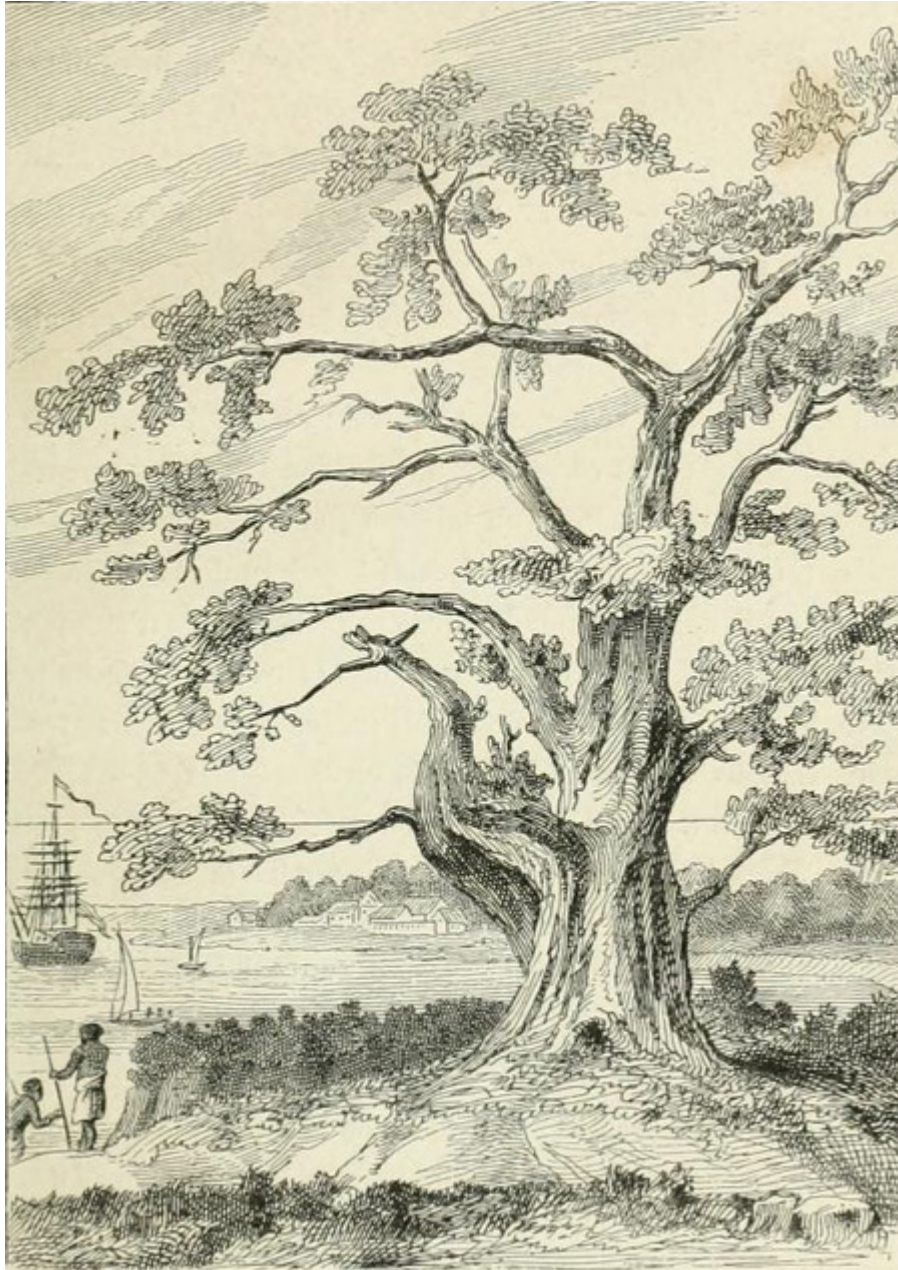
Acababa de ocurrir un incidente muy desagradable y cuyas consecuencias podían ser muy graves.

Uno de los indígenas, que vagaba alrededor de las tiendas, había sorprendido a un centinela y se había apoderado de su fusil. Inmediatamente se hizo una descarga general sobre la multitud inofensiva, aunque por fortuna no hirió a nadie. Sin embargo el ladrón, perseguido, fue atajado y muerto.

Es fácil comprender la emoción que siguió a aquel incidente. Cook tuvo que prodigar sus protestas para atraerse de nuevo a los naturales. Les pagó todos los objetos de que tenía necesidad para la construcción de su fuerte, y no permitió que se tocara a un solo árbol sin autorización de los indígenas. En fin, hizo atar a un mástil, y dar de latigazos al carnicero de la *Endeavour* que había amenazado de muerte a la mujer de uno de los principales jefes. Estos procedimientos hicieron olvidar lo penoso del primer incidente;

y fuera de algunos hurtos cometidos por los insulares, las relaciones entre éstos y los ingleses continuaron siendo amistosas.

Aproximábase entre tanto el momento de llevar cabo el principal objeto del viaje. Cook adoptó sus medidas para ejecutar las instrucciones que había recibido. Envió una parte de los observadores con José Banks a Eimeo, una de las islas inmediatas. Otros cuatro se situaron en un paraje cómodo, bastante alejado del fuerte, donde el mismo Cook se proponía esperar el paso del planeta y que ha conservado el nombre de Punta de Venus.



La noche que precedió a la observación transcurrió temiendo los expedicionarios que el tiempo no fuese favorable; pero el 3 de junio el sol se mostró por la mañana en todo su esplendor, y ni una nube vino durante el día a impedir el curso de las observaciones

«La observación fue muy fatigosa para los astrónomos, dice *Mr. W. de Fonville* en un artículo de *Nature* del 28 de marzo de 1874, porque comenzó a las 0 y 21' de la mañana, y terminó a las 3 y 10' de la tarde en el momento en que el calor era sofocante.

El termómetro marcaba 120° Fahrenheit. Cook nos advierte, y fácilmente se le puede creer, que no estaba seguro él mismo del fin de su observación. En semejantes circunstancias termométricas el organismo humano, admirable instrumento, pierde algo de su poder.»

Al entrar en el disco del Sol, el extremo del de Venus se alargó como si hubiera sido atraído por el astro; se formó un punto negro o ligamento oscuro un poco menos negro que el cuerpo del planeta; y el mismo fenómeno se produjo en el instante del segundo contacto interior.

«En suma, dice Cook, la observación se hizo con igual éxito en el fuerte y por las personas enviadas al Este de la isla. Desde la salida del sol hasta su puesta, no se vio una sola nube en el cielo, y los señores Green, Solanders y yo observamos todo el paso de Venus con la mayor facilidad. El telescopio del señor Green y el mio eran de la misma fuerza, y el del doctor Solanders era mayor. Vimos todos alrededor del planeta una atmósfera o niebla luminosa que hacia menos visibles los contactos, y sobre todo los interiores, por lo cual hubo alguna diferencia entre nuestras observaciones respectivas, mayor de la que hubiera debido esperarse.»

Mientras los oficiales y los doctos estaban ocupados en esta observación importante, varios hombres de la tripulación, forzando la puerta del almacén de mercancías, robaron un quintal de clavos. Aquél era un hecho grave que podía tener consecuencias desastrosas para la expedición. El mercado se halló de este modo provisto en abundancia excesiva de cada articulo de cambio, que los indígenas tenían gran deseo de poseer, y era de temer por tanto que se aumentasen sus exigencias. «Descubrimos uno de los ladrones, pero no se le encontraron más que setenta clavos, y aunque se le aplicaron veinticuatro latigazos, no se pudo conseguir que revelase sus cómplices.»

Otros incidentes del mismo género ocurrieron también; pero las relaciones con los indígenas no se turbaron gravemente. Así los oficiales pudieron dar algunos paseos por el interior de la isla para

examinar las costumbres de los habitantes y hacer investigaciones científicas.



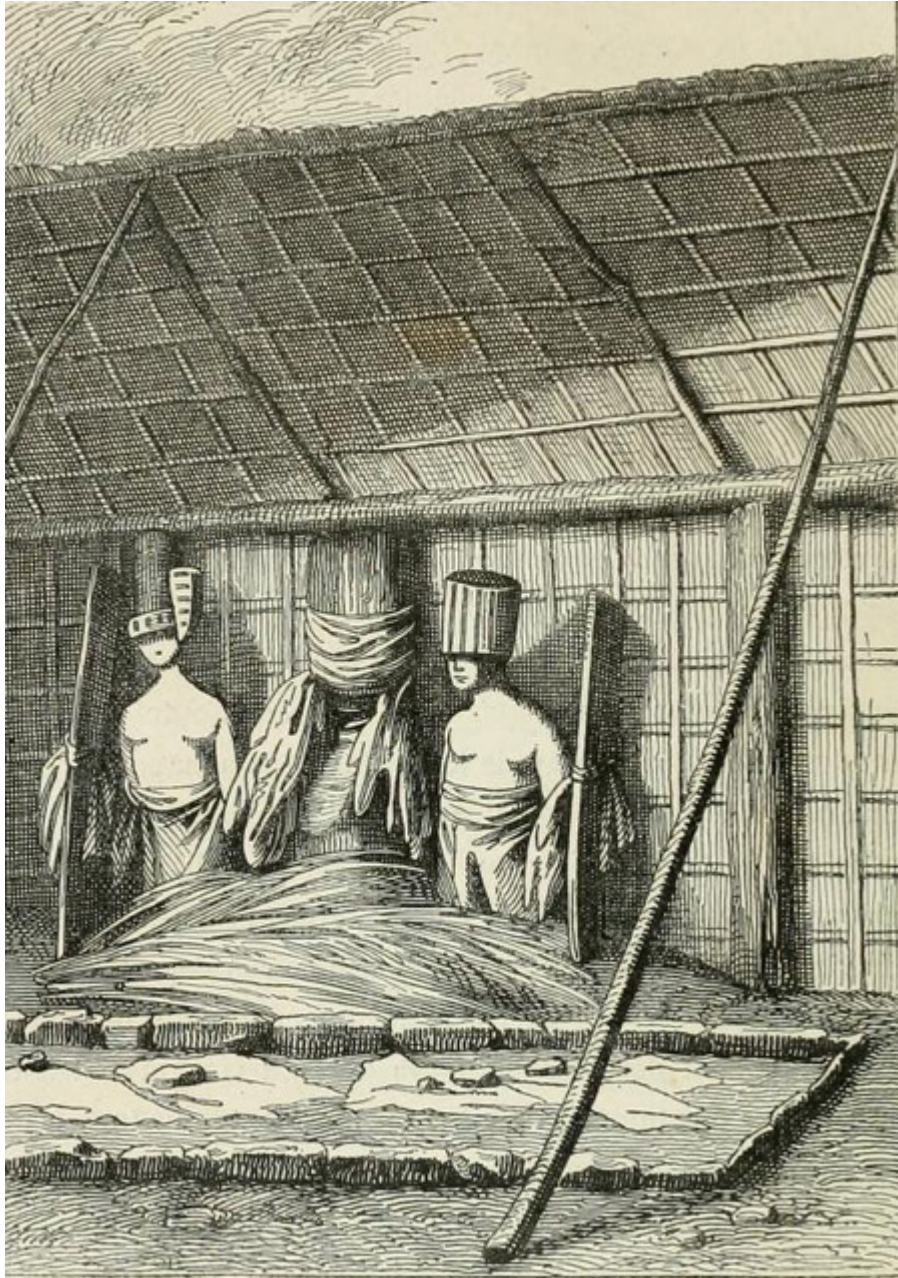
En una de estas excursiones, José Banks encontró una tropa de músicos ambulantes y de improvisadores; y no sin admiración, advirtió que la llegada de los ingleses y las diversas particularidades de su residencia formaban el tema de las canciones indígenas. Subió bastante lejos por la orilla del río que desembocaba en

Matavai, y pudo distinguir muchas señales de un volcán apagado desde largo tiempo. Plantó y distribuyó entre los indígenas gran número de semillas de legumbres y de otras plantas, como sandías, naranjos, limones, etc., e hizo trazar cerca del fuerte un jardín donde sembró otra cantidad de semillas que había tomado en Río Janeiro.

Antes de levantar anclas, Cook y sus principales colaboradores quisieron completar el periplo entero de la isla, a la cual dieron unas 30 leguas de circunferencia.

Durante este viaje se pusieron en relaciones con los jefes de los diferentes distritos y recogieron una multitud de observaciones interesantes sobre los hombres y costumbres de los naturales.

Una de las más curiosas consiste en dejar los muertos al aire libre y no enterrar más que los huesos. Colocan el cadáver bajo un cobertizo de 15 pies de largo por 11 de ancho y de una altura proporcionada; uno de los dos lados está cubierto y los otros tres cerrados solo por una verja de mimbres. El suelo sobre que reposa el cadáver está levantado unos cinco pies sobre el resto. Allí se extiende el cadáver envuelto en telas con su maza y su hacha de piedra al lado. Al extremo del cobertizo se cuelgan unos cuantos cocos ensartados en forma de rosario, la mitad de estos cocos que dan al exterior están llenos de agua dulce; y se atan también a un poste algunos pedazos del árbol del pan tostados. Esta especie de monumentos lleva el nombre de Topapow. ¿Cómo se ha introducido este uso singular de levantar el cadáver sobre la tierra hasta que la carne esté consumida por la putrefacción? Fue imposible saberlo. Cook observó solamente que estos cementerios llamados *Moray*, son los sitios a donde los indígenas iban a tributar una especie de culto religioso, y jamás vieron sin inquietud a los ingleses aproximarse a ellos.



Uno de los manjares que se considera entre los indígenas como más delicado es la carne de perro. Los perros que se crían para que sirvan de alimento no comen jamás carne, sino frutos del árbol del pan, cocos, ñames y otros vegetales. Muerto el perro, se le extiende en un hogar sobre piedras ardientes, se le cubre con hojas verdes y piedras calientes, sobre las cuales se echa tierra, y a las cuatro

horas queda asado. Cook, que comió de él, dice; que es una carne deliciosa.

El 7 de julio se comenzaron los preparativos para la marcha. En poco tiempo las puertas y las empalizadas del fuerte quedaron desmontadas y las paredes derribadas.

En aquel momento uno de los naturales que más familiarmente había recibido a los europeos pasó a bordo de la *Endeavour* con un muchacho de trece años que le servía de criado. Llamábase Tupia y había sido en otro tiempo primer ministro de la reina Obere, y era a la sazón uno de los sacerdotes principales de Tahití. Este personaje pidió permiso para ir a Inglaterra. Muchas razones decidieron a Cook a recibirle a bordo: aquel indígena, muy al corriente de todo lo relativo a Tahití por el alto empleo que había desempeñado y por las funciones que entonces ejercía, se hallaba en estado de dar noticias más circunstanciadas acerca de sus compatriotas. Además había visitado las islas inmediatas y conocía perfectamente la navegación de aquellos parajes.

El 13 de julio hubo gran multitud a bordo de la *Endeavour*. Los naturales acudían a despedirse de sus amigos los ingleses y de su compatriota Tupia. Los unos penetrados de un dolor modesto y silencioso derramaban lágrimas; los otros parecían haber apostado a quien lanzar mayores gritos; pero en sus manifestaciones había más afectación que dolor verdadero.

A la inmediación de Tahití, según decía Tupia, había cuatro islas que se llamaban, Huaheine, Ulietea, Otaha y Bolabola, donde sería fácil proporcionarse cerdos, aves y otras provisiones frescas de que la expedición había estado escasa durante la última parte de su residencia en Matavai. Cook prefería visitar una isleta llamada Tethuroa, situada a 8 leguas al Norte de Tahití; pero los indígenas no tenían en ella establecimiento fijo, y por eso se juzgó inútil desembarcar. Cuando estuvieron a la vista de Huaheine se acercaron varias piraguas a la *Endeavour*, y solamente después de haber visto a Tupia consintieron los indígenas en subir a bordo. El rey Oree, que se hallaba entre los pasajeros, se sorprendió a la vista

de todo lo que contenía el buque. Tranquilizado por la acogida amistosa de los ingleses, se familiarizó luego con ellos hasta el punto de querer cambiar de nombre con Cook. Durante todo el tiempo de la recalada no se llamó más que Cook y no designaba al comandante sino con el nombre de Oree. Echaron el ancla en un hermoso puerto y el estado mayor desembarcó inmediatamente. En aquella isla había las mismas costumbres, el mismo idioma y las mismas producciones que en Tahití.

A 7 u 8 leguas al Sudoeste, se encontró Ulietea. Cook desembarcó igualmente y tomó con solemnidad posesión de esta isla y de las tres inmediatas. Al mismo tiempo aprovechó su estancia allí para levantar el plano hidrográfico de las costas mientras se cegaba una vía de agua bajo la Santa Bárbara de la *Endeavour*. Reconoció además otras pequeñas islas y dio al grupo entero el nombrada islas de la Sociedad.

El 7 de agosto volvió a hacerse a la vela, y seis días después, reconoció la isla de Oteroah; pero las disposiciones hostiles de los habitantes impidieron a la *Endeavour* acercarse, e hizo vela hacia el Norte.

El 25 de agosto la tripulación celebró el aniversario de su salida de Inglaterra. El 1.º de setiembre, a los 40º 22' de latitud Sur y 174º 29' de longitud Occidental, la mar, levantada por un fuerte viento del Oeste, se puso muy gruesa y la *Endeavour* se vio obligada a poner la proa al Norte y huir delante de la tempestad. Hasta el 3 el tiempo fue el mismo, luego se calmó y pudo el buque tomar otra vez su rumbo hacia el Oeste.

Durante los últimos días del mes, diferentes indicios, como pedazos de leña, paquetes de yerbas flotantes, aves terrestres, anunciaron la inmediatez de una isla o de un continente. El 5 de octubre el agua cambió de color, y el 6 por la mañana se distinguió

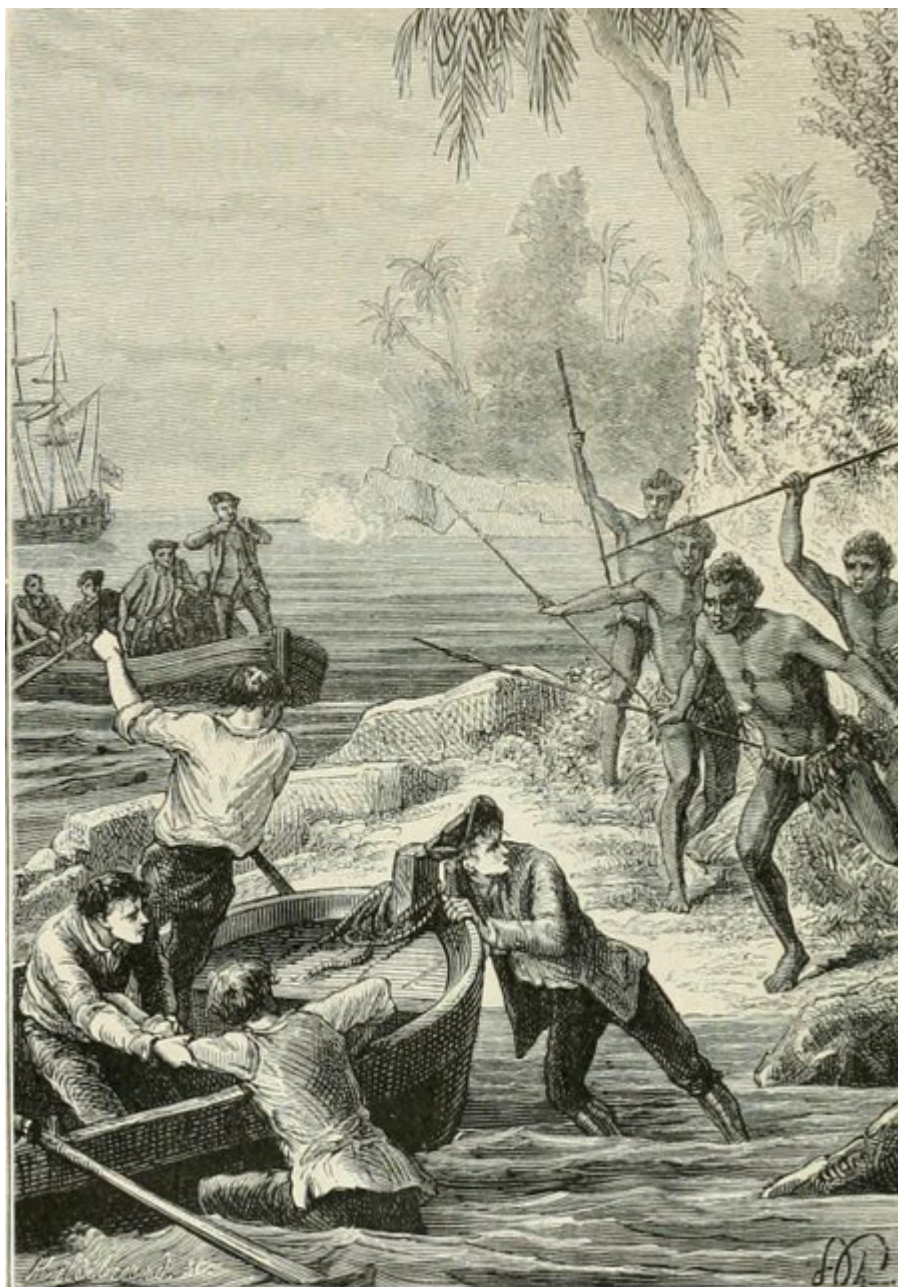
una gran costa que corría al Oeste cuarto al Noroeste. A medida que el buque se acercaba a ella, parecía mucho mayor; y todos fueron de parecer de que habían descubierto el famoso continente, por tan largo tiempo buscado y declarado necesario, según los

cosmógrafos, para formar contrapeso al resto del mundo; llamábase este continente entonces la *Terra australis incognita*. Habían descubierto, en efecto, la costa oriental de la más septentrional de las dos islas que han recibido el nombre de Nueva Zelanda.

No tardaron en ver el humo que se levantaba de diferentes puntos de la playa y pronto descubrieron todos los pormenores de ésta. Las colinas estaban cubiertas de árboles; y en los valles se distinguían otros muy altos y gruesos. En seguida se presentaron a su vista casitas pequeñas, algunas piraguas y después indígenas reunidos a orillas del mar. En fin, en una pequeña eminencia vieron una empalizada alta y regular que rodeaba la cima del cerro. Los unos decían que era un parque para ciervos, los otros un recinto para ganado, otros, en fin, hicieron suposiciones más o menos ingeniosas; pero todas resultaron falsas, cuando se supo después que era un i-pah.

El 8, hacia las cuatro de la tarde, echaron el ancla en una bahía a la embocadura de un pequeño río. De cada lado se levantaban altas rocas blancas; en el centro un suelo pardo que se iba levantando por grados y parecía unirse por una sucesión de eminencias de gran cadena de montañas que se divisaba a lo lejos en el interior: tal era el aspecto de aquella parte de la costa.

Cook, Banks y Solanders, entraron en dos embarcaciones tripuladas por un destacamento de su gente, y cuando se acercaron al sitio donde estaban reunidos los indígenas, éstos tomaron la fuga, lo cual no impidió a los ingleses desembarcar, dejando cuatro grumetes para guardar una de las embarcaciones, mientras la otra se quedaba en alta mar.



Apenas se hallaban a alguna distancia de la chalupa, cuando cuatro hombres armados de largas lanzas salieron del bosque y se precipitaron a la carrera para apoderarse de ella. Lo hubieran conseguido fácilmente si la tripulación del otro barco que había quedado en altor mar no les hubiera visto y no hubiera gritado a los grumetes que se

dejasen llevar por la corriente. Sin embargo, los salvajes les persiguieron tan de cerca que el patrón de la otra embarcación mandó disparar un tiro al aire. Los indígenas se detuvieron un instante, pero después continuaron su persecución hasta que otro tiro dejó a uno de ellos muerto. Sus compañeros trataron de recogerle, pero al fin se decidieron a abandonarle para no retardar su fuga. Al ruido de las detonaciones los oficiales que habían desembarcado volvieron al buque, desde donde oyeron en breve a los indígenas, que hablan vuelto a la playa, hablar con animación de lo que había pasado.

Cook, que deseaba entrar en relaciones con ellos, mandó tripular tres embarcaciones y bajó a tierra con Banks, Solanders y Tupia. Unos cincuenta indígenas, sentados en la playa, les esperaban. Tenían por armas largas lanzas y un instrumento de talco verde muy pulimentado de cinco pies de largo y que podía pesar de cuatro a cinco libras. Era el *patú-patú* o *toki*, especie de hacha de talco o de hueso con un filo muy agudo. Todos se levantaron inmediatamente e hicieron señas a los ingleses para que se alejaran.

Cuando los soldados de marina bajaron a tierra, Cook y sus compañeros se adelantaron hacia los naturales, y Tupia les dijo que los ingleses iban con intenciones pacíficas, que no querían más que agua y provisiones y que pagarían todo lo que se les llevase con objetos de hierro, cuyo uso les explicó. Cook vio con alegría que aquellos indígenas entendían perfectamente lo que Tupia les decía, porque su lengua era un dialecto particular de la que se había en Tahití.

Después de diferentes conferencias unos treinta salvajes atravesaron el río y se llegaron a los ingleses. Diéronseles cuentas de abalorio y hierro del cual no dieron muestras de hacer gran caso; pero habiendo logrado uno de ellos apoderarse por sorpresa del machete de Green y comenzando los otros de nuevo sus demostraciones hostiles, fue preciso disparar un tiro contra el ladrón, el cual cayó, y todos se arrojaron a nado para salvarse en la orilla opuesta.

Estas diversas tentativas para entrar en relaciones comerciales con los naturales, habían sido demasiado desgraciadas para que Cook perseverase en ellas por largo tiempo. Resolvió, pues, buscar otra aguada. En esto se vieron dos piraguas que trataban de acercarse a la costa, y Cook tomó sus disposiciones para cortarles el camino. La una se escapó a fuerza de remos, pero la otra fue capturada; y aunque Tupía gritaba a los naturales que los ingleses habían ido allí como amigos, aquéllos echaron mano las armas y comenzaron el ataque. Una descarga mató a cuatro, los demás se arrojaron al mar; pero, a pesar de su viva resistencia, fueron hechos prisioneros.

Las reflexiones que este desagradable incidente sugiere a Cook, le honran mucho, porque están en contradicción demasiado flagrante con el modo de proceder que entonces se usaba. Por eso debemos repetirlas textualmente.

«No puedo menos de creer, dice, que todos los corazones humanos y sensibles reprobarán que mandase hacer fuego contra aquellos desdichados indios; y yo mismo reprobaría este acto de violencia si lo examinase a sangre fría. Sin duda no merecían la muerte por no haber querido fiarse de nuestras promesas ni venir a bordo de mi buque aun cuando no lo hubieran juzgado peligroso; pero la naturaleza de mi comisión me obligaba a reconocer el país y no podía hacerlo más que penetrando en él a viva fuerza u obteniendo la benevolencia y la confianza de los habitantes. Intenté, sin éxito, atraérmelos por medio de regalos; el deseo de evitar nuevas hostilidades me indujo a tratar de apoderarme de algunos como único medio de convencerles de que, lejos de querer hacerles ningún mal, estábamos dispuestos a serles útiles. Hasta aquí mis intenciones no tenían nada de criminales; es verdad que en el combate, para mí inesperado, nuestra victoria hubiera podido ser igualmente completa sin quitar la vida a cuatro de aquellos indios; pero hay que considerar que, en semejantes situaciones, cuando se dé la orden de hacer fuego, no es uno dueño de limitar ni de moderar sus efectos.»

Después de haber recibido a bordo con todas las demostraciones amistosas a aquellos salvajes, demostraciones propias, si no para hacerles olvidar, a lo menos para hacerles menos penoso el acto de su captura; después de haberles colmado de regalos y adornado de brazaletes y collares, los ingleses se disponían a desembarcarlos cuando ellos declararon al ver que los botes se dirigían a la embocadura del río,

que en aquel paraje habitaban sus enemigos y que en breve serian muertos y comidos. A pesar de esto, se les echó en tierra y hubo motivos para creer que nada desagradable les aconteció.

A la mañana siguiente, 11 de octubre, Cook abandonó aquel distrito miserable dándole el nombre de bahía de la Pobreza, porque de todos los objetos que necesitaba no había podido proporcionarse más que leña. Esta bahía, situada a los 38° 42' de latitud Sur y 181° 36' de longitud Oeste, tiene la forma de una herradura y ofrece un buen fondeadero, aunque está abierta a los vientos entre el Sur y el Este.

Cook continuó costeando hacia el Sur, dando nombre a los puntos notables y llamando Portland a una isla en la cual encontró gran semejanza con la del mismo nombre del canal de la Mancha. Las relaciones con los naturales continuaban siendo malas; y si no degeneraban en abierta lucha, era porque los ingleses mostraban una paciencia a toda prueba.

Un día rodearon el buque varias piraguas y se hicieron cambios de clavos y abalorios por pescado. Los naturales aprovecharon la ocasión para apoderarse de Tayeto, criado de Tupia, e hicieron fuerza de remos para llevárselo. Fue preciso disparar contra los raptos, y el muchacho tahitiano se aprovechó del desorden causado por la descarga, para saltar al agua donde fue recogido por las lanchas de la *Endeavour*.

El 17 de octubre Cook no habiendo podido encontrar una bahía y considerando que si el mar se venía peor perdería un tiempo que estaría mejor empleado en reconocer la costa del Norte, volvió tomar el rumbo que acababa de seguir.

El 23 de Octubre la Endeavour llegó a una bahía llamada Tolaga, donde no se hacía sentir la agitación de las olas. El agua era excelente y era fácil completar las provisiones tanto más cuanto que los naturales mostraban disposiciones amistosas.

Después de haber adoptado las medidas necesarias para la protección de los trabajadores, los señores Banks y Solanders bajaron a tierra para recoger plantas y vieron en su paseo muchas cosas dignas de nota. En el fondo de un valle, encajado

entre montes escarpados, se levantaba una roca perforada de tal modo que por un lado se veía el mar y por otro se descubría una parte de la bahía y de las colinas inmediatas. Al volver a bordo fueron detenidos por un anciano que les hizo asistir a los ejercicios militares del país y al manejo de la lanza y del *patú-patú*. En otro paseo el doctor Solanders compró una peonza enteramente semejante a las europeas, y los indígenas le dieron a entender por señas que era preciso darle de latigazos para hacerla bailar.

En una isla a la izquierda de la bahía vieron los ingleses la mayor piragua que hasta entonces habían encontrado. No tenía menos de 68 pies y medio de longitud por cinco de anchura y tres pies y medio de altura. En la popa tenía esculturas de relieve de un carácter extraño en que dominaban las líneas en espiral y figuras de raros dibujos.

El 30 de Octubre cuando hubo terminado sus provisiones de agua y leña se hizo Cook a la vela y continuó siguiendo la costa hacia el Norte.

En las inmediaciones de una isla, a la cual dio nombre de isla del Corregidor, los naturales se mostraron más insolentes y ladrones que hasta entonces. Sin embargo era preciso detenerse 5 o 6 días en aquel distrito para observar el paso de Mercurio por el disco del sol. A fin de probar a aquellos salvajes que los ingleses no podían ser maltratados impunemente, se disparó una perdigonada contra el ladrón que acababa de robar una pieza de tela; pero la descarga, que recibió en la espalda, no le hizo más efecto que el que hubiera podido hacerle un fuerte palo. Fue preciso tirar con bala, y una bala

que rebotó sobre la superficie del agua y pasó varias veces por encima de las piraguas, produjo en los indígenas un miedo tal, que volvieron a la costa a fuerza de remos.

El 9 de noviembre, Cook y Green bajaron a tierra para observar el paso de Mercurio. Green observó solo la inmersión en el disco mientras que Cook tomaba la altura del sol.

Nuestra intención no es seguir día por día y hora por hora a los navegantes ingleses en su reconocimiento minucioso de la Nueva Zelanda. Los mismos incidente sin cesar repetidos; la relación de las mismas luchas con los habitantes, las descripciones de las bellezas naturales por interesantes que sean, llegan al fin a cansar al lector. Vale, pues, más pasar rápidamente por la parto hidrográfica del viaje para detenernos en las costumbres de los indígenas hoy tan profundamente modificadas.

La bahía de Mercurio está situada en la base de la larga península que corriendo del Este al Nordeste forma el extremo septentrional de la Nueva Zelanda. El 15 de noviembre, en el momento en que la *Endeavour* salía de aquella bahía, avanzaron hacia el buque a la vez varias canoas.

«Dos de ellas, dice la relación, que llevaban unos sesenta hombres armados, se acercaron al alcance de la voz, y los naturales comenzaron a entonar su canción de guerra; pero viendo que se hacia poco caso de ellos comenzaron a arrojar piedras a los ingleses y después remaron hacia la orilla. En breve volvieron a la carga, resueltos en apariencia a combatir y animándose con sus canciones. Tupia espontáneamente les dirigió algunas reconvencciones y les dijo que los ingleses teman armas que podían matarles en un instante, pero ellos le respondieron: —Venid tierra y os mataremos a todos. —Podrá ser, dijo Tupia; pero ¿por qué venís a insultarnos cuando estamos en el mar? No queremos combatir y no aceptamos vuestro desafío porque no hay entre vosotros y nosotros ningún motivo de desavenencia. El Mar es de todos. Una elocuencia tan sencilla y tan justa como natural y espontánea en Tupía, sorprendió mucho a Cook y a los demás ingleses».

Mientras la expedición estaba en la bahía de las islas, el capitán reconoció un río bastante grande al cual dio el nombre de Támesis. En sus orillas crecían hermosos árboles de la misma especie que los que se habían encontrado en la bahía de la Pobreza. Uno de ellos, a 6 pies de elevación del suelo, media 19 pies de circunferencia, y otro no tenía menos de 90 pies desde el suelo hasta las primeras ramas.

Si los altercados con los naturales eran frecuentes, no siempre la razón estaba de parte de los ingleses.

«Algunos hombres de la tripulación, dice Kippis, que cuando los indios eran sorprendidos en alguna falta no dejaban de mostrar una severidad digna de Licurgo, juzgaron oportuno entrar en una plantación zelandesa y robar muchas patatas. Cook les condenó a recibir 42 latigazos. Dos de ellos los recibieron tranquilamente, pero el tercero sostuvo que no era un crimen en un inglés robar las plantaciones de los indios. El método que Cook juzgó conveniente para responder a esta casuista contestación, fue enviarle la bodega y no permitirle que saliese hasta haber consentido en recibir seis latigazos más».

El 30 de diciembre los ingleses doblaron el cabo que creyeron era el de María Van-Diemen de Tasman; pero inmediatamente fueron acometidos por vientos contrarios que les detuvieron tres semanas para andar 40 leguas. Por fortuna Cook se mantuvo durante este tiempo a cierta distancia de la orilla; sin eso probablemente no podríamos hoy referir sus aventuras.

El 16 de enero de 1770, después de haber dado nombre a varios puntos salientes de la costa occidental, llegó a la vista de un pico imponente y cubierto de nieve, llamado monte Egmont en honor del conde de este nombre. Apenas dobló este pico, vieron que la costa describía un grande arco de círculo. Estaba cortada por gran número de radas donde Cook resolvió entrar a reparar el buque y hacer provisiones de agua y leña. Desembarcó en el centro de una ensenada donde halló un hermoso riachuelo y árboles en grande abundancia porque el bosque concluía en las orillas del mar donde

faltaba el suelo. En aquel paraje se establecieron buenas relaciones con los naturales; y Cook aprovecho la ocasión para preguntarles si hablan visto alguna vez un buque semejante a la *Endeavour*. Entonces pudo convencerse por sus respuestas de que se había olvidado la tradición relativa a Tasman aunque solamente había 15 millas desde allí a la bahía de los Asesinos.

En uno de los cestos de provisiones que llevaban los zelandeses vieron los ingleses dos huesos medio roídos. No parecía que fueran huesos de perros y cuando se les examinó de cerca se vio que eran restos humanos. Interrogados los indígenas no tuvieron dificultad en responder que tenían la costumbre de comerse a sus enemigos. Algunos días después llevaron a bordo de la *Endeavour* siete cabezas de hombres con los cabellos todavía adheridos y con la carne de la cara, pero de las cuales habían sacado el cerebro que consideraban como un manjar muy delicado. La carne estaba blanda y sin duda la habían preservado de la putrefacción por medio de algún ingrediente porque no tenía olor desagradable. Banks compró a fuerza de muchas insistencias una de estas cabezas, pero no pudo decidir al anciano que las llevaba a que le vendiese otra, quizá porque los zelandeses las consideran como un trofeo y una prueba de valor.

Los días siguientes fueron dedicados las visitas de las inmediaciones y a varios paseos. Durante una de estas excursiones Cook subió a un alto cerro y vio distintamente todo el estrecho, al cual había dado el nombre de canal de la Reina Carlota, y la costa opuesta que le pareció distante cuatro leguas. A causa de la niebla no pudo descubrirla más lejos hacia el Sudeste; pero había visto lo bastante para comprender que allí terminaba la grande isla cuyos contornos acababan de seguir. Quedábale por explorar la otra isla que se descubría hacia el Sur, y esto es lo que se prometió hacer tan luego como se hubiera cerciorado, recorriendo en toda su longitud el canal de la Reina Carlota, de que este canal era en realidad un estrecho.



En las inmediaciones Cook tuvo la ocasión de visitar un i-pah. El i-pah no es más que una aldea fortificada, construida sobre un islote o una roca de acceso muy difícil.

Con frecuencia los naturales aumentan las dificultades del acceso por medio de fortificaciones que lo hacen peligroso. Varios de estos fuertes que visitaron los ingleses estaban defendidos por

dos fosos, de los cuales el interior tenía un parapeto y dos empalizadas, y el exterior no media menos de veinticuatro pies de profundidad.

Dentro de la empalizada interior se levantaba a veinte pies de altura una plataforma de cuarenta pies de longitud y seis de anchura, sostenida por gruesos postes y destinada a sostener los defensores de la plaza que desde allí podían fácilmente abrumar a los sitiadores con dardos y piedras, de las cuales tenían enormes provisiones a mano para estos casos. Tales plazas fuertes son inexpugnables para los naturales, a no ser que obliguen a la guarnición a rendirse por hambre después de un largo bloqueo.

«Es muy sorprendente, observa Cook, que la industria y el cuidado que han empleado en construir, casi sin instrumentos, plazas tan fuertes y tan a propósito para la defensa, no les hayan hecho inventar por la misma razón una sola arma arrojadiza, a excepción de la lanza que arrojan con la mano. No conocen el arco para lanzar flechas, ni la honda para lanzar piedras; lo cual es tanto más de admirar cuanto que la invención de las hondas, de los arcos y de las flechas es mucho más sencilla que la de las obras que construyen estos pueblos y que estas dos armas se encuentran en casi todos los países del mundo entre las naciones más salvajes».

El 6 de febrero Cook salió de la bahía con rumbo al Este esperando encontrar expedita la entrada del ocasio para preguntarles si hablan visto alguna vez al Este esperando encontrar expedita la entrada del estrecho antes del reflujo de la marea. A las siete de la tarde el buque fue arrastrado por la violencia de la corriente hasta cerca de una isleta más allá del cabo Koamaru.

Del fondo del mar se levantaban rocas muy puntiagudas, aumentándose a cada momento el peligro. No quedaba más que un medio de salvar el buque. Intentóse este medio y tuvo buen éxito. La longitud de un cable era lo único que separaba a la *Endeavour* cuando se dejó caer el ancla en setenta y cinco brazas de agua. Por fortuna el ancla se agarró al fondo, y la corriente, que después de haber chocado con la isla cambiaba de dirección, apartó el buque

del escollo. Sin embargo, aún no estaba salvado porque tenía cerca muchas rocas y la corriente llevaba una velocidad de cinco millas por hora

Cuando disminuyó el flujo, el buque pudo levantarse y un viento favorable le llevó rápidamente la parte más angosta del estrecho, pudiendo pasarlo sin peligro.

La isla más septentrional de la Nueva Zelanda, que lleva por nombre Eaheinomauwe, no había sido reconocida todavía por completo y aún había que levantar el plano de quince leguas de costa. Algunos oficiales se apoyaron en esta circunstancia para sostener, a pesar de la opinión de Cook, que aquello no era una isla sino un continente. Cook, aunque tenía formado su juicio, dirigió la navegación de manera que pudiese disipar todas las dudas de sus oficiales; y después de dos días de navegación durante los cuales pasaron al cabo Palliser, les llamó sobre cubierta y les preguntó si estaban convencidos. Habiendo respondido afirmativamente, renunciando a llegar hasta el punto más meridional de la Eaheinomauwe, resolvió costear en toda su longitud la tierra que acababa de ver y que llevaba el nombre de Tawai-Punamú.

La costa era con frecuencia estéril y no parecía habitada; además el buque tenía que marchar a tres o cuatro leguas de distancia de la playa.

En la noche del 9 de marzo la *Endeavour* pasó sobre algunas rocas; y por la mañana se vio que había corrido los mayores peligros. Dióse el nombre de *Trampas* a estos arrecifes que parecen hechos para sorprender a los navegantes demasiado confiados.

En el mismo día Cook divisó lo que le pareció ser el extremo meridional de la Nueva Zelanda y le llamó cabo del Sur: era el cabo de la punta Steward. Las gruesas olas procedentes del Sudoeste que chocaron contra el buque mientras doblaron aquel cabo, convencieron al capitán Cook de que no había tierra en aquella dirección. Por lo mismo volvió a tomar el rumbo del Norte para acabar por la orilla occidental el periplo de la Nueva Zelanda.

Casi al extremo meridional de esta costa se descubrió una bahía, a la cual se dio el nombre de Dusky. Esta región era estéril, escarpada y estaba cubierta de nieve. La bahía, que tenía en su entrada tres o cuatro millas y parecía ser tan profunda como ancha, contenía varias islas detrás de las cuales un buque encontraba sin duda excelente abrigo. Pero Cook creyó prudente no detenerse allí, sabiendo que el viento necesario para salir no sopla en aquellos parajes más que una vez al mes. En esta ocasión no estuvo de acuerdo con ninguno de sus oficiales, que no considerando sino las ventajas del presente, no pensaban en los inconvenientes de una recalada cuya duración no era posible prever.

Ningun incidente notable ocurrió en el reconocimiento de la isla occidental de Tawai-Punamú.

«Desde la bahía Dusky, dice Cook, hasta los 44° 20' de latitud hay una cadena estrecha de colinas que se levantan directamente desde el mar y están cubiertas de arbolado. Detrás, y muy cerca de estas colinas, se ven montañas que forman otra cordillera de una elevación prodigiosa y que se compone de rocas enteramente estériles y desnudas, excepto en los parajes donde están cubiertas de nieve, la cual se ve en grandes más.s en muchos puntos. No es posible imaginarse una perspectiva más agreste, más triste y espantosa que la de este país cuando se le contempla desde el mar, porque en todo aquello a que alcanza la vista no se ven más que puntas de rocas tan juntas, que en vez de valles parece que no hay más que hendiduras entre una y otra».

Desde los 44° 20' hasta los 42° 81' el aspecto cambia; las montañas se aplanan hacia el interior y en la orilla del mar se levantan colinas y valles fértiles.

Desde los 42° 8' hasta los 41' 30' no hay más que una costa que se levanta verticalmente del mar coronada de sombríos bosques. Por lo demás la *Endeavour* se mantuvo demasiado lejos de la orilla y el tiempo estaba demasiado oscuro para que pudieran distinguirse las particularidades del litoral. Después de haber dado así la vuelta

entera al país, el buque volvió a la entrada del estrecho de la Reina Carlota.

Cook hizo allí provisiones de agua y leña, y luego resolvió volver a Inglaterra siguiendo el camino que mejor le permitiese cumplir el objeto de su viaje. Volvió con gran sentimiento, porque hubiera querido averiguar si existía o no un continente austral; le era tan imposible entrar en Europa por el cabo de Hornos como por el cabo de Buena Esperanza. En medio del invierno, bajo una latitud muy meridional, su buque no se hallaba en estado de acabar tamaña empresa; no había, pues, más partido que tomar que el de dirigirse a las Indias Orientales, y con este objeto gobernó hacia el Oeste hasta la costa oriental de la Nueva Holanda.

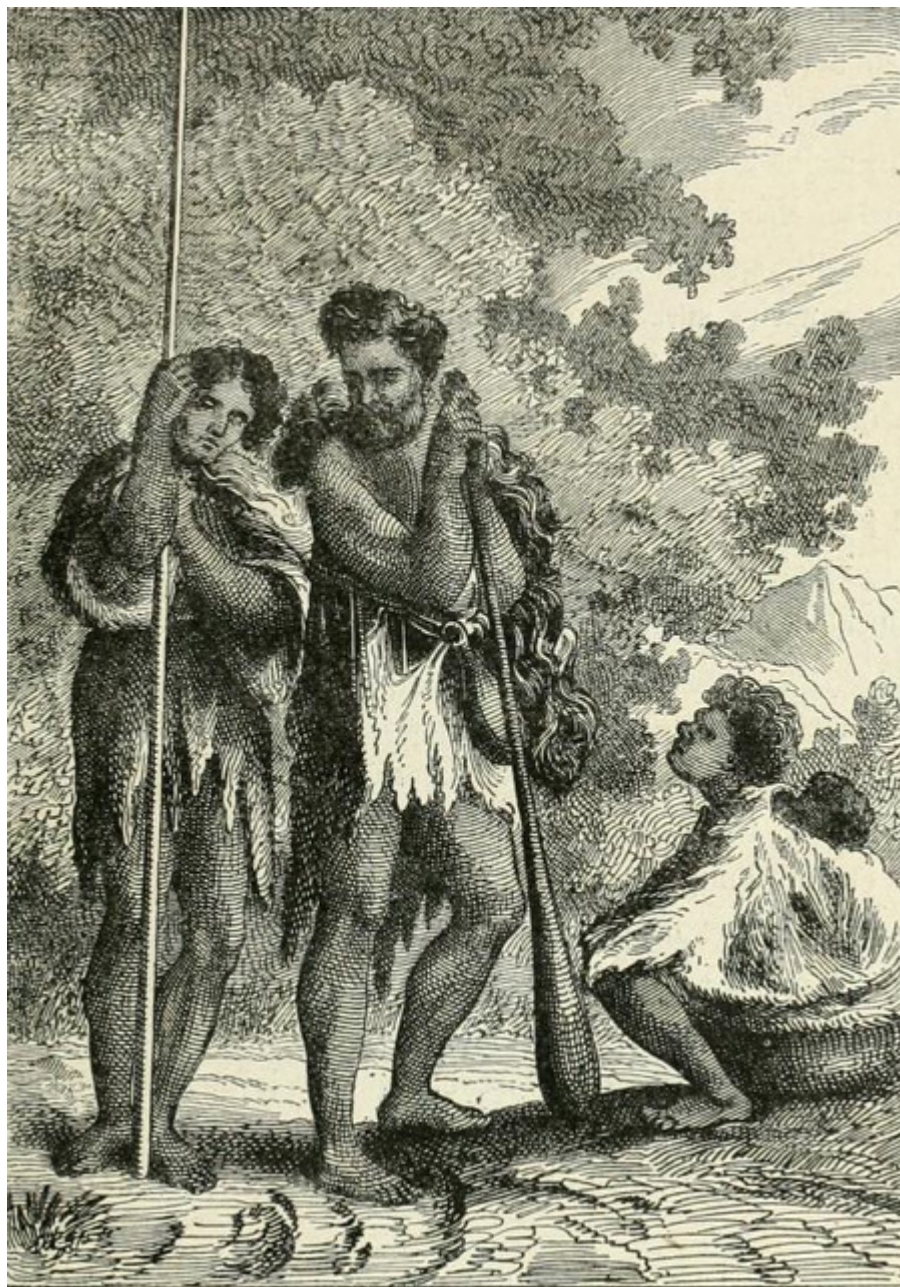
Pero antes de contar las peripecias de esta segunda parte de la campaña, será bueno volver la vista atrás y resumir las observaciones que los viajeros habían recogido sobre la situación, las producciones y los habitantes de la Nueva Zelanda.

En el tomo precedente hemos visto que este país había sido descubierto por Abel Tasman y hemos referido los incidentes que marcaron con un rastro de sangre el reconocimiento hecho por los holandeses. La Nueva Zelanda excepción de las costas vistas por Tasman en 1642, jamás había sido visitada por un buque europeo, y era hasta tal punto desconocida, que no se sabía si formaba parte del continente austral como lo creía Tasman que le había dado el nombre de Tierra de los Estados. A Cook pertenecía la gloria de determinar la posición y describir las costas de estas dos grandes islas situadas entre los grados 34 y 48 de latitud Sur y los 180 y 194 de longitud Oeste.

Tawai-Punamú era montañosa, estéril y parecía muy poblada. Eaheinomauwe presentaba un aspecto mejor con sus colinas, montes y valles, cubiertos de árboles y regados por alegres riachuelos. Según las observaciones hechas por los señores Banks y Solanders acerca del clima y del suelo, Cook formulaba de esta manera sus deducciones que debían ser confirmadas por los sucesos: «Si los europeos forman un establecimiento en este país,

les costará poco trabajo hacerle producir en grande abundancia todo lo que necesiten».

En materia de cuadrúpedos la Nueva Zelanda no contenía más que ratas y perros, y estos últimos destinados para la mesa; pero si la fauna era pobre, la flora parecía muy rica. Acerca de los vegetales que llamaron más la atención de los ingleses, véase lo que dice la relación:



«Los habitantes se sirven a guisa de cáñamo y de lino de una planta que sobrepuja a todas las que se emplean para los mismos usos en otros países. El vestido ordinario de los neozelandeses se compone de hojas de esta planta sin muchas preparaciones; de ella hacen también sus cuerdas y sogas que son mucho más fuertes que las que se hacen de cáñamo, con las cuales no pueden compararse. De la misma planta, preparada de otra manera, sacan largas fibras delgadas lucientes como la seda y tan blancas como la nieve. Con estas fibras elaboran sus más hermosas telas que son también de una fuerza sorprendente. Sus redes, de grandes proporciones, están formadas también de estas hojas, y todo el trabajo consiste en cortarlas en tiras de una anchura conveniente que luego se anudan».

Esta planta maravillosa, que tanto entusiasmó a los descubridores, según la descripción lírica que acaba de leerse, y la no menos brillante que pocos años después debía hacer de ella La Billardiere, es hoy conocida bajo el nombre de *phormium tenax*.

En efecto, ha sido preciso rebajar un poco las esperanzas que estas relaciones habían suscitado. Según la opinión del eminente químico Duchartre, la acción prolongada del calor húmedo y sobre todo el blanqueo, desagregan en poco tiempo las celdillas de esta planta, y después de uno o dos lavados, los tejidos que de ella se fabrican, se reducen a estopa. Sin embargo, da lugar a un comercio de exportación considerable. *Mr. A. Kennedy*, en su curiosísimo obra sobre la Nueva Zelanda, nos dice que si en 1865 no se exportaban más que quince fardos de *phormium*, en 1869, lo cual parece inverosímil, se exportaron 12,162, y en 1870 la exportación subió a 32,820, cuyo valor era de 132,578 libras esterlinas.

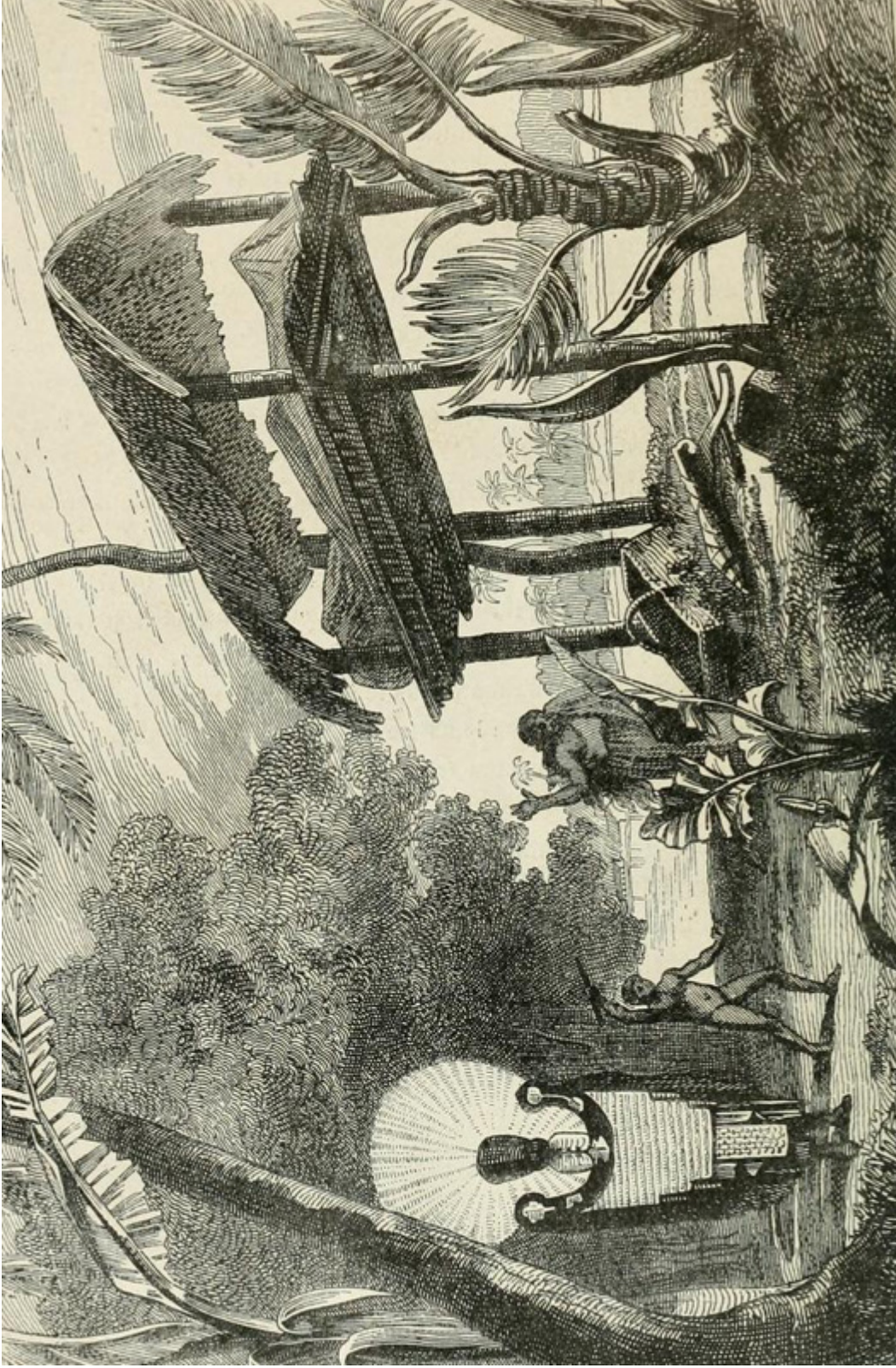
Los habitantes, altos y bien proporcionados, eran de ánimo vivo, vigoroso y muy hábiles. Las mujeres no tenían esa delicadeza de órganos y esa gracia de formas que las distinguen en los demás países. Vestidas de la misma manera que los hombres, no se les conocía más que en la mayor finura de su voz y en la viveza de su fisonomía. Los naturales de una misma tribu tenían entre si las

relaciones más amistosas; pero eran implacables contra sus enemigos; no les daban cuartel y sus cadáveres servían para horribles festines, que se explican, aunque no se excusan, por la falta de alimento animal.

«Quizá, dice Cook, parecerá extraño que haya guerras frecuentes en un país donde la victoria proporciona tan cortas ventajas».

Pero además de la necesidad de proporcionarse carne, necesidad que produce la frecuencia de esas guerras, lo que ignoraba Cook es que la población está dividida en dos razas distintas y naturalmente enemigas.

Antiguas tradiciones refieren que los Maoris vinieron a Nueva Zelanda desde las islas Sandwich hará unos mil trescientos años. Estas tradiciones deben ser exactas, pues que esa hermosa raza polinesia ha poblado todos los archipiélagos sembrados en aquella inmensa parte del Océano Pacífico. Los Maoris, saliendo de la isla de Hauaiki, que probablemente será la Hawai de las islas de Sandwich, o la Sauai del archipiélago de los Navegantes, debieron rechazar o casi destruir la raza autóctona.



En efecto, los primeros colonos han observado entre los indígenas de la Nueva Zelanda dos tipos perfectamente diferentes: el uno, el más importante, enteramente semejante al de los naturales de Hawai, de las Marquesas y de Tonga, y el otro que ofrece la mayor semejanza con la raza de la Melanesia. Estos informes, recogidos por Freycinet y últimamente confirmados por Hochstetter, están perfectamente de acuerdo con el hecho curioso referido por Cook de que Tupia, originario de Tahití, pudo hacerse comprender sin dificultad por los neozelandeses.

Las emigraciones de los polinesios son hoy muy conocidas a consecuencia de los progresos de la lingüística y de la antropología; pero no se conocían sino muy vagamente en tiempo de Cook, que fue uno de los primeros en recoger las leyendas relativas este punto.

«Cada uno de estos pueblos, dice, cree por tradición que sus padres vinieron hace mucho tiempo de otro país, y piensan todos, siguiendo esta misma tradición que aquel país se llamaba Hawais».

En aquella época el suelo no alimentaba más cuadrúpedo que el perro y aun éste debía haber sido importado. Así los neozelandeses no tenían para su subsistencia diaria más que vegetales y ciertos volátiles en pequeña número que los ingleses no vieron. Por fortuna las costas abundaban en pesca lo cual impedía que los habitantes se muriesen de hambre.

Acostumbrados a la guerra y mirando a todo extranjero como enemigo, no veían en él quizá más que un animal propio para carne. Así es que naturalmente se hallaron inclinados a combatir a los ingleses. Pero cuando se convencieron de la debilidad de sus recursos y del poder de sus adversarios, y cuando vieron que éstos evitaban lo más posible el uso de las máquinas de muerte, cuyos efectos terribles habían visto, trataron a los navegantes como amigos y se condujeron siempre respecto de ellos con una lealtad que no dejó de excitar cierta sorpresa.

Si los insulares visitados por los navegantes hasta entonces no tenían ninguna idea de la decencia ni del pudor, no sucedía lo

mismo entre los neozelandeses, y Cook da de ello una prueba curiosísimo. Sin ser tan aseados como los habitantes de Tahití, cuyo clima es bastante más cálido, y sin bañarse con tanta frecuencia, tenían cuidado de sus personas y hasta mostraban cierto coquetismo. Untaban sus cabellos con un aceite o grasa de pez y de ave que al poco tiempo se ponía rancio y les hacía tan desagradables para el olfato como los hotentotes. Tenían la costumbre de pintarse todo el cuerpo, y algunas de las rayas que se hacían denotaban al mismo tiempo que una habilidad de mano prodigiosa, un gusto sorprendente en aquellos pueblos primitivos.

Con gran admiración observaron los ingleses que las mujeres ponían menos cuidado en sus adornos que los hombres. Se cortaban el pelo, no llevaban adornos y se vestían con los mismos trajes que sus maridos. Toda su coquetería consistía en ponerse en las orejas las cosas más extraordinarias como telas, plumas, espinas de pez, pedazos de madera, suspendiendo además de un cordón agujas de talco verde, uñas y dientes de sus padres difuntos, y, generalmente todos los objetos que podían proporcionarse.

Esto recuerda una aventura ocurrida a una tahitiana y que Cook refiere. Envidiosa de todos los objetos que veía, quiso hacerse pasar un candado por el lóbulo de la oreja. Los ingleses consintieron en ello, y después de hecha la operación arrojaron la llave del candado al mar. Al cabo de cierto tiempo, ya que la molestase el peso de tan singular adorno, ya que quisiera reemplazarle por otro, pidió con grande empeño que le quitasen el candado. Los ingleses se negaron a acceder a este deseo, dándole a entender que su petición había sido indiscreta, y que ya que había deseado tener aquel singular pendiente, era justo que sufriese los inconvenientes de su deseo.

En cuanto a los vestidos de los zelandeses no consistían más que en una pieza de tela, término medio entre caña y paño atada a los hombros y que llegaba hasta las rodillas, y en otra pieza rodeada a la cintura desde la cual bajaba hasta el suelo. Esta última parte de su traje no era de uso habitual. Así, cuando no tenían más que la

parte superior del vestido y se ponían en cuclillas, parecían una choza cubierta de paja. Esta especie de mantas estaban a veces adornadas de un modo muy elegante por medio de franjas de diversos colores, y en algunos casos, más raros, por medio de pieles de perros cortadas en tiras.

La construcción de las piraguas era lo que marcaba principalmente la industria de estos pueblos. Las embarcaciones de guerra podían llevar de cuarenta a cincuenta hombres armados; y una de ellas tenía 68 pies de largo. Estaban magníficamente adornadas de calados y guarnecidas de franjas flotantes de plumas negras. Las más pequeñas tenían ordinariamente balancines. Algunas veces se unían una con otra dos piraguas. En cuanto a las embarcaciones de pesca iban adornadas en la proa y en la popa de una figura de hombre de fea catadura, sacando la lengua y con dos manchas blancas por ojos.

«Como la intemperancia y la falta de ejercicio son quizá el único principio de las enfermedades, dice Cook, no parecerá sorprendente que estos pueblos gozasen sin interrupción de una salud perfecta. Siempre que hemos entrado en sus poblaciones, los niños y los viejos, los hombres y las mujeres se reunían en torno nuestro excitados por la misma curiosidad que nosotros; y jamás hemos visto uno solo achacoso. Entre los que contemplamos enteramente desnudos no hemos observado la más ligera erupción en la piel, ni ninguna señal de pústulas o granos».

II. Reconocimiento de la costa oriental de la Australia. — Observaciones sobre los naturales y las producciones del país. —Encalla la *Endeavour*. —Peligros continuos de la navegación. —Travesía del Estrecho de Torres. —Los indígenas de la Nueva Guinea. —Regreso a Inglaterra.

El 31 de marzo de 1770 se alejó Cook del cabo Farewell y de la Nueva Zelanda, haciendo rumbo al Oeste. El 19 de abril vio una tierra que se extendía del Nordeste al Oeste, a los 37° 58'da latitud Sur y 210° 39' de longitud Oeste. Era, según creía y según la carta de Tasman, el país llamado por este navegante Tierra de Van-Diemen. En todo caso no le fue fácil cerciorarse de si la parte de costa que tenía a la vista se unía a la Tasmania. Subiendo hacia el Norte, dio nombres a todas las prominencias del terreno: Punta de Hicks, Cabeza de Carnero, Monte del Dromedario, Punta Enhiesta, Palomar, etc.

Esta parte de la Australia era montañosa y estaba cubierta de árboles muy espaciados. Algunas humaredas que se levantaban en la atmósfera indicaban que el litoral estaba habitado; pero la población, por lo demás muy escasa y desparramada, se apresuro a huir tan pronto como vio que los ingleses se preparaban a desembarcar.

Los primeros naturales que los ingleses vieron estaban armados de largas picas y de un instrumento de madera muy parecido a una cimitarra. Era el famoso bumerán, arma arrojadiza tan temible en manos de los indígenas como inofensiva en manos de los europeos.

El rostro de aquellos salvajes parecía cubierto de polvo blanco; su cuerpo estaba pintado de anchas rayas del mismo color que, pasando oblicuamente sobre su pecho, parecían fornituras de soldados. Llevaban en las piernas y en los muslos rayas iguales que a cierta distancia se hubieran tomado por ligas si los salvajes no hubieran estado completamente desnudos.



Un poco más lejos trataron también de desembarcar los ingleses; pero dos naturales a quienes quisieron atraerse arrojándoles algunos clavos, abalorios y otras bagatelas, hicieron ademanes tan hostiles que se vieron obligados a disparar al aire un tiro de fusil. La detonación les sorprendió al principio mucho; pero cuando vieron que no les había hecho ningún mal, comenzaron las hostilidades lanzando contra los ingleses piedras y dardos. Los ingleses dispararon un tiro de perdigones entre las piernas del más anciano, el cual huyó inmediatamente hacia una de las casas y volvió con un escudo para comenzar de nuevo el combate, retirándose, sin embargo, cuando se convenció de su impotencia. Los ingleses aprovecharon la ocasión para saltar a tierra y dirigirse a las casas donde hallaron un gran número de lanzas. En esta misma bahía desembarcó un destacamento con toneles para hacer aguada, pero fue imposible entrar en comunicación con los indígenas, que huían cuando veían a los ingleses marchar hacia ellos. Durante una excursión que Cook, Banks y Solinder hicieron por esta tierra, observaron huellas de muchos animales. Las aves eran abundantes y de notable hermosura; y la gran cantidad de plantas que los naturalistas encontraron en aquel paraje, hizo que Cook le diese el nombre de Botany-Bay (Bahía Botánica). Esta bahía, extensa, segura y cómoda, está situada a los 34° de latitud Sur y 208° 37 de longitud Oeste. En ella pudieron fácilmente los expedicionarios proporcionarse agua y leña.

«Los árboles, dice Cook, son por lo menos tan grandes como las encinas de Inglaterra, y he visto uno que se les parecía mucho. Es el mismo que destila una goma roja semejante a la sangre de drago.

Debía de ser sin duda una especie de eucalipto. Entre las diferentes especies de peces que pululaban en aquellos sitios, debernos citar la raya de escudo, de las cuales una, después de abierta y limpia, pesaba todavía trescientas treinta y seis libras.

El 6 de mayo Cook salió de Botany-Bay y continuó subiendo hacia el Norte por la costa, alejándose tan solo dos o tres millas. La navegación a lo largo de esta costa fue muy monótona, y los únicos

incidentes que vinieron a animarla un poco, fueron las diferencias súbitas e imprevistas del fondo del mar y las líneas de rompientes que fue preciso evitar.

Los exploradores, en un desembarco que efectuaron un poco más lejos, reconocieron que el país era sin duda peor que el de las inmediaciones de Botany-Bay. El suelo era seco y arenoso; las rampas de las colinas estaban cubiertas de árboles, pero muy desparratados, aislados y sin maleza alrededor. Los marineros mataron en aquel sitio una avutarda, que fue declarada la mejor caza que habían comido desde su salida de Inglaterra, lo cual hizo dar a aquella bahía el nombre de Bustard-Bay. En ella se recogió igualmente una gran cantidad de ostras de toda especie y singularmente de pequeñas ostras de perlas.

El 25 de mayo la *Endeavour* se halló a una milla de tierra enfrente de una punta que cortaba exactamente el trópico de Capricornio. Al día siguiente se observó que la marea subió y bajó siete pies. El flujo se dirigía hacia el Oeste y el reflujo hacia el Este, precisamente lo contrario de lo que se había observado en Bustard-Bay. En aquel paraje las islas eran muchas y el canal estrecho y poco profundo.

El 29 Cook, esperando encontrar un sitio cómodo para limpiar la quilla y los fondos de su buque, desembarcó con Banks y Solander en una ancha bahía. Pero apenas hubieron bajado tierra encontraron gran dificultad para marchar a consecuencia de la yerba espesa, barbuda y llena de granos picantes (sin duda una especie de spinifex) que se adherían a las ropas, las traspasaban y penetraban hasta la carne. Al mismo tiempo nubes de eludes y de mosquitos se abatían sobre ellos y les llenaban de picaduras dolorosas. Descubrieron un lugar cómodo para las reparaciones que tenían que hacer; pero en vano buscaron una aguada. Los árboles de goma, sembrados acá y allá contenían enormes nidos de hormigas blancas que atacaban los retoños y les vaciaban en breve de su goma. En derredor de los exploradores volaban también gran número de mariposas de brillantes colores.

Había ocasión sin duda para hacer observaciones curiosas e interesantes por más de un concepto; pero que no satisfacían al capitán Cook porque no encontraba medios de reponer sus provisiones de agua. Así se descubría desde los primeros pasos lo que forma el carácter más notable de ese nuevo mundo, a saber: la falta de manantiales, de arroyos y de ríos.

Una segunda excursión hecha en la tarde del mismo día no fue más feliz que la primera. Sin embargo Cook viendo que la bahía era muy profunda resolvió recorrerla toda desde la mañana siguiente. No tardó en notar que la anchura del paso por donde había entrado se aumentaba rápidamente y concluía por formar un vasto lago, en comunicación con el mar hacia el Noroeste. Otro brazo penetraba también hacia el Este, y podía pensarse que el lago debía tener otra comunicación con el mar por el centro de la bahía.

Esta parte de la Australia recibió de Cook, el nombre de Nueva Gales del Sur. Estéril, arenosa, árida, estaba desprovista de todo lo que se necesita para el establecimiento de una colonia. Sin embargo, aquel examen superficial, aquel reconocimiento puramente hidrográfico, no podía hacer sospechar a los ingleses que aquel sitio, bajo el punto de vista mineralógico, era de los más ricos del mundo.

Del 31 de mayo al 10 de junio prosiguió la navegación con la misma monotonía. El 10 de junio la *Endeavour*, que acababa de recorrer sin accidente por una costa desconocida, entre bajos y rompientes un espacio de 22° o sea de 1,300 millas, se halló de repente expuesta al mayor peligro imaginable.

Hallábase a los 16° de latitud Sur y 214° 39' de longitud Oeste cuando Cook, viendo dos islotes bajos y cubiertos de árboles, mandó conservarse a distancia durante la noche, a fin de buscar la islas descubiertas por Quirós en aquellos parajes, archipiélago que ciertos geógrafos han reunido, aunque sin razón, a la tierra principal. Desde las nueve de la noche la sonda señaló de cuarto en cuarto de hora una profundidad menor. Todos los tripulantes estaban sobre cubierta, y el áncora se hallaba preparada, cuando de repente la

sonda denotó mayor profundidad. De aquí se dedujo que el buque había pasado sobre el extremo de los bancos de arena que habían visto al ponerse el sol, y se manifestó la natural alegría por haber evitado el peligro. Como se iba aumentando cada vez más la profundidad, Cook y los oficiales que no estaban de servicio, volvieron a sus camarotes.

Sin embargo, a las once de la noche la sonda, después de haber marcado 20 brazas pasó de repente a 17; y antes de que hubiera tiempo para retirarse, la *Endeavour* había tocado en un escollo y combatida por las olas, cabeceaba sobre las puntas de una roca. La situación era muy grave. El buque, levantado por la ola sobre el extremo de un arrecife de coral, había caído en un hueco del escollo, y a la claridad de la luna podía verse flotar alrededor una parte de la falsa quilla y del forro. Por desgracia el accidente había ocurrido durante la marea alta, y por consiguiente no había que contar con ella para levantar el buque. Sin perder tiempo se arrojaron al mar los seis cañones, los barriles, los toneles, el lastre de hierro y todo lo que podía aliviar el peso de la *Endeavour*, que continuaba cabeceando contra la roca. Se echó a la mar la chalupa, se abatieron las vergas y las jarcias, se echó a estribor la amarra de espigar, e iba a dejarse caer del mismo lado el ancla de leva, cuando se observó que el agua era más profunda hacia la popa. Viróse con ardor en el cabrestante, pero fue imposible desprender el buque.

Al amanecer la situación se presentó en todo su horror. Ocho leguas distaba la tierra, y en el intermedio no había una isleta donde refugiarse, si el buque llegaba a abrirse como era de temer. Aunque se le había aliviado de más de 50 toneladas de peso, la plena mar no aumentó el fondo más que en pie y medio. Por fortuna el viento se había apaciguado, sin lo cual la *Endeavour* se hubiera hecho pedazos en breve; pero la vía de agua se ensanchaba rápidamente, a pesar de las dos bombas que estaban sin cesar en movimiento, y fue preciso montar una tercera.

¡Terrible alternativa! Si el buque se desprendía del escollo se hundiría en el mar luego que cesara de estar sostenido por la roca; y

si permanecía encallado, quedaría en breve despedazado por las olas que iban desuniendo todas sus partes. En cuanto las embarcaciones, eran insuficientes para llevar a la vez a toda la tripulación a tierra.

Era de temer que en tales circunstancias se relajase completamente la disciplina. ¿Quién podría responder de que una lucha fratricida no hiciese irremediable el desastre? Y aun cuando una parte de los marineros llegase a desembarcar en las costas, ¿qué suerte les estaba reservada en una playa inhospitalaria, donde las redes y las armas de fuego apenas les bastarían para proporcionarse alimento? ¿Qué sería en fin de los que quedaran en el buque? Todos se hacían entonces estas terribles reflexiones; pero tan grande es el sentimiento del deber y tan fuerte la influencia de un jefe, que ha sabido hacerse amar de su tripulación, que aquellos temores no se manifestaron por medio de ningún grito ni de ningún desorden.

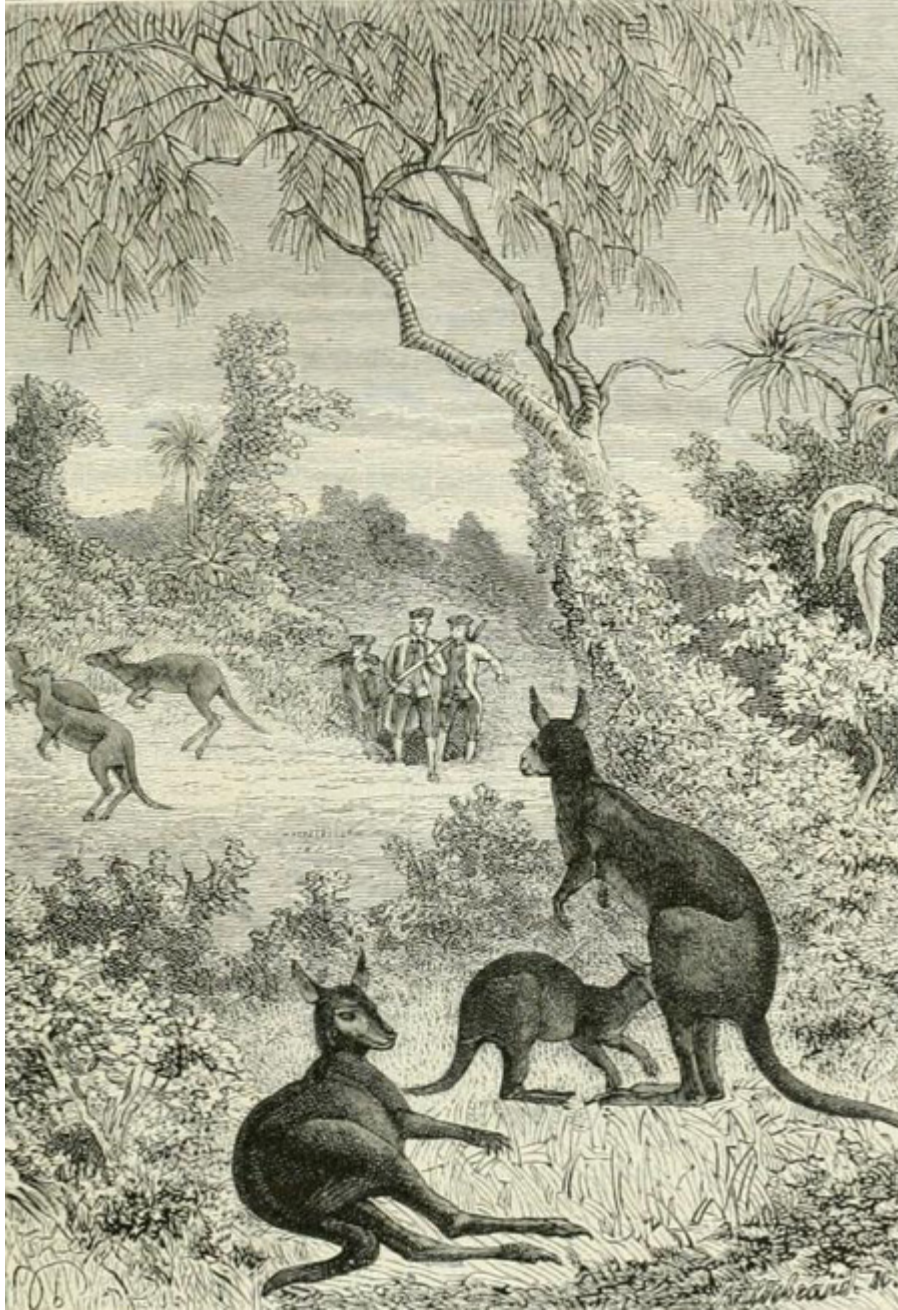
Las fuerzas de los hombres que no estaban empleados en las bombas se reservaron prudentemente, para el instante en que se iba a decidir de la suerte común, y se adoptaron tan hábilmente todas las medidas, que en el momento en que la mar batía los costados del buque durante el mayor flujo, todo el mundo acudió al cabrestante; y desprendiendo al fin el buque se vio que no hacia más agua que cuando estaba sobre el arrecife.

Los marineros que por espacio de veinticuatro horas habían pasado por tantas angustias, tenían agotadas sus fuerzas, y hubo que reemplazarles en breve en las bombas cada cinco minutos porque caían abrumados de fatiga.

En aquel momento una mala noticia vino a llevar a su colmo el desaliento de la tripulación. El encargado de medir la altura del agua en la bodega anunció que había subido 18 pulgadas en pocos instantes. Por fortuna se advirtió casi al mismo tiempo que había medido mal, y la alegría de la tripulación fue tal, que creyó pasado todo el peligro.

Un oficial llamado Monkhouse, tuvo entonces una idea excelente. Hizo aplicar al costado del buque una boneta, en la cual se había puesto una mezcla de filástica, lana y excrementos de los animales embarcados y con ella se logró cegar en parte la vía de agua. Desde aquel momento los hombres que hablaban de hacer encallar el buque en la costa para reconstruir con sus restos una embarcación que les condujeran a las Indias Orientales, no pensaron más que en encontrar un puerto conveniente para recomponerle.

El 17 de junio llegaron a este puerto deseado a la embocadura de un río que Cook llamó Río de la *Endeavour*. En breve se emprendieron y llevaron adelante con la mayor rapidez las obras necesarias para la carena del tanque. Los enfermos fueron desembarcados, y el estado mayor bajó a tierra muchas veces para tratar de matar alguna caza y proporcionar a los escorbúticos un poco de carne fresca. Tupía vio un animal que, según su descripción, Banks supuso sería un lobo; pero poco después se cazaron otros muchos que, apoyándose en las patas delanteras, daban saltos prodigiosos. Eran kangurús, grandes marsupiales que no se encuentran más que en Australia, y de los cuales todavía no se había observado ningún ejemplar en Europa.



En aquel paraje los naturales se mostraron mucho menos hostiles que en los demás puntos de aquella costa. No solamente dejaron a los ingleses acercarse, sino que, tratados por ellos con amistad, permanecieron muchos días en su compañía.

«Eran en general, dice la relación, de estatura ordinaria, pero cada uno de sus miembros era de una pequeñez notable; tenían la piel de color de hollín o mejor dicho de color de chocolate oscuro;

los cabellos negros, sin ser lanudos, y cortados; los unos les tenían lisos y los otros rizados... Llevaban pintada de rojo mucha parte del cuerpo; y uno de ellos en el labio superior y en el pecho tenía rayas blancas, que llamaba carbandas. Los rasgos de su fisonomía eran agradables; tenían los ojos muy vivos, los dientes blancos y unidos, y su voz era suave y armoniosa.

Muchos llevaban un adorno singular que Cook, hasta entonces no había visto más que en la Nueva Zelanda, y era un hueso de ave del tamaño del dedo atravesado por el cartílago que separa las dos ventanas de la nariz.

Poco tiempo después estalló una disputa a propósito de unas tortugas de que la tripulación se había apoderado, y en cuyo hallazgo los naturales pretendían tener parte sin haber hecho esfuerzo ninguno para su captura. Viendo que no se quería acceder a su petición, se retiraron furiosos y pusieron fuego a las yerbas, que rodeaban el campamento de los ingleses. Éstos perdieron en el incendio, todo lo que era combustible, y el fuego corriendo a lo lejos por las colinas, les ofreció durante la noche un espectáculo magnífico.

Entre tanto, Banks, Solander y otros habían hecho durante este tiempo una caza feliz. Habían matado kangurús, oposums, especie de hurón, lobos y varias clases de serpientes, algunas de ellas venenosas. Vieron también bandadas de aves, como milanos, halcones cacatúas, loros, papagayos, palomas y otras muchas que les eran desconocidas.

Cook, desde que salió del río Endeavour, pudo juzgar de la dificultad de la navegación por aquellos parajes. Por todas partes no había más que escollos y altos fondos; y en aquella noche misma se vio obligado a mandar echar el ancla, porque era imposible navegar durante la noche al través de aquel dédalo de rompientes sin correr peligro de zozobrar. Al extremo del horizonte, la mar parecía romperse sobre una línea de arrecifes, con más violencia que sobre las otras, y cada una que se presentaba parecía ser la última.

Cuando Cook llegó a ella, después de cinco días de lucha contra vientos contrarios, descubrió tres islas, situadas 4 o 5 leguas hacia el Norte; pero no habían terminado sus tribulaciones. El buque se encontró de nuevo rodeado de escollos y de cadenas de islotes, bajos y muy cercanos unos a otros, entre los cuales parecía imposible pasar. Reflexionó si sería más prudente volverse atrás para buscar otro paso: pero la demora que debía ocasionar semejante rodeo, le hubiera impedido llegar a tiempo a las Indias, fuera de que había un obstáculo insuperable para realizar este proyecto, y era que no quedaban en el buque provisiones más que para tres meses.

En el momento en que la situación parecía desesperada, resolvió alejarse lo más posible de la costa y tratar de atravesar la barra exterior de las rompientes. Allí no tardó en encontrar un canal que le condujo en poco tiempo a mar libre.

Tan feliz cambio de situación se hizo vivamente sentir, dice Kippis. El alma de los ingleses estaba llena de alegría, y los rostros de la tripulación la anunciaban evidentemente. Cerca de tres meses habían estado amenazados de muerte; cuando pasaban la noche al ancla, veían alrededor del buque una mar impetuosa que se rompía contra las rocas, y sabían que si por desgracia cedía el cable del ancla, no se librarían del naufragio. Habían recorrido 360 millas, obligados a tener siempre un hombre ocupado en echar el plomo y sondear los escollos, al través de los cuales navegaban, cosa de que ningún otro buque podía quizá presentar ejemplo».

Si no se hubieran librado de un peligro tan inminente, y no hubieran estado poseídos de la satisfacción de haberle evitado, no habrían dejado de experimentar grande inquietud, pensando en lo largo del camino que todavía tenían que recorrer, por mares poco conocidos, en un buque que hacía 9 pulgadas de agua por hora, con bombas en mal estado, y con provisiones escasas.

Por lo demás, no habían evitado tan terribles peligros, sino para verse expuestos, el 16 de agosto, a otro casi tan grande. Impulsados por la marea hacia una línea de rompientes, por encima

de la cual la espuma del mar saltaba a una altura prodigiosa, no pudiendo echar el ancla y no sintiendo el menor soplo de viento, no les quedaba más recurso que echar a la mar los botes para remolcar el buque. A pesar de los esfuerzos de los marineros, la *Endeavour* no estaba ya a más que a 100 pasos del arrecife, cuando una brisa ligera, tan débil que en cualquiera otra circunstancia no hubiera sido notada, se levantó de repente y bastó para alejar el buque del escollo. Diez minutos después la brisa cedía, las corrientes recobraban su fuerza y la *Endeavour* volvía a ser llevada hasta una distancia de 200 pies de las rompientes. En estas alternativas siguieron los expedicionarios hasta que al fin encontraron una estrecha abertura.

El peligro que ofrecía era menos cruel que el de permanecer en una situación tan horrible, dice la relación. Un viento ligero que se levantó por fortuna en aquel instante, el trabajo de los botes y el flujo, condujeron al buque delante de la abertura, al través de la cual pasó con espantosa rapidez. La fuerza de aquel torrente impidió a la *Endeavour* derivar hacia ninguno de los lados del canal, que no tenía más que una milla de ancho, y cuya profundidad era muy desigual, dando unas veces 30 brazas y otras 7 sobre un fondo sucio.

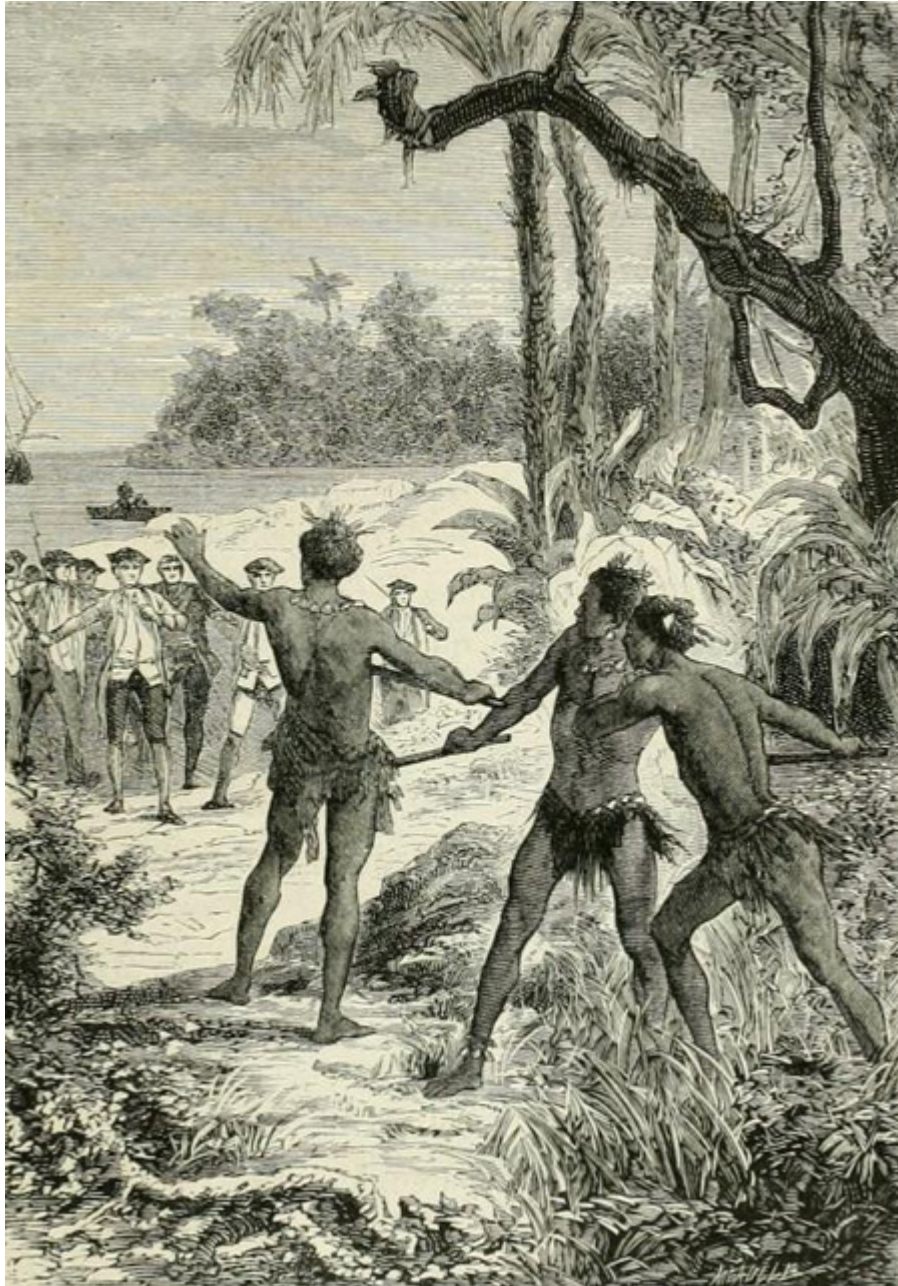
Si nos hemos detenido un poco en las peripecias de esta campaña, es porque se llevaban a cabo por mares inexplorados, entre escollos y corrientes que, siendo todavía peligrosas para los marinos a pesar de estar marcados en las cartas, lo eran mucho más entonces cuando se adelantaba el buque de Cook por la costa de la Nueva Zelanda entre obstáculos desconocidos, imposibles de evitar siempre, aun para la vista y el instinto del más experto marino.

Quedaba por resolver la última cuestión: la Nueva Holanda y la Nueva Guinea, ¿formaban una sola tierra? ¿Estaban separadas por un brazo de mar o por un estrecho?

Para resolver esta cuestión, Cook se acercó a tierra, a pesar de los peligros que corría, y siguió la costa de la Australia hacia el Norte. El 21 de agosto dobló la punta más septentrional de la Nueva

Holanda a la cual dio el nombre de cabo York, y penetró en un canal sembrado de islas, cerca de la tierra principal, lo cual le hizo concebir la esperanza de haber descubierto al fin el paso para el mar de la India. Después desembarcó, enarboló el pabellón inglés, tomó solemnemente posesión, a nombre del rey Jorge III, de toda la costa oriental, desde los 38° de latitud hasta aquel paraje situado a 10° y medio de latitud Sur, dio a aquel país el nombre de Nueva Gales del Sur, y para completar dignamente la ceremonia, hizo disparar tres cañonazos.

Hecho esto penetró en el estrecho de Torres, al cual llamó estrecho de la *Endeavour*; descubrió y puso nombre a las islas de Wallis, situadas en medio de la entrada hacia el Sudeste, a la isla Booby, a las islas del Príncipe de Gales, y se dirigió hacia la costa meridional de la Nueva Guinea, por la cual siguió navegando hasta el 3 de setiembre sin poder desembarcar.



Aquel día, con once hombres bien armados, entre ellos Solander, Banks y sus criados, bajó a tierra; y apenas se hablan alejado un cuarto de milla del barco, salieron de los bosques tres indios, dando grandes voces, y precipitándose sobre los ingleses.

«El que se acercó más, dice la relación, lanzó con su mano una cosa que llevaba al lado y que ardía como la pólvora, pero no oímos ruido».

Cook y sus compañeros se vieron obligados a disparar sus armas contra aquellos salvajes para volver a su embarcación, desde donde pudieron examinarlos a su placer. Se asemejaban en todo a los australianos; llevaban como ellos los cabellos cortos e iban enteramente desnudos; solo que su piel parecía poco menos oscura, sin duda porque no estaba tan sucia.

«Entre tanto, los indígenas lanzaban sus fuegos por intervalos cuatro o cinco a la vez. No podíamos imaginar lo que eran aquellos fuegos, ni con qué objeto los lanzaban; tenían en la mano un palo corto, quizá una caña hueca, que agitaban de un lado a otro, y en este instante vimos fuego y humo, exactamente como los que salen de un tiro de fusil, y que no duraban más tiempo. Observamos desde el buque este fenómeno sorprendente, y la iluminación fue tan grande, que los tripulantes creyeron que los indios tenían armas de fuego y nosotros no habiéramos dudado que ellos tirasen con balas de fusil si nuestro buque no estaba cerca para oír el ruido de las explosiones.

Este hecho quedo no explicado a pesar del gran numero de comentarios que tuvieron lugar y que solo puede ser creído por el testimonio siempre cierto del gran navegador.

Varios oficiales ingleses querían desembarcar para recolectar la nuez de coco y otras muchas frutas, pero en el comandante no quiso arriesgar la vida de sus marineros por una satisfacción bastante fútil. Por otra parte quería ir a Batavia para carenar el navío. En fin, creía inútil alargar la estancia en estos parajes desde hace mucho tiempo frecuentado por los españoles y los holandeses y creía que no había nada más que descubrir.

Sin embargo, él rectificó pasando la posición de las islas Arrow y Weas después ganó Timor recalando en la isla de Savu donde los holandeses estaban establecidos desde hacia poco tiempo. Allá, Cook se revitualla y por una observación determina su posición en 10° 35´ de latitud sur y 237° 30´ de longitud oeste.

Después de esta corta recalada, la *Endeavour* alcanzo Batavia, donde fue carenada. Pero después de tantas fatigas

experimentadas en un país mal sano, donde la fiebre es endémica fue fatal para la tripulación. Banks, Solander, Cook y la mayor parte de los marineros cayeron enfermos, varios de ellos murieron, especialmente Monkhouse el cirujano, Túpia y el joven Tayeto. Solamente 10 hombres se libraron de la fiebre. El 27 de diciembre la *Endeavour* salió a la mar y se detuvo el 5 de abril de 1771, en la isla del Príncipe, para tomar víveres.

Desde aquel momento las enfermedades, que se habían cebado en la tripulación, se agravaron, muriendo veinte y tres personas, entre las cuales hay que lamentar el fallecimiento del astrónomo Green.

Cook recaló después en el cabo de Buena Esperanza , donde recibió la excelente acogida que necesitaba; tocó en Santa Elena y por último echó el ancla en las Dunas, el 11 de junio de 1772 después de una ausencia de cerca de cuatro años.

Así terminó el primer viaje de Cook viaje que dijo Kippis, en el cual pasó tantos peligros, descubrió tantos países y demostró tantas veces que poseía un alma superior, digna de las peligrosas empresas que se había expuesto; y de los esfuerzos que había ejecutado».

CAPÍTULO II

SEGUNDO VIAJE DEL CAPITÁN COOK

I. Cook sale en busca del Continente Austral. —Segunda recalada en la Nueva Zelanda. —El Archipiélago de las islas Pomotú. —Segunda residencia en Tahití. —Reconocimiento de las islas Tonga. —Tercera recalada en Nueva Zelanda. — Segundo crucero por el Océano Austral. —Reconocimiento de la isla de Pascua. —Visita a las islas Marquesas.

Aun cuando el gobierno no hubiera querido recompensar a Jacobo Cook por lo bien que había hecho la comisión que se le había confiado, la voz publica se había decantado a su favor. Nombrado en la marina real al grado de Comandante en la fecha del 29 de agosto el gran navegante fiel a los servicios que había dado a Inglaterra y a la ciencia no encontró recompensa a la altura de sus méritos. Él hubiera deseado vivamente el grado de capitán de buque. *Lord* Sandwich entonces a la cabeza del Almirantazgo le hizo observar que no podía dárselo sin derogar a todos los usuarios admitidos y transgredir la orden del servicio naval.

Sea lo que fuera Cook se ocupaba de reunir todos los materiales necesarios para la realización de su viaje pero a su vez cargado de una tristeza importante, remitió sus notas y sus diarios a las manos del doctor Hawkesword que debía de encargarse de llevar a cabo la publicación.

Al mismo tiempo, las observaciones que él había hecho de acuerdo con *Mr. Green* del paso de Venus, sus cálculos y sus descubrimientos astronómicos eran sometidos a la Sociedad real que no tardó en reconocer todo el mérito.

Los resultados tan importantes que el capitán Cook había obtenido, no eran sin embargo completos y en este sentido no determinaban más que de una manera irrefutable la existencia de un continente austral. Esta quimera estaba todavía muy arraigada entre los hombres de ciencia. Estando forzados a reconocer que ni la Nueva Zelanda ni la Australia forman parte de este continente y que el *Endeavour* había navegado por latitudes bajo las cuales no se había podido encontrar, afirmaban que se encontraría más al sur y dedujeron todas las consecuencias que su descubrimiento debía producir.

El gobierno resolvió entonces dejar una pregunta en suspenso desde tantos años y enviar una expedición en la cual el comandante era naturalmente designado. La naturaleza de este viaje exigía barcos de una construcción particular. Habiendo sido enviada la *Endeavour* a las islas Falkland, el departamento de marina recibió orden de comprar los dos buques que le parecieran más a propósito para este servicio. Cook, consultado, exigió que fueran sólidos, de poco calado y de capacidad suficiente para contener víveres y municiones en proporción a la fuerza de la tripulación y a la duración de la campaña.

El Almirantazgo compró, pues, dos buques construidos en Whitby por el mismo constructor que había hecho la *Endeavour*. El mayor tenía 462 toneladas de cuba, y recibió el nombre de *Resolución*; el segundo no tenía más que 336, y se llamó la *Aventura*. Fueron armados en Deptford y en Woolwich. Cook recibió el mando de la *Resolución* y el capitán Tobias Furneaux que había sido segundo teniente de Wallis el mando de la *Aventura*. Los tenientes segundos y terceros así como varios de los oficiales y marineros embarcados ya habían hecho antes la campaña del *Endeavour*.

Como es fácil de pensar todos los preparativos imaginables del armamento fueron hechos con el mayor cuidado. *Lord* Sandwich y el capitán Palliser siguieron ellos mismos las diversas fases.

Cada buque llevaba provisiones de toda especie para dos años y medio. Se concedieron a Cook artículos extraordinarios habiéndolos reclamado, como antiescorbúticos, raspaduras de cebada, cortezas de pepino, coles saladas, pastillas de caldo, salep, mostaza, dulce de zanahorias, mosto de cerveza espeso, cuyas condiciones medicinales se trataban, de probar por recomendación del barón de Storch, de Berlín, y de *Mr.* Pian, secretario de la sección de comisarios de víveres.

También se embarcaron en cada buque dos botes de 20 toneladas, destinados a trasladar la tripulación en caso de que los buques principales vinieran a naufragar.

Se distribuyeron también entre ellos un pintor de paisaje, Guillermo Hodges, dos naturalistas, Juan Reinhold Forster y su hijo Jorge, y dos astrónomos, W. Wales y W. Bayley, con los mejores instrumentos de observación.

Nada se omitió, en una palabra, para sacar el mejor partido posible de la expedición, la cual debía traer a Inglaterra un inmenso contingente de noticias nuevas, que debían contribuir singularmente a los progresos de las ciencias naturales y físicas, de la etnografía, de la navegación y de la geografía.

«Recibí en Plymouth, dice Cook, más instrucciones con fecha 25 de junio. Se me mandaba dirigirme inmediatamente a la isla de la Madera, embarcar allí vino y marchar al cabo de Buena Esperanza, donde debería hacer descansar las tripulaciones y, tomar provisiones y otras cosas de que tuviera necesidad; dirigirme después al Sur y buscar el cabo de la Circuncisión, que dicen fue descubierto por *Mr.* Bouvet a los 54° de latitud Sur y a los 11° 20' de longitud este del meridiano de Greenwich. Si encontraba este cabo, debía investigar si formaba parte del continente o de una isla; en el primer caso recorrería la mayor extensión posible de dicho continente y hacer notas y observaciones de toda especie que

podieran ser útiles a la navegación y al comercio lo mismo que al progreso de las ciencias naturales.

Se me encargaba también observar el genio, el temperamento, el carácter y el número de los habitantes si los había, y emplear todos los medios honrados para formar con ellos una alianza y amistad.

En seguida se me mandaba tratar descubrir al Este y al Oeste según la situación en que me encontrase, y acercarme al polo austral lo más que me fuera posible y por todo el tiempo que el estado de los buques, la salud de la tripulación y las provisiones me lo permitiesen, teniendo cuidado de reservar siempre cantidad bastante para llegar a algún puerto conocido donde tomase luego noticias para la vuelta a Inglaterra.

Al mismo tiempo se me prescribía, que si el cabo de la Circuncisión era una isla, o si no podía encontrarlo, que en el primer caso levantase el plano necesario, y en ambos me dirigiese al Sur mientras tuviera esperanzas de hallar el continente, marchando al Este a fin de descubrir las islas que pudieran estar situadas en esta parte del hemisferio austral, de tener siempre latitudes elevadas y proseguir mis descubrimientos como se ha dicho arriba y lo más cerca del polo hasta dar la vuelta a la tierra, de tomar al fin el cabo de Buena Esperanza y de la Spithead.

El 13 de julio Cook aparejo del canal de Plymouth y llegó el 29 del mismo mes a Funchal en la isla de la Madera. Allá tomó algunos refrescos y avanzó hacia el Sur pero convencido de que la provisión de agua no era suficiente para alcanzar el cabo de Buena Esperanza resolvió parar en las islas de Cabo Verde y el 10 de agosto ancló en el puerto de Praya, de donde salió cuatro días después.

Había aprovechado esta recalada para reunir, como tenía costumbre de hacer siempre, todos los datos que podían ser útiles a los navegantes. Su descripción es hoy tanto más preciosa cuanto que los lugares han cambiado completamente y las condiciones de

la recalada se modificaron por consecuencia de las obras hechas en aquel puerto.

El 23 del mismo mes, a consecuencia de ráfagas violentas que obligaron a todos a mantenerse sobre cubierta, conociendo Cook los efectos perniciosos de la humedad en los climas cálidos, y cuidadoso de mantener la buena salud de su tripulación, mandó airear los entrepuentes. Hizo también encender fuego para deshumarlos y secarlos rápidamente y adoptó las precauciones que le hablan recomendado *Lord Sandwich* y *Sir Hugo Palliser* y que le sugería también su experiencia de la anterior campaña.

Merced a esta previsión de todos los instantes no tenía un solo enfermo en la *Resolucion* cuando llegó el 30 de octubre al cabo de Buena Esperanza. Acompañado del capitán Furneaux y de los señores Forster, padre e hijo pasó a visitar al gobernador holandés, Barón de Plettemberg, el cual se apresuró a poner a su disposición todos los recursos de la colonia. Allí supo que dos buques franceses que habían salido de la isla Mauricio en el mes de marzo habían tocado en el Cabo antes de dirigirse a los mares australes y donde iban a hacer descubrimientos a las órdenes del capitán Marion.

Durante esta recalada, más larga de lo que se había pensado al principio, encontró Forster al botánico sueco Sparmann, discípulo de Linneo, a quien invitó a formar parte de la expedición, prometiéndole un sueldo crecido. Es muy de elogiar que esta circunstancia el desinterés de Forster que no temió tener a su lado a un rival y que le pagó de su bolsillo, a fin de hacer más completos los estudios de que estaba encargado sobre la historia natural de los países que iba a visitar.

El 22 de noviembre se levantaron las anclas y los dos buques siguieron el rumbo del Sur en busca del cabo de la Circuncisión descubierto por el capitán Bouver en 4 de enero de 1739. Como el tiempo no debía tardar en refrescar, Cook mandó distribuir entre los marineros la ropa de abrigo que les había dado el Almirantazgo.

Del 29 de noviembre al 6 de diciembre se desencadenó una terrible tempestad. Los buques lanzados fuera de su rumbo, fueron

llevados al Este hasta el punto de tener que renunciar a buscar el cabo de la Circuncisión. Otra consecuencia del mal tiempo y de la súbita transición del calor a un frío excesivo, fue la pérdida de casi todos los animales vivos embarcados en el Cabo. En fin, la humedad molestó tan gravemente a los marineros que fue preciso aumentar las raciones de aguardiente para excitarles al trabajo.

El 10 de diciembre, a los 50° 40' de latitud austral, se encontraron los primeros hielos. La lluvia y la nieve se sucedían sin interrupción; y la niebla no tardó en hacerse tan intensa, que los buques no veían los témpanos flotantes sino cuando estaban a menos de una milla de distancia.

«Una de estas islas de hielo, dice la relación tenía menos de 200 pies de altura, 400 de largo y 2000 de longitud.

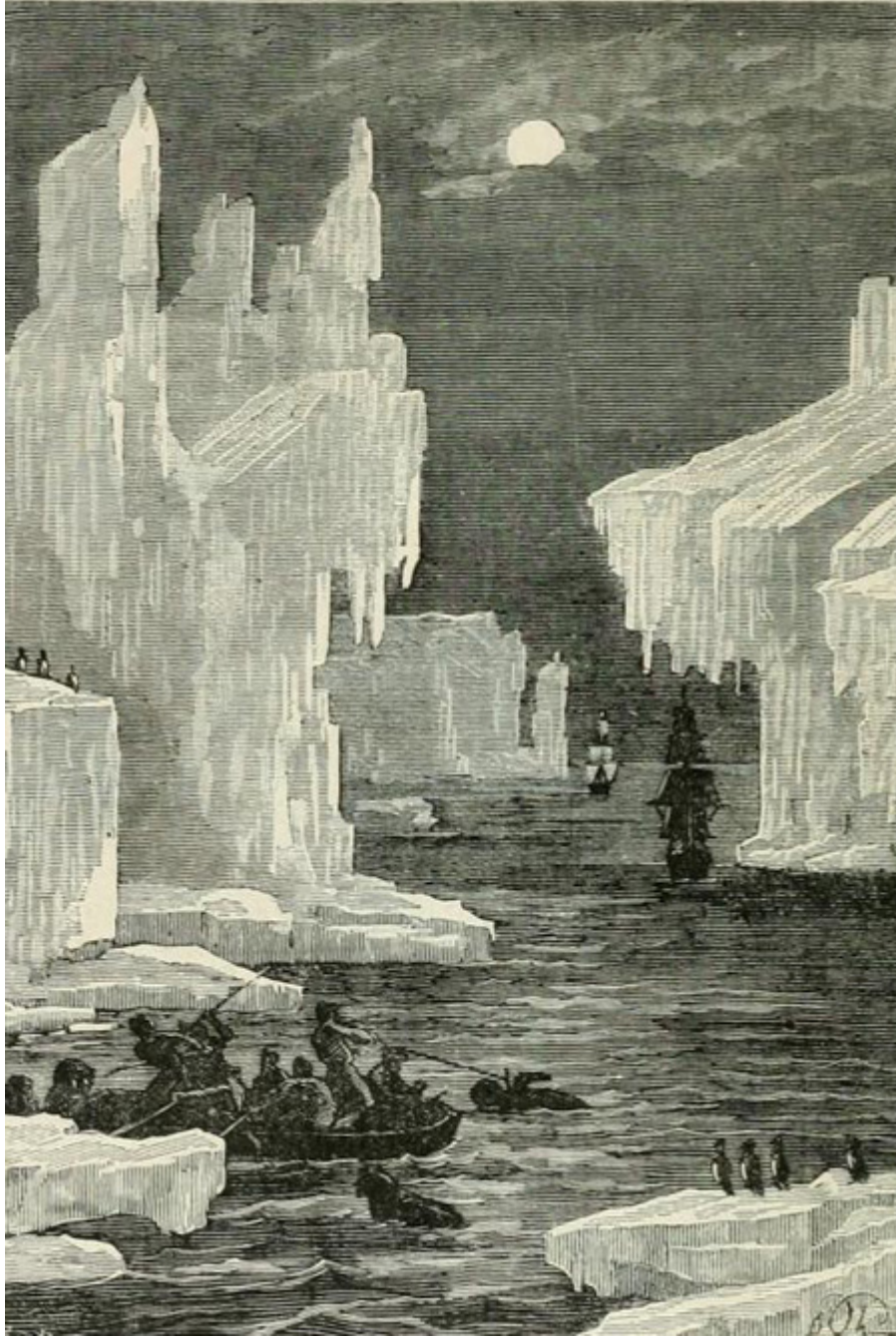
»Suponiendo que este témpano fuera de una forma absolutamente regular, su profundidad bajo el agua debía ser de 1800 pies y su altura total de 2,000 pies y según estas dimensiones toda la más. debía contener 1600 millones de pies cúbicos de hielo.

Cuanto más se adelantaban los buques, más se aumentaba el número de estos montes de hielo. La mar se encontraba tan agitada, que las olas en forma de montañas heladas pasaban por cima de los buques y caían al otro lado en fino polvo. Aquel espectáculo llenaba los ánimos de admiración; pero a la admiración seguía pronto el terror cuando se pensaba que si chocaba con el buque una de esas más.s prodigiosas se iría inmediatamente a pique. Sin embargo, la costumbre del peligro no tardó en engendrar la indiferencia y no se pensó al fin más que en las sublimes bellezas de aquellas luchas con el terrible elemento.

El 14 de diciembre un enorme banco de hielo cuyo extremo se perdía en los límites del horizonte, impidió a los dos buques adelantarse directamente más al Sur, y fue preciso costear aquel banco. No formaba una llanura unida, porque se veían acá y allá montes semejantes a los que se habían encontrado los días anteriores. Algunos creyeron ver la tierra bajo el hielo y el mismo Cook se engañó por un instante; pero al disiparse la niebla se

conoció y se explicó fácilmente el error. Al día siguiente se observó que los buques iban arrastrados por una fuerte corriente. Forster, padre, y Wales el astrónomo, bajaron a un bote para medir su celeridad; y mientras procedían a esta operación, la niebla se hizo tan espesa, que perdieron completamente de vista el buque. Su situación se hizo terrible, en una pequeña chalupa, sin instrumentos ni provisiones, en medio de un mar inmenso, lejos de toda costa y rodeados de hielo. Largo tiempo anduvieron errantes por aquel desierto sin poder lograr que desde el buque se les oyera.

Después cesaron de remar para no apartarse demasiado; y en fin, comenzaban a perder toda esperanza, cuando hirió sus oídos el sonido lejano de una campana. Entonces hicieron fuerza de remos en aquella dirección; la *Aventura* respondió a sus gritos y les recogió después de algunas horas de terrible angustia,



La opinión generalmente admitida entonces era que los hielos se formaban en las bahías o en las embocaduras de los ríos; y por consiguiente los exploradores se creían cerca de alguna tierra situada sin duda al Sur detrás del banco de hielo que no habían podido atravesar. Ya habían caminado más de treinta leguas al Oeste sin encontrar en el hielo una abertura que condujese al Sur,

cuando el capitán Cook resolvió hacer rumbo otras treinta leguas hacia el Este esperando, si no encontrar tierra, doblar a lo menos el banco de hielo y penetrar más adelante hacia el polo poniendo término a la incertidumbre de los físicos.

Aunque en aquella parte del globo reinaba en toda su fuerza el verano, el frío era cada día más intenso; los marineros padecían mucho y se presentaban a bordo los síntomas del escorbuto. La enfermedad se curó con repartir ropas de más abrigo y con los medicamentos indicados en semejantes casos, como mosto de cerveza y jugo de limón, con lo cual pudieron las tripulaciones sufrir los rigores de la temperatura.

El 29 de diciembre Cook adquirió la seguridad de que el gran banco de hielo no estaba unido a ninguna tierra, y entonces resolvió hacer rumbo al Este hasta llegar al meridiano de la Circuncisión, mientras algún obstáculo imprevisto no viniera a impedirselo.

Cuando puso su proyecto en ejecución el viento se hizo tan fuerte y la mar se puso tan agitada, que la navegación ofreció grandes peligros entre aquellos hielos flotantes que se entrechocaban con ruido espantoso. Estos peligros se aumentaron todavía más cuando los expedicionarios vieron hacia el Norte un campo de hielo que se extendía hasta perderse de vista. El buque corría riesgo de quedar aprisionado durante muchas semanas, enjaulado, para usar la locución de los balleneros. En este caso ¿no podría ser destrozado inmediatamente?

Cook no trató de huir ni al Oeste, ni al Este, sino que se dirigió directamente hacia el Sur. Por otra parte, estaban en la latitud atribuida al cabo de la Circuncisión y a setenta y cinco leguas al Sur del punto en que se le suponía situado. Estaba, pues, averiguado que si la tierra señalada por Bouvet existía realmente (lo cual es hoy cierto) era una isla poco importante y de ningún modo un gran continente.

Cook no tenía ya, pues, razones para permanecer en los mismos parajes. A los 67° 15' minutos de latitud Sur una nueva barrera de hielo, que corría del Este al Oeste, le cerraba el paso y no pudo

encontrar en ella ninguna abertura. En fin la prudencia le aconsejaba no permanecer por más tiempo en aquella región, porque ya habían corrido las dos terceras del verano, y resolvió buscar sin demora la tierra recientemente descubierta por los franceses.

El 1 de febrero de 1773 los buques estaban a los 48° 30' de latitud Sur y 138° 7' de longitud Oeste, lo cual es casi el meridiano atribuido a la isla de San Mauricio. Después de un vano crucero al Este y al Oeste que no produjo ningún resultado, dedújose de aquí que si había en aquellos parajes alguna tierra, no podía ser sino una isla pequeñísima, porque de otro modo no se habría ocultado a sus investigaciones.

El 8 de febrero el capitán observó con pena que la *Aventura* no navegaba ya de conserva con él. Durante dos días la esperó en vano, haciendo disparar cañonazos a cortos intervalos y encender grandes hogueras en la cubierta alta durante toda la noche.

La *Resolución* tuvo que continuar sola la campaña.

En la mañana del 17 de febrero, hacia las dos o las tres de la madrugada, la tripulación fue testigo de un magnífico espectáculo que jamás había sido contemplado hasta entonces por ningún europeo. Era una aurora austral.

«El oficial de cuarto, dice la relación, observó que de cuando en cuando partían del horizonte rayos en forma espiral y circular y que entonces la claridad aumentaba y parecía bellísima. La aurora no indicaba que tuviese ninguna dirección; al contrario, inmóvil en los cielos llenaba de cuando en cuando toda su extensión derramando su luz por todas partes».

Después de una nueva tentativa para abrirse paso, tentativa a la cual la niebla, la lluvia la nieve y los enormes bancos de hielo flotantes le obligaron a renunciar, Cook tomó el rumbo del Norte convencido de que no dejaba detrás de sí ninguna tierra, y volvió a la Nueva Zelanda, donde había dado cita a la *Aventura* para el caso de separación.

El 25 de marzo echaba el ancla en la bahía Dusky después de ciento setenta días de navegación consecutiva, durante los cuales había andado 3,660 leguas sin ver la tierra una sola vez.

Luego que hubo encontrado un surgidero cómodo, se apresuró a prodigar a su tripulación los abundantes recursos que suministraba el país en aves pescados y vegetales, mientras él mismo recorría con la sonda en la mano las inmediaciones de la bahía, donde no encontró sino un pequeño número de indígenas con los cuales tuvo muy pocas relaciones. Sin embargo, una familia que se familiarizó más con los ingleses se estableció a cien pasos de la aguada y Cook les hizo dar un concierto donde la gaita y la cornamusa rivalizaron sin éxito con el tambor de los neozelandeses.

El 18 de Abril uno de los jefes indígenas paso a bordo con su hija, pero antes de entrar en el buque hirió los costados con un ramo verde que tenía en la mano y dirigió a los extranjeros una especie de arenga o de invocación cadenciosa y regular, costumbre general entre los insulares del mar del Sur. Apenas hubo puesto el pié sobre cubierta, ofreció a Cook una pieza de tela y un hacha de talco verde, generosidad sin precedente entre los neozelandeses.

Después visitó el buque en todos sus detalles, y para manifestar su reconocimiento al comandante, metió los dedos en un saquito que llevaba la cintura y quiso untarle los cabellos con el aceite infecto que contenía. Costóle a Cook gran trabajo evitar aquella prueba de estrecha amistad, que tampoco había obtenido el don de agradar a Byron en el estrecho de Magallanes; pero el pintor Hodges tuvo que someterse a la operación con grande alegría de los marineros. Después aquel jefe desapareció para no volver, llevándose nueve hachas y unas treinta tijeras de carpintero que le regalaron los oficiales.

Más rico que todos los neozelandeses, se apresuró a poner en seguridad sus tesoros temiendo que se los robasen.

Cook, antes de marchar, soltó en tierra cinco ánades, últimas de las que había llevado del cabo de Buena Esperanza, pensando que podrían multiplicarse en aquel sitio poco habitado, e hizo roturar un

terreno donde sembró algunas hortalizas. Era trabajar a la vez en favor de los naturales y de los viajeros futuros que podrían encontrar en aquel sitio preciosos recursos.

Cuando hubo acabado el reconocimiento hidrográfico de la bahía Dusky, puso la proa hacia el estrecho de la Reina Carlota, punto de reunión señalado al capitán Furneaux.

El 17 de mayo la tripulación fue testigo de otro espectáculo magnífico. Seis trombas, una de las cuales tenía sesenta pies en la base y pasó a cien pies del buque, se levantaron sucesivamente y con sus aspiraciones enérgicas pusieron las nubes en comunicación con el mar. Este fenómeno duró cerca de tres cuartos de hora; y al terror que experimentó al principio toda la tripulación, sucedió en breve la admiración que excita, especialmente en una época en que estos meteoros eran poco conocidos.

A la mañana siguiente, en el momento en que la *Resolucion* penetraba en el canal de la Reina Carlota se presentó a la vista la *Aventura* que había llegado seis semanas antes. Furneaux, después de haber llegado el 1.º de marzo a la bahía de Van-Diemen había seguido la costa durante diez y siete días; pero había tenido que abandonarla antes de poder cerciorarse de sí en efecto formaba parte, como él creía, de la Nueva Holanda. Estaba reservado al cirujano Bass el refutar este error. El 9 de abril, después de haber llegado al estrecho de la Reina Carlota, aprovechó sus ocios para sembrar un jardín y mantener algunas relaciones con los neozelandeses, que le dieron pruebas irrefragables de sus costumbres antropófagas.

Antes de continuar su viaje de descubrimiento, Cook, obedeciendo al mismo pensamiento que había inspirado su conducta en la bahía de Dusky, dejó en tierra una oveja y un carnero, una cabra y un macho cabrío, y un cerdo y dos cerdas preñadas.

Plantó también patatas, que no existían entonces en la más septentrional de las dos islas que componen la Nueva Zelanda.

Los indígenas se parecían mucho a los de la bahía de Dusky; pero eran más indolentes; corrían de una habitación a otra durante la cena y devoraban todo lo que se les ofrecía. Fue imposible hacerles beber una gota de vino o de aguardiente; pero les gustaba mucho el agua con azúcar.

«Ponían la mano, dice Cook, sobre todo lo que veían pero lo devolvían al momento que les decía por señas que no queríamos o no podíamos dárselo. Estimaban particularmente las botellas de vidrio las cuales llamaban *tawhaw*; pero cuando se les explico la dureza y el uso del hierro lo prefirieron a los abalorios, a las cintas y al papel blanco. Entre ellos había algunas mujeres cuyos labios estaban llenos de agujerillos pintados de azul negruzco al paso que una mezcla de greda y aceite que formaba un color rojo vivo, cubría sus mejillas. Tenían, como las de la bahía de Dusky las piernas delgadas y torcidas; el cuerpo y las rodillas gruesas, lo que proviene seguramente del poco ejercicio que hacían y de la costumbre de estar sentadas con las piernas cruzadas.

Ademas el hábito de mantenerse en sus piraguas en cuclillas casi continuamente contribuye a estos mismos defectos. Su color es pardo claro; sus cabellos muy negros y la cara redonda; la nariz y los labios un poco gruesos, pero no achatados; los ojos negros y vivos y no faltos de expresión. Colocados en fila, los naturales se despojaron de sus ropas superiores; uno de ellos cantó de un modo grosero y los demás imitaban los gestos que hacia.

Extendían los brazos y daban alternativamente con el pie en la tierra haciendo contorsiones como locos; repetían en coro las últimas palabras del cantor; y fácilmente pudimos distinguir cierta especie de rima; pero no estoy seguro de que la hubiese. La música era muy salvaje y poco variada».

Algunos de los neozelandeses pidieron noticias de Tupia; y cuando supieron su muerte manifestaron su dolor con una especie de lamentación más aparente que verdadera.

Cook no vio ni uno solo de los indígenas que había conocido en su primer viaje; de donde dedujo con toda apariencia de razón que

los naturales que habitaban el estrecho en 1770 habían sido expulsados de allí o se habían retirado espontáneamente.

Por lo demás el número de habitantes había disminuido en dos terceras partes y el i-pah estaba abandonado lo mismo que gran número de habitaciones a orillas del canal.

Hallándose dispuestos los dos buques para hacerse a la mar, Cook dio sus instrucciones al capitán Furneaux. Quería adelantarse hacia el Sur hasta los 41° 46' de latitud y hasta 140° de longitud Oeste; y si no encontraba tierra, dirigirse a Tahití, que fijó como punto de reunión; volver después a la Nueva Zelanda y reconocer todas las partes desconocidas del mar entre esta isla y el cabo de Hornos.

Hacia fines de julio el escorbuto comenzó a invadir la tripulación de la *Aventura* a consecuencia de algunos días de calor. La de la *Resolucion*, gracias a las precauciones que Cook no había abandonado un solo momento y al ejemplo que él mismo daba constantemente de comer apio y coclearia, se libró de la enfermedad.

El 1.º de agosto los dos buques estaban a los 25' 1' de latitud y 134° 6' de longitud Oeste, situación atribuida por Carteret a la isla de Pitcairn. Cook la buscó pero no pudo encontrarla; bien es verdad que el estado de los enfermos de la *Aventura* abrevió con mucho sentimiento suyo el crucero. Deseaba confirmar o rectificar la longitud de aquella isla y por lo mismo la de todas las tierras inmediatas descubiertas por Carteret, longitud que no había sido confirmada por observaciones astronómicas. Pero habiendo perdido la esperanza de hallar un continente austral, hizo vela al Noroeste y no tardó en reconocer muchas de las islas vistas por Bougainville. «Estas islas bajas, de que está lleno el mar del Sur entre los trópicos, dice en su relación, se encuentran al nivel de las olas en su parte inferior, y en las demás apenas se levantan una vara. Su forma es por lo general circular; contienen en su centro un estanque de agua del mar, y la profundidad del agua alrededor es Inmensa. Producen poco; lo mejor que tienen son los cocoteros; más a pesar

de esta esterilidad y de su poca extensión, la mayor parte están habitadas. No es fácil decir cómo han podido poblarse estos pequeños cantones y es todavía más difícil determinar de dónde han sacado sus habitantes las islas más elevadas del mar del Sur».

El 15 de agosto Cook reconoció la isla de Osnabrugh o Maireia descubierta por Wallis, e hizo rumbo hacia la bahía de Oaiti-Piha donde pensaba embarcar todos los víveres frescos que pudiera antes de pasar a Matavai.

«Al amanecer, dice Forster, gozamos de una de esas madrugadas que los poetas de todas las naciones han tratado de pintar: un ligero soplo de viento nos llevaba de tierra un perfume delicioso y rizaba la superficie de las aguas. Las montañas cubiertas de bosque levantaban sus cabezas majestuosas sobre las cuales veíamos ya la luz del sol naciente. Cerca de nosotros se veía una calle, de colinas, formando un suave plano inclinado, cubiertas de árboles como las primeras, pero agradablemente entremezclados de matices verdes y pardos; al pie había una llanura adornada de fértiles árboles del pan y detrás una gran cantidad de palmeras que parecían presidir sobre aquellos bosquecillos encantadores. Todo estaba dormido en apariencia; la aurora no hacía más que despuntar, y una oscuridad tenue envolvía el paisaje. Distinguimos, sin embargo, casas entre los árboles y piraguas en la costa; y a media milla de la orilla, las olas rugían contra un banco de rocas al nivel del mar; en el interior estaban tranquilas como en un estanque. El astro del día comenzó después a iluminar la llanura; los insulares se levantaban y animaban poco a poco aquella escena deliciosa. A la vista de nuestros buques, muchos se apresuraron a lanzar al mar sus piraguas y remaron hasta cerca de nosotros. No pensábamos que íbamos a correr el mayor peligro y que en breve la destrucción amenazaría a nuestros buques y a nuestra tripulación en aquellas playas afortunadas».

¡Hábil escritor y feliz pintor el que sabe encontrar colores tan frescos y tan variados! ¡Pocas expresiones han envejecido en este cuadro magnífico y el lector siente no haber podido acompañar a

aquellos atrevidos marineros y a aquellos hombres científicos que comprendían tan bien la naturaleza! ¡Por qué no habremos podido visitar con ellos esas poblaciones inocentes y pacíficas, en aquella edad de oro cuya desaparición es tanto más penosa cuanto que la ha sucedido nuestro siglo de hierro!

Los buques estaban a media legua de un arrecife cuando cesó el viento. A pesar de todos los esfuerzos de las chalupas, iban a estrellarse miserablemente contra los escollos a la vista de la tierra tan deseada, cuando una hábil maniobra del comandante, ayudada afortunadamente por la marea y por la brisa de tierra, pudo sacarles del peligro. Sin embargo, experimentaron algunas averías, y la *Aventura* perdió tres anclas.

Una multitud de piraguas rodearon los buques y se cambiaron frutas de toda especie por algunas cuentas de vidrio. Sin embargo los indígenas no llevaban ni aves, ni cerdos; los que se velan alrededor de las casas, pertenecían al rey, el cual no había dado permiso para venderlos. Muchos de los tahitianos pedían noticias de Banks y de los demás compañeros de Cook en su primer viaje; y algunos se informaron también acerca de Tupia, pero no volvieron a hablar de él cuando supieron las circunstancias de su muerte.

Al día siguiente los dos buques echaban el ancla en la rada de Oaiti-Piha, a dos cables de la orilla y se llenaron de visitantes y de vendedores. Algunos se aprovecharon de la confusión para arrojar a sus piraguas los géneros que habían vendido a fin de hacérselos pagar por segunda vez. Para poner fin de esta estafa, Cook mandó expulsar a los estafadores después de haberles dado algunos latigazos que sufrieron sin quejarse comer y beber por sus mujeres.

Por la tarde los dos capitanes bajaron a tierra para examinar la aguada que hallaron muy conveniente; y durante esta pequeña excursión pasaron a bordo muchos indígenas que confirmaron la mala reputación en que les habían puesto las relaciones anteriores de Bougainville y de Cook.

«Uno de los oficiales situados en el castillo de popa, dice la relación, queriendo dar alguna cuentas de vidrio a un niño de seis

años que se hallaba en una piragua les dejó caer al mar. El niño se precipitó inmediatamente al agua y se sumergió hasta sacarlas del fondo. A fin de recompensar su destreza, le arrojamos otras bagatelas; y esta generosidad estimuló a una multitud de hombres y mujeres que nos divirtieron por sus sorprendentes actos de agilidad en medio de las olas. Al ver su posición desembarazada en el agua y la flexibilidad de sus miembros, no parecían sino que eran animales anfibios».

Los tahitianos que habían subido a bordo fueron de los sorprendidos robando diferentes objetos. Uno de ellos que había estado la mayor parte del día en la cámara de Cook, se apresuró a saltar a la mar, y el capitán irritado de su conducta disparó dos tiros al aire.

Un bote destacado para apoderarse de las piraguas de los ladrones fue acometido a pedradas cerca de la orilla, y fue preciso disparar un cañonazo para obligar a los agresores a retirarse. Estas hostilidades no tuvieron consecuencias; los naturales volvieron a bordo como si nada hubiera pasado. Cook supo por ellos que la mayor parte de los antiguos amigos de las cercanías de Matavai hablan muerto en una batalla reñida entre los habitantes de las dos penínsulas.

Los oficiales dieron varios paseos por tierra; y Forster, impulsado por su ardor de investigaciones botánicas, les acompañó en todos ellos. Durante una de estas excursiones fue testigo del modo que tienen las tahitianas de preparar sus telas.

«Apenas, dice, habíamos andado unos cuantos pasos llamó nuestra atención un ruido que procedía del bosque. Siguiendo el sonido llegamos a un cobertizo donde cinco o seis mujeres, sentadas a uno y otro lado de una larga pieza de madera cuadrada, machacaban la corteza fibrosa del moral a fin de fabricar sus telas. Para esto se servían de un pedazo de madera cuadrada con surcos longitudinales y paralelos más o menos espaciados según los diferentes lados. Se detuvieron un momento para dejarnos examinar la corteza, la malla y la viga que les servía de mesa; nos mostraron

también en una gruesa nuez de coco, una especie de agua glutinosa de que se servían de cuando en cuando para unir unas con las diversas partes de la corteza. Esta cola, que según comprendimos procede del *hibiscus esculentus*, es absolutamente necesaria para la elaboración de estas inmensas piezas de tela que, teniendo algunas veces dos o tres varas de anchura y cincuenta de largas, se componen de pedacitos de cortezas de árbol de muy corto espesor... Las mujeres ocupadas en este trabajo llevaban vestidos viejos sucios y hechos jirones y tenían las manos muy duras y callosas.» .

El mismo Forster vio un hombre que llevaba las uñas muy largas, de lo cual estaba muy orgulloso, como que probaba que no estaba obligado a trabajar para vivir. En el imperio de Annam, en China y en otros muchos países se ha observado también esta manía singular y pueril. Solo un dedo está provisto de una uña menos larga y es el que sirve para rascarse, ocupación muy general en todos los países del extremo Oriente.



Durante otro de estos paseos, Forster vio un insular tendido sobre una alfombra de yerba espesa que pasaba el día en aquella posición, haciéndose dar de comer y beber por sus mujeres. Aquel miserable personaje, que engordaba sin prestar ningún servicio la sociedad, recordó al naturalista inglés la cólera de *sir* John Mandeville, «lamentándose al ver un glotón semejante que consumía su tiempo sin distinguirse por ningún hecho de armas y

que vivía encenagado en los placeres como un cerdo que se engorda en una pocilga».

El 22 de agosto, Cook, habiendo sabido que el rey Waheatua estaba en las inmediaciones y deseaba verle, bajó a tierra con el capitán Furneaux, los Forster y varios naturales. Encontróle que salía a recibirle con un numeroso séquito y le conoció al momento porque le había visto muchas veces en 1769. Aquel rey en la citada época era niño y se llamaba Te-Aree; pero había cambiado de nombre a la muerte de su padre Waheatua. Hizo sentar al capitán en su taburete y se informó con amabilidad acerca de la salud de muchos ingleses a quienes había conocido en el anterior viaje. Cook, después de los cumplimientos ordinarios, le regaló una camisa, una hacha, clavos y otras bagatelas; pero de todos estos regalos lo que le pareció más precioso y causó de parte de los naturales gritos de admiración, fue un penacho de plumas rojas montadas sobre alambres.

Waheatua, rey de la pequeña Tahití, podía tener de diez y seis a diez y siete años de edad. Era alto, bien formado y hubiera tenido el aire majestuoso si la expresión habitual de su fisonomía no fuese la del temor y la desconfianza. Estaba rodeado de varios jefes y nobles personajes, notables por sus estaturas y de los cuales uno, tatuado de una manera singular, tenía una corpulencia enorme. El rey, que le mostraba gran consideración, le consultaba a cada momento.

Cook supo entonces que pocos meses antes había recalado en Tahití un buque español; y después averiguó que era el de Domingo Buenechea procedente de Callao.

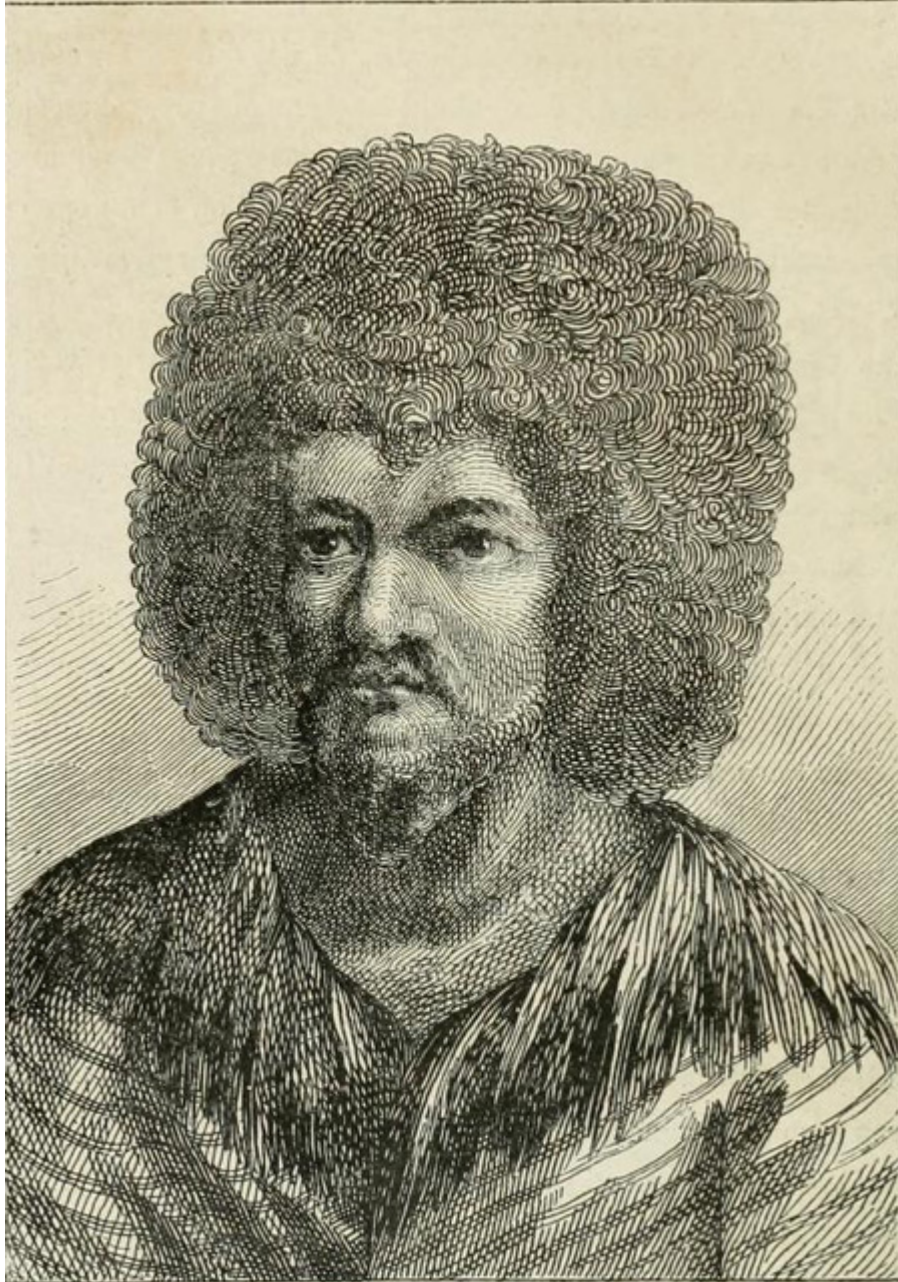
Mientras Etee, el gordo confidente del rey, hablaba con algunos oficiales de materias religiosas y preguntaba a los ingleses si tenían un Dios, Waheatua se divertía con el reloj del comandante. Admirábase del ruido que hacía y expresaba su admiración diciendo: «habla» y preguntando para qué podía servir. Explicáronle que servía para medir el tiempo y que en esto parecía al sol, y entonces Waheatua le dio el nombre de *solecito* para manifestar que había comprendido la explicación.

Los buques se hicieron a la vela el 24 por la mañana y por largo tiempo fueron seguidos de muchas piraguas cargadas de cocos y de otros frutos. Para no perder esta ocasión de adquirir mercancías de Europa, los indígenas vendieron sus géneros muy baratos; y aun fue posible proporcionarse una docena de los más hermosos cocos por una sola cuenta de vidrio. Esta abundancia de víveres frescos no tardó en hacer recobrar la salud a los enfermos de los buques; y la mayor parte de los marineros que al llegar a Osnabruggh apenas podían andar, estaban ya restablecidos al tiempo de partir.

El 26 la *Resolucion* y la *Aventura* llegaron a la bahía de Matavai e inmediatamente invadió las cubiertas una multitud de tahitianos. El capitán les conocía en su mayor parte, y el teniente Pickersgill que había acompañado a Wallis en 1767, y a Cook dos años después, recibió una acogida particularmente amable.

Cook hizo levantar tiendas para los enfermos, los toneleros y los veleros; y después salió para Oparree con el capitán Furneaux y los dos Forster. El bote que los llevaba no tardó en pasar delante de un moai de piedra y de un cementerio, conocido con el nombre de moai de Tutahaa. Cuando Cook le designó con este nombre, uno de los indígenas que le acompañaban le dijo que desde la muerte de Tutahaa le llamaban O-Tu.

«Buena lección para príncipes a quienes se recuerda de este modo durante su vida que son mortales, y que después de su muerte, el terreno que ocupará su cadáver no será suyo. El jefe y su mujer al pasar por delante del moai se quitaron las ropas superiores, muestra de respeto que dan los indígenas de todas las categorías delante de un moai, lugar que, sin duda, es sagrado para ellos».



Cook fue en breve admitido a la presencia del rey O-Tú; y después de algunos cumplimientos, le ofreció todo lo que pensaba que podía tener algún valor a sus ojos; porque comprendía cuán ventajoso le sería ganar la amistad de aquel hombre, cuyas menores palabras denotaban la timidez de su carácter.

Aquel rey, alto y bien formado, parecía tener unos treinta años. Se informó acerca de Tupia y de los compañeros de Cook, aunque

no había visto a ninguno de ellos; y en seguida se distribuyeron muchos regalos entre las personas de su séquito que parecieron a Cook más influyentes. «Las mujeres enviaron inmediatamente sus criados a buscar grandes piezas de sus más hermosas telas teñidas de escarlata, de color de rosa o paja, perfumadas con su aceite más odorífero, las pusieron sobre nosotros y nos cargaron tan bien, que nos era difícil movernos».

A la mañana siguiente O-Tu vino a devolver la visita al capitán. No entró en el buque hasta que Cook hubo estado envuelto en una cantidad considerable de telas indígenas de las más preciosas; y no se atrevió a bajar al entrepuente hasta que su hermano le hubo visitado primero. Cook hizo sentar al rey y a su comitiva para almorzar, y todos los indígenas se extasiaron ponderando la comodidad de las sillas. O-Tu no quiso probar de ningún plato; pero sus compañeros estuvieron muy lejos de imitar su reserva. Admiró mucho un perro que pertenecía a Forster y manifestó el deseo de que se le regalaran. Diéronsele inmediatamente, y desde entonces le hacía llevar tras de sí por uno de los señores de su comitiva. Después del almuerzo, Cook llevó en su chalupa a O-Tu hasta la orilla. El capitán Furneaux le había regalado una cabra y un macho cabrio. El teniente Pickersgill, en una excursión que hizo al interior, encontró a la anciana Oberea, que había manifestado tanto afecto a Wallis. Parecía haber perdido todas sus dignidades y estaba tan pobre que no pudo hacer ningún regalo a sus amigos. Cuando Cook marchó el 4.º de setiembre, un joven tahitiano llamado Poreo le pidió el favor de acompañarle; y Cook se lo concedió con la esperanza de poderle ser útil. En el momento en que vio desaparecer la tierra al extremo del horizonte, Poreo no pudo contener sus lágrimas y fue preciso que los oficiales le consolasen, asegurándole que les servirían de padres.

Cook se dirigió entonces a la isla de Huaheine que no distaba apenas 25 leguas y ancló junto a ella el 3 por la mañana. Los insulares le llevaron muchas aves de gran tamaño que fueron tanto mejor recibidas cuanto que la tripulación no se las había podido

proporcionar en Tahití. En breve llegaron también al mercado cerdos, perros y frutas que se cambiaron con ventaja por hachas, clavos y abalorios. Aquella isla, lo mismo que Tahití, presentaba señales de erupciones volcánicas y la cima de una de sus colinas llamaba mucho la atención por tener la figura de un cráter. El aspecto del país es el mismo, aunque en pequeño, que el de Tahití; la circunferencia de Huaheine no pasa de 7 a 8 leguas.

Cook pasó a visitar a su antiguo amigo Oree, y este rey, prescindiendo de toda ceremonia, se arrojó al cuello del capitán llorando de alegría y después le presentó a sus amigos, a quienes el capitán hizo algunos regalos. El rey le ofreció lo que poseía más precioso, porque consideraba a Cook como un padre y prometió proporcionar a los ingleses todo lo que necesitaran, palabra que cumplió con la mayor lealtad.

Sin embargo, el 6 por la mañana, los marineros que dirigían los cambios entre los naturales y la tripulación fueron insultados por un indígena pintado de rojo, en traje de guerra y que llevaba una maza en cada mano en ademán de blandirlas contra todo el mundo. Cook que llegaba a tierra en aquel momento, se arrojó sobre el indígena, luchó con él, se apoderó de sus mazas y las tiró. El mismo día ocurrió otro incidente. Sparrman había penetrado imprudentemente en el interior de la isla para hacer investigaciones botánicas. Algunos indígenas, aprovechando el momento en que examinaba una planta, le arrancaron del cinturón una daga, única arma que llevaba, le dieron con ella un golpe en la cabeza, se precipitaron sobre él y le arrancaron a pedazos una parte de los vestidos. Sparrman logró levantarse y echo a correr hacia la playa; pero habiéndole detenido los arbustos y zarzas del camino fue atajado otra vez por los naturales que trataron de cortarle las manos para apoderarse de su camisa cuyas mangas estaban abotonadas. Él pudo desgarrar las mangas con los dientes y evitó de este modo el peligro. Otros insulares viéndole desnudo y magullado le dieron sus vestidos y le condujeron a la plaza del mercado, donde se hallaban otra multitud de naturales. En el momento en que Sparrman se

presentó en aquel estado, todos tomaron la fuga por un movimiento espontáneo. Cook creyó al principio que acababan de cometer un robo; pero desengañado al ver al naturalista, llamó inmediatamente a algunos indígenas; les aseguró que no tomaría venganza contra los que estuvieran inocentes y dio sus quejas a Oree. Éste, desconsolado y furioso por lo que había pasado, lleno a su pueblo de reconvenciones vehementes y prometió hacer la posible por encontrar los objetos robados y los ladrones.

En efecto, a pesar de las súplicas de los naturales, se embarcó en la chalupa del comandante y salió con él en busca de los culpados. Éstos se habían ocultado y por el momento fue preciso renunciar a encontrarlos.

Oree acompañó, pues, a Cook a su bordo; comió con él; y cuando volvió a tierra, fue recibido con las demostraciones de gozo más vivas por sus súbditos que no esperaban volverle a ver.

«Una de las reflexiones más agradables que nos ha sugerido este viaje, dice, Forster, es que en vez de encontrar a los habitantes de estas islas encenagados en los deleites, como han dicho falsamente los primeros viajeros, hemos observado entre ellos los sentimientos más humanos y más delicados. En todas las sociedades hay caracteres viciosos; pero se cuentan en Inglaterra o en cualquier otro país civilizado, cincuenta malos por cada uno de los que hay en éste».

En el momento en que los buques se daban a la vela Oree llegó a decir al comandante que los ladrones habían sido presos, y le invitó a bajar a tierra para asistir a su suplicio. Era imposible acceder a su petición, y entonces el rey quiso acompañar a Cook una media legua y allí se despidió con muestras de la más tierna amistad.

Aquella recalada había sido muy productiva. Los dos buques llevaban más de trescientos cerdos, sin contar las aves y las frutas; y sin duda hubieran podido proporcionarse más si su residencia hubiera sido más larga.

El capitán Furneaux había consentido en tomar a bordo un joven llamado Omai, cuyo carácter e inteligencia debían darle una alta

idea de los habitantes de las islas de la Sociedad. Este joven, a su llegada a Inglaterra, fue presentado al rey por el conde de Sandwich, primer *lord* del Almirantazgo y al mismo tiempo halló en los señores Banks y Solander protectores y amigos que le proporcionaron una recepción amistosa en las casas de las primeras familias de la Gran Bretaña. Dos años residió en Inglaterra, al cabo de los cuales se embarcó con Cook en su tercer viaje para volver a su patria.

Cook pasó en seguida a Ulietea, donde los indígenas le hicieron una acogida de las más simpáticas. Pidieron con interés noticias de Tupia y de los ingleses que habían tripulado la *Endeavour*. El rey Oreó se apresuró a reanudar sus buenas relaciones y a proporcionarle las provisiones que su isla producía. Durante aquella recalada el joven Poreo que iba embarcado en la *Resolucion* bajó a tierra con una joven tahitiana que había sabido cautivarle y no volvió a presentarse a bordo. En cambio se presentó un joven de diez y siete a diez y ocho años, natural de Bolabola, llamado Oedidi, que declaró su intención de pasar a Inglaterra. El dolor que aquel indígena manifestó al separarse de sus compatriotas hizo formar buena idea de sus sentimientos.

Los buques cargados con más de cuatrocientos cerdos y muchas aves y frutas abandonaron definitivamente las islas de la Sociedad el 17 de setiembre e hicieron rumbo al Oeste. Seis días después avistaron la isla Harvey, y el 1º de octubre anclaron delante de Eoa llamado Middelburg por Tasman y Cook.

Los naturales le recibieron cordialmente. Un jefe llamado Tai-One subió a bordo, tocó la nariz del capitán con la raíz del árbol de pimienta y se sentó sin decir una palabra. Con aquella ceremonia quedaba hecha la alianza que fue ratificada con el donativo de algunas bagatelas.

Tai-One guió a los ingleses por el interior de la isla y mientras duró el paseo los recién venidos estuvieron rodeados de una multitud compacta de indígenas que les ofrecían telas y esteras en cambio de clavos, llegando a veces la liberalidad hasta regalar sus

géneros sin aceptar nada para ellos. Tai-One llevó a sus amigos a su habitación, agradablemente situada en el centro de un hermoso valle a la sombra de algunos árboles, y les hizo servir un licor extraído delante de ellos del jugo de eava, cuyo uso es común en casi todas las islas de la Polinesia.

Esta bebida se preparó del modo siguiente. Comenzaron por machacar pedazos de la raíz del eava, que es una especie de árbol de pimienta y después los pusieron en una gran vasija de madera, en la cual echaron agua. Cuando el licor estuvo potable lo pasaron a unas copas hechas de hojas verdes en forma de cucurucho y que contenían más de un cuartillo. Cook fue el único que bebió del licor porque la manera de hacerlo había apagado la sed de sus compañeros; pero los naturales no guardaron la misma reserva y pronto vaciaron la vasija.

Los ingleses visitaron en seguida varias plantaciones o jardines separados por setos de cañas entrelazadas que se comunicaban entre sí por medio de puertas formadas de tablas fijadas en goznes. La perfección del cultivo y el instinto tan desarrollado de la propiedad anunciaban un grado de civilización superior al de Tahití.

Cook, no pudiendo obtener a ningún precio ni cerdos ni aves, a pesar de la recepción afable que le habían hecho, salió de la isla y se dirigió a la de Ámsterdam, llamada Tonga-Tabu por los indígenas donde esperaba obtener los víveres que necesitaba.

Los buques no tardaron en anclar en la rada de Van-Diemen en 18 brazas de agua a un cable de distancia de las rompientes que rodean la costa. Los naturales llevaron telas, esteras, instrumentos, adornos y poco después cerdos y aves. Oedidi les compró con mucho interés plumas rojas que, según decía, tendrían un gran valor en Tahití.

Cook bajó a tierra con un indígena llamado Atago que desde el primer momento se le halda manifestado muy amigo. En aquel paseo observó un templo muy semejante a los moais y designado con el nombre genérico de Faitoka. Estaba levantado sobre una eminencia construida por mano de hombre a 16 a 18 pies sobre el

suelo; tenía una forma oblonga y se llegaba a él por dos escaleras de piedra. Su construcción era semejante a la de las habitaciones de los naturales; es decir, con postes y vigas cubiertas de hojas de palmeras; y ocupaban sus nichos algunas imágenes de madera groseramente esculpidas y de dos pies de longitud.

«No queriendo yo ofender ni a los naturales ni a su Dios, dice Cook, no me atreví a tocarlas, pero pregunté a Atago si eran estatuas o Dioses. Ignoro si me comprendió; pero al instante les echó mano y les dio vueltas a un lado y a otro tan groseramente como si hubiera tocado un pedazo de madera, lo que me convenció de que no representaban la Divinidad».

En aquella isla hubo algunos robos pero no alteraron las buenas relaciones, y la expedición pudo proporcionarse una gran cantidad de víveres frescos.

Antes de su partida, el capitán tuvo una entrevista con un personaje a quien los naturales rodeaban de respeto extraordinario y llamaban unánimemente Rey.

«Le encontré sentado, dice Cook, con una gravedad tan estúpida y tan sombría que, a pesar de lo que hablan dicho, le tomé por un idiota a quien el pueblo adoraba a causa de alguna idea supersticiosa. Le saludé y le hable; pero no me respondió, ni hizo el menor caso de mí... Iba a dejarle, cuando uno de los naturales se explicó de manera que no me quedó duda ninguna de que era el rey. Ofrecióle de regalo una camisa, una hacha, un poco de tela roja, un espejo, algunos clavos, medallas y abalorios. Los recibió, o por mejor decir, consintió en que se los pusiera encima y alrededor sin perder nada de su gravedad, sin decir una palabra y sin mover la cabeza ni a derecha ni a izquierda».

Sin embargo, al día siguiente por la mañana, aquel jefe envió varios cestos de bananas y un cerdo asado a Cook diciendo que eran un regalo del ariki de la isla al ariki del buque. Aquel archipiélago recibió de Cook el nombre de islas de los Amigos. Eran las que habían visto Schouten y Tasman que les designaron con el

nombre de isla de los Cocos, de los Traidores, de la Esperanza y de Hornos.

Cook que no había podido proporcionarse agua dulce, se vio obligado a salir de Tonga más pronto de lo que hubiera querido. Tuvo tiempo, sin embargo, de reunir cierto número de observaciones sobre las producciones del país y las costumbres de los habitantes, y vamos a resumir las de mayor importancia. La naturaleza ha sembrado con prodigalidad sus más ricos tesoros en las islas de Tonga y Eoa. Los cocoteros, las palmeras, los árboles del pan, los ñames, la caña de azúcar son sus producciones más comunes. En materia de animales comestibles no se encuentran más que cerdos y aves; pero si no hay perros, su nombre por lo menos es conocido. En las costas pululan los peces.

Los habitantes de estas islas son de la misma estatura y casi de la misma blancura que los europeos, bien proporcionados y de fisonomía agradable. Sus cabellos son ordinariamente negros, pero tienen la costumbre de teñirlos con ciertos polvos, de suerte que los hay blancos, rojos y azules, lo cual produce un efecto singular. La práctica del tatuado es universal; y en cuanto al traje, es de los más sencillos, pues consiste solamente en una pieza de tela rodeada a la cintura y que baja hasta las rodillas. Pero las mujeres, que en Tonga, como en todas partes, son más coquetas que los hombres, suelen hacerse unos delantales de libras de coco que adornan de conchas, pedazos de telas de colores y plumas.

Estos naturales tienen algunas costumbres singulares que los ingleses no habían observado todavía. Se ponían en la cabeza todo lo que les daban, y empleaban esta práctica para concluir un trato. Cuando moría uno de sus padres, tenían la costumbre de cortarse una o varias falanges y hasta algunas veces un dedo. Sus habitaciones no están agrupadas en aldeas, sino separadas y dispersas entre las plantaciones. Las construían de los mismos materiales y bajo el mismo plan que las de las islas de la Sociedad; pero las levantaban más sobre la superficie del suelo.

La *Aventura* y la *Resolucion* aparejaron el 7 de octubre y al día siguiente reconocieron la isla Pylstart descubierta por Tasman y el 21 del mismo mes echaron el ancla en la bahía de Hawke en la Nueva Zelanda.

Cook desembarcó cierto número de animales que quería aclimatar en el país, y volvió a hacerse a la vela para entrar en el canal de Reina Carlota; pero acometido por una violenta tempestad se vio separado de la *Aventura* y no la volvió a ver hasta que llegó a Inglaterra.

El 5 de noviembre reparó las averías de su buque; y antes de emprender una nueva campaña por los mares australes, quiso examinar la cantidad y la calidad de sus provisiones. En este examen halló que 4,500 libras de galleta estaban enteramente deterioradas y que más de otras 3,000 estaban a punto de quedar también inservibles.

Durante su residencia en aquellos parajes tuvo una nueva prueba, y más completa que las precedentes, de la antropofagia de los neozelandeses. Habiendo un oficial comprado la cabeza de un joven que acababa de ser muerto y comido, varios indígenas que lo observaron manifestaron el deseo de que les dieran algún pedacito.

Cook se la cedió por la avidez con que se arrojaron sobre aquel manjar repugnante pudo convencerse del placer que aquellos caníbales experimentan en un alimento que les es difícil proporcionarse.

La *Resolucion* salió de la Nueva Zelanda el 26 de noviembre penetrando en las regiones heladas que antes había recorrido. Pero las circunstancias en que se hacía esta segunda tentativa eran mucho más penosas. Si la tripulación se hallaba en buena salud, en cambio los hombres muy debilitados por la fatiga ofrecían menos resistencia a las enfermedades, sobre todo no habiendo a bordo víveres frescos. La *Resolucion* no tenía ya el auxilio de la *Aventura* y Cook estaba persuadido de la no existencia del continente austral. Aquel viaje era, digámoslo así, platónico. Era preciso probar hasta la

última evidencia que no podían descubrirse nuevas tierras de importancia en aquellos tristes parajes.

Hasta el 12 de diciembre no se encontraron los primeros hielos, y esto mucho más al Sur que el año precedente; pero desde aquel momento los incidentes que acompañan a la navegación en tales latitudes se reprodujeron día por día. Oedidi estaba absorto al ver aquella lluvia blanca y aquella nieve que se derretía en la mano; pero su admiración no tuvo límite cuando descubrió el primer banco de hielo que calificó de tierra blanca.

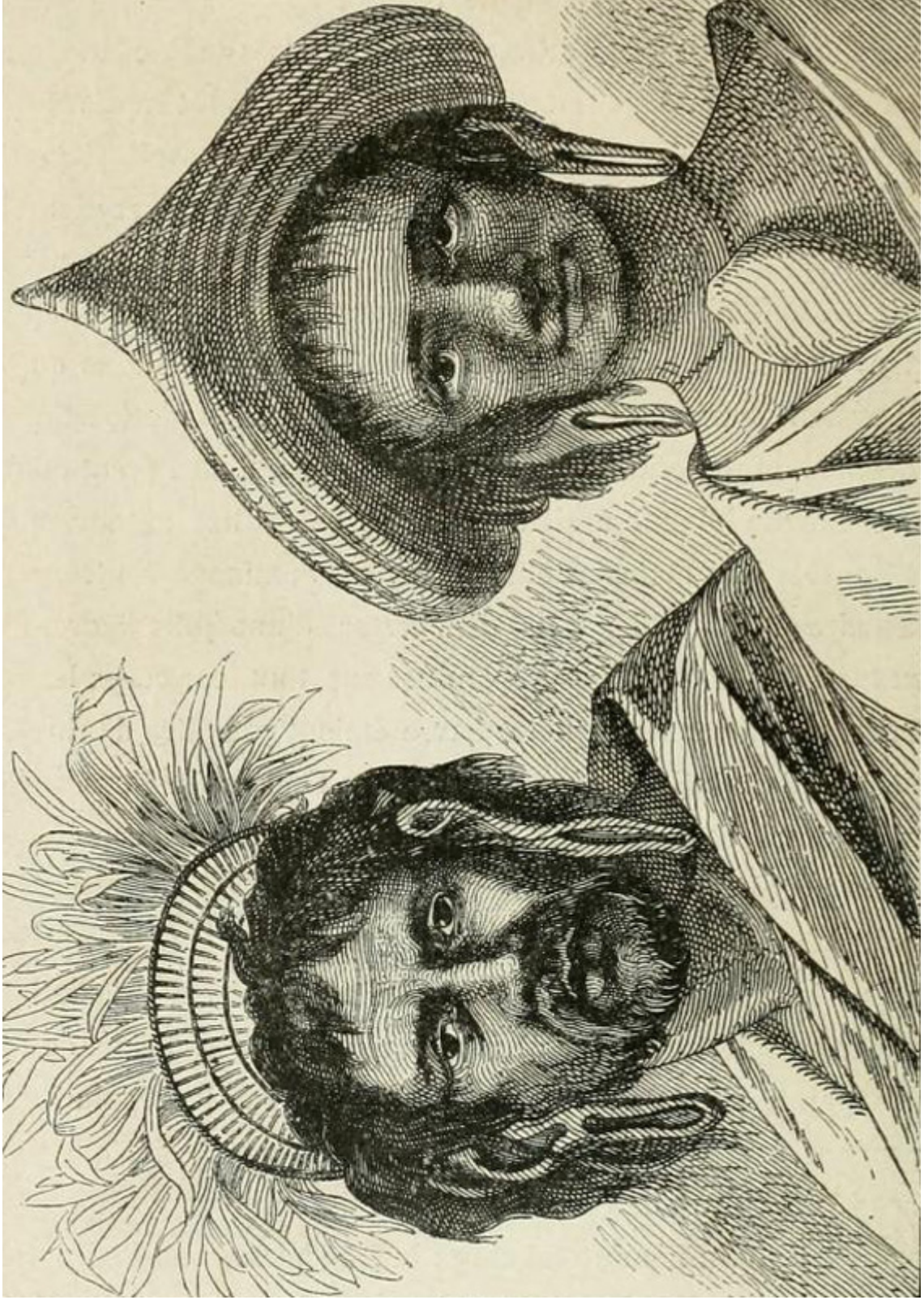
Un fenómeno anterior había herido su imaginación, dice la relación. Mientras los buques estaban en aquellos parajes casi no teníamos noche y hubiéramos podido escribir a las doce de la noche con luz del sol. Oedidi apenas podía creer a sus ojos y nos aseguró que sus compatriotas le tratarían de embustero cuando les hablase de la lluvia petrificada y de la luz perpetua».

El joven tahitiano tuvo por lo demás tiempo bastante para habituarse a aquellos fenómenos porque el buque se adelantó hasta los 76° de latitud Sur al través de los hielos flotantes. Allí Cook, convencido de que si existía un continente los hielos le harían inaccesible, se determinó a volver al Norte. La satisfacción fue general porque no había una sola persona a bordo que no padeciese catarros tenaces y violentos o que no estuviese atacada del escorbuto. El mismo capitán padecía una enfermedad biliosa bastante grave que le obligó a meterse en cama. Durante ocho días estuvo en peligro de muerte, y su convalecencia debía ser, y fue, tan larga como penosa. Siguióse el mismo rumbo hasta el 11 de marzo. Aquel día al salir el sol el vigía gritó, ¡tierra!, ¡tierra!, grito que produjo la mayor alegría en la tripulación. Era la Isla de Pascuas de Roggewein, la Tierra de Davis; y al acercarse a la playa lo primero que llamó la atención de los navegantes fueron las estatuas gigantescas levantadas en la costa y que en otro tiempo habían excitado la admiración de los holandeses.

«La latitud de la isla de Pascuas, dice Cook, corresponde con un minuto o dos de diferencia a la que esta marcada en el diario

manuscrito de Roggwein y su longitud no está equivocada más que en un grado.

Aquella costa, compuesta de rocas quebradas, de aspecto negro y ferruginoso, daba señales de una violenta erupción subterránea. En el centro de la isla, estéril y desierta, se veían esparcidas algunas plantaciones. ¡Cosa singular! La primera palabra que pronunciaron los insulares acercándose al buque para pedir una cuerda, fue una palabra tahitiana. Todo, por otra parte anunciaba, que los habitantes tenían origen que los tahitianos, y como éstos, estaban tatuados y vestidos de telas parecidas a las que se usaban en las islas de la Sociedad.



«La acción del sol sobre sus cabezas, dice la relación, les ha obligado a imaginar diferentes medios de resguardarse de sus rayos. La mayor parte de los hombres llevan un circulo de una o dos pulgadas de espesor, trenzado con yerba y cubierto de una gran cantidad de esas largas plumas negras que adornan el cuello de ciertas aves marinas. Otros tienen enormes sombreros de plumas de gaviota casi tan grandes como los pelucones de los jurisconsultos europeos y muchos, en fin, llevan un simple casco de madera, rodeado de plumas blancas que se mecen a impulsos del aire. Las mujeres se ponen un gran sombrero de una estera muy limpia que forma una punta hacia adelante, otra punta encima y dos grandes lóbulos a cada lado».

Toda la campiña, que fue recorrida por varios destacamentos, estaba cubierta de piedras negruzcas y porosas, y ofrecía la imagen de la desolación. Dos o tres especies de plantas herbáceas arrugadas que crecían entre las rocas, arbustos escuálidos, principalmente el moral de papel, la mimosa y algunos bananeros constituían toda la vegetación de aquel conjunto de lava.

Cerca del desembarcadero se levantaba una pared perpendicular de piedras cuadradas unidas según todas las reglas del arte y que se encajaban de manera unas en otras que podían durar muy largo tiempo.



Más lejos, en medio de un círculo bien empedrado, se levantaba un monolito que representaba una figura humana de medio cuerpo, de unos veinte pies de altura y más de cinco de anchura, de escultura muy grosera, de cabeza mal dibujada y de ojos, nariz y boca apenas indicados. Solo las orejas, muy largas, como es la moda en aquellos países, estaban más acabadas que el resto.

Estos monumentos, que existen en gran número, no parecían haber sido levantados y esculpidos por la raza que encontraron los ingleses, o aquella raza había degenerado mucho. Por lo demás, si los habitantes no daban culto ninguno a las estatuas, les tenían sin embargo cierta veneración, porque manifestaban su descontento cuando se pisaba sobre el círculo empedrado que les rodea. Estos centinelas gigantes no se veían tan solo a orillas del mar. Los había también en las cuestas de los montes y en las sinuosidades de las rocas. Los unos en pie o derribados en tierra por consecuencia de alguna conmoción; los otros todavía imperfectamente desprendidos de la piedra en que habían sido esculpidos.

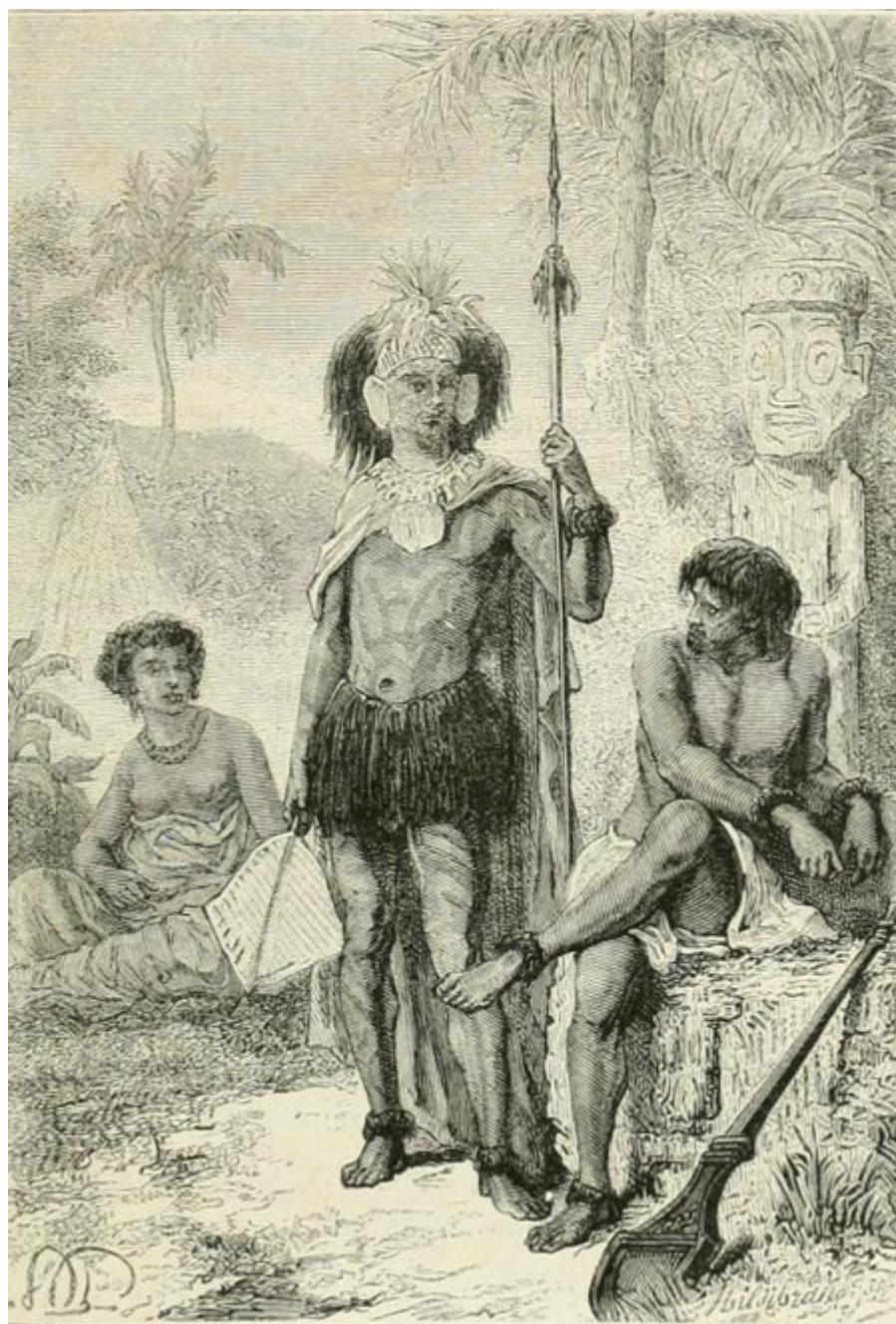
¿Qué catástrofe repentina ha interrumpido aquellas tareas? ¿Qué representan estos monolitos? ¿A qué época lejana se remontan estos testimonios de la actividad de un pueblo que ha desaparecido para siempre, o cuyos recuerdos se han perdido en la noche de los siglos? Problemas para siempre insolubles.

Los cambios se hicieron con mucha facilidad, sin que hubiera que atender más que a reprimir la habilidad ciertamente maravillosa con que los insulares sabían vaciar los bolsillos de los ingleses. Los pocos víveres frescos que pudieron proporcionarse les fueron de gran socorro. Sin embargo la falta de agua potable impidió a Cook detenerse mucho en la isla de Pascuas.

Dirigió, pues, su curso hacia el archipiélago de las islas Marquesas de Mendaña que no había sido visitado desde el año 1595. Pero apenas había salido el buque a la mar, cuando Cook tuvo un nuevo ataque de la enfermedad biliosa que tanto le había hecho padecer. El escorbuto volvió a invadir la tripulación y todos los que habían dado largos paseos por la isla de Pascuas tenían el rostro quemado por el sol.

El 7 de abril de 1774, Cook divisó en fin el grupo de las Marquesas después de haber pasado en el espacio de cinco días consecutivos por todos los diversos puntos que los geógrafos le habían señalado.

Echó el ancla en Tao-Wati, la Santa Cristina de Mendaña. La *Resolucion* fue en breve rodeada de piraguas cuyas proas estaban cargadas de piedras, y cada hombre tenía una honda rodeada al brazo. Sin embargo, las relaciones amistosas y los cambios comenzaron.



«Estos insulares, dice Forster, eran bien formados, de rostro hermoso y de un color amarillento o pardo; pero las picaduras que cubrían todo su cuerpo les hacían parecer casi negros. Los valles inmediatos al puerto estaban llenos de árboles, y todo correspondía a la descripción que los españoles han hecho de estos parajes. A través de los bosques, y muy lejos de la orilla vimos el fuego de varia hogueras y dedujimos que el país estaba bien poblado».

La dificultad de proporcionarse víveres decidió a Cook a marchar en breve. Tuvo sin embargo, tiempo de reunir cierto número de observaciones interesantes sobre aquel pueblo, al cual considera como uno de los más hermosos de la Oceanía. Estos naturales superan a todos los demás por la regularidad de sus facciones; sin embargo, la semejanza de su idioma con el que hablan los tahitianos, parece demostrar una comunidad de origen. Las islas Marquesas son cinco: la Magdalena, San Pedro, la Dominica, la Santa Cristina y la Hood, llamada así por el voluntario que la descubrió el primero. La Santa Cristina esta copada por una cadena de montañas de gran elevación, con la cual se empalman las colinas que salen del mar. Valles estrechos, profundos, fértiles, adornados de árboles frutales y regados por arroyos de un agua excelente cortan estas montañas.

El puerto de la Madre de Dios, llamado por Cook puerto de la *Resolucion*, está situado hacia el medio de la costa occidental de la Santa Cristina. En él se encuentran dos ensenadas arenosas en las cuales desembocan dos riachuelos.

II. Nueva visita a Tahití y al archipiélago de los Amigos. — Exploración de las Nuevas Hébridas. — Descubrimiento de la Nueva Caledonia y de la Isla de los Pinos. — Recalada en el estrecho de la Reina Carlota. — La Georgia Austral. — Catástrofe de la *Aventura*.

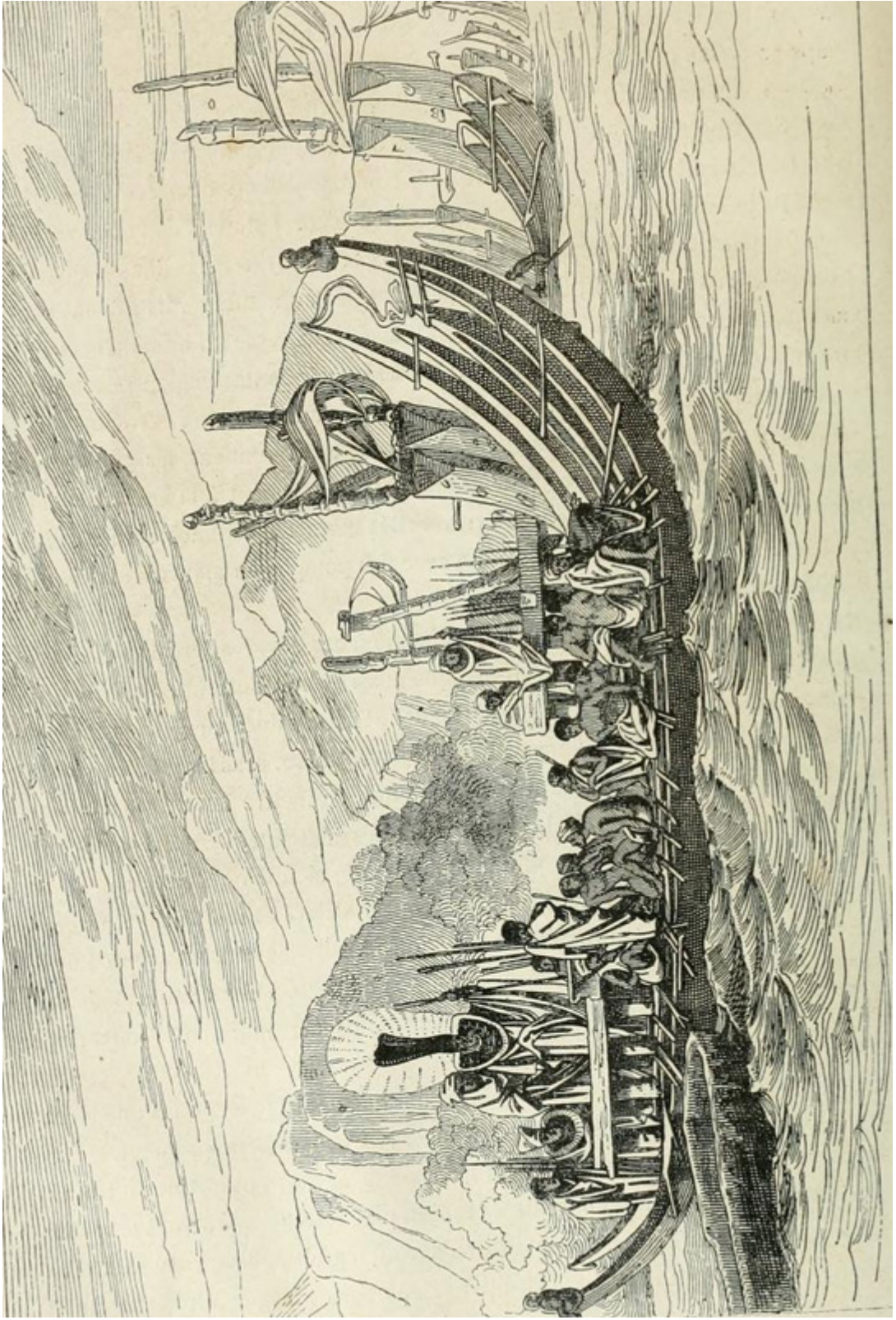
Cook había salido de las islas Marquesas el 12 de abril; y hacia rumbo a Tahití cuando cinco días después tropezó con el archipiélago de las Pomotú. Llegóse a la isla Tiukea de Byron, cuyos habitantes, que tenían quejas de aquel navegante, acogieron con frialdad las proposiciones de los ingleses. Éstos no pudieron proporcionarse más que dos docenas de cocos y cinco cerdos, especie que parecía abundar en la isla. En otro cantón el recibimiento fue más amistoso. Los indígenas abrazaron a los extranjeros, tocándoles las narices a la manera de los neozelandeses.

Oedidi compró varios perros cuya piel larga y blanca sirve en su país para adornar las corazas de los guerreros.

«Los indígenas, dice Forster, nos dijeron que rompiendo la coclearia, mezclándola con moluscos y arrojándola al mar cuando ven un banco de peces, este cebo les embriaga por algún tiempo y les hace salir a la superficie del agua donde les cogen fácilmente».

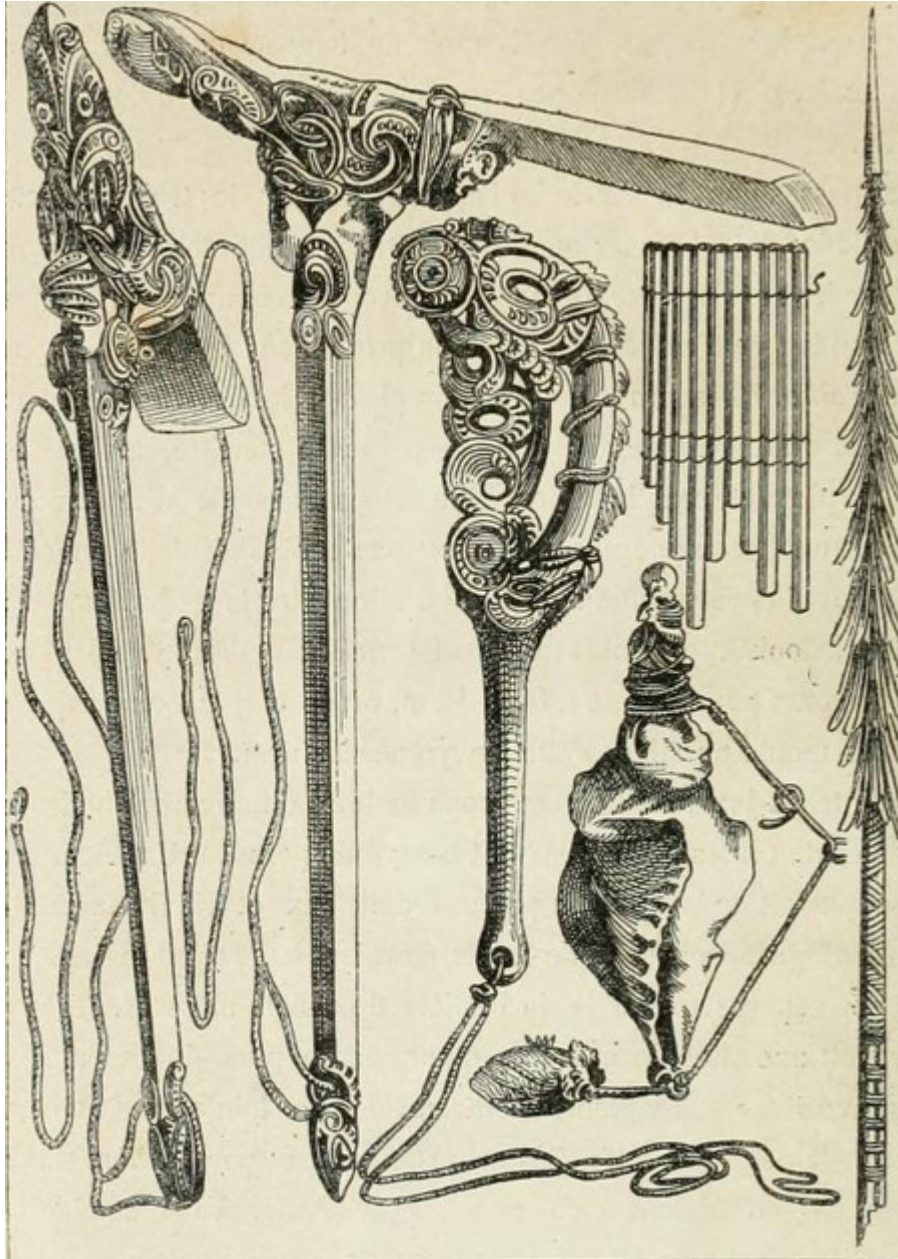
Cook vio en seguida otras muchas islas de aquel inmenso archipiélago que encontró semejantes a la que acababa de dejar, y especialmente el grupo de las islas Perniciosas donde Roggewein había perdido su galera la *Africana*, y a las cuales Cook dio el

nombre de islas de Palliser. Después enderezó la proa a Tahití, considerada por sus marineros como una nueva patria por lo bien que habían sido recibidos por los indígenas. La *Resolucion* echó el ancla el 22 de abril en la bahía de Matavai, donde la acogida fue tan afectuosa como los ingleses esperaban. Algunos días después el rey O-Too y otros muchos jefes les visitaron, llevándoles un regalo de diez o doce grandes cerdos y frutas. Cook tenía al principio la intención de no permanecer en aquel paraje más que el tiempo necesario para que el astrónomo Wales hiciera algunas observaciones, pero la abundancia de víveres le indujo a prolongar su residencia.



El 26 por la mañana habiendo ido a Oparree con algunos de sus oficiales para hacer al rey una visita de ceremonia, vio una inmensa escuadra de más de trescientas piraguas formadas en orden a lo largo de la costa, y todas completamente tripuladas, al mismo tiempo que se agrupaban a la playa un número considerable de guerreros. Aquel armamento formidable levantado en una sola noche, excitó las sospechas de los oficiales, pero pronto los tranquilizó la acogida que les hicieron. Aquella escuadra, que no contaba menos de siete mil setecientos sesenta hombres entre guerreros y remeros, se componía de ciento sesenta piraguas de guerra dobles y gruesas, adornadas de pabellones y banderolas y otras ciento setenta más pequeñas destinadas al transporte de provisiones.

«El espectáculo de aquella escuadra, dice Forster, enalteció la idea de poder y de riqueza que teníamos de aquella isla y admiró a toda la tripulación. Pensando en los instrumentos de trabajo que poseen estos pueblos, nos asombrábamos de la paciencia y de las fatigas que habrían necesitado para derribar árboles tan enormes, cortar y pulimentar las tablas y llevar, en fin, aquellos toscos buques a tan alto grado de perfección. Aquellas obras se habían hecho con una hacha de piedra, un escoplo, un pedazo de coral y una piel de raya.



Los jefes y todos los que ocupaban las plataformas de combate, estaban revestidos de sus trajes militares, es decir, de una cantidad de telas, turbantes, corazas y cascos. La longitud de algunos de éstos debían dificultar grandemente los movimientos de los que les llevaban.

Todo su equipo parecía muy impropio para un día de batalla, y mucho más a propósito para la representación que para el servicio. De todos modos, daba grandeza al espectáculo, y los guerreros no

dejaban de presentarse cada uno bajo el punto de vista que le parecía más ventajoso».

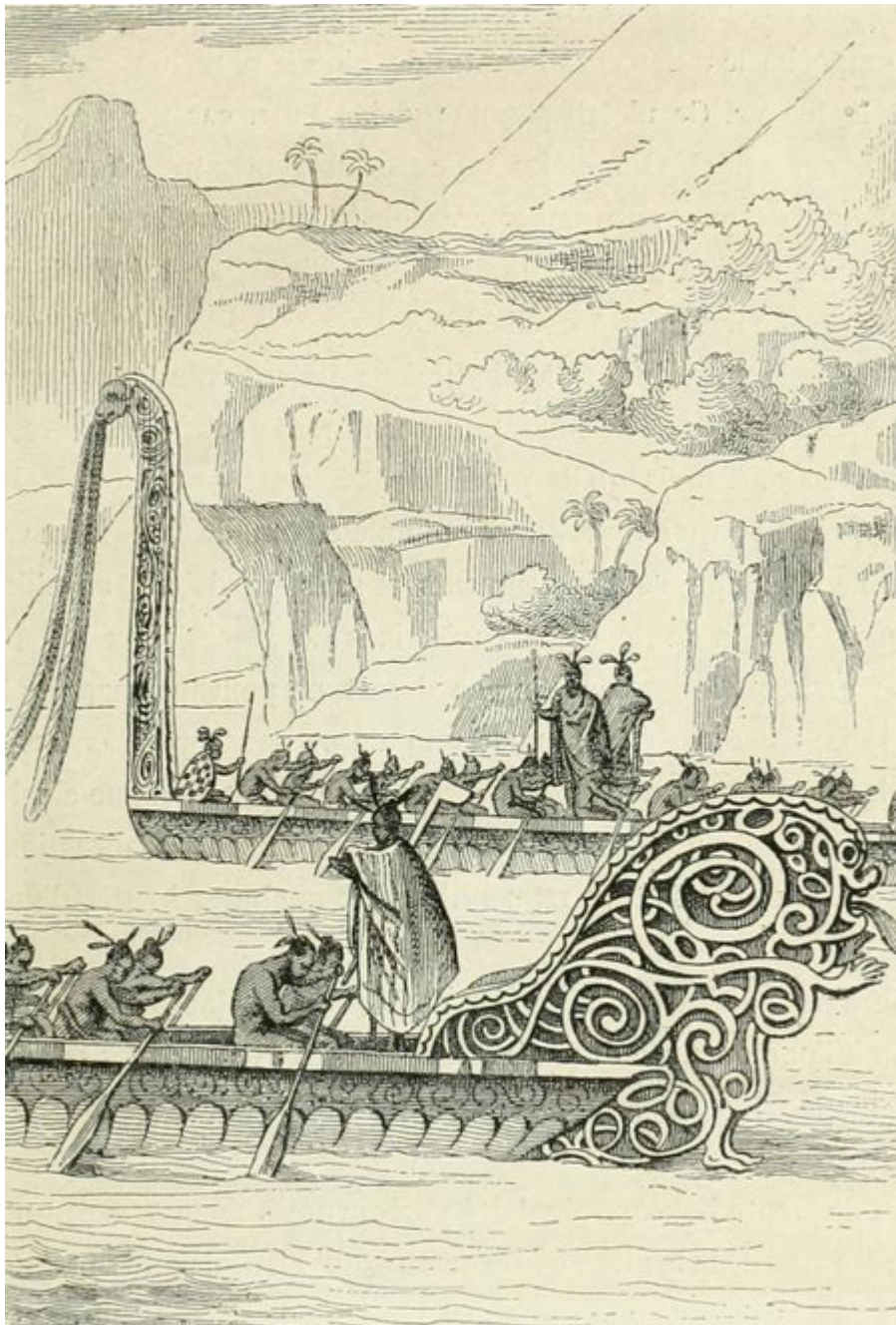
Al llegar a Matavai, Cook supo que aquel armamento formidable estaba destinado a atacar a Eimeo, cuyo jefe había sacudido el yugo de Tahití y se había declarado independiente. Pocos días después el capitán recibió la visita de algunos de sus antiguos amigos, que se mostraron muy deseosos de poseer plumas rojas que tenían un valor considerable. Una sola, formaba un regalo muy superior a una cuenta de vidrio y a un clavo; y el deseo de poseerlas era tal, que ofrecieron en cambio aquellos singulares vestidos de lujo que durante el primer viaje se habían negado a vender.

«Estos vestidos, compuestos de las producciones más raras de la isla y del mar que la rodea, y trabajados con cuidado y destreza admirables, deben ser entre ellos de gran precio. Compramos diez, que se llevaron a Inglaterra».

Oedidi, que había tenido cuidado de proporcionarse un gran número de aquellas plumas, pudo satisfacer todos sus caprichos. Los tahitianos le miraban como un prodigio y parecían escuchar ávidamente todas sus historias. No solamente los principales de la isla, sino también la familia real, buscaban su compañía. Se casó con la hija del jefe de Matavai y llevó su mujer a bordo, en donde todos se complacieron en hacerle algún regalo. Después se resolvió a quedarse en Tahití, donde había encontrado a su hermana casada con un jefe poderoso.

A pesar de los robos que turbaron más de una vez las relaciones, los ingleses se proporcionaron durante aquella recalada más provisiones que nunca. La anciana Oberea, que pasaba por reina de la isla durante la recalada del *Delfin* en 1767, acudió en persona a llevar cerdos y frutas con el proyecto secreto de proporcionarse las famosas plumas rojas que habían tenido tan gran salida. Los ingleses fueron muy espléndidos en sus regalos y entretuvieron a los indios con fuegos artificiales y maniobras militares. Algunos días antes de su marcha, el capitán fue testigo de una nueva revista marítima. O-Too dispuso que se hiciera un

simulacro de combate, pero duró tan poco tiempo, que fue imposible seguir todas sus peripecias. Aquella escuadra debía dar la batalla cinco días después de la partida de Cook, y éste tenía ganas de permanecer allí hasta entonces; pero juzgando que los naturales temían que destruyese después a vencedores y vencidos, se decidió a marchar.



Apenas la *Resolucion* salió fuera de la bahía, un ayudante de cañonero, seducido por las delicias de Tahití, y quizá también por las promesas de O-Too, que consideraba que ser europeo le proporcionaría grandes ventajas, se arrojó al mar, pero no tardó en ser apresado por un bote que Cook despachó en su persecución. El capitán sintió mucho que la disciplina le obligase a proceder de aquel modo, porque si aquel hombre, que no tenía parientes ni amigos en Inglaterra, le hubiera pedido permiso para quedarse en Tahití, no se lo hubiera negado.

El 15 de mayo la *Resolucion* ancló en el puerto O-Wharre en la isla de Huaheine. El anciano jefe O-ree fue uno de los primeros en felicitar a los ingleses por su vuelta y hacerles los regalos de bienvenida. El capitán le regaló plumas rojas; pero lo que parecía preferir el jefe eran hierro, hachas y clavos.

Se mostró más indolente que en la primera visita; su cabeza estaba muy débil, lo que hay que atribuir al gusto inmoderado que mostraba por la bebida embriagadora que los naturales sacan del árbol de la pimienta. Su autoridad parecía cada vez más despreciada y fue preciso que Cook se pusiera en persecución de una partida de ladrones refugiados en el centro de la isla, en las montañas, y que habían tenido la osadía de robar al mismo jefe. O-ree se mostró reconocido al buen proceder de los ingleses, y fue el último que dejó el buque cuando se hizo a la vela el 24 de abril. Al decirle Cook que ya no se volverían a ver, rompió a llorar y dijo:

«Dejad venir aquí a vuestros hijos; les trataremos bien».

Otra vez, O-ree preguntó al capitán el nombre del sitio en que sería enterrado. Stepney, respondió Cook. O-ree le rogó que repitiese aquella palabra hasta que pudo pronunciarla; y entonces cien indígenas exclamaron a la vez: «Stepney, moai no Toote. Stepney la tumba de Cook». El gran navegante al dar esta respuesta no sospechaba la triste suerte que le esperaba y el trabajo que tendrían sus compatriotas para encontrar sus restos.

Oedidi, que al fin había ido con los ingleses a Huaheine, no encontró allí la misma acogida que en Tahití, y además sus riquezas

se habían disminuido mucho de lo cual se resentía su crédito.

»Fue un ejemplo, dice la relación, de la verdad de la máxima que dice que nadie es profeta en su patria... Nos dejó con un sentimiento que mostraba la estimación que nos tenía; y cuando fue preciso separarnos, fue corriendo de camarote en camarote para abrazarnos a todos. En fin, no puedo describir el dolor que llenaba el corazón de aquel joven cuando se alejó; miraba al buque, derramaba lágrimas y se tendió con desesperación en el fondo de su piragua.

Al salir de los arrecifes le vimos que todavía extendía los brazos hacia nosotros.

El 6 de junio Cook reconoció la isla Hove de Wallis, llamada Mohipa por los indígenas. Algunos días después vio un grupo de varios islotes deshabitados, rodeados de una cadena de rompientes, a los cuales dio el nombre de Palmerston, en honor de uno de los lores del Almirantazgo.

El 20 se descubrió una isla escarpada y peñascosa cubierta de grandes árboles y arbustos, que no tenía más que una playa arenosa y estrecha, a la cual acudieron en breve muchos indígenas de color muy oscuro. Llevaba cada uno una pica o una maza en la mano, e hicieron demostraciones hostiles; pero tuvieron cuidado de retirarse cuando vieron desembarcar a los ingleses. Poco después llegaron varios campeones a desafiar a los extranjeros acometiéndoles con una granizada de flechas y piedras. Sparrman fue herido en el brazo y Cook estuvo a punto de ser atravesado por una saeta. Una descarga general dispersó a aquellos salvajes inhospitalarios, y su recepción poco cortes valió a su patria el nombre de isla Salvaje.

Cuatro días después Cook volvió a ver el archipiélago de las islas Tonga, y se detuvo en Namuka, que es la Rotterdam de Tasman.

Apenas el buque había echado el ancla se vio rodeado de una multitud de piraguas cargadas de bananas y frutas de toda especie que los naturales llevaban para cambiarlas por clavos y pedazos de

tela viejos. Aquella recepción amistosa indujo a los naturalistas a bajar a tierra y a penetrar en el interior en busca de nuevas plantas y de producciones desconocidas.

A su vuelta se hicieron lenguas de la hermosura y de lo pintoresco de los paisajes risueños que habían encontrado, lo mismo que de la afabilidad y atenciones de los indígenas.

Sin embargo, habían ocurrido muchos robos, y uno de ellos, más importante que los demás, obligó a Cook a tomar algunas medidas severas. En estas circunstancias un indígena que había tratado de oponerse a la captura de dos piraguas que los ingleses querían retener hasta que les hubiesen devuelto las armas que les habían robado, fue gravemente herido de un tiro de fusil. En esta segunda visita fue cuando Cook dio a estas islas el nombre de archipiélago de los Amigos, sin duda por antífrasis, nombre que se ha sustituido después por el vocablo indígena Tonga.

El infatigable explorador, continuando su rumbo al Oeste, reconoció sucesivamente las islas de los Leprosos, de la Aurora, de Pentecostés, y en fin Mallicolo, archipiélago que había recibido de Bougainville el nombre de Grandes Cicladas. Las órdenes que había dado eran, como siempre, tratar de hacer relaciones de comercio y amistad con los naturales. El primer día se pasó sin inconvenientes, y los insulares celebraron con juegos y bailes la llegada de los ingleses; pero al día siguiente hubo un incidente que estuvo a punto de producir una colisión general.

Un indígena a quien no se dejó entrar en el buque hizo ademán de lanzar una flecha contra un marino.

Sus compatriotas no le dejaron ejecutar su intento al principio; pero en aquel momento subió a cubierta. Cook con un fusil en la mano, y su primer cuidado fue interpelar al indígena que apuntaba por segunda vez al marino. El salvaje, sin escucharle, iba a soltar su flecha contra él, cuando Cook se anticipó y le hirió de un tiro de fusil. Aquélla fue la señal de una lluvia de flechas que cayó sobre el buque, sin hacerle gran daño. Cook mandó entonces tirar un cañonazo al aire para dispersar a los agresores. Pocas horas

después los indígenas rodeaban de nuevo el buque y volvían a comenzarse los cambios como si nada hubiera pasado.

Cook se aprovechó de estas buenas disposiciones para bajar a tierra con un destacamento armado fin de proporcionarse agua y leña. Cuatro o cinco insulares estaban reunidos en la playa y destacándose un jefe de aquel grupo, se adelantó a recibir al capitán, llevando como él una rama verde. Las dos ramas se cambiaron; se hizo la paz y acabaron de cimentarla algunos ligeros regalos. Cook obtuvo entonces el permiso de hacer leña, pero sin apartarse de la orilla; y los naturalistas que querían penetrar en el interior para proceder a sus investigaciones ordinarias, fueron conducidos, de nuevo a la playa a pesar de sus protestas. Aquellos indígenas no daban ningún valor a los instrumentos de hierro, y por lo mismo fue muy difícil proporcionarse víveres frescos. Solo un pequeño numero consintió en cambiar sus armas por telas, y en estos tratos dio pruebas de una probidad a la cual no estaban habituados los ingleses. La *Resolucion* se había dado ya a la vela y todavía los cambios continuaban, y los naturales en sus piraguas se esforzaban por seguir al buque para entregar a los ingleses los objetos cuyo precio habían recibido. Uno de ellos, al cabo de vigorosos esfuerzos, pudo acercarse llevando armas a un marinero que las había pagado y que no se acordaba ya del trato después del mucho tiempo que había transcurrido. Cuando el marinero quiso darle alguna cosa, el salvaje se negó a admitirla, diciéndole por señas que ya había recibido el precio.

Cook dio a aquel puerto, de donde salió el 23 de julio por la mañana, el nombre de puerto de Sandwich. Si Cook llevaba favorable idea de las cualidades morales de los indígenas de Mallicolo, no sucedía lo mismo respecto de sus cualidades físicas.



Aquellos salvajes, de corta estatura y mal proporcionados, color bronceado y rostro chato, eran feísimos. Si las teorías del darwinismo hubieran sido conocidas entonces, no habría dejado de ver en ellos el escalón perdido entre el hombre y el mono, que tanto buscan sin encontrarle los transformistas. Sus cabellos negros, cerdosos, crespos y cortos y su barba espesa estaban muy lejos de mejorar su fisonomía, pero lo que acababa de hacerles más

grotescos era que tenían la costumbre de apretarse el vientre con una cuerda, de modo que parecían hormigas. Sus joyas y adornos naturales, eran puramente de conchas de tortuga, brazaletes de dientes de cerdo, grandes anillos de concha y una piedra blanca y chata que se pasaban por la nariz entre ventana y ventana. Por armas tenían arcos, flechas, lanzas y mazas. Las puntas de sus flechas, que algunas veces eran dos o tres en cada una, estaban untadas de una sustancia que los ingleses creyeron venenosa, a juzgar por el cuidado con que los naturales la metían en una especie de carcax.

Apenas la *Resolucion* había salido del puerto de Sandwich toda la tripulación fue acometida de cólicos, vómitos violentos, dolores de cabeza y de huesos.

Habían pescado y comido dos peces muy gruesos que estaban sin duda bajo la influencia de la droga narcótica de que hemos hablado arriba. Fuera ésta o no la causa del mal, lo cierto es que pasaron diez días antes que los enfermos estuviesen enteramente restablecidos. Un loro y un perro que habían comido de aquellos peces, murieron a la mañana siguiente.

Los compañeros de Quirós hablan experimentado los mismos efectos, y más de una vez desde entonces se han observado en aquellos parajes los mismos síntomas de envenenamiento. Al salir de Mallicolo, Cook dirigió el rumbo a la isla de Ambrym, que parecía contener un volcán, y descubrió pronto un grupo de isletas a las cuales dio el nombre de Shepherd, en honor del profesor de astronomía de Cambridge. Después vio las islas de las Dos Colinas, de Montagú, de Hinchinbrook, y la mayor de todas la de Sandwich, que no debe confundirse con el grupo de este nombre. Todas estas islas unidas entre sí y protegidas por rompientes, estaban cubiertas de una rica vegetación y contaban una población numerosa.

Dos ligeros accidentes vinieron a turbar la tranquilidad de que se gozaba a bordo. Primero se declaró un incendio que fue apagado en breve; y después, un soldado de marina se cayó al mar y pudo ser salvado casi inmediatamente.

El 3 de agosto se descubrió la isla de Koro-Mango, a cuya orilla se acercó el capitán a la mañana siguiente con la esperanza de encontrar una aguada y un sitio de desembarco.

La mayor parte de los que habían sido envenenados por los peces de Mallicolo, no habían recobrado todavía la salud, y esperaban obtener gran mejoría residiendo unos días en tierra. Pero la recepción que les hicieron los indígenas, armados de lanzas, mazas y arcos, parecía poco amistosa. Por consiguiente, el capitán se mantuvo alerta. Los naturales, viendo que no podían determinar a los ingleses a atracar a la playa, quisieron emplear la fuerza para conseguirlo. Un jefe y varios hombres hicieron esfuerzos para arrancar los remos de manos de los marineros; Cook quiso disparar un tiro de fusil, pero no se quemó más que el cebo; los ingleses fueron inmediatamente acometidos a pedradas y flechazos; el capitán mandó entonces hacer una descarga general, y por fortuna la mitad de los fusiles fallaron en aquella ocasión. Sin esta circunstancia la matanza hubiera sido espantosa.

«Estos insulares, dice Forster, parecen de una raza diferente de la que habita la isla de Mallicolo, así es que no hablan la misma lengua. Son de mediana estatura, pero bien formados, y su fisonomía no es tan desagradable. Su color es bronceado y se pintan el rostro los unos de negro y los otros de rojo. Tienen el cabello ensortijado y un poco lanudo. Las pocas mujeres que vi me parecieron muy feas... No pude ver piraguas en ningún punto de la costa; viven en casas cubiertas de hojas de palmera, y sus plantaciones están alineadas y rodeadas de una cerca de cañas».

No podía pensarse en intentar un nuevo desembarco. Cook, después de haber dado al sitio de aquella colisión el nombre de cabo de los Traidores, pasó a una isla que había visto el día anterior y a la cual los indígenas daban el nombre de Tanna.

«La colina más baja de todas las de la misma zona, dice Forster, es de forma cónica y tenía un cráter en su centro, presentando un color entre pardo y rojo y componiéndose de piedras quemadas completamente estériles. Una espesa columna de humo semejante

a un gran árbol salía de tiempo en tiempo de aquel cráter y su penacho se ensanchaba a medida que subía».

La *Resolucion* fue en breve rodeada de unas veinte piraguas, de las cuales las mayores llevaban veinticinco hombres. Éstos trataron de apoderarse de todo lo que estaba a su alcance, boyas, pabellones, goznes del timón que quisieron hacer saltar. Fue preciso disparar con una pieza de a cuatro al aire para determinarlos a volverse a la costa. El buque atracó, pero a pesar de todas las bagatelas que se distribuyeron, no se pudo conseguir que los indígenas abandonasen su actitud de desconfianza y de insolencia.

Era evidente que la menor disputa hubiera podido producir la efusión de sangre. Cook creyó observar que aquellos indígenas eran antropófagos, aunque tenían cerdos, gallinas, raíces y frutas en abundancia.

Durante aquella recalada la prudencia aconsejaba no apartarse de las orillas del mar. Sin embargo, Forster se aventuró un poco y descubrió un manantial de agua tan caliente que no se podía tener en ella el dedo más de un segundo. A pesar del vivo deseo que tenían los ingleses de llegar hasta el volcán central que proyectaba hasta las nubes torrentes de fuego y humo y lanzaba al aire piedras de tamaño prodigioso, no les fue posible conseguirlo. El número de solfataras era considerable en todas direcciones y el suelo estaba conmovido por movimientos plutónicos muy notables.

Poco a poco los indígenas, sin abandonar enteramente su desconfianza, se fueron familiarizando con los ingleses y entrando con ellos en relaciones.

«Estos pueblos, dice Cook, se mostraron hospitalarios, atentos y de buen natural cuando no excitamos su desconfianza... No se puede vituperar su conducta porque al fin ¿cómo debían considerarnos? Les era imposible conocer nuestros designios verdaderos. Entrábamos en sus puertos sin que se atreviesen a oponerse a ello; tratábamos de desembarcar como amigos; pero de todos modos bajábamos a tierra y en ella nos manteníamos por medio de la superioridad de las armas. En semejantes

circunstancias ¿qué opinión podían tener de nosotros? Mas debían creer que íbamos a invadir su país, que no a visitarle amistosamente. Solo el tiempo y las relaciones íntimas les convencieron de nuestras buenas intenciones».

De todos modos, los ingleses no pudieron adivinar el motivo que tuvieron los naturales para prohibirles penetrar en el interior del país. ¿Era efecto de su carácter naturalmente receloso? ¿Estaban expuestos a incursiones frecuentes de sus vecinos, como podía juzgarse por su valor y su destreza en las armas? No se sabe.

Como los indígenas no estimaban gran cosa los objetos que los ingleses podían ofrecerles, no les llevaron en abundancia las frutas y raíces de que tenían necesidad, ni consintieron en deshacerse de sus cerdos, aun a cambio de hachas, cuya utilidad tuvieron ocasión de conocer.

Las producciones de la isla, eran, árbol del pan, cocos, melocotones de la especie llamada pavía, ñames, patatas, higos silvestres, nuez moscada y otras muchas cuyo nombre Forster no pudo saber.

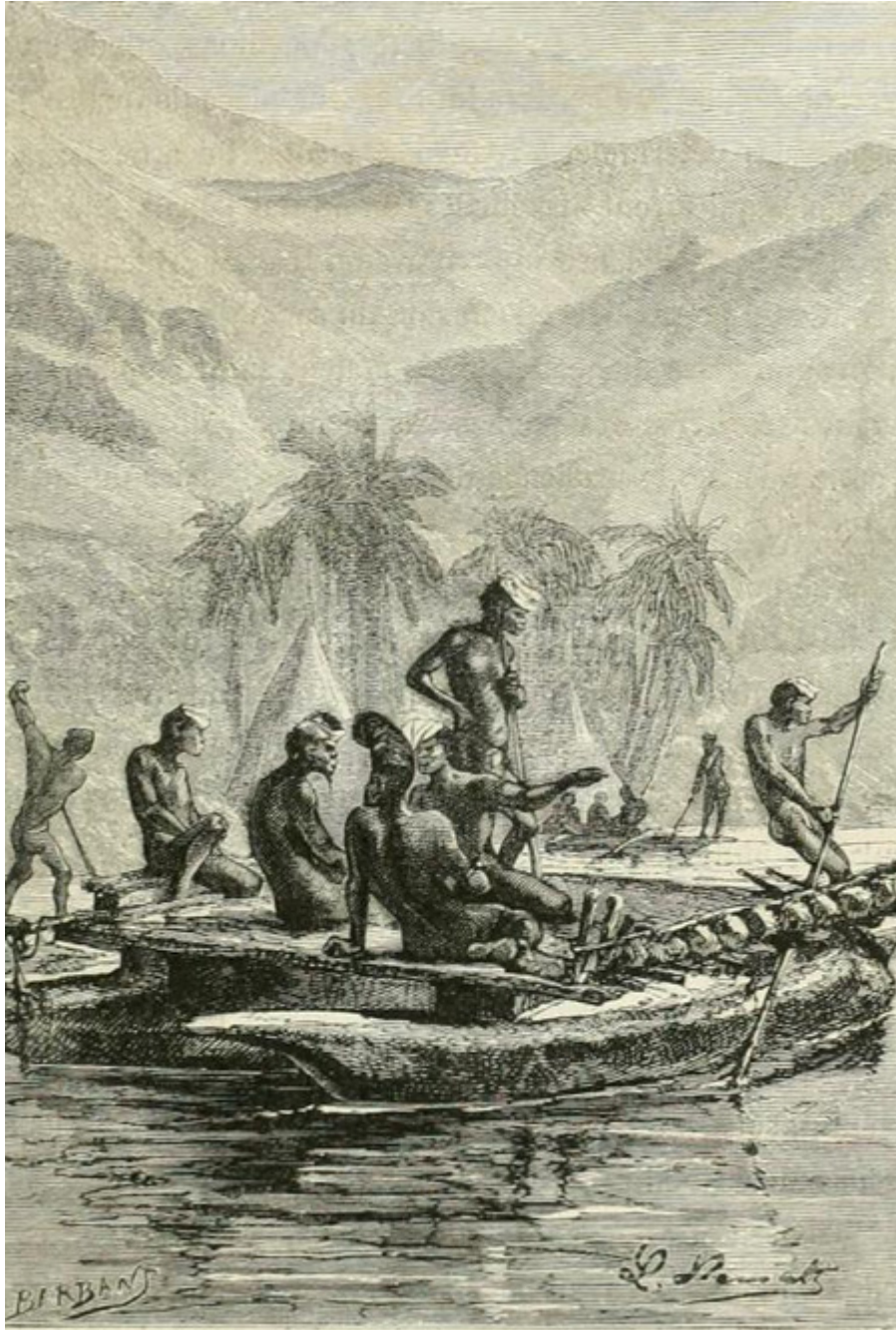
Cook salió de Tanna el 21 de agosto y descubrió sucesivamente las islas Erronam y Annatom. Siguió la costa de Sanwidch, y pasando por delante de Mallicolo y de la tierra del Espíritu Santo de Quirós, donde apenas pudo reconocer la bahía de San Felipe y Santiago, abandonó definitivamente aquel archipiélago después de haberle dado el nombre de Nuevas Hébridas, bajo el cual es conocido hoy.

El 5 de setiembre, hizo un nuevo descubrimiento, no habiendo sido todavía pisada por ningún europeo la tierra que tenía a la vista. Era el extremo septentrional de la Nueva Caledonia, y el primer punto que vieron se llamó cabo Colnett, del nombre de uno de los voluntarios, que fue el primero en descubrirlo.

La costa estaba rodeada de un cinturón de rompientes, detrás del cual dos o tres piraguas parecían dirigir su curso para salir a recibir a los extranjeros. Pero al salir el sol cargaron las velas y no se les volvió a ver más.

Después de haber bordeado a lo largo del arrecife exterior, observo Cook una entrada que debía permitirle llegar a la orilla. Entró por ella y desembarcó en Balade.

El país parecía estéril, cubierto solamente de una yerba blancuzca. No se veían sino a largas distancias árboles, y éstos tenían el tronco blanco y una forma parecida a la de los sauces. Eran *ñaulis*. Al mismo tiempo los expedicionarios vieron algunas casas que se asemejaban a colmenas de abejas.



Apenas la *Resolucion* echó el ancla se vio rodeada de más de 15 piraguas. Los indígenas mostraron bastante confianza y se aproximaron para proceder a la operación de los cambios. Algunos llegaron a entrar en el buque y lo visitaron todo con extrema curiosidad. Se negaron a tocar los diferentes manjares que se les ofrecieron, como puré de guisantes, carne de vaca y cerdo salado;

pero probaron de muy buena gana los ñames. Lo que más les sorprendió fueron las cabras, los cerdos, los perros y los gatos, animales que les eran totalmente desconocidos, pues que no tenían en su lengua palabras para designarlos.

Los clavos, en general todos los instrumentos de hierro y las telas coloradas, parecían tener para ellos un gran valor.

Eran altos, fuertes, bien proporcionados, con cabellos ensortijados así como la barba, tez de un color castaño oscuro y hablaban una lengua que parecía no tener relación ninguna con las que los ingleses habían oído hasta entonces.

Cuando Cook desembarcó fue recibido con muestras de alegría y con la sorpresa natural de un pueblo que ve por primera vez objetos de que no tenía ninguna idea. Varios jefes, después de haber impuesto silencio, pronunciaron cortas arengas, y Cook comenzó su distribución de quincallería habitual.

Después los oficiales se mezclaron entre la multitud para hacer sus observaciones. Algunos de aquellos indígenas parecían atacados de una especie de lepra y tenían los brazos y las piernas prodigiosamente hinchados. Iban casi enteramente desnudos, sin más vestidos que un cordón rodeado a la cintura del cual pendía un pedazo de tela hecho de fibras de higuera. Algunos se cubrían la cabeza con enormes sombreros cilíndricos abiertos por los dos lados, que parcelan los gorros de los húsares húngaros. Se agujereaban y se alargaban las orejas y de ellas suspendían pendientes de conchas o rollos de hojas de caña de azúcar.



Los ingleses no tardaron en encontrar una aldea más allá de los manglares de la orilla. Estaba rodeada de plantaciones de caña de azúcar, ñames y bananeros regados por pequeñas caceras muy hábilmente derivadas del curso de la corriente de agua principal.

Cook no tardó en cerciorarse de que apenas podía esperar nada de aquel pueblo, fuera del permiso de visitar libremente el país.

«Estos indígenas, dice, nos enseñaron algunas palabras de su lengua que no tenían ninguna relación con las lenguas de las demás islas. Su carácter era manso y pacífico, pero muy indolente; pocas veces nos acompañaban en nuestras excursiones; si pasábamos cerca de sus cabañas si les hablábamos, nos respondían, pero si continuábamos nuestro camino sin dirigirles la palabra, no hacían caso de nosotros. Sin embargo, las mujeres eran un poco más curiosas y se ocultaban entre los arbustos para examinarnos; pero no consentían en arrimarse a nosotros sino acompañadas de los hombres.

»Estos indígenas ni se espantaron, ni se enfadaron porque matásemos algunas aves a tiros; al contrario, cuando nos acercábamos a sus casas, los jóvenes no dejaban de mostrarnos algunas para tener el gusto de vernos tirar. En aquella estación del año parece que estaban poco ocupados; habían preparado la tierra y plantado raíces y bananas y esperaban recoger la cosecha al verano siguiente. Quizá por eso se hallaban menos dispuestos que en cualquier otra ocasión a vender sus provisiones, pues por lo demás teníamos motivo para creer que conocían los principios de hospitalidad que profesan en general los insulares del mar del Sur, y que les hacen tan interesantes para los viajeros».

Lo que dice Cook de la indolencia de los neocaledonios es exactísimo. En cuanto a su carácter, la residencia de la expedición en aquella costa fue tan corta, que no pudo apreciarlo con certeza y no sospechó que eran aficionados a las horribles prácticas de la antropofagia. No vio sino muy pocas aves, aunque allí la codorniz, la tórtola, la paloma, la gallina sultana, el pato y la cerceta vivían en estado silvestre. No observó que existiera ningún cuadrúpedo, y sus esfuerzos para proporcionarse víveres frescos fueron continuamente infructuosos.

En Balade hizo varias correrías por el interior y subió a una cordillera por tener una vista general del país. Desde la cima de una roca vio el mar por los dos lados y se cercioró de que la Nueva Caledonia en aquel paraje no tenía más de 10 leguas de anchura.

En general el país se asemejaba mucho a varios cantones de la Nueva Holanda situados bajo el mismo paralelo. Las producciones naturales parcelan idénticas y los bosques no tenían arbustos como sucedía en aquella grande isla. Otra observación que hizo fue que las montañas contenían minerales, observación que se ha encontrado confirmada por el descubrimiento reciente del oro, del hierro, del carbón y del níquel.

En esta recalada se produjo el mismo accidente que en Mallicolo estuvo a punto de ser funesto a una parte de la tripulación.

Mi secretario, dice Cook, compró un pez muerto por el arpón de un indio en los alrededores de la aguada y me lo envió a bordo. Este pez, de una especie absolutamente nueva, tenía alguna semejanza con el que se llama sol y era del género que Lineo titula *tetrodonte*. Su fea cabeza era grande y larga. No sospechando que fuese venenoso, mandó que le aderezaran para servirle aquella tarde a la mesa.

Por fortuna el tiempo que se gastó en dibujarle y hacer su descripción, no permitió que aquella tarde se le cociera y no nos sirvieron más que el hígado. Los dos Forster y yo lo probamos, y hacia las tres de la mañana sentimos una gran debilidad y un desfallecimiento penoso en los miembros. Yo perdí el sentido del tacto y no distinguía el peso de los cuerpos pesados, de los ligeros, cuando quería moverlos. Un jarro lleno de agua y una pluma, tenían para mi el mismo peso. Nos hicieron tomar primero, emético, y en seguida nos proporcionaron un sudor con lo cual nos aliviarnos mucho. A la mañana siguiente uno de los cerdos que había comido las entrañas del pez, fue encontrado muerto. Cuando los habitantes vinieron a bordo y vieron el pez que estaba colgado, nos dieron a entender que era un alimento muy mal sano y se manifestaron horrorizados; pero en el momento de venderle, y aun después que se les había comprado, ninguno de ellos había manifestado tal aversión».

Cook hizo proceder al levantamiento del plano de una gran parte de la costa oriental, y durante esta excursión vio un indígena tan

blanco como un europeo, blancura que fue atribuida a alguna enfermedad. Era un albino semejante a los que ya se habían encontrado en Tahití y en las islas de la Sociedad.

Queriendo Cook aclimatar los cerdos en la Nueva Caledonia, dispuso bajar a tierra un verraco y una hembra; pero le costó mucho trabajo que los indígenas les aceptaran y tuvo necesidad para ello de ponderar mucho la excelencia de aquellos animales, la facilidad de su reproducción y aun que exagerar su valor.

En resumen, Cook pinta a los neocaledonios como hombres altos, robustos, activos, atentos y pacíficos; y hasta les reconoce una cualidad muy rara, la de no ser ladrones. Sus sucesores en aquel país, y especialmente Entrecasteaux, han experimentado a su costa que los insulares de la Nueva Caledonia no han perseverado en su primitiva honradez.

Algunos tenían los labios espesos, la nariz achatada y enteramente el aspecto de negros. Sus cabellos naturalmente rizados contribuían también a darles esta semejanza.

«Si tuviera que juzgar, dice Cook, del origen de esta nación, la tomaría por una raza mestiza entre los pueblos de Tanna y de las islas de los Amigos, o entre los de Tanna y los de la Nueva Zelanda, o quizá entre los tres, porque su lengua, por lo general, se reduce a una mezcla de las de estas diferentes tierras.

La cantidad de armas ofensivas que tenían estos indígenas, como mazas, lanzas, saetas, hondas, era un indicio de la frecuencia de sus guerras. Las piedras que lanzaban con sus hondas eran cantos rodados y ovoideos. Las casas, construidas sobre un plano circular, parecían en su mayor parte colmenas de abejas, cuyo techo, de una elevación considerable terminaba en punta. Tenían uno o dos hogares siempre encendidos; pero no dando salida a los humos más que por la puerta, eran casi inhabitables para los europeos.

Estos naturales no se alimentaban más que de peces y plantas, entre otras el ñame y el taro y de la corteza de un árbol muy poco succulento. Las bananas, los cocos y los arboles del pan eran muy

raros en aquel país, y los cocoteros no crecían con tanto vigor que como en las islas ya visitadas por la *Resolucion*. En cuanto al número de habitantes, hubiera podido decirse que era grande; pero Cook observa con exactitud que su llegada había hecho que se reunieran en un punto todos los indígenas de las islas inmediatas, y el teniente Pickersgill tuvo ocasión de observar, durante su reconocimiento hidrográfico, que el país estaba muy poco poblado.

Los neocaledonios tenían la costumbre de enterrar a sus muertos. Muchas personas de la tripulación visitaron sus cementerios, y especialmente la tumba de un jefe, especie de extenso nido de topos, adornada de lanzas y dardos fijados a su alrededor.

El 13 de setiembre Cook dejó el puerto de Balade y continuó siguiendo la costa de la Nueva Caledonia sin poder proporcionarse víveres frescos. El país presentaba por todas partes el mismo aspecto de esterilidad. En fin, cuando ya estaba enteramente al Sur de aquella gran tierra, descubrió otra más pequeña que recibió el nombre de isla de los Pinos, a causa del gran número de árboles de esta especie que le daban sombra.

Era una especie de pino de Prusia, muy a propósito para hacer las berlingas de que la *Resolucion* tenía necesidad. Cook envió una chalupa con trabajadores para elegir y cortar los árboles que le eran necesarios. Algunos tenían 20 pulgadas de diámetro y 70 pies de altura; y hubieran podido servir de mástiles para el buque, si hubieran sido precisos. Así, pues, el descubrimiento de la isla pareció precioso, porque con la Nueva Zelanda era la única en todo el Océano Pacífico que podía suministrar mástiles y vergas.

Haciendo rumbo al Sur, con dirección a la Nueva Zelanda, observó Cook, el 10 de octubre, una isleta inhabitada, en la que los botánicos recogieron una amplia cosecha de vegetales desconocidos. Es la isla de Norfolk, así llamada en honor de la familia Howard, y que posteriormente debía ser colonizada por los amotinados de la Bounly.

El 18 la *Resolucion* volvió otra vez a echar el ancla en el canal de la Reina Carlota. Las huertas que los ingleses habían plantado con tanto celo, estaban abandonadas por los zelandeses, y sin embargo muchas plantas se habían desarrollado prodigiosamente.

Al principio los habitantes no se mostraron con mucha circunspección y parecieron poco inclinados a entablar nuevas relaciones. Sin embargo, cuando conocieron a sus antiguos amigos manifestaron su alegría con las demostraciones más extravagantes.

Interrogados sobre el motivo que les había impulsado mostrar al principio tanta reserva, respondieron de un modo evasivo y los ingleses comprendieron que se trataba de batallas y de muertes.

Entonces se reprodujeron con mayor intensidad los temores de Cook sobre la suerte de la *Aventura*, de la cual no había tenido noticias desde su última recalada en aquel paraje; pero por más que preguntó no llegó a saber la verdad. No debía saberla hasta después en el cabo de Buena Esperanza, donde encontró cartas del capitán Furneaux.

Después de haber desembarcado otras parejas de cerdos, insistiendo en su idea de dotar de animales a la Nueva Zelanda, se hizo a la vela el 10 de noviembre con rumbo al cabo de Hornos.

La primera tierra que vio después de un inútil crucero, fue la costa occidental de la Tierra del Fuego, cerca de la entrada del estrecho de Magallanes.

«La parte de la América que se presentaba a nuestra vista, dice la relación, era de un aspecto muy triste; parecía desmembrada en pequeñas islas que, aunque poco altas, eran muy negras y casi enteramente estériles. Detrás de ellas veíamos altas tierras cubiertas de nieve, que llegaba casi hasta la orilla del agua. Es el país más salvaje que yo he visto. Parecía enteramente cubierto de montañas y de rocas sin la menor apariencia de vegetación. Las montañas terminan en horribles precipicios, y sus cimas escarpadas se levantan a grande altura. No hay otro sitio en la naturaleza que ofrezca puntos de vista más agrestes. Las montañas del interior estaban cubiertas de nieve, pero las de la costa no lo estaban

menos. Juzgamos que las primeras pertenecían a la Tierra del Fuego, y que las otras eran pequeñas islas situadas de manera que en apariencia presentaban una costa no interrumpida».

A pesar de todo, Cook juzgó conveniente detenerse algún tiempo en aquel triste país, con la esperanza de proporcionar a su tripulación algunos víveres frescos. En el canal de Navidad halló un fondeadero seguro, cuyo reconocimiento hidrográfico hizo con su esmero habitual.

La caza proporcionó algunas aves, y el teniente Pickersgill, llevó al buque trescientos huevos de golondrinas de mar y catorce ánades.

«De este modo, dice Cook, pude distribuir víveres a toda la tripulación, lo cual produjo entre los marineros tanto o mayor júbilo cuanto que se acercaba la Navidad, y sin esta feliz circunstancia, no hubieran tenido que cenar el día de Noche-Buena más que vaca y tocino salados».

Algunos naturales, pertenecientes a la nación a la cual Bougainville había dado el nombre de Pechereses, subieron a bordo sin necesidad de grandes instancias.

Cook pinta a estos salvajes con colores casi iguales a los que había empleado el navegante francés. Se alimentan de la carne podrida de las terneras marinas, y de ella prefieren la parte oleosa, sin duda, dice el capitán, porque este aceite defiende su cuerpo contra el rigor del frío.

«Si alguna vez, añade, se hubiera podido poner en duda la preeminencia de la vida civilizada sobre la vida salvaje, la vista sola de estos indios bastaría para resolver la cuestión. Mientras no me prueben que un hombre atormentado continuamente por el rigor del clima es feliz, no creeré en las declamaciones elocuentes de los filósofos que no han tenido ocasión de contemplar la naturaleza humana en todas sus modificaciones, o que no han sentido lo que han visto».

La *Resolucion* no tardó en hacerse a la mar y en doblar el cabo de Hornos; después atravesó el estrecho de Lemaire y reconoció la

Tierra de los Estados, donde encontró un buen fondeadero. Estos parajes estaban animados por una multitud de ballenas Por ser la estación en que se aparean. También encontró muchas terneras y leones marinos, pingüinos y otras aves, que se levantaban en bandadas innumerables.

«Allí el doctor Sparrman y yo, dice Forster, corrimos el peligro de ser atacados por un oso viejo de mar, en una roca en que había muchos centenares de ellos, los cuales parecían esperar el éxito del combate. El doctor había disparado su fusil contra un ave, e iba a recogerla, cuando el oso gruñó, mostró los dientes y parecía dispuesto a oponerse a mi compañero. Yo entonces le apunté, disparé y le deje muerto de un tiro; y en el mismo instante toda la tropa, viendo a su campeón derribado, huyó hacia el mar, y muchos se arrojaron en él con tanta prisa, que saltaron desde las rocas a 10 o 15 varas perpendicularmente. Creo que no se hicieron mal, porque su piel es muy dura y su grasa, muy elástica, se presta fácilmente a la compresión».

Dejando la Tierra de los Estados el 3 de enero, Cook se dio a la vela para el Sudeste, a fin de explorar esta parte del Océano, única que le faltaba visitar hasta entonces. En breve llegó a la Georgia Austral, descubierta en 1675 por Laroche, y en 1756 por Guyot-Duclos, que mandaba entonces el buque español *Leon*. Hízose este descubrimiento en 1775; Cook desembarcó en tres diferentes sitios y tomó posesión del país, a nombre del rey de Inglaterra Jorge por lo cual le llamó Georgia. El fondo de la bahía, llamada de la Posesion, estaba rodeado de rocas de hielo perpendiculares, en todo semejantes las que se hablan visto en las altas latitudes australes.

«El interior del país, dice la relación, no era ni menos agreste, ni menos espantoso. Las cimas de las rocas se pendan entre las nubes, y los valles estaban cubiertos de una nieve eterna. No se veía un árbol, ni tampoco el más pequeño arbusto».

Dejando la Georgia, penetró Cook todavía más hacia el Sudeste entre los hielos flotantes, donde los peligros continuos de esta

navegación tenían agotadas las fuerzas de la tripulación. Sucesivamente se descubrieron la Tule Austral, la isla Saunders, la isla de la Candelaria, y en fin, la Tierra de Sandwich.

Aquellos archipiélagos estériles y desolados nunca ofrecieron utilidad práctica al comerciante, ni al geógrafo; y una vez señalada su existencia, no había que hacer otra cosa sino pasar adelante, porque era correr peligros inútiles querer reconocerlos en sus pormenores y comprometer los preciosos documentos que la *Resolucion* debía llevar a Inglaterra.

El descubrimiento de aquellas tierras aisladas tuvo por resultado convencer a Cook de «que hay cerca del polo una extensión de tierra donde se forman la mayor parte de los hielos que se descubren por aquel vasto Océano meridional;» observación ingeniosa, confirmada enteramente por los descubrimientos de los exploradores del siglo XIX.

Después de buscar otra vez infructuosamente el cabo de la Circuncisión de Bouvet, se determinó Cook a volver al de Buena-Esperanza, a donde llegó el 22 de marzo de 1775.

La *Aventura* había recalado en aquel sitio, y el capitán Furneaux había dejado una carta para Cook, donde le refería todo lo que había pasado en la Nueva Zelanda.

El capitán Furneaux, al llegar el 13 de noviembre al estrecho de la Reina Carlota, había hecho provisiones de agua y leña y enviado después un bote, mandado por el teniente Rowe, a fin de recoger plantas comestibles. No habiéndole visto volver a bordo en aquella noche, a la mañana siguiente envió gente en su busca, aunque sin sospechar la naturaleza del accidente que le había ocurrido; y véase, en resumen, lo que llegó a saber:

El oficial que mandaba la chalupa, después de muchas idas y venidas inútiles, desembarcó en una playa, cerca de la ensenada de la Yerba, y allí observó ciertos indicios, como restos de bote y zapatos, de los cuales uno había pertenecido a un oficial. Al mismo tiempo uno de los marineros encontró un trozo de carne fresca, que

se creyó sería carne de perro, porque los ingleses ignoraban que aquel pueblo fuese antropófago.

Abrimos, dice el capitán Furneaux, hasta unos veinte cestos que había en la playa, cerrados con cuerdas. Los unos estaban llenos de carne asada y otros de raíces de helecho, que sirven de pan a los naturales. Continuando nuestras investigaciones, encontramos un gran número de zapatos y una mano, que inmediatamente conocimos por ser la de Tomás Hill, porque se la había tatuado a la manera de los tahitianos, poniendo en ella la cifra T. H».

Un poco más lejos, el oficial vio cuatro piraguas y una multitud de indígenas alrededor de una grande hoguera. Al desembarcar los ingleses hicieron una descarga que puso en fuga a todos los neozelandeses, a excepción de dos, que se retiraron con mucha serenidad. Uno de ellos fue herido gravemente y los marineros se adelantaron por la playa.

«En breve se ofreció a nuestra vista una escena horrible: las cabezas, los corazones, los pulmones de varios de nuestros compañeros se hallaban esparcidos por la arena, y a poca distancia los perros comían las tripas».

El oficial llevaba poca gente consigo diez hombres tan solo, y no podía tomar venganza en el acto de aquella matanza abominable. Además el tiempo empeoraba y los salvajes se reunían en gran número. Tuvo, pues, que volverse a la *Aventura*.

«No creo, dice el capitán Furneaux, que aquella carnicería fuese efecto de un designio premeditado de parte de los salvajes, porque en la mañana en que Rowe dejó el buque encontré dos piraguas que se llegaron hasta nuestra inmediación y permanecieron todo el día junto a nosotros. La carnicería fue probablemente producida por alguna disputa que se decidió en el acto. Quizá, también, no habiendo tomado nuestra gente precaución ninguna, la ocasión estimuló a los indios a acometerles. Lo que dio valor a los neozelandeses, luego que vieron el efecto de la primera explosión, fue el comprender que un fusil no era una arma infalible, que

algunas veces fallaba, y que duques del primer tiro era preciso volverle a cargar para servirse de él».

En aquel trance fatal la *Aventura* perdió diez de sus mejores marineros. Furneaux había salido de Nueva Zelanda el 23 de diciembre de 1773. Dobló el cabo de Hornos, recaló en el de Buena-Esperanza y llegó a Inglaterra el 14 de julio de 1774.

Cook, después de haber embarcado los víveres frescos necesarios, y reparado el buque, salió de False-Bay el 22 de mayo de 1775, recaló en Santa Elena, la Ascensión, Fernando de Noroña, Faya, una de las Azores, y entró en Plymouth el 29 de julio sin haber tenido que sentir durante aquel largo viaje de tres años y diez y ocho días más pérdida que la de cuatro hombres, fuera de los diez marineros asesinados en la Nueva Zelanda.

Hasta entonces ninguna expedición había llevado tan rica cosecha de descubrimientos y observaciones hidrográficas y etnográficas. Las eruditas e ingeniosas observaciones del capitán Cook, esclarecieron muchos puntos oscuros de las relaciones de los antiguos viajeros. Se habían hecho descubrimientos, especialmente el de la Nueva Caledonia y el de la isla de Pascuas; y se había demostrado definitivamente la no existencia del continente austral. El gran navegante recibió en el acto la recompensa merecida de sus fatigas y trabajos, y nueve días después de su desembarco, fue nombrado capitán de navío. La Sociedad Real de Londres le dio el título de socio el 29 de febrero de 1776.

CAPÍTULO III

TERCER VIAJE DEL CAPITÁN COOK

I. Expedición en busca de las tierras descubiertas por los franceses. —Las islas Kerguelen. —Recalada en Van Diemen. —Estrecho de la Reina Carlota. —Isla Palmerston. —Grandes fiestas en las islas Tonga.

En aquella época, la idea que había impulsado a tantos viajeros a explorar los mares de la Groenlandia, estaba en todo su auge. ¿Existía un paso por el Norte que pusiera en comunicación el Atlántico con el Pacífico, siguiendo las costas de Asia o las de América? En este caso, ¿era practicable?

Se había intentado resolver esta cuestión, haciendo investigaciones hacia las bahías de Hudson y de Baffin, y se quiso también intentar la empresa por el Océano Pacífico. La tarea era difícil, y los lores del Almirantazgo comprendieron que ante todo debían nombrar a algún navegante que tuviese experiencia de los mares polares, que hubiese dado pruebas de serenidad en las ocasiones difíciles, y cuyos talentos, experiencias y conocimientos científicos le pusieran en estado de sacar partido del poderoso armamento que se estaba haciendo.

Nadie reunía en tan alto grado como el capitán Cook las cualidades apetecibles para esta empresa.

Los lores del Almirantazgo se dirigieron a él, y Cook no vaciló un instante en aceptar, aunque hubiera podido pasar en paz el resto de sus días en el empleo que le habían dado en el observatorio de Greenwich, y gozar descansadamente de la estimación y de la gloria que se había conquistado con sus dos viajes alrededor del mundo.

Diéronsele dos buques, la *Resolucion* y la *Discovery*; éste último a las órdenes del capitán Clerke, y recibieron el mismo armamento que en la anterior campaña.

Sus instrucciones le prescribían dirigirse al cabo de Buena-Esperanza, y de allí hacer rumbo al Sur para buscar las islas recientemente descubiertas por los franceses, a los 48° de latitud, y hacia el meridiano de la isla Mauricio; en seguida debía tocar en la Nueva Zelanda, si lo juzgaba conveniente, tomar refrescos en las islas de la Sociedad, dejando en ellas al tahitiano Mai, pasar después a la Nueva Albión, evitando desembarcar en ninguna de las posesiones españolas de América, y dirigirse desde allí, por el Océano Glacial Ártico, hacia las bahías de Hudson y Baffin; en una palabra, buscar por el Este el paso del Noroeste. Hecho esto, y después de haber dado descanso a las tripulaciones en Kamschatka, debía hacer una nueva tentativa y volver a Inglaterra por el camino que creyese más útil para los progresos de la geografía y de la navegación.

Los dos buques no salieron al mismo tiempo de Inglaterra. La *Resolucion* se hizo a la vela desde Plymouth, el 12 de julio de 1776, y se reunió en el Cabo el 10 de noviembre siguiente, con la *Discovery* que no había podido dejar las costas de la Gran Bretaña hasta el 1.º de agosto.

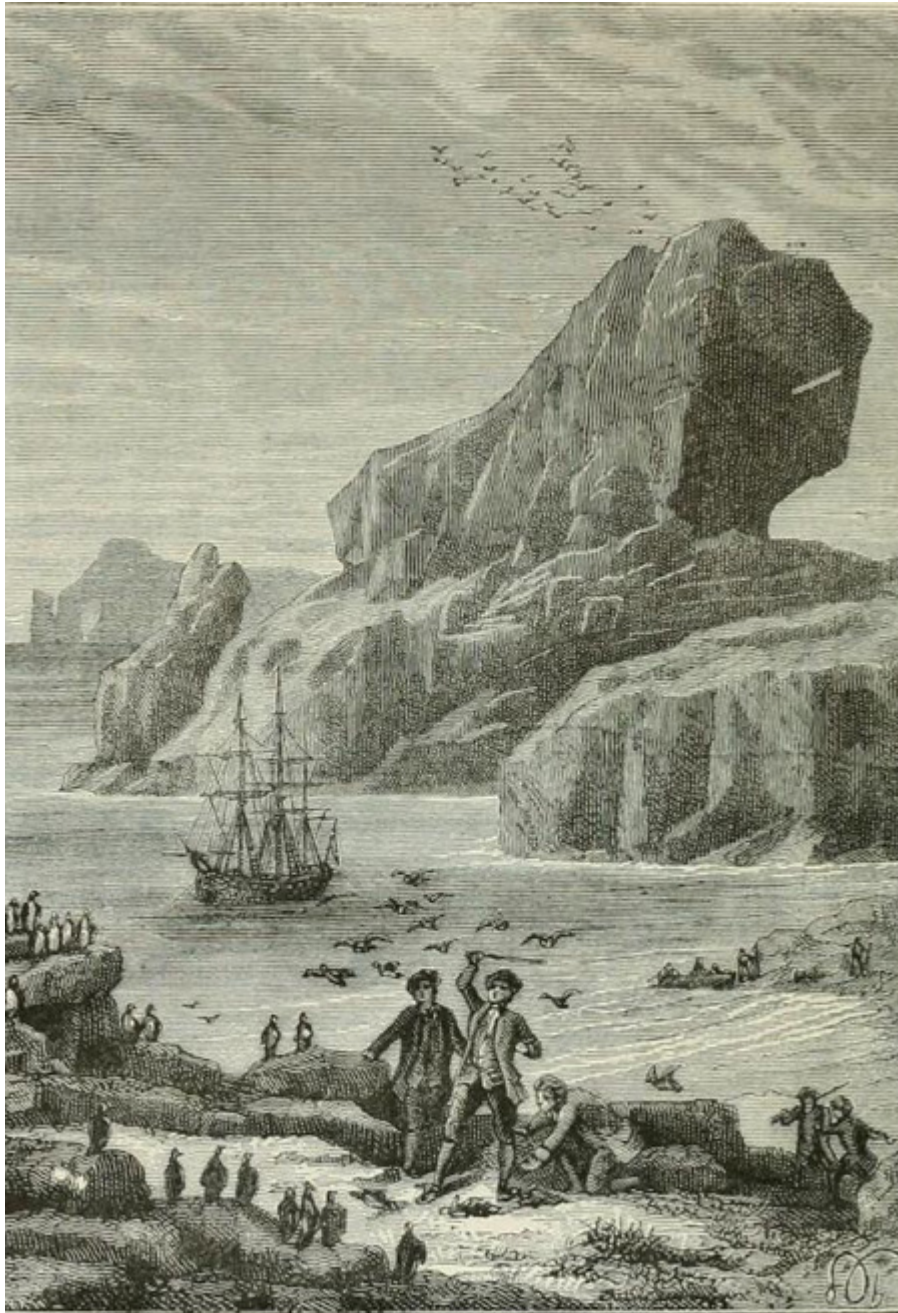
La *Discovery* sufrió una tempestad en el viaje y tuvo necesidad de ser calafateada; tarea que detuvo a los buques en el Cabo hasta el 30 de noviembre.

Cook aprovechó esta ocasión para comprar animales vivos, con la intención de dejarlos en Tahití y en la Nueva Zelanda, y para reunir provisiones en los buques que le sirvieran para un viaje de dos años.



Después de doce días de rumbo al Sudeste, descubrió dos islas A los $46^{\circ} 53'$ de latitud Sur y $37^{\circ} 46'$ de longitud Este. El canal que las separa fue atravesado en breve, y se reconoció que sus costas, escarpadas y estériles, carecían de habitantes. Habían sido descubiertas con otras cuatro, situadas de 9 a 12 grados más al Este, por los capitanes franceses Marion-Dufresne y Crozet en 1772.

El 24 de diciembre Cook encontró las islas que en sus dos viajes de 1772 y 1773 había visto Kerguelen.



No referiremos aquí las observaciones que el navegante inglés recogió en aquel archipiélago porque estando enteramente de acuerdo con las de Kerguelen, las reservamos para cuando hablemos del viaje de este navegante. Diremos tan solo que Cook

levantó cuidadosamente el plano de las costas y se hizo de nuevo a la mar el 31 de diciembre.

Por espacio de más de 300 leguas los dos buques navegaron entre bruma espesa.

El 26 de enero echaron el ancla en la bahía de la Aventura, en la tierra de Van-Diemen, en el mismo sitio en, que el capitán Furneaux había recalado cuatro años antes. Algunos indígenas acudieron a visitar a los ingleses y recibieron todos los regalos que se les hicieron sin manifestar ninguna satisfacción.

»Eran, dice la relación, de estatura ordinaria, pero delgados; Tenían la piel negra, el pelo del mismo color y tan lanudo como el de los negros de la Nueva Guinea; pero no tenían la nariz chata, ni los labios gruesos de los negros de África. Su fisonomía no presentaba nada de desagradable; sus ojos nos parecieron hermosos y sus dientes unidos, pero muy sucios. Los cabellos y la barba de la mayor parte, estaban untados con una especie de pomada roja, y el rostro de algunos pintado con la misma droga».

Esta descripción, aunque concisa, tiene mucho valor. En efecto, el último de los indígenas de Tasmania ha muerto hace muchos años, y esta raza ha desaparecido ya completamente.

Cook levantó anclas el 30 de enero, y fue a fondear en su punto habitual de recalada, el canal de la Reina Carlota. No tardaron las piraguas de los indígenas en rodear los buques, pero ni uno solo se atrevió a subir a bordo; tan persuadidos estaban de que los ingleses hablan vuelto con el único objeto de vengar el asesinato de sus compatriotas.

Cuando se convencieron de que no era ésta su intención, depusieron toda desconfianza y toda reserva. Cook supo entonces por medio de Mai, que entendía el neozelandés, cuál había sido la causa de aquella espantosa catástrofe.

Los ingleses, sentados sobre la yerba, estaban cenando cuando los indígenas robaron diferentes objetos. Uno de ellos fue sorprendido en el acto y golpeado por uno de los marineros. A los gritos del salvaje acudieron sus compatriotas y se echaron sobre los

marineros de la Aventura. Éstos mataron dos salvajes, pero no tardaron en sucumbir al número de sus agresores. Varios neozelandeses designaron al capitán Cook el jefe que había presidido la matanza y le aconsejaron que le hiciese morir; pero Cook se negó a ello con gran admiración de los naturales y estupefacción de Mai que le dijo:

«En Inglaterra se mata al hombre que ha asesinado a otro; éste ha asesinado a diez, y usted no los venga».

Cook antes de marchar dejó en tierra cerdos y cabras, con la esperanza de que acabarían por aclimatarse en la Nueva Zelanda.

Mai había formado el propósito de llevar a Tahití un neozelandés. Dos se presentaron para acompañarle y Cook consintió en recibirlos a bordo, no sin decirles que no volverían a ver su patria. Así, cuando los buques perdieron de vista las costas de la Nueva Zelanda, los dos jóvenes neozelandeses no pudieron contener sus lágrimas. A su dolor se unió también el mareo; sin embargo, al desaparecer éste, desapareció también la pena, y al cabo de poco tiempo se hicieron amigos de los ingleses.

El 29 de marzo se descubrió una isla llamada por los habitantes Mangea. Éstos, invitados por Mai, se decidieron a subir a bordo de los buques.

Eran de corta estatura, pero vigorosos y bien proporcionados. Llevaban la cabellera anudada sobre la cabeza, la barba larga y la piel tatuada en diferentes partes del cuerpo. Cook hubiera deseado mucho saltar en tierra, pero las disposiciones hostiles de la población se lo impidieron.

Cuatro leguas más adelante se avistó una nueva isla en todo semejante a la primera. Sus habitantes se mostraron al principio mejor dispuestos que los de Mangea, y Cook aprovechó la ocasión para enviar a tierra un destacamento a las órdenes del teniente Gore con Mai por intérprete.

Anderson el naturalista, Gore, otro oficial llamado Burney y Mai, desembarcaron solos y sin armas, corriendo el peligro de ser maltratados.

Recibidos con solemnidad y conducidos entre dos filas de hombres que llevaban las mazas al hombro a presencia de tres jefes cuyas orejas estaban adornadas de plumas rojas, vieron unas veinte mujeres que bailaban al son de una música grave y seria y que no hicieron caso de su llegada.

Los oficiales, separados unos de otros, no tardaron en observar que los indígenas se esforzaban por vaciarlos los bolsillos y comenzaron a temer por su seguridad cuando llegó Mai. Detenidos todo el día y obligados muchas veces a quitarse los vestidos para que los naturales pudiesen examinar de cerca el color de su piel, pudieron al fin, cuando llegó la noche, volver a la chalupa sin ningún accidente desagradable.

Los naturales les llevaron cocos, bananas y otras provisiones. Quizá los ingleses debieron su salvación a la descripción que Mai hizo del poder de las armas de fuego y al experimento que practicó delante de los indígenas inflamando la pólvora de un cartucho.

Mai encontró tres compatriotas suyos entre la multitud que había acudido a la orilla. Estos tres tahitianos habían salido en una piragua con otros de sus compatriotas hasta el número de veinte para ir a Ulietea, y un viento impetuoso les había echado fuera de su rumbo. Como la travesía debía ser corta no habían llevado víveres; la fatiga y el hambre redujo la tripulación a cuatro hombres medio muertos y entonces su piragua zozobró. Los naufragos, sin embargo, tuvieron fuerza para asirse de la borda de la embarcación hasta que fueron recogidos por los habitantes de la isla. Hacia doce años que los azares del mar les habían arrojado a aquella tierra, distante de su patria más de 200 leguas. Habían contraído lazos de amistad y de familia con los indígenas, cuyos nombres y lengua eran semejantes a las suyas, y se negaron a volver a Tahití.

«Este hecho, dice Cook, puede servir para explicar mejor que todos los sistemas cómo se han poblado las diversas partes del globo y en particular las islas del mar Pacífico, sobre todo las que están alejadas de los continentes y a gran distancia unas de otras».

Aquella isla, que se llama Wateru, está situada a 20° 1' de latitud Sur y 201° 45' de longitud Este.

Los dos buques pasaron enseguida a una isla inmediata llamada Wenua, en la cual Gore desembarcó para tomar forrajes. Se hallaba inhabitada, aunque presentaba restos de cabañas y tumbas.

El 5 de abril Cook llegó a la vista de Harvey, descubierta ya por él en 1773 durante su segundo viaje, en cuya época le había parecido que estaba desierta, y por tanto se sorprendió al ver muchas piraguas que se destacaban de la orilla y se dirigían hacia los buques. Sin embargo, los indígenas no parecieron decidirse a subir a bordo. Su actitud feroz y sus voces no anunciaban disposiciones amistosas. Su idioma era todavía más semejante a la lengua de Tahití que el de las islas que se acababan de visitar.

El teniente King, que había sido enviado en busca de un fondeadero, no pudo encontrar ninguno conveniente.

Los naturales, armados de picas y de mazas, parecían dispuestos a rechazar por la fuerza toda tentativa de desembarco.

Cook, necesitando agua y forraje, resolvió entonces pasar a las islas de los Amigos, donde estaba seguro de encontrar víveres frescos para su tripulación y forraje para los animales. Además la estación se hallaba demasiado avanzada y la distancia que separaba de aquellos parajes del polo era demasiado grande para poder intentar nada en el hemisferio septentrional.

Obligado por el viento contrario a renunciar a ir a Middelburgo o Eoa, como había pensado antes, se dirigió hacia la isla Palmerston, adonde llegó el 14 de abril, en la cual halló aves en abundancia, cloquearía y cocoteros. Esta isla no es más que una reunión de nueve o diez islotes poco elevados sobre las aguas, y que pueden ser considerados como puntas del arrecife de un mismo banco de coral.

El 28 de abril los ingleses llegaron a la isla Komango, cuyos habitantes les proporcionaron multitud de cocos, bananas y otras provisiones. Después visitaron a Annainuka, que también forma parte del archipiélago Tonga o de los Amigos.

El 6 de mayo recibió Cook la visita de un jefe de Tonga-Tabu llamado Finau, que se titulaba rey de todas las islas de los Amigos.

«Recibí, dice, de este gran personaje un presente de dos peces que me envió con uno de sus criados. Por la tarde fui a devolverle la visita. Luego que me vio saltar a tierra se acercó a mí. Parecía de unos treinta años de edad; era alto, pero delgado, y no he encontrado en aquellas islas una fisonomía más parecida a la de los europeos que la suya».

Cuando se agotaron las provisiones de aquella isla Cook visitó un grupo de islotes llamado Hapai, donde la recepción, merced a las órdenes que había dado Finau, fue amistosa, y donde pudo proporcionarse cerdos, agua, frutas y raíces. Varios guerreros dieron a los ingleses el espectáculo de combates singulares, ya con maza ya con los puños.

«Lo que más nos admiró, dice la relación, fue ver llegar dos mujeres gruesas, entrar en la liza y acometerse a puñetazos sin ceremonias y con tanta destreza como los hombres. Su combate no duró más de medio minuto y una de ellas se confesó vencida. La heroína victoriosa recibió de la asamblea los mismos aplausos que se daban a los hombres que por su destreza o su fuerza habían vencido a sus rivales».



No fueron éstos los únicos juegos y fiestas que presenció Cook. Ejecutóse también una danza por ciento cinco actores al son de dos tambores, o mejor dicho de dos troncos de árbol huecos, a cuya música se unía la de un coro de voces. Cook correspondió a estas demostraciones mandando hacer el ejercicio de fuego a sus soldados de marina y dando una función de fuegos artificiales que causó a los indígenas una admiración inconcebible. Éstos, no

queriendo mostrarse vencidos en esta lucha de diversiones, dieron primero un concierto y después un baile ejecutado por veinte mujeres coronadas de guirnaldas de rosas de la China. A este baile siguió otro ejecutado por quince hombres, y no acabaríamos nunca si hubiéramos de contar por menudo todas las maravillas de aquella recepción entusiasta que mereció al archipiélago de Tonga el nombre de islas de los Amigos.

El 23 de mayo, Finau, que, como hemos dicho, se titulaba rey del archipiélago entero, anunció a Cook su marcha para la isla inmediata de Vavau. Tenía buenas razones para marcharse, porque acababa de saber la llegada del verdadero soberano, que se llamaba Futafaihe o Pulaho. Al principio Cook se negó a reconocer en el recién llegado el carácter que se atribuía; pero no tardó en recibir pruebas irrecusables de que le pertenecía verdaderamente el título de rey.

Pulaho era muy gordo, y siendo al mismo tiempo de corta estatura se asemejaba mucho a un tonel. Si la categoría entre aquellos insulares era proporcionada a la gordura del cuerpo, seguramente Pulaho era el hombre de más elevada jerarquía que hablan encontrado hasta entonces los ingleses. Inteligente, grave, majestuoso, examinó detenidamente y con mucho interés el buque y todo lo que era nuevo para él; hizo preguntas muy juiciosas, y se informó del motivo de la llegada de los buques. Sus cortesanos se oponían a que bajase al entrepuente porque decían que era *Tabú* y estaba prohibido andar por encima de su cabeza. Cook entonces, por medio de Mai, respondió que había prohibido andar por encima de su cámara, y con esto Pulaho se avino a comer con él.

Comió poco, bebió todavía menos, e invitó a Cook a bajar a tierra. Las muestras de respeto que prodigaban a Pulaho todos los insulares convencieron a Cook de que trataba realmente con el rey del archipiélago.

Dióse a la vela el 29 de mayo, volviendo a Annamuka y después a Tonga-Tabu, donde se dio en su honor una fiesta o *heiva* cuya

magnificencia sobrepujaba a todas las demás de que había sido testigo.

«Por la noche, dice, presenciamos el espectáculo de un *bomai*, es decir, que ejecutaron las danzas de la noche delante de la casa ocupada por Finau. Duraron tres horas, en cuyo intervalo vimos doce danzas. Algunas fueron ejecutadas por mujeres, y estando en una de ellas llegó una tropa de hombres que formaron un círculo dentro del círculo de las bailarinas. Luego vinieron veinticuatro hombres, que formaron un tercer círculo e hicieron con las manos una multitud de movimientos muy aplaudidos y que hasta entonces no habíamos visto. La orquesta se renovó una vez. Finau se presentó en la escena la cabeza de cincuenta bailarines; iba magistralmente vestido con un pedazo de tela y encima otro grande de grana, y llevaba figurillas suspendidas al cuello.

»Después de tres meses de residencia en aquellos parajes deliciosos, Cook, creyendo ya llegado el momento de abandonarles, distribuyó una parte del ganado que había llevado del Cabo e hizo explicar a los indígenas, por medio de Mai, el modo de alimentarlo y los servicios que podría prestar. Visitó luego un *fiatuka* o cementerio que pertenecía al rey, compuesto de tres espaciosas habitaciones construidas al extremo de una especie de colina. Los techos de estos edificios, así como las colinas artificiales que les sostenían, estaban cubiertos de hermosas piedrecillas movibles y rodeados de otras piedras planas lijadas de canto.

»Lo que no habíamos observado hasta entonces era que uno de estos edificios, que estaba cubierto por uno de los lados, tenía dos bustos de madera groseramente esculpidos, el uno cerca de la entrada y el otro un poco más adelante. Los naturales nos siguieron hasta la puerta, pero no se atrevieron a pasar del umbral. Les preguntamos qué significaban aquellos bustos y nos respondieron que no representaban ninguna divinidad y que servían solo como recuerdo de los jefes enterrados en el *fiatuka*».

El 10 de agosto salió Cook de Tonga-Tabu y pasó a la pequeña isla Eoa, donde su antiguo amigo Tai-One le recibió con cordialidad.

Por él supo que la propiedad de las diferentes islas del archipiélago pertenecía a los jefes de Tonga-Tabu, que la llamaban Tierra de los Jefes. Por consiguiente Pulaho tenía bajo su dominio quince islas, de las cuales las más importantes eran Vavao y Hamao. En cuanto a las islas Viti y Fidyí, comprendidas en esta nomenclatura, estaban habitadas por una raza belicosa muy superior en inteligencia a la de las islas de los Amigos.

Entre las muchas e interesantes observaciones recogidas por Cook y por el naturalista Anderson, nos fijaremos en las que son relativas a la mansedumbre y afabilidad de los indígenas. Si Cook durante sus diversas recaladas en aquel archipiélago no tuvo más que elogios que hacer por la amistad que le manifestaron sus habitantes, era porque no llegó nunca a sospechar el proyecto que habían concebido Finau y los demás jefes de asesinarlos durante la fiesta nocturna de Hapai y apoderarse por sorpresa de los buques.

Los navegantes que le siguieron no tuvieron ocasión de prodigar los mismos elogios, y si no conociéramos la sinceridad del ilustre marino creeríamos que había dado por antífrasis el nombre de islas de los Amigos a este archipiélago.

Los indígenas de Tonga cuando muere un pariente suyo se dan grandes puñetazos en las mejillas y se las desgarran con dientes de tiburón, lo cual explica los muchos tumores y cicatrices que llevan en el rostro.

Cuando se ven en peligro de muerte sacrifican una o dos falanges del dedo pequeño para apaciguar la cólera de la divinidad; y de cada diez individuos que vio Cook, los nueve estaban mutilados de este modo.

«La palabra *tabú*, dice, representa gran papel en los usos de este pueblo y tiene una significación muy extensa... Cuando no es permitido tocar a una cosa dicen que es tabú; y si el rey entra en la casa de uno de sus súbditos la casa queda convertida en tabú y el propietario no puede ya habitarla».

En cuanto a su religión, Cook creyó haberla comprendido bastante. Según ella, el dios principal, Kallafutonga, cuando está

encolerizado, destruye las plantaciones y siembra las enfermedades y la muerte.

No todas las islas tienen las mismas ideas religiosas; pero en todas partes se admite por unanimidad la inmortalidad del alma. En fin, si no ofrecen a sus dioses frutas y otras producciones de la tierra, les ofrecen en cambio sacrificios de víctimas humanas.

El 17 de julio Cook perdió de vista las islas Tonga, y el 8 de agosto la expedición, después de una serie de ventarrones que causaron averías bastante grandes a la *Discovery*, llegó a la vista de una isla llamada Tabuai por sus habitantes.

Todos los rasgos de elocuencia que emplearon los ingleses para persuadir a los indígenas que subieran a bordo fueron inútiles; nunca consintieron salir de sus canoas y se contentaron con invitar a los extranjeros a bajar a visitarlos. Pero como el tiempo no daba lugar y Cook no necesitaba provisiones, pasó sin detenerse por delante de la isla, que le pareció fértil y que según decían los naturales abundaba en cerdos y aves. Aquellos naturales, fuertes, altos y activos, de aire duro y feroz, hablaban la lengua tahitiana, y por eso fueron fáciles las relaciones con ellos.

Pocos días después se dibujaron en el horizonte las verdes cimas de Tahití, y los dos buques no tardaron en detenerse en frente de la península de Tairabu, donde Mai fue recibido por sus compatriotas con la mayor indiferencia que puede imaginarse. Su mismo cuñado, el jefe Uti, apenas consintió en conocerle; pero cuando Mai le enseñé los tesoros que llevaba y sobre todo las famosas plumas rojas que tan grande éxito habían tenido en el viaje anterior de Cook, Uti cambió de modales, trató a Mai con afabilidad y le propuso trocar con él su nombre. Mai se dejó seducir por aquellas nuevas manifestaciones de ternura, y de no haber intervenido Cook se hubiera dejado despojar de todos sus tesoros.

Los buques llevaban gran provisión de plumas rojas; así es que las frutas, los cerdos y las aves llegaron en abundancia durante aquella recalada. Cook pasó en breve a la bahía de Matavai, y el rey Otoo dejó su residencia en Paré para hacer una visita a su antiguo

amigo. Allí también fue Mai tratado desdeñosamente por los suyos, y en vano se arrojó a los pies del rey ofreciéndole un penacho de plumas rojas y dos o tres piezas de paño de oro; el rey apenas le miró. Sin embargo, después sucedió lo mismo que en Tairabu, y las disposiciones de los indígenas cambiaron súbitamente cuando supieron las riquezas que llevaba Mai. Pero éste, no complaciéndose más que en la sociedad de los vagos, que explotaban sus resentimientos y al mismo tiempo le robaban lo que podían, no supo adquirir sobre Otoo y sobre los jefes principales la influencia necesaria para el desarrollo de la civilización.

Cook había oído decir desde mucho tiempo antes que se usaban en Tahití sacrificios humanos, pero siempre se había negado a creerlo, hasta que una solemne ceremonia de que fue testigo en Atahuru no le permitió ya dudar de la existencia de aquella práctica.



A fin de que Atua, o Dios, mirase con favorables ojos una expedición que se preparaba contra la isla de Eimeo, fue sacrificado a golpes de maza y en presencia del rey un hombre de la más ínfima plebe. Los sacrificadores depositaron como ofrenda delante del rey la cabellera y un ojo de la víctima, últimos símbolos de la antropofagia que existía antiguamente en aquel archipiélago. Al

concluirse aquella bárbara ceremonia, que formaba un borrón en el cuadro de las costumbres pacíficas de aquel pueblo, se vio un martín pescador que revoloteaba entre el follaje.

«Es el Atua, exclamó Otoo muy satisfecho de aquel excelente agüero».

A la mañana siguiente la ceremonia debía continuar con un holocausto de cerdos. Los sacerdotes imitando la antigua costumbre de los arúspices romanos, trataron de leer en las últimas convulsiones de las víctimas la suerte reservada a la expedición.

Cook, que había asistido silencioso a toda la ceremonia, no pudo ocultar, luego que concluyó, el horror que le inspiraba. Mai fue su intérprete elocuente y vigoroso y Towha convencido, pudo apenas contener su cólera.

«Si el rey hubiese muerto un hombre en Inglaterra, dijo el joven tahitiano, como aquí acababa de ser muerto este hombre desdichado e inocente ofrecido a Dios hubiera sido imposible librarle de la horca, único castigo reservado a los homicidas y a los asesinos».

Esta reflexión violenta de Mai era por lo menos inoportuna y Cook hubiera debido recordar que las costumbres varían según los países, siendo absurdo querer aplicar a Tahití por aquella costumbre encarnada ya en el pueblo, el castigo reservado en Londres para lo que todo el mundo considera allí un crimen.

Antes de dejar a Tahití Cook entregó a Otoo los animales que con tanto trabajo había llevado de Europa. Eran ánades, patos, gallos de la India, cabras, carneros, caballos y bueyes.

Otoo no encontraba expresiones para mostrar su gratitud al ariki no Protone (al rey de la Bretaña) sobre todo cuando vio que los ingleses no pudieron embarcar a causa de sus dimensiones una magnífica piragua doble que había mandado construir por sus más hábiles artistas para regalársela al rey de Inglaterra su amigo.

La *Resolucion* y la *Discovery* salieron de Tahití el 30 de septiembre y pasaron a Enneo. La residencia en aquel paraje se marcó por un incidente. Ya hacia algunos días que ocurrían

frecuentes robos; y habiendo sido robada una cabra, Cook para hacer un ejemplar, quemó cinco o seis casas, incendió un número mayor de piraguas y amenazó al rey con toda su cólera si no se le devolvía inmediatamente el animal.

Luego que hubo obtenido satisfacción salió para Huaheine con Mai que debía establecerse en aquella isla. Los jefes del cantón de Uare cedieron un terreno bastante extenso mediante ricos presentes y en él hizo Cook construir una casa y plantar una huerta con legumbres europeas. Después dejó a Mai dos caballos, cabras y aves; y al mismo tiempo le regaló una cota de malla, una armadura completa, pólvora, balas y fusiles. Un órgano portátil, una máquina eléctrica, instrumentos de cultivo, y algunos muebles, completaban la colección de regalos ingeniosos o extraños destinados a dar a los tahitianos una alta idea de la civilización europea. Mai tenía una hermana casada en Huaheine, pero su marido ocupaba una posición demasiado humilde para que estuviera en situación de despojarle de sus tesoros.

Cook además declaró solemnemente que Mai era su amigo, y que al cabo de poco tiempo volvería para informarse de como había sido tratado y para castigar severamente a los que se hubiesen portado mal con él.

Estas amenazas debían producir su efecto porque pocos días antes los ingleses habiendo cogido in fraganti a algunos ladrones, les habían cortado las orejas y rapado la cabeza.

Poco después, en Raiatea, a fin de obtener que le devolviesen algunos marineros que hablan desertado se apoderó Cook, por medio de un golpe de mano, de toda la familia del jefe de Oreo. La moderación de que había dado pruebas en su primer viaje, iba disminuyéndose cada vez más y trocándose en severidad y exigencias, conducta que al fin debía serle fatal.

Los dos neozelandeses que hablan acompañado a Mai fueron desembarcados con él. El mayor consistía sin trabajo en vivir en Huaheine; pero el más joven había concebido tanto cariño a los

ingleses que fue preciso bajarle a tierra por fuerza a pesar de las muestras que daba del mayor dolor y de la ternura más viva.

Cook en el momento de levantar anclas recibió la despedida de Mai cuyas lágrimas manifestaban a las claras que comprendía la pérdida inmensa que iba a experimentar.

Si Cook se despidió satisfecho por haber colmado de tesoros al joven tahitiano que se había confiado a él, no por eso dejó de experimentar serios temores por su porvenir. Conocía, en efecto, su carácter inconstante y ligero y sentía haberle dejado armas de las cuales temía que no hiciera buen uso. Por desgracia estos temores eran muy legítimos y quedaron justificados.

Colmado de atenciones por el rey de Huaheine, que le casó con su hija y trocó con él su nombre de Paori, se aprovechó de su alta posición para mostrarse cruel e inhumano. Iba siempre armado y llegó a ensayar su habilidad en sus compatriotas, tiros de fusil y de pistola. Por eso su memoria es execrada en Huaheine, donde el recuerdo de sus asesinatos permaneció por largo tiempo asociado al viaje de los ingleses.

Cook después de haber salido de aquella isla, visitó Raiatea, donde encontró a su amigo Oree destituido del poder supremo; después paso a Bolabola el 18 de diciembre y allí compro al rey Puni un ancla que Bougainville había perdido en aquel surgidero.

Durante dos largas recaladas en las diferentes islas de la Sociedad, completó su colección de datos geográficos, hidrográficos y etnográficos y sus estudios de historia natural, en cuya delicada tarea fue secundado por Anderson y por todo su estado mayor que no cesó de desplegar el celo más laudable por los progresos de la ciencia.

El 24 de diciembre descubrió una isla baja e inhabitada donde las tripulaciones encontraron abundantes provisiones de tortugas y que recibió el nombre de Navidad (*Christmas*) en honor de la fiesta solemne del día siguiente.

Aunque habían pasado ya 17 meses desde su partida de Inglaterra, no consideraba su viaje ni siquiera comenzado. En

efecto, todavía no había puesto en ejecución la parte de sus instrucciones relativa a la exploración del Atlántico Septentrional y a la investigación de un paso por el Norte.

CAPÍTULO III B

II. Descubrimiento de las islas de Sandwich. —Exploración de la costa occidental de América. —La expedición pasa más allá del estrecho de Behring. —Vuelta al archipiélago de Hawai. —Historia de Rono. —Muerte de Cook. —Regreso de la expedición a Inglaterra.

El 18 de enero de 1778, a los 160° de longitud y 20° de latitud Norte, los dos buques vieron las primeras tierras del archipiélago de las islas Sandwich o Hawai, y no tardaron mucho tiempo los navegantes en convencerse de que aquel grupo estaba habitado, porque un gran número de piraguas se destacaron de la isla Atui o Tavai y rodearon a los buques.

Los ingleses quedaron bastante sorprendidos al ver a los indígenas hablar la lengua de Tahití. Así las relaciones se hicieron en breve amistosas, y al día siguiente muchos insulares consintieron en subir los buques, expresando su admiración a la vista de tantos objetos desconocidos para ellos con miradas, gestos y exclamaciones continuas. Sin embargo, conocían ya el hierro y le llamaban *hamaite*.

Tantas curiosidades y tantos objetos preciosos no tardaron en excitar su codicia y se esforzaron en apropiárselos por todos los medios lícitos o no, que les fueron posibles.

Su destreza y su afición al robo eran tan vivos como en todos los pueblos del mar del Sur y fue preciso tomar mil precauciones, muchas de las cuales salieron inútiles, para oponerse a sus hurtos.

Cuando los ingleses, a las ordenes del teniente Williamson, se acercaron a la orilla para sondear y buscar un fondeadero, tuvieron que rechazar por la fuerza las tentativas de los naturales. La muerte de uno de aquellos salvajes sirvió para reprimir su turbulencia y darles una alta idea del poder de los extranjeros.



Luego que la *Resolucion* y la *Discovery* anclaron en la orilla de Uai-Mea, Cook se trasladó a tierra, y apenas hubo pisado la playa cuando los naturales, reunidos en gran multitud, se prosternaron a sus pies y le acogieron con muestras del respeto más profundo. Aquella recepción extraordinaria prometía una recalada agradable, porque las provisiones parecían abundantes, y las frutas, los cerdos y las aves comenzaron a afluir de todas partes. Al mismo tiempo varios indígenas ayudaban a los marineros ingleses a llenar de agua los toneles y a embarcarlos en las chalupas.

Tan conciliadoras disposiciones estimularon a Anderson y al dibujante Webber a penetrar en el interior del país. No tardaron en encontrarse un moai de todo punto semejante a los moais tahitianos, descubrimiento que confirmó a los ingleses en la idea que habían tenido al notar la semejanza de la lengua de Hawai con la de Tahití. Un grabado de la relación de Cook representa el interior de aquel moai; en él se ven dos figuras en pié, cuyas frentes desaparecen en parte bajo un gorro alto y cilíndrico semejante a los que tienen las estatuas de la isla de Pascuas.

Hay en esto, por lo menos, una semejanza singular digna de estudio. Cook permaneció dos días en aquel fondeadero muy satisfecho de sus relaciones con los indígenas; y después exploró la isla inmediata llamada Onincou.

No obstante el deseo que tenía de visitar detenidamente este interesante archipiélago, salió a la mar y vio a lo lejos la isla de Uahu y el arrecife Tahura, a los cuales dio el nombre genérico de archipiélago de Sandwich, nombre que ha sido reemplazado por el vocablo indígena Hawai. Los habitantes de Hawai, vigorosos y bien formados aunque de mediana estatura, tienen, según Anderson, un carácter franco y leal. Menos graves que los habitantes de las islas de los Amigos, son también menos ligeros que los tahitianos. Industriosos, hábiles e inteligentes, tenían plantaciones que probaban conocimientos extensos en economía rural y adición marcada a la agricultura. No solamente no les excitaba los objetos europeos la curiosidad vulgar o infantil que los ingleses habían

observado en tantos otros, sino que se informaban de su utilidad y manifestaban cierto sentimiento de tristeza inspirada por su inferioridad.

La población parecía numerosa, calculándose en treinta mil individuos la que había solo en la isla de Tavai. En la manera de vestirse, de alimentarse y de preparar la comida, como en todas las costumbres generales, se observaba gran identidad con Tahití. Ésta fue para los ingleses materia de reflexiones porque los dos pueblos estaban separados por un espacio de mar muy considerable.

Cook durante aquella primera residencia no estuvo en relación con ningún jefe; pero el capitán Clerke de la *Discovery* recibió al fin la visita de uno de ellos. Era un hombre joven y bien formado, envuelto en telas de pies a cabeza, a quien los naturales le mostraban el mayor respeto prosternándose delante de él. Clerke le hizo varios regalos, y recibió en cambio un vaso adornado de dos figurillas muy bien esculpidas que servía para la *kava*, bebida favorita de los hawaianos como de los indígenas de Tonga. Sus armas consistían en arcos, mazas y lanzas, estas últimas de una madera dura y fuerte, y una especie de puñal, llamado *pafoa*, que terminaba en punta por sus dos extremos. La costumbre del tabú era tan universal allí como en las islas de los amigos, y los naturales antes de tocar a ninguno de los objetos que se les enseñaban tenían siempre cuidado de preguntar si era tabú.

El 27 de febrero, Cook volvió la proa al Norte, y en breve encontró las algas de las rocas de que habla el redactor del viaje de *Lord Anson*. El primero de marzo hizo rumbo al Este para acercarse a la costa de América, y cinco días después vio la tierra de Nueva Albión, así llamada por Francisco Drake.

La expedición continuó, siguiendo a la vista de aquella costa y descubrió el cabo Blanco, ya visto por Martín de Aguilar el 19 de enero de 1603 y cerca del cual los geógrafos habían situado una ancha entrada para el estrecho cuyo descubrimiento atribuían a aquel navegante. En breve llegó la expedición a los parajes del estrecho de Juan de Fuca, pero no se descubrió nada que a tal

estrecho se pareciese, aunque existe realmente y separa la isla de Vancouver del continente.

Cook reconoció en breve, hacia los 49° 15', una bahía a la cual dio el nombre de bahía de la Esperanza (Hope) y en ella fondeó para hacer aguada y dar un poco de descanso a sus tripulaciones fatigadas.

Aquella costa estaba habitada y tres canoas se acercaron a los buques.

«Uno de los salvajes, dice Cook, se levantó, pronunció un largo discurso e hizo ademanes que tomamos por una invitación de bajar a tierra. En esto nos tiró unas plumas verdes y muchos de sus compañeros nos lanzaron puñados de polvo o de pólvora roja. El que desempeñaba las funciones de orador estaba cubierto de una piel y tenía en cada mano una cosa que sacudía y de la cual sacaba un sonido semejante al de los cascabeles de nuestros niños. Cuando se cansó de pronunciar su arenga y sus exhortaciones, de las cuales nosotros no comprendimos ni una palabra, se detuvo para tomar aliento; pero entonces otros dos hombres tomaron sucesivamente la palabra, aunque sus discursos no fueron tan largos, ni pronunciados con tanta vehemencia».

Muchos de aquellos naturales tenían el rostro pintado de una manera extraordinaria y llevaban en la cabeza plumas. Aunque mostraron disposiciones pacíficas, fue imposible decidir a uno solo a subir a bordo.

Cuando los buques echaron el ancla, Cook hizo desenvergar las velas, recoger los mástiles de cofa y desarbolar el palo de mesana de la *Resolucion* a fin de hacer algunos reparos. Los cambios comenzaron pronto con los indios, y a este comercio presidió la probidad más estricta. Los objetos que ofrecían eran pieles de oso, de lobo, de zorra, de gamo, de marta, y en particular de esa nutria de mar que se encuentra en las islas situadas al Este del Kamschatka, vestidos hechos de una especie de cáñamo, arcos, lanzas, anzuelos, figuras monstruosas, una especie de tela de pelo o de lana, sacos llenos de ocre rojo, pedazos de madera esculpidos

y adornos de cobre o de hierro en forma de herradura, de los que suspendían en las narices.

«Entre las cosas que nos ofrecieron, lo que más nos llamó la atención fueron varios cráneos y manos de hombres que todavía no habían sido despojados de sus carnes. Nos hicieron comprender, de una manera clara, que se habían comido lo que faltaba, y reconocimos, en efecto, que aquellos cráneos y aquellas manos habían estado al fuego».

Los Ingleses no tardaron en observar que aquellos indígenas eran tan diestros ladrones como los más hábiles que habían encontrado hasta entonces; y aun más peligrosos, porque poseyendo instrumentos de hierro, no reparaban en cortar las cuerdas. Además combinaban sus robos con inteligencia, y mientras los unos divertían al centinela en uno de los extremos de la embarcación, los otros arrancaban el hierro que encontraban al extremo opuesto. Vendieron a los tripulantes una gran cantidad de aceite muy bueno y muchos peces, especialmente sardinas.

Cuando se acabaron las muchas reparaciones que necesitaban los buques y se embarcó la yerba necesaria para las pocas cabras y carneros que quedaban a bordo, Cook se hizo de nuevo a la vela el 16 de abril de 1778. Había dado al sitio donde acababa de recalar, el nombre de Entrada del Rey Jorge, aunque los indígenas le llamaban Nutka.

Apenas los buques habían salido a alta mar, cuando fueron acometidos por una tempestad violenta, durante la cual se descubrió en la *Resolucion* una vía de agua en el costado de estribor. Empujados por el huracán, Cook pasó más allá del sitio donde los geógrafos ponían el estrecho del Almirante Fontes, lo que sintió mucho porque hubiera querido disipar todas las dudas que había sobre este punto.

Continuó, pues, siguiendo la costa de América, levantando planos y dando nombres a los principales puntos. Durante este crucero tuvo muchas relaciones con los indios, y no tardó en observar que se habían sustituido a las embarcaciones ordinarias,

botes de los cuales solo el armazón era de madera, y sobre ella se adaptaban pieles de terneras marinas .



Después de una recalada en la Entrada del Príncipe Guillermo, donde se tapó la vía de agua de la *Resolucion*, Cook siguió su rumbo; reconoció y nombró los cabos de Isabel y San Hermógenes, la punta de Banks, los cabos de Douglas y de Bebe, monte de San

Agustín, el río Cook las islas Kodiak, de la Trinidad y las otras llamadas Schumagin por Behring. Después reconoció la bahía de Bristol, la isla Redonda, la punta Tranquila, el cabo de Newenham y la isla Anderson, llamada así en honor del naturalista que murió en aquel paraje de una enfermedad de pecho. Por último se vio la isla del Rey y el cabo del Príncipe de Gales, al extremo más occidental de la América.

Entonces Cook pasó a la costa de Asia y se puso en relaciones con los Chukehis: penetró el 11 de agosto en el estrecho de Behring, y a la semana siguiente se halló en contacto con los hielos. En vano trató de seguir más al Norte tomando diversas direcciones; siempre los hielos le ofrecieron una barrera impenetrable.

El 17 de Agosto de 1778, la expedición estaba a 70° 40' de latitud Norte. Durante todo un mes costó el banco de hielo con la esperanza de encontrar alguna abertura que le permitiese pasar más adelante, pero fue en vano. Observóse que el hielo era en todas partes puro y trasparente, excepto en la parte superior, en donde se mostraba un poco poroso.

«Juzgué, dice Cook, que era nieve helada, y me pareció que se había formado toda en el mar, porque además de ser inverosímil, o mejor dicho, imposible que más.s tan enormes floten en los ríos, donde apenas hay bastante agua para una canoa, no vimos allí ninguna de las cosas que produce la tierra, que habríamos debido ver si se hubiese formado en ríos grandes o pequeños».

Hasta aquí la vía de Behring ha sido la menos seguida para llegar a las latitudes boreales; esta observación, por tanto, es preciosa, porque prueba que frente al estrecho debe existir una vasta extensión de mar sin tierra ninguna. Quizá también, y esto es lo que creía el malogrado Gustavo Lamben, este mar está libre. De todos modos, lo cierto es que después de Cook nadie ha pasado más allá en esta dirección, si no es por la costa de Siberia, donde se han descubierto las islas Long y Plover, y donde se encuentra en el momento en que escribimos el profesor Nordenskjold.

Después de esta exploración tan minuciosa y de tentativas repetidas para pasar a más altas latitudes, viendo Cook que la estación estaba muy avanzada y encontrando cada día mayor número de bancos de hielo, se resolvió a tomar el único partido que le quedaba, que era buscar cuarteles de invierno en un país de clima más suave y esperar al verano siguiente para seguir su exploración. Volvió, pues, por el mismo camino que había seguido hasta la isla de Unalaska, y el 26 de octubre puso la proa hacia las islas de Sandwich, cuyo reconocimiento pensaba completar durante el invierno.

El 26 de noviembre se descubrió una isla, cuyos habitantes vendieron a las tripulaciones una cantidad considerable de frutas y de raíces, de frutos del árbol del pan, patatas, *taro* y raíces de *eddy* por clavos e instrumentos de hierro. Era la isla Mowi, que forma parte del archipiélago de las Sandwich. En breve avistaron los tripulantes a Owhyhee o Hawai, cuyas cimas estaban cubiertas de nieve.

«Jamás había encontrado pueblos salvajes de maneras tan libres y desembarazadas, dice Cook. Enviaban comúnmente a los buques los artículos que querían vender; subían enseguida a bordo y hacían los tratos en el castillo de proa. Los tahitianos, a pesar de las muchas veces que estuvimos entre ellos, jamás mostraron tanta confianza en nosotros. De aquí deduzco que los habitantes de Owhyhee deben ser más exactos y más fieles en su comercio recíproco que los naturales de Tahití, porque si no tuvieran buena fe entre sí, no estarían tan dispuestos a creer en la buena fe de los extranjeros».

El 17 de enero, Cook y Clerke fondearon en una bahía llamada por los naturales Karakua. Inmediatamente se desenvergaron las velas y se recogieron las vergas y los mástiles de cofa. Los buques se llenaron de visitantes y fueron rodeados de piraguas, y la orilla estaba cubierta de una multitud innumerable de curiosos. Jamás había visto Cook tal cúmulo de gente.

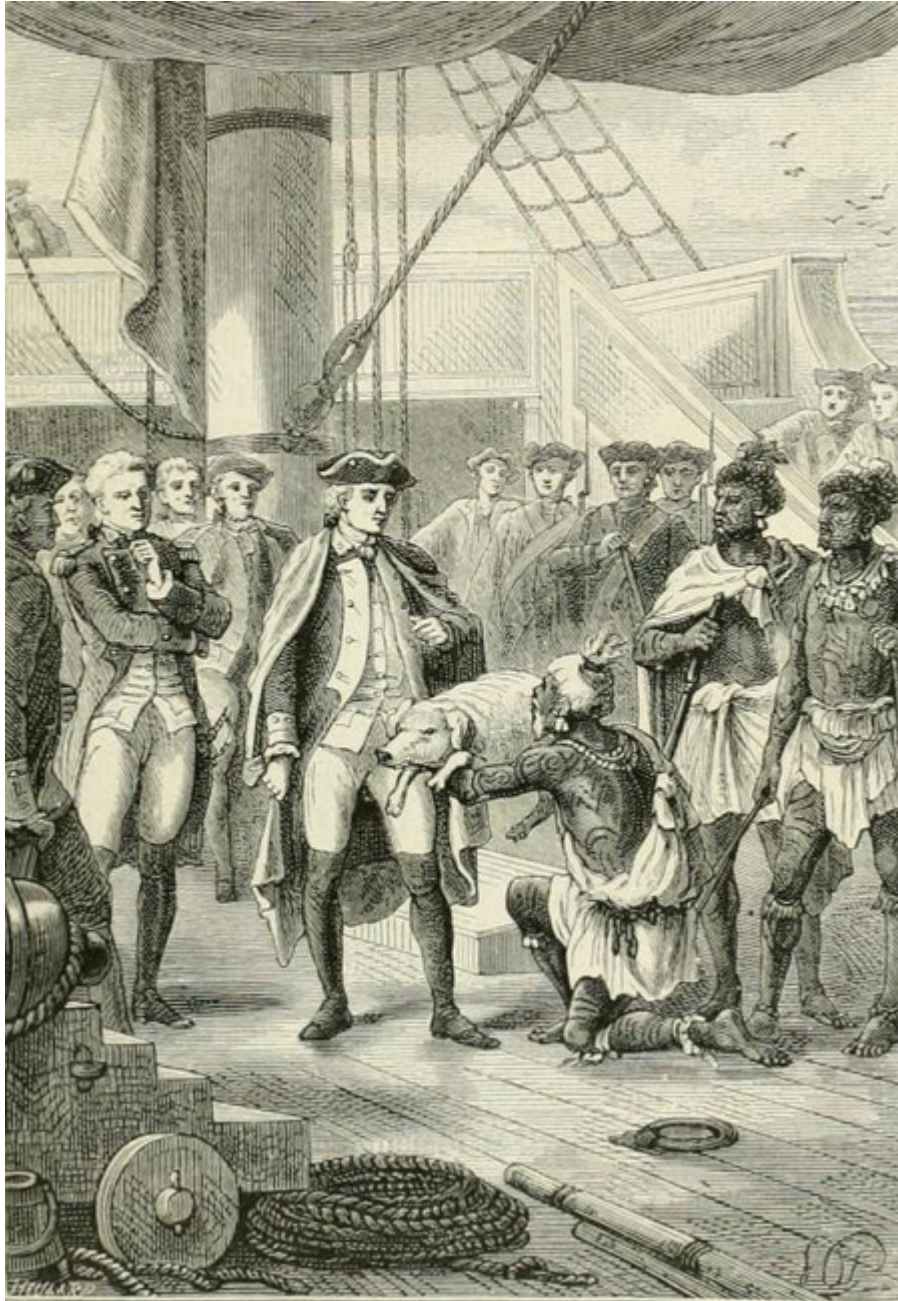
Entre los jefes que pasaron a bordo de la *Resolucion* llegó un joven llamado Paria, el cual decía que era *ja ani*, sin que se pudiera saber si éste era nombre de una divinidad o si designaba un grado de alianza o de parentesco con el rey. De todos modos parecía tener grande autoridad entre el pueblo bajo.

Algunos regalos oportunos atrajeron a los ingleses su amistad y les hizo muchos servicios en aquellas circunstancias.

Si durante su primera residencia en Hawai, Cook había observado que los habitantes tenían poca inclinación al robo, no sucedió lo mismo en la segunda.

Su inmenso número les daba mil facilidades para hurtar pequeños objetos, y les hacía creer que los ingleses temerían imponer castigo ninguno a sus hurtos. Pronto se vio claramente que obraban estimulados por sus jefes, porque se observaron en manos de estos muchos de los objetos robados.

Paria y otro jefe llamado Kanina llevaron a bordo de la *Resolucion* a un tal Koah, anciano muy flaco, cuyo cuerpo estaba cubierto de una especie de escama blanca, debida al uso inmoderado del *kava*. Era un sacerdote, el cual cuando estuvo en presencia de Cook le echó sobre los hombros una especie de capa roja que había llevado y pronunció gravemente un largo discurso, ofreciéndole un cochinillo.



Era aquélla una fórmula de adoración, como se demostró después, viendo todos los ídolos revestidos de una capa semejante. Los ingleses quedaron profundamente admirados de las ceremonias extrañas del culto que parecían tributar a la persona del capitán Cook, y hasta algún tiempo después no comprendieron la significación de aquellas ceremonias, la cual fue debida a las investigaciones del sabio misionero Ellis. Vamos a resumir aquí

brevemente su interesante descubrimiento, porque así se comprenderán mejor los acontecimientos que siguieron.

Una antigua tradición refiere que un tal Rono, que vivía en tiempo de uno de los reyes más antiguos de Hawai, en un acceso de celos mató a su mujer a quien amaba tiernamente. El dolor y el remordimiento por el acto que había cometido, le volvieron loco y recorrió la isla disputando y riñendo con todo el mundo, hasta que fatigado, pero no harto de matar, se embarcó, prometiendo volver otra vez a la isla y traer a sus compatriotas cocos, cerdos y perros.

Esta leyenda había sido consagrada por el canto nacional y había llegado a ser artículo de fe para los sacerdotes, los cuales habían elevado a Rono a la categoría de sus dioses. Confiados en su predicción esperaban su llegada todos los años con incansable paciencia.

Es curioso comparar esta leyenda con la que nos muestra al dios mejicano, que es Quetzalcoatl, obligado a huir de la cólera de una divinidad más poderosa, embarcarse en un esquife de piel de serpiente y prometiendo a los que le habían acompañado volver más adelante visitar el país con sus descendientes.

Cuando se presentaron los buques ingleses, el sumo sacerdote Koah y su hijo One-La declararon que el comandante de la expedición era el mismo Rono que cumplía su promesa, y desde entonces para toda la población Cook fue verdaderamente un Dios. A su paso los indígenas se prosternaban, los sacerdotes le dirigían discursos u oraciones, y le hubieran incensado si tal hubiera sido la moda de Hawai. El comandante comprendía que aquellas demostraciones tenían algo de extraordinario, pero no, pudiendo dar con la clave del enigma, se resignó a sacar partido para los progresos de la ciencia y la comodidad de sus tripulaciones de las circunstancias misteriosas que no podía explicarse.

Sin embargo, se veía obligado a prestarse a toda especie de ceremonias, que le parecían lo menos ridículas. Una vez fue conducido hasta un moai, sólida construcción de piedra de cuarenta varas de largo y catorce de altura. El techo, bien construido, estaba

rodeado de una balaustrada de madera sobre la cual se veían alineados los cráneos de los cautivos sacrificados a la Divinidad.

A la entrada de la plataforma se levantaban dos grandes figuras de madera, de fea catadura y cuerpo cubierto de una capa roja y la cabeza coronada de un largo trozo de madera esculpida en forma de cono invertido. Allí Koah subió con el capitán Cook sobre una especie de mesa en la que había un cerdo podrido y un montón de frutas. Una docena de hombres llevaron entonces en procesión un cerdo vivo, que fue ofrecido al capitán y una pieza de tela escarlata de la cual fue revestido. Después los sacerdotes cantaron algunos himnos religiosos, mientras los concurrentes se prosternaban devotamente a la entrada del moai.

Después de otras ceremonias diversas, que sería prolijo describir, se ofrecieron al capitán otro cerdo asado y las frutas y las raíces que sirven para la composición del *kava*.

«Después se sirvió el *kava* a la redonda, dice Cook, y cuando lo hubimos probado todos, Koah y Paria partieron la carne del cerdo en pedacitos y nos la fueron metiendo en la boca. Yo no repugnaba que Paria, que era muy limpio, me diese de comer, dice el teniente King; pero el señor Cook, a quien Koah prestaba el mismo servicio, pensando en el cerdo podrido, no podía tragar un solo bocado. El viejo, queriendo redoblar sus atenciones, trató de darle los manjares ya más ados, y ya puede imaginarse lo que se aumentarla, en vez de disminuirse, el disgusto de nuestro capitán».

Después de aquella ceremonia, Cook fue llevado a su bote por varios hombres armados de varas que repetían las mismas palabras y las mismas frases que al desembarco, entre dos filas de habitantes arrodillados.

Iguales ceremonias se practicaban siempre que el capitán bajaba a tierra. Uno de los sacerdotes marchaba siempre delante de él anunciando que Rono había desembarcado y mandaba al pueblo que se arrodillara.

Si los ingleses tenían motivos para estar satisfechos de los sacerdotes que les colmaban de atenciones y regalos, no les

sucedía lo mismo respecto de los *caris* o guerreros, los cuales estimulaban los robos que se cometían diariamente y otras supercherías desleales que se descubrieron.

Sin embargo, hasta el 24 de enero de 1779 no ocurrió ningún acontecimiento importante. Aquel día los ingleses quedaron sorprendidos al ver que ninguna de las piraguas se apartaban de la orilla para ir a comerciar con los buques. La llegada de Terribú había *tabuado* la bahía e impedido toda comunicación con los extranjeros. En el mismo día este jefe, o mejor dicho este rey, acudió sin aparato ninguno a visitar los buques. No llevaba más que una piragua, en la cual iban también su mujer y sus hijos. El 26 nueva visita oficial de Terribú a Cook, dice la relación, habiendo observado que el príncipe volvía a tierra, le siguió, y llegó casi al mismo tiempo que él. Le llevamos a la tienda, y apenas estuvieron sentados el príncipe se levantó y de un modo gracioso echó su capa sobre los hombros del comandante, poniéndole después un casco de plumas en la cabeza y un curioso abanico en la mano, y extendiendo a sus pies cinco o seis capas muy lindas y de gran valor».

Terribú y los jefes de su séquito hacían a los ingleses muchas preguntas sobre la época en que pensaban marchar. El comandante a su vez quiso saber la opinión que los habitantes de Hawai habían formado de los ingleses; pero todo lo que pudo averiguar fue que les suponían procedentes de un país donde faltaban las provisiones y habían ido a Hawai únicamente para llenar sus estómagos. La vista de algunos marineros muy flacos y el cuidado que tomaban todos para embarcar víveres frescos les habían dado esta convicción. No temían, sin embargo, que se agotasen sus provisiones, a pesar de la inmensa cantidad que se había consumido desde la llegada de los ingleses; y es probable que las preguntas que les hacían sobre la época de su partida tuvieran por causa el deseo del rey de poder preparar con tiempo el regalo que quería ofrecer a los extranjeros en el momento de su marcha.

En efecto, la víspera del día fijado el rey rogó a los capitanes Cook y Clerke que le acompañaran a su residencia. En ella

encontraren grandes montones de vegetales de toda especie, paquetes de telas, plumas amarillas y rojas y una piara de cerdos, producto de los donativos, hechos al rey por sus súbditos.

Terribú se reservó como una tercera parte de todos aquellos objetos y regaló todo lo demás a los dos capitanes, regalo de un valor considerable y mucho mayor que todos los que habían recibido en Tonga y en Tahití.

El 4 de febrero los dos buques salieron de la bahía; pero poco después la *Resolución* tuvo algunas averías y se vieron obligados a volver de arribada.

Apenas hablan echado el ancla observaron los ingleses un cambio en las disposiciones de los indígenas.

Sin embargo, nada ocurrió que turbase la paz hasta el 13 por la tarde. Aquel día algunos jefes quisieron impedir a los naturales que ayudaran a los marineros a llenar los toneles de agua. De aquí se originó un tumulto; los indígenas se armaron de piedras y se presentaron amenazadores; el oficial que mandaba el destacamento de la aguada recibió orden de Cook de disparar con bala si los naturales continuaban lanzando piedras o insolentando demasiado, y en estas circunstancias una piragua fue perseguida a tiros, creyéndose que su tripulación había cometido otro robo.

Otra disputa más seria se suscitaba al mismo tiempo. Una chalupa perteneciente a Paria fue apresada por un oficial que la llevó hasta la *Discovery*.

El mismo Paria no tardó en presentarse a reclamar su propiedad, protestando de su inocencia. La discusión se animó y Paria fue derribado al suelo con un golpe de remo. Los naturales, que hasta entonces habían sido espectadores pacíficos de la disputa, se armaron inmediatamente de piedras, obligaron a los marineros a retirarse precipitadamente y se apoderaron de la pinaza que les habían llevado. En aquel momento Paria, olvidando su resentimiento, se interpuso, devolvió la pinaza de los ingleses y les hizo restituir algunos objetos de poca importancia que habían sido robados.

«Temo que los indios me obliguen a medidas violentas, dijo Cook al saber lo que había pasado; no debemos dejarles en la creencia de que pueden más que nosotros».

Durante la noche del 13 al 14 la chalupa de la *Discovery* fue robada, y entonces Cook resolvió apoderarse de Terribú y de algunos principales personajes y conservarlos en rehenes hasta que se le devolviesen los objetos robados.

Con este propósito bajó a tierra seguido de un destacamento de soldados de marina y se dirigió a la residencia del rey. En el camino recibió las muestras de respeto acostumbradas, y viendo a Terribú y a sus dos hijos, a quienes dijo algunas palabras acerca del robo de la chalupa, les persuadió a que pasaran el día a bordo de la *Resolucion*.

Las cosas tomaban un giro favorable, y ya los dos jóvenes príncipes se habían embarcado en la pinaza cuando una de las mujeres de Terribú le suplicó con lágrimas en los ojos que no pasara a bordo; otros dos jefes unieron sus ruegos a los de la esposa de Terribú, y los insulares, alarmados por los preparativos hostiles de los ingleses, comenzaron a precipitarse en gran multitud alrededor del rey y del capitán Cook. Este último instaba al rey para que se embarcase, pero cuando el rey se dispuso a seguirle los jefes se interpusieron y apelaron a la fuerza para impedirlo.

Cook, viendo que su proyecto se había frustrado, o por lo menos que no podía llevarle a cabo sin verter mucha sangre, renunció a él; y se dirigía pacíficamente a la orilla para entrar en la chalupa, cuando se esparció el rumor de que uno de los principales jefes acababa de ser asesinado. Inmediatamente los indígenas hicieron retirar a las mujeres y a los niños y se dirigieron en tropel sobre los ingleses.

Un indígena, armado de un *pahua*, se puso a desafiar al capitán, y como continuara en sus amenazas, Cook le disparó un pistoletazo con perdigones. Protegido por una estera espesa y no sintiéndose herido se hizo todavía más audaz; otros insulares se adelantaron

contra Cook, y éste, descargando su fusil sobre el que estaba más próximo, le mató.

Aquella fue la señal de un ataque general. La última vez que sus subordinados vieron a Cook hacia señas a los botes para que cesara el fuego y se acercaran a tierra para embarcar su pequeño destacamento.

Pero todo fue en vano. Cook había sido herido y yacía tendido en tierra.

«Los insulares lanzaron gritos de alegría cuando le vieron caer, dice la relación; arrastraron inmediatamente su cuerpo por la playa, y quitándose uno a otro el puñal de las manos se encarnizaron todos con ardor feroz en darle puñaladas aun después de muerto».

Así pereció este gran navegante, el más ilustre sin duda de todos los que ha producido Inglaterra. Lo atrevido de sus planes, su perseverancia para ejecutarlos y la extensión de sus conocimientos, le constituyen verdadero tipo del marino de descubrimientos.

¡Cuántos servicios no hizo a la geografía!

En su primer viaje descubrió las islas de la Sociedad; demostró que la Nueva Zelanda está formada de dos islas; recorrió el estrecho que las separa, reconociendo su litoral; y en fin visitó toda la costa oriental de la Nueva Holanda.

En su segundo viaje relegó al país de las Quimeras el famoso continente austral soñado por los geógrafos de gabinete; descubrió la Nueva Caledonia, la Georgia Austral y la tierra de Sandwich y penetró en el hemisferio Sur más lejos que ninguno hasta entonces.

En su tercer viaje descubrió el archipiélago Hawai; levantó el plano de la costa occidental de América desde el grado 43, es decir, en una extensión de 3,500 millas, y pasando el estrecho de Bering, se aventuró por el Océano Boreal, espanto de los navegantes hasta que los hielos le opusieron una barrera impenetrable.

Sus talentos de marino son superiores a todo elogio; sus tareas hidrográficas han quedado como preciosos monumentos; pero lo que sobre todo es de estimar, son los cuidados que prodigó a sus

tripulaciones y que le permitieron llevar a cabo tan penosas y largas campañas con pérdidas casi insignificantes.

A consecuencia de aquella catástrofe, los ingleses consternados, levantaron sus tiendas y volvieron a bordo. Todas las tentativas y todos los esfuerzos que hicieron para recobrar el cadáver de su desgraciado comandante fueron inútiles; irritados de aquella resistencia iban a acudir a las armas, cuando dos sacerdotes, amigos del teniente King, llevaron, sin que lo supieran los otros jefes, un trozo de carne humana que pesaba más de nueve libras y dijeron que aquello era todo lo que quedaba del cuerpo de Rono, que había sido quemado según costumbre.

Aquel espectáculo no hizo más que aumentar en los ingleses la sed de venganza. Por su parte los insulares tenían que vengar la muerte de cinco de sus jefes y unos veinte de sus compatriotas. Así que cada vez que los ingleses bajaban a la aguada encontraban una multitud furiosa, armada de piedras y palos. El capitán Clerke, que había tomado el mando de la expedición tuvo necesidad de hacer un ejemplar e incendió la aldea de los sacerdotes y mató a todos los que se opusieron a aquel acto de represalias.

Sin embargo unos y otros acabaron por entrar en parlamento y el 19 de febrero lo que quedaba de Cook, es decir, las manos, que se conocían por una ancha cicatriz, la cabeza despojada de su carne y algunos otros restos, fue entregado a los ingleses, los cuales tres días después tributaron a aquellos preciosos despojos los últimos deberes.

Desde entonces volvieron a entablarse los cambios como si nada hubiera sucedido y ningún incidente marcó el fin de la recalada en las islas de Sandwich.

El capitán Clerke había dejado el mando de la *Discovery* al teniente Gore y puesto su pabellón a bordo de la *Resolucion*. Después de haber terminado el reconocimiento de las Islas Hawai, se dio a la vela para el Norte; tocó en el Kamschatka, donde los rusos le acogieron bien; pasó el estrecho de Behring y se adelantó

hasta los 69 50' de latitud Norte, donde los hielos le impidieron pasar más adelante.

El 22 de agosto de 1779 el capitán Clerke murió a consecuencia de una tisis pulmonar a la edad de treinta y nueve años. El capitán Gore tomó entonces el mando en jefe; recaló de nuevo en el Kamschatka, después en Cantón, luego en el Cabo de Buena Esperanza, y ancló en el Támesis el 1.º de octubre de 1780, después de más de cuatro años de ausencia.

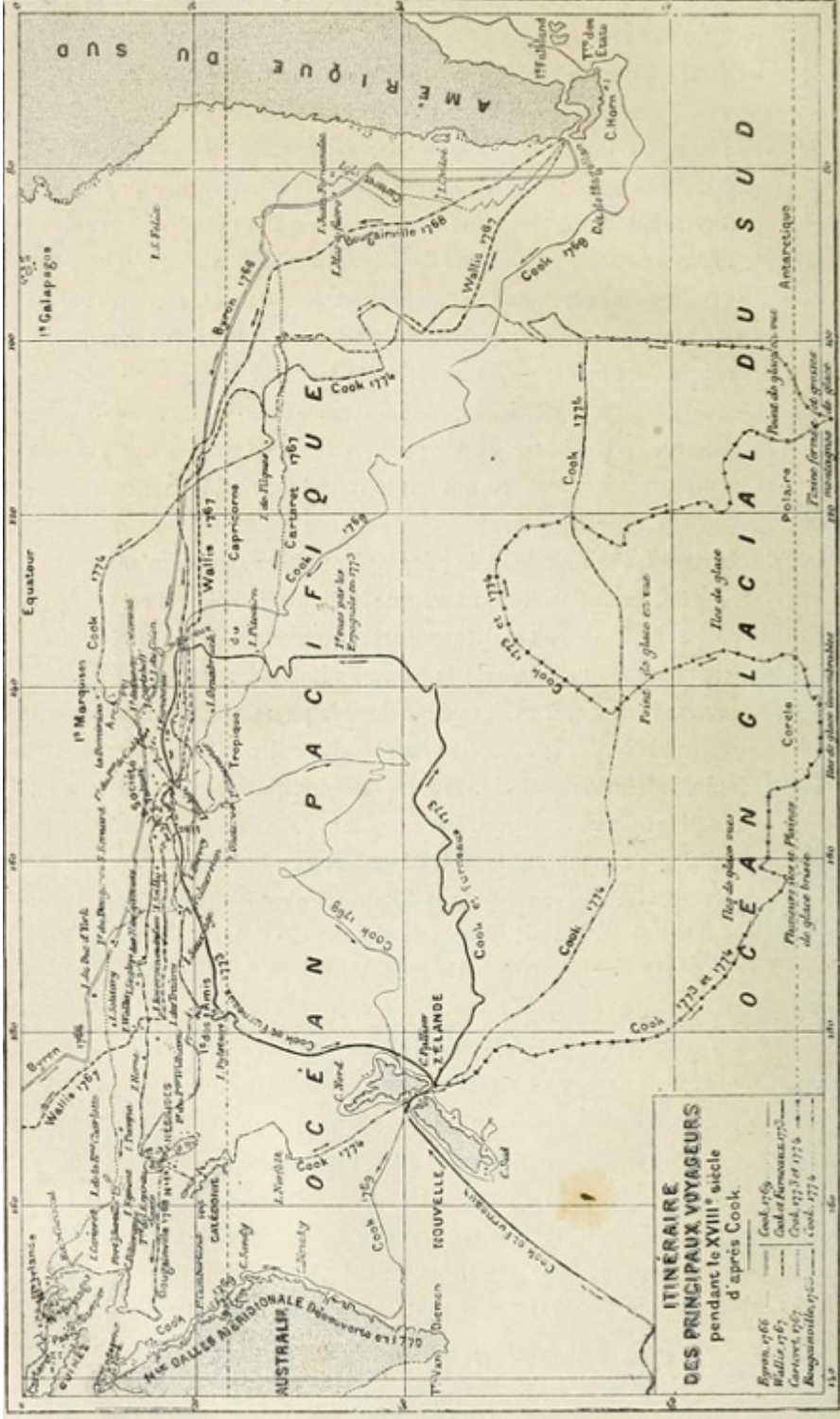
La muerte del capitán Cook produjo un luto general en Inglaterra. La Sociedad Real de Londres, que le contaba entre sus individuos, hizo acuñar en su honor una medalla, cuyos gastos se cubrieron por una suscripción pública, en la que tomaron parte los más ilustres personajes.

El Almirantazgo presentó inmediatamente al rey una Memoria rogándole que proveyese al bienestar de la familia del capitán. El rey concedió una pensión de cinco mil francos a la viuda y seiscientos francos a cada uno de sus tres hijos. Las cartas y los dibujos relativos al último viaje fueron grabados a expensas del gobierno y el producto de la venta fue repartido entre la familia de Cook, los herederos del capitán Clorke y el capitán King. En fin el 3 de setiembre de 1785 se dieron títulos de nobleza a los hijos de Cook.

Si el nombre de este gran navegante se ha extinguido hoy, su memoria queda siempre viva, como ha podido observarse en la sesión solemne de la sociedad francesa de geografía celebrada en 14 de febrero de 1879.

Una numerosa concurrencia se reunió para celebrar el centenario de la muerte de Cook. Contábanse en ella muchos representantes de las colonias australes, hoy tan florecientes, y de ese archipiélago de Hawai donde Cook encontró la muerte; y adornaban la sala muchas reliquias procedentes del gran navegante, sus mapas, las magnificas acuarelas de Webber, instrumentos y armas de los insulares.

Este delicado homenaje a cien años de distancia tributado por un pueblo cuyo rey había recomendado que no se turbase la misión científica y civilizadora de Cook, debía producir eco en Inglaterra y aumentar los lazos de buena amistad que ligan a Francia con el Reino Unido.



TERCERA PARTE

LOS NAVEGANTES FRANCESES

CAPÍTULO PRIMERO

Descubrimientos de Bouvet de Lozier en los mares Australes. —Surville. —La tierra de las Arsácidas. — Incidentes de la recalada en el puerto Praslin. —Llegada a la costa de la Nueva Zelanda. —Muerte de Surville. — Descubrimiento de Marion en el mar Antártico. —Es asesinado en la Nueva Zelanda. —Kerguelen e Islandia y las tierras australes. —Las campañas de los relojes: Fleurieu y Verdún de la Crenne.

En la primera mitad del siglo XVIII se hizo un descubrimiento que debía ejercer influencia en los progresos de la geografía. Juan Bautista Carlos Bouvet de Lozier, capitán de uno de los buques de la Compañía de las Indias, reflexionando sobre el vacío inmenso alrededor del polo austral que los geógrafos llamaban *terra australis incógnita*, solicitó el honor de descubrir aquellas tierras desconocidas.

Sus instancias fueron por largo tiempo inútiles; pero al fin, en 1738, la Compañía cedió, con la esperanza de abrir nuevos mercados a su comercio.

Dos pequeñas fragatas, el *Águila* y la *María*, convenientemente tripuladas, salieron de Brest el 19 de julio de 1738 a las órdenes de Bouvet de Lozier; se detuvieron un mes en la isla de Santa Catalina en la costa del Brasil y se hicieron de nuevo a la mar el 13 de noviembre con rumbo al Sudeste.

El 26 encontraron una bruma tan espesa que tuvieron necesidad de disparar de cuando en cuando un cañonazo para continuar de conserva y se vieron obligados a cambiar de rumbo temiendo un choque a cada instante. El 5 de diciembre la niebla se espesó todavía más. aun cuando parecía imposible que se pusiera más densa, hasta el punto de que el *Águila* oía la maniobra de la *María* sin poderla distinguir.

El mar estaba cubierto de aves marinas y pronto vieron gallinas-malvas, aves, que no se alejan nunca mucho de tierra.

«El 15 de diciembre, dice *Mr. Fabre* en su estudio sobre los Bouvet, hallándose los buques hacia los 48° 50' de latitud Sur (la latitud en que está Paris al Norte) y a 7° de longitud Este (meridiano de Tenerife) vieron entre cinco y seis de la mañana un enorme banco de hielo y después otros muchos rodeados de gran número de témpanos de diferentes tamaños. La fragata *María* hizo señal de peligro y cambió sus amuras.

»Bouvet, muy contrariado por aquella maniobra que podía disminuir la confianza de las tripulaciones, hizo fuerza de vela, y pasando delante de la *María*, dio a conocer su intención de continuar su rumbo al Sur, diciendo, para tranquilizar los ánimos, que el encontrar hielos debía considerarse como un presagio feliz, pues que era un indicio cierto de tierra».

Continuando el rumbo al Sur, pronto se vio recompensada la perseverancia de Bouvet con el descubrimiento de una tierra, a la cual dio el nombre de cabo de la Circuncisión. Era muy alta, estaba cubierta de nieve, y todo alrededor, en el espacio de 7 a 8 leguas, encerrada en un círculo de grandes témpanos de hielo. Parecía tener una extensión de 45 leguas de Norte a Sur.

Según las cartas de Pietergos que usaba Bouvet, dice Fabre, se calculó que esta tierra se hallaba situada a los 54° de latitud Sur y entre los 26° y 27° de longitud Este del meridiano de Tenerife, o sea entre los 5° 30'y 6° 30' Este del meridiano de Paris.

Bouvet hubiera querido reconocerla más cerca y desembarcar en ella; pero las brumas y los vientos contrarios le impidieron el acceso y tuvo que contentarse con observarla a distancia.

«El 3 de enero de 1739 dice Bouvet en su Memoria dirigida a la Compañía, ganamos lo que se había perdido en los días precedentes, y hacia las cuatro de la tarde, estando el tiempo menos cubierto, vimos claramente la tierra: la costa, escarpada en toda su extensión, formaba muchas ensenadas; las cimas de las montañas estaban cubiertas de nieve y las vertientes parecían llenas de árboles».

Después de varias tentativas infructuosas para acercarse a tierra Bouvet tuvo que ceder de su empeño.

Sus marineros estaban abrumados de cansancio, desanimados y atacados del escorbuto. La *María* fue enviada a la isla de Francia y el *Águila* se dirigió al cabo de Buena-Esperanza, a donde llegó el 28 de febrero.

«Hemos andado, dice Bouvet en su relación citada, de 1,200 a 1,500 leguas por un mar desconocido, y durante setenta días hemos tenido una bruma casi continua. Hemos estado cuarenta y ocho días entre los hielos y hemos tenido granizo y nieve casi diariamente. Muchas veces la cubierta de los buques y el aparejo han estado llenos de nieve; los obenques, los palos, las vergas y las velas estaban helados y el 10 de enero no pudimos amainar el velacho. El frío era excesivo para personas que venían de países cálidos y que estaban mal vestidas. Muchos tenían sabañones en los pies y en las manos y, sin embargo, era preciso maniobrar continuamente, aparejar y sondear a lo menos una vez al día. Un marinero del *Águila* que acababa de arriar la verga del velacho cayó medio helado en la cofa de mesana; fue preciso bajarle con un andarivel y nos costó trabajo reanimarle. He visto otros a quienes caían

lágrimas de los ojos al halar la cuerda de sonda; estábamos, sin embargo, en la buena estación de aquellos climas; y yo procuraba aliviar sus fatigas en todo lo que dependía de mí».

Ya se comprenderá fácilmente que al ver tan pobres resultados, la Compañía de las Indias no renovase sus tentativas por aquellos sitios. No podían proporcionar beneficio ninguno y podían costar demasiado por la pérdida de buques y de hombres.

Pero el descubrimiento de Bouvet era el primer golpe que se daba a la creencia de que existiera un continente austral. Se había dado también el ejemplo a muchos navegantes; y entre ellos, dos franceses más debían seguir sus huellas. Al decir estas pocas palabras acerca de una expedición, no muy conocida, hemos querido tributar un homenaje al primero de los franceses que emprendió navegaciones australes y que tuvo la gloria de dar ejemplo al gran navegante inglés Jacobo Cook.

Treinta años después, otro capitán de la Compañía de las Indias, que se había ilustrado en muchos combates contra los ingleses, llamado Juan Francisco María de Surville debía hacer descubrimientos importantes en la Oceanía, y encontrar, casi al mismo tiempo que Cook, la tierra antiguamente descubierta por Tasman y llamada por él Tierra de los Estados.

Expondremos las circunstancias de estos descubrimientos.

Los señores Law y Chevalier, administradores de la India francesa, resolvieron armar a su costa un buque para hacer el comercio en los mares australes y asociaron a Surville a sus proyectos, enviándole a Francia para obtener de la Compañía las autorizaciones necesarias y presidir al armamento del buque.

Este buque, llamado el *San Juan Bautista*, fue armado en Nantes y recibió tres años de víveres con todo lo indispensable para una expedición tan lejana.

Con él pasó Surville a la India, donde Law le dio veinticuatro soldados indígenas; y saliendo de la bahía de Angeli el 3 de marzo de 1769, pasó sucesivamente a Masulipatam, Anaon y Pondichery, donde recibió el completo de su carga.

El 2 de junio salió Surville de este último puerto y se dirigió a las islas Filipinas. Echó el ancla el 20 de agosto en las islas Baschy, nombre que las había dado Darnpier, y que es el de una bebida embriagadora que los insulares componían con el jugo de la caña de azúcar, en el cual durante algunos días ponían en infusión cierto grano negro.

Algunos marineros de Dampier habían desertado antiguamente en aquellas islas y habían recibido cada uno de los indígenas una mujer, tierras e instrumentos aratorios. Aquel recuerdo determinó a tres marineros del *San Juan Bautista* a seguir su ejemplo; pero Surville, no queriendo que se dispersara de aquel modo su tripulación, se apoderó de veintiséis indios, proponiéndose detenerlos como rehenes hasta que se le entregaran los desertores.

«Entre aquellos indios que estaban atados, dice Crozet en la relación que publicó del viaje de Surville, algunos tuvieron el valor de precipitarse al mar, y con gran admiración de la tripulación, nadaron con habilidad hasta una de sus piraguas que estaba a gran distancia del buque y nada tenía que temer de nosotros».

Dióse a entender a los salvajes que se les tomaba en rehenes tan solo para obligar a sus compañeros a entregar los tres desertores. Hicieron señas de que habían comprendido el objeto de su prisión y todos fueron soltados a excepción de los seis que estaban ya en tierra. Su precipitación por dejar el buque y entrar en las piraguas, anunció que su vuelta era improbable; por tanto la tripulación se sorprendió al verles volver poco tiempo después con gritos de alegría. La duda no era ya posible; evidentemente volvían los desertores prometidos al comandante.

En efecto, subieron a bordo y depositaron sobre cubierta bien atados «tres magníficos cerdos».

Surville encontró aquella chanza, si en efecto lo era, de muy mal gusto; rechazó con ira a los indígenas y éstos se arrojaron en sus piraguas y desaparecieron.

Veinticuatro horas después, el *San Juan Bautista* salía de las islas Baschy, llevándose tres indios capturados para reemplazar a

los desertores.

El 7 de octubre, después de recorrer un largo camino hacia el Sudeste, se vio una tierra hacia los 6° 56' de latitud meridional y los 151° 31' de longitud oriental del meridiano de París, a la cual se dio el nombre de isla de la Primera Vista.

Surville fue costeándola hasta el 13 de octubre, día en que se descubrió un excelente puerto al abrigo de todos los vientos, formado por una multitud de isletas. Allí se echó el ancla y se dio al puerto el nombre de puerto de Praslin. Está situado a los 7° 25' de latitud Sur y 151° 55' de longitud Este del meridiano de París».

Los franceses al entrar en este puerto vieron algunos indios armados de lanzas y que llevaban a la espalda una especie de escudos. En breve el *San Juan Bautista* se encontró rodeado de piraguas tripuladas por una multitud de indios muy pródigos en demostraciones hostiles. Sin embargo se consiguió apaciguarlos, y unos treinta de los más atrevidos subieron a bordo y examinaron con la mayor atención todo lo que se les presentó a la vista. De pronto hubo que contener a los demás porque, habiendo muchos enfermos entre la tripulación, importaba no dejar que gran número de indígenas invadiesen el buque.

«Los salvajes, a pesar de la buena acogida que recibieron, no parecían muy tranquilos y sus semblantes indicaban una excesiva desconfianza. Al menor movimiento que hacia la tripulación del buque saltaban a sus piraguas o se arrojaban al mar.

»Uno de ellos, sin embargo, parecía más sereno; Surville le hizo algunos regalos y el indio respondió a este obsequio dando a entender que en lo interior del puerto había un paraje donde se podría hacer aguada».

El comandante dio orden de armar las embarcaciones y dio el mando a su teniente llamado Labbe.

«Los salvajes parecían impacientes de ver los botes alejarse del buque, dice Fleurieu en sus *Descubrimientos de los Franceses*, y apenas se separaron, todas las piraguas les siguieron. Una de ellas,

que parecía servir de guía a las demás, era la que tripulaba el indio que había hecho a Surville sus ofertas de servicio.

»En la popa de la piragua, un personaje en pie, que llevaba en las manos pequeños haces de yerba, los levantaba hasta la altura de la cabeza y hacia diversos gestos a compás. En el centro de la misma piragua otro joven, también en pie y apoyado en una larga lanza, conservaba un aspecto grave. Llevaban en las orejas y en la ternilla de la nariz, llores rojas, y en la cabeza polvos de cal muy blanca».

Ciertas idas y venidas despertaron, sin embargo, las sospechas de los franceses, los cuales fueron conducidos a una especie de callejón sin salida donde los naturales afirmaban que encontrarían agua dulce; Labbe, a pesar de las instancias reiteradas de los indígenas, no quiso que entraran sus botes en un fondo de lodo con solo dos o tres pies de agua y se contentó con hacer desembarcar un cabo y cuatro soldados. Éstos volvieron en breve diciendo que no habían visto en ninguna parte más que pantanos donde se metían hasta la cintura. Evidentemente los salvajes habían meditado una traición; pero Labbe se guardó bien de manifestar que había penetrado sus intentos, y les pidió que le indicaran el manantial.

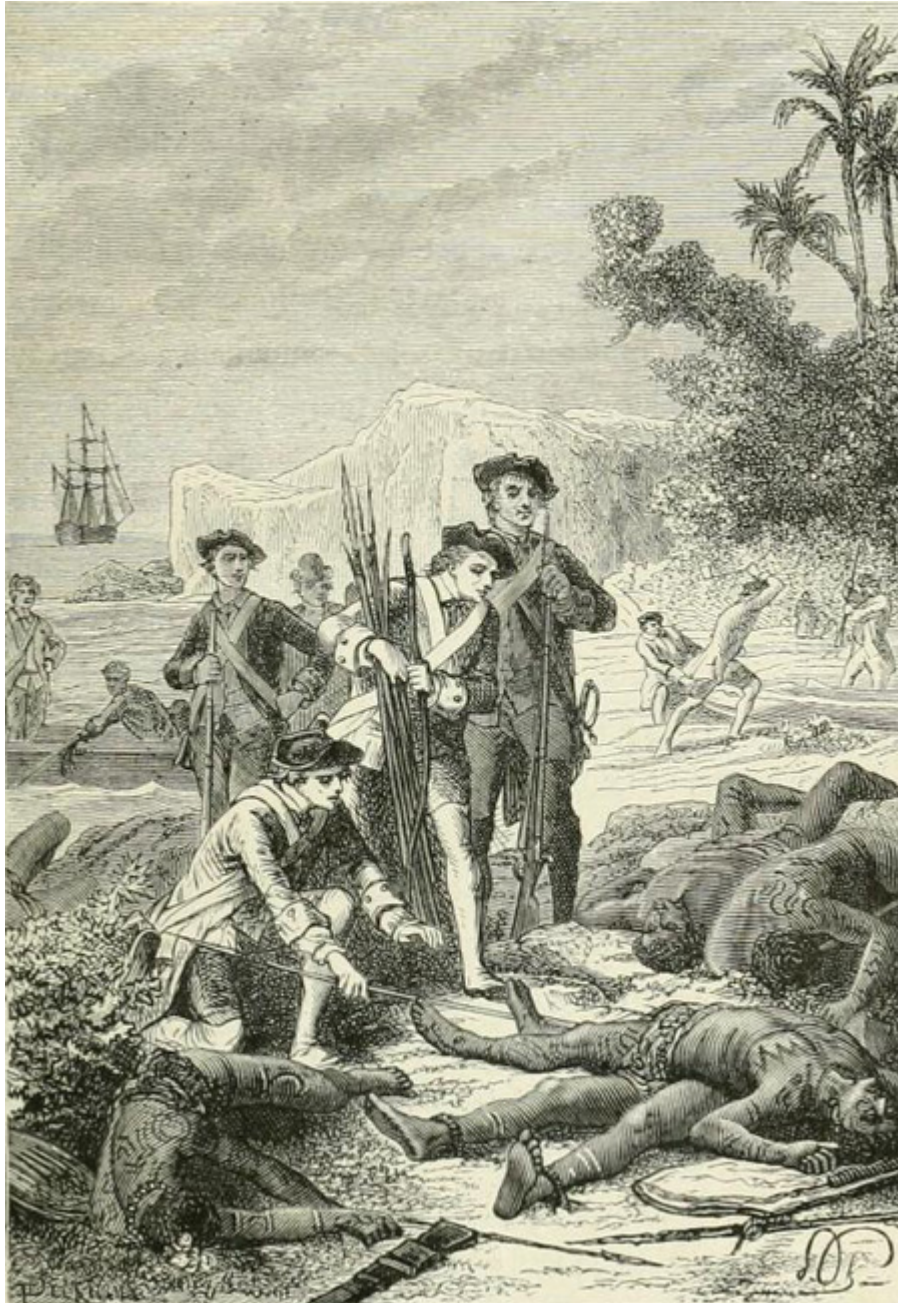
Los indígenas condujeron entonces los botes a un sitio distante 3 leguas de allí y desde el cual era imposible ver el buque. Labbe destacó de nuevo al cabo con algunos hombres, pero no encontraron sino una fuente muy pobre, apenas suficiente para que él y sus compañeros pudieran apagar la sed. Durante su ausencia los indígenas hicieron todos los esfuerzos posibles para persuadir a Labbe a que bajase a tierra encomiándole la abundancia de cocos y de otros frutos y tratando de apoderarse de las espadillas de la chalupa.

«Más de doscientos cincuenta insulares, dice la relación, armados de lanzas de siete u ocho pies de longitud, de espadas o mazas de madera, flechas o piedras, y algunos llevando escudos, se habían reunido en la playa y observaban los movimientos de los botes. Cuando los cinco hombres que habían formado el

destacamento regresaron a bordo, los salvajes cayeron sobre ellos e hirieron a un soldado con una maza, al cabo con una lanza y a otros muchos de diferentes maneras. El mismo Labbe recibió dos flechazos en los muslos y una pedrada en una pierna.

Entonces mandó hacer fuego contra los traidores.

La primera descarga les aturdió hasta el punto de quedarse inmóviles y fue tanto más mortífera, cuanto que estaban reunidos en pelotón a una o dos toesas solamente de los botes y todos los tiros tuvieron efecto. Su estupor dio tiempo a hacer otra descarga que les puso en fuga; pero parece que la muerte de su jefe fue la que contribuyó más a precipitar su desaparición. Labbe, habiéndole distinguido separado de los combatientes levantando las manos al cielo, hiriéndose en el pecho y animando a sus compatriotas con su voz, le apuntó y le derribó de un tiro de fusil: Arrastraron o se llevaron a los heridos y dejaron treinta o cuarenta muertos en el campo de batalla.

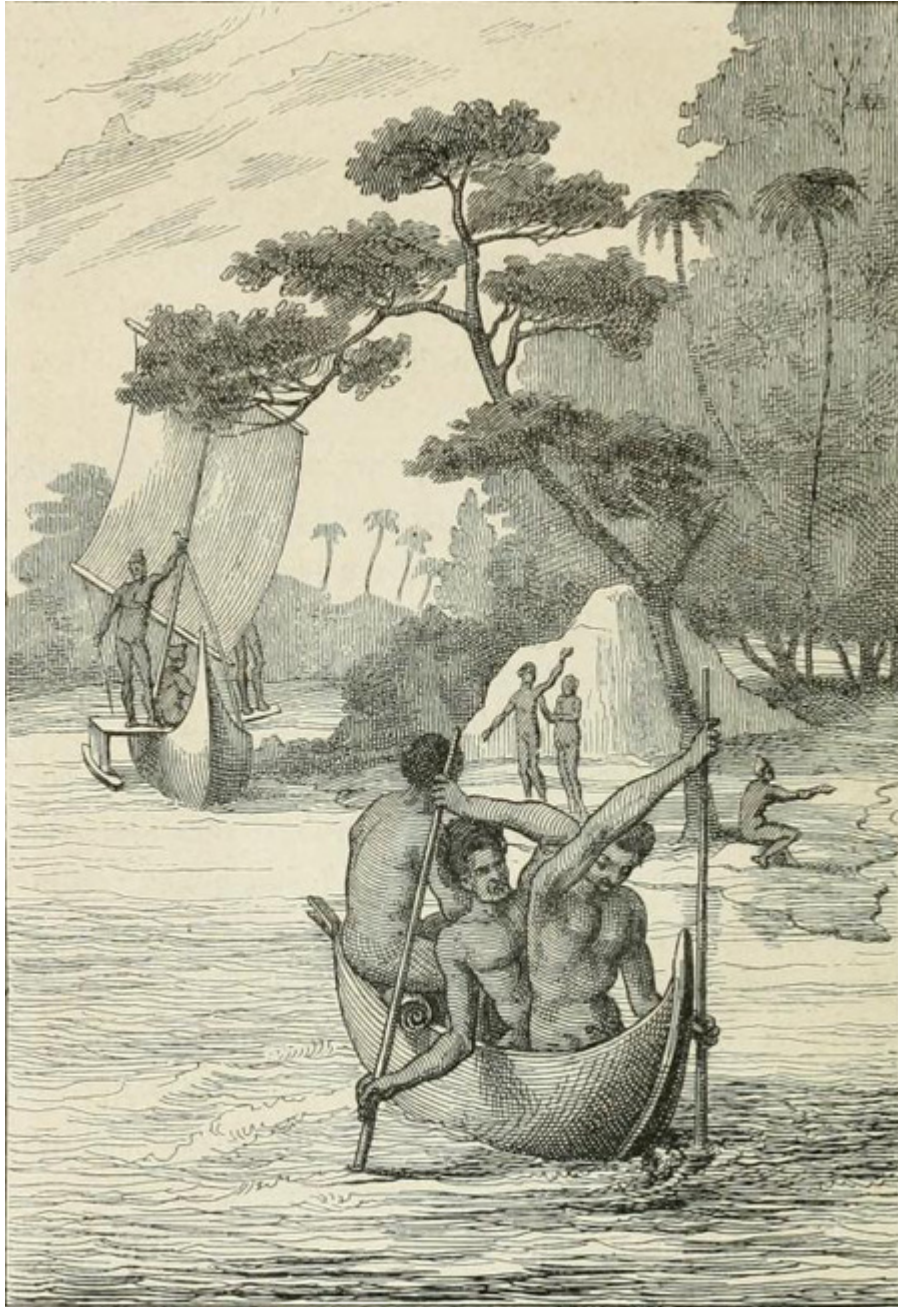


Entonces los franceses bajaron a tierra, recogieron las armas que hallaron esparcidas, destruyeron las piraguas y se contentaron con llevarse una a remolque».

Surville deseaba ardientemente capturar algún indígena que pudiera servirle de guía, y que comprendiendo la superioridad de las armas europeas, aconsejara a sus compatriotas que no emprendiesen nada contra los franceses. Con este objeto imaginó

un expediente singular. Embarcáronse por su orden en la piragua de que se había apoderado dos marineros negros a los cuales había empolvado la cabeza y disfrazado de tal manera, que los naturales no debían conocerlos como pertenecientes al buque.

En efecto, una piragua se acercó en breve al *San Juan Bautista*, y los que la tripulaban, viendo a aquellos dos marineros que parecían estar haciendo cambios con los extranjeros, se acercaron cada vez más. Cuando los franceses juzgaron que estaban a regular distancia lanzaron dos botes en su persecución. Los naturales huyeron, y no pudiendo alcanzarlos, hubo que disparar para detenerlos. Uno de los indígenas fue muerto y al caer hizo zozobrar la piragua; y el segundo, que no tendría más de catorce a quince años, trató de llegar a la playa a nado.



Defendióse con el mayor valor, haciendo algunas veces ademán de morderse, pero mordiendo realmente a los que le sujetaban. Le ataron de pies y manos y le condujeron al buque, y allí se hizo el muerto durante más de una hora; pero cuando lo obligaban a sentarse y se dejaba caer sobre cubierta, ponía grande cuidado de que los hombros diesen en el suelo antes que la cabeza. Cuando se cansó de desempeñar aquel papel abrió los ojos, y viendo que la

tripulación comía, pidió galleta, comió con apetito e hizo varias señales muy expresivas. Se tuvo cuidado de atarle y vigilarle para impedir que se arrojara al mar».

Durante la noche fue preciso hacer fuego para apartar las embarcaciones que se aproximaban con la intención de sorprender al buque. A la mañana siguiente se embarcó al indígena y se le condujo a un islote, que se llamó después isla de la Aguada.

Apenas se le había desembarcado, vieron los franceses que casi había cortado sus ataduras con una concha cortante.

Después se le llevó por otro camino a la orilla del mar, y cuando vio que le volvían al buque, se echó sobre la arena dando fuertes aullidos y mordiendo en su furor la arena.

Los marineros llegaron al fin a descubrir un manantial muy abundante y pudieron hacer leña. Uno de los árboles que cortaron parecía bueno para tinte, porque tiñó de rojo el agua del mar. Los franceses cocieron su corteza, y las piezas de algodón que metieron en aquel cocimiento tomaron un color rojo muy subido.

Algunos palmitos, buenas ostras y varias especies de moluscos proporcionaron alimentos frescos a la tripulación. El *San Juan Bautista* llevaba ya muchos escorbúticos, y Surville había esperado que aquella recalada les haría convalecer; pero la lluvia, que no dejó de caer durante seis días, les empeoró de tal modo, que seis de ellos murieron antes de salir del fondeadero.

Recibió aquel puerto el nombre de puerto Praslin; y la grande isla o archipiélago a que pertenecía tomó el de Tierra de los Arsácidas, a causa de la doblez de sus habitantes:

«El puerto Praslin, dice Fleurieu, sería uno de los más hermosos del mundo si la calidad del fondo no se opusiera. Es de forma casi circular si se comprenden todas las islas que se descubrían desde el punto en que estaba surto el *San Juan Bautista*.

»La ferocidad de los pueblos que habitan las islas del puerto Praslin, no ha permitido penetrar en el interior del país y no se han podido examinar más que las partes inmediatas al mar. No se ha visto ningún terreno cultivado ni en el crucero que los barcos han

hecho hasta el fondo del puerto, ni en la isla de la Aguada que se ha visitado en toda su extensión».

Tales son los datos, bastante superficiales, que Surville se pudo proporcionar, ya por si mismo, ya por sus subordinados. Por fortuna los completó el indígena capturado, cuyo nombre era Lova-Salega, que tenía maravillosa facilidad para aprender lenguas.

Las producciones de la isla, según aquel salvaje, eran el palmito, el cocotero y otros muchos árboles de hueso; el café silvestre, el ébano, la tacamaca y otros resinosos o de pina; el bananero, la caña de azúcar, el ñame, el anís, y en fin, una planta llamada binao, de la cual usaban los indígenas como pan.

Los bosques estaban animados por bandadas de cacatúas, loros, palomas torcaces y mirlos un poco mayores que los de Europa. En los pantanos se hallaban ánades, alondras de mar, una especie de cerceta y patos; y en materia de cuadrúpedos el país no tenía más que cabras y cerdos medio salvajes.

Los habitantes de puerto Praslin, dice Fleurieu según los diarios manuscritos que tuvo, son de estatura ordinaria, pero fuertes y vigorosos. No parecen haber tenido el mismo origen (Observación preciosa) porque los unos son enteramente negros y los otros de color de cobre. Los primeros tienen los cabellos crespos y muy suaves al tacto, la frente pequeña, los ojos algo hundidos, la barba puntiaguda y guarnecida de pocos pelos y la cara con cierto sello de ferocidad. Algunos de los que tienen la piel cobriza tienen el cabello liso. En general los cortan alrededor de la cabeza a la altura de las orejas. Los hay que conservan en la cabeza el pelo formando con él una especie de casquete, afeitándose todo lo demás con una piedra cortante y reservando solo en la parte inferior un círculo de una pulgada de anchura. Se echan polvos de cal en los cabellos y en las cejas y así parece que están teñidos de amarillo».

Los hombres y las mujeres van absolutamente desnudos; pero hay que confesar que la impresión que causa esta desnudez no es tan chocante como si se viera a un europeo sin vestidos, porque el rostro, los brazos y generalmente todo el cuerpo de estos indígenas

están tatuados y algunos de sus dibujos anuncian un gusto bastante singular. Se perforan las orejas y la ternilla de la nariz, la cual bajo el peso de los objetos que de ella cuelgan baja muchas veces hasta el labio superior.

El adorno más ordinario que llevan los habitantes del puerto Praslin es un collar de dientes de hombre.

De aquí se dedujo al principio que eran antropófagos, aunque la misma moda se había encontrado en pueblos que no lo eran. Las respuestas embrolladas de Lova y la cabeza de un hombre medio quemado que Bougainville encontró en una piragua de la isla Choiseul no dejan duda ninguna sobre la existencia de esta bárbara costumbre.

El 21 de octubre, es decir, después de nueve días de recalada, el *San Juan Bautista* dejó el puerto Praslin. El 22 y los días siguientes no cesaron de verse tierras altas y montañosas; y el 2 de noviembre se vio una isla que recibió el nombre de isla de las Contrariedades a causa de los vientos que se opusieron durante tres días a la marcha del buque.

Esta isla presentaba un paisaje delicioso. Estaba bien cultivada y debía hallarse muy poblada a juzgar por el número de piraguas que no cesaron de rodear al *San Juan Bautista*.

Los indígenas se decidieron con trabajo a subir a bordo. Un jefe trepó hasta la cubierta, y su primer cuidado fue apoderarse del petate de un marinero, habiendo costado mucho obligarle a que lo devolviese.

En seguida se dirigió a popa, se apoderó de la bandera blanca y quería apropiársela. También costó trabajo disuadirle de su intento. Por último, trepó hasta la cofa de artimón contempló desde aquel punto elevado todas las partes del buque, y luego se bajó, se puso a bailar dirigiéndose a sus compañeros que habían quedado en las piraguas e invitándolos con voces y gestos muy singulares a que subieran donde él estaba.

Una docena de ellos se atrevieron a subir. Se parecían a los indígenas del puerto Praslin, pero hablaban otra lengua y no podían

hacerse entender de Lova-Salega. Su estancia a bordo no fue muy larga, porque habiéndose apoderado uno de ellos de un frasco y habiéndole arrojado al mar, el comandante manifestó su descontento, y al verlo, todos se volvieron a sus piraguas.

El aspecto de la tierra era tan risueño, y los escorbúticos tenían tal necesidad de víveres frescos, que Surville resolvió enviar una chalupa para sondear las disposiciones de los habitantes.

Apenas la chalupa se hubo separado del buque, se vio rodeada de piraguas tripuladas por una multitud de guerreros. Fue preciso evitar las hostilidades inminentes disparando algunos tiros de fusil que dispersaron a los indios. Durante la noche, una escuadrilla de piraguas se dirigió hacia el *San Juan Bautista*. Surville, estimulado por un sentimiento de humanidad, no quiso esperar a que los naturales estuviesen muy cerca para disparar algunas piezas cargadas de metralla, que pronto les pusieron en fuga.

No había, pues, que pensar en el desembarco, y por tanto Surville se hizo de nuevo a la mar descubriendo sucesivamente las islas de las Tres Hermanas, del Golfo y de la Libertad, las últimas del grupo.

El archipiélago que Surville acababa de reconocer era el de las islas de Salomon, cuyo primer descubrimiento, hecho por Mendaña, hemos referido ya.

El hábil navegante acababa de recorrer 140 leguas de costas, de las cuales había levantado el mapa y además había dibujado una serie de catorce vistas muy curiosas de aquel litoral.

Sin embargo, para evitar que la muerte diezmará a su tripulación, necesitaba a toda costa Surville desembarcar en una tierra cualquiera sus enfermos y proporcionarles víveres frescos, por lo cual se decidió a pasar a la Nueva-Zelanda, que desde el tiempo de Tasman no había sido visitada.

El 12 de diciembre de 1769, se vieron las costas de aquella tierra hacia los 35° 37' de latitud austral, y cinco días después echo el ancla en una bahía a la cual dio el nombre de bahía de Lauristan. En el fondo se hallaba una ensenada que recibió el nombre de Chevalier, en honor de uno de los promovedores de la expedición. Aquí debemos observar que el capitán Cook estaba reconociendo aquella tierra desde principios de octubre y que pocos días después del 12 de diciembre debía pasar por delante de la bahía de Lauristan *sin* ver al buque francés.

En el surgidero de la ensenada Chevalier, Surville fue sorprendido por una espantosa tormenta que le puso a dos dedos de perecer; pero su habilidad náutica era tan conocida de los marineros, que no se turbaron ni por un instante y ejecutaron las maniobras que les mandó su capitán con una serenidad que, desgraciadamente, no tuvo más testigos que los neozelandeses.

En efecto, apenas había tenido tiempo de separarse del buque la chalupa que llevaba los enfermos a tierra, cuando estalló la tempestad en todo su furor y la arrojó hacia una ensenada que tomó el nombre de ensenada del Refugio. Los marineros y los enfermos encontraron una acogida obsequiosa de parte de un jefe llamado Naginui, que les recibió en su casa y les prodigó todos los víveres frescos que pudo proporcionarse durante la estancia de sus huéspedes.

Uno de los botes que el *San Juan Bautista* llevaba a remolque, fue arrebatado por las olas. Surville, viéndole encallado en la ensenada del Refugio, envió a buscarle, pero no se encontró más que la amarra; los naturales se le habían llevado. En vano subió Surville por el río; no encontró vestigio ninguno de la embarcación. No queriendo dejar aquel robo impune, hizo señas a varios indios,

que estaban cerca de sus piraguas, de que se llegaran a él, y habiendo acudido uno de ellos, le hizo prender y llevar bordo.

Los demás tomaron la fuga.

«Nos apoderamos, dice Crozet, de una piragua, quemamos las otras, pusimos fuego a las casas y nos volvimos al buque. El indio que había sido preso fue conocido por el cirujano por ser el jefe que tan generosamente les había socorrido durante la tempestad: era el desgraciado Naginui que, después de los servicios que había prestado a los franceses, estaba muy lejos de esperar el tratamiento que se le preparaba al acudir a la primera señal de Surville.

Naginui murió el 24 de marzo de 1770 delante de la isla de Juan Fernández.

Pasaremos en silencio las observaciones que el navegante francés hizo acerca de los habitantes y de las producciones de la Nueva-Zelanda porque son las mismas que hizo Cook.

Surville, convencido de que no podría proporcionarse los víveres que necesitaba, salió a la mar pocos días después e hizo rumbo entre los 27° y 28° de latitud Sur; pero el escorbuto, que hacia diariamente nuevos estragos, le obligó a dirigirse a toda prisa a la costa del Perú, que avistó el 5 de abril de 1770.

Tres días después echaba el ancla delante de la barra de Chaca, a la entrada del Callao. Surville, deseoso de bajar a tierra lo más pronto posible para procurar auxilio a sus enfermos, no quiso confiar a nadie el cuidado de ir a ver al gobernador: Por desgracia su embarcación zozobró a consecuencia de las rompientes de la barra y solo se salvó uno de los marineros que la tripulaban. Surville y todos los demás se ahogaron.

Así pereció miserablemente este hábil navegante, demasiado pronto para los servicios que podía haber prestado a la ciencia y a su patria. El *San Juan Bautista* fue detenido durante tres años delante de Lima por las dilaciones interminables de las aduanas españolas.

Después Labbe tomó el mando y volvió con él a Francia, entrando en Lorient el 23 de agosto de 1773.

Como hemos referido anteriormente, *Mr. Bougainville* había conducido a Europa a un tahitiano llamado Auturú; y cuando éste indígena manifestó el deseo de volver a su patria, el gobierno francés le envió a la isla de Francia, dando orden a los administradores de aquella colonia de facilitarle su vuelta a Tahití.

Un oficial de marina, llamado Marion-Dufresne, aprovechó gustoso la ocasión y propuso a Póivre, administrador de las islas de Francia y de Borbón, que él trasladaría al joven Auturú a Tahití a sus expensas y en un buque que le pertenecía. No pedía sino que le agregasen un buque del Estado y que le adelantaran algún dinero para completar los preparativos de la expedición.

Nicolás Tomas Marion-Dufresne, que había nacido en Saint-Maló el 22 de diciembre de 1729, entró muy joven en la marina. Nombrado el 16 de octubre de 1746 teniente de fragata en 1771 no era todavía más que capitán de brulote, a pesar de haber servido con distinción en todas partes, y con más felicidad que en ninguna en los mares de la India.

La misión que se ofrecía a cumplir no era de su parte más que un pretexto para el viaje de descubrimientos que quería hacer por la Oceanía. Poivre aprobó sus proyectos como administrador inteligente y amigo del progreso y les dio instrucciones minuciosas sobre las investigaciones que debería intentar en el hemisferio Sur. En aquella época, Cook no había demostrado todavía la no existencia del continente austral.

Poivre hubiera deseado grandemente descubrir la parte septentrional de aquellas tierras que creía próximas a las colonias francesas y en las cuales esperaba encontrar un clima más templado. Creía igualmente hallar árboles para la arboladura de los buques y la mayor parte de los recursos y provisiones que se veía obligado a llevar de la metrópoli a fuerza de dispendios; en fin, tenía la esperanza de que en aquellos países existiese un puerto seguro donde los buques estuvieran al abrigo de esos huracanes que se levantan casi periódicamente en las islas de Francia y de Borbón.

El gobierno francés acababa de enviar al teniente de navío *Mr.* de Kerguelen para hacer descubrimientos en aquellos mares desconocidos; y por consiguiente la expedición de Marion, que iba a intentar un camino diferente, no podría menos de contribuir notablemente a la solución del problema.

El 18 de octubre de 1771 el *Mascarin* mandado por Marion, y el *Marqués de Castries*, a las órdenes del caballero Du Clesmeur, alférez de navío, se hicieron a la vela. Primero recalaron en la isla de Borbón y allí tomaron a bordo al joven Auturú, que desgraciadamente llevaba consigo ya el germen de las viruelas que había contraído en la isla de Francia.

La enfermedad se declaró a bordo y, fue preciso salir de Borbón para no comunicarla a los habitantes.

Los dos buques pasaron al puerto Delfin en la costa de Madagascar a fin de dar a la enfermedad el tiempo de producir sus efectos antes de llegar al Cabo, donde era preciso completar las provisiones. El joven Auturú no tardó en sucumbir.

En estas condiciones ¿convenía volver a la isla de Francia, desarmar los buques y abandonar la empresa?

Marion no lo creyó así. Teniendo ya mayor libertad en sus movimientos resolvió ilustrarse por algún viaje nuevo y comunicó a sus compañeros el entusiasmo que le animaba.

Se dirigió, pues, al cabo de Buena-Esperanza a donde llegó felizmente, y allí completó en pocos días los víveres necesarios para una campaña de diez y ocho meses.

En seguida dirigió el rumbo al Sur, hacia las tierras descubiertas en 1739 por Bouvet de Lozier y que debían buscarse al Este del meridiano de Madagascar.

Desde el 28 de diciembre de 1771, día en que los buques salieron del Cabo, hasta el 11 de enero, la navegación no presentó nada de notable. El 11 de enero, por la observación de la latitud, se reconoció que los buques estaban entre 40° y 41° de latitud Sur y 20° 43' de longitud Este del meridiano de París; es decir, en el

paralelo de las islas designadas en los mapas de Van Keulen con los nombres de Dina y Marveceu.

Aunque el gran número de aves terrestres que se observaron hizo conjeturar a Marion que no estaba distante de aquellas islas, se alejó de aquellos parajes persuadido de que lo único que debía llamar su atención era la investigación del continente austral.

El 14 de Enero estaban a los 45° 43' de latitud Sur; y aunque a la sazón reinaba el verano en aquellas regiones, el frío era muy vivo y la nieve no cesaba de caer. Dos días después, en medio de una niebla espesa a la cual sucedió la lluvia, Marion descubrió una tierra del Oeste Sudoeste al Oeste Noroeste a 4 o 5 leguas de distancia. La sonda indicó 80 brazas de profundidad y un fondo de arena gruesa con mezcla de coral.

Siguió Marion a la vista de aquella tierra costeándola hasta que la vio detrás de los buques; es decir, durante 6 o 7 leguas de navegación. Parecía muy elevada y cubierta de montañas y recibió el nombre de tierra de la Esperanza, lo cual indicaba cuán grande la tenía Marion de llegar al continente austral.

Cuatro años después Cook debía designar aquella isla con el nombre de isla del Príncipe Eduardo.

Al Norte de la primera había otra tierra.

«Yo observe, dice Crozet, redactor del viaje de Marion, pasando a lo largo de esta isla, que en su parte Nordeste había una ensenada, en frente de la cual se veía una gran caverna, y alrededor de ella una multitud de manchas blancas y grandes que de lejos se asemejaban a un rebaño de carneros. Según las apariencias, si el tiempo lo hubiera permitido, hubiéramos entrado en un buen fondeadero frente de aquella ensenada. Creí ver una cascada que caía de las montañas; y al doblar la isla descubrimos tres islotes, destacados dos hacia el interior en un gran recodo que formaba la costa, y el tercero terminando su punta septentrional. La isla nos pareció árida, de unas 7 u 8 leguas de circunferencia, sin verdor y la costa sana y sin peligro. *Mr.* Marion le dio el nombre de isla de la Caverna».

Estas dos tierras australes están situadas a los 45° 15' de latitud Sur y 34° 31' de longitud Este del meridiano de París, medio grado al Este del rumbo seguido por Bouvet.

Al día siguiente se vio la tierra de la Esperanza a 6 leguas de distancia y parecía muy verde. La cima de sus montañas era muy alta y estaba cubierta de nieve. Los navegantes se preparaban a buscar un fondeadero cuando los dos buques chocaron durante las operaciones del sondeo y experimentaron averías.

Las reparaciones consumieron tres días; el tiempo que al principio había sido favorable, se echó a perder; el viento adquirió gran violencia y fue preciso continuar el rumbo siguiendo el paralelo cuarenta y seis.

El 21 de enero se descubrieron nuevas tierras.

«Nos parecieron al principio dos islas, dice Crozet; yo dibujé las vistas a distancias de 8 leguas y, en breve las tomamos por dos cabos creyendo ver a lo lejos una continuidad de tierra entre ambos. Están situadas a los 45° 5' de latitud Sur y a los 42° de longitud Este del meridiano de París.

Mr. Marion las llamó las islas Frias.

Aunque se había desplegado muy poca vela durante la noche, fue imposible volver a ver estas islas hasta la mañana siguiente. Aquel día el *Marqués de Castries* hizo señales de tierra. Ésta se hallaba a 10 o 12 leguas al Este Sudesle de la primera; pero una bruma espesa, que duró doce horas, la lluvia continua, el frío muy vivo y muy penoso para hombres poco vestidos, impidieron acercarse a ella a menor distancia de 6 a 7 leguas.

Al día siguiente, 26, los franceses volvieron a ver la costa de una nueva tierra que recibió el nombre de isla Árida y que hoy es conocida bajo el nombre de Crozet. Marion pudo echar al fin un bote a la mar y mandó a Crozet que tomara posesión, en nombre del rey, de la mayor de las dos islas que está situada a los 46° 30' de latitud Sur y a los 42° de longitud Este del meridiano de París.

«*Mr. Marion* llamó a esta isla de la Toma de Posesión (hoy se la designa con el nombre de isla de Marion); era la sexta que

descubrimos en aquella parte austral... Subí inmediatamente a una eminencia desde la cual descubrí nieve en estos valles. La tierra parecía árida y estaba cubierta de una yerbecilla muy fina.

»No pude descubrir en ella ni un árbol, ni un arbusto... Se halla expuesta a los estragos continuos que ofrecen los vientos tempestuosos del Oeste que reinan todo el año en estos parajes y parece inhabitable... No he visto en ella más que lobos marinos y aves acuáticas de toda especie como las que encuentran los navegantes hasta en alta mar cuando pasan el cabo de Buena Esperanza. Aquellos animales, que no habían visto nunca hombres, eran mansos y se dejaban coger con la mano. Las hembras cubrían los huevos con tranquilidad, otras alimentaban a sus pequeñuelos, y las lobas marinas continuaban sus saltos y sus juegos a presencia nuestra sin parecer asustadas».

Marion siguió, pues, los grados 46 y 47 de latitud en medio de una niebla tan intensa que continuamente tenían los buques que disparar cañonazos para no perderse y las tripulaciones no se veían de un extremo al otro de la cubierta.

El 2 de febrero los dos buques se hallaban a los 46° 22' de longitud oriental, es decir, a 1° 18' de las tierras descubiertas el 13 del mismo mes por las urcas de la marina real francesa *La Fortune* y *Le Gros Ventre*, al mando de los señores Kerguelen y Saint-Allouarn.

Sin el accidente ocurrido al *Marqués de Castries*, Marion se hubiera encontrado con estos buques.

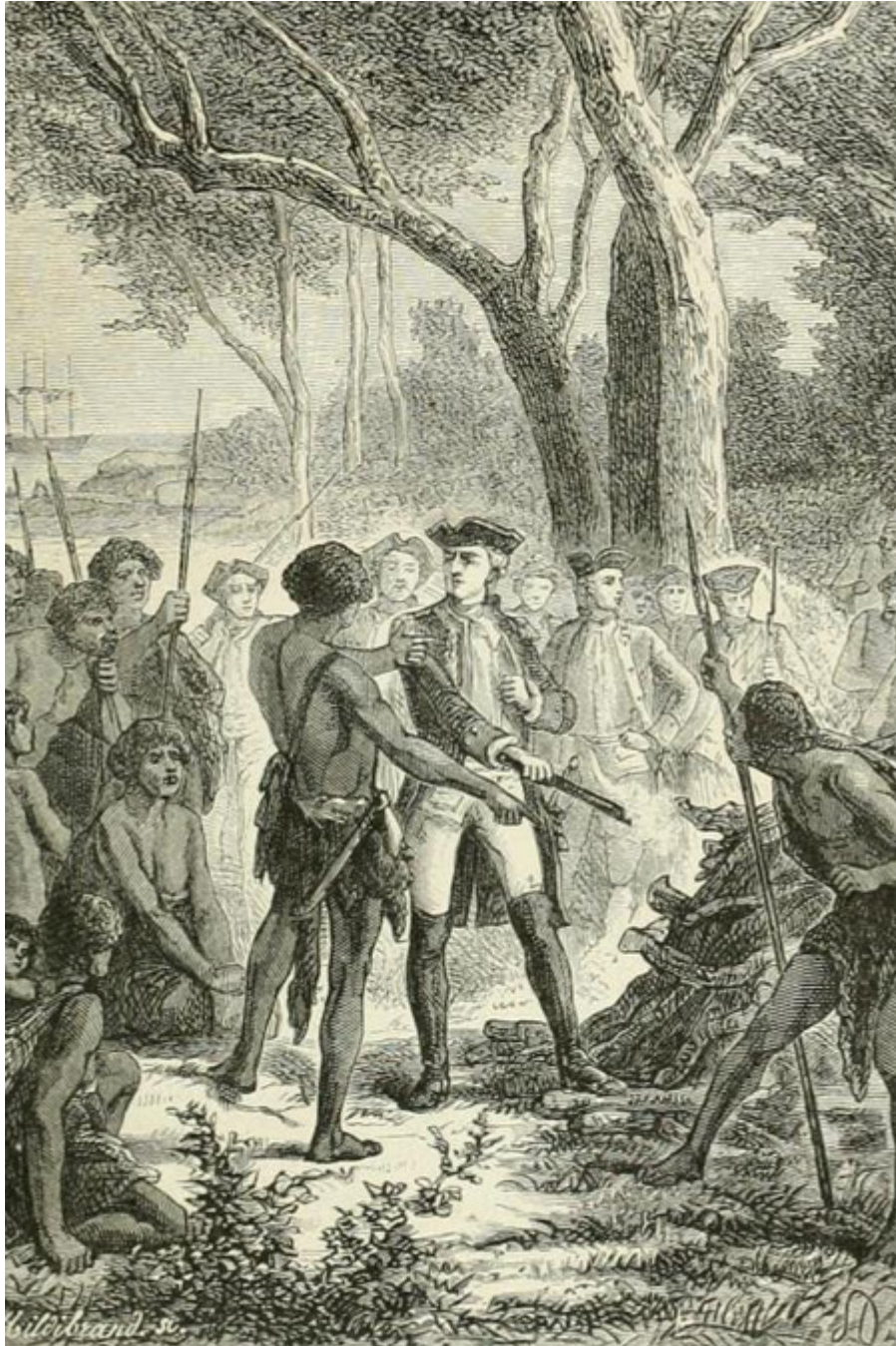
Cuando llegó a los 90°. Este del meridiano de París, cambió de rumbo e hizo vela para la tierra de Van-Diemen. Ningun incidente ocurrió en esta travesía, y los dos buques echaron el ancha en la bahía de Federico-Enrique.

Inmediatamente se arriaron los botes y un fuerte destacamento se dirigió a tierra, donde había unos 30 indígenas, tierra que debía estar muy poblada a juzgar por las hogueras y el humo que se habían visto.

«Los naturales del país, dice Crozet, nos hicieron buena acogida; reunieron leña e hicieron una especie de hoguera; presentaron en seguida a los recién desembarcados algunos ramos de leña seca encendida, y parecieron invitarles a poner fuego a la hoguera. Los salvajes no parecieron admirados al vernos, y se estuvieron alrededor nuestro sin hacer ninguna demostración ni de amistad ni de hostilidad, y teniendo consigo sus mujeres e hijos.

»Lo mismo los hombres que las mujeres eran de estatura ordinaria, de color negro, cabellos lanudos, y todos iban desnudos, lo mismo hombres que mujeres. Algunas de éstas llevaban los hijos a la espalda atados con cuerdas de junco. Los hombres iban todos armados de palos puntiagudos y de algunas piedras que nos parecieron cortantes, semejantes a hierros de hachas».

Intentamos atraerlos con algunos regalos, y desecharon con desprecio todo lo que les presentamos, incluso el hierro, los espejos, pañuelos y pedazos de tela. Les enseñamos gallinas y patos que se habían sacado del buque para darles a entender que deseábamos comprar de aquella clase de aves. Las tomaron en las mano, hicieron serias de que no las conocían, y luego las arrojaron con ademanes de cólera».



Hacia ya una hora que los franceses del destacamento trataban de ganar la voluntad de los salvajes, cuando Marion y Du Clesmeur desembarcaron. Les presentaron inmediatamente un leño ardiendo y ellos no vacilaron en poner fuego a la hoguera ya preparada en la personación de que aquélla era una ceremonia pacífica.

Pero se engañaban, todos los naturales se retiraron inmediatamente y enviaron una granizada de piedras que hirieron a los dos comandantes.

Se les respondió con algunos tiros de fusil y toda la gente volvió a embarcarse.

Hízose una nueva tentativa de desembarco, a la cual se opusieron los salvajes con gran valor y fue preciso responder a su agresión con varios disparos de fusil, de los cuales resultaron un muerto y algunos heridos. En seguida los franceses saltaron a tierra y persiguieron a los salvajes que ya no trataron de resistir.

Marion envió entonces dos destacamentos para descubrir alguna aguada y arboles a propósito para componer la arboladura del *Marqués de Castries*.

Seis días trascurrieron en estas investigaciones infructuosas; sin embargo, no fueron perdidos para la ciencia, porque se hicieron muchas y curiosas observaciones.

«A juzgar por los montones de conchas que hemos encontrado de distancia en distancia, dice Crozet, creemos que el alimento ordinario de estos salvajes son almejas, piñas marinas y otros moluscos semejantes».

¿No es singular que se encuentren en la Nueva Zelanda esos restos de cocina tan comunes en las costas escandinavas y que ya hemos señalado en el istmo de Panamá? El hombre ¿no es en todas partes el mismo, con las mismas necesidades que le inspiran los mismos actos?

Viendo que era inútil pasar más tiempo en buscar agua y árboles para reponer los mástiles del *Marqués de Castries* y recomponer el *Mascarin* que hacia mucha agua, Marion salió el 10 de marzo para la Nueva Zelanda, a la cual llegó catorce días después.

Esta tierra, descubierta en 1642 por Tasman y visitada en 1772 por Cook y Surville, comenzaba a ser conocida.

Los dos buques llegaron hasta cerca del monte Egmont, pero en aquel paraje la orilla era tan acantilada, que Marion volvió a alta mar y regresó el 31 de marzo a reconocer la tierra que halló situada a los

36° 30' de latitud. Siguiendo entonces la costa, a pesar de los vientos contrarios, subió por el Norte hasta las islas de los Tres Reyes. No había medio de acceso a ellas y fue preciso acercarse a la tierra principal, echándose el ancla cerca del cabo María Van-Diemen, que forma el extremo más septentrional de la Nueva Zelanda. El fondeadero era malo, como pudo verse fácilmente muy en breve, y al cabo de diversas tentativas, Marion echó el ancla de nuevo el 11 de mayo en la bahía de las islas Cook.

Levantáronse tiendas en una de las islas, donde se encontró agua y leña, y allí se instalaron los enfermos bajo la custodia de un fuerte destacamento. Los naturales pasaron inmediatamente a bordo; algunos durmieron en los buques; y los cambios facilitados por un vocabulario de Tahití, se hicieron pronto en gran escala.

«Observé con sorpresa, dice Crozet, entre los salvajes que vinieron a bordo de los buques desde los primeros días, tres especies de hombres. Los unos, que parecían los verdaderos indígenas, eran de un color blanco tirando a amarillo; éstos son más altos y su estatura ordinaria es de 5 pies y 9 a 10 pulgadas y tienen cabellos negros y lisos. Los otros eran de tez más oscura, menos altos y cabellos un poco crespos. En fin, los de la tercera especie eran verdaderos negros, de cabeza lanuda y más pequeños que los otros; pero, en general, más anchos de hombros. Los primeros tienen muy poca barba, y los negros tienen mucha».

Observación curiosa, cuya exactitud deba comprobarse después.

Es inútil extenderse acerca de las costumbres de los neozelandeses, de sus aldeas fortificadas, que Marion describe muy minuciosamente, de sus armas, vestidos y comidas; estos pormenores son ya conocidos del lector.

Los franceses tenían tres puestos en tierra; el de los enfermos en la isla Matuaro, otro en la tierra principal que servía de depósito y de punto de comunicación con el tercero, y éste último, donde estaba el taller de carpintería, establecido a dos leguas más allá, en el bosque. Los marineros, seducidos por los obsequios de los

salvajes, hacían largas correrías por el interior y recibían en todas partes cordial acogida.

En fin, la confianza se estableció de tal suerte, que, a pesar de los consejos de Crozet, Marion mandó desarmar las chalupas y los botes cuando fuesen a tierra: imprudencia imperdonable, en un país donde Tasman había tenido que dar el nombre de bahía de los Asesinos al primer sitio donde desembarcó; y donde Cook había encontrado antropófagos y estuvo a punto de ser asesinado.

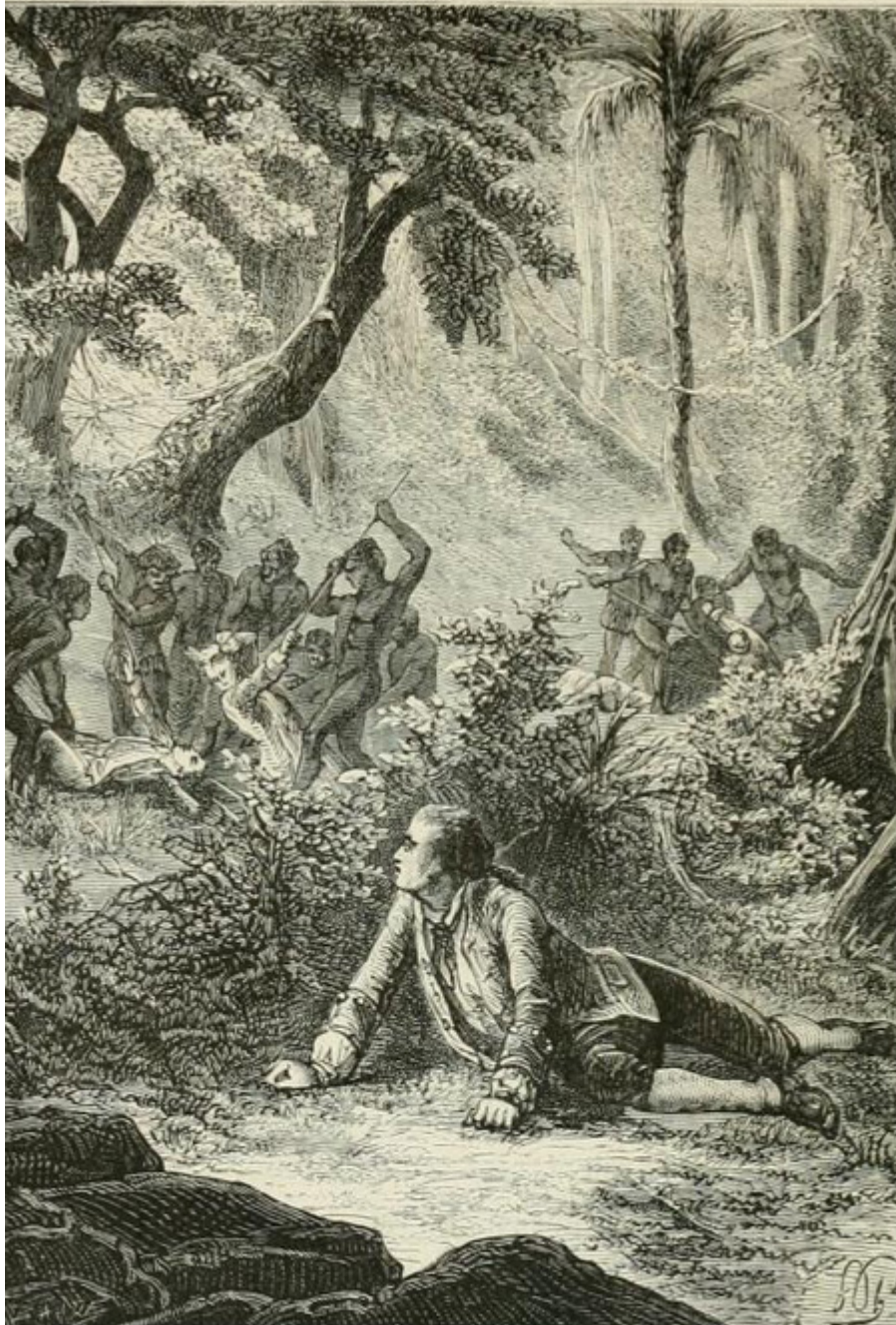
El 8 de junio Marion bajó a tierra, donde fue recibido con muestras de amistad mayores todavía que de costumbre. Los naturales le proclamaron jefe superior del país y le pusieron en la cabeza cuatro plumas blancas, insignias de la soberanía. Cuatro días después bajó a tierra otra vez con dos oficiales jóvenes, los señores Vandricourt y Le Houx, un voluntario, el maestro de armas y algunos marineros, total, diez y siete personas.

Por la noche ninguno de éstos había vuelto todavía al buque. La tripulación no se alarmó porque estaba persuadida de las costumbres hospitalarias de los salvajes; creyó solamente que Marion se había quedado a dormir en tierra, para poder visitar por la mañana temprano las obras del taller.

El 13 de junio el *Marqués de Castries* envió su chalupa a hacer aguada y leña para su consumo diario; y como a las nueve de la mañana se observó desde el buque un hombre que nadaba hacia él. Enviáronle un bote para llevarle a bordo, y se vio que era uno de los tripulantes de la chalupa, el único que se había escapado de la matanza de todos sus compañeros. Había recibido dos lanzadas en el costado y se hallaba mal herido.

Según su relación, los salvajes habían mostrado al principio disposiciones tan amistosas como de costumbre, y aun habían llevado a tierra a hombros a los marineros que temían mojarse. Después, cuando éstos se dispersaron para recoger sus haces de leña, se presentaron de nuevo los indígenas armados de lanzas, mazas y rompecabezas, y se habían arrojado sobre los marineros siendo siete u ocho contra uno.

A él no le habían atacado más que dos, cada uno de los cuales le había hecho una herida con su lanza; pero como afortunadamente el mar no estaba lejos, había podido huir hasta la playa, donde se había ocultado entre la maleza. Desde allí había presenciado el asesinato de todos sus compañeros.



Los salvajes les desnudaron, les abrieron el vientre, y comenzaban a cortarles en pedazos, cuando él había salido al ruido de su escondite y se había arrojado al agua, con la esperanza de llegar al buque a nado.

Ahora bien; los diez y seis hombres del bote, que acompañaban a Marion, y de los cuales no había noticias, ¿habían experimentado la misma suerte? Era verosímil. En todo caso, no había un minuto que perder para adoptar las medidas convenientes, a fin de salvar los tres destacamentos establecidos en tierra.

El caballero Du Clesmeur tomó inmediatamente el mando, y gracias a su energía, no fueron tantas como hubiera sido en otro raso, las consecuencias del desastre.

Armóse la chalupa del *Mascarin*, y fue enviada en busca del bote y chalupa de Marion, con orden de avisar a todos los puestos y de dirigirse al auxilio del más lejano que era el taller, donde se arreglaban los mástiles y las berlingas. Por el camino, en el litoral, se descubrieron las dos embarcaciones cerca de la aldea Tacuri. Estaban rodeadas de salvajes que las habían saqueado después de haber degollado a los marineros.

Sin detenerse a recobrar las embarcaciones, el oficial hizo fuerza de remos para llegar a tiempo al taller. Éste, por fortuna, no había sido acometido todavía por los naturales. Suspendiéronse inmediatamente las obras; se reunieron los útiles y las armas; se cargaron los fusiles, y se enterraron bajo los cimientos de la barraca los objetos que no podían llevarse fácilmente, poniendo fuego después a la barraca.

Verificóse la retirada por entre numerosos salvajes, que repetían estas palabras siniestras: *Tacuri maté Marion*; Tacuri ha muerto a Marion. Así caminaron los franceses 2 leguas sin que se intentara ninguna agresión contra los sesenta hombres de que se componía el destacamento.

Cuando llegaron a la chalupa, los salvajes se acercaron.

Crozet hizo embarcar primero a los marineros que llevaban los frutos; y después, trazando una línea en tierra, hizo comprender a

los salvajes que el primero que la atravesara sería inmediatamente pasado por las armas. En seguida dio a todos la orden de sentarse, y fue un espectáculo imponente el de aquel millar de salvajes obedeciendo sin resistir, a pesar del deseo que tenían de precipitarse sobre una presa que se les escapaba.

Crozet se embarcó el último. Apenas había puesto el pie en la chalupa, resonó el grito de guerra de los indígenas y de todas partes le lanzaron flechas y piedras. A las demostraciones amenazadoras habían sucedido las hostilidades, y los salvajes entraban en el agua para hacer mejor puntería contra sus adversarios.

Crozet se vio entonces en la necesidad de hacer sentir a aquellos desdichados la superioridad de sus armas y mandó comenzar el fuego. Los neozelandeses, viendo caer a sus compañeros muertos o heridos sin que al parecer hubieran sido tocados, se quedaron estupefactos; y todos hubieran sido muertos, si Crozet no hubiera mandado cesar el fuego.

Los enfermos fueron conducidos a bordo sin accidente y el puesto reforzado, y manteniéndose alerta, no fue objeto de ninguna agresión.

Al día siguiente los naturales, que poseían en la isla Matuaro una aldea importante trataron de impedir a los marineros hacer agua y leña. Éstos marcharon inmediatamente contra los salvajes, les dieron una carga a la bayoneta y les persiguieron hasta su aldea, donde se encerraron. Oíase la voz de los jefes que les excitaban al combate; y cuando los franceses llegaron a tiro de pistola de la aldea, comenzó el fuego, tan bien dirigido, que los jefes indígenas fueron las primeras víctimas. Cuando sus compañeros les vieron caer, apelaron a la fuga. Los franceses mataron unos cincuenta, persiguieron el resto hasta el mar, e incendiaron la aldea.

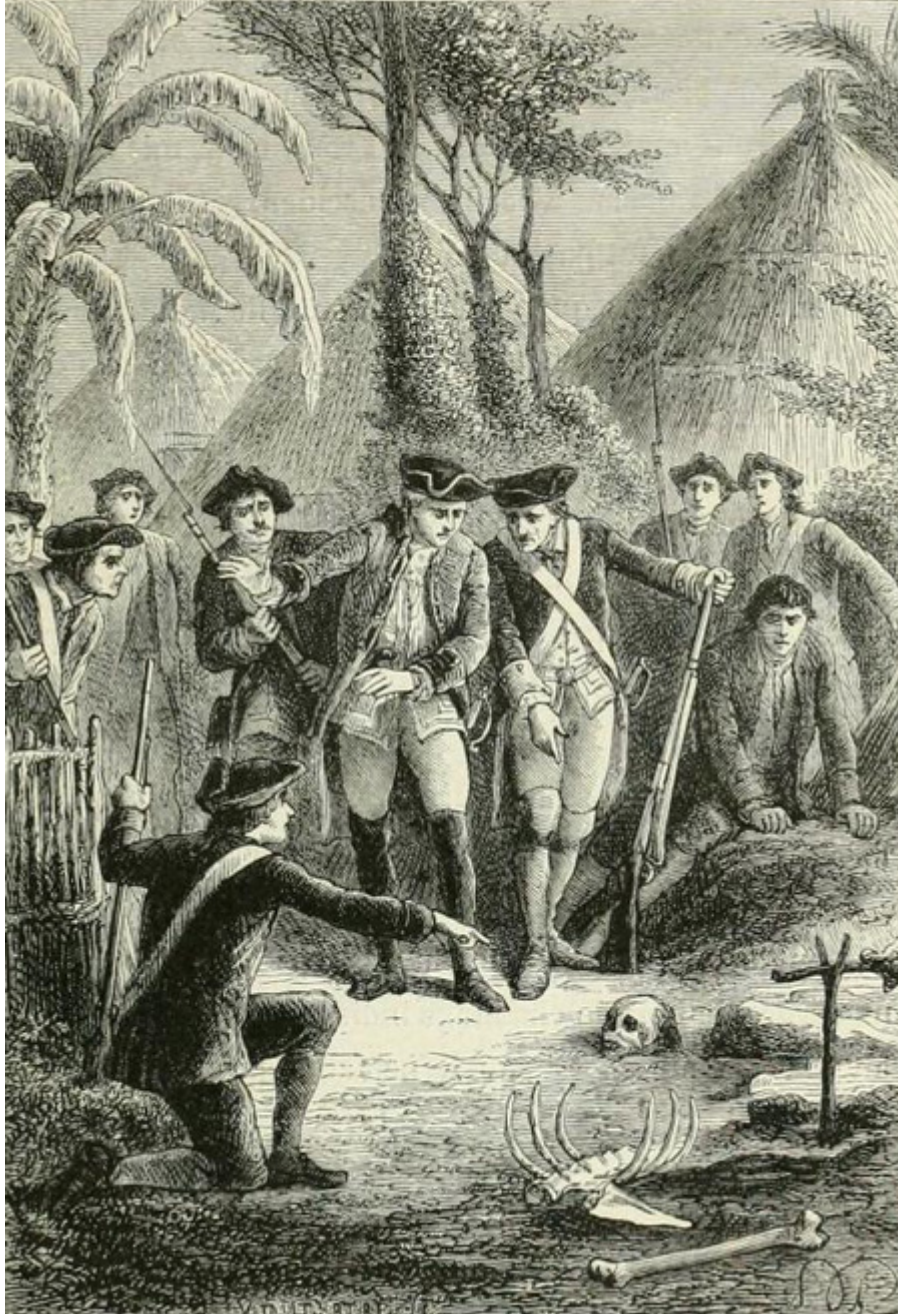
No había, pues, que pensar en llevar a la playa aquellos hermosos mástiles, hechos con los cedros que con tanto trabajo se habían derribado; y para rehacer la arboladura, hubo que contentarse con los maderos ya embarcados en los botes. En cuanto a la provisión de setecientas barricas de agua y setenta

haces de leña indispensables para el viaje, como no quedaba sino una chalupa, se necesitó un mes para completarla.

Entre tanto, no se sabía nada exactamente acerca de la suerte del capitán Marion y de los que le acompañaban.

Con objeto de averiguarla, el comandante envió un destacamento bien armado a la aldea de Tacuri.

La aldea estaba abandonada; no se encontraron en ella más que algunos ancianos, que no habían pedido seguir a sus compañeros fugitivos, y que estaban sentados a las puertas de sus casas. Los franceses quisieron capturarlos. Uno de ellos, con mucha sangre fría, hirió a un soldado con un venablo que tenía en la mano. Los franceses le mataron, pero no hicieron ningún mal a los demás, y les dejaron en la aldea.



Todas las casas fueron registradas cuidadosamente; y en la cocina de Tacuri se encontró el cráneo de un hombre que hacia pocos días había sido cocido; tenía aun adherida alguna carne y en ella quedaba la señal de los dientes de los antropófagos. Vieron también un pedazo de muslo humano, que estaba metido en un asador de madera, y que en sus tres cuartas partes había sido comido.

En otra casa se encontró una camisa, que se conoció por haber pertenecido al desgraciado Marion. El cuello estaba todo ensangrentado se veían en ella, en el costado, tres o cuatro agujeros también manchados de sangre. En otras casas se encontraron una parte de los vestidos y las pistolas del joven Vandricourt que había acompañado a su comandante, las armas del bote y vestidos de algunos desgraciados marineros.

No era, pues, ya posible dudar de la catástrofe. Se levantó un acta acerca de la muerte de las víctimas, y el caballero Du Clesmeur buscó en los papeles de Marion las instrucciones y proyectos necesarios para la continuación del viaje, pero no encontró las que debía haberle dado el administrador de la isla de Francia.

Reunióse entonces el estado mayor, y vista la situación lastimosa de los buques, se acordó abandonar la investigación de nuevas tierras, pasar a las islas de Ámsterdam y de Rotterdam, luego a las Marianas, y por último a las Filipinas, donde había probabilidades de deshacerse del cargamento antes de volver a la isla de Francia.

El 14 de julio los franceses salieron del puerto de la Traición (tal es el nombre que le dio Du Clesmeur) y se dirigieron hacia las islas de Ámsterdam y Rotterdam, al norte de las cuales pasaron el 6 de agosto.

La navegación fue favorecida por un tiempo magnífico; circunstancia feliz, porque el escorbuto había hecho tales estragos entre los marineros, que quedaban muy pocos en disposición de hacer servicio.

En fin, el 20 de setiembre se descubrió la isla de Guajam, la mayor de las Marianas, donde no fue posible anclar hasta después de siete días.

La relación publicada por Crozet contiene pormenores precisos y circunstanciados sobre esta isla, sus producciones y sus habitantes. De esta relación solo tomaremos las siguientes frases, tan cortas como explícitas:

«La isla de Guajam nos ha parecido un paraíso terrenal; el aire en ella es excelente; las aguas son buenas; las legumbres y los frutos sabrosos; los rebaños de bueyes innumerables, como los de cabras y cerdos, y en ella se multiplican las aves hasta lo infinito.

Entre las producciones Crozet cita la *rima*, cuyo fruto es sabroso cuando llega a toda su gordura y se recoge aún verde.

«En este estado, dice, le cogen los insulares para comerlo, despojándole de su piel áspera y cortándole en rebanadas como pan. Cuando quieren conservarle le cortan en trozos regulares, en forma de galleta muy delgada, y la ponen a secar al sol o al horno.

»Esta galleta conserva su calidad de pan durante muchos años y más tiempo que la mejor galleta de nuestros buques».

Desde allí Crozet pasó a las Filipinas y ancló en Cavite, desde donde se separaron el *Marqués de Castries* y el *Mascarin*, y volvieron, uno después de otro, a la isla de Francia.

Algunos años antes, un valiente oficial de la marina militar francesa, llamado Jacobo Raimundo Giron de Grenier, que pertenecía a esa pléyade de hombres distinguidos como los Chazelle, Horda, Fleurieu, Du Maitz, de Goimpy, Chabert, Verdún de la Crenne, que contribuyeron con tanto celo a los progresos de la navegación y de la geografía, utilizó sus ocios durante una estación en la isla de Francia, para explorar los mares inmediatos. Con este objeto se hizo un crucero muy provechoso en la corbeta *Hora del Pastor*, rectificando las posiciones del escollo de Saint-Brandon, del banco de Saya de Malha reconociendo minuciosamente las islas de San Miguel, de Rocquepire y de Agalega en las Sechelles, y corrigiendo los mapas de las islas de Adu y de Diego García. Apoyándose después en la relación que estudió especialmente entre las corrientes y las monzones, propuso un camino más corto y constante, para ir desde la isla de Francia a las Indias. Por este camino se adelantaban 800 leguas: la proposición valía la pena, por consiguiente, de ser estudiada detenidamente.

El ministro de Marina, viendo que la Academia del ramo acogía favorablemente la proposición, resolvió confiar su examen a un

oficial de navío acostumbrado a este género de tareas.

El elegido fue Ivo José de Kerguelen. Este navegante durante las dos campañas de 1767 y 1768 para el fomento y protección de la pesca del bacalao en las costas de Islandia, había levantado el plano de en gran número de puentes y radas, reunido muchas observaciones astronómicas, rectificado el mapa de Islandia y recogido también acerca de este país, todavía muy poco conocido entonces, observaciones tan exactas como interesantes. A él se le deben los primeros datos auténticos sobre los Geysers, manantiales de agua caliente que se levantan a veces a grande altura, y noticias curiosas sobre la existencia de bosques fósiles, que prueban que en una época geológica anterior, la Islandia, hoy completamente desprovista de árboles, poseía selvas inmensas.

Al mismo tiempo Kerguelen había publicado nuevos pormenores sobre los usos y costumbres de los habitantes.

«Las mujeres, dice tienen vestidos, jubones y delantales de un paño llamado *wadmel*, que se elabora en Islandia. Por encima del jubón se ponen una sotana muy ancha, semejante a la de los jesuitas, pero que no baja tanto como la falda del vestido. Esta falda es de diferente color; pero, por lo general, es negra y la llaman *hempe*. Está guarnecida de una cinta de terciopelo o de cualquier otro adorno... Su tocado tiene la forma de una pirámide o de un pan de azúcar de 2 a 3 pies de altura. Es un gran pañuelo de tela gruesa, que se conserva muy tieso, y está cubierto de otro pañuelo más fino, que forma la figura que acabo de decir...

Por último, Kerguelen había reunido documentos muy curiosos acerca de la Dinamarca, de Laponia, de los Samoyedos y de los archipiélagos de las Feroe, Orcadas y Shetland, en las cuales había hecho exploraciones minuciosas.

Encargado de examinar el rumbo propuesto por Grenier, pidió permiso al ministro de Marina para aprovechar sus armamentos, a fin de ir a reconocer las tierras australes descubiertas en 1739, por Bouvet de Lozier.

El abate Ternay, que acababa de reemplazar en el ministerio al duque de Praslin, le dio el mando del navío *Le Berryer*, que salió de Lorient con víveres para catorce meses, trescientos hombres de tripulación y municiones destinadas a la isla de Francia.

El abate Rochon acompañó a Kerguelen para hacer observaciones astronómicas. Cuando Kerguelen llegó a la isla de Francia el 20 de agosto de 1771, cambió el *Berryer* por una urca, la *Fortuna*. a la cual se agregó otra urca más pequeña llamada *Le Gros-Ventre*, de diez y seis cañones y cien hombres de tripulación, a las órdenes de *Mr. de Saint-Allouarn*.

Luego que estos dos buques estuvieron preparados, se hizo a la vela con rumbo al Norte, para reconocer el archipiélago de las islas de Mahe. Durante un temporal furioso, las sondas de la *Fortuna* indicaron profundidades cada vez menores, de 30, de 19, de 17 de 14 brazas. En aquel momento se echaron las anclas y los buques resistieron hasta que pasó la tempestad.

«El día llegó al fin a sacarnos de inquietud, dice Kerguelen, y no vimos tierra ni rocas. *El Gros-Ventre* estaba a 3 leguas a sotavento. No podía creer que yo estuviese anclado, porque el ruido de los truenos y los relámpagos, no le habían permitido distinguir ni oír mis señales... En efecto, no había ejemplo de que un buque hubiese anclado jamás de noche en alta mar en un banco desconocido.

Aparejé y me dejé ir a la deriva, continuando el sondeo. Al principio hallé muchas veces 14 brazas; pero después la sonda señaló 20, 25 y 28, y al fin llegó a no encontrar fondo, lo que prueba que habíamos estado en la cima de una montaña submarina.

Este banco, al cual he dado el nombre de Banco de la Fortuna, está situado del Noroeste al Sudeste a los 7° 16' de latitud Sur y 55° 50' de longitud Este.

La *Fortuna* y el *Gros-Ventre* subieron después hasta el quinto grado Sur, rumbo aconsejado por Grenier. Los dos comandantes reconocieron que los vientos soplaban constantemente del Este en aquella estación; llegaron a las Maldivas, siguieron la costa de Ceilán desde la Punta de Gales hasta la bahía de Trinquemalay: A

la vuelta había variado la monzón pues vientos reinantes eran los del Oeste y Sudoeste, como lo pensaba Grenier. El rumbo que éste último proponía ofrecía, por consiguiente, ventajas incontestables; y la experiencia desde entonces ha venido a demostrarlo, de tal modo, que no se sigue ya otro camino.

Kerguelen, de regreso a la isla de Francia el 8 de diciembre, aceleró de tal suerte sus preparativos de partida que pudo salir del puerto el 12 de enero de 1772, haciendo rumbo directamente al Sur, porque en la suposición de que descubriese alguna tierra en aquella dirección, la que estuviese menos apartada de la colonia francesa, sería evidentemente la más útil para ella.

Desde el primero de febrero las aves marinas que volaban a bandadas, indicaron ya la proximidad de la tierra. El granizo sucedía a la nieve, encontrábase a la vez un tiempo duro, viento fuerte y gruesa mar. La primera tierra fue avistada el 12; el 13 por la mañana se descubrió otra y en breve se presentó un gran cabo muy elevado. Al día siguiente, las 7 de la mañana, habiendo el sol disipado las nubes, se distinguió claramente una línea de costas que se extendía por una longitud de veinte y cinco leguas. Estaban entonces los buques hacia los 43° 40' de latitud austral y 61° 10' de longitud oriental.

Por desgracia las tempestades se sucedían sin interrupción, y los dos buques tuvieron mucho que hacer para evitar ser estrellados sobre la costa. El de Kerguelen fue llevado hacia el Norte por las corrientes poco tiempo después de haber echado al mar una embarcación con el encargo de buscar un sitio de arribada.

«Viéndome tan apartado de la tierra, dice Kerguelen en su relación, examiné el partido que debía tomar, y consideré que el estado de mi arboladura no me permitía emplear la vela para alejarme de la costa, y que no teniendo chalupa para llevar mis anclas, me exponía infinitamente si me acercaba. Al mismo tiempo consideraba imposible buscar entre la bruma al *Gros-Ventre*, del cual hacía días que me había separado, tanto más cuanto que los vientos hablan sido siempre variables y habíamos sufrido una

tempestad... Estas reflexiones unidas a la dé que el *Gros-Ventre* era un excelente buque que tenía víveres para siete meses, me determinaron a dirigir el rumbo a la isla de Francia a donde llegué el 16 de marzo».

Por fortuna nada malo había sucedido al *Gros-Ventre*. El bote que había echado al mar había tenido tiempo de volver a bordo, después de haber desembarcado *Mr.* de Boisgouhenneue y haber tomado posesión de aquella tierra con todas las formalidades acostumbradas, dejando un escrito en una botella que fue encontrado en 1776 por el capitán Cook.

Kerguelen regresó a Francia; pero el éxito de su campaña le había traído muchos enemigos, cuyos ataques se redoblaron cuando se vio que el rey le nombraba capitán de navío y caballero de San Luis el primero de enero de 1772. Esparciéronse contra él los rumores más calumniosos, llegando hasta a acusarle de haber echado a pique al *Gros-Ventre* para aprovecharse exclusivamente de los beneficios de los descubrimientos hechos con el auxilio de *Mr.* de Sanit Allouaru.

Ésta vocinglería, sin embargo, no influyó en la decisión del ministerio, el cual resolvió confiar el mando de otra expedición a Kerguelen. Esta expedición se componía del navío *Roland* y la fragata *Oiseau*, ésta última a las órdenes de *Mr.* de Saux de Rosnevet, y salió de Brest el 26 de marzo de 1772.

Cuando Kerguelen llegó al Cabo se vio obligado permanecer allí catorce días, porque toda la tripulación había sido atacada de fiebres pútridas a causa sin duda de la humedad del buque recién construido.

Es, o parece tanto más fundado, dice la relación; cuanto que todas las legumbres secas, como guisantes, habas judías y lentejas se encontraron deterioradas en los sollados, así como el arroz y una parte de la galleta. Las legumbres formaban en el sollado un montón de estiércol que infestaba y entre ellas se veían gran cantidad de gusanos.

El 11 de julio el *Roland* salió del Cabo; pero casi inmediatamente fue acometido por una horrible tempestad que se llevó dos gavias, el palo de mesana, el foque y el mástil de artimón, y tuvo que volver a la isla de Francia con bandolas.

Los señores Des Roches y Poivre que tanto habían contribuido al éxito de la primera expedición, hablan sido sustituidos en sus empleos por *Mr.* de Ternay y por el administrador Maillard, que se empeñaron en poner todos los obstáculos imaginables a la ejecución de las órdenes que había recibido Kerguelen.

Así es que no le dieron ningún auxilio, ni víveres frescos, no obstante que la tripulación los necesitaba con tanta urgencia y no encontró medio de reemplazar los mástiles que se había llevado la tempestad. Además, en vez de los treinta y cuatro marineros que tuvieron que pasar al hospital, no le dieron sino soldados castigados o marcados por sus delitos, de los cuales precisamente tenía el mayor interés en deshacerse. Una expedición a las tierras australes preparada en estas condiciones no podía tener sino un éxito desgraciado; y esto fue lo que sucedió.

El 5 de enero Kerguelen volvió a ver tierras que había descubierto en su primer viaje y reconoció hasta el 16 varios puntos como la isla de Crog, la isla de la Reunión y la isla Roland, que, según el plano que de ellas levantó, formaban más de 80 leguas de costa. La temperatura era muy rigurosa siendo continuos los golpes de viento, las nieblas espesas, la nieve y el granizo. El 21 los buques no pudieron marchar de conserva sino a fuerza de disparos de cañón y aquel día el frío fue tan grande, que varios marineros cayeron desmayados sobre cubierta.

«Los oficiales, dice Kerguelen, declararon que la ración ordinaria de galleta no era suficiente, y sin un aumento, la tripulación no podía resistir el frío y las brumas; por lo cual mandé aumentar la ración de cada hombre en cuatro onzas de galleta por día».

El 8 de enero de 1774 el *Roland* se unió con la fragata en la isla de la Reunión; y al comunicarse con ella, *Mr.* de Rosnevet le aseguró que había encontrado un fondeadero o una bahía detrás

del cabo Francés; que el 6 había enviado un bote para sondearle, y que sus marineros al desembarcar para tomar posesión de ellas, habían matado varias aves y un león marino.

También esta vez el cansancio completo de la tripulación, la mala calidad de los víveres y el mal estado de los buques impiden a Kerguelen hacer un reconocimiento minucioso de aquel archipiélago desolado.

Tuvo que volverse por su camino; pero en vez de pasar a la isla de Francia desembarcó en la bahía de Anton Gil, en Madagascar, donde sabía que encontraría en abundancia limones, cidras, verdolages y otros antiescorbúticos además de carne fresca. En Madagascar un aventurero cuya historia es bastante singular, llamado Beniowski acababa de fundar a nombre de Francia un establecimiento; pero le faltaba material de toda especie.

Kerguelen le dio útiles de campo, ladrillos, herramientas, camisas, mantas y en fin, hizo que sus carpinteros le construyeran un almacén para víveres.

Treinta y cinco hombres de la tripulación del *Roland* hablan muerto desde su salida de las tierras australes, y si hubieran permanecido ocho días más en aquellos parajes, habrían muerto ciento.

A su vuelta a Francia Kerguelen en recompensa de tantos trabajos con tanto valor sufridos, no tuvo más que el odio y la calumnia que se desencadenaron de tal suerte, que uno de sus oficiales no temió publicar una Memoria en la cual se consideraban los sucesos de la manera más desfavorable para Kerguelen, y se le hacía responsable del mal éxito de la expedición. No negaremos que «rindiera algún error; pero consideramos profundamente injusto el juicio del Consejo de Guerra que le destituyó de su grado y le condenó a prisión en el castillo de Saumur. Esta sentencia fue sin duda juzgada excesiva por el gobierno el cual viendo en ella más animosidad que Justicia, puso en libertad a Kerguelen pocos meses después. El gran argumento que se había empleado contra él era el abandono de una chalupa y de su tripulación en las tierras australes,

tripulación que no se había salvado sino por la vuelta inesperada y fortuita de la *Fortuna*. Pero debe creerse que fue desfigurado grandemente este hecho por los enemigos de Kerguelen, porque existe una carta, del oficial abandonado, *Mr. de Rosily*, que después fue vicealmirante, el cual pidió que la destinasen a las órdenes de Kerguelen.

La relación de estas dos campañas está tomada de la apología, que durante su prisión publicó Kerguelen, obra que el gobierno manió recoger y que por esto mismo se ha hecho muy rara.

Vamos ahora a entrar en la relación de expediciones, que si no produjeron descubrimientos, a lo menos tuvieron una importancia capital, porque contribuyeron a la rectificación de los mapas y a los progresos de la navegación y de la geografía, y sobre todo porque resolvieron un problema cuya solución se buscaba hacia mucho tiempo: la determinación de las longitudes en el mar.

Para determinar la posición de un punto en el globo es preciso obtener primero su latitud, es decir, su distancia desde el Ecuador hasta el polo Norte o hasta el polo Sur, y después su longitud, o en otros términos, su distancia hacia el Este o hacia el Oeste de algún meridiano conocido. En aquella época para calcular la posición de un buque no se tenía más que la corredera, que arrojada al mar, media la distancia que el buque había recorrido en medio minuto de donde se deducía proporcionalmente la celeridad que llevaba por hora; pero la corredera no está, inmóvil y la celeridad del buque no es siempre la misma; de aquí dos causas muy importantes de error.

En cuanto al rumbo, se marcaba por la brújula, pero sabido es que la brújula está sujeta a variación; que el buque no sigue siempre el rumbo indicado por ella y que es difícil en todo caso determinar el valor de la deriva. Conocidos estos inconvenientes, buscábase un método que estuviera libre de ellos.

Con el octante de Haley se podía llegar a determinar la latitud con solo un minuto de diferencia, es decir, un tercio de legua; pero no se podía ni soñar en hallar una longitud tan aproximativamente exacta.

Esto solo sería fácil cuando se pudieran deducir leyes sencillas e invariables los diferentes fenómenos de variación de la aguja imantada tanto en declinación como en inclinación. ¿Pero en qué base habría que apoyarse? Se sabía que en el mar de las Indias entre Borbón, Madagascar y Rodriguez, 4° de inclinación de la declinación de la aguja respondían a 5° en la longitud; pero se sabía también que la declinación de la aguja imantada está sujeta en los mismos parajes a variaciones cuyas causas no eran conocidas.

«Una declinación de 12° de Norte a Oeste, dice Verdún de la Crenne que escribió en 1778, indicaba hace 20 años una longitud de 61° al Oeste de París en una latitud dada; pero es probable que de 20 años esta parte la declinación haya variado en 2°, lo cual produciría dos grados y medio o cerca de 50 leguas marinas de error en la longitud que se quisiera deducir de esta declinación».

Si se conoce la hora de a bordo, es decir, la hora verdadera que se debe contar por el meridiano del buque en el instante de una observación cualquiera y si al mismo tiempo se sabe la hora del puerto de donde se ha salido o la de un meridiano conocido, la diferencia de las horas dará evidentemente de los meridianos a razón de 15° por hora o de un grado por cuatro minutos de tiempo. De aquí se sigue que el problema de las longitudes puede reducirse al de determinar en un instante dado la hora de un meridiano conocido cualquiera.

Para esto era preciso tener un cronómetro o un reloj que conservara un isocronismo perfecto a pesar del estado del mar y de las diferencias de temperatura.

En este sentido se hicieron investigaciones. Besson, en el siglo XVI, Huyghens, en el XVII, y después Sully, Harrison, Dutertre, Gallonde, Rivas, Le-Roy y Fernando Berthoud habían buscado o estaban buscando todavía la solución de este problema.

Además, los gobiernos inglés y francés penetrados de los servicios que prestaría un instrumento perfecto, habían prometido grandes recompensas al que lo inventara, y la Academia de Ciencias había abierto para ello un concurso solemne. En 1765 Le-Roy presentó dos relojes a este concurso, mientras que Berilioud que trabajaba para palacio, se vio obligado a abstenerse de concurrir. Los relojes de Le-Roy salieron victoriosos de las pruebas a que fueron sometidos en tierra; pero era precisa ver si resistían las pruebas de mar.

El marqués de Courtanvaux mandó construir a su costa la fragata ligera la *Aurora* para hacer esta prueba; pero Le-Roy comprendió que un viaje marítimo con detención en Calais,

Dunkerque, Rotterdam, Ámsterdam y Boulogne, que no había durado más que desde el 25 de mayo hasta el 29 de agosto, era demasiado corto, y se anticipó a pedir otra prueba. En esta otra prueba se embarcaron los relojes en la fragata *Enjouee* que salió del Havre, recaló en San Pedro cerca de Terranova, después en Salé, en África, luego en Cádiz, y por último, volvió a Brest después de cuatro meses y medio de viaje la prueba era buena; las latitudes variaban lo mismo que el estado del mar: si los relojes no se habían desarreglado merecían el premio ofrecido. En efecto, se dio el premio a Le-Roy.

Sin embargo, la Academia sabía que otros artistas se ocupaban en los mismos trabajos de investigación y que no habían podido tomar parte en el concurso por diferentes motivos. Propuso, pues, el mismo problema para el premio de 1771, y dobló la cantidad ofrecida para 1773.

F. Berthoud creía haber llegado a la perfección en sus relojes, pero necesitaba confirmarla con un largo viaje por mar.

Armóse en Rochefort en los últimos meses de 1768 una fragata de diez y ocho cañones llamada la *Isis*, cuyo mando se confió al caballero Eveux de Fleurieu conocido después con el nombre de Claret de Fleurieu, a la sazón alférez de navío y hombre ya distinguido, por su ciencia, aunque no tenía más que treinta años. Hemos tenido ya ocasión de citar su nombre y todavía lo tendremos más de una vez que citar.

Por el momento Fleurieu, muy aficionado a la mecánica, había ayudado a Berthoud en sus tareas; más para no excitar sospechas de connivencia hizo que le acompañasen muchos oficiales a fin de observar la marcha del reloj que se le había confiado.

La *Isis* salió de Rochefort en el mes de noviembre de 1768; recaló sucesivamente en Cádiz, en las Canarias, en Gorea, en las islas de Cabo-Verde, en la Martinica, en Santo Domingo, en Terranova, otra vez en las Canarias y en Cádiz, y terminó su viaje en la isla Aix el 31 de octubre de 1769.

Los relojes, trasladados alternativamente a climas fríos, cálidos y templados, habían experimentado todas las vicisitudes de la temperatura y habían estado expuestos a todas las agitaciones del mar durante todas las estaciones del año.

Berthoud, a consecuencia de esta prueba que resulta en honor suyo, obtuvo el título y la pensión de inspector de relojes marinos.

Pero esta campaña había tenido además otros resultados que nos tocan directamente. Fleurieu había hecho muchas observaciones astronómicas y obtenido datos hidrográficos que le permitieron juzgar con conocimiento de causa de los mapas de su tiempo y condenarlos.

«Por mucho tiempo, dice la relación, he repugnado hacer la crítica detenida de las cartas del Depósito; queda limitarme a indicar las rectificaciones que en ellas debían hacerse; pero los errores que contienen son tantos y tan peligrosos, que me creería culpable respecto de los marinos si no los hiciera conocer en todos sus pormenores...».

Un poco después critica, con razón, las cartas de un geógrafo que a la sazón tenía gran fama.

«No entraré, dice, a referir aquí todos los errores que he notado en las cartas de M. Bellin, porque la lista sería infinita. Me contentaré solo con probar la necesidad de la tarea que me he impuesto, con indicar las faltas que merecen una atención particular, ya se quieran comparar las posiciones de ciertos lugares tomados en sus cartas con las que hubieran debido tener si Bellin hubiera querido hacer uso de las observaciones astronómicas que se han publicado en diferentes épocas, ya que se comparen estas posiciones con las que hemos determinado por resultado de nuestras observaciones personales».

En fin, después de haber hecho notar una larga serie de errores en la situación de las localidades más frecuentadas de Europa, de la costa de África y de América, termina con estas palabras:

«Al fijar la vista en el cuadro de los diversos errores que acabo de señalar en los mapas de M. Bellin, ocurre a la mente una

reflexión, triste en verdad, pero en la cual es preciso detenerse: si las cartas que contienen la parte del globo más conocida y acerca de la cual se han hecho más observaciones, están todavía tan distantes de la exactitud, ¿qué exactitud podremos prometernos de las que representan costas o islas menos frecuentadas, levantadas con arreglo a datos vagos y a conjeturas aventuradas?».

Hasta entonces los relojes hablan sido examinados separadamente y por diversas comisiones. Después se trató de someterlos al mismo tiempo a las mismas pruebas para ver los que salían victoriosos; y con este objeto se armó la fragata *Flora* en Brest, y se dio el mando a un oficial muy distinguido, Verdún de la Crenne, que debía ser nombrado jefe de escuadra en 1786. Las etapas de esta campaña, fueron: Cádiz, la isla de la Madera, las Salvajes, Tenerife, Gorea, la Martinica, la Guadalupe, la Dominica, la mayor parte de las pequeñas Antillas, Sao Pedro de Terranova, la Islandia, que costó trabajo encontrar a los exploradores, las Fervo, Dinamarca y Dunkerque.

La relación que de este viaje publicó Verdún de la Crenne, abunda, como la de Fleurieu, en rectificaciones de todo género. En ella se ve con qué cuidado y con qué regularidad se hicieron los sondeos, y con qué exactitud se levantaron los planos de las costas. Pero lo que en esta publicación se encuentra con vivo interés, y lo que falta en la publicación de Fleurieu, son las descripciones del país y las reflexiones críticas sobre los usos y costumbres de los diferentes pueblos. Entre los informes más interesantes que se hallan en estos dos gruesos tomos en cuanto, se deben citar los relativos a las Canarias, a sus antiguos habitantes, a los Sereses y los Yolofs, sobre la Islandia, sobre el estado de Dinamarca y las reflexiones, hoy todavía oportunas, de Verdún sobre el meridiano de la isla de Hierro.

«Es el meridiano más occidental de estas islas, dice la relación, y el que Tolomeo eligió para primer meridiano... Le era fácil, sin duda, elegir para primer meridiano el de Alejandría; pero aquel grande hombre comprendió que semejante elección no haría ningún honor

a su patria; que Roma y otras ciudades ambicionarían quizá aquel honor imaginario y que eligiendo cada geógrafo y cada autor de viajes arbitrariamente su primer meridiano, podría engendrarse confusión, o a lo menos dudas, en el ánimo del lector...».

Se ve, pues, que Verdún consideraba desde cierta altura la cuestión del primer meridiano, como la consideran hoy todos los hombres verdaderamente desinteresados.

Terminaremos diciendo con este autor: «Los relojes salieron de estas pruebas con honra de sus autores; habían soportado el frío y el calor, la inmovilidad y las sacudidas, tanto las del buque cuando estaba anclado en la Antigua, como las procedentes de las descargas de la artillería; en una palabra, llenaron las esperanzas que habíamos concebido; merecen la confianza de los navegantes y son muy útiles para la determinación de las longitudes en el mar.

CAPÍTULO II

Expedición de La Perouse. —La isla de Santa Catalina. — La Concepción. —Las islas de Sandwich. —Reconocimiento de la costa de América. —El puerto de los Franceses. — Pérdida de dos embarcaciones. —Monterey y los indios de la California. —Recalada en Macao. —Cavite y Manila. —Viaje a la China y el Japón. —Formosa. — La isla de Quelpaert. —La costa de Tartaria. —La bahía de Ternay. —Los tártaros de Sachalien. —Los orochys. —Estrecho de La Perouse. —Baile en el Kamschatka. —El archipiélago de los Navegantes. — Asesinato de *Mr. Delangle* y de varios de sus compañeros. — Botany-Bay. —Cesan las noticias de la expedición. — Entrecasteaux enviado en busca de La Perouse. —Falsos rumores. —El canal de Entrecasteaux. —La costa de la Nueva Caledonia. —La tierra de los Arsácidas. —Tres naturales de Buka. —Recalada en el puerto de Carteret. —Las islas del Almirantazgo. —Recalada en Amboina. —La tierra de Leuwin. —La tierra de Nuyts. —Recalada en Tasmania. —Fiesta en las islas de los Amigos. —Pormenores de la visita de La Perouse a Tonga Tabú. —Recalada en Balade. —Señales del paso de La Perouse a la Nueva Caledonia. —Vanikoro. —Triste fin de la Expedición.

El viaje del capitán Cook no era todavía conocido sino por la muerte de este gran navegante cuando el gobierno francés quiso aprovechar los ocios que proporcionaba a su marina la paz hecha recientemente.

Una noble emulación parecía haberse apoderado de los oficiales franceses, celosos de los triunfos adquiridos en otro teatro por sus eternos rivales los ingleses. ¿A quién dar el mando de esta importante expedición? No faltaban concurrentes de mérito. Y en esto precisamente estaba la dificultad. La elección del Ministerio se fijó en Juan Francisco Galaup de la Prouse a quien importantes servicios militares habían elevado rápidamente al grado de capitán de navío. Durante la última guerra había estado encargado de la delicada misión de destruir los establecimientos de la compañía inglesa en la bahía de Hudson, misión que había desempeñado como militar pericísimo, como hábil marino y como hombre que sabía conciliar los sentimientos de humanidad con las exigencias de su profesión.



Diéronle como segundo a *Mr. Delangle*, que le había auxiliado valientemente en la expedición a la bahía de Hudson.

Embarcóse en las dos fragatas, la *Brújula* y el *Astrolabio*, un numeroso estado mayor.

En la *Brújula* iban La Perouse, Clonard, que fue nombrado capitán de navío durante la campaña, el ingeniero Monneron, el geógrafo Bernizet, el cirujano Hollin, el astrónomo Lepaute-Dagelt,

de la Academia de Ciencias, el físico Lamanon, los dibujantes Dunche de Vancy y Prevost el joven, el botánico Collignon y el relojero Guruy.

En el *Astrolabio*, además de su comandante el capitán Delangle, iban el teniente Monti; que fue nombrado capitán de navío durante la campaña, y el ilustre Monge que por fortuna para la ciencia desembarcó en Tenerife el 29 de agosto de 1785.

La Academia de Ciencias y la sociedad de Medicina habían remitido al Ministerio de Marina sendas Memorias en las cuales llamaban la atención de los viajeros sobre diversos puntos; y Fleurieu, entonces director de puertos y arsenales, había levantado por sí mismo los mapas que debían servir para esta campaña, agregándoles un tomo completo de notas científicas y observaciones sobre los resultados de todos los viajes conocidos, desde los de Cristóbal Colon.

Los dos buques llevaban una prodigiosa cantidad de objetos de cambio, una enorme provisión de víveres y efectos; un bote con cubierta, de unas 20 toneladas, dos chalupas, mástiles, un juego de velas y aparejos de repuesto.

Hiciéronse a la vela el 1 de agosto de 1785, y anclaron en la isla de la Madera trece días después. Los franceses fueron acogidos por los residentes Ingleses con una cortesía y una afabilidad que les causaron al mismo tiempo sorpresa y gratitud. El 19 recalaron en Tenerife.

«Las diferentes observaciones de los señores Fienneu, Verdún y Borda, dice, no dejan nada que desear respecto de las islas de la Madera, Salvajes y Tenerife. Así, las nuestras no han tenido por objeto más que la prueba de nuestros instrumentos».

Se ve por estas frases que la Perouse sabía hacer justicia a sus antecesores. No será ésta la última vez que tengamos que demostrarlo.

Mientras los astrónomos se ocupaban en determinar la marcha de los relojes astronómicos, los naturalistas, con muchos oficiales,

hacían una ascensión al Pico de Tenerife y recogían algunas plantas curiosas.

Monneron había llegado a medir la altura de aquel monte con más exactitud que sus antecesores Herbedeen, Feullée, Bouguer, Verdún y Borda que le atribuían respectivamente 2,409, 2,213, 2,100 y 1904 toesas. Por desgracia aquel trabajo que hubiera puesto fin a todas las disputas no llegó nunca a Francia.

El 16 de octubre se vieron las islas, o mejor dicho las rocas de Martin Yaz. La Perouse determinó su posición e hizo rumbo hacia la isla de la Trinidad que no estaba más que a nueve leguas al Oeste. Esperando encontrar en aquella isla agua, leña y algunos víveres, envió a tierra una chalupa con un oficial.

Éste se avistó con el gobernador portugués, que mandaba una guarnición de unos doscientos hombres, quince de ellos vestidos de uniforme y los otros con una sola camisa. La pobreza del sitio era visible y los franceses tuvieron que volverse a embarcar sin haber podido obtener nada.

La Perouse, después de haber buscado en vano la isla de la Ascensión, pasó a la de Santa Catalina en la costa del Brasil.

«Después de noventa y seis días de navegación, dice la relación del viaje publicada por el general Millet-Mureau, no había a bordo un solo enfermo.

La diferencia de climas, las lluvias, las nieblas, en nada habían alterado la salud de las tripulaciones, debido sin duda de que nuestros víveres eran de excelente calidad. Además, yo no había descuidado ninguna de las precauciones que la experiencia y la previsión podían indicarme, habiendo tenido cuidado de mantener el buen humor de la gente haciendo bailar a las tripulaciones todas las noches, cuando el tiempo lo permitía, desde las ocho a las diez.

»La isla de Santa Catalina, de la cual tendremos ocasión de hablar varias veces en el curso de esta obra, se extiende desde los 27° 19' de latitud Sur hasta los 27° 49'. Su anchura del Este al Oeste no es más que de dos leguas; y en el sitio más estrecho no está separada del continente sino por un canal de 200 toesas. En la

punta de esta gola está edificada la ciudad de Nuestra Señora del Destierro, capital de esta capitanería, donde el gobernador tiene su residencia. Su población es de 3,000 almas y cuenta unas 400 casas; su aspecto es muy agradable. Según la relación de Frezier, esta isla servía en 1712 de retiro a los vagos que se salvaban en ella de las persecuciones que sufrían en los demás puntos del Brasil.

Sus habitantes no eran súbditos de Portugal más que en el nombre, y no reconocían ninguna otra autoridad.

El país es tan fértil que podían subsistir sin ningún auxilio de las colonias inmediatas. Los buques que recalaban en aquel punto no les daban en cambio de sus provisiones más que vestidos y camisas, objetos de que carecían absolutamente».

Esta isla es, en efecto, muy fértil, y el suelo se prestaría fácilmente al cultivo de la caña de azúcar; pero la extrema pobreza de sus habitantes les impedía comprar los esclavos necesarios.

Los buques franceses encontraron allí todo lo que necesitaban, y sus oficiales tuvieron una acogida obsequiosa de parte de las autoridades portuguesas.

«El hecho siguiente dará una idea de la hospitalidad de este buen pueblo. Habiendo sido volcada por las olas una lancha, dice la Perouse, en una ensenada donde había mandado cortar leña, los habitantes que ayudaron a salvarla obligaron a nuestros marineros a meterse en sus camas y ellos durmieron en el suelo sobre esteras en las habitaciones donde ejercían esta delicada hospitalidad. Pocos días después me llevaron las velas, los palos, el arpeo y el pabellón de la lancha, objetos muy preciosos para nosotros y que les hubieran sido de mucha utilidad para sus piraguas.

La *Brújula* y el *Astrolabio* levantaron anclas el 19 de noviembre, dirigiendo su curso al cabo de Hornos.

Sufrieron una violenta tempestad durante la cual se sostuvieron muy bien, y al cabo de cuarenta días de investigaciones inútiles en busca de la isla Grande descubierta por el francés Antonio de la Roche, y llamada Georgia por el capitán Cook, atravesaron el

estrecho de Lemaire. Los vientos eran favorables en aquella estación avanzada, y por lo tanto resolvieron evitar una recalada en la bahía del Buen Suceso, y doblaron inmediatamente el Cabo de Hornos a fin de evitar toda demora que hubiera expuesto a los buques y a las tripulaciones a averías y fatigas inútiles.

Las manifestaciones amistosas de los habitantes de la Tierra del Fuego; la abundancia de ballenas, que todavía no habían sido molestadas; las bandadas inmensas de albatros y gaviotas, no pudieron cambiar la resolución de la Perouse. Doblóse el Cabo de Hornos con más felicidad de la que hubiera podido esperarse; el 9 de febrero la expedición se hallaba en el estrecho de Magallanes, y el 24 echaba el ancla en el puerto de la Concepción, recalada que la Perouse tuvo que preferir a la de Juan Fernández a causa de haberse concluido los víveres.

La salud floreciente de las tripulaciones sorprendió al comandante español, porque jamás quizá hasta entonces, había doblado un buque el Cabo de Hornos y llegado a Chile sin llevar enfermos a bordo, y entre los expedicionarios no había un solo enfermo.

La ciudad destruida por un terremoto en 1751 había sido reedificada a tres leguas del mar y a orillas del río Biobío. Las casas no tenían más que un solo piso, lo cual daba a la Concepción una extensión considerable para su número, que no bajaba de 10,000 habitantes. La bahía es una de las más cómodas del mundo, y en ella el mar está tranquilo y casi sin corrientes. Esta parte de Chile es de una fecundidad incomparable.

El trigo produce sesenta por uno; la vid se presenta con la misma abundancia y las campiñas estaban cubiertas de rebaños innumerables que se multiplicaban de un modo increíble.

A pesar de estas condiciones de prosperidad, el país no había hecho ningún progreso a causa del régimen prohibitivo que reinaba en aquella época.

Chile con sus producciones, que hubieran podido alimentar a la mitad de Europa; sus lanas, que hubieran podido bastar para las

fábricas de Francia e Inglaterra; sus carnes de que hubieran podido hacerse abundantes salazones, no hacia ningún comercio.

Los derechos de importación eran excesivos, y por eso la vida era allí muy costosa. La clase media no existía, y la población se dividía en dos categorías: los ricos y los pobres, como lo prueba el pasaje siguiente:

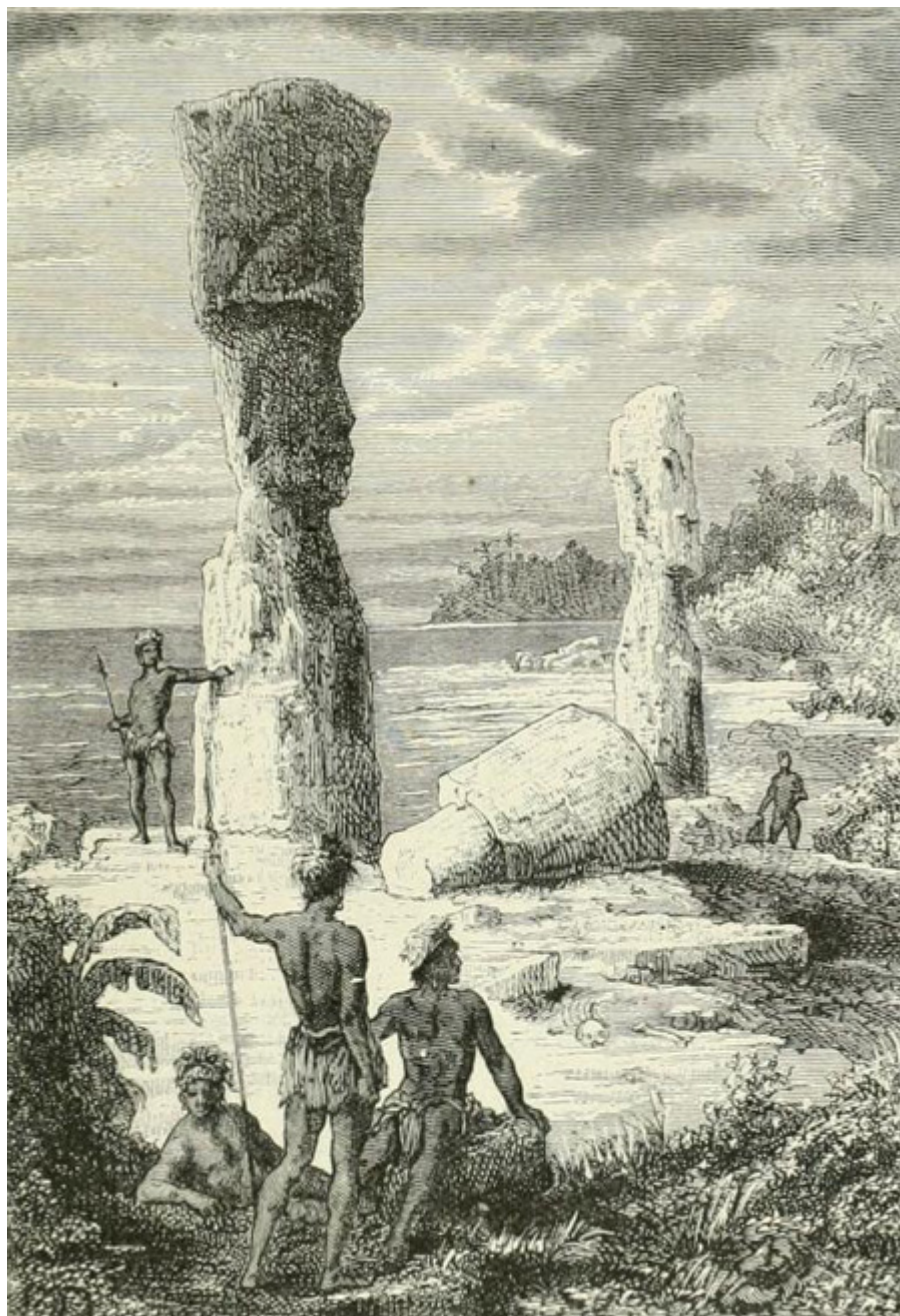
«El adorno de las mujeres consiste en un zagalejo plegado de esas telas de oro o plata que se hacían antiguamente en Lyon. Estos zagalejos, que se reservan para las grandes ocasiones, pasan en las familias de madres a hijas como los diamantes, y de abuelas a nietas. Por lo demás, les llevan las mujeres de familias ricas; las demás apenas tienen con que vestirse.



No seguiremos a la Perouse en los pormenores de la recepción entusiasta que se le hizo, y pasaremos en silencio las descripciones de los bailes y de los trajes de las damas distracciones por lo demás que no le hacían perder de vista el objeto de su viaje.

La expedición no había recorrido hasta entonces más que regiones surcadas muchas veces por los buques europeos.

Ya era tiempo de que se lanzase a un campo menos explorado; y el 15 de marzo se levantaron las anclas, y después de una navegación sin incidentes notables, las dos fragatas entraron el 9 de abril en la bahía de Cook en la isla de Pascuas.



La Perouse afirma que *Mr. Hodges*, el pintor que acompañaba al célebre navegante inglés, no pintó bien la fisonomía de los

insulares, que es generalmente agradable, aunque no puede decirse que tenga un carácter distintivo.

El navegante francés no está tampoco de acuerdo en otros puntos con el capitán Cook.

Cree que aquellas famosas estatuas, de las cuales tomó una vista tan interesante uno de sus dibujantes, son probablemente obra de la generación que entonces vivía, la cual calculaba en dos mil personas. Le parecía también que la falta absoluta de árboles, y por consiguiente de lagos y corrientes de agua, provenía de la exploración exagerada de los bosques hecha por los antiguos habitantes.

Ningun incidente desagradable vino a señalar esta recalada; es verdad que los robos fueron frecuentes; pero no debiendo permanecer los franceses más que un día en aquella isla, juzgaron inútil comunicar a la población ideas más exactas sobre el derecho de propiedad.

La Perouse salió de la isla de Pascuas el 10 de abril y siguió, con corta diferencia, el mismo rumbo que Cook en 1777 cuando desde Tahití se dirigió a la costa de América; solo que La Perouse estaba a cien leguas más al Oeste, porque se lisonjeaba de hacer algún descubrimiento en aquella parte poco conocida del Océano Pacífico, y había prometido una recompensa al marinero que fuese el primero en ver la tierra.

El 29 de mayo llegó la expedición al archipiélago Hawai.

Los relojes marinos fueron de gran utilidad en aquellas circunstancias, y rectificaron la estima. La Perouse al llegar a las islas de Sandwich halló 5° de diferencia entre la longitud estimada y la longitud observada; de suerte que a no haber tenido los relojes, habría situado aquel grupo 5° más al Este. Esto explica por qué las islas descubiertas por los españoles Mendaña, Quirós, etc. están mucho más cerca de las costas de América.

De aquí dedujo La Perouse que no existía el grupo llamado por los españoles la Mesa, los Majos y la Desgraciada. Hay tantas razones para considerar que este grupo no es sino el de las islas

Sandwich, cuando que el capitán King compara la montaña llamada Mauna-Loa a una mesa, y los españoles dieron sin duda este nombre a la isla por la figura que presentaba. Por otra parte, La Perouse no se atuvo a estas razones especulativas y cruzó por el sitio donde se suponía estaba la isla de los Majos sin encontrar la menor apariencia de tierra.

«El aspecto de Mowi, dice La Perouse, era encantador... Veíamos el agua precipitarse en cascadas desde la cima de las montañas y bajar al mar después de haber regado las plantaciones de los indios, cuyas casas de campo son tantas que podía tomarse un espacio de 3 o 4 leguas por una sola aldea. Todas las casas están a orillas del mar; y las montañas se hallan tan cerca del agua, que el terreno habitable me ha parecido tener menos de media legua de extensión.

»Es preciso ser marino y verse reducido como nosotros en estos climas ardientes, a la botella de agua por día para formarse una idea de las sensaciones que experimentábamos. Los árboles que coronaban las montañas, el verdor, los bananeros que se veían en torno de las habitaciones, todo producía en nuestros sentidos un encanto inefable; pero la mar rompía sobre la costa con grandísima fuerza, y nuevos Tántalos, nos veíamos condenados a desear y devorar con la vista lo que nos era imposible tocar con la mano».

Apenas los dos fragatas echaron el ancla, fueron rodeadas de piraguas y de indígenas que llevaban cerdos, patatas, bananas, taro, etc. Muy diestros en sus tratos, daban gran valor a los pedazos de aros de hierro viejo. Este conocimiento del hierro y de sus usos, que no debían a Cook, es una nueva prueba de las relaciones que estos pueblos habían tenido antiguamente con los españoles, a los cuales hay que atribuir el descubrimiento de este archipiélago.

La recepción hecha a la expedición por los naturales fue de las más cordiales, a pesar del aparato militar de que creyó deber rodearse. Aunque los franceses fueron los primeros que habían llegado a la isla Mowi, La Perouse no juzgó conveniente tomar posesión de ella.

«Los usos de los europeos, dice, son en este punto completamente ridículos. Los filósofos deben lamentar, sin duda, que hombres que llevan cañones y bayonetas, por esta razón sola, tengan en nada a sesenta mil de sus semejantes, y que sin respeto a los derechos más sagrados, miren como objeto de conquista una tierra regada por sus habitantes con el sudor de sus rostros, y que desde tantos siglos sirve de sepulcro a sus antepasados».

La Perouse no se detiene en dar pormenores sobre los habitantes de las islas Sandwich. No pasó en ellas más que algunas horas, mientras que los ingleses estuvieron cuatro meses. Hace, pues, bien en referirse a la relación del capitán Cook.

Los objetos que compraron los expedicionarios en esta corta recalada fueron más de cien cerdos, esteras, frutas, una piragua de balancín, pequeños muebles hechos de plumas y de concha, y hermosos cascos cubiertos de plumas rojas.

Las instrucciones que La Perouse había recibido del ministerio, le mandaban reconocer la costa de América, una parte de la cual, hasta el Monte de San Elías, a excepción del puerto Nootka, no había sido visitada por el capitán Cook, el cual no había hecho más que divisarla a lo lejos.

La Perouse llegó el 23 de junio a los 60° de latitud, y entre una larga cadena de montañas cubiertas de nieve, reconoció el Monte de San Elías de Behring. Después de haber seguido la costa durante algún tiempo, envió tres botes a las órdenes de *Mr.* de Monti, uno de sus oficiales, el cual descubrió una gran bahía, a la que dio su nombre. La expedición siguió la costa a corta distancia, y se levantaron planos de ella hasta un río importante, que recibió el nombre de Behring. Este río era, según todas las probabilidades, el mismo que Cook había designado con igual nombre.

El 2 de julio, a los 58° 36' de latitud Norte y 140° 31' de longitud, se descubrió una depresión del terreno, que parecía formar una hermosa bahía.

Enviáronse a reconocerla algunos botes, a las órdenes de los señores Pierrever, Flassan y Boutervilliers; y siendo favorable el

informe de estos oficiales, las dos fragatas llegaron a la entrada de la bahía, pero una violenta corriente rechazó al *Astrolabio* hasta alta mar, y la *Brújula* tuvo que seguirle. A las seis de la mañana después de una noche pasada a la vela, las dos fragatas se presentaron de nuevo.

«Pero a las siete, dice la relación, cuando estuvimos a la entrada de la bahía, los vientos saltaron al Oeste-Nor-Oeste y al Nor-Oeste cuarto Oeste; de manera que fue preciso relingar, y hasta recoger las velas. Por fortuna, la corriente empujó la fragata hasta el interior de la bahía, haciéndonos pasar a medio tiro de pistola junto a las rocas de la punta del Este. Yo anclé en el interior, en 3 brazas y media, fondo de roca, y a medio cable de la playa.

El *Astrolabio* había anclado en el mismo fondo y con el mismo número de brazas. Desde hace treinta años que navego, no he visto dos buques tan cerca de su pérdida... Su situación no hubiera tenido nada de peligrosa, si hubiéramos tenido un fondo de roca que se extendiese a muchos cables en derredor; pero estaba muy lejos de suceder nada de esto, según la relación de los señores Flassan y Boutervilliers.

Pero no era éste el momento de hacer reflexiones; era preciso salir de aquel mal fondeadero, y la rapidez de la corriente nos oponía un gran obstáculo...».

La *Perouse*, sin embargo, logró salir, gracias a una serie de hábiles maniobras.

Los buques, luego que entraron en bahía, fueron rodeados de piraguas cargadas de salvajes. Entre todos los objetos que se les ofrecieron a cambio de pescado, pieles de nutria y de otros animales, prefirieron el hierro. Al cabo de algunos días el número de indígenas se fue aumentando rápidamente, y no tardaron en hacerse, si no peligrosos, a lo menos molestos.

La *Perouse* había instalado un observatorio en una isla de la bahía y levantado tiendas para los encargados de arreglar las velas y para los herreros. Aunque el establecimiento estaba custodiado con mucha vigilancia, los naturales, «arrastrándose como culebras y

sin mover casi una hoja, llegaban, a pesar de los centinelas, a robar algunos efectos. Al fin tuvieron la destreza de entrar de noche en la tienda donde dormían los señores Lauriston y Darbaut, que estaban de guardia en el observatorio, les robaron un fusil con incrustaciones de plata y se llevaron también los vestidos de los dos oficiales que por precaución los habían puesto bajo sus cabezas. La guardia de doce hombres no les vio y los dos oficiales no se despertaron a pesar del robo».

Iba a terminar el tiempo que La Perouse se había propuesto invertir en esta recalada en el puerto llamado de los Franceses; el sondeo, el levantamiento de planos y las observaciones astronómicas se habían hecho ya; pero antes de abandonar definitivamente aquellos parajes, quiso explorar en todos sus pormenores el fondo de la bahía. Suponía que debía desembocar en ella algún río caudaloso que le permitiera penetrar en el interior. Pero por más que entró en uno y otro canal sin salida, no encontró sino inmensos bancos de hielo, que no terminaban sino en la cima del monte del Buen Tiempo.

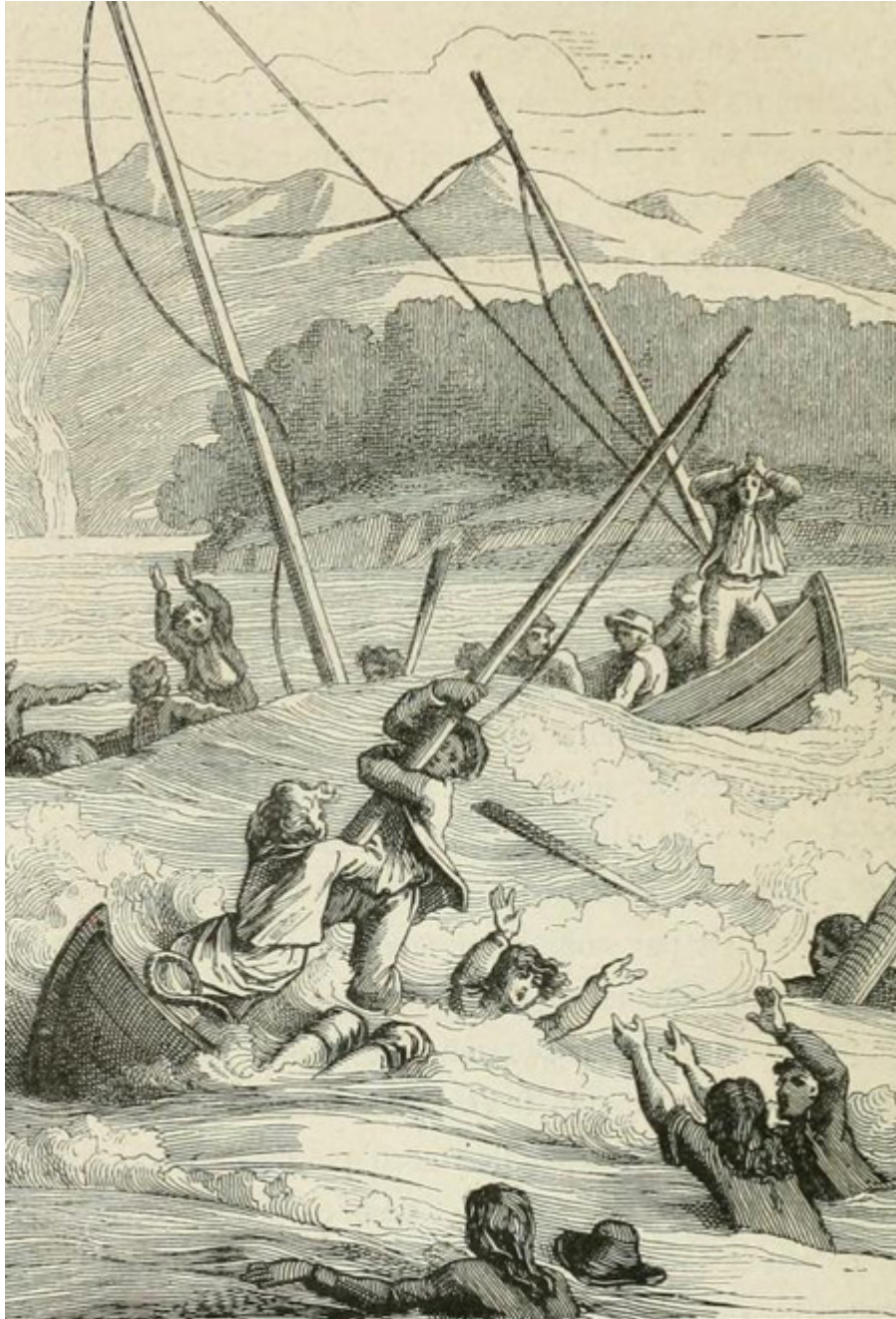
Ningun accidente ni enfermedad dificultaron hasta entonces la marcha de la expedición, ni turbaron su buena suerte.

«Nos considerábamos, dice La Perouse, como los navegantes más felices por haber llegado a tan gran distancia de Europa sin haber tenido un solo enfermo, ni un solo hombre atacado de escorbuto. Pero al cabo de este tiempo, nos esperaba la mayor de las desgracias, la que era más imposible de prever.

En la carta del puerto de los Franceses, levantada por los señores Monneron y Bernizet, no faltaba más que indicar los sondeos, tarea que incumbía a los oficiales de marina. Encargáronse de esta operación, tres botes, a las órdenes de los señores Escures, Marchainville y Boutin. La Perouse, que conocía el celo exagerado de *Mr.* Escures, le recomendó en el momento de partir que procediese con la mayor prudencia y no sondeara el paso sino cuando el mar estuviese tranquilo.

Los botes partieron a las seis de la mañana para aquella expedición que se consideraba más de recreo que de servicio. Los expedicionarios debían entretenerse cazando, y almorzar bajo los árboles.

«A las diez de la mañana, dice La Perouse, vi volver el bote más pequeño. Un poco sorprendido, porque no le esperaba tan pronto, pregunté a *Mr. Boutin*, antes de que subiera a bordo, si había alguna novedad. En el primer momento temí un ataque de los salvajes; el aspecto de *Mr. Boutin* no era a propósito para tranquilizarme, porque traía pintado en su rostro el más vivo dolor.



»Pronto me dio noticias del naufragio espantoso de que acababa de ser testigo, y del cual no se había librado sino porque la firmeza de su carácter le había permitido ver todos los recursos que le quedaban en tan gran peligro. Arrastrado en pos de su comandante entre las rompientes del paso, mientras la marea salía con una celeridad de 3 a 4 leguas por hora, le ocurrió presentar a las olas la popa de su embarcación, y de esta manera y empujada por ellas, no

podía ser anegada aunque fuera arrastrada a lo exterior por la marea.

Pronto vio las rompientes desde la proa, y se halló en alta mar. Más cuidadoso de la salvación de sus compañeros que de la suya propia, recorrió la inmediación de las rompientes con la esperanza de salvar a alguno y hasta volvió a entrar en ellas, pero fue rechazado por la marea. En fin, subió sobre los hombros del señor Mouton, a fin de descubrir mayor espacio. ¡Vana esperanza! Los demás botes con sus tripulantes habían sido tragados por el mar, y *monsieur* Boutin entró en la bahía al volver a subir la marea.

«Habiéndose tranquilizado el mar, conservaba todavía alguna esperanza respecto de la lancha del *Astrolabio*; no había, visto perecer sino la nuestra.

Mr. de Marchainville estaba en aquel momento a un cuarto de legua del peligro; es decir, en un mar tan perfectamente tranquila como la del puerto mejor cerrado; pero este joven oficial, impulsado por una curiosidad sin duda imprudente pues que era imposible todo socorro en semejantes circunstancias y teniendo un alma demasiado elevada y un valor demasiado grande para hacer esta reflexión voló a su socorro, se arrojó en las mismas rompientes, y víctima de su curiosidad y desobedeciendo la orden formal de su jefe, pereció con él.

»Poco tiempo después, *Mr.* Delangle llegó a bordo tan abrumado de dolor como yo mismo, y me dijo vertiendo un torrente de lágrimas que la desgracia era todavía, efectivamente, más grande de lo que yo creía. Desde su partida se había impuesto la ley inviolable de no enviar a los dos hermanos *La Borde Marchainville* y *La Borde Boutervilliers* a un mismo servicio; pero en aquella única ocasión había cedido al deseo que le habían manifestado de ir a pasearse y cazar juntos, porque habíamos considerado la expedición casi como una partida de placer, y creíamos nuestros botes tan libres de todo riesgo como si estuviéramos en la rada de Brest en tiempo bonancible.

»Despachamos inmediatamente varias embarcaciones en busca de los náufragos. Se prometieron recompensas a los indígenas si lograban salvar a alguno; pero la vuelta de las chalupas destruyó hasta la última de nuestras ilusiones. Todos habían perecido.

Diez y ocho días después de esta catástrofe, las dos fragatas salieron del puerto de los Franceses. En el centro de la bahía y en la isla, que recibió el nombre de Cenotafio, La Perouse levantó un monumento a la memoria de sus desgradados compañeros con la inscripción siguiente:

*A LA ENTRADA DEL PUERTO HAN PERECIDO VEINTIÚN
»VALIENTES MARINEROS; QUIEN QUIERA QUE SEAIS,
ACOMPAÑADNOS EN NUESTRO LLANTO.*

Al pie del monumento se enterró una botella que contenía la relación de aquel deplorable suceso.

El puerto de los Franceses, situado si los 58° 37' de latitud Norte y 139° 50' de longitud Oeste, presenta grandes ventajas, pero tiene también algunos inconvenientes, el primero de los cuales son las corrientes del paso. El clima es allí infinitamente más suave que en la bahía de Hudson y está bajo la misma latitud, y también la vegetación es muy vigorosa. No eran raros los pinos de 6 pies de diámetro y 140 de altura; el apio, la acedera, los altramuces, los guisantes silvestres, las achicorias, el mimulus, se encuentran a cada paso en aquellos parajes, así como una multitud de hortalizas cuya uso contribuyó a conservar la buena salud de las tripulaciones.

El mar daba en abundancia salmones, truchas y otros peces.

En los bosques hay osos negros y pardos, lince, armiños, martas, petit-grises, ardillas, castores, marmotas, zorras, gamos; la piel más preciosa es la de la nutria de mar, la del oso y la del lobo marinos:

«Pero si las producciones vegetales y animales de este país, dice La Perouse, le asemejan a muchos otros, su aspecto no puede compararse con ninguno; y dudo que los profundos valles de los

Alpes y de los Pirineos ofrezcan un cuadro más espantoso y al mismo tiempo más imponente, que merecería ser visitado por los curiosos, si no estuviese a un extremo de la tierra».

En cuanto a los habitantes, merece citarse el retrato que hace de ellos La Perouse.

Los indios en sus piraguas no cesaban de rodear nuestras fragatas, pasándose tres o cuatro horas antes que se decidieran a comenzar los cambios de algún pescado o de dos o tres pieles de nutria. Siempre aprovechaban la ocasión de robarnos algo. Arrancaban el hierro, que les era fácil llevarse, y sobre todo examinaban los medios de burlar nuestra vigilancia durante la noche. Hice subir a bordo de mi fragata a los principales personajes; los colmé de regalos, y estos hombres, a quienes distinguía tan particularmente, no se descuidaban si podían robarme un clavo o unos calzones viejos. Cuando tomaban un aire risueño y amable, era señal evidente de que me habían robado alguna cosa, y yo con frecuencia hacia la vista gorda».

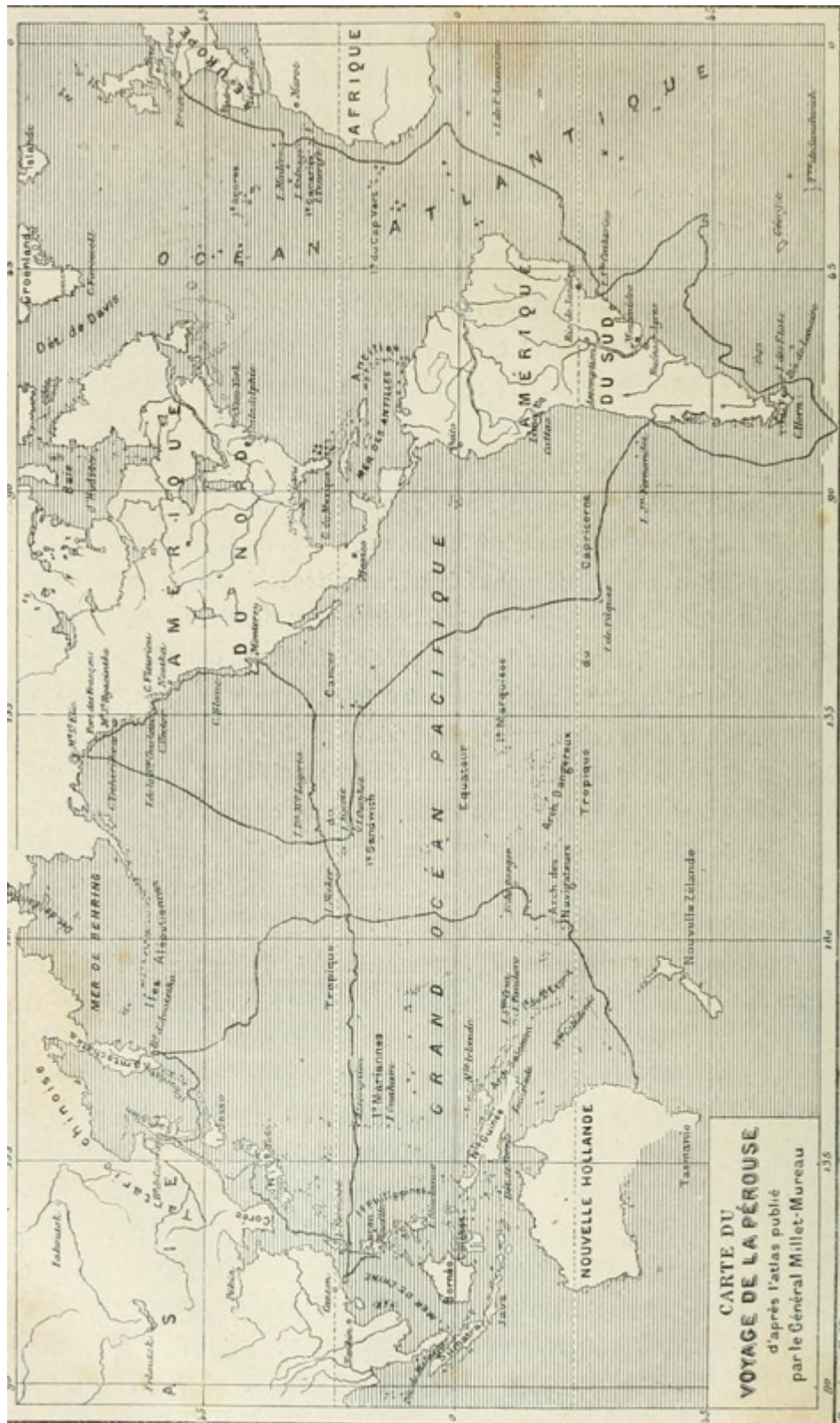


Las mujeres se hacen una abertura en la parte espesa del labio inferior en toda la anchura de la mandíbula; llevan una especie de escudilla de madera sin asas, que se apoya en las encías, de la cual este labio hendido sirve de rodete exterior; de manera que la parte inferior de la boca sobresale dos o tres pulgadas».

La recalada forzosa que La Perouse acababa de hacer en el puerto de los Franceses, iba a impedirle detenerse en ninguna otra

parte y reconocer las endentaduras de la costa como había pensado, porque era preciso llegar a China durante el mes de febrero, para emplear el verano siguiente en reconocer la costa de Tartaria.

Reconoció sucesivamente la entrada de Gross Soun, donde terminan las altas montañas de nieve, la bahía de las islas de Cook, el cabo del Engaño, tierra baja que entra mucho en el mar y que lleva el nombre de San Jacinto (el monte y el cabo Edgecumbe de Cook); la entrada de Norfolk, donde debía anclar al año siguiente el inglés Dixon; los puertos de Necker y de Guibert; el de Chirikow; las islas de la Croyere, así llamadas por el hermano del famoso geógrafo Delisle, compañero de Chirikow; las islas de San Carlos; la bahía de La Touche y el cabo Héctor.



CARTE DU
VOYAGE DE LA PÉROUSE
 d'après l'atlas publié
 par le Général Millet-Mureau

Esta línea de costas, según la opinión de La Perouse, debía estar formada por un vasto archipiélago; y tenía razón, porque aquéllos eran los archipiélagos de Jorge III, del Príncipe de Gales y la isla de la Reina Carota, cuya extremidad meridional formaba el cabo Héctor.

La estación ya demasiado avanzada, y el poco tiempo de que podía disponer, no permitieron a la Perouse observar minuciosamente aquella serie de tierras; pero su instinto no le había engañado haciéndole suponer una serie de islas y no un continente, en los diversos puntos que había descubierto.

Después del cabo Fleurieu que formaba la punta de una isla muy elevada, encontró varios grupos de islas a las que dio el nombre de Sartines y bajando por la costa, hizo rumbo hasta la entrada de Nootka, que fue reconocida el 25 de agosto. Visitó en seguida diversas partes del continente, del cual Cook había tenido que mantenerse a distancia, y que forman una laguna en el mapa de este navegante. La Perouse no dejó de correr riesgos en esta visita, a causa de las corrientes, que en aquella costa son de gran violencia «y no permiten gobernar de modo que se corran tres nudos a distancia de 5 leguas de tierra».

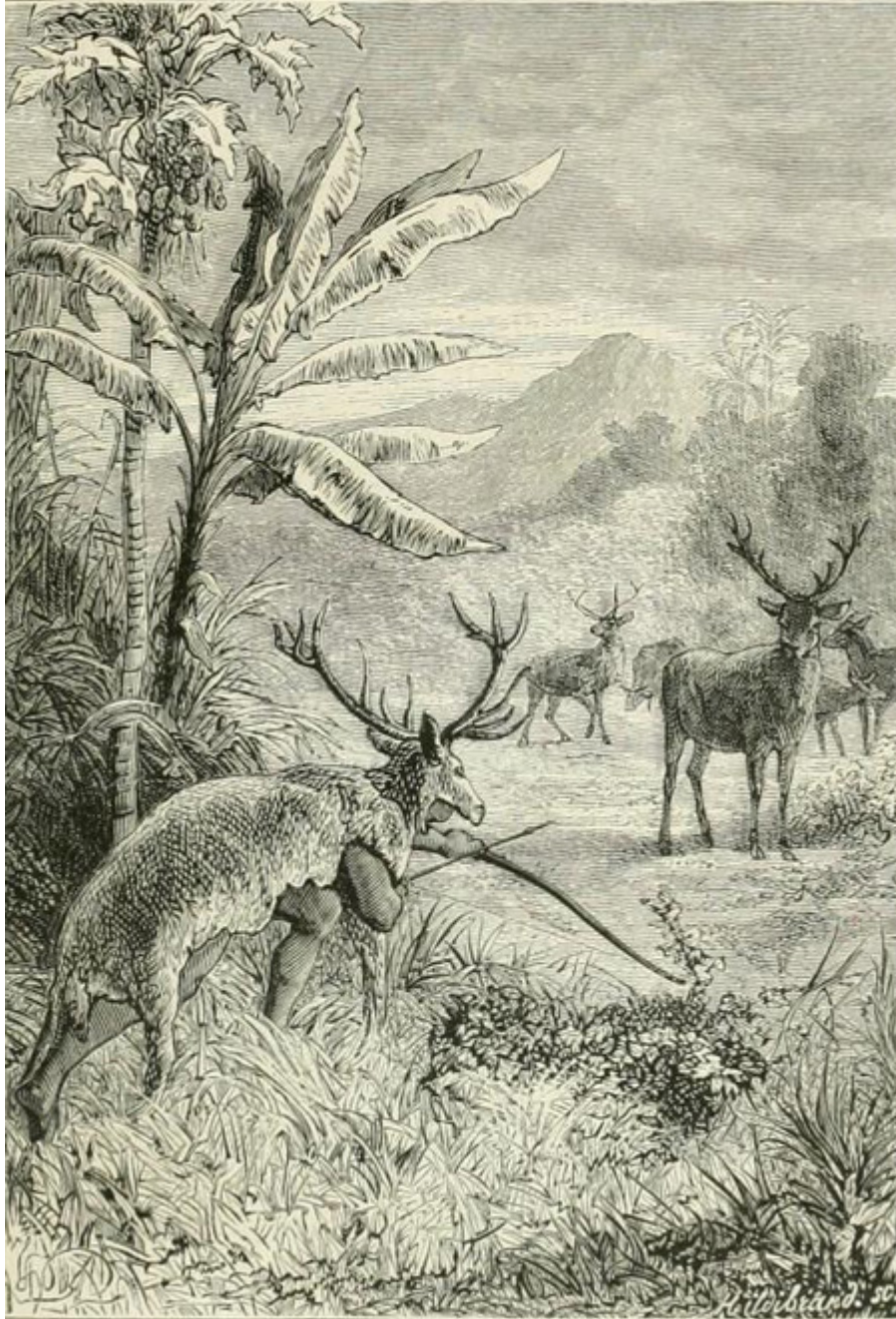
El 5 de setiembre la expedición descubrió nueve isletas, distantes como una legua del cabo Blanco y las cuales se dio el nombre de islas de Necker. La niebla era muy espesa, y más de una vez los buques tuvieron que apartarse de tierra para evitar algún islote o escollo Imprevisto. El tiempo continuó malo hasta la bahía de Monterey, donde La Perouse encontró dos buques españoles.

La bahía de Monterey en aquella época estaba frecuentada por una multitud de ballenas, y la mar se hallaba materialmente cubierta de pelicanos, muy comunes en toda la costa de California. Una guarnición de doscientos ochenta caballos bastaba para contener a una población de cincuenta mil indios, errantes por aquella parte de América. Estos indios, pequeños y débiles, no estaban dotados del amor a la independencia que caracteriza a sus congéneres del

Norte, y no tenían como éstos el sentimiento de las artes, ni aficiones industriales.

«Son muy diestros en manejar el arco, dice la relación, y delante de nosotros mataron con flechas los pájaros más pequeños. Es verdad que su paciencia para acercarse a ellos es infinita; se ocultan, se arrastran en cierto modo hasta muy cerca de la caza, y no la tiran sino a 15 pasos».

Su industria contra los animales de mayor tamaño, es todavía más admirable. Vimos a un indio que se había atado a la cabeza una cabeza de ciervo, marchar en cuatro pies, y hacer, ademán de pacer la yerba e imitar los actos del ciervo con tanta verdad, que nuestros cazadores le hubieran tirado a 30 pasos, si no hubiesen estado advertidos. Así se acercan los indios a la manada de ciervos todo lo posible y les matan a flechazos.



La Perouse da en seguida grandes pormenores sobre el presidio de Loreto y las misiones de California; pero estas noticias, que tienen su valor histórico, no pueden tener cabida en esta obra. Más bien entran en nuestro plan las que nos ofrece sobre la fecundidad del país.

«Las cosechas de maíz, cebada, trigo, guisantes, dice, no pueden ser comparadas sino con las de Chile; nuestros cultivadores

de Europa no pueden tener una idea de fertilidad semejante; el producto medio del trigo es de 70 a 80 por uno, y los extremos son 60 y 100».

El 22 de setiembre, las dos fragatas salieron de nuevo a la mar, después de haber recibido una acogida amable del gobernador español y de los misioneros.

Llevaban un cargamento completo de provisiones de toda especie, que debían serles de la mayor utilidad durante la larga travesía que les quedaba que hacer hasta Macao.

La parte del Océano que los franceses iban a recorrer era casi desconocida; solo los españoles la recorrían desde largo tiempo; pero la política, recelosa de su gobierno, no les había permitido publicar los descubrimientos y las observaciones que habían hecho.

Ademas La Perouse quería hacer rumbo al Sudoeste hasta los 28° de latitud, donde algunos viajeros situaban la isla de Nuestra Señora de la Gorta.

En vano la buscó durante un largo y penoso crucero, en el cual los vientos contrarios pusieron más de una vez a prueba la paciencia de los navegantes las velas y los aparejos, dice, nos advertían todos los días que habíamos pasado en el mar diez y seis meses, y a cada instante las jarcias se rompían y los veleros no podían con el trabajo de reparar telas que estaban enteramente gastadas».

El 5 de noviembre se descubrió una pequeña isla o más bien una roca de 500 toesas de longitud, en la cual no crecía un solo árbol, y que estaba cubierta de una espesa capa de guano. Su longitud y su latitud son 23° 34' Norte y 166° 56' Oeste del meridiano de Paris. Dese a esta roca el nombre de Necker.

Jamás los buques habían tenido mar tan bella ni noche más hermosa, pero de repente, hacia la una y media de la mañana, se vieron rompientes a dos cables de distancia de la proa de la *Brújula*. El mar estaba tan tranquilo que apenas hacia ruido, y no rompía sino de largo en largo tiempo. Inmediatamente se viró a babor, pero

esta maniobra exigió tiempo, y el buque estaba a un cable de las rocas cuando llegó a obedecerla.

«Acabamos de escapar del peligro más inminente en que pueden encontrarse los navegantes, dice La Perouse, y debo a mi tripulación la justicia de decir que jamás ha habido en semejantes circunstancias menos desorden y menos confusión, pues que la menor negligencia en la ejecución de las maniobras que teníamos que hacer para alejarnos de las rompientes nos hubiera perdido».

Aquel bajo no era conocido; era preciso determinarle exactamente para que otros navegantes no corriesen los mismos peligros. La Perouse desempeñó este deber y le llamó Bajo de las Fragatas Francesas.

El 14 de diciembre el *Astrolabio* y la *Brújula* avistaron las islas Marianas, pero no se hizo desembarco sino en la isla volcánica de la Asunción.

Allí la lava forma barrancos y precipicios, en cuyos bordes crecen algunos cocoteros entecos, a grande distancia unos de otros y entremezclados de lianas, y un pequeño número de plantas. Era imposible allí andar cien toesas en una hora. El embarco y el reembarco fueron fáciles, y los cien cocos, las conchas y los bananeros enanos, que los naturalistas recogieron, no valían los peligros que se habían corrido.

Era imposible detenerse más tiempo en aquel archipiélago si se quería llegar a la costa de China antes de que salieran para Europa, pues debían llevar la relación de los trabajos de la expedición en la costa de América y de la travesía hasta Macao.

Después de haber determinado sin detenerse la posición de las islas Bachis, el 1.º de enero de 1787 llegó La Perouse a vista de las costas de la China, y el 2 de enero echaba el ancla en la rada de Macao.

Allí encontró una pequeña urca francesa mandada por *Mr. Richery*, alférez de navío, cuya misión consistía en navegar por las costas del Este y proteger el comercio francés. La ciudad de Macao es demasiado conocida para que nos detengamos en la descripción que hace La Perouse. Las vejaciones de todo género que ejercían los chinos constantemente contra los europeos; las humillaciones debidas al gobierno más tiránico y más infame que existe, llenaron de indignación al comandante francés, que hubiera deseado mucho que una expedición internacional hubiese ido a poner término a aquella situación intolerable.

Las pieles que la expedición había recogido en las costas de América fueron vendidas en Macao por 10,000 duros. El producto debía ser repartido entre las tripulaciones, y el jefe de la compañía sueca se encargó de enviarlo a la isla de Francia; pero los desgraciados expedicionarios no debían cobrar por si mismos aquella cantidad.

Los dos buques salieron de Macao el 5 de febrero y se dirigieron a Manila, y después de haber reconocido los bancos de Pratas, de Bulinan, de Mansifoc y de Mariveles, mal determinados en los mapas de D'Aprés, se vieron obligados a recalar en el puerto de Mariveles para esperar mejores vientos o corrientes más favorables. Aunque Mariveles no está sino a una legua a sotavento de Cavite, los buques tardaron tres días en llegar a este último puerto.

«Hallamos, dice la relación, diferentes casas donde se encargaron de recomponer nuestras velas, hacer nuestras salazones, construir botes, dar alojamiento a nuestros naturalistas, ingenieros y geógrafos, y el comandante del puerto nos prestó la suya para levantar en ella nuestro observatorio. Gozábamos de una libertad tan completa como si hubiéramos estado en el campo; y

hallábamos en el mercado y en el arsenal los mismos recursos que habríamos hallado en uno de los mejores puertos de Europa».

Cavite, la segunda ciudad de las Filipinas, capital de la provincia de este nombre, no era entonces sino un mal villorrio donde no había más españoles que los militares y los empleados de la administración; pero si no ofrecía a los ojos de los extranjeros más que un montón de ruinas, en cambio en el puerto hallaron las fragatas francesas todos los recursos apetecibles.

Al día siguiente de su llegada, La Perouse, acompañado del comandante Delangle y de los principales oficiales, pasó a visitar al gobernador, y en un bote se dirigió a Manila.

«Los alrededores de Manila son deliciosos, dice, por ellos serpentea el más hermoso río que se divide en diferentes canales, de los cuales los dos más importantes conducen a la famosa laguna de Bay, que está a 7 leguas de distancia en el interior, y a cuyas orillas se extienden más de cien aldeas de indios que ocupan el territorio más fértil. Manila, edificada a orillas de la bahía de este nombre, que tiene más de 25 leguas de circunferencia, está a la embocadura de un río navegable hasta el lago de donde toma su origen. Es quizá la ciudad mejor situada del mundo; en ella se encuentran todos los comestibles en la mayor abundancia y baratura; pero los vestidos, la quincalla de hierro y los muebles se venden a un precio excesivo. La falta de comunicaciones, las gavetas, y trabas de toda especie que dificultan el comercio, hacen que las producciones y mercancías de la India y de la China estén allí tan caras por lo menos como el hierro, y esta colonia, a pesar de los diferentes impuestos, que producen al fisco más de 800,000 mil duros, cuesta cada año a la España 1500,000 libras que se sacan para ella de México.

Las inmensas posesiones de los españoles en América no han permitido al Gobierno cuidar con esmero las Filipinas, las cuales están como esas tierras de los grandes señores que se quedan en estado erial, y que sin embargo podían constituir la riqueza de muchas familias.

«No temo decir que una gran nación que no tuviera más colonias que las islas Filipinas, y que estableciera en ellas el mejor gobierno que puedan tener, podría ver sin envidia todos los establecimientos europeos del África y de la América».

El 9 de abril salieron para las costas de China los dos buques después de haber sabido la llegada a Macao de *Mr.* de Entrecasteaux, que había llegado con monzón contraria desde la isla de Francia, y después de haber recibido por medio de la fragata *Sutil* pliegos de Europa y un refuerzo de ocho marineros y dos oficiales, el alférez Guyet y el guardiamarina Le Gobien.

El 21, La Perouse avistó la isla Formosa y entró inmediatamente en el canal que separa la isla de la China. Allí descubrió un banco muy peligroso, desconocido de los navegantes y levantó con cuidado el plano de los sondeos y de sus inmediaciones.

Poco después pasó delante de la bahía del antiguo fuerte holandés de Zelanda, donde está situada la ciudad de Taguan, capital de esta isla.

No siendo favorable la monzón para subir por el canal de Formosa, se determinó a pasar al Este de esta isla. Rectificó la posición de las islas de los Pescadores, conjunto de rocas que presentan toda especie de figuras; reconoció la isleta de Botol-Tabaco-Xima, a donde jamás había puesto el pie ningún viajero; costó la isla de Kimú, que forma parte del reino de Likeu, cuyos habitantes, ni son chinos, ni japoneses, pero parecen una mezcla de los dos pueblos, y vio las islas Hoa-Pinsú y Tiaoyu-Su que forman parte del archipiélago de Likeu, conocida tan solo por las cartas del padre jesuita Gaubil.

Las fragatas entraron entonces en el mar oriental y se dirigieron hacia la entrada del canal que separa la China del Japón. La Perouse encontró allí nieblas tan espesas como en las costas del Labrador, y corrientes variables y violentas.

El primer punto que interesaba fijar antes de entrar en el golfo del Japón, era la isla Quelpaert, conocida de los europeos por el naufragio del Sparrow-Hawk en 1635. La Perouse determinó la

posición de su punta del Sur y levantó su plano con el mayor cuidado en una prolongación de 12 leguas.

«No es posible, dice, hallar una isla de aspecto más hermoso: un pico de unas 1,000 toesas que puede verse desde 18 a 20 leguas, se levanta en medio de la isla de donde sin duda dimanar todas las aguas que la riegan; el terreno baja en suave pendiente hasta el mar, y así las casas parecen edificadas en anfiteatro. El suelo nos ha parecido cultivado hasta una grande altura. Con el auxilio de los anteojos veíamos las divisiones de los campos que son muchas; lo que prueba una gran población. Los variados matices de los diferentes cultivos hacían aún más agradable la vista de esta isla».

Afortunadamente los exploradores pudieron hacer las mejores observaciones de longitud y latitud, lo cual era tanto más importante, cuanto que jamás había recorrido aquellos mares un buque europeo, y no estaba señalado en los *mapa-mundis*, sino por lo que contenían las cartas chinas y japonesas publicadas por los jesuitas.

El 25 de mayo las fragatas embocaron en el estrecho de Corea, que fue minuciosamente dibujado, y en el cual se hicieron sondeos cada media hora.

Como las fragatas pudieron seguir la costa a muy corta distancia, pudieron observar algunas fortificaciones a la europea y tomar nota de todos sus pormenores.

El 27 vieron una isla que no estaba señalada en ningún mapa, y que parecía distar unas 20 leguas de la costa de Corea, y le dieron el nombre de isla de Dagelet.

En seguida dirigieron el rumbo hacia el Japón; pero los vientos contrarios no permitieron acercarse a aquella costa sino con gran lentitud.

El 6 de junio reconocieron el cabo Noto y la isla Yootsi-Sima.

«El cabo Noto, en la costa del Japón, dice La Perouse, es un punto con el cual pueden contar los geógrafos, porque dará, con el cabo Nabo en la costa oriental, determinado por el capitán King, la anchura de este imperio en su parte septentrional. Nuestros planos nos prestarán otro servicio más esencial a la geografía, y es que

darán a conocer la anchura del mar de Tartana, hacia la cual he resuelto dirigir el rumbo».

El 11 de junio La Perouse avistó la costa de Tartaria. El punto en que tomó tierra formaba precisamente el límite de la Corea y de la Manchuria. Las montañas parecían de una altura de 600 a 700 toesas, y sus cimas estaban cubiertas de nieve aunque en pequeña cantidad. No se descubrió ningún vestigio de cultivo ni de habitación; en una extensión de costas de 40 leguas, la expedición no encontró la embocadura de ningún río, y sin embargo hubiera sido muy de desear que se hubiese podido recalar en algunos puntos para que los naturalistas y los litólogos tuvieran ocasión de hacer algunas observaciones.

«El 14 de junio la costa había corrido al Nordeste cuarto Norte; estábamos a los 44° de latitud, y habíamos llegado a la latitud que los geógrafos dan al pretendido estrecho de Tesoy; pero nos encontrábamos a 5° más al Oeste de la longitud atribuida a este estrecho: estos 5° deben quitarse de la Tartaria y añadirse al canal que la separa de las islas situadas al Norte del Japón».

Desde que las fragatas costeaban aquella tierra, no habían visto señales de habitación; ni una piragua se había destacado de la orilla, y el país, aunque cubierto de árboles magníficos y de una lozana vegetación, parecía completamente inhabitado.

El 23 de junio la *Brújula* y el *Astrolabio* echaron el ancla en una bahía situada a los 45° 13' de latitud Norte, y 135° 9' de longitud oriental. Esta bahía recibió el nombre de bahía de Ternay.

«Estábamos impacientes, dice La Perouse, por reconocer esta tierra con la cual soñábamos desde nuestra salida de Francia; era la única parte del globo que no había sido objeto de la actividad infatigable del capitán Cook, y debimos quizá al funesto acontecimiento que terminó sus días, la pequeña ventaja de haber sido los primeros en llegar a ella.

»Cinco pequeñas ensenadas forman el contorno de esta rada (la bahía de Ternay) separadas entre sí por pendientes cubiertas de

árboles hasta la cima. La primavera más fresca no ha ofrecido nunca en Francia matices de un verde tan vigoroso y tan variados...

Antes que nuestras lanchas atracasen a tierra, dirigimos los anteojos hacia la playa, pero no vimos más que ciervos y osos que pacían tranquilamente a orillas del mar. Aquella vista aumentó la impaciencia por bajar a tierra... El suelo estaba alfombrado de las mismas plantas que crecen en nuestros climas, pero más verdes y más lozanas y la mayoría en flor.

A cada paso encontrábamos rosas, azucenas, lirios amarillos, lirios encarnados, lirios de los valles, y generalmente todas las flores de nuestros prados. Los pinos coronaban las cimas de las montañas, las encinas no comenzaban sino a mitad de las cuestas y disminuían en tamaño y vigor a medida que se acercaban al mar.

Las orillas de los ríos y de los arroyos estaban plantadas de sauces, abedules y arces, y al extremo de los grandes bosques se veían manzanos y acerolos en flor y bosques de avellanos cuyos frutos comenzaban a madurar.

Por resultado de una partida de pesca, los franceses descubrieron un sepulcro tártaro. La curiosidad les condujo a abrirle y encontraron dos esqueletos tendidos uno al lado de otro. Tenían la cabeza cubierta con un gorro de tafetán, y el cuerpo envuelto en una piel de oso. De la cintura pendían pequeñas monedas chinas y joyas de cobre. Se encontraron también en aquel sepulcro una docena de brazaletes de plata, un hacha de hierro, un puñal y otros objetos menudos, entre ellos un saquito de algodón azul lleno de arroz.

El 27 por la mañana, La Perouse abandonó aquella bahía solitaria, después de haber dejado en ella medallas y una inscripción con la fecha de su desembarco.

Un poco más lejos los botes de los buques pescaron más de ochocientos bacalaos, que inmediatamente fueron salados, y sacaron también del fondo del mar una cantidad de ostras de nácar magníficas.

Después de haber recalado en la bahía Soffren, situada a los 47° 51' de latitud Norte, y 137° 25' de longitud oriental, La Perouse

descubrió el 6 de julio una isla que era la de Saghalien. La costa estaba tan cubierta de árboles como la de Tartaria. En lo interior se levantaban altas montañas, de las cuales la más elevada recibió el nombre de Pico de Lamanon. Observando humo y cabañas, *Mr. Delangle* y varios oficiales bajaron a tierra. Los habitantes habían huido hacía poco, porque las cenizas de sus hogares estaban aún calientes.

En el momento en que los navegantes iban a embarcarse para subir a bordo después de haber dejado algunos regalos para los habitantes, una piragua desembarcó a siete de éstos que no parecían asustados.

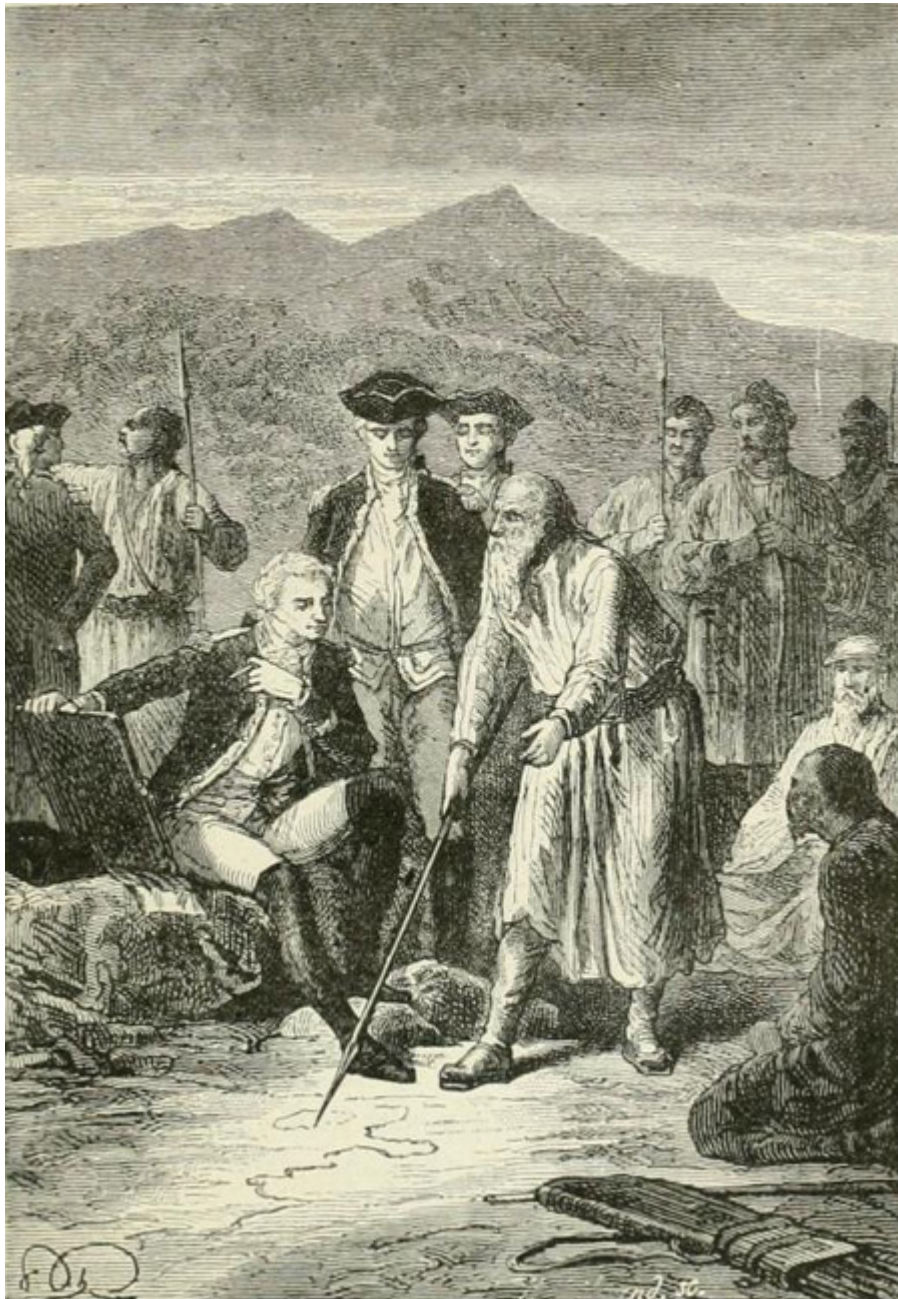
«Entre ellos, dice la relación, había dos ancianos de larga barba blanca, vestidos de una tela hecha de corteza de árboles, muy semejante a los paños de Madagascar. Dos de los siete insulares tenían vestidos de algodón azul almohadillados, y la forma de su traje difería poco de la de los chinos. Otros no llevaban más que una túnica larga que se cerraba enteramente por medio de un cinturón y algunos botones, lo cual les dispensaba de llevar calzones. Tenían desnuda la cabeza, y solo dos o tres llevaban alrededor una banda de piel de oso; la parte delantera del cabello y la cara estaban afeitados, pero conservaban todos los cabellos de la parte posterior, dejándoles una longitud de 8 a 9 pulgadas, de manera diferente que los chinos, que no se dejan más que un mechón en el occipucio, al cual llaman pentsec.

Todos tenían botas de lobo marino con pie a la china muy artísticamente trabajadas.

»Sus armas eran arcos, picas y flechas guarnecidas de hierro. El más anciano, a quien los demás manifestaban gran respeto, tenía los ojos en muy mal estado, y llevaba alrededor de la cabeza una visera para moderar los efectos de la gran claridad del sol. Las maneras de aquellos habitantes eran graves, nobles y muy afectuosas».

Mr. Delangle les dio cita para el día siguiente, y a ella asistieron La Perouse y la mayor parte de sus oficiales. Las noticias que

obtuvieron de aquellos tártaros fueron importantes, y debían determinar a La Perouse a llevar sus reconocimientos más al Norte.



Conseguimos hacerles comprender, dice, que deseábamos tener una idea de la forma de su país y del de los manchúes, y entonces uno de los ancianos se levantó y con el extremo de su pica trazó en el suelo la costa de Tartana al Oeste corriendo de Norte a Sur;

después al Este frente y en la misma dirección figuró su isla, y llevando la mano al pecho, nos dio a entender que acababa de trazar su propio país.

Entre la Tartaria y su isla dejó un estrecho; y volviéndose hacia nuestros buques que se veían desde la playa marcó con una saeta el sitio por donde debíamos pasar; y al Sur de la isla figuró otra dejando un estrecho entre las dos e indicando que podían pasar por allí nuestros buques.

Su sagacidad para comprendernos era muy grande, pero menor que la de otro insular de unos treinta años de edad que, viendo que se borraban las figuras en la arena, tomó uno de nuestros lápices y papel y trazó su isla, a la cual llamó Choka, indicando por una saeta el pequeño río a cuyas orillas estábamos, situándole a los 2/3 de longitud de la isla, de Norte a Sur. Enseguida dibujó la tierra de los manchúes dejando, como el anciano, un estrecho en el fondo del embudo y, con gran sorpresa nuestra, añadió el río Saghalién, cuyo nombre pronunciaban los insulares como nosotros, situando la embocadura de este río un poco al Sur de la punta del Norte de su isla.

»Le preguntamos enseguida si aquel estrecho tenía mucha amplitud, tratando por todos los medios de hacerle comprender nuestra pregunta. La comprendió, en efecto; puso sus dos manos en situación perpendicular y una paralela a la otra, ambas a dos o tres pulgadas de distancia, dándonos a entender que así figuraba la anchura del río de nuestra aguada; después apartó las manos un poco más, indicando que aquella segunda anchura era la del río Saghahén; y por último las apartó más de otro tanto para indicar que aquélla era la amplitud del estrecho que separaba a su país de la Tartana...

»*Mr.* Delangle y yo creímos que era de la mayor importancia reconocer a la isla cuya costa íbamos siguiendo era la que los geógrafos han llamado Saghalién sin sospechar la extensión que tiene al Sur; y con este objeto di orden de disponerlo todo en las dos fragatas para hacernos a la vela al día siguiente.

La bahía en que habíamos anclado recibió el nombre de bahía Delangle, en honor del capitán que la había descubierto y había sido el primero en saltar en tierra».

En otra bahía de la misma Costa, que fue llamada bahía de Estaing, los botes llegaron hasta el pie de diez o doce cabañas. Eran mayores que las que se habían visto hasta entonces y estaban divididas en dos habitaciones; la interior, que contenía el hogar, los utensilios de cocina y la banqueta en torno del fuego; y la exterior, que estaba completamente desnuda de todo adorno y parecía destinada para recibir a los extraños. Las mujeres habían huido viendo desembarcar a los franceses; pero dos de ellas fueron alcanzadas, y mientras se les procuraba tranquilizar, hubo tiempo de retratarlas. Su fisonomía era un poco extraordinaria, pero agradable; tenían los ojos pequeños, los labios gruesos y el superior pintado o tatuado.

Mr. Delangle encontró a los insulares reunidos alrededor de cuatro barcas cargadas de pescado ahumado que ayudaban a embarcar. Eran manchúes procedentes de las orillas del río Saghalien. A un extremo de la isla se encontró una especie de circo con quince o veinte estacas coronadas cada una de una cabeza de oso. Los franceses supusieron, no sin razón, que aquellos trofeos estaban destinados a perpetuar el recuerdo de una victoria contra las fieras.

En aquella costa se pescaron también muchos bacalaos, y en la embocadura de un río una más. prodigiosa de salmones.

Después de haber reconocido la bahía de La Jonquiere, la expedición echó el ancla en la bahía de Castries. Se estaban concluyendo las provisiones de agua y no había tampoco leña. Cuanto más se adelantaban por el canal que separa a Saghalien del continente, menos fondo iban encontrando; y comprendiendo La Perouse que no podría doblar por el Norte la isla de Saghalien, y temiendo no poder salir del desfiladero en que se había internado sino por el estrecho de Sarglian que estaba mucho más al Sur,

resolvió no detenerse sino cinco días en la bahía de Castries, tiempo estrictamente necesario para hacer sus provisiones.

Establecióse el observatorio en una isleta, mientras que los carpinteros hacían leña y los marineros llenaban los toneles de agua a los naturales, dice la relación, se llaman orochys, y cada una de sus cabañas estaba rodeada de salmones puestos a secar en perchas al sol después de haberlos tenido tres o cuatro días en el hogar que estaba en medio de sus casas. Las mujeres encargadas de esta operación tienen cuidado, cuando les ha penetrado el humo, de llevarles al aire libre donde se ponen tan duros como la madera.



»Pescaban en el mismo río que nosotros con redes o dardos y les veíamos comer crudos, con una avidez repugnante, los hocicos, las agallas y algunas veces la piel entera del salmón, que desollaban con mucha habilidad, chupando el mucílago de todas aquellas partes como nosotros las ostras. El mayor numero de los peces que pescan no llega a las casas sino limpio de la piel o de la escama, esto cuando la pesca es muy abundante. Entonces las

mujeres buscan con la misma avidez peces enteros y devoran, de una manera igualmente repugnante, las partes mucilaginosas que les parecen el manjar más exquisito.

»Este pueblo tiene una suciedad indecible y despide un olor fétido insoportable. Quizá no hay otro más débilmente constituido, ni de una fisonomía más apartada de las formas en que se nos presenta la idea de la belleza. Su estatura, por lo general, es menor de 4 pies 40 pulgadas; su cuerpo es endeble; su voz débil y aguda como la de los niños; tienen los huesos de las mejillas muy salientes; los ojos pequeños, legañosos y hendidos diagonalmente; la boca ancha; la nariz aplastada; la barba corta y muy clara; y una piel de color de aceituna barnizado de aceite y humo. Se dejan crecer el cabello y le trenzan, sobre poco más o menos, como nosotros. El de las mujeres cae esparcido sobre los hombros; y el retrato que acabo de hacer conviene tanto a su fisonomía como la de los hombres, de los cuales es difícil distinguirlas como no sea en una ligera diferencia de traje. Sin embargo, no están sujetas a ningún trabajo penoso que, como entre los indios de América, haya podido alterar la elegancia de sus facciones si la naturaleza les hubiera concedido esta ventaja.

»Todos sus cuidados se limitan a cortar y coser vestidos, disponer el pescado para secarlo y cuidar de los niños, a quienes dan de mamar hasta la edad de tres o cuatro años. Mi sorpresa fue grande al ver uno de estos niños que, después de haber doblado un pequeño arco disparado con bastante precisión una flecha y dado de palos a un perro, se arrojó sobre el pecho de su madre y tomó en él el sitio de un niño de cinco a seis meses que estaba dormido en sus rodillas».

La Perouse obtuvo de los bichys y de los orochys informes análogos a los que ya se le habían dado y de los cuales resultaba que la punta septentrional de Saghalien no estaba unida al continente más que por un banco de arena, donde crecían yerbas marinas y donde había muy poca agua. Esta concordancia de noticias no podía dejarle duda ninguna, sobre todo cuando había

llegado a no encontrar más que seis brazas de agua en el canal. No le quedaba, pues, más que un punto interesante que esclarecer; examinar el extremo meridional de Saghalien, que conocía tan solo hasta la bahía Delangle a los 47° 49'.

El 2 de agosto la *Brújula* y el *Astrolabio* salieron de la bahía de Castries, bajaron de nuevo al Sur, descubrieron y reconocieron sucesivamente la isla Monneron y el pico Delangle; doblaron la punta meridional de Saghalien llamada cabo Crillon, y entraron en un estrecho entre Oku-Yesso y Yesso, que recibió el nombre de La Perouse. Era aquel uno de los puntos de geografía más importantes entre los que habían dejado los navegantes antiguos al esclarecimiento de sus sucesores. Hasta entonces la geografía de aquellos países había sido absolutamente fantástica: para Samson la Corea era una isla; Yesso y Oku-Yesso y el Kainschatka no existían; para G. Deslisle Yesso y Oku-Yesso, no eran más que una isla terminada en el estrecho de Saghalien; y en fin Buache, en sus consideraciones geográficas, página 105, dice: «El país de Yesso, después de haber sido trasladado al Oriente, luego unido al Mediodía y enseguida al Occidente, ha sido al fin fijado en el Norte».

A este verdadero caos venían a poner término las tareas de la expedición francesa.

La Perouse tuvo algunas relaciones con los habitantes del cabo Crillon, de quienes dice que son hombres más hermosos, más industriosos, pero también menos generosos que los orochys de la bahía de Castries.

«Tienen, dice, un objeto de comercio muy importante, desconocido en el canal de Tartaria y cuyos cambios les proporcionan todas sus riquezas, y es el aceite de ballena. De éste aceite recogen cantidades considerables, y sin embargo su manera de extraerlo no es económica: consiste en partir en pedazos la carne de las ballenas, y en dejarla pudrir al aire libre, en un declive expuesto al sol. El aceite que se desprende y corre por aquel declive, es recogido en vasijas de corteza de árbol o en pellejos de loba marina».

Las fragatas, después de haber reconocido el cabo de Aniva de los holandeses, costearon la tierra de la Compañía, país árido, sin árboles, ni habitantes y no tardaron en avistar las islas Kuriles. Después pasaron entre la isla de Murikan y la de los Cuatro Hermanos, dando a éste estrecho, el más hermoso que se puede encontrar entre las Kuriles, el nombre de canal de la Boudeuse.

El 3 de setiembre avistaron la costa del Kamschatka, país horrible «donde la vista contempla con dolor y casi con espanto más.s enormes de rocas cubiertas todavía de nieve a principios de setiembre y que parecían no haber tenido jamas vegetación.

Tres días después reconocieron la bahía de Ayascha o de San Pedro y San Pablo. Los astrónomos procedieron inmediatamente hacer sus observaciones, y los naturalistas subieron, no sin trabajo y peligro, a un volcán situado 8 leguas en el interior, mientras el resto de la tripulación que no estaba ocupado en tareas de a bordo, se entregaba al placer de la caza o de la pesca. Gracias a la buena acogida que el gobernador hizo a los franceses, pudieron variarse los placeres.

Nos convidó, dice La Perouse, a un baile que quiso dar con motivo de nuestra llegada a todas las mujeres, tanto kamchadalas como rusas de San Pedro y San Pablo. Si la reunión no fue numerosa, por lo menos fue extraordinaria. Trece mujeres vestidas de telas de seda, de las cuales diez eran del Kamschatka, de ojos pequeños, rostro moreno y narices chatas, estaban sentadas alrededor de la sala.

Estas mujeres, lo mismo que las rusas, llevaban pañuelos de seda alrededor de la cabeza por el estilo de las mulatas de nuestras colonias... Se bailaron primero danzas rusas, cuya música es muy agradable, y que se parecen mucho al baile del cosaco que se ha dado en Paris hace algunos años. Vinieron enseguida las danzas del Kamschatka, que no pueden ser comparadas sino con los bailes de los convulsionarios del famoso sepulcro de San Medardo.

»Los bailarines de esta parte del Asia apenas usan las piernas; pero traen en movimiento siempre los brazos y los hombros. Las

bailarinas Kamchadalas con sus convulsiones y sus movimientos de contracción, inspiran un sentimiento penoso a todos los espectadores, sentimiento que se aumenta con el grito de dolor que sale del pecho de aquellas desgraciadas, las cuales no tienen más música que estos gritos para medir sus movimientos. Su fatiga es tal durante este ejercicio, que el sudor les cae a chorros por todas partes, y se quedan tendidas en tierra cuando acaban de bailar sin tener fuerza para levantarse. Las abundantes exhalaciones que emanan de su cuerpo, perfuman la sala con un olor de aceite de pescado, al cual las narices europeas están poco acostumbradas y no pueden, por consiguiente apreciar sus delicias».

El baile fue interrumpido por la llegada de un correo de Okotsch. Las noticias que llevaba eran buenas para todos, pero más particularmente para La Perouse que acababa de ser promovido al empleo de jefe de escuadra.

Durante aquella recalada los navegantes encontraron la tumba de Luis Deslisle de la Croyere, individuo de la Academia de Ciencias, que había muerto en el Kamschatka en 1731 al regresar de una expedición hecha por orden del Zar, con el objeto de levantar el plano de las costas de América. Sus compatriotas pusieron sobre su tumba, una lámina de cobre grabado, y tributaron el mismo homenaje al capitán Clerke, segundo y sucesor del capitán Cook.

La bahía de Avascha, dice La Perouse, es sin duda la más hermosa, cómoda y segura que puede encontrarse en ninguna parte del mundo. Su entrada es estrecha y los buques tendrían que pasar al alcance del cañón de los fuertes que en ella se pudieran establecer. El surgidero es excelente; el fondo es de cieno: dos grandes puertos, el uno al Este y el otro al Oeste, podrían recibir todos los buques de la marina de Francia e Inglaterra».

El 29 de setiembre de 1787, la *Brújula* y el *Astrolabio*, se dieron a la vela. Mr. de Lesseps, vicecónsul de Francia en Rusia, que desde entonces había acompañado a La Perouse, estaba encargado de volver a Francia por tierra; viaje tan largo como penoso, en aquella

época sobre todo, y de llevar a la corte francesa los pliegos y comunicaciones de la expedición.

Tratábase de encontrar una tierra que había sido descubierta por los españoles en 1620. Las dos fragatas cruzaron por los 37° 30' el espacio de 300 leguas sin descubrir ninguna señal de semejante tierra; cortaron la línea por tercera vez; pasaron por la situación que Byron había dado a las islas del Peligro sin verlas, y el 6 de diciembre avistaron el archipiélago de los Navegantes cuyo descubrimiento se debía a Bougainville.

Muchas piraguas rodearon en seguida los dos buques. Los naturales que las tripulaban no eran los más a propósito para dar a la Perouse una buena idea de la hermosura de aquellos insulares.

«No vi más que dos mujeres, dice, y sus fisonomías no tenía nada de delicada. La más joven, que tendría unos 18 años, tenía en una pierna una cera asquerosa; muchos hombres tenían llagas extensas.

»Quizá era aquello un principio de lepra porque observé dos de ellos cuyas piernas eran tan gruesas como el cuerpo y no podían dejar duda del género de enfermedad que les aquejaba. Se nos acercaron con temor y sin armas y todo anuncia que son tan pacíficos como los habitantes de las islas de la Sociedad o de los Amigos».

El 9 de diciembre echaron el ancla delante de la bahía de Mauna. La salida del sol al día siguiente anunciaba un hermoso día, y La Perouse resolvió aprovecharle para visitar el país, hacer aguada y aparejar enseguida, porque el fondeadero era muy malo y no quería pasar allí otra noche.

Tomadas todas las precauciones, bajó a tierra en el sitio en que sus marineros hacían aguada, mientras que el capitán Delangle saltó a la playa en una pequeña ensenada a una legua de distancia.

«Aquel paseo, del cual vino maravillado, ponderando la hermosura de la aldea que había visto, fue, como se verá, la causa de nuestra desgracia».

En tierra se estableció un mercado muy concurrido.

Los hombres y las mujeres vendían toda especie de objetos, gallinas, cotorras, cerdos y frutas.

Entre tanto un indígena se introdujo en una chalupa, tomó un martillo y empezó a dar de golpes en la espalda a un marinero. Cuatro de los tripulantes se echaron sobre él inmediatamente, y le lanzaron al agua.

La Perouse penetró en el interior acompañado de mujeres, niños y ancianos y dio un paseo delicioso por un país pintoresco que reunía la ventaja de una fertilidad sin cultivo, con la de un clima que no exigía vestido alguno.

«Abundantes árboles del pan, cocos, bananas, guayabas, naranjas, presentaban a aquellos pueblos afortunados un alimento bueno y abundante, y las gallinas, cerdos y perros que se mantenían del excedente de aquellos frutos, les ofrecían una agradable variedad de manjares».

La primera visita pasó sin desavenencias serias. Hubo sin embargo, algunas disputas; pero, gracias a la prudencia y a la reserva de los franceses, que estaban alerta, no tomaron carácter de gravedad.

La Perouse había dado las órdenes necesarias para aparejar; pero *Mr.* Delangle insistió en que se cargaran todavía algunas chalupas más de agua dulce.

«Había adoptado el sistema del capitán Cook; creía que el agua fresca era cien veces preferible a la que teníamos en la bodega, y como algunos marineros de su tripulación presentaban ligeros síntomas de escorbuto, pensaba, con razón, que debíamos proporcionarles todos los medios de alivio».

Un secreto presentimiento impidió al principio a La Perouse consentir en la demora que Delangle proponía; pero al fin cedió a sus instancias cuando Delangle le dijo que sería responsable de los progresos de la enfermedad; que además el puerto donde pensaba desembarcar era muy cómodo, que él mismo llevaría el mando de la expedición y que en tres horas estaría de vuelta.

Mr. Langle, dice la relación, era un hombre de juicio tan sólido, y de tal capacidad, que estas consideraciones más que ningún otro motivo, determinaron mi consentimiento o, mejor dicho, sometieron mi voluntad a la suya...

«A la mañana siguiente salieron las dos embarcaciones con los señores Boutin y Monten llevando todos los escorbúticos, seis soldados armados y el maestro de armas, en todo 28 hombres de la tripulación del *Astrolabio* a las órdenes de *Mr. Delangle*.

Los señores Lainanon y Collinet, aunque enfermos, Vaujuas, aunque convaleciente, acompañaron a Delangle en su gran bote. *Mr. Le Gobien* mandaba la chalupa. Los señores de La Martiniere-Lavaux y el padre Beceveur formaban parte de las 33 personas que, procedentes de la tripulación de la *Brújula*, componían con las del *Astrolabio* la expedición. Total 61 individuos, la flor de los expedicionarios.

»*Mr. Delangle* hizo armar a todos de fusiles y puso seis pedreros en las chalupas. Su sorpresa y la de sus compañeros fue grande al encontrar, en vez de una grande y cómoda bahía, una ensenada llena de coral, en la cual no podía penetrarse sino por un canal tortuoso, estrecho, donde rompían las olas con violencia. Delangle había reconocido aquella bahía durante la marea alta, y al verla entonces, su primer movimiento fue volver a la primera aguada.

»Pero la actitud de los insulares, el gran número de mujeres y niños que vio entre ellos; la abundancia de cerdos y frutas que les ofrecían en venta, desvanecieron aquellas ideas de prudencia».

Echó a tierra los toneles de cuatro embarcaciones con la mayor tranquilidad; sus soldados establecieron el mejor orden en la playa y formaron calle, dejando espacio libre a los trabajadores; pero aquella tranquilidad no duró mucho tiempo; varias piraguas que habían vendido sus provisiones a los buques, volvieron a tierra y todas habían entrado en la bahía de la aguada, de suerte que poco a poco se había llenado; y en vez de 200 habitantes, incluso los

niños y las mujeres, que Delangle había encontrado hora y media antes, al cabo de tres cuartos de hora eran 1200.

»La situación de *Mr. Delangle* se hacia a cada instante más difícil. Sin embargo, auxiliado por los señores Vaujuas, Boutin, Collinet y Gobien, logró embarcar los toneles de agua, pero la bahía estaba entonces casi en seco y no podía esperar que sus chalupas estuvieran a flote antes de las cuatro de la tarde. Entró en ellas a pesar de todo con su destacamento y se apostó en la proa con su fusil y sus pedreros, prohibiendo disparar sin orden suya.

»Comenzó, sin embargo, a comprender que en breve se vería obligado a romper el fuego: ya volaban las piedras, y los indios, que podían entrar en el agua, porque entonces no les llegaba más que a las rodillas, rodearon las chalupas a menos de una toesa de distancia, siendo inútiles los esfuerzos que inician los soldados embarcados para apartarlos.

»Si el temor de comenzar las hostilidades y de ser acusado de barbarie, no hubiera detenido a *Mr. Delangle*, sin duda habría mandado hacer una descarga contra los indios de sus fusiles y de sus pedreros, descarga que ciertamente habría dispersado aquella multitud; pero se lisonjeaba de contenerlos sin efusión de sangre, y fue victima de su humanidad.

»Pronto una granizada de piedras lanzadas a pequeñísima distancia con el vigor de una onda, alcanzó a casi todos los que estaban en la chalupa. *Mr. Delangle* no tuvo tiempo sino para disparar sus dos tiros de fusil; fue derribado y cayó por desgracia al costado de babor de la chalupa, donde más de 200 indios le asesinaron a golpes de maza y a pedradas.

Cuando estuvo muerto, le ataron por uno de los brazos a un tolete de la chalupa, a fin sin duda de aprovecharse más seguramente de sus despojos.

»La chalupa de la *Brújula*, mandada por *Mr. Boutin*, estaba encallada a dos toesas de la del *Astrolabio*, habiendo entre ellas un pequeño canal que no estaba ocupado por los indios. Por este canal se salvaron a nado todos los heridos que tuvieron la dicha de no

caer al otro lado; alcanzaron los botes que por fortuna hablan quedado a flote y se encontraron en disposición de salvar a 49 hombres de los 61 que componían la expedición.

»*Mr. Boutin* había imitado todos los movimientos y seguido todos los pasos de *Mr. Delangle*; no permitió tirar, ni mandó hacer fuego a su destacamento hasta que *Delangle* lo hizo. Ya se comprende que a la distancia de cuatro o cinco pasos cada disparo de fusil debió matar a un indio; pero no hubo tiempo de volver a cargar. *Mr. Boutin* fue igualmente derribado de una pedrada, y por fortuna cayó entre las dos embarcaciones; los que se habían salvado a nado, dirigiéndose a los dos botes, tenían varias heridas, casi todas en la cabeza. Por el contrario, los que tuvieron la desgracia de caer del lado donde estaban los indios, fueron muertos al instante a golpes de maza.

A la prudencia de *Mr. Vaujuas*; al buen orden que estableció y a la puntualidad con que *Mr. Mouton*, que mandaba la canoa de la *Brújula*, supo mantener la disciplina, se debe la salvación de las cuarenta y nueve personas de las dos tripulaciones.

«El bote del *Astrolabio* estaba tan cargado, que encalló; y aquel acontecimiento estimuló a los insulares para molestar a los heridos en su retirada.

En efecto corrieron en gran número hacia los arrecifes de la entrada, por donde los botes tenían que pasar necesariamente a 10 pies de distancia de ellos.

Hubo que agotar, contra aquellos indios furiosos, las pocas municiones que quedaban, y los botes salieron al fin de aquel antro.

La *Perouse* tuvo al principio la idea bastante natural de vengar la muerte de sus desdichados compañeros; pero *Boutin*, que estaba en cama de resultas de sus heridas, y que sin embargo había conservado todo su juicio, le disuadió de aquella idea diciéndole que si, por desgracia, una chalupa venía a encallar la disposición de la bahía era tal y los árboles que bajaban hasta la orilla del mar ofrecían a los indígenas abrigos tan seguros, que ni un solo francés saldría de allí vivo. La *Perouse* tuvo, pues, que dar bordadas

durante dos días, delante del teatro de aquel sangriento acontecimiento, sin poder dar satisfacción a sus tripulaciones sedientas de venganza.

«Lo que parecerá sin duda increíble, dice La Perouse, es que durante este tiempo cinco o seis piraguas salieron de la costa y vinieron con cerdos, palomas y cocos, a proponernos cambios y a cada instante me vi obligado a contener mi cólera para no dar orden de echarlas a pique».

Se comprende, sin trabajo, que un acontecimiento que privaba a los dos buques de una parte de sus oficiales, de treinta y dos de sus mejores marineros y de dos chalupas debía modificar los proyectos de La Perouse, porque el más pequeño contratiempo le hubiera obligado quemar una de las fragatas para armar la otra. No tenía más partido que tomar que hacerse a la vela, para Botany-Bay, reconociendo al paso las diferentes islas que encontrara y determinando astronómicamente sus posiciones.

El 14 de diciembre avistó la isla de Oyolava, que forma parte del mismo grupo y que Bougainville había visto desde muy lejos. Tahití apenas puede serle comparada por su belleza, extensión, fertilidad y densidad de la población. Los habitantes de Oyolava, de todo punto semejantes a los de Mauna, rodearon en breve las dos fragatas y ofrecieron a los navegantes las múltiples producciones de su isla.

Según todas las apariencias los franceses eran los primeros en comerciar con aquellos pueblos que no conocían el hierro, porque preferían una cuenta de abalorio a un hacha o un clavo de pulgada. Entre las mujeres, algunas tenían fisonomía agradable y talle elegante; sus ojos y ademanes anunciaban mansedumbre y afabilidad; mientras que la fisonomía de los hombres indicaba la ferocidad y la astucia.

La isla de Pola, delante de la cual pasó la expedición el 17 de diciembre, pertenecía también al archipiélago de los Navegantes. Quizá la noticia del asesinato de los franceses había llegado allí, porque ninguna piragua se destacó de la orilla para acercarse a los buques.

El 20 de diciembre se reconocieron la isla de los Cocos y la de los Traidores de Schouten. Esta última está dividida en dos por un canal que no habrían visto los navegantes si no hubieran costeado la tierra a poca distancia. Unas veinte piraguas acudieron para llevar a los buques los más hermosos cocos que La Perouse había visto, algunas bananas, ñames y un cochinillo.

Las islas de los Cocos y de los Traidores, situadas por Wallis a 1° 13' más al Oeste de lo que verdaderamente están y designadas por él con los nombres de Boscawen y Keppel, pueden considerarse también como parte del archipiélago de los Navegantes.

La Perouse dice que los habitantes de este archipiélago pertenecen a la raza más bella de la Polinesia. Altos, vigorosos, bien formados, tienen un tipo más hermoso que los de las islas de la Sociedad, cuya lengua se parecía mucho a la suya. En cualesquiera otras circunstancias La Perouse hubiera desembarcado en las islas de Oyolava y de Polo; pero la cólera de sus marineros era todavía grande y el recuerdo de los acontecimientos de Mauna estaba demasiado reciente para que no temiese que sucediera con cualquier pretexto una disputa sangrienta que hubiera degenerado en mortandad.

«Cada isla que veíamos, dice, nos recordaba un rasgo de perfidia de parte de los insulares. Las tripulaciones de Roggwein habían sido atacadas en las islas de la Recreación, situadas al Este de la de los Navegantes; las tripulaciones de Schouten en la de los Traidores, que estaba a nuestra vista y al Sur de la isla de Mauna; y en esta última nuestros compañeros habían sido asesinados de una manera atroz».

Estas reflexiones cambiaron nuestra manera de conducirnos respecto de los indios. Reprimimos por la fuerza los más pequeños hurtos y las más leves injusticias, demostrándoles que, por efecto de nuestras armas, la fuga no les salvaría de nuestros resentimientos, negándoles el permiso de subir a bordo y amenazándoles con castigar de muerte a los que se atrevieran a subir a pesar nuestro».

Por la amargura de estas reflexiones se ve cuánta razón tenía La Perouse para impedir toda comunicación ulterior entre sus tripulaciones y los indígenas.

Esta irritación es natural y no debe sorprendernos; al contrario, hay que elogiar la prudencia y la humanidad de La Perouse, que supo resistir los impulsos de la venganza.

Desde las islas de los Navegantes se dirigió el rumbo al archipiélago de los Amigos, que Cook no había podido explorar completamente.

El 27 de diciembre se descubrió la isla de Vavao, una de las mayores del grupo, que no había podido ser visitada por el navegante inglés. Esta isla es igual a Tonga-Tabú, pero más alta y abundante en agua dulce. Se reconocieron también varias islas de aquel archipiélago y mediaron algunas relaciones con sus habitantes, que no proporcionaron a la expedición víveres bastantes para compensar el consumo. Así La Perouse resolvió el 1º de enero de 1788 dirigirse a Botany-Bay directamente, tomando un camino que hasta entonces no había sido seguido por ningún navegante.

La isla Pilstaart, descubierta por Tasman, o mejor dicho, la roca de este nombre, porque su mayor anchura no pasa de un cuarto de legua, ofrece tan solo una costa escarpada y no puede servir de refugio más que a las aves marinas. Por eso La Perouse, que no tenía razón ninguna para detenerse en ella, quería apresurar su rumbo hacia la Nueva Holanda; pero hay un factor con el cual es preciso contar, lo mismo entonces que en la época presente, y es el viento; y a causa del viento La Perouse tuvo que detenerse tres días delante de Pilstaart.

El 13 de enero avistó la isla de Norfolk y sus dos islotes. Echó el ancla a una milla de tierra con la intención de que los naturalistas reconocieran el suelo y las producciones de la isla. Pero las olas, que rompían sobre la playa, parecían proteger el litoral contra todo desembarco, sin embargo de que Cook había desembarcado allí con la mayor facilidad.

Transcurrió un día entero en inútiles tentativas y sin resultados científicos para la expedición, y a la mañana siguiente La Perouse se alejó de aquel sitio a fuerza de vela. En el momento en que las fragatas entraban en el paso de Botany-Bay, avistaron una escuadra inglesa. Era la del comodoro Phillip, que iba a echar los fundamentos de Puerto-Jackson, embrión de la poderosa colonia cuyas inmensas provincias han llegado hoy, al cabo de menos de un siglo de existencia, a la cumbre de la civilización y de la prosperidad.

Aquí concluye el diario de La Perouse. Sabemos por una carta que escribió después desde Botany-Bay el 5 de febrero al ministro de Marina, que se preparaba a construir allí dos chalupas en reemplazo de las destruidas en Mauna. Todos los heridos, y especialmente *Mr. Lavaux* el cirujano mayor del *Astrolabio* que había tenido que sufrir la operación del trépano, estaban en perfecta salud. *Mr. de Clonard* había tomado el mando del *Astrolabio* y *Mr. de Monti* le había reemplazado en la *Brújula*.

Una carta escrita dos días después daba pormenores sobre el rumbo que La Perouse se proponía seguir.

En ella se decía:

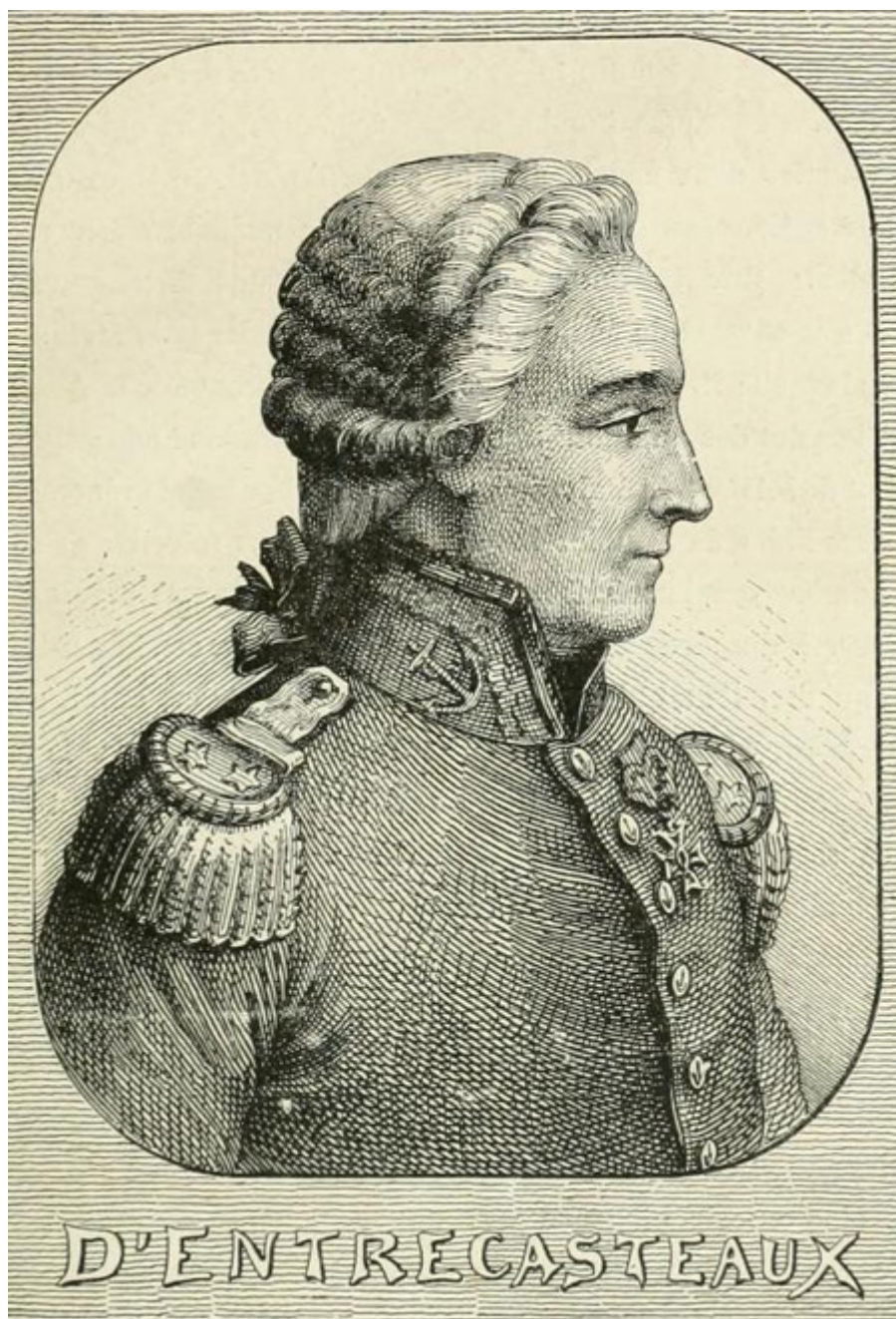
«Subiré hasta las islas de los Amigos y haré absolutamente todo lo que se me ordena en las instrucciones respecto de la parte meridional de la Nueva Caledonia, de la isla de Santa Cruz de Mendaña, de la costa meridional, de la tierra de los Arsácidas de Surville y de la Luisiada de Bougainville, investigando si esta última forma parte o está separada de la Nueva Guinea. Pasaré a fines de julio de 1788 entre la Nueva Guinea y la Nueva Holanda por un canal diferente del que atravesó la Endeavour, si es que existe alguno. Visitaré durante el mes de setiembre y parte de octubre el golfo de Carpentaria y toda la costa occidental de la Nueva Holanda hasta la tierra de Diemen, pero de manera que me sea posible subir a tiempo al Norte para llegar a principio de diciembre de 1788 a la isla de Francia».

No solamente La Perouse no fue exacto a la cita que él mismo se había dado, sino que pasaron dos años enteros sin que se

tuvieran noticias de su expedición.

Aunque la Francia atravesaba en aquella época una crisis de importancia excepcional el interés público, violentamente excitado, acababa por manifestarse en la barra de la Asamblea Nacional por el órgano de los individuos de la sociedad de historia natural de Paris. Un decreto de 9 de febrero de 1791 invitó al gobierno del rey a armar uno o varios buques para ir en busca de La Perouse. Suponiendo que un naufragio verosímil hubiera detenido el curso de la especie, era posible que la mayor parte de las tripulaciones hubieran sobrevivido, e importaba enviarles auxilio lo más rápidamente posible.

Debían formar parte de esta expedición hombres de ciencia, naturalistas y dibujantes, a fin de sacar de ella la mayor utilidad posible para la navegación, la geografía, el comercio, las artes y las ciencias: tales son los términos del decreto que hemos citado arriba.



Se dio el mando de la escuadra al contraalmirante Bruny de Entrecasteaux, que había llamado la atención del ministro por su campaña en la India navegando con monzón contraria. Pusiéronse a sus órdenes dos urcas, la *Investigación* y la *Esperanza*, esta última mandada por *Mr.* Huon de Kermadec, capitán de navío. El estado mayor de los dos buques le componían muchos oficiales, que posteriormente debían llegar a elevadas posiciones militares.

Eran Rossel, Villaumez, Trobriand, La Grandière, Laignel, y Jurien. Entre los hombres científicos que se embarcaron estaban el naturalista La Billardiere, los astrónomos Bertrand y Pierson, los naturalistas Ventenat y Riche, el hidrógrafo Beautemps-Beaupré y el ingeniero Jouveny.

Los dos buques llevaban un rico surtido de objetos de cambio y víveres para diez y ocho meses. El 28 de setiembre salieron de Brest, y llegaron a Tenerife el 13 de octubre. En aquella época una ascensión al famoso pico era de rigor.

La Billardiere fue allí testigo de un fenómeno que había observado ya en el Asia Menor: su cuerpo se dibujaba con los hermosos colores del arco iris en las nubes situadas debajo de él al lado opuesto al Sol.

El 23 de octubre, es decir, cuando se repusieron las provisiones consumidas, los buques levantaron anclas e hicieron rumbo al Cabo. Durante esta travesía La Billardiere hizo un experimento interesante y descubrió que la fosforescencia del mar es debida a los animalillos de forma globulosa que las aguas tienen en suspensión. La travesía hasta el Cabo, donde los buques anclaron el 18 de enero de 1792, no presentó más incidentes que el encuentro de una cantidad extraordinaria de bonitos y otros peces y una ligera vía de agua que fácilmente fue cegada.

Entrecasteaux encontró una carta en el Cabo, carta de *Mr.* de Saint-Feliz, comandante de las fuerzas francesas en la India, que debía descomponer toda la economía de su viaje e influir desfavorablemente en el objeto de la expedición.

Según aquella carta dos capitanes de buques franceses procedentes de Batavia habían dicho que el comodoro Hunter, que mandaba la fragata inglesa *Sirio*, había visto «cerca de las islas del Almirantazgo, en el mar del Sur, hombres cubiertos de telas europeas y particularmente de trajes, que él creía haber sido uniformes franceses.

El comodoro, decía *Mr.* de Saint-Felix, no ha dudado de que éstos fueran los restos del naufragio de *Mr.* de La Perouse.

Hunter se hallaba en la rada del Cabo cuando llegó Entrecasteaux; pero dos horas después de la llegada de los buques franceses levantaba anclas y se hacia a la vela. Esta conducta pareció por lo menos extraña, porque el comodoro había tenido tiempo de saber que los buques a las órdenes de Entrecasteaux constituían la expedición enviada en buscade La Perouse, y era natural que hubiese dirigido a el Comandante algunas comunicaciones sobre un suceso tan grave. Pero pronto se supo que Hunter había afirmado que no tenía noticia ninguna de los hechos expuestos por *Mr. de Saint-Felix*.

¿Debía considerarse como nula y de ningún valor la comunicación de *Mr. de Sant-Felix*?

Entrecasteaux no lo creyó así a pesar de todo lo que esto tenía de verosímil.

Los hombres de ciencia habían aprovechado la residencia en el Cabo para hacer frecuentes correrías por las inmediaciones de la ciudad, y especialmente La Billardiere había penetrado en el interior del país tan adelante como lo permitía el tiempo que los buques debían estar en el puerto.

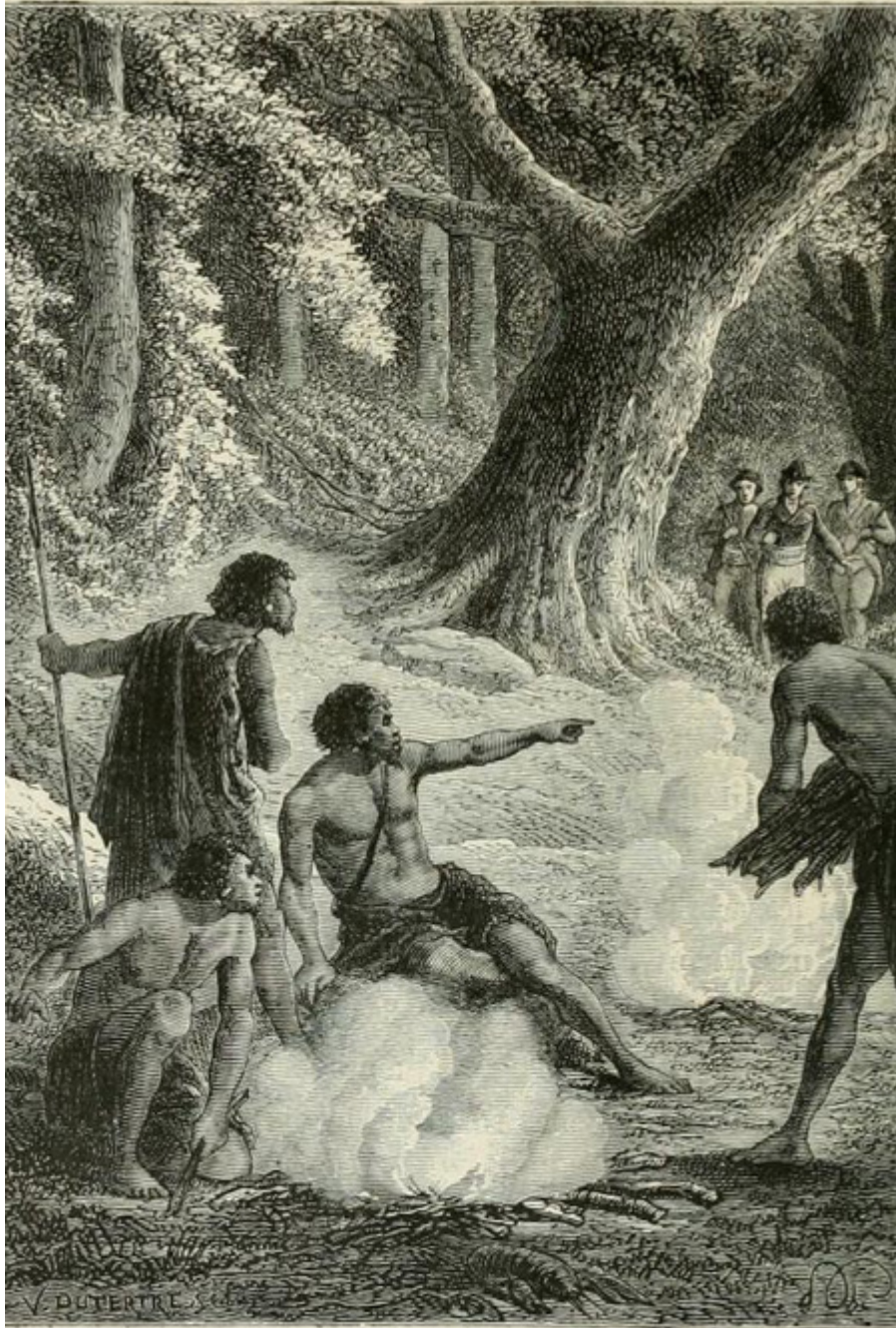
Éstos levantaron anclas el 16 de febrero y Entrecasteaux, resuelto a doblar el cabo de Diemen para entrar en los mares del Sur, se dirigió a buscar el paso entro las islas de San Pablo y de *Ámsterdam*.

Estas islas descubiertas en 1696 por el capitán Valming, hablan sido reconocidas por Cook en su último viaje. La isla de San Pablo, cerca de la cual pasaron la *Investigación* y la *Esperanza*, estaba envuelta en nubes de humo espeso por encima de las cuales sobresalían montañas. Era que los bosques de la isla estaban ardiendo.

El 21 de abril las dos urcas penetraban en una bahía de la costa de Van-Diemen, que creyeron ser la de la *Aventura*, pero que lleva en realidad el nombre de bahía de las *Tempestades*. El fondo de esta bahía recibió el nombre de puerto de Entrecasteaux y en él fue fácil proporcionarse leña y pescado en abundancia. Entre los

árboles hermosos que se encontraron en aquel paraje, La Billardiere vio varias especies de eucaliptus, cuyas múltiples cualidades no eran conocidas entonces. La caza en que muchas veces tomó parte le proporcionó cisnes negros y kangurús, entonces poco conocidos.

El 16 de mayo las urcas salieron del puerto y se dirigieron hacia un estrecho por donde Entrecasteaux tenía intención de penetrar y que después recibió el nombre de este almirante.



«A poca distancia de la orilla se vieron varias hogueras, dice la relación, y esta observación determinó a los señores Cretin y Auribeau a saltar a tierra. Apenas entraron en el bosque encontraron cuatro indígenas ocupados en atizar tres pequeñas hogueras junto a las cuales estaban sentados. Aquellos salvajes huyeron inmediatamente a pesar de todas las señales de amistad que se les

hicieron, abandonando las langostas y otros mariscos que estaban asando a la lumbre. Cerca de las casas de los naturales veíanse otras tantas hogueras...

»Uno de los salvajes, de gran estatura y fuerte musculatura, halda olvidado un cesto lleno de cantos de pedernal, y habiendo vuelto a buscarle, se adelantó cerca de Cretin con el aire de seguridad que parecía darle su fuerza corporal. Los unos estaban desnudos y los otros tenían una piel de kangurús sobre los hombros. Estos salvajes son de un color negro claro; se dejan crecer la barba y tienen los cabellos lanudos».

Las dos urcas cuando desembocaron del estrecho hicieron rumbo hacia la costa Sudoeste de la Nueva Caledonia con el objeto de recorrerla, porque La Perouse había debido visitar aquel país. El primer punto reconocido fue una parte de la isla de los Pinos, situada al Sur de aquella grande isla. La investigación estuvo a riesgo de perecer en la barrera de arrecifes madreporicos que rodean la playa dejando entre ellos y la tierra un canal de 5 a 6 kilómetros de anchura.

Al extremo septentrional se observaron varias islas montañosas y rocas acá y allá que hacen muy peligrosos estos parajes. Estas rocas han recibido de la gratitud de los navegantes los nombres de arrecifes de Entrecasteaux y de Huon. El reconocimiento peligroso que acababa de hacerse a la vista de una costa de tal manera defendida, duró desde el 16 de junio hasta el 3 de julio y fue un verdadero servicio prestado a los geógrafos y a los marinos y una de las tareas más ingratas de aquella campaña de investigaciones.

Acercándose la estación favorable, Entrecasteaux resolvió aprovecharla para reconocer la tierra de los Arsácidas, ya reconocida por Surville, y visitada pocos años después por Shortland que creyendo haber hecho un nuevo descubrimiento le dio el nombre de Nueva Georgia.

«El 9 de julio, dice La Billardiere, hacia las cuatro y media vimos a un miriámetro y medio al Noroeste la roca llamada Eddy-Stone, y de lejos la tomamos, como Shortland, por un buque a la vela. La

ilusión era tanto mayor cuanto que tiene el color de las velas de un buque. Algunos arbustos coronaban su cima. La tierra de los Arsácidas, enfrente de esta roca, es escarpada y está cubierta de grandes árboles hasta la cúspide».

Después de haber rectificado la posición de las rocas de Eddy-Stone y la de las islas de la Tesorería, que son cinco, pero tan juntas que Bougainville las había tomado por una sola, costearon los buques la isla de Bougainville, que está separada por un canal estrecho de la isla de Buka y cubierta de plantaciones y al parecer muy poblada. Se hicieron allí algunos cambios con los naturales, pero fue imposible persuadirles a que subieran a bordo.

«El color de su piel, dice La Billardiere, es negro claro; su estatura regular; sus músculos muy pronunciados, anuncian gran fuerza; su rostro no es agradable; pero es muy expresivo. Van desnudos; tienen la cabeza muy gruesa, la frente ancha, lo mismo que toda la cara que es achatada, particularmente debajo de la nariz; la barba espesa; las mejillas un poco salientes; la nariz ancha; la boca muy grande y los labios muy delgados. El betel, que tiñe de un color sanguinolento su gran boca, aumenta la fealdad de su aspecto. Parece que estos salvajes saben disparar el arco con mucha habilidad. Uno de ellos llevó a bordo de la *Esperanza* un ave que acababa de matar, y observamos en el vientre de aquella ave el agujero que había hecho la flecha del salvaje.

»Estos insulares han aplicado su industria particularmente a fabricarse armas, y las trabajan con mucho esmero. Admiramos la destreza con que untaban de cierta resina la cuerda de sus arcos, de suerte que al primer golpe de vista se la hubiera tomado por cuerda hecha de tripas. Hacia el medio estaba guarnecida de una corteza de caña para que se gastase menos al disparar las flechas».

El 15 de junio se terminó el reconocimiento de la costa occidental de las dos islas que Bougainville había reconocido por la parte oriental.

El 16 los franceses avistaron la isla llamada por Carteret de *Sir* Cirios Hardy, y poco después el extremo Sudoeste de la Nueva

Irlanda.

Las dos urcas anclaron en la rada de Carteret, y las tripulaciones se establecieron en la isla de los Cocos, cubierta de grandes árboles, siempre verde, que crecían con vigor a pesar de la poca tierra vegetal reunida entre las piedras calcáreas. Fue muy difícil proporcionarse cocos sin embargo de que por su abundancia se había dado este nombre a la tierra; pero en cambio se ofreció a los naturalistas una gran cantidad de vegetales y de insectos cuya variedad formó las delicias de La Billardiere.

Durante todo el tiempo de residencia en aquella isla cayeron abundantes lluvias; era como un torrente de agua tibia que corría sin cesar.

Después de haber embarcado el agua y la leña necesaria, la *Investigación* y la *Esperanza* salieron el 24 de julio de 1792 del puerto de Carteret y al salir la *Esperanza* perdió un ancla cuyo cable había sido cortado por los bancos de coral. Las dos urcas entraron entonces en el canal de San Jorge, que en su extremo meridional tiene de 7 a 8 miriámetros de anchura, es decir, la mitad, con corta diferencia, de la que Carteret le había calculado. Llevadas por corrientes rápidas pasaron delante de las islas de Man y Sandwich sin poderse detener.

Entrecasteaux, luego que reconoció las islas de Portland, islotes bajos en número de siete situados hacia los 2° 39' 44" de latitud Sur y 147° 15' de longitud Este, continuó su rumbo hacia las islas del Almirantazgo con el objeto de visitarlas, porque según la relación que se atribuía al comodoro Hunter, era en la más oriental de estas islas donde se habían visto salvajes vestidos con uniformes de la marina francesa.

«Los salvajes se presentaron en gran multitud, dice la relación; los unos corrían por la playa; otros, con los ojos fijos en los buques, nos invitaban por señas a bajar; sus gritos eran la expresión de grande alegría... A la una y media nos pusimos al paio y cada buque envió un bote con diferentes objetos que debían ser distribuidos entre los habitantes de la pequeña isla. Mientras los

botes se acercaban lo más posible, las fragatas se ponían en disposición de protegerlos en caso de ataque por parte de los salvajes, porque la perfidia de los habitantes del Sur de las islas llamadas del Almirantazgo respecto de Carteret nos infundía algún temor acerca de la suerte de las embarcaciones».

La costa estaba llena de arrecifes y los botes no pudieron llegar sino a 100 metros de distancia. Un gran número de salvajes desde la orilla hacían señas a los franceses para invitarles a desembarcar.

«Un salvaje, distinguido de los demás por dos collares de conchas de que estaba adornado, y que parecía gozar de mucha autoridad, mandó a uno de los suyos que se echara al agua para llevarnos algunos cocos. El temor de acercarse a nado y sin defensa a personas cuyas intenciones no conocía hizo titubear al salvaje; pero el jefe, poco acostumbrado sin duda a ser desobedecido, no le dio tiempo para reflexionar, y los palos que le dio hasta en el vientre, siguieron a las órdenes y le hicieron obedecer inmediatamente...

»Luego que volvió a la isla la curiosidad reunió a todos en torno suyo, queriendo cada uno participar de nuestros regalos. Inmediatamente se lanzaron piraguas al mar; otros muchos naturales vinieron a nado y al cabo de poco tiempo había una gran multitud alrededor de nuestros botes. Estábamos admirados de que la fuerza de la resaca y de las olas en los escollos no les hubiesen detenido en su isla».

Quizá lo que aquellos indios habían hecho podían haberlo hecho también los franceses. No parece que éstos preguntaran a los salvajes si habían visto alguno a algunos buques que hubieran podido naufragar en aquel archipiélago.

La única observación que los expedicionarios hicieron fue que aquellos indígenas conocían el uso del hierro y apreciaban sobre todas las cosas este metal.

Entrecasteaux reconoció enseguida la parte septentrional del archipiélago; hizo cambios con los naturales, pero no desembarcó en ninguna parte, y no parece haber cumplido con el cuidado

minucioso y el celo que debía esperarse de él esta parte de su misión.

La *Investigación* y la *Esperanza* visitaron en seguida las islas de los Ermitaños, descubiertas en 1781 por la fragata española *Princesa*. Los salvajes de aquellas islas como todos los que la expedición había encontrado hasta entonces, manifestaron vivos deseos de que desembarcaran en su isla; pero no se resolvieron a hacerlo. Después se vieron sucesivamente las islas de la Tesorería, de Bougainville y la costa de la Nueva Guinea, en cuyo interior se desarrollaba una cordillera de montes de los cuales los más elevados parecían tener por lo menos 1,500 metros. Después de haber costeado, a corta distancia aquella grande isla, la *Investigación* y la *Esperanza* entraron en el estrecho de Pitt para pasar a las Molucas.

El 5 de setiembre de 1792, los franceses con grande alegría echaron anclas en la rada de Amboina.

Los buques llevaban un gran número de escorbúticos a bordo, y tanto los oficiales como los marineros tenían necesidad de algún tiempo de reposo para reparar sus fuerzas. Los naturalistas, los astrónomos y los diversos hombres científicos de la expedición, bajaron inmediatamente a tierra y se instalaron cómodamente para proceder a sus observaciones investigaciones ordinarias. La exploración de los naturalistas fue particularmente fructuosa; y La Billardiere se extiende complacientemente acerca de la multiplicidad de plantas y animales, que pudo recoger.

«Estando en la playa, dice, oí instrumentos de viento cuyos acordes algunos parecían venir de tan lejos, que durante algún tiempo creí que los naturales daban una música al otro lado de la rada, cerca de un miriámetro de distancia del sitio en que me encontraba. Mis oídos se engañaban, porque estaba a cien metros de distancia del instrumento. Era un bambú de 20 metros por lo menos de altura, que estaba fijo en situación vertical a orillas del mar. Entre nudo y nudo le habían hecho una hendidura de 3 centímetros de longitud y centímetro y medio de anchura; estas

hendiduras formaban otros tantos agujeros, y cuando el viento se introducía por ellos despedían sonidos agradables y variados. Como los nudos de aquel largo bambú eran muchos, los naturales habían tenido cuidado de hacer los agujeros en diferentes sentidos a fin de que por cualquier parte que soplara el viento pudiera siempre la caña despedir algún sonido. No puedo dar mejor idea de los sonidos de este instrumento sino comparándolos con los de la armónica».

Durante aquella larga recalada de un mes, se calafatearon los buques y se tomaron todas las medidas de precaución que se acostumbran para los viajes en aquellos climas húmedos y ardientes.

Los pormenores que da la relación sobre la rada de Amboina y las costumbres de la población indígena, no carecen de interés.

«La rada de Amboina, dice La Billardiere, forma un canal de unos 2 miriámetros de longitud por unos 2/5 de miriámetro de anchura media. Sus orillas ofrecen buenos surgideros, pero en otros se encuentra algunas veces un fondo de coral».

El fuerte llamado de la Victoria, está fabricado de ladrillos y en él tienen su residencia el gobernador y algunos individuos del consejo. A la sazón estaba ruinoso, y cuando se disparaban cañonazos siempre experimentaba algunas averías muy visibles.

»La guarnición se componía de unos doscientos hombres, la mayor parte naturales de la isla; los demás eran soldados de la compañía procedentes de Europa y un pequeño destacamento del regimiento de Wurtemberg...

»El pequeño número de soldados que sobreviven a una larga estancia en la India, hace que sean muy estimados los que han logrado aclimatarse después de algunos años de residencia; y por eso la Compañía holandesa raras veces cumple las promesas que les hace de dejarles volver a Europa cuando ha terminado su tiempo de servicio... He encontrado a algunos de estos desdichados a quienes la Compañía había detenido allí 20 años, a pesar de que deban haber recibido su licencia según las estipulaciones, mucho tiempo antes».

Los habitantes de Amboina hablan el malayo, lengua muy dulce y armoniosa; en cuanto a las producciones del país, consisten en especias, café, que es inferior al de la isla de la Reunión, y sobre todo sagú, que se cultiva en todos los sitios pantanosos.

»El arroz que se consume en Amboina no es producto de la isla, no obstante que se daría muy bien en la mayor parte de los terrenos bajos; pero la Compañía holandesa ha prohibido su cultivo porque su venta es el medio de sacar de manos de los naturales el numerario que se ve obligada a darles por el clavo que le suministran. De este modo impide que se aumente la cantidad monetaria de la isla, y tiene siempre a un precio módico el producto de los trabajos de los habitantes.

»Así es como el gobierno, sin consultar más que tus propios intereses, ahoga toda clase de industria entre estos pueblos, obligándoles a abandonar, por decirlo así, toda otra especie de cultivo para entregarse a los de los árboles de clavo y nuez moscada.

»Los holandeses habían cuidado de limitar el cultivo de las especias para que no traspasase mucho los límites del cultivo ordinario. Por lo demás, estos medios, destructores de toda actividad, se acomodan grandemente con la indolencia de aquellos pueblos».

El 23, vendimiario del año 1, para conformarnos con el nuevo estilo empleado por La Billardiere, salieron de Amboina las dos urcas ampliamente provistas de provisiones: gallinas, patos, ánades de Guinea, cerdos, cabras, patatas, ñames y coles. Las carnes, sin embargo, eran poco abundantes. La harina era de mala calidad y la tripulación no pudo acostumbrarse al sagú que se había embarcado para reemplazarla. No nos falta ya para terminar la larga lista de provisiones de que se cargaron los buques sino citar los bambúes, los clavos de especia en conserva y el arak.

«Los tallos tiernos del bambú corlados en rebanadas y conservados en vinagre, dice Billardiere forman una excelente provisión para un largo viaje, y de ella llevábamos en abundancia.

Estos tallos son generalmente muy tiernos si se tiene cuidado de recogerlos a tiempo; se venden en el mercado como legumbres y pueden reemplazarlas. Su longitud es por lo común de un metro y su grueso de una tercera parte de centímetro.

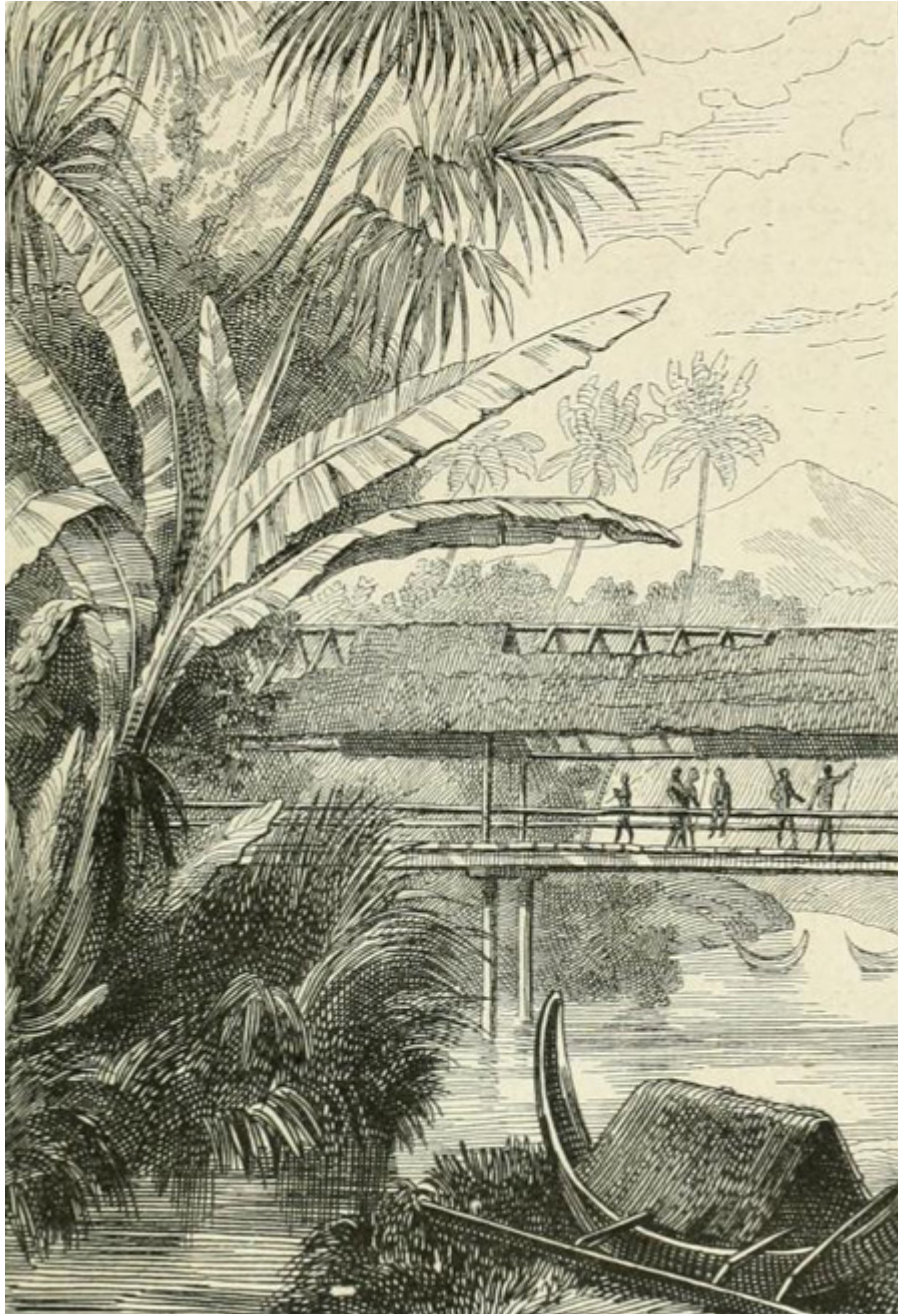
»Los chinos les aprecian mucho y les encuentran un sabor muy semejante al de los espárragos.

»Llevábamos también provisiones de clavo de especia y de nuez moscada en conserva de azúcar. La drupa de la nuez moscada es en este caso la única parte comestible. Por desgracia los confiteros ignorantes, que hicieron estas conservas habían escogido nueces muy adelantadas. Los clavos que había, ya tan gruesos como aceitunas medianas, conservaban un gusto, demasiado aromático para formar un dulce agradable. Es preciso tener un paladar indio para deleitarse en estas golosinas; y otro tanto dirá del jengibre, del cual también llevamos en confitura.

»El único licor espirituoso que pudimos proporcionarnos fue el arak, del cual compramos varias barricas.

Algunos viajeros ponderan demasiado este licor, y en mi concepto vale más cualquier mediano aguardiente de uva».

Al salir de Amboina la expedición, hizo rumbo a la costa Sudoeste de la Australia reconociendo sucesivamente, y sin detenerse, la isla Kisser, la costa septentrional de Timor, la isla Batú, Savu, que presenta un golpe de vista delicioso, y en fin, el 16 frimario el extremo occidental de la costa Sudoeste de la Nueva Holanda que había sido descubierta en 1622 por Leuwin.



La playa no presentaba sino una serie de dunas arenosas, entre las cuales sobresalían picos de roca que ofrecían el espectáculo de la más completa aridez.

La navegación por aquella costa sin abrigo, fue muy peligrosa; la mar era gruesa, el viento fuerte, y era preciso navegar entre escollos. La *Esperanza*, durante una gran borrasca, iba ya a ser arrojada a la costa cuando un oficial, llamado Legrand, desde lo alto

del palo mayor, reconoció un fondeadero donde dijo que los buques estarían en seguridad.

«La salvación de los dos buques, dice la relación, dependía de este descubrimiento, porque la Investigación, obligada a bordear durante la noche entre escollos peligrosos después de haber luchado todo el tiempo posible contra la fuerza de la tempestad esperando un cambio de viento que la permitiese salir a alta mar, se habría perdido infaliblemente. Esta bahía, que lleva el nombre del ciudadano Legrand, recordará el servicio señalado que este hábil marino prestó a su expedición».

Los navegantes reconocieron los islotes que rodeaban aquella costa. Uno de ellos, llamado Riche, ingeniero geógrafo de la Investigación, que había bajado a la principal para hacer algunas observaciones, se extravió y no pudo volver a bordo hasta dos días después, extenuado de cansancio y de hambre.

En el pequeño archipiélago de que acabamos de hablar, terminaron los descubrimientos de Nuyts.

«Nos admiramos, dice La Billardiere, de la precisión con que este navegante había determinado la latitud del archipiélago en una época en que los instrumentos de observación eran todavía tan imperfectos, y lo mismo debo decir de todos los puntos que Leuvon había reconocido en esta tierra.

El 15 nivoso, la expedición estaba a los 21° 52' de latitud y 129° 40' de longitud oriental, cuando el capitán Huen de Kermadec dio parte a Entrecasteaux, de que su timón había experimentado averías, de que su tripulación estaba reducida a tres cuartos de botella de agua por día, de que se había visto obligado a suprimir la distribución de bebidas antiescorbúticas y que no tenía a bordo de la *Esperanza* sino treinta barricas de agua. La situación no era mejor en la *Investigación*, y estas circunstancias obligaron a Entrecasteaux a hacer rumbo al cabo Diemen, después de haber seguido por espacio de 160 miriámetros una costa excesivamente árida y que no le había ofrecido observaciones interesantes.

El 3 lluvioso los buques anclaron en la bahía de las Rocas, abra de la bahía de las Tempestades, reconocida en el año anterior.

Esta estación fue muy productiva en datos de todo género. La Billardiere maravillado de la variedad de producciones de aquel rincón de la tierra de Diemeo, no podía cansarse de admirar los inmensos bosques de árboles verdaderamente gigantescos, y las espesuras de arbustos y plantas desconocidas, entre las cuales se veía obligado a hacerse camino. En una de las muchas excursiones que hizo por los alrededores de la bahía, reunió hermosos ejemplares de hematita roja bronceada, y más lejos, una tierra de ocre de un color rojo bastante vivo que denotaba la presencia del hierro. No tardó en encontrar algunos indígenas, y las noticias que da sobre esta raza, hoy completamente extinguida, son bastante interesantes, por lo cual las reproduciremos, completando de este modo las que debemos al capitán Cook.

«Éstos salvajes eran cuarenta y dos; entre ellos, siete hombres hechos y ocho mujeres: los demás parecían ser sus hijos, y entre estos vimos varias jóvenes ya núbiles y todavía menos vestidas que sus madres...

Estos naturales tienen el cabello crespo y se dejan crecer la barba. En los niños la mandíbula superior es mucho más saliente que la inferior, pero con la edad se va aplastando y en el adulto viene a quedar casi en la misma línea. Su piel es de un color negro no muy subido, pero es sin duda una belleza entre estos pueblos el ser muy negros, y para parecerlo aún más de lo que en efecto lo son, se cubren de polvo de carbón principalmente las partes superiores del cuerpo.

»En su piel, particularmente, y en los hombros, se observan tubérculos dispuestos simétricamente, presentando unas veces rayas de un diámetro de longitud, y otras, puntos a diferentes distancias unos de otros... La costumbre de arrancarse los dientes incisivos superiores que según la relación de algunos viajeros se creía general entre estos habitantes, no la hemos encontrado en

este pueblo, porque no hemos visto ninguno a quien faltasen dientes en la mandíbula superior, antes bien, todos los tenían muy buenos.

Estos pueblos están cubiertos de miseria, y admiramos la paciencia de una mujer que estuvo largo tiempo ocupada en espulgar a uno de sus hijos; pero vimos con mucha repugnancia que siguiendo la costumbre de otros muchos negros, más.aba aquellos insectos y se los comía inmediatamente».

Es de notar que los monos tienen la misma costumbre.

«Los niños pequeños eran muy curiosos, y todo lo que tenía algún brillo les atraía. Procuraban desprender los botones de metal de nuestros uniformes; y debo citar con este motivo la astucia de un joven salvaje respecto de uno de los marineros. Éste había dejado al pié de una roca un saco lleno de conchas.

»Inmediatamente el salvaje se le llevó furtivamente a otra parte y dejó al marinero que lo buscara durante algún tiempo; después le volvió a llevar al mismo sitio y se divirtió mucho con la broma que había dado al marinero».

Al amanecer del 26 pluvioso, los dos buques levantaron anclas; entraron en el estrecho de Entrecasteaux, y el 5 ventoso llegaron a la bahía de la Aventura. Después de quince días de recalada y de observaciones en ésta había, Entrecasteaux se dio a la vela para la Nueva Zelanda y llegó a su extremo septentrional.

Allí tuvo una entrevista con los naturales, demasiado corta, y que nada puede añadir a las noticias tan abundantes y precisas que debemos al capitán Cook. En seguida se dirigió al archipiélago de los Amigos, que La Perouse había debido visitar, y ancló en la rada de Tonga-Tabú. Las urcas fueron inmediatamente rodeadas de una multitud de piraguas, y por decirlo así, tomadas al abordaje por una más. de insulares que acudían a vender cerdos y frutas de toda especie.

Uno de los hijos de Pulao, el rey que Cook había conocido, recibió con amabilidad a los navegantes y vigiló muy escrupulosamente los cambios que se hacían con los indígenas:

tarea muy difícil, porque éstos desplegaban una habilidad maravillosa para hurtar todo lo que se hallaba a su alcance.

La Billardiere cuenta una treta de que fue víctima.

Siguiéronle dos indígenas, que él creyó fuesen jefes, a la tienda donde estaban depositadas las provisiones.

«Uno de ellos, dice, mostró la mayor solicitud para elegirme las mejores frutas. Yo había dejado mi sombrero en el suelo creyéndole en un lugar seguro; pero aquellos dos ladrones hicieron su oficio. El que estaba detrás de mí fue bastante diestro para ocultar mi sombrero bajo sus vestidos, y se marchó antes de que yo lo advirtiese; el otro no tardó en seguirle.

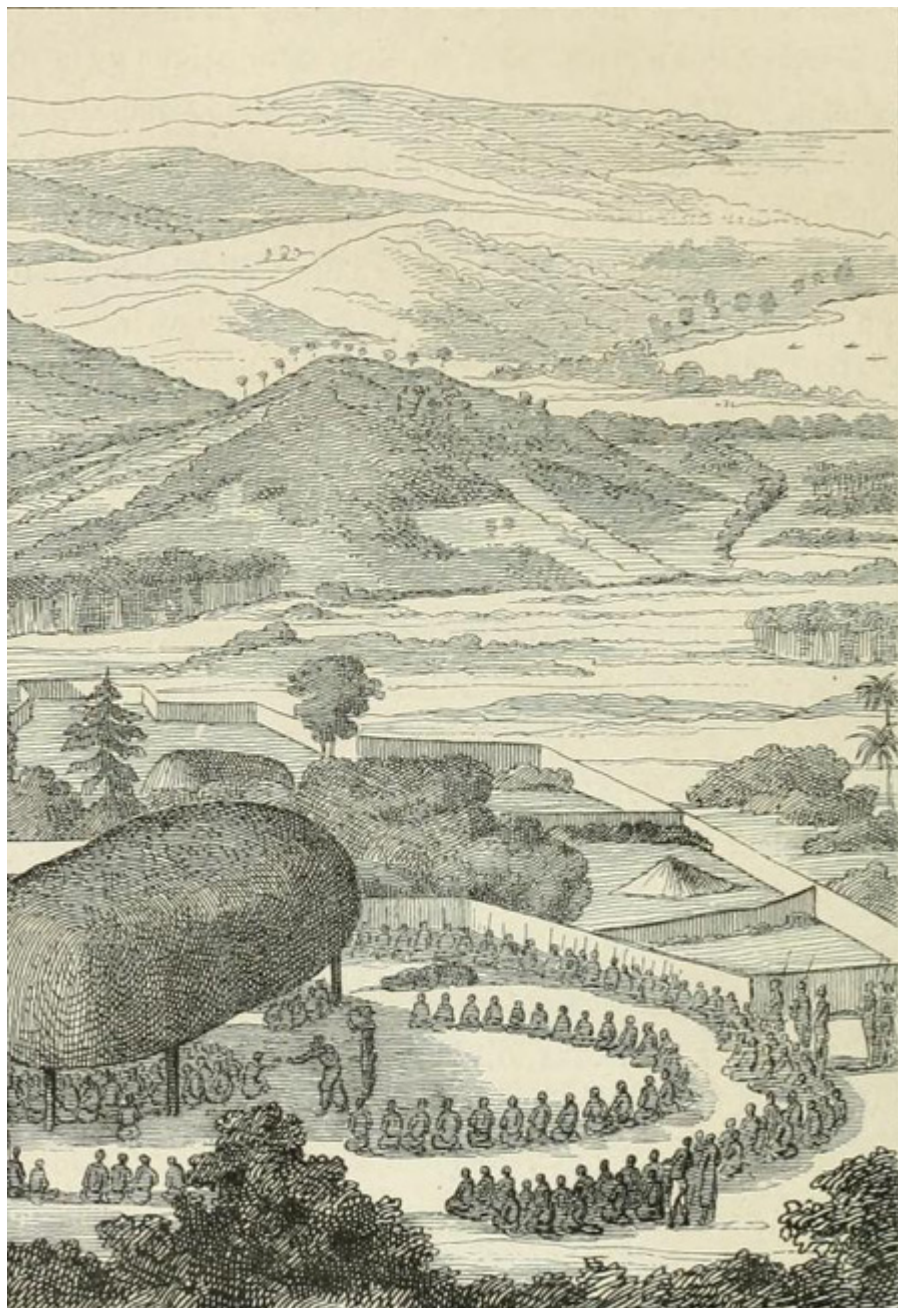
»Yo desconfiaba tanto menos de aquellos dos hombres cuanto que no creía que se atrevieran a apoderarse de un objeto tan voluminoso a riesgo de ser sorprendidos en el recinto donde les habíamos dejado entrar, además de que un sombrero no podía ser de grande utilidad para gente que por lo común lleva la cabeza desnuda. La destreza que mostraron para robarme probó que no era éste el primer golpe que habían dado».

Los franceses tuvieron relaciones con un jefe que llaman Finao. Es sin duda el jefe de que se habla, con el nombre de Finau en la relación del viaje de Cook, que le llama Tutá; pero éste era un jefe secundario: el rey, el jefe supremo de Tonga-Tabú, Vavao y Anamuka, se llamaba Tubao. Éste hizo una visita a los buques y les llevó un fusil que pocos días antes había robado a un centinela. Regaló a d'Entrecasteaux dos piezas de tela de corteza de papiro, tan grandes que cada una de ellas desplegada hubiera cubierto fácilmente el buque. Regaló además esteras y cerdos en cambio de las cuales se le ofrecieron una hermosa hacha y una casaca roja de general que se puso inmediatamente.

Dos días después, una mujer de gordura extraordinaria, de edad por lo menos de cincuenta años, y a la cual los naturales manifestaban el mayor respeto, se hizo conducir a bordo. Era la reina Tiné. Probó de todos los manjares que se le ofrecieron, pero dio la preferencia al dulce de bananas. El maestre sala del buque

estaba detrás de ella y esperaba el momento de que acabase para quitar la mesa, pero ella le evitó este trabajo apropiándose la servilleta y el plato.

El rey Tubao quiso dar una fiesta a Entrecasteaux.



Éste fue recibido en tierra por los dos jefes Finao y Omalay que le condujeron a una explanada muy extensa. Tubao llegó con sus

dos hijas que se habían echado en el cabello una gran cantidad de aceite de coco, y llevaban cada una un collar hecho de las hermosas cuentas del *abrus precatorius*.

«Los insulares formaban, dice la relación, un gran concurso, y calculamos que por lo menos eran cuatro mil.

»El sitio de honor era sin duda la izquierda del rey, porque invitó al general a que se sentara allí. Entrecasteaux hizo llevar los regalos destinados a Tubao el cual dio muestras de mucha gratitud; pero nada de lo que se le ofreció excitó la admiración de aquella numerosa asamblea, tanto como una pieza de damasco carmesí cuyo vivo color produjo grandes exclamaciones en todas partes: ¡Ello!, ¡ello!, repitieron largo tiempo en tono de gran sorpresa; y el mismo grito dieron cuando desarrollamos algunas piezas de cintas en que dominaba el color rojo.

El vicealmirante regaló después a Tubao una cabra preñada, un macho cabrío y dos conejos, macho y hembra, y el rey prometió cuidar mucho de ellos y dejarles multiplicarse en la isla.

»Omalay, presentado por Tubao como su hijo, recibió también del vicealmirante algunos regalos, lo mismo que los demás jefes.

»Teníamos a la derecha, hacia el Nordeste, trece músicos sentados a la sombra de un árbol de pan cargado de un numeroso fruto, y cantaban en coro formando diferentes partes. Cuatro de ellos que llevaban en la mano un bambú de metro a metro y medio de largo, llevaban el compás dando con él en tierra y el más largo de aquellos bambúes servía algunas veces para marcar los tiempos. Estos instrumentos producían sonidos bastante semejantes a los de un tamboril, y tenían entre si las proporciones siguientes: los dos bambúes de mediano tamaño formaban el unísono; el más largo era un tono o tono y medio más bajo, y el más corto dos tonos y medio más alto. El músico que cantaba de contralto se hacía oír mucho más que todos los otros aunque su voz era un poco ronca; se acompañaban al mismo tiempo dando con dos palitos de casuarina sobre un bambú de seis metros de largo hendido en toda su longitud.

Tres músicos situados delante de nosotros, se esforzaban en expresar el motivo del canto con gestos que sin duda habían estudiado bien, porque los repetían a una de la misma manera. De cuando en cuando volvían la cabeza hacia el rey haciendo con los brazos movimientos que no carecían de gracia; y otras veces inclinaban la cabeza con celeridad hasta el pecho y la sacudían en diferentes direcciones.

»En esto Tubao ofreció al vicealmirante piezas de tela hecha de corteza de papiro, y las hizo desplegar con mucha ostentación para darnos a conocer todo el valor de su regalo.

»El Ministro que estaba sentado a su derecha, mandó preparar la kava, y pronto llevaron un vaso de madera en forma de óvalo y de un metro de largo lleno de este licor.

»Los músicos sin duda habían reservado para este instante sus más bellos trozos, porque a cada pausa que hacían oíamos gritar por todas partes: ¡malí!, ¡malí!, y los aplausos reiterados de los circunstantes, nos dieron a conocer que aquella música producía en ellos una impresión muy viva y agradable.

El kava fue en seguida distribuido entre los diferentes jefes por el que había recibido la orden de prepararlo...».

Este concierto, como se ve, estaba muy lejos de valer lo que las fiestas espléndidas celebradas con motivo de la recepción de Cook.

La reina Tiné dio después un gran baile, precedido de un concierto, que atrajo un gran concurso de indígenas entre los cuales, bueno es notarlo, se habían introducido gran número de ladrones, cuyo descaro llegó hasta el punto de que se apoderaron por fuerza de un cuchillo. Vivamente perseguidos por el herrero de la Investigación cuando le vieron solo, se volvieron, se echaron sobre él y le abrieron la cabeza con un golpe de maza. Por fortuna aquella contienda fue vista desde la *Esperanza*, la cual disparó un cañonazo que dispersó a los asesinos. En esta ocasión, los oficiales y los marineros, mataron a varios insulares, porque no sabiendo exactamente lo que había pasado creían ver enemigos en todos los indios que encontraban.

Sin embargo, no tardaron en restablecerse las buenas relaciones, y eran tan cordiales en el momento de la partida, que muchos indígenas pidieron permiso para embarcarse y trasladarse a Francia.

«Las noticias que los insulares más inteligentes nos dieron acerca de los buques que habían anclado en aquel archipiélago, dice la relación, nos convencieron de que La Perouse no había recalado en ninguna de sus islas. Recordaban muy bien las diferentes épocas en que habían visto al capitán Cook, y para darnos a conocer los intervalos entre visita y visita, contaban por cosechas de ñames, señalando dos cosechas para cada año».

Estos informes relativos a La Perouse están en absoluta contradicción con los que Dumont-Durville recogió 35 años después de la Tamaha, entonces reinante.

«Quise saber, dice, si entre la visita de Cook y la de d'Entrecasteaux habían llegado otros europeos a Tonga. Tamaha, después de haber reflexionado algunos momentos, me explicó claramente que pocos años antes del paso de d'Entrecasteaux dos buques grandes semejantes a los suyos con cañones y muchos europeos habían anclado en Anamuka, donde habían estado diez días. Su pabellón era todo blanco y no se parecía al de los ingleses. Habían tenido buenas relaciones con los naturales que les dieron una casa en tierra donde se hacían los cambios.

Un natural que había vendido a cambio de un cuchillo un taburete de madera a un oficial, fue muerto por este de un tiro por haber querido llevarse el taburete después de haber recibido el precio; pero esto no turbó las relaciones pacíficas, porque el indígena no había tenido razón en aquel caso.

Como la honradez de Dumont-Durville le pone al abrigo de toda sospecha de superchería, no se puede menos de confesar que muchos puntos de esta declaración circunstanciada presentan un gran carácter de verdad. Lo que se refiere al color de la bandera, tan diferente de la de los ingleses, es una prueba especial.

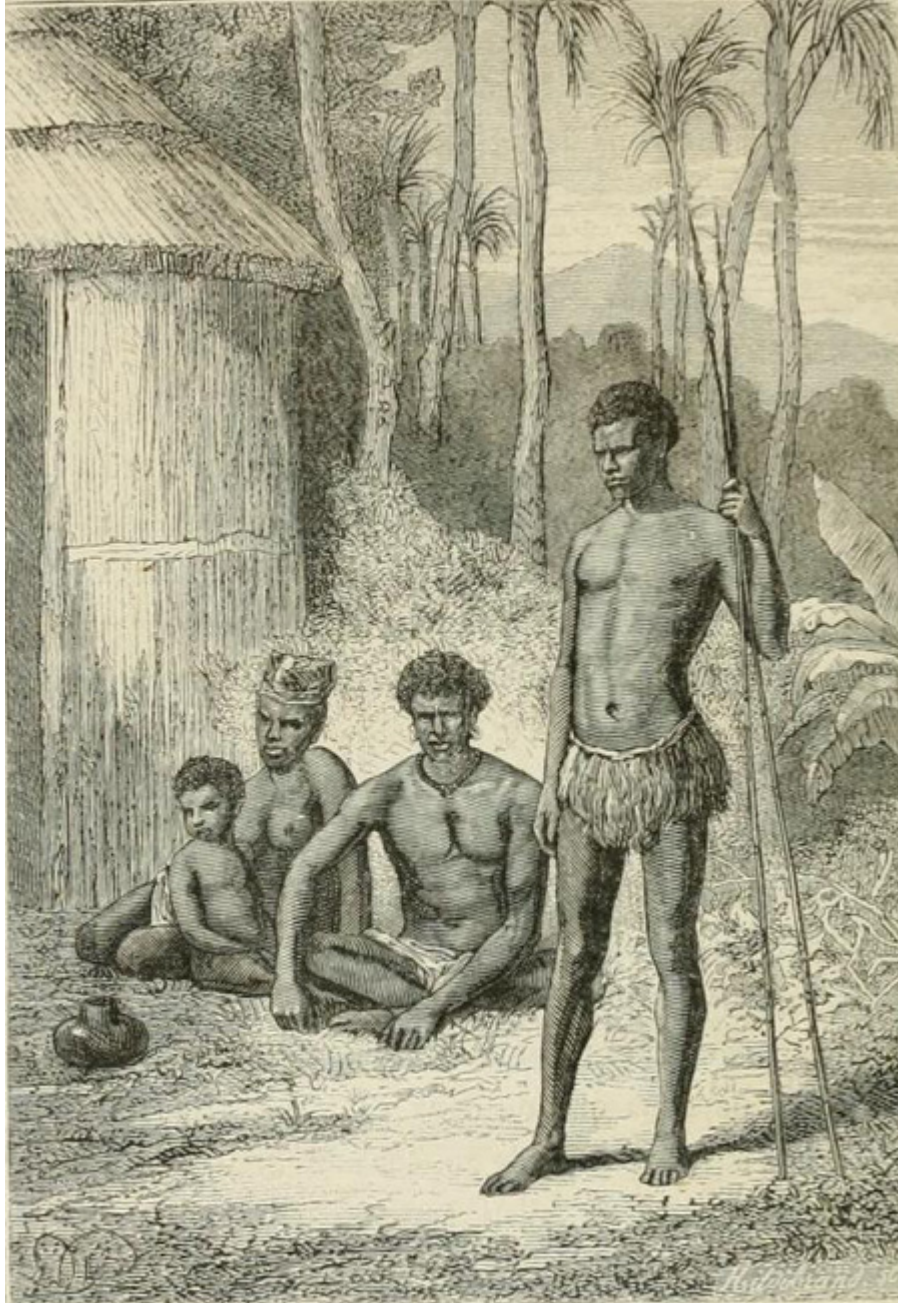
¿Debemos deducir de aquí la ligereza con que se hicieron las observaciones por Entrecasteaux?

Esta deducción sería muy grave; sin embargo, debemos referir dos circunstancias de las cuales se puede inferir que merece el cargo que de la relación de Dumont-Durville le rentan.

Los naturales vieron marchar las urcas francesas dando muestras de un vivo sentimiento. Verificóse la partida el 21 germinal, y seis días después, la *Esperanza*, señalaba la más oriental de las islas del Espíritu Santo llamada Erronan, descubierta por Quirós en 1608; después se avistaron sucesivamente Anatom, Tanna, cuyo volcán continuaba en erupción etc y las islas Beautemps-Beauprés. Después, impulsadas por la corriente, las dos fragatas se hallaron en breve a la vista de las montañas de la Nueva-Caledonia, y echaron anclas en el puerto de Balade, donde el capitán Cook se había detenido también en 1774.

Los salvajes conocían el hierro, pero no le apreciaban tanto como otros pueblos, sin duda porque las piedras de que se servían eran muy duras y hacían menos sensible la privación de aquel metal. Sus primeras palabras al subir a bordo, fueron para pedir de comer; y no había medio de equivocar su significación, porque señalaban el vientre que verdaderamente estaba muy comprimido.

Sus piraguas no estaban tan artísticamente construidas como las de las islas de los Amigos y las manejaban mal, observación ya hecha por el capitán Cook.



La mayor parte de estos insulares, de cabellos lanudos y de piel casi tan negra como la de los de Van Diemen, iban armados de azagayas y de mazas y llevaban al cinto un saquito de piedras ovaladas para lanzarlas por medio de ondas.

Los oficiales y los naturalistas, después de un paseo por tierra, durante el cual visitaron las cabañas de los naturales, que tienen la forma de colmenas, pensaron en volver a los buques.

«De regreso al sitio donde habíamos desembarcado, dice la relación, encontramos más de setecientos indígenas que hallan acudido de todas partes. Nos pidieron telas y hierro en cambio de los objetos que traían, y en breve algunos de ellos nos demostraron que eran descaradísimos ladrones.

»Entre sus diferentes tretas, citaré una que me jugaron dos de estos bribones. Uno de ellos me ofreció en venta un saquito que contenía piedras labradas en óvalo que llevaba a la cintura. Inmediatamente le desató y fingió querérmele dar con una mano, mientras que con la otra recibía el precio convenido. Pero en el mismo instante, el otro salvaje, que se había puesto detrás de mí, dio un gran grito para hacerme volver la cabeza hacia él, y entonces el bribón de su compañero huyó con el saco y con lo que le había dado, tratando de ocultarse entre la multitud. No quisimos castigarle aunque íbamos armados de fusiles; sin embargo, era de temer que este acto de mansedumbre fuese considerado por aquellos pueblos como acto de debilidad y les hiciese más insolentes».

Lo que sucedió poco tiempo después parece confirmar este temor.

«Varios de ellos se atrevieron a tirar piedras contra un oficial que estaba a 200 pasos. Todavía no quisimos ensañarnos con ellos, porque la relación de Forster nos había prevenido tan ventajosamente en su favor, que necesitábamos otras pruebas para cambiar la buena opinión que teníamos de la blandura de su carácter; pero pronto tuvimos la demostración incontestable de su ferocidad.

»Uno de ellos, que tenía un hueso y devoraba un resto de carne asada todavía adherido a él, se adelantó hacia el ciudadano Piron y le convidó a comer de aquella carne. Piron, creyendo que el salvaje le ofrecía un pedazo de cualquier cuadrúpedo, aceptó el hueso, que no estaba cubierto más que por partes tendinosas, y habiéndomele enseñado, vi que pertenecía a la pelvis de un niño de catorce a quince años. Los naturales que nos rodeaban nos indicaron en otro niño la posición de aquel hueso; convinieron sin dificultad en que la

carne de que estaba cubierto había servido para la comida de un insular y nos hicieron comprender que era para ellos un manjar muy delicado.

»La mayor parte de los que componían nuestra expedición y que se habían quedado a bordo, no quisieron dar crédito a la relación que les hicimos de la bárbara afición que tenían aquellos insulares a la carne humana no pudiendo persuadirse de que aquellos pueblos, de los cuales el capitán Cook y Forster habían hecho una pintura tan ventajosa, estuviesen degradados por tan horrible vicio; pero no fue difícil convencer a los incrédulos, porque yo llevé el hueso ya roído a nuestro cirujano mayor y le reconoció por el de un niño; le presentó a los indígenas que estaban a bordo, e inmediatamente uno de aquellos antropófagos le tomó con avidez y arrancó con los dientes los ligamentos y cartílagos que aún tenía adheridos. Le pasó luego a sus compañeros, los cuales encontraron todavía algo que roer».

Los naturales que habían subido a bordo robaron tantos objetos y con tal descaro, que los franceses se vieron obligados a expulsarlos de los buques. Al día siguiente, apenas éstos habían bajado a tierra, encontraron a los salvajes comiendo. Ofreciéronles inmediatamente parte de la carne que acababan de asar, y los franceses conocieron que era carne humana».

Varios oficiales fueron acometidos y robados con la mayor desvergüenza. Las intenciones de los naturales no eran dudosas; en breve trataron de apoderarse de las hachas que los marineros habían dejado en tierra para hacer leña y fue preciso hacer fuego contra ellos para alejarlos.

Las hostilidades se renovaron varias veces y terminaron siempre por la fuga de los naturales teniendo éstos muchos muertos y heridos. Sin embargo, el poco éxito de sus tentativas no les impidió renovarlas siempre que encontraron ocasión favorable.

La Billardiere fue testigo de un hecho que muchas veces se ha observado después pero que por largo tiempo pareció inverosímil. Vio a algunos indígenas que comían esteatita Esta tierra sirve para amortiguar la sensación de hambre llenando el estómago y

sosteniendo así las vísceras unidas al diafragma; y aunque esta sustancia no da ningún alimento nutritivo, es muy útil a aquellos pueblos, que deben estar expuestos con frecuencia a una larga privación de alimento, porque se cuidan muy poco del cultivo de la tierra, que por lo demás es muy estéril...

Jamás se habría imaginado que pueblos antropófagos acudieran a este expediente cuando sienten los estímulos del hambre».

Los navegantes no pudieron obtener durante su residencia en la Nueva Caledonia, ninguna noticia acerca de La Perouse. Sin embargo, una tradición, recogida por *Mr.* Julio Garnier, dice que poco tiempo después del paso de Cook dos grandes buques se acercaron al extremo septentrional de la isla de los Pinos, y enviaron a ella embarcaciones.

«Pasado el primer momento de susto, dice *monsieur* de Julio Garnier, en una comunicación inserta en el *Boletín de la Sociedad de Geografía* de 1869, los indígenas se acercaron a los extranjeros y fraternizaron con ellos. Maravillados al principio de las riquezas que llevaban, la codicia les impulsó en seguida a oponerse por la fuerza a la partida de nuestros marinos; pero éstos calmaron su ardor con un fuego de fusil, que dejó tendidos en tierra a muchos indígenas. Los dos buques, poco satisfechos de aquel salvaje recibimiento, se alejaron en dirección de la tierra Grande, después de haber disparado un cañonazo que los habitantes creyeron un trueno».

Es muy extraño que Entrecasteaux, que estuvo en relaciones con los indígenas de la isla de los Pinos, del arrecife madreporico que defiende de los asaltos del Océano la costa occidental de la Nueva Caledonia, hubiera podido descubrir una de las muchas ensenadas que en ella se encuentran, quizá habría encontrado algún vestigio del paso de La Perouse, navegante celoso y atrevido, émulo de Cook, y que debió desembarcar en muchos puntos de aquel litoral. Un ballenero, cuya relama cita Rienzi, afirmaba haber visto en manos de los neocaledonio, medallas y una cruz de San Luis, procedente de la expedición francesa.

Mr. Julio Garnier, durante un viaje que hizo de Numea a Canala en el mes de marzo de 1865, vio en mano de uno de los indígenas de su escolta, «una espada vieja y enmohecida, afilada como lo estaban las del siglo último y que tenía en el puño flores de lis.» .

Pero todas las noticias que pudo obtener de su propietario se redujeron a que la poseía desde largo tiempo.

No es probable que ningún individuo de la expedición regalase una espada a aquellos salvajes, y mucho menos una cruz de San Luis. Sin duda algún oficial fue muerto en algunas contiendas, y así pasaron aquellos objetos a uno de los naturales.

Esta hipótesis tiene la ventaja de estar de acuerdo con la relación dada por *Mr.* Garnier de las contradicciones flagrantes que se encuentran en la pintura del carácter del pueblo de Balada que hacen Cook y Entrecasteaux. Para el primero estos indígenas tienen todas las buenas cualidades; son bondadosos, francos y pacíficos; para el segundo tienen todos los defectos: son ladrones, traidores y antropófagos.

Así, *Mr.* Garnier se preguntó si algún hecho extraordinario ocurrido entre una y otra visita, habrá podido modificar la conducta de aquellos indígenas; si ocurriría alguna seria contienda en que los europeos se hubiesen visto obligados a hacer uso de las armas, a destruir plantaciones y quemar casas; y si algún acontecimiento de este género se debería la acogida hostil que hicieron a Entrecasteaux.

La *Billardiere*, refiriendo una excursión que hizo a las montañas que forman la cadena que divide las aguas al extremo septentrional de la Nueva Caledonia y desde la cual se ve el mar por ambos lados, dice:

«Íbamos seguidos tan solo por tres indígenas, que sin duda nos habían visto el año antes costear por la parte occidental de su isla, porque nos hablaron de dos buques que habían visto hacia aquella parte.

La *Billardiere* hizo mal en no preguntarles más sobre este punto. ¿Fueron los buques de La *Perouse* los que habían visto aquellos

salvajes?

¡Había pasado un año o había trascurrido más tiempo!

Se ve por estos pormenores cuan sensible es que Entrecasteaux no hiciese sus investigaciones con más celo; porque de haber empleado más cuidado, habría descubierto indicios de la existencia de sus compatriotas y los habría encontrado, si no todos, a lo menos una parte.

Durante aquella recalada el capitán Huon de Kermadec murió de resultas de una fiebre ética que le había durado muchos meses, y le reemplazó en el mando de la *Esperanza* Mr. de Hesmivy de Auribeau.

Entrecasteaux salió de la Nueva Caledonia el 21 floral, y reconoció sucesivamente las islas del Molino, de Huon y la de Santa Cruz de Mendaña, separadas de la Nueva Jersey por un canal donde fueron atacados los buques franceses.

Al Sudeste se veía una isla, que recibió de Entrecasteaux el nombre de la Investigación, y hubiera podido llamarla del Descubrimiento, si hubiese pensado acercarse a ella. Era Vanikoro, islote rodeado de arrecifes madreporicos, en los cuales habían naufragado los buques de La Perouse, y que verosíblemente estaba todavía habitada en aquella época por una parte de los desgraciados náufragos.

«¡Fatalidad inconcebible! ¡Llegar tan cerca del objeto que se busca, y pasar de largo sin encontrarlo!

Pero el velo que ocultaba la suerte de los compañeros de La Perouse, no debía rasgarse sino mucho tiempo después.

Entrecasteaux, luego que hubo reconocido detenidamente el extremo meridional de Santa Cruz, sin tener la menor noticia del objeto de sus pesquisas, se dirigió la tierra de les Arsácidas de Surville y reconoció su extremo meridional; después pasó a las costas de la Luisiada, porque La Perouse había anunciado que iba a visitarla al salir de las de Salomon y avistó el 7 de pradiel el cabo de la Libertad.

Este cabo no pertenece a la Nueva Guinea, como creyó Bougainville, sino que es el extremo de una isla que fue llamada Rossel, nombre de uno de los oficiales que debía ser el principal historiador de la expedición .

Las dos urcas llegaron a lo largo de una serie de islas bajas y peñascosas, y de bajos que recibieron los nombres de los principales oficiales, y llegaron a las costas de la Nueva Guinea, a la altura del cabo del Rey Guillermo, desde el cual se dirigieron al estrecho de Dampier; costearon la orilla septentrional de la Nueva Bretaña, al Norte de la cual descubrieron varias islas muy montuosas, desconocidas hasta entonces; y el 17 de julio se hallaron la vista de una isleta cercana de la de los Anacoretas.

Entrecasteaux, atacado desde mucho tiempo antes de la disentería y del escorbuto, se hallaba en el último extremo, y cediendo a las instancias de sus oficiales, se determinó a separarse de la *Esperanza* para llegar más rápidamente a Waiyu; pero al día siguiente de su llegada, 20 de julio, murió después de largos y dolorosos padecimientos.

En la recalada de Waiyu y de Buru, el residente colmó a los franceses de atenciones. Algunas habitantes habían conservado el recuerdo de Bougainville.

Después de la muerte de Entrecasteaux, la expedición, primero a las órdenes de Auribeau, que en breve cayó enfermo, y luego a las de Rossel, pasó el estrecho de Buton y el de Saleyer, y llegó el 19 de octubre delante de Surabaya. Ahí los individuos de la expedición supieron los graves sucesos ocurridos en Francia.

Luis XVI había sido decapitado y la Francia estaba en guerra con Holanda y con todas las potencias de Europa. Aunque la *Investigación* y la *Esperanza* tenían necesidad de muchas reparaciones, y aunque la salud de las tripulaciones exigía un largo descanso, Auribeau quiso marchar inmediatamente para la isla de Francia; pero el gobierno holandés le detuvo. La mala inteligencia que estalló en breve entre los individuos de la expedición, cuyas opiniones políticas eran muy diferentes, hizo temer al gobernador

holandés que estallaran turbulencias en su colonia, y quiso someter a sus prisioneros condiciones muy humillantes por las cuales, sin embargo, fue necesario pasar.

La discordia estalló todavía más cuando Auribeau creyó oportuno enarbolar la bandera blanca; la mayor parte de los oficiales y de los hombres de ciencia, entre ellos La Billardiere se opusieron obstinadamente, y entonces fueron detenidos por las autoridades holandesas y repartidos entre los diferentes puertos de la colonia.

A la muerte de Auribeau, que ocurrió el 21 de agosto de 1794, Rossel quedó encargado del mando de la expedición y de llevar a Francia los documentos de todo género que había recogido durante la campaña; pero hecho prisionero por una fragata inglesa, fue despojado de todo lo que llevaba, con menosprecio del derecho de gentes; y cuando la Francia entró en posesión de los objetos de historia natural que le habían sido robados (la expresión no es demasiado fuerte si se consideran las instrucciones que el gobierno francés había dado respecto de la expedición de Cook) se hallaban en tan mal estado, que no se pudo sacar de ellos todo el fruto que se esperaba.

Así concluyó esta campaña desdichada. Si su objeto principal se había frustrado, por lo menos se habían hecho algunos descubrimientos geográficos, completado o rectificado los de otros navegantes, y se había reunido una gran cosecha de observaciones y descubrimientos en las ciencias naturales, debidas en gran parte al celo del naturalista La Billardiere.

CAPÍTULO III

Viaje del capitán Marchand. —Las Marquesas. — Descubrimientos de Nuka-Hiva. —Usos y costumbres de los habitantes. —Las islas de la Revolución. —La costa da América y el puerto de Chikitand. —El canal de Cox. — Recalada en las islas de Sandwich. —Macao. —Decepción. — Regreso a Francia. —Descubrimiento de Bass y de Flinders en las costas de la Australia. —Expedición del capitán Baudin. —La tierra de Endracht y la tierra de Witt. —Recalada en Timor. —Reconocimiento de la tierra de Van-Diemen. — Separación del *Geógrafo* y del *Naturalista*. —Residencia en Puerto-Jackson. —Los criminales deportados. —Las riquezas pastoriles de la Nueva Gales del Sur. —Regreso del *Naturalista* a Francia. —Crucero del *Geógrafo* y del *Causuarina* por las costas de Nuyts, Edis, Endracht y de Witt. —Segunda residencia en Timor. —Regreso a Francia.

Un capitán de la marina mercante, llamado Esteban Marchand, volvía de Bengala en 1788, cuando encontró en la rada de Santa Elena al capitán inglés Portlock. La conversación recayó naturalmente sobre el comercio, los objetos de cambio y los artículos cuya venta proporcionaba mayores beneficios. Marchand, como hombre prudente, dejó hablar a su interlocutor y no respondió sino con las pocas palabras necesarias para alimentar la conversación. Con esto pudo obtener de Portlock la noticia interesante de que las pieles, y particularmente las de nutria, estaban a vil precio en la costa occidental de la América del Norte,

mientras que en China tenían precios fabulosos, al mismo tiempo que era posible proporcionarse fácilmente en el Celeste Imperio un cargamento de géneros de fácil venta en Europa.

De regreso a Francia comunicó a sus armadores los señores Baux, de Marsella, las noticias que había recogido, y éstos resolvieron aprovecharse inmediatamente de ellas. La navegación por los mares del Pacífico exigía un buque de fuerza excepcional y provisto de cualidades especiales. Los señores Baux mandaron, por consiguiente, construir un buque de 300 toneladas, forrado y claveteado en cobre y le proveyeron de todo lo necesario para su defensa en caso de ataque, para repararlo en caso de accidentes y para facilitar las operaciones comerciales y mantener la salud de las tripulaciones durante una campaña que debía durar tres o cuatro años. Al capitán Marchand, que mandaba el *Sólido*, se agregaron otros capitanes, los señores Masse y Próspero Chanal, tres tenientes, dos cirujanos y tres voluntarios que, con treinta y nueve marineros, completaron una tripulación de cincuenta personas.

Cuatro cañones, dos obuses y cuatro pedreros, con las municiones y las armas de mano necesarias, constituían el armamento.

Aunque el *Sólido* no debía llegar a los mares del cabo de Hornos hasta principios del invierno, salió de Marsella el 14 de diciembre de 1790, y después de una corta recalada en Praya en las islas de Cabo Verde, se dirigió a la Tierra de los Estados, que reconoció el 1.º de abril de 1791, dobló la Tierra del Fuego y penetró en el grande Océano. La intención del capitán Marchand era pasar directamente a la costa Noroeste de América; pero desde principios de mayo el agua se corrompió de tal manera en las barricas, que fue preciso pensar en renovarla. Decidiese, pues, a dirigirse a las Marquesas de Mendoza, islas situadas en el paralelo de los 10º Sur y hacia los 141º Oeste del meridiano de Paris.

«La situación de estas islas, dice Fleurieu, que redactó la interesantísima relación de este viaje, convenía tanto más a la expedición cuanto que el capitán Marchand, con objeto de evitar las

calmas que reinan con frecuencia cuando se pasa muy al Este, se había propuesto cortar la línea a los 142° de longitud occidental».

Este archipiélago, descubierto en 1595 por Mendoza, había sido visitado por Cook en 1774.

El 12 de junio se avistó la isla de la Magdalena, la más meridional del grupo. Los cálculos de Marchand y del capitán Chanal habían sido tan exactos, que el *Sólido* echaba anclas en las islas de Mendoza después de una travesía de setenta y tres días desde el cabo de San Juan, en la Tierra de los Estados, sin ver ninguna otra tierra y solamente sacando de las observaciones astronómicas toda la seguridad de su navegación en medio de una mar cuyas corrientes se agitan en diversas direcciones, desconcertando inutilizando todos los medios, cálculos y métodos ordinarios del pilotaje.

Marchand se dirigió después a San Pedro que había dejado al Oeste. Avistó en breve las islas Dominica, Santa Cristina y Hood y ancló en la bahía de la Madre de Dios, donde los naturales le recibieron con grande entusiasmo gritando repetidas veces: ¡tayo!, ¡tayo!

La imposibilidad de proporcionarse el número de cerdos que necesitaba, determinó al capitán Marchand a visitar otras bahías de la isla de Santa Cristina que halló más pobladas, fértiles y pintorescas que las de la Madre de Dios.

Los ingleses habían permanecido muy poco tiempo en las Marquesas para poder hacer observaciones exactas y minuciosas sobre el país y sus habitantes.

Tomaremos, pues, algunos pormenores de la descripción de Esteban Marchand.

Los habitantes son altos, fuertes y muy ágiles. El color de su piel es pardo claro, pero hay muchos que apenas difieren de los europeos de las clases humildes.

No tienen más vestido que el tatuado, porque el clima no exige ninguno. Los dibujos que se forman están distribuidos con la mayor regularidad; correspondiendo los de un brazo o de una pierna

exactamente a los de la otra pierna y el otro brazo; lo cual a causa de la simetría, no produce tan mal efecto. El peinado varia según los individuos, y la moda reina como soberana lo mismo en las Marquesas que en los demás países. Los unos llevan collares de cuentas rojas; otros una especie de alzacuello compuesto de pedacitos de madera muy ligera. Aunque todos, hombres y mujeres, se agujerean las orejas, generalmente no llevan pendientes. Sin embargo, «se ha visto una joven mendocina pavonearse llevando a manera de gola una vacía de afeitar de hoja de lata mohosa que había sido robada al barbero del *Sólido*; y un hombre llevaba también con gran ostentación la baqueta del fusil del capitán Marchand metida en el agujero de su oreja y que le colgaba al costado».

Cook afirma que conocen el kava de los tahitianos; lo que de esto puede decirse es que daban el nombre de la planta de la pimienta al aguardiente que se les dio a bordo del *Sólido*. Es de creer, sin embargo, que no abusarían del kava porque jamás vieron los franceses un indígena borracho.

Los ingleses no hablan de un acto de cortesía practicado por los habitantes de la Madre de Dios, del cual el capitán Chanal creyó deber hacer mención particular. Consiste este obsequio en ofrecer al amigo el manjar que se ha más.ado para que no tenga que hacer más que tragarlo. Ya se supondrá que por agradecidos que estuvieran los franceses a esta muestra distinguida de benevolencia y amistad de los naturales, eran demasiado discretos para abusar hasta tal punto de su complacencia.

Otra observación muy curiosa que debemos a Marchand es que sus casas, establecidas sobre plataformas de piedra y los zancos de que se sirven los naturales demuestran que la isla de Santa Cristina está expuesta a inundaciones. Se ha podido ver uno de estos zancos bien trabajado y esculpido en la exposición del Trocadero y debemos a *Mr. Hamy*, cuya competencia en todo lo que concierne a la Oceanía es bien conocida, una interesantísima disertación sobre este curioso objeto.

«La principal ocupación de los naturales de Santa Cristina, después de la pesca, la fabricación accidental de sus armas, piraguas y utensilios de casa, es cantar, bailar y divertirse. La expresión vulgar de matar el tiempo parece haber sido creada para demostrar la nulidad de las acciones en que se ocupa el círculo de la vida .

Durante los primeros días de su recalada en la bahía de la Madre de Dios, Marchand había hecho una observación que le condujo al descubrimiento de un grupo de islas que no había sido visto por los antiguos navegantes en tiempo de Cook.

Al ponerse el sol, en un día muy sereno, observó en el horizonte una mancha fija que presentaba la apariencia de un pico elevado. Repitióse esta observación por varios días y no pudo dudar de que aquella era una tierra; y como los mapas no indicaban ninguna en aquella dirección, no podía ser sino una isla desconocida.

Al salir de Santa Cristina el 20 de junio resolvió cerciorarse de la verdad, y tuvo la satisfacción de descubrir al Noroeste Inicia los 7° de latitud Sur un grupo de islas de las cuales la más importante recibió su nombre.

Los habitantes pertenecían indudablemente a la raza que había poblado las Marquesas.

Pronto se descubrieron otras varias islas como la de Bauz, que es Nuka-Hiva, la de los Dos Hermanos, las de Masse y Chanal; y se designó este archipiélago, reunido después por los geógrafos al de las Marquesas, bajo el nombre de islas de la Revolución.

Cuando el *Sólido* se halló en estado de abandonar aquellos parajes dirigió el rumbo a la costa de América; y estando la estación demasiado avanzada para subir hasta el paralelo 80 por el Williatn-Sound y el Cooks-River, Marchand resolvió dirigirse al cabo del Engaño y traficar en la bahía de Norfolk de Dixon que es la bahía de la Guadalupe de los españoles.

El 7 de agosto se avistaron la tierra y el cabo del Engaño y después de cinco días de calma, hasta entonces ningún tripulante había sido atacado del escorbuto; y esto, después de doscientos

cuarenta y dos días de navegación de los cuales diez solamente se habían pasado en las recaladas de Praya y de Madre de Dios y después de haber recorrido 5800 leguas, era un resultado magnifico debido únicamente a los armadores que no habían omitido ninguna precaución para conservar la salud de sus tripulaciones y los capitanes que habían sabido poner en practica todo lo que les aconsejaba su experiencia.

El capitán Marchand, durante su residencia en la bahía de la Guadalupe, cuyo nombre indígena era Chinkitane, compró un gran número de pieles de nutria, cien de ellas de primera calidad.

Los naturales de esta tierra, pequeños, rehechos, pero bien proporcionados, de rostro redondo y achatado, son bastante feos. Tienen ojos pequeños, hundidos y legañosos y pómulos salientes, lo cual no contribuye a hermosearlos. En cuanto al color de su piel es difícil averiguarlo bajo la espesa capa de grasa y mezcla de sustancias negras y rojas que la cubren.

Su cabellera, dura, espesa, erizada, cubierta de ocre, de vello de aves y de todas las suciedades que la negligencia y el tiempo han acumulado en ella, contribuye todavía a darles un aspecto más repugnante.

Las mujeres, aunque menos negras que los hombres, son todavía más feas. Su talle ancho, su corta estatura, sus pies vueltos hacia dentro y su suciedad inaudita hacen de ellas unos seres asquerosos.

La coquetería que es innata con la mujer, les estimula para aumentar su belleza natural a emplear un adorno labial tan extraño como molesto, del cual hemos dicho ya algunas palabras a propósito de la residencia de Cook en los mismos parajes.

«A unas seis líneas por debajo del labio inferior se practica una incisión longitudinal paralela a la boca; allí se mete al principio un pedazo de hierro o de madera, cuyo tamaño se aumenta gradualmente según el progreso de la edad. Después se introduce otro pedazo bien trabajado cuya forma y tamaño son con corta diferencia los de una cuchara de sopa. El efecto de este adorno es

hacer bajar por el peso de su parte saliente, el labio inferior sobre la barba, desarrollar los atractivos de una gran boca abierta que toma la forma de un horno y poner al descubierto una fila de dientes amarillos y sucios. Como ésta cuchara se quita y se pone a voluntad, cuando la quitan, la hendidura transversal del labio presenta una segunda boca, que por su abertura no cede a la boca natural, y en algunas mujeres tiene más de tres pulgadas de longitud».

El *Sólido* dejó la bahía de Chinkitane el 21 de agosto y se dirigió Inicia el Sudeste para reconocer las islas de la Reina Carlota, visitadas en 1786 por La Perouse. Estas islas se extienden en una línea de unas 70 leguas. El 23 vieron los navegantes la bahía de los Mantos, de Dixon, cuyo reconocimiento se hizo con el mayor cuidado por el capitán Chanal.

Al día siguiente las chalupas entraron en el canal de Cox y trataron de la compra de algunas pieles con los indios. La admiración de los navegantes fue grande a la vista de dos inmensos cuadros muy antiguos y de algunas esculturas gigantescas, que aunque no tenían sino relación muy lejana con las obras maestras de la Grecia, no dejaban de demostrar entre los naturales cierto gusto artístico que los franceses estaban muy lejos de esperar en aquellas poblaciones miserables.

Las tierras que forman la bahía y el estrecho de Cox son bajas y están cubiertas de abetos. La tierra vegetal compuesta de restos de plantas y de rocas no parece tener gran profundidad y las producciones son las mismas que en Chinkitane.

Puede calcularse el número de habitantes en unos cuatrocientos; su estatura difiere poco de la de los europeos y son menos feos que los de Chinkitane.

Como la recalada en la bahía de los Mantos no producía el número de pieles con que Marchand había contado, envió a las órdenes del capitán Chanal una expedición que visitó las islas situadas al Sur, reconocimiento que tuvo por objeto levantar el plano de la mayor parte de las islas, que todavía no habían sido visitadas.

Solamente Dixon había recorrido con sus buques aquellos parajes, pero ningún hombre de su tripulación había bajado a tierra, por lo cual no es de admirar que sus afirmaciones fuesen luego desmentidas o rectificadas por aquel nuevo examen más detenido.

Marchand, después de haber visto la entrada de Noolka pasó a la de Berkley, pero en el momento en que el *Solido* iba a penetrar en ésta, apareció un buque de tres palos que, por el rumbo que llevaba, parecía dirigirse a visitar el litoral del Sur como se prometía visitarle el capitán Marchand.

Este descubrimiento impulsó al navegante francés a dirigirse inmediatamente a la costa de la China a fin de deshacerse de su cargamento antes que el buque que acababa de ver tuviera tiempo de llegar a hacerle competencia.

El mejor rumbo que había que seguir era el de las islas de Sandwich, y el 5 de octubre los franceses pudieron ver las cimas de los montes Mauna-Loa y Mauna-Koa enteramente libres de nieve, lo que estaba en contradicción formal con la aserción del capitán King.

Luego que se reconoció la isla de O-Whyhee, Marchand tomó el partido prudente de hacer todas sus compras sin saltar en tierra. Sacó de aquella isla cerdos, aves, cocos, bananas y otros frutos, entre los cuales tuvo la fortuna de descubrir cidras y sandias, procedentes sin duda de las semillas que había dejado el capitán Cook.

Cuatro días se dedicaron a la adquisición, de las provisiones de refresco y después se siguió el rumbo para China, avistándose de paso la isla de Tiñan, una de las Marianas.

El lector recordará la risueña pintura de esta isla hecha por el comodoro Anson. Ya hemos dicho que Byron se había admirado al verla tan distinta de lo que Anson contaba. En efecto, cincuenta años antes Tiñan era floreciente y tenía treinta mil habitantes; pero una enfermedad epidémica que habían llevado allí los conquistadores españoles diezmó la población y sus restos miserables fueron trasladados a Guajan.

Marchand no desembarcó en Tiñan, inculta y salvaje según los viajeros que habían recalado en ella después de Byron, y maniobró hacia la punta meridional de la isla Formosa.

En Macao, a donde llegó el 28 de noviembre, tuvo noticias que le desconcertaron. El gobierno chino acababa de prohibir bajo las más severas penas, toda introducción de pieles en los puertos meridionales del imperio. ¿Era aquella alguna cláusula ignorada de algún tratado secreto hecho con Rusia o era debida a la avaricia de algunos mandarines?

No se sabe, pero de todos modos era absolutamente imposible infringir semejante orden.

Marchand escribió a los representantes de la casa Bata en Cantón. La misma prohibición existía en aquella ciudad, y no había que pensar en subir por el Whampoa, donde tendría el buque que pagar derechos cuyo total no bajaría de seis mil piastras.

No había, pues, otro remedio sino pasar a la isla de Francia y de allí a Marsella; y esto es lo que hizo Marchand.

Por nuestra parte no tenemos razón ninguna que nos detenga en este viaje de vuelta que no presenta sino los incidentes ordinarios de todas las travesías de este género.

¿Cuáles fueron los resultados científicos del viaje?

Poco notables bajo el punto de vista geográfico, se descomponen del modo siguiente: descubrimiento de la parte de las islas Marquesas que no habían visto Cook ni sus predecesores; reconocimiento más detenido del país, de las costumbres y usos de los habitantes de Santa Catalina en el mismo archipiélago, de las bahías de Chinkitane y de los Mantos y del archipiélago de la Reina Carlota en la costa de América.

Esto que hubiera sido muy poco para una expedición oficial, era mucho para un buque armado por simples particulares. Al mismo tiempo los capitanes Marchand, Chanal y Masse habían sabido aprovechar los nuevos métodos de tal modo y habían estudiado con tanto fruto las relaciones de sus predecesores, que llegaron a dar a su rumbo una precisión desconocida entre los anteriores

navegantes, contribuyendo a su vez a la instrucción de sus sucesores por la exactitud de sus cartas y planos.

Las circunstancias no debían ser tan favorables, ni mucho menos, para la publicación de un viaje científico que el gobierno francés iba a promover pocos años después con el objeto de reconocer las costas de la Australia.

Aunque los resultados de la campaña del capitán Nicolás Baudin fueron de los más abundantes, hasta ahora parece que la desgracia ha seguido los pasos de esta expedición y que los diccionarios biográficos y todas las relaciones de viaje se han puesto de acuerdo para hablar de ella lo menos posible.

Desde el día en que Tasman reconoció la costa occidental de la Nueva-Holanda se hicieron muchos progresos en el conocimiento de este inmenso y misterioso continente.

Cook había reconocido la costa oriental entera, señalado el estrecho de la Endeavour y recomendado fuertemente a su gobierno las ventajas que podría sacar de un establecimiento en la Bahía Botánica.

En 1788, Phillip con sus deportados, había echado los primeros fundamentos de Puerto-Jackson, y del poder inglés en aquella quinta parte del mundo.

En 1795 y 1796 el guardia marina Flinders y el cirujano Bass, con una débil embarcación llamada Torn-Thumb (Tomás Pulgar), exploraron por espacio de 20 millas el río Jorge y reconocieron minuciosamente una larga serie de costas.

«En 1797 Bass señaló la existencia de un puerto espacioso, al cual dio el nombre de Occidental (Western) a causa de su situación. Sus provisiones se hallaban entonces agotadas, dice Desborough Cooley, y a pesar de su deseo ardiente de levantar un plano exacto y detallado de su nuevo descubrimiento, se vio obligado a volver sobre sus pasos. No había llevado provisiones más que para seis semanas; y sin embargo, con el auxilio del pescado y de las aves marinas que encontró en abundancia, logró hacer durar el viaje cinco semanas más. aunque llevaba a su bordo dos presidiarios que

había encontrado. Aquel viaje de 600 millas en una barca sin cubierta, es uno de los más notables que se conocen; tanto más cuanto que no fue emprendido a impulsos de una necesidad rigurosa, sino con la intención decidida de explorar costas peligrosas y desconocidas».

Bass, acompañado de Flinders, descubrió en 1798 el estrecho que lleva hoy su nombre y separa la Tasmania de la Nueva-Holanda y completó, en una goleta de 25 toneladas, el periplo de la tierra de Van-Diemen. Las noticias que dieron estos atrevidos exploradores acerca de los ríos y los puertos de aquel país, eran importantísimas para su colonización futura; así es que Bass y Flinders fueron recibidos con entusiasmo en Puerto-Jackson.

Flinders, de regreso a Inglaterra, recibió con el empleo de teniente, el mando del Investigador, buque especialmente armado para un viaje de descubrimientos en las costas de la Australia. Las etapas de esta campaña debían ser: las costas del Sur y del Noroeste, el golfo de Carpentaria y el estrecho de Torres.

Las relaciones de Cook y de Entrecasteaux habían llamado la atención pública en Francia hacia la Nueva-Holanda, país singular, de producciones animales extrañas, en unas partes cubierto de bosques de eucaliptus gigantescos; en otra desnudo y estéril, no produciendo más que escuetas zarzas y que por largo tiempo debía ocultarse a nuestras curiosas miradas y poner a los exploradores obstáculos casi insuperables.

El Instituto fue entonces el órgano de la opinión pública y reclamó del gobierno una expedición a las tierras australes, recomendando veinticuatro hombres de ciencia, que fueron designados por el gobierno para tomar parte en el viaje.

«Jamás se había dado un desarrollo tan considerable a esta parte de la composición de las expediciones de descubrimientos y jamás se había preparado medios tan grandes de buen éxito. Astrónomos, geógrafos, mineralogistas, botánicos, zoólogos, dibujantes, jardineros: todo se hallaba en numero doble, triple y hasta quíntuple en esta expedición».

En este estado mayor científico iban Leschenaut de Latour, Francisco Peron y Bory de Saint-Vicent.

Los oficiales y los marineros habían sido escogidos entre los más hábiles. Entre los primeros debemos citar a Francisco Andrés Baudio, Peureux de Melay, Jacinto de Bougainville, Cirios Bandiu, Manuel Hamelin, Pedro Millius, Mangin, Duval de Ailly, Enrique de Freycinet que todos llegaron al grado de contraalmirante o de almirante; Le Bas Saint-Croix, Pedro Guillermo Gicquel, Jacobo Felipe Montgery, Jacobo de Saint-Cricq y Luis de Freycinet, futuros capitanes de navío.

«El plan de operaciones parecía deber garantizar los resultados ventajosos que la composición de esta expedición prometía. Todo lo que la experiencia de los anteriores navegantes había enseñado hasta entonces acerca de los parajes que debíamos recorrer; todo lo que podía deducirse por la teoría y el razonamiento, había servido de base a esta importante tarea. Los vientos irregulares, las monzones y las corrientes, todo había sido calculado de una manera tan exacta, que el origen principal de las contrariedades que experimentamos después, fue el habernos apartado varias veces de estas preciosas instrucciones.» .

Los navegantes, después de haber armado en la isla de Francia un tercer buque de poco calado, debían reconocer toda la tierra de Van-Diemen, los estrechos de Entrecasteaux, de Bass y de Banks, fijar la situación de las islas Hunter, penetrar por detrás de las islas de San Pedro y de San Francisco, visitar la parte del continente oculta por estas islas y buscar el estrecho que según se creía debía dar salida al golfo de Carpentaria y cortar en dos partes la Nueva-Holanda.

Terminada está primera parte de la campaña, la expedición debía reconocer las tierras de Leuwin, Edels y Endracht, subir por el río de los Cisnes hasta donde fuera posible, levantar el mapa de la isla Rottnest y de la costa inmediata, y completar el reconocimiento de la bahía de los Perros-Marinos, fijar ciertas posiciones de la tierra de Witt, apartarse de la costa en el cabo Noroeste, pasar a Timor en

las Molucas y tomar allí un descanso que sin duda estaría bien ganado.

Luego que se hubieran repuesto las tripulaciones de sus fatigas debían recorrer las costas de la Nueva Guinea, a fin de ver si estaba dividida en muchas islas separadas por estrechos, visitar cuidadosamente el golfo de Carpentaria, reconocer algunos puntos de la tierra de Arnheim y pasar en fin a la isla de Francia para desde allí regresar a Europa.

Era esto un magnífico programa donde se conocía la mano del que había trazado las instrucciones de La Perouse y de Entrecasteaux. Los resultados de esta expedición, si era conducida con habilidad, debían ser notables.

Para ella se armaron en el Havre una corbeta de treinta cañones, llamada el *Geógrafo*, y una gabarra bastante grande titulada el *Naturalista*. Nada se descuidó para que el aprovisionamiento fuera abundante y de buena calidad: diéronse a estos buques instrumentos de física y astronomía contruidos por los más hábiles artistas; llevaba cada uno una biblioteca de las mejores obras; pasaportes los más lisonjeros, firmados por los representantes de todos los gobiernos de Enea y crédito ilimitado sobre todas las plazas comerciales de Asia y de África. En una palabra, se adoptaron todas las medidas que se creyeron necesarias para asegurar el éxito de tan importante exploración.

El 19 de octubre de 1800 los dos buques salieron del Havre saludados por las aclamaciones de una multitud inmensa. Los navegantes se detuvieron algún tiempo en el puerto de Santa Cruz de Tenerife y después pasaron sin detenerse a la isla de Francia, donde el 23 de abril de 1801 se quedaron varios oficiales que habían caído gravemente enfermos y no podían continuar la campaña. Este principio era poco satisfactorio; y el descontento se aumentó entre las tripulaciones al saber que no tendrían más que media libra de pan fresco por semana, que la ración de vino se reemplazaría por una copa del mal tafía de la isla de Francia y que

la galleta y las carnes saladas constituirían en adelante la ración habitual.

Estas precauciones prematuras iban a ser origen de las, enfermedades que debían poner a prueba la paciencia de las tripulaciones y producir el descontento de una parte del estado mayor científico.

La duración de la travesía desde Europa a la isla de Francia y la larga residencia en esta última hicieron que se perdiese una parte de la estación favorable. Baudin, no atreviéndose a dirigirse entonces a la tierra de Van-Diemen, resolvió comenzar su exploración por la costa Noroeste de la Nueva Holanda, sin reflexionar que de este modo tendría que bajar siempre hacia las regiones australes y que sus progresos en tal sentido coincidirían con la marcha de la estación.

El 27 de mayo descubrió la costa de la Nueva Holanda; era baja, estrecha, arenosa. Sucesivamente se reconocieron y designaron con nombres la bahía del Geógrafo, el cabo del Naturalista, la ensenada Depuch y la punta Picquet. En ésta los naturalistas bajaron a tierra y recogieron una buena colección de pieles y conchas; pero durante esta excursión la violencia del mar alejaba a los buques de la costa; y veinticinco hombres de la tripulación tuvieron que pasar varios días en tierra sin más bebida que una agua salitrosa sin poder matar un animal de pelo, ni de pluma y sin tener para alimentarse más que una especie de musgo que da una gran cantidad de arsemato de sosa y contiene un jugo muy acre.

En estas circunstancias se vieron obligados a abandonar una chalupa que las olas hicieron encallar en tierra y con ella fusiles, sables, cartuchos, cables, aparejos y gran cantidad de objetos.

«Pero lo más deplorable en este último desastre, dice la relación, fue la pérdida de uno de los mejores marineros del *Naturalista*, llamado Vasse y natural de Dieppe. Este infeliz, arrebatado tres veces por las olas en el momento en que trataba de reembarcarse, desapareció al fin entre ellas sin que fuera posible socorrerle, ni

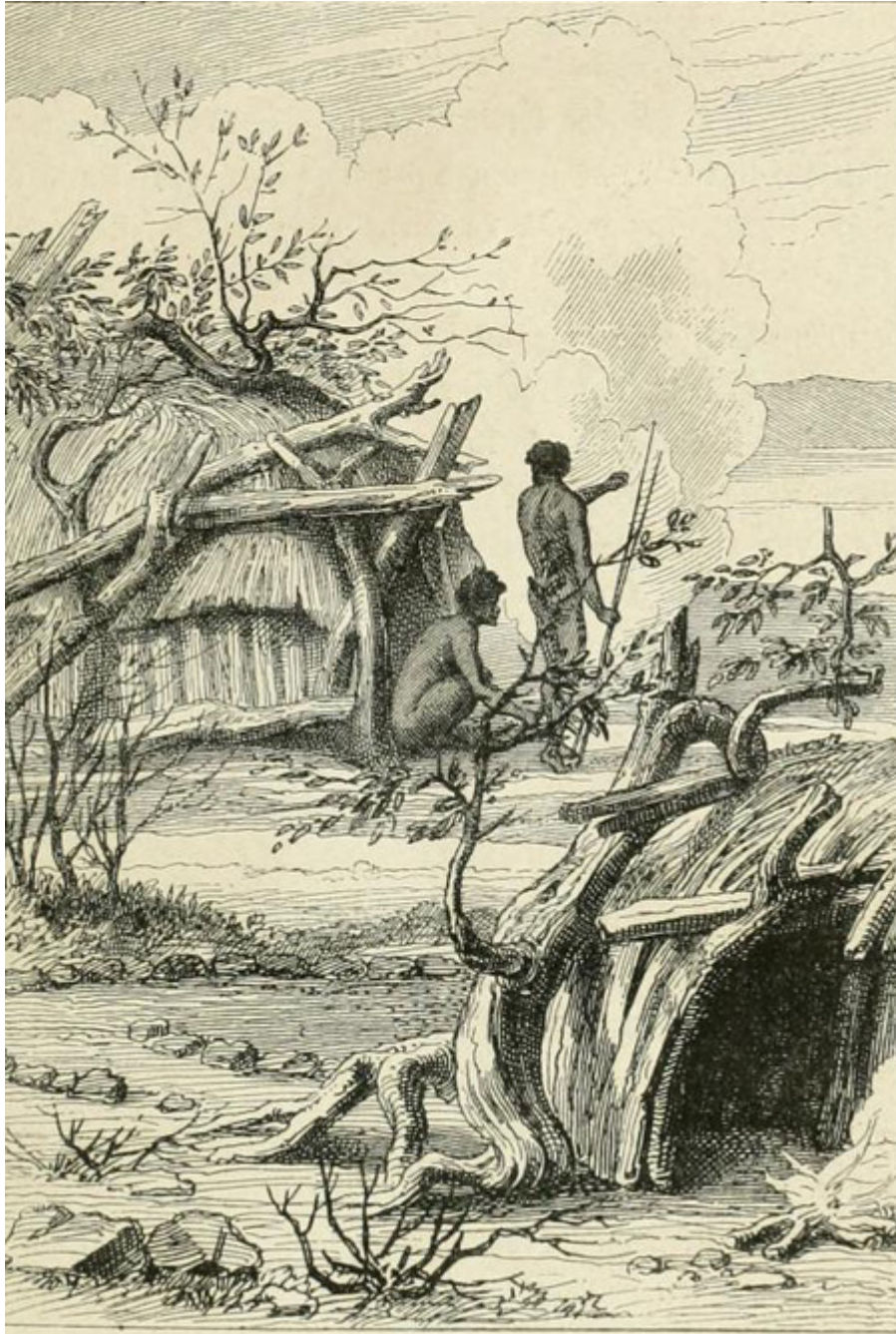
siquiera cerciorarse de su muerte: tan grande era la violencia del mar y tan profunda la oscuridad».

Aquel temporal debía durar. El viento soplaba por ráfagas; caía continuamente una lluvia fina, y en breve una espesa niebla hizo perder de vista al *Naturalista*, el cual no debía reunirse con el *Geógrafo* hasta la isla de Timor.

Baudin se dirigió hacia la isla de Rottnes, punto de reunión que había dado el capitán Hamelin para el caso de separación; pero tan luego como estuvo a la vista de aquella isla, con gran sorpresa general dio orden de dirigir el rumbo a la bahía de los Perros Marinos en la tierra de Endracht.

Toda esta parte de la Nueva Holanda es una prolongación de costas bajas, de un nivel casi uniforme, arenosas, estériles, surcadas en diferentes sitios por barrancos superficiales, casi acantiladas, en todas partes defendidas por arrecifes inabordables, y que justifican completamente el epíteto de Costas de Hierro que les dio el ingeniero hidrógrafo Boullanger.

Desde la isla Dirck-Hatichs, donde comienza la tierra de Endracht, hasta la bahía de los Perros-Marinos que fue examinada a fondo, se reconocieron las islas de Doore, de Bernier, en las cuales se encontraron bandadas de kangurús, y la rada de Dampier.



Después de la tierra de Endracht, que no ofrecía ningún recurso, se reconoció minuciosamente la tierra de Vitt, que se extiende desde el cabo Noroeste hasta la tierra de Arnheim, en una extensión de unos 10° de latitud por 15 de longitud. Los mismos incidentes y los mismos peligros se presentaron los exploradores, en el reconocimiento sucesivo de las islas que llamaron Lhermite,

Forestier, Depuch, de suelo volcánico, los Bajos del Geogrifo, alto fondo que costó mucha trabajo evitar, las islas Bedout y Lacedpede, los cabos Borda y Mollien y las islas de Champagny, de Arcole, de Freycinet, Lucas, etc.

«Entre tantas islas, dice la relación, nada hay que sonría a la imaginación; el suelo se presenta desnudo, el cielo ardiente, siempre puro y sin nubes; las olas agitadas únicamente por tormentas nocturnas; el hombre parece haber huido de estas playas ingratas, porque en ninguna parte se encuentra vestigio de su presencia actual ni anterior.

»El navegante, asustado, por decirlo así, de tan espantosa soledad, acometido de peligros sin cesar renacientes, aparta su vista fatigada de estas playas infelices; y cuando piensa que islas tan inhospitalarias confinan, por decirlo así, con las del grande archipiélago de Asia, en las cuales la naturaleza ha derramado todos sus tesoros y todos sus beneficios, apenas se concibe cómo puede encontrarse una esterilidad tan profunda al lado de una fecundidad tan grande».

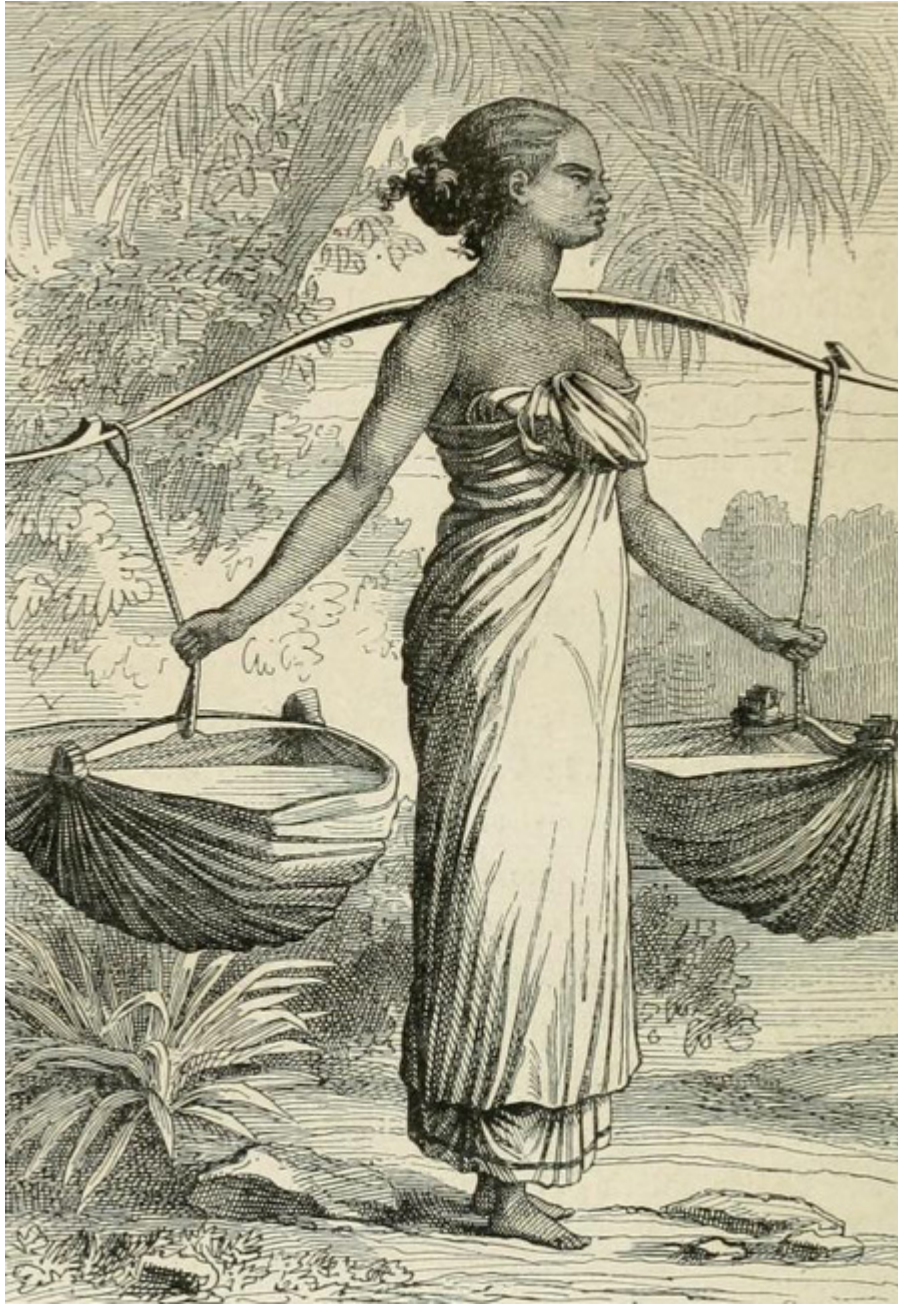
El reconocimiento de esta costa desolada terminó con el descubrimiento del archipiélago Bonaparte hacia los 13° 15' de la latitud austral y los 123° 30' de longitud del meridiano de Paris.

«Los pésimos alimentos a que estábamos reducidos desde nuestra salida de la isla de Francia, habían deteriorado los temperamentos más robustos; el escorbuto ejercía ya sus estragos, y muchos marineros estaban gravemente atacados de la enfermedad.

Nuestra provisión de agua tocaba a su término, y habíamos adquirido la triste certidumbre de que nos sería imposible renovarla en aquellas playas. La época de la vuelta de la monzón se acercaba, y debíamos evitar que nos hallaran en aquellas costas los huracanes que trae consigo; en fin, necesitábamos proporcionarnos una chalupa y buscar al *Naturalista*.

»Todas estas consideraciones determinaron al comandante a dirigirse hacia la isla de Timor donde anclamos el 22 de agosto en la

rada de Cupang».



No entraremos en pormenores sobre la recepción que tuvieron los navegantes. El corazón se regocija sin duda cuando encuentra maneras agradables y obsequiosas; pero si el recuerdo es siempre precioso para los que han sido objeto de ellas, su relación no ofrece interés para el lector desapasionado. Baste saber que la tripulación

tenía la mayor necesidad de descanso, y que se desembarcaron diez hombres gravemente atacados de escorbuto. Otros muchos cuyas encías se veían fungosas y sangrientas, se hallaban también en miserable estado.

Si el escorbuto cedió rápidamente a los remedios usados en semejantes casos, por desgracia vino a reemplazarle la disentería que en pocos días envió la enfermería diez y ocho hombres.

En fin, el 21 de setiembre se presentó el *Naturalista*.

Había esperado con la mayor paciencia al *Geógrafo* en la bahía de los Perros Marinos, punto de reunión que Baudin había fijado, y donde no se había presentado. Los oficiales habían aprovechado aquella larga recalada para levantar en todos sus detalles, el plano de la costa y de las islas Rottneest, del río de los Cisnes y del de los Abrojos.



En la isla de Dirck-Hatichs el capitán Hamelin había descubierto dos inscripciones holandesas grabadas en platos de estaño. La una citaba el paso del buque *Eendragt* de Ámsterdam por aquellas costas el 25 de octubre de 1616; y la otra la residencia en aquel punto del *Geelwinck*, a las órdenes del capitán Vlaming en 1697.

De los planos levantados por el *Naturalista* resulta que la pretendida bahía de los Perros Marinos forma una gran abertura de 50 leguas, poco más menos, hacia el interior, desde el cabo Cuvier, al Norte, hasta el extremo del golfo de Freycinet; y que toda la costa oriental está exclusivamente formada por la tierra firme, y que la occidental se compone del islote de Koks, de la isla Bernier, de la isla de Doore, de la isla de Dirck-Hatichs y de una parte de las tierras continentales.

El centro de esta gran abertura, está ocupada por la península Peron, al Este y al Oeste de la cual se encuentran las ensenadas de Hamelin y de Freycinet».

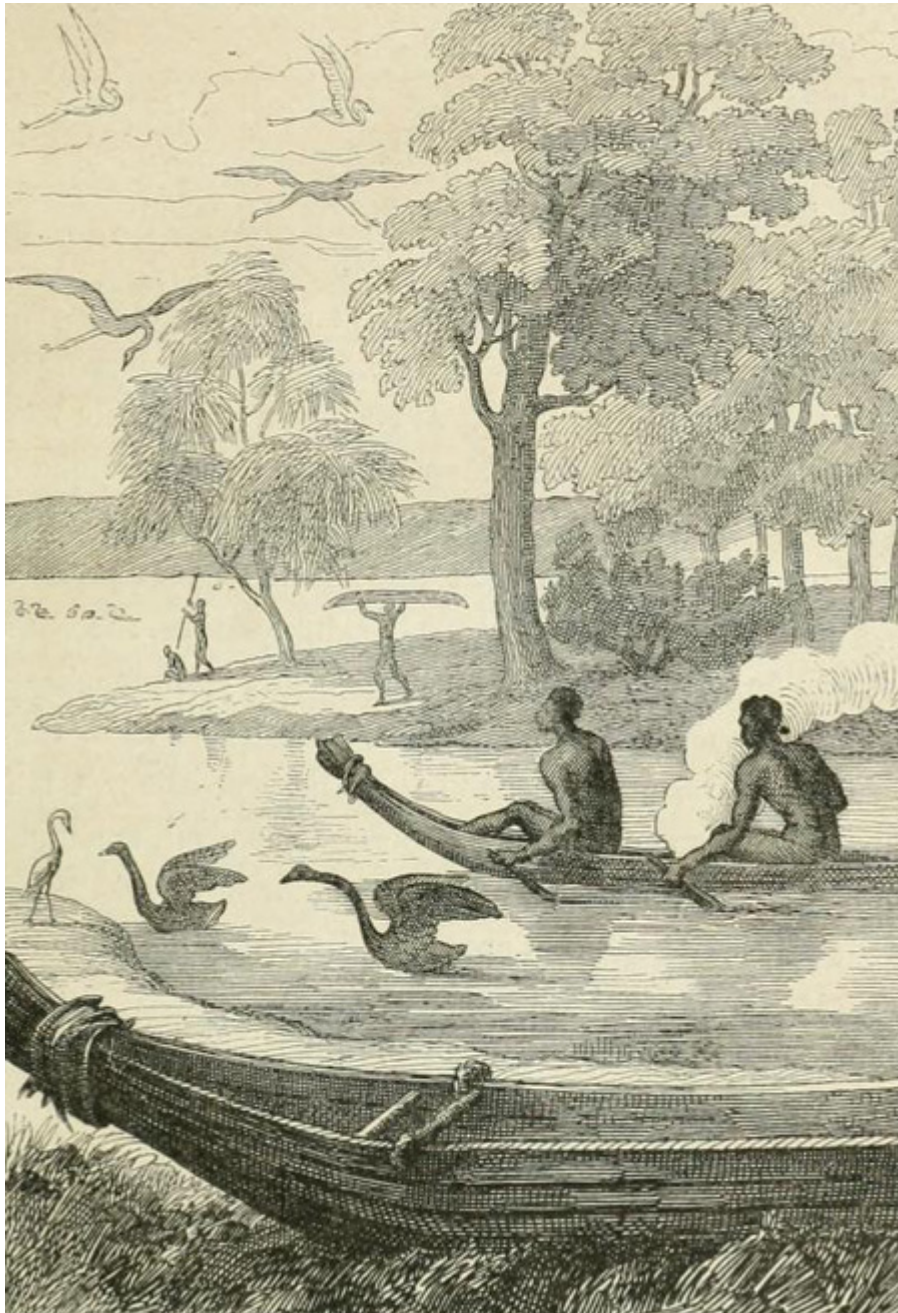
Las enfermedades de que eran víctimas los desdichados navegantes tuvieron por único resultado apaciguar momentáneamente las diferencias entre el comandante Baudin y su estado mayor. Este atacado de una fiebre perniciosa atáxica, de tal violencia, que por espacio de muchas horas se le creyó muerto. Pero ocho días después de su restablecimiento se renovaron las diferencias, y Baudin hizo prender a uno de sus oficiales llamado Picquet, alférez de navío, a quien los estados mayores de los dos buques no cesaron de dar testimonios de estimación y amistad de los más lisonjeros.

A su vuelta a Francia, Picquet fue promovido al empleo de teniente de navío, lo cual indica que el Gobierno no reconoció la falta que le atribuía Baudin.

El capitán Baudin había invertido el plan de operaciones que le había dado el Instituto. Debía hacerse a la vela para la tierra de Van-Diemen; y habiendo salido de Timor el 31 de noviembre de 1801, el 13 de enero de 1802 divisó las costas australes de aquella isla. A la sazón la enfermedad continuaba haciendo estragos, y el número de sus víctimas era relativamente grande.

Los dos buques entraron en el estrecho de Entrecasteaux, estrecho que no habían descubierto ni Tasman, ni Furneaux, ni Cook, ni Marion, ni Hunter, ni Bligh y cuyo descubrimiento era el fruto de un error que hubiera podido ser peligroso.

Esta recalada tenía por objeto renovar la provisión de agua. Baudin envió varios botes inmediatamente en busca de una aguada.



«A las nueve y media, dice Peron, estábamos a la entrada del puerto de los Cisnes. Entre todos los sitios que he podido ver durante nuestro largo viaje, éste me pareció el más pintoresco y agradable. Siete planos de montañas que se levantan como por

escalones hacia el interior de las tierras, forman la perspectiva vista desde el centro del puerto.

»A derecha e izquierda le ciñen por todas partes colinas elevadas, y, presenta en su desarrollo un gran número de pequeños cabos redondos, y de pequeñas ensenadas pintorescas. En todos los puntos la vegetación más activa multiplica sus producciones; las playas están festoneadas de árboles magníficos, tan inmediatos unos a otros que es casi imposible penetrar en los bosques que forman. Enjambres de loros, periquitos, cacatúas, revestidos de los más vivos colores, revolotean por las cimas; y a la sombra de su follaje, juguetean bonitas tórtolas de collar azul oscuro. Las olas en esta parte estaban muy tranquilas, y su superficie apenas agitada por legiones de cisnes negros que nadaban sobre ellas».

No todos los destacamentos enviados en busca de agua, volvieron tan satisfechos como Peron de su entrevista con los habitantes. El capitán Hamelin, acompañado de los señores Leschenaut y Petit y de muchos oficiales y marineros encontró varios indígenas, a quienes hizo muchos regalos; pero en el momento en que se reembarcaban, fueron acometidos por una granizada de piedras, una de las cuales causó una contusión al capitán Hamelin. En vano los salvajes blandían sus azagayas, y multiplicaban sus gestos amenazadores; no se disparó un solo tiro contra ellos.

¡Raro ejemplo de moderación y de humanidad!

«Los trabajos geográficos del almirante Entrecasteux en la tierra de Van-Diemen, son de una perfección tan grande, dice la relación, que sería quizá imposible encontrar nada superior en este género, y *Mr. Beautemps-Beaupré*, su autor principal, se ha conquistado con ellos derechos incontestables y la estimación de sus compatriotas, y a la gratitud de los navegantes de todos los países. Donde quiera que las circunstancias permitieron a este hábil ingeniero, hacer investigaciones suficientes, no dejó a sus sucesores ninguna laguna que llenar.

»El canal de Entrecasteaux, las bahías y los muchos puertos que en él se encuentran, fueron el principal objeto de sus tareas. Por desgracia, no sucede lo mismo respecto de la parte de la tierra de Van-Diemen que se encuentra al Nordeste del canal, y que fue visitada muy superficialmente por los botes del almirante francés».

Esta parte de la costa fue la que principalmente examinaron los hidrógrafos a fin de reunir sus observaciones con las de sus compatriotas, para completarlas y formar un conjunto que no dejase nada que desear. Estas tareas, que completaron y rectificaron las de Entrecasteaux, detuvieron a los botes hasta el 5 de febrero. En seguida procedieron al reconocimiento de la costa Sudeste de la tierra de Van-Diemen; pero los pormenores de estas navegaciones son siempre los mismos; los incidentes no varían, ni ofrecen interés más que a los geógrafos; y así, pesar de su importancia, y del cuidado con que se llevaron a cabo, no nos detendremos en ellas sino para referir alguna que otra anécdota.

El *Naturalista* y el *Geógrafo* exploraron después la costa oriental, de la Tasmania y los estrechos de Banks y de Bass.

«El 6 de marzo por la mañana costeamos a gran distancia los islotes de Taillefer y la isla Schouten. Hacia el medio día estábamos enfrente del cabo Forestier, cuando nuestro ingeniero *Mr.* Boullanger marchó en la falua mandada por *Mr.* Maurouard, para levantar desde más cerca el plano de la costa.

»El buque debía seguir un rumbo paralelo al de la falua, y no perderla jamás de vista; pero hacia un cuarto de hora que *Mr.* Boullanger se había separado del buque, cuando nuestro comandante sin ninguna razón aparente quiso dar bordadas hacia alta mar, y se alejó desapareciendo en breve la falua de nuestra vista. Hasta por la noche no reviramos de bordo para volver hacia la tierra, pero se había levantado una brisa violenta, que a cada instante refrescaba más. hubo indecisión en la maniobra; sobre vino la noche, y volvimos a perder de vista la costa, en la cual acabábamos de abandonar a nuestros compañeros».

Los tres días siguientes se invirtieron en vano en buscarlos. En los términos medidos de la relación parece transpirar un sentimiento verdadero de indignación contra la conducta del capitán Baudin.

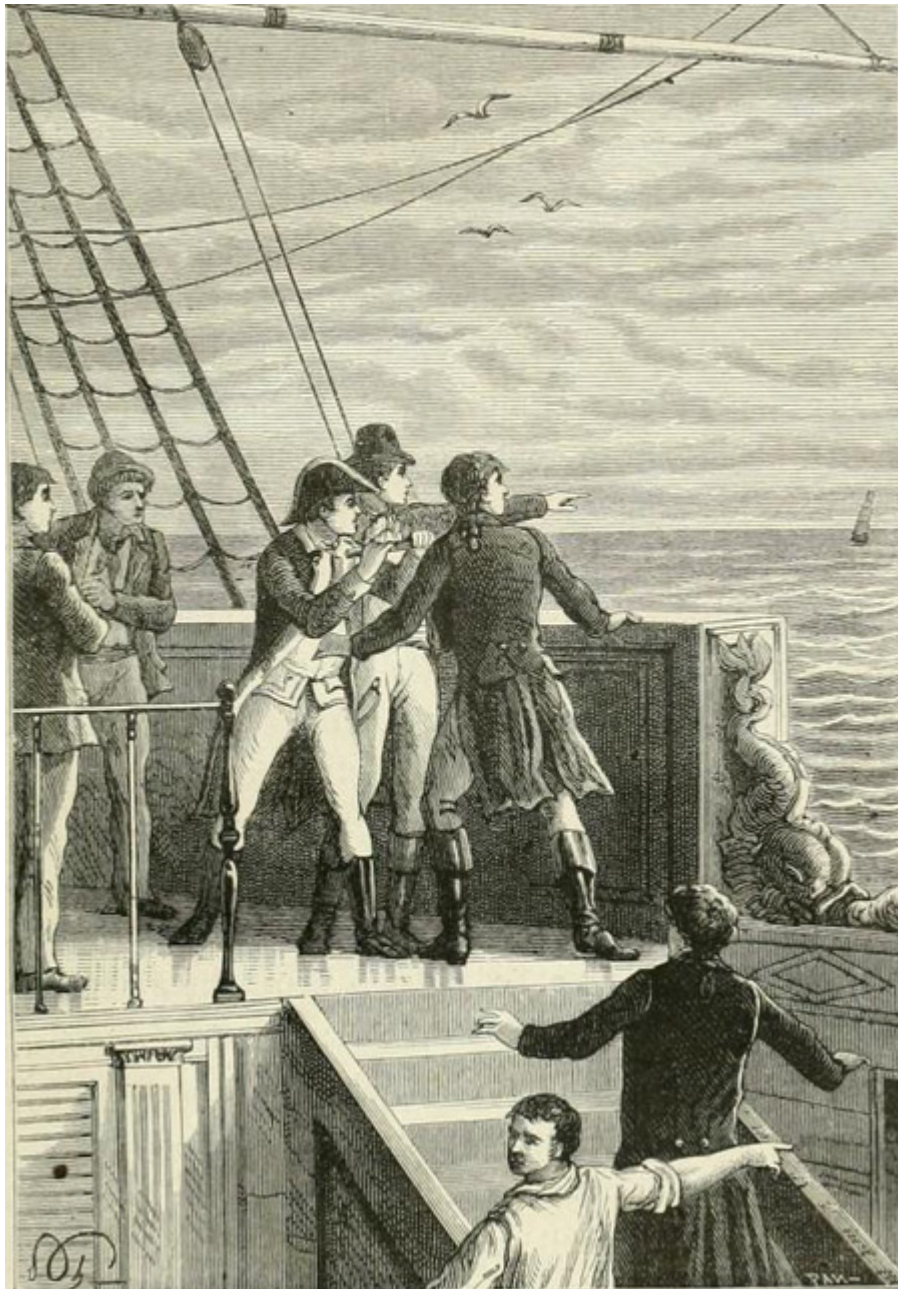
¿Cuál podría ser su intento? ¿Qué utilidad pensaba sacar del abandono de aquellos marineros, y de uno de sus oficiales?

Misterio es este que nunca hemos podido aclarar con la lectura asidua de la relación de Peron.

Penetrar en los estrechos de Banks y de Bass era seguir las huellas de éste último y de Flinders que habían hecho de aquellos parajes su dominio privilegiado y el teatro de sus descubrimientos. Pero cuando el 29 de marzo de 1802 el *Geógrafo* comenzó a seguir la costa Sudoeste de la Nueva Holanda, solo se conocía la parte que se extiende desde el cabo Leuwin, a las islas de San Pedro y San Francisco, es decir, que el espacio comprendido entre el límite oriental de la tierra de Nuyts y el puerto Occidental, no había sido hollado todavía por ningún pié europeo.

La importancia de esta navegación se comprenderá cuando se sepa que se trataba de determinar si la Nueva Holanda formaba una sola isla y si por aquel lado tenía grandes ríos que desembocasen en el mar.

Sucesivamente se reconocieron y nombraron la isla de Latreille, el cabo del Monte Tabor, el cabo Folard, la bahía de Descartes, el cabo Boufflers, la bahía de Estaing, la bahía de Rivoli y el cabo Monge.



Acababa de hacerse una pesca milagrosa de delfines, cuando apareció una vela en el horizonte. Al principio se creyó que era el *Naturalista*, del cual se había separado el *Geógrafo* en la noche del 7 al 8 de marzo, a consecuencia de grandes ráfagas de viento.

Como el buque descubierto venía de frente hacia la costa, pronto estuvo al costado del *Geógrafo* y entonces enarboló la bandera inglesa. Era el *Investigador* que había salido de Europa hacia ocho

meses, a las órdenes de Flinders, con objeto de completar el reconocimiento de la Nueva Holanda.

Flinders hacia tres meses que estaba explorando la costa, y había padecido como los franceses a causa de los huracanes, y de las tempestades, una de las cuales le había hecho perder, en el estrecho de Bass, un bote con ocho hombres y su primer oficial.

El *Geógrafo* visitó sucesivamente el cabo Cretet, la península Fleurieu, que tiene 20 millas de longitud, el golfo de San Vicente, llamado así por Flinders, la isla de los Kangurus, las islas de Altorpe, el golfo Spencer, en cuya costa oriental se halla el puerto de Lincoln, uno de los más hermosos y seguros que posee la Nueva Holanda, y en fin las islas de San Francisco y San Pedro.

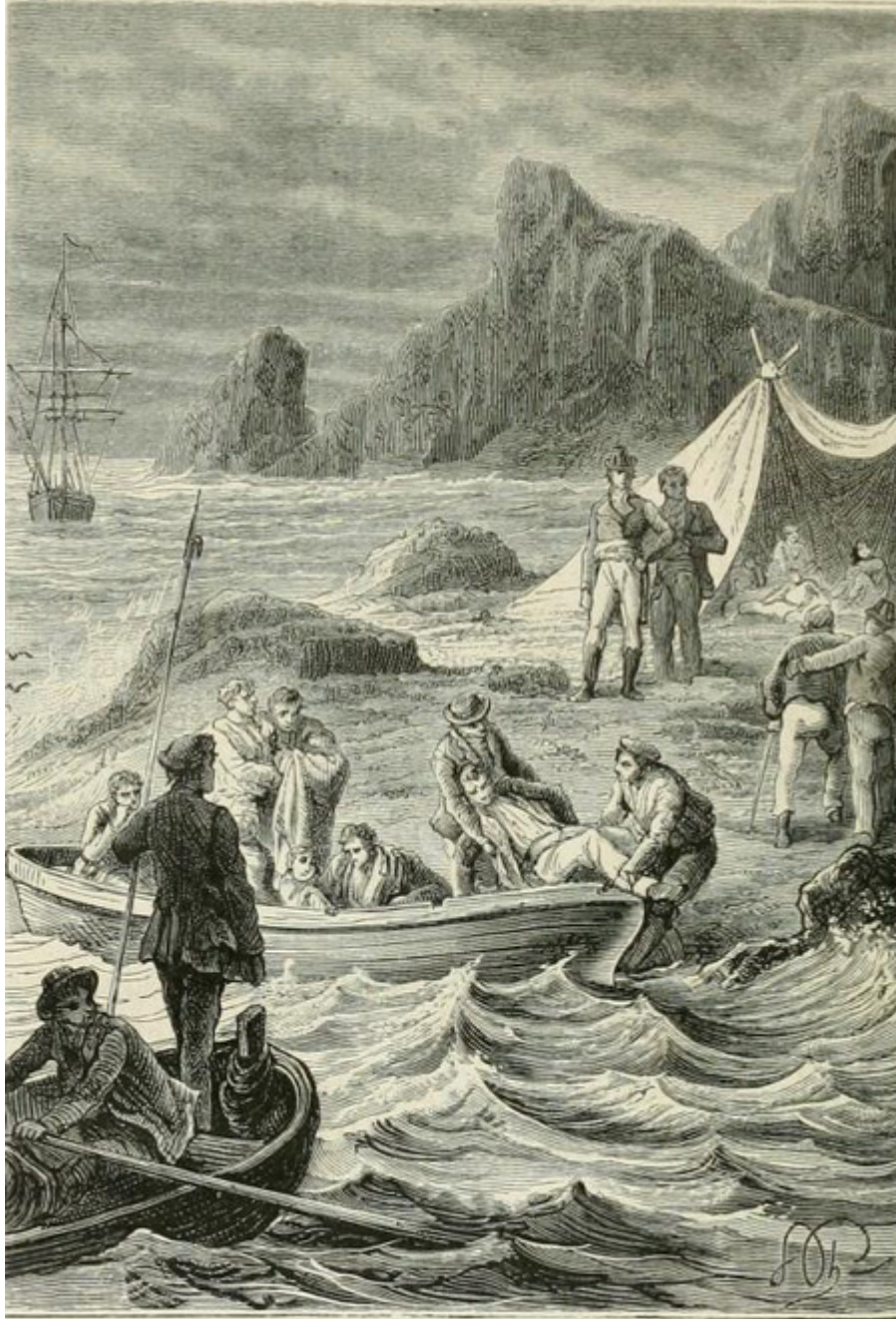
Cierto que para completar esta campana hidrográfica hubiera sido necesario penetrar detrás de las islas de San Pedro y San Francisco como lo exigían las instrucciones náuticas dadas al capitán Baudin; pero las tempestades se opusieron a esta operación que debía ser objeto de una nueva campaña.

Por otra parte el escorbuto continuaba haciendo estragos espantosos entre los exploradores. Más de la mitad de los marineros estaban incapacitados de hacer servicio; no había en pie más que dos timoneles; ni podía suceder otra cosa sin vino ni aguardiente, no habiendo para apagar la sed más que una agua pútrida y en corta cantidad, galleta llena de larvas de insectos y salazones podridas, cuyo olor y cuyo sabor, bastaban para revolver el estómago.

Al mismo tiempo principiaba el invierno para las regiones australes; la tripulación tenía urgente necesidad de descanso; el punto más próximo de recalada era Puerto-Jackson, y el camino más corto para ir a él era el estrecho de Bass.

Sin embargo Baudin que parece no haber querido seguir jamás las sendas frecuentadas y reconocidas, fue de otra opinión y dio orden de doblar el extremo meridional de la tierra de Van-Diemen.

El 20 de mayo echó el ancla en la bahía de la Aventura.



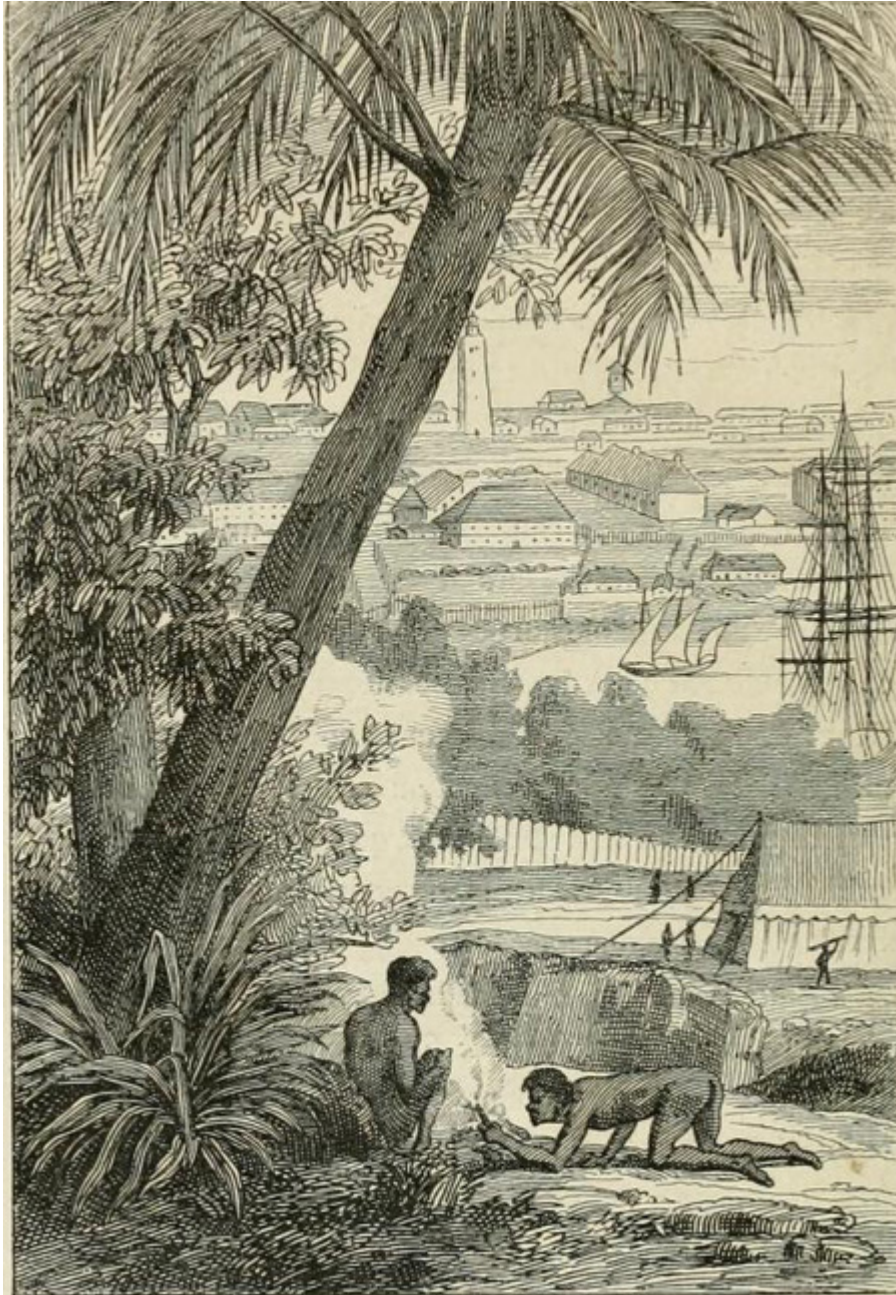
Los enfermos en estado de andar fueron llevados a tierra, y allí se hizo la provisión de agua necesaria. Pero ya no era posible sostenerse en aquellos mares tempestuosos; una niebla espesa envolvía a los expedicionarios, que no conocían estar cerca de tierra más que por el ruido espantoso de las olas enormes que se rompían sobre las rocas.

El número de los enfermos aumentaba diariamente; el Océano se tragaba cada día una nueva víctima; el 4 de Junio no quedaban más que seis hombres que pudieran tenerse en pié sobre cubierta, y nunca la tempestad había sido más terrible. Todavía, sin embargo, el *Geógrafo* logró escapar de este peligro.

El 17 de junio se avistó un buque, el cual comunicó a los navegantes la noticia de que el *Naturalista*, después de haber esperado al *Geógrafo* en Puerto-Jackson, había salido en su busca; que el bote abandonado había sido recogido por un buque inglés, y que su tripulación se hallaba entonces embarcada en el *Naturalista*, el cual había preparado para el *Geógrafo* en Puerto-Jackson auxilios de toda especie, mientras le esperaba con impaciencia.

Hacia tres días que el *Geógrafo* estaba delante de Puerto-Jackson sin que la debilidad de sus marineros le permitiera entrar en él, cuando se destacó de la orilla una chalupa inglesa que le llevó un piloto, y los hombres necesarios para las maniobras.

Puerto-Jackson, dice la relación, que tiene una entrada de unas dos millas, se extiende hasta formar una cuenca espaciosa bastante profunda para admitir los mayores buques y bastante ancha para contener con plena seguridad todas las escuadras que quieran reunirse. Según el comodoro Phillip podrían maniobrar fácilmente en aquel puerto mil navíos de línea.



»Hacia la mitad de este puerto magnífico, y en su orilla meridional, en una de las ensenadas principales, se levanta la ciudad de Sydney, sobre la pendiente de dos cerros inmediatos uno a otro, atravesada en su longitud por un riachuelo, y ofreciendo un golpe de vista agradable y pintoresco.

»Lo que llama desde luego la atención son las baterías; después el hospital, que puede contener de doscientos a trescientos

enfermos, y cuyas piezas todas han sido llevadas de Inglaterra por el comodoro Phillip; después vienen grandes almacenes, al pié de los cuales pueden descargar sus mercancías los buques de más porte, y los arsenales, donde se hallan en construcción goletas y bergantines, todo construido con madera del país.

»La chalupa de *Mr. Bass*, consagrada, digámoslo así, por el descubrimiento del estrecho que separa la Tasmania de la Nueva Holanda, se conserva en el puerto con una especie de respecto religioso de la madera de su quilla se han hecho cajas para tabaco; que son reliquias de las cuales los poseedores se muestran tan orgullosos como envidiosos los que no las tienen. El gobernador no creyó poder hacer un regalo más notable a nuestro comandante que el de un pedazo de madera de aquella chalupa engastado en plata, alrededor de cuyo engaste estaban grabados los principales pormenores del descubrimiento del estrecho de Bass».

También son de admirar en Sydney la cárcel que puede contener de ciento cincuenta el doscientos presos, los almacenes de vinos y otras provisiones, la plaza de armas a la cual da la casa del gobernador, los cuarteles, el observatorio y la iglesia, cuyos cimientos en aquella época apenas habían salido a flor de tierra.

La metamorfosis que se había verificado en los deportados, no era menos interesante de observar.

«La población de la colonia era para nosotros un nuevo motivo de admiración y de reflexión. Jamás se ha ofrecido quizá un objeto más digno de estudio para el hombre de Estado y el filósofo, y jamás se ha demostrado de una manera tan convincente y honrosa la feliz influencia de las instituciones sociales como en esas playas lejanas de que hablamos.

Allí se encuentran reunidos esos facinerosos temibles que por tan largo tiempo desafiaron al gobierno de su patria; rechazados del seno de la sociedad europea relegados a un extremo del globo, colocados desde el primer instante de su destierro entre la seguridad del castigo y la esperanza de una suerte más feliz,

envueltos en una vigilancia tan inflexible como activa, por necesidad han tenido que abandonar sus costumbres, antisociales.

»La mayor parte de ellos, después de haber expiado sus crímenes por una dura esclavitud, han vuelto a entrar en las filas de los ciudadanos. Obligados a interesarse por sí mismos en el mantenimiento del orden y de la justicia para la conservación de las propiedades que han adquirido, habiendo llegado a ser al mismo tiempo esposos y padres, se encuentran unidos al actual estado de cosas por los lazos más poderosos y más caros al corazón».

La misma revolución ocasionada por los mismos medios, se ha verificado en las mujeres y jóvenes perdidas y despreciadas en su patria, las cuales han adoptado insensiblemente principios de conducta más regulares y son hoy madres de familias inteligentes y laboriosas».

La acogida que en Puerto-Jackson recibió la expedición francesa no pudo ser más cordial. Se dieron a los hombres científicos todas las facilidades posibles para continuar sus observaciones, y la autoridad militar y los simples particulares prodigaron a los expedicionarios los víveres, los refrescos y los auxilios de todo género.

Las expediciones por los alrededores de Sydney fueron muy fructuosas. Los naturalistas tuvieron ocasión de examinar las famosas plantaciones de vid de Rose-Hill, cerro de viñedo a donde se habían trasplantado los mejores sarmientos de vid del Cabo, de las Canarias, de la Madera, de Jerez y de Burdeos.

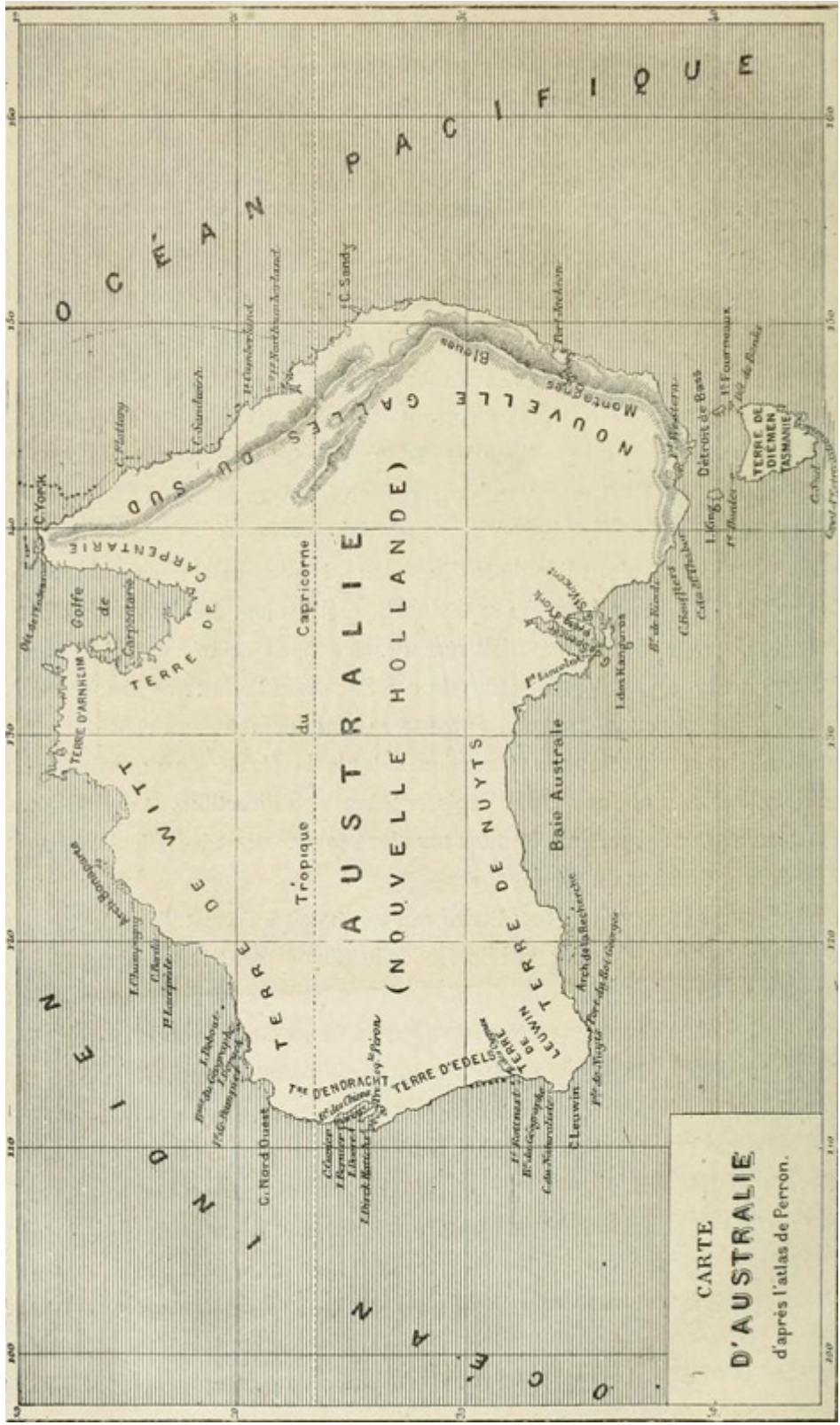
«Interrogados los viñadores, respondieron que en ninguna parte del mundo crecía la vid con más fuerza y vigor que en aquellos parajes. Todas las apariencias, decían, se reúnen para prometernos una cosecha abundante; pero al cabo de dos o tres meses, apenas una ligera ráfaga sopla del Noroeste, todo queda perdido sin recurso; los botones, las flores y las hojas, nada resiste al ardor devorador de ese viento; todo se marchita y muere».

Poco tiempo después el cultivo de la vid, trasplantada a sitios más favorables, debía tomar una grande extensión y las viñas de

Australia sin haber llegado a producir vinos famosos, producen, sin embargo, un vino de sabor agradable y muy cargado de alcohol.

A 30 millas de Sydney se desarrolla la cordillera de las Montañas Azules, que fue por largo tiempo el límite de los descubrimientos europeos. El teniente Dawes, el capitán Teuch-Paterson, que subió por el río Hawkesburg, el Nilo de la Nueva Holanda, Hacking, Bass y Barraillier habían intentado hasta entonces, pero sin éxito, atravesar aquellos montes escarpados.

Ya en aquella época, los claros que entre árbol y árbol se observaban en los bosques inmediatos a la ciudad y la abundancia y excelente calidad de la yerba que en ellos crecía, habían hecho considerar la Nueva Gales del Sur como sitio de excelentes pastos y se habían importado en gran cantidad ganado vacuno, lanar y cabrio.



CARTE
D'AUSTRALIE
 d'après l'atlas de Ferron.

«Estos ganados se han multiplicado tanto, que solo en las dehesas del Estado, se contaban en una época poco lejana de la de nuestra residencia en Puerto-Jackson mil ochocientas cabezas, de las cuales eran quinientas catorce, toros, ciento veinte y una bueyes, y mil ciento diez y seis vacas. La progresión en el crecimiento de estos animales, es tan rápida, que en el espacio de once meses, el número de bueyes y de vacas ha subido desde mil ochocientos cincuenta y seis a dos mil cuatrocientos cincuenta, lo cual supone por cada año un aumento de seiscientos cincuenta cabezas o sea de la tercera parte del total.

»Si ahora se calcula la marcha de este desarrollo de animales en un período de treinta años, se convencerá cualquiera con que aun reduciéndolo a la mitad, la Nueva Holanda se encontrara al cabo de ese tiempo cubierta de innumerables rebaños.

»Los carneros han dado resultados todavía más ventajosos; y tal es la rapidez de su multiplicación en aquellas playas lejanas que el capitán Mac-Arthur, uno de los más ricos propietarios de la Nueva-Gales del Sur, no teme asegurar en una Memoria publicada sobre este asunto, que antes de veinte años la Nueva Holanda podrá proporcionar por sí sola a Inglaterra toda la lana que hoy importa de los países inmediatos y por la cual paga hoy, según dice, cada año 1800,000 libras esterlinas».

Sabido es hoy cuan poco exagerados fueron estos cálculos que entonces parecían tan maravillosos. Pero ciertamente era interesante examinar aquella industria pastoril, hoy tan floreciente, y recoger la impresión de admiración que los resultados ya adquiridos produjeron en los navegantes franceses.

Las tripulaciones habían recobrado en parte la salud; pero el número de marineros capaces de continuar la campaña, se había disminuido tanto, que fue preciso resignarse a enviar a Francia al *Naturalista* después de haber sacado de él los hombres más robustos, reemplazándole con una goleta de 30 toneladas llamada la *Casuarina*, cuyo mando se confirió a Luis de Freycinet. El poco

espesor del casco de este buque y su corto calado debían hacerle precioso para el servicio del litoral.

»El *Naturalista*, con la relación de la expedición, los resultados de las observaciones de todo género hechas en las dos campañas, traía además, dice Peron, más de cuarenta mil animales de todas clases, recogidos en tantas playas en los dos años que acababan de transcurrir. Treinta y tres grandes cajas venían llenas de estas colecciones, las más numerosas y más ricas que se han traído a Europa por los viajeros, y que expuestas en parte en la casa que ocupaba *Mr. Bellefin*, causaron la admiración de todos los ingleses instruidos y particularmente del célebre naturalista *Mr. Paterson*».

El *Geógrafo* y la *Casuarina*, salieron de Puerto-Jackson el 18 de noviembre de 1802. Durante esta nueva campaña, los navegantes descubrieron y exploraron sucesivamente la isla King, las islas Hunter, la parte Noroeste de la tierra de Van-Diemen, lo que completaba la geografía del litoral de esta gran isla; y después a contar desde el 17 de diciembre hasta el 15 de febrero de 1803, el capitán Baudin reconoció en la costa Sudoeste de la Australia, la isla de los Kangurus y los dos golfos que se abren en frente de ella.

«Es un fenómeno muy extraño, dice Peron, ese carácter de monotonía, de esterilidad tan generalmente impreso en las diversas partes de la Nueva Holanda y en las muchas islas que la rodean; y esto fenómeno se hace más extraño todavía por el contraste que existe entre el continente de la Nueva Holanda y las tierras inmediatas. Así, hacia el Noroeste habíamos visto las islas fértiles del archipiélago de Timor, ofreciendo a nuestras miradas sus altas montañas, sus ríos, sus arroyos y sus bosques profundos, cuando apenas hablan transcurrido cuarenta y ocho horas desde nuestra salida de las costas anegadas, áridas y desnudas de la tierra de Witt.

»Del mismo modo hacia el Sur habíamos admirado la poderosa vegetación de la tierra de Van-Diemen y los montes poblados que se levantan en la superficie de esta tierra, y más recientemente aún habíamos celebrado la frescura de la isla de King y su fecundidad;

pero la escena cambia; tocamos en las playas de la Nueva Holanda y a cada instante teníamos que reproducir esos sombríos cuadros que tantas veces han fatigado ya el espíritu del lector, admirado al filósofo y afligido al navegante».

Los ingenieros enviados con la *Casuarina* para reconocer el golfo Spencer y la península de York que le separa del golfo de San Vicente, después de levantar sus planos detalladamente y haberse cerciorado de que ningún río importante desembocaba por aquel sitio en el mar, se vieron obligados a abreviar su reconocimiento del puerto de Lincoln, porque iba a expirar el término prescrito para su vuelta a la isla de los Kangurus.

Seguros de que serian abandonados si se retardaban, se apresuraron a volver, pero no lo bastante, porque cuando llegaron a la isla de los Kangurus el 1.º de febrero, el *Geógrafo* se había dado a la vela sin cuidarse de la *Casuarina* que, sin embargo, tenía a bordo muy pocos víveres.

Baudin continuó solo la exploración de la costa y el reconocimiento del archipiélago de San Francisco, trabajo muy importante, porque desde el descubrimiento de aquellas islas por Pedro Nuyts en 1627, ningún navegante las había visitado con detención.

Flinders, es verdad, acababa de hacer esta visita; pero Baudin lo ignoraba y creyó ser el primer europeo que había llegado a aquellos parajes desde su descubrimiento.

Cuando el *Geógrafo* llegó el 6 de febrero al puerto del Rey Jorge encontró en él la *Casuarina* tan averiada que fue preciso sacarla a la playa.

El puerto del Rey Jorge, descubierto en 1791 por Vancouver, es de una importancia tanto mayor cuanto que en una extensión de costas a lo menos igual a la distancia entre París y San Petersburgo, es el único puerto bien conocido de la Nueva Holanda donde hay posibilidad de proporcionarse agua dulce en todo tiempo.

No obstante, todo el perímetro de la rada es estéril.

«El aspecto del interior del país bajo este punto de vista, dice *Mr. Boullanger* en su diario, es verdaderamente horrible; hasta los pájaros son raros; es un desierto silencioso.

En el centro de una de las endentaciones de esta bahía, que se llama la ensenada de las Ostras, el naturalista *Mr. Faure* descubrió una corriente de agua que se llamó el Río de los Franceses, cuya embocadura era tan ancha como la del Sena de París, y trató de subir por ella y penetrar en el interior del país lo más lejos que fuera posible.

A dos leguas, poco más o menos de la embocadura el bote se vio detenido por dos diques sólidos construidos con piedras secas que se untan a un islote e interceptaban todo el paso.

«Esta muralla estaba abierta en diversos sitios, y las aberturas en su mayor parte habían sido practicadas por encima de la línea de la marea baja, siendo bastante ancha la parte que daba al mar y mucho más estrecha la otra que daba al interior del país. Por este medio los peces que en la marea alta subían por el río podían atravesar fácilmente el dique; pero les era imposible retirarse después, y en la marea baja se encontraban en una especie de estanque donde fácilmente eran cogidos por los pescadores».

Mr. Faure debía encontrar otras cinco murallas de esta especie en menos de un tercio de milla.

«¡Singular ejemplo del ingenio de aquellos pueblos bárbaros tan inmediatos sin embargo a los brutos!».

En este mismo puerto del Rey Jorge fue donde uno de los marineros del *Geógrafo* llamado Ransonnet, más feliz que Vancouver y que Entrecasteaux, pudo tener una entrevista con los naturales del país.

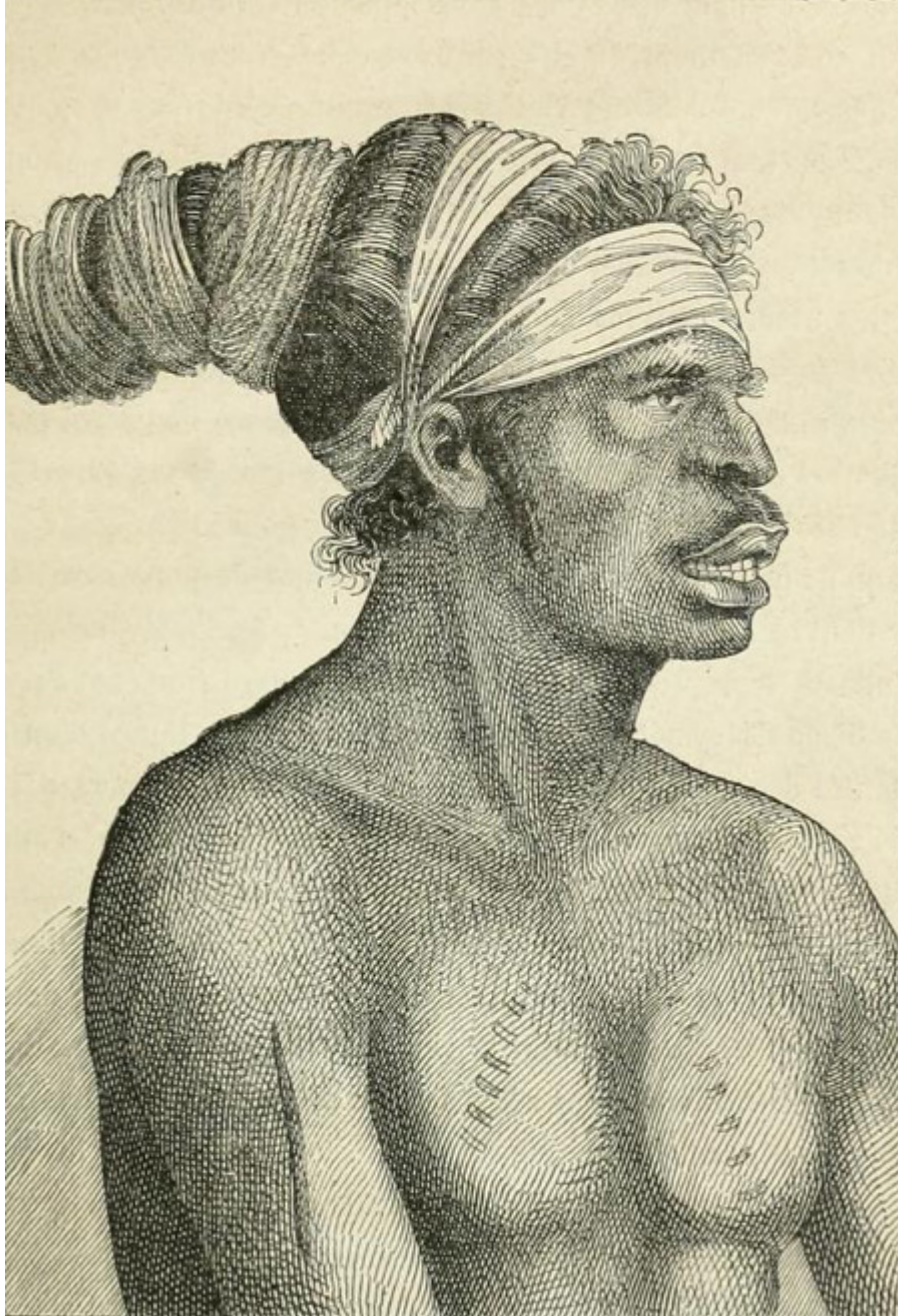
Era la primera vez que un europeo podía dirigirse a ellos.

«Apenas nos presentamos, dice *Mr. Ransonnet*, ocho indígenas, que en vano nos habían llamado con sus ademanes y gritos el primer día de nuestra aparición en la costa, se presentaron reunidos, y luego tres de ellos, que sin duda eran mujeres, se alejaron quedando los otros cinco. Éstos, después de haber arrojado

lejos de sí las azagayas, probablemente para convencernos de sus intenciones pacíficas, acudieron a ayudarnos a desembarcar. Los marineros, siguiendo mi ejemplo, les ofrecieron diversos regalos que recibieron con aire de satisfacción, pero sin muestras de codicia. Fuese apatía, fuese confianza, después de haber recibida aquellos objetos nos los devolvían con cierta especie de placer, cuando se los dábamos de nuevo, les dejaban en tierra o en las rocas inmediatas.

»Con ellos venían varios perros hermosos y grandes; yo procuré persuadirles a que me cedieran uno y les ofrecí en cambio todo lo que podía ofrecerles; pero se mantuvieron firmes en su negativa. Parece que se sirven de estos perros especialmente para la caza de kangurús que les sirven de alimento.

También se alimentan de peces, y yo mismo les he visto matarlos con sus azagayas. Bebieron con nosotros café y comieron galleta y vaca salada; pero se negaron a comer el tocino que les ofrecimos y lo dejaron en las piedras sin tocarlo.



»Estos hombres son altos, delgados y muy ágiles; tienen los cabellos largos, las cejas negras, la nariz corta, ancha y aplastada en su nacimiento, los ojos hundidos, la boca grande, los labios salientes y los dientes muy hermosos y muy blancos. El interior de su boca parecía negro como el exterior de su cuerpo.

»Los tres de más edad, que podían tener de cuarenta a cincuenta años, llevaban una gran barba negra; tenían los dientes

como limados y agujereado el tabique que separa las ventanas de la nariz. Tenían también el cabello cortado en redondo y naturalmente ensortijado. Los otros dos, que calculo tendrían de diez y seis a diez y ocho años de edad, no estaban tatuados, y su larga cabellera estaba reunida en un moño polvoreado con una tierra roja, con la cual los más ancianos se frotaban todo el cuerpo.

»Por lo demás todos estaban desnudos y no llevaban más adorno que una especie de cinturón ancho compuesto de una multitud de cordoncillos tejidos de pelo de kangurú. Hablan con volubilidad y cantan por intervalos siempre en el mismo tono y acompañándose con los mismos gestos. A pesar de la buena inteligencia que no cesó de reinar entre nosotros, no nos permitieron nunca dirigirnos hacia el sitio en que los demás salvajes, probablemente sus mujeres, se habían ocultado».

Después de una residencia de doce días en el puerto del Rey Jorge, los dos buques se hicieron de nuevo a la mar. Rectificaron y completaron los mapas de Entrecasteaux y Vancouver relativos a las tierras de Leuwin, Edels y Endracht, cuyas costas fueron recorridas y reconocidas del 7 al 26 de marzo.

Desde allí Baudin pasó a la tierra de Witt, cuyos pormenores eran casi desconocidos cuando llegó a ella por primera vez. Esperaba ser más feliz que Witt, Vienen, Dampier y Saint-Allouarn que constantemente habían sido rechazados de aquella tierra por los accidentes del mar; pero los bajos, los arrecifes, los bancos de arena, hacían aquella navegación muy peligrosa.

A estos peligros se añadió en breve una ilusión singular, el espejismo. El efecto de esta ilusión era tal que «el *Geógrafo*, que navegaba a más de una legua de las rompientes, parecía estar rodeado de ellas por todas partes, y no hubo persona a bordo de la *Casuarina* que no le creyera en peligro inminente.

La magia de la ilusión no fue destruida sino por su mismo exceso.

El 3 de mayo el *Geógrafo*, acompañado de la *Casuarina*, ancló por segunda vez en el puerto de Cupang, en Timor. Precisamente

un mes después el capitán Baudin completando sus provisiones de víveres, salió de Timor e hizo rumbo, primero hacia la tierra de Witt, donde esperaba encontrar brisas de tierra y de mar que le impulsaran hacia al Este, y después hacia la isla de Francia, donde murió el 16 de setiembre de 1803. El estado cada vez más precario de su salud debió de influir singularmente en el carácter de este jefe de expedición, y el estado mayor quizá no hubiera tenido tanto de qué quejarse si Baudin hubiera tenido bien equilibradas todas sus facultades mentales.

Pero ésta es cuestión que pertenece a los fisiólogos.

El 23 de marzo el *Geógrafo* entraba en la rada de Lorient, y tres días después se empezaron a desembarcar las diversas colecciones de historia natural que traía.

»Ademas de una multitud de cajas de minerales, de plantas disecadas; de peces, repites y zoófitos conservados en alcohol, de cuadrúpedos y de aves empajados o disecados, teníamos setenta grandes cajas llenas de vegetales al natural, entre ellos doscientos ejemplares de plantas útiles, y unas seiscientas de semillas, y en fin, unos cien animales vivos».

Completaremos estas noticias con algunos pormenores tomados de la Memoria presentada al gobierno por el Instituto y que se refieren a la colección zoológica reunida por 103 señores Peron y Lesueur.

«Componen esta colección más de cien ejemplares de animales de especies grandes y pequeñas. Ya ha presentado muchos géneros importantes y todavía tiene que dar a conocer otros muchos con especies nuevas, cuyo número, según el informe del profesor del Museo, pasa de dos mil quinientas.

Si se recuerda que el segundo viaje de Cuok, el más brillante que se había hecho hasta entonces, no trajo a Europa más que doscientas cincuenta especies, y que todos los viajes reunidos de Carteret, de Wallis, de Furneaux, de Meares y del mismo Vancouver no trajeron un número tan considerable; si se observa por último, que tampoco fueron tan abundantes los resultados de todas las

demás expediciones francesas, se habrá de deducir por consecuencia que los señores Peron y Lesueur dieron por sí solos a conocer mayor número de animales nuevos que todos los naturalistas viajeros de los últimos tiempos.

También los resultados geográficos e hidrográficos fueron importantes. El gobierno inglés siempre se negó a reconocerlos y Desborough-Cooley en su *Historia de los Viajes* subordina completamente los descubrimientos de Baudin a los de Flinders. Hasta se supuso que Flinders había sido detenido en prisión durante seis años y medio en la isla de Francia a fin de dejar a los redactores franceses el tiempo necesario para consultar sus cartas y combinar por ellas la relación de sus viajes.

Esta acusación es tan absurda que no necesita más refutación que su reproducción sencilla. No nos haremos a nosotros mismos la injuria de combatirla.

Los dos navegantes inglés y francés, cada uno por su parte desempeñaron un buen papel en la historia del descubrimiento de las costas de Australia y no es necesario levantar a uno a expensas del otro. La parte de gloria que a cada uno corresponde nos parece que ha sido determinada con mucha justicia y discernimiento en el prólogo de la segunda edición del *Viaje de descubrimientos Australes* de Peron, revisada y corregida por Luis de Freysinet, a la cual referimos al lector que pueda interesarse en esta disputa.

CUARTA PARTE

ÁFRICA, ASIA Y AMÉRICA

CAPÍTULO PRIMERO

LOS EXPLORADORES DEL ÁFRICA

Shaw en Argel y Túnez. —Hornemann en el Fezan. — Adanson en el Senegal. —Houghton en Senegambia. —Mungo-Park y sus dos viajes al Dyoliba o Níger. —Segó. —Tombuctú. —Sparmann y Levaillant en el Cabo, en Natal y en el interior. —Lacerda en Mozambique y en Cazembe. —Bruce en Abisinia. —Las fuentes del Nilo Azul. —El lago Zana. —Viaje de Browne por el Darfur.

El inglés Tomás Shaw, agregado como capellán a la factoría de Argel, se aprovechó de sus doce años de residencia en los Estados Berberiscos para reunir una rica colección de medallas, de inscripciones y de objetos de arte. Si no visitó por sí mismo las comarcas meridionales de la Argelia, supo a lo menos rodearse de hombres graves, bien informados, que le dieron sobre muchos lugares poco conocidos un cúmulo de noticias exactas y de informes

preciosos. Su trabajo, publicado en dos gruesos tomos en 4º con muchos grabados en el texto, se refiere a toda la antigua Numidia.

Es la obra más de un erudito que de un viajero; y debe confesarse que esta edición está con frecuencia mal digerida; pero cualquiera que sea el valor actual de esta obra de geografía histórica, no dejaba de tenerlo grande para la época en que se publicó, porque nadie había estado en mejor situación que Shaw para reunir la cantidad prodigiosa de materiales que dicha obra contiene.

El extracto siguiente podrá dar una idea de su plan.

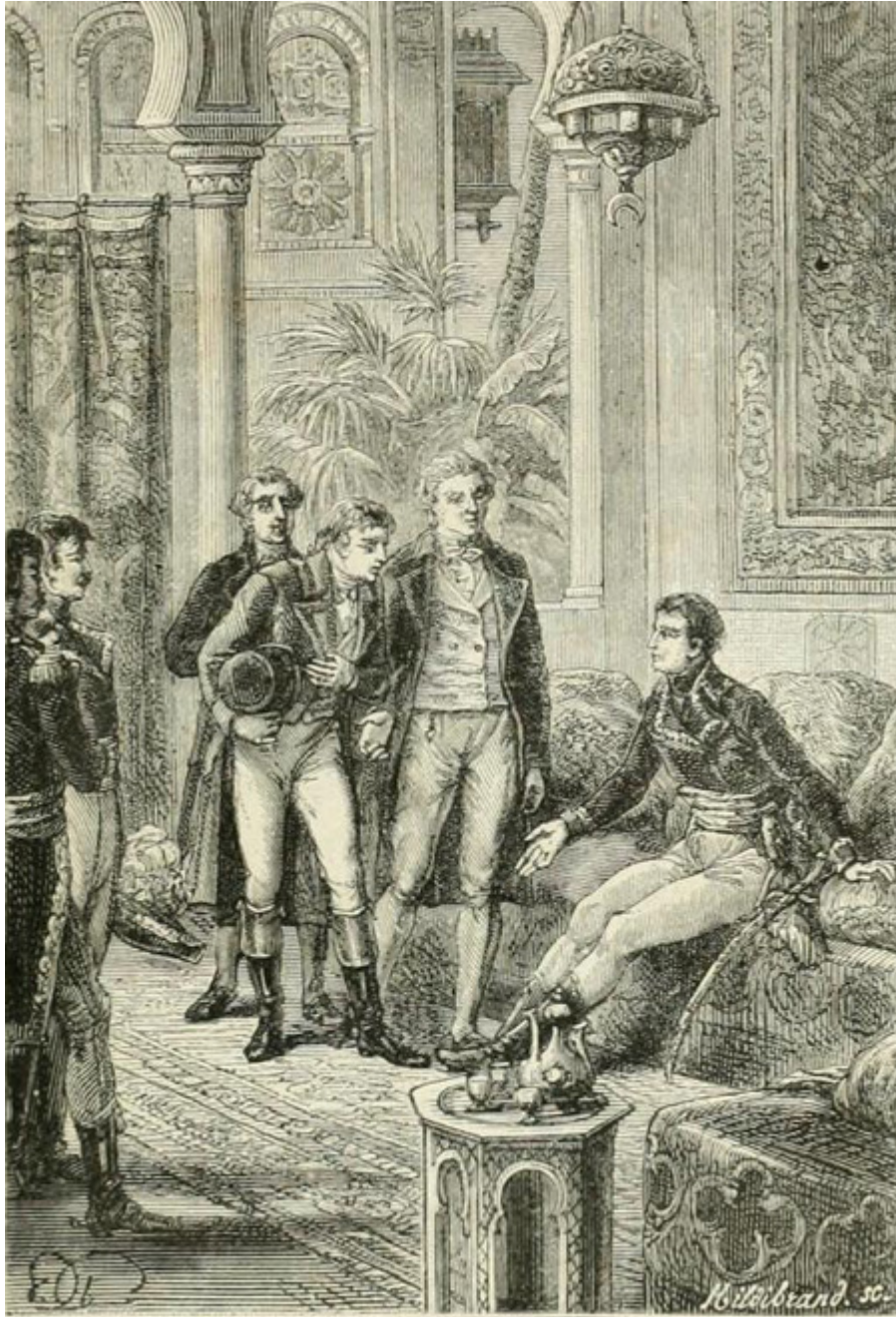
«La principal manufactura de los kabilas y de los árabes son *jaiques* (así llaman sus capas de lana) y tejidos de pelo de cabra con que cubren sus tiendas.

Solo las mujeres se ocupan en esta tarea, como antiguamente Andrómaca y Penélope, no se sirven de lanzadera sino que conducen cada hilo de la trama con los dedos. Cada uno de estos *jaiques* tiene comúnmente seis varas inglesas de largo y cinco o seis pies de ancho, y sirve a los kabilas y a los árabes de vestido completo durante el día y de lecho y manta durante la noche. Es un traje completo pero muy incómodo, porque se desarregla y se cae muchas veces, de suerte que los que lo llevan se ven obligados a levantarlos y a ajustarlos a cada momento; lo cual hace comprender fácilmente la necesidad de un cinturón cuando se trata de moverse, y por consiguiente toda la energía de la expresión alegórica tantas veces citada en la Escritura: tener ceñido el cinturón.

La manera de llevar este traje y el uso que de él se hace cuando están acostados, podrían hacernos creer que a lo menos la especie más fina de los *jaiques* tales como los llevan las mujeres y los hombres de cierta posición entre los kabilas es la misma que los antiguos llamaban *peplus*. Es también muy probable que el traje llamado *toga* entre los romanos que se echaban sobre los hombros y que les servía para embozarse, era de esta especie, porque a juzgar por los paños de sus estatuas, la toga o el manto está dispuesto de la misma manera que el *jaique* de los árabes».

Es inútil detenernos por más tiempo en esta obra cuyo interés bajo el punto de vista que nos ocupa es casi nulo. Vale más extendernos un poco acerca del viaje de Federico Conrado Hornemann, al Fezan.

Este joven alemán hizo su expedición bajo los auspicios de la sociedad fundada en Londres para la exploración del África. Habiendo aprendido la lengua árabe y adquirido algunos conocimientos en medicina, fue elegido para la expedición por la *Sociedad Africana*, que le dio cartas de recomendación y salvoconductos, y le abrió un crédito ilimitado. Salió de Londres en el mes de julio de 1797 y pasó por París. Lalande le presentó al instituto y le dio su *Memoria sobre el África*; y Broussonnet le proporcionó relaciones con un turco que le dio cartas de recomendación muy expresivas para ciertos mercaderes del Cairo que tenían negocios con el interior del África.



Marchó Hornemann al Cairo y aprovechó su residencia allí para perfeccionarse en la lengua árabe y estudiar los usos y costumbres de los indígenas. Habiendo sido presentado por Monge y Berthollet al general en jefe del ejército de Egipto, que era Bonaparte, éste le acogió perfectamente y puso a su disposición todos los recursos del país.

Para Hornemann el medio más seguro de viajar era disfrazarse de mercader mahometano. Se apresuró, pues, a aprender ciertas oraciones y ciertas prácticas suficientes a sus ojos para engañar a gente desprevenida. Además iba acompañado de uno de sus compatriotas, llamado José Frendenburgh, que hacía doce años había abrazado la religión mahometana, que había hecho tres viajes a la Meca, y hablando con facilidad los diversos dialectos turcos y árabes más usados, podía servirle de interprete en caso necesario.

El 5 de setiembre de 1798 Hornemann salió del Cairo con una caravana de mercaderes y comenzó por visitar el famoso oasis de Júpiter Ammon o de Siwah, situado en el desierto al Oriente del Egipto; pequeño Estado independiente que reconoce la soberanía del sultán, pero sin pagarle tributo.

Alrededor de la ciudad de Siwah se encuentran a unas dos millas de distancia varias aldeas. La ciudad está edificada en una roca en la cual los habitantes se han abierto moradas; y las calles son tan estrechas y embrolladas, que un extranjero se pierde en aquel laberinto.

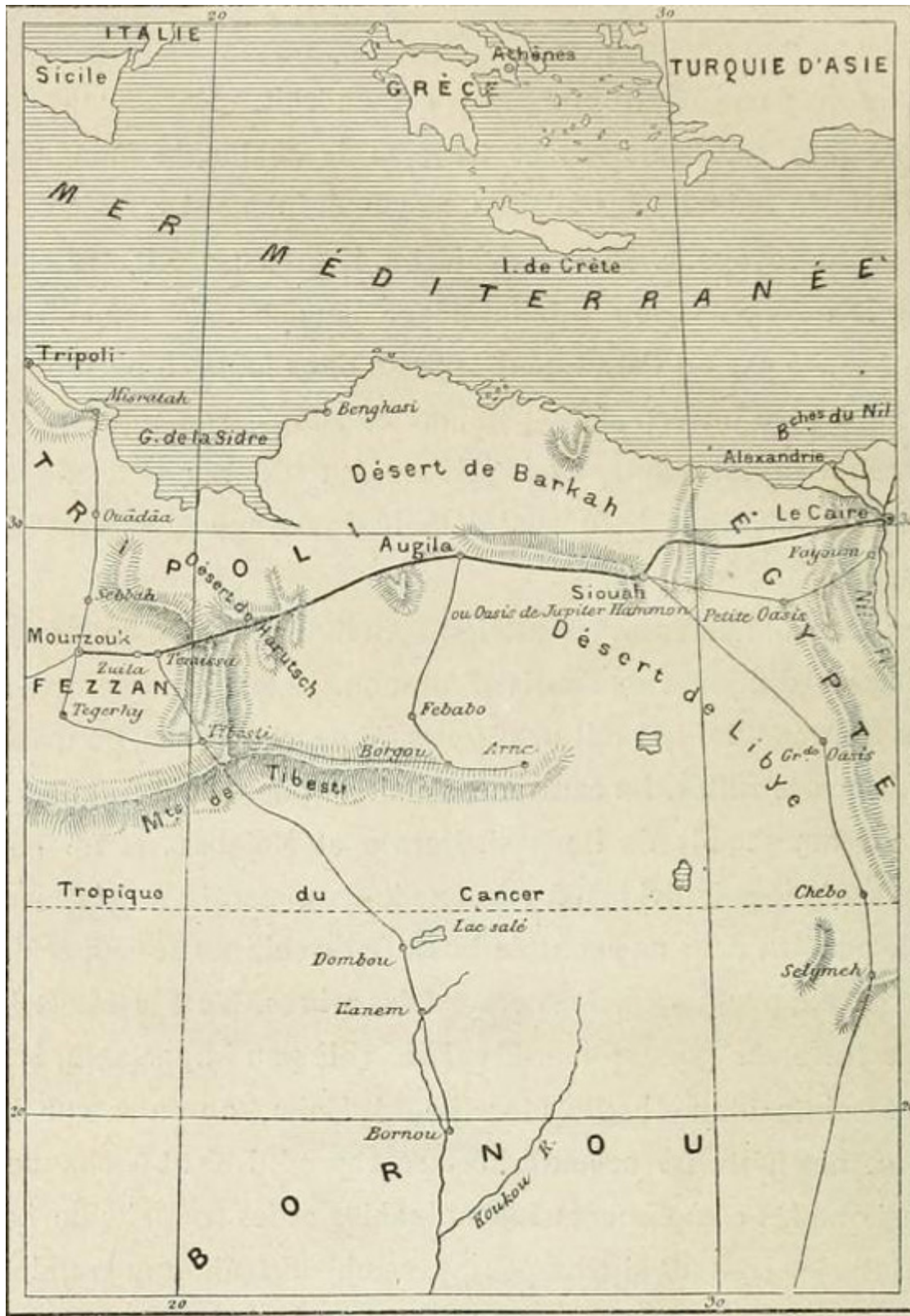
La extensión de este oasis es considerable. Su distrito más fértil es un valle bien regado de unas 50 millas de circuito que produce trigo y vegetales comestibles.

Su producto más rico consiste en dátiles de sabor excelente cuya fama es proverbial entre los árabes del Zahara.

Al principio Hornemann había visto ruinas que se prometía visitar, porque los datos que había recogido entre los habitantes no le parecían gran cosa. Pero cuando penetró en el recinto de aquellas ruinas se vio siempre seguido de cierto número de habitantes que le impidieron examinarlas detenidamente. Uno de los árabes llegó a decirle: «Por fuerza eres cristiano en tu corazón cuando vienes con tanta frecuencia a visitar las obras de los infieles». Por esto se comprenderá que Hornemann tuvo que renunciar a toda investigación ulterior.

Por lo que pudo juzgar en aquel examen superficial, las ruinas parecían ser de origen egipcio, y aquél era en efecto el oasis de

Ammon. Una prueba de la densidad de la antigua población de este oasis, es el número prodigioso de catacumbas que se encuentra a cada paso, y sobre todo en la colina donde está la ciudad. En estas necrópolis el viajero por más que hizo no pudo proporcionarse una cabeza entera. Entre los occipucios que recogió no pudo hallar la prueba de que hubiesen estado llenos de resina. En cuanto a trajes, halló muchos fragmentos, pero en tal estado de descomposición, que le fue imposible asignarles origen ni procedencia.



Después de haber pasado ocho días en aquel sitio, se dirigió el 29 de setiembre a Schiacha y atravesó la cadena de montañas que rodea el oasis de Siwah, sin que hasta entonces le hubiera ocurrido ningún incidente que turbara su viaje. Pero en Schiacha fue acusado de ser cristiano y de recorrer el país como espía. Fue preciso mostrarse audaz, y Hornemann no dejó de manifestar grande osadía. Salvóle un Coran que llevó a la sala donde eran interrogados y que leyó de corrido. Entre tanto su intérprete, temiendo que se registrara su equipaje, había arrojado al fuego los fragmentos de momias y los ejemplares de botánica y hasta el diario de viaje y todos los libros; y aquélla fue una pérdida irreparable.

Un poco más lejos la caravana llegó al Augila, ciudad descrita por Heródoto, que la situó a diez días del oasis de Ammon. Esta situación concuerda con el testimonio de Hornemann que invirtió nueve días de una marcha forzada para hacer el camino entre ambos lugares. La caravana se aumentó en Augila con cierto número de mercaderes de Bengasi, Merote y Moyabra hasta el número de más de ciento veinte individuos; y después de una triste marcha por un desierto de arena, penetró en un país accidentado de colinas y barrancos donde de cuando en cuando se encontraban algunos árboles y yerba.

Éste es el desierto de Harutsch que era preciso atravesar para llegar a Ternisa, ciudad poco importante edificada sobre una alta colina y ceñida de elevados muros. Después la caravana entró en Zuila, territorio perteneciente ya al Fezan. A cada entrada de la ciudad se reproducían las fantasías acostumbradas así como los cumplimientos interminables y las saluciones, que a pesar de ser tan fingidas, muchas veces ocupan un gran lugar en la vida de los árabes y su frecuencia produjo más de una vez la admiración del viajero.

El 17 de noviembre la caravana descubrió a Murzuk, capital del Fezan, que era el objeto del viaje.

La mayor longitud de la parte cultivada del reino del Fezan, según Hornemann, es de unas 300 millas de Norte a Sur, y su

mayor anchura de 200 millas del Este al Oeste; pero hay que añadir la región montañosa de Harutsch al Este y los demás desiertos al Sur y al Oeste. El clima en el Fezan nunca es agradable en verano el calor se concentra con una intensidad prodigiosa, y cuando sopla el viento del Sur apenas le pueden sufrir ni aun los naturales; y en invierno el viento del Norte es tan penetrante y tan frío, que obliga a los habitantes a encender fuego.

Los dátiles en primer lugar y luego los vegetales comestibles constituyen casi las únicas riquezas del país, del cual Murzuk es el principal mercado. Allí se reúnen los productos del Cairo, de Bengasi, de Trípoli, de Radames, del Toat y del Sudan. Los artículos de comercio son los esclavos de ambos sexos, las plumas de avestruz, las pieles de fieras y el oro en polvo o en pepitas. El Burnu envía cobre, el Cairo sedas, algodones, vestidos de lana, imitaciones de coral, brazaletes y géneros de la India; y los mercaderes de Trípoli y de Radames importan armas de fuego, sables, cuchillos, etc.

El Fezan está gobernado por el sultán que desciende de la familia de los Sherifs. Su poder es ilimitado; pero paga al rey de Trípoli un tributo de 4,000 duros. Puede calcularse la población del país (Hornemann no nos dice en qué base se apoya para este cálculo) en setenta y cinco mil habitantes, que todos profesan el mahometismo.

Se hallan también en la relación de Hornemann algunos otros pormenores sobre los usos y costumbres de este pueblo; y termina su informe presentado a la Sociedad Africana diciendo que se propone volver al Fezan y que piensa enviar nuevos pormenores.

Lo que nosotros sabemos es que en Murzuk murió el fiel compañero de Hornemann, el renegado Frendenburgh.

El mismo Hornemann, acometido de una fiebre violenta, se vio obligado a detenerse en Murzuk mucho más tiempo de lo que pensaba. Apenas restablecido pasó a Trípoli a fin de reposar y volver a la compañía de algunos europeos, y el 1.º de diciembre de 1799, tornó de nuevo el camino de Murzuk desde donde salió

definitivamente con una caravana el 7 de abril de 1800. El Burnu le atraía, abismo que debía devorar tantas víctimas y que devoró también ésta.

Durante todo el transcurso del siglo XVIII, el África estuvo sitiada como una plaza fuerte por los exploradores que por todas partes hacían tentativas para introducirse en ella. Algunos llegaron a penetrar en el interior, pero fueron rechazados o encontraron allí la muerte. Solamente en nuestros días debía ese misterioso continente entregarnos sus secretos y descubrir con general sorpresa los tesoros de fecundidad que encierra y que estábamos muy lejos de sospechar.

Por la parte del Senegal los informes recogidos por Brue necesitaban un complemento; pero la preponderancia francesa no estaba aceptada unánimemente como en otro tiempo, y los franceses tenían rivales emprendedores e importantes, los ingleses.

Éstos, persuadidos de la utilidad que tendrían para el desarrollo de su comercio los datos que pudieran proporcionarse; enviaron expedicionarios al país.

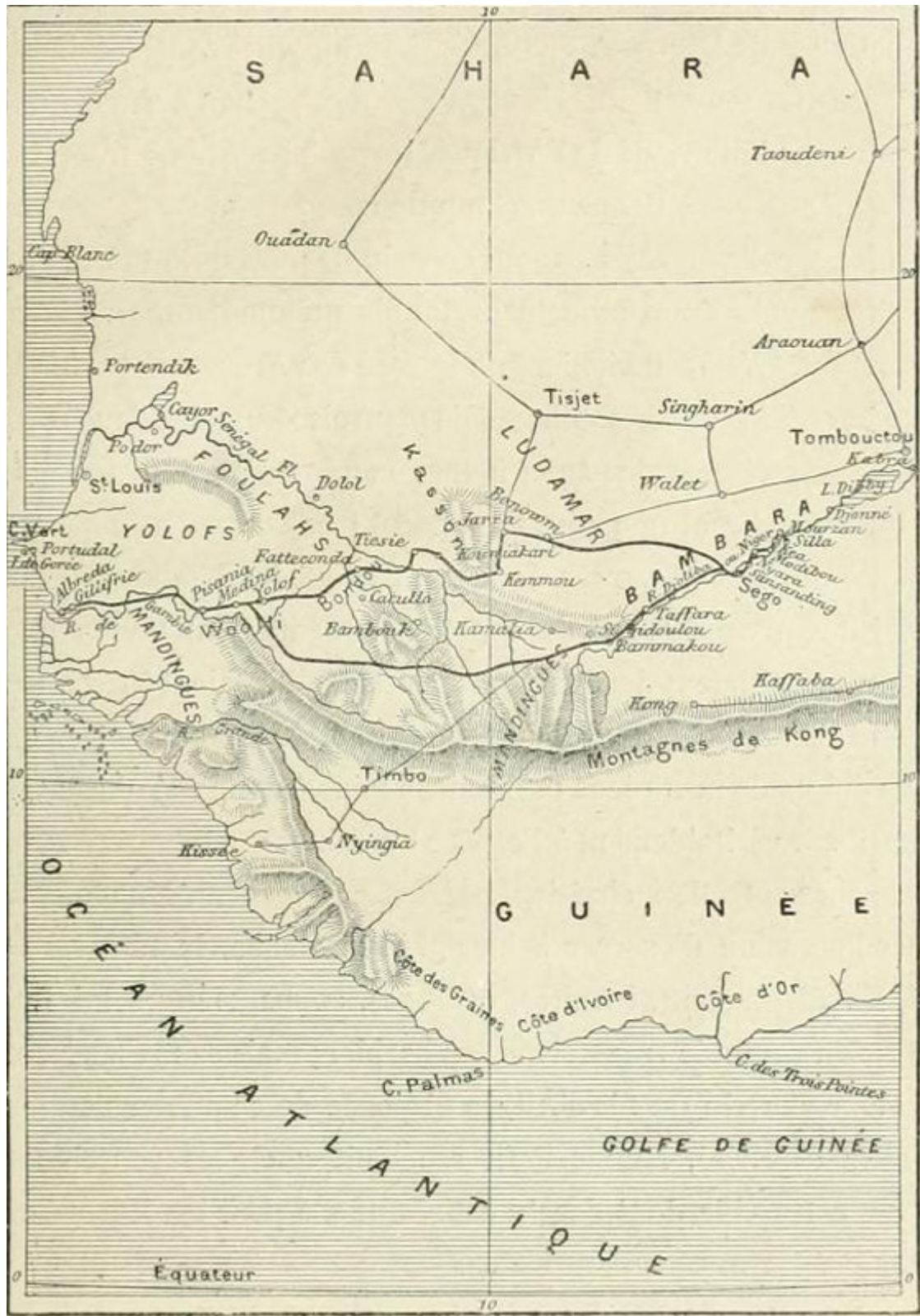
Sin embargo, antes de emprender la relación de las exploraciones del Mayor Houghton y de Mungo-Park, diremos algunas palabras de la misión que se impuso a sí mismo el naturalista francés Miguel Adanson.

Dedicado desde su infancia al estudio de la *Historia Natural*, quiso ilustrar su nombre con el descubrimiento de especies nuevas, y no pensando encontrarlas en Europa, eligió, contra lo que todos esperaban, el Senegal para campo de sus investigaciones.

La razón de esta elección fue «que era, dice en una nota manuscrita, el más difícil de penetrar entre todos los establecimientos europeos, el más cálido, el más insalubre, el más peligroso en todos conceptos y por consiguiente, el menos conocido de los naturalistas».

Indudablemente es preciso tener una gran dosis de valor y de ambición para determinarse a ir a un país por motivos semejantes.

Adanson no era ciertamente el primer naturalista que arrostraba semejante peligro; pero hasta entonces no se había visto que se arrostrase por un hombre con tanta entereza, a su costa y sin ninguna esperanza de recompensa, porque no le quedaba ni siquiera el dinero suficiente para emprender a su vuelta la publicación de los descubrimientos que iba a hacer.



El 3 de marzo de 1719, Adanson se embarcó en el *Caballero Marino*, mandado por Après de Manneville, tocó en Santa Cruz de Tenerife y desembarcó en la desembocadura del Senegal que para él era el Níger de los antiguos geógrafos. Durante cerca de cinco años recorrió la colonia en todos sentidos, visitando sucesivamente a Podop, Portudal, Albreda y la embocadura del Gambia, donde recogió con ardor y perseverancia inaudita, riquezas inmensas en los tres reinos de la naturaleza.

A él se deben las primeras noticias exactas sobre un árbol gigante, el baobab, designado con frecuencia con el nombre de *Adansonia*; sobre las costumbres de las langostas que forman la base del alimento de ciertos pueblos salvajes; sobre las hormigas blancas, que edifican verdaderas casas para sus viviendas y sobre ciertas ostras de la embocadura del Gambia que se posan sobre los árboles.



«Los negros, dice, no tienen tanto trabajo como puede creerse para cogerlas; no hacen más que cortar la rama a la cual se han adherido. Una sola rama tiene a veces más de doscientas, y si tiene muchos brazos, forma un ramillete de ostras que apenas puede ser llevado por un hombre.

Pero en medio de todas estas observaciones, aunque muy interesantes, el geógrafo tiene poco que aprender; solamente puede

adquirir algunos datos nuevos o más completos sobre los Yolofs y sobre los Mandingas. Si siguiéramos a Adanson en los países ya visitados, no aprenderíamos nada nuevo.

No sucede lo mismo respecto de la expedición cuyas peripecias vamos a referir.

El Mayor Houghton, capitán del regimiento 69 y mayor del fuerte de Gorea, por el gobierno inglés, había tenido ocasión de ponerse al corriente de los usos y costumbres de los moros y de los negros de la Senegambia, desde su primera juventud, durante la cual había formado parte de la legación inglesa en Marruecos. En 1790 se ofreció a la Sociedad Africana para pasar al Níger, explorar su curso, visitar las ciudades de Tombuctú y de Mansa y volver por el Zahara. Este plan maravilloso no debía encontrar más que un obstáculo, pero bastante para frustrarlo completamente.

Houghton salió de Inglaterra el 16 de octubre de 1790 y fondeó el 10 de noviembre en Gillifrie, en la embocadura del Gambia. Bien recibido por el rey Barra, subió por el Gambia hasta más de 300 leguas; atravesó por tierra el resto de la Senegambia llegó hasta Gonka-Konda, en el Yani.

«Allí compró un negro, dice Walckenaer en su *Historia de los Viajes*, un caballo y cinco burros, y se preparó a pasar a Medina, capital del pequeño reino de Wulli, con las mercancías que debían servirle para facilitar su viaje. Por fortuna para él, por unas palabras escapadas de la boca de una negra en lengua mandinga, de la cual tenía algún conocimiento, supo que se había formado una conspiración para matarle.

Los mercaderes que traficaban por el río, creyendo que el comercio era el único objeto del Mayor, y temiendo que les quitase sus beneficios con su competencia, habían resuelto su muerte.

«Para librarse del peligro que le amenazaba, creyó conveniente abandonar el camino ordinario y tomar otro.

»Atravesó con sus asnos el río a nado y se halló a la orilla meridional en el reino de Cantor».

Después pasó segunda vez el río y penetró en el reino de Wulli.

Allí se apresuró a enviar al rey sus mensajeros con regalos para pedirle su protección, y el rey le recibió con benevolencia y hospitalidad en su capital .

Medina, según el viajero, es una ciudad importante, rodeada de una campiña muy fértil donde pacen rebaños numerosos. Podía esperar un buen éxito de su viaje; a lo menos todo lo presagiaba, cuando un accidente vino a dar el primer golpe a sus esperanzas. Incendióse una casa inmediata a la que habitaba y pronto la ciudad entera estuvo ardiendo.

Su intérprete, que ya había hecho muchas tentativas para robarle, aprovechó la ocasión y se fugó con un caballo y tres burros.

Pero el rey de Wulli continuaba protegiendo al viajero y le colmaba de regalos preciosos, no por su valor, sino por el afecto de que eran prueba. Este rey, protector de los europeos, se llamaba Dyata; era bondadoso, humano, inteligente, y hubiera querido que los ingleses construyesen una factoría en sus Estados.

El capitán Littleton, escribía Houghton a su mujer, en cuatro años de residencia aquí ha hecho un caudal considerable; y actualmente posee muchos barcos que hacen el comercio en el río. En todo tiempo puede uno proporcionarse, por bagatelas de poco valor, oro, marfil, cera, esclavos, y es fácil ganar ocho capitales por uno. Las aves, los carneros, los huevos, la manteca, la leche, la miel, los pescados, son abundantes, y con 10 libras esterlinas se puede mantener con toda comodidad una familia numerosa. El suelo es seco, el aire muy sano y el rey de Wulli me ha dicho que jamás ha muerto un solo blanco en Fatatenda».

Houghton llegó en seguida por el río Faleme hasta Cacullo, el Caculu del mapa de Anville, y se proporcionó en el Bambuk algunos datos sobre el Dyoliba, río que corre por el interior del Sudan y que, dirigiéndose primero del Sur al Norte hasta Dyenne, tuerce luego del Oeste al Este hasta Tombuctú: dirección que en breve debía ser confirmada por Mungo-Park.

El rey de Bambuk recibió al viajero con cordialidad y le dio un guía para conducirlo a Tombuctú y cauris para que pagase los

gastos del viaje.

Esperábase que el Mayor llegaría con felicidad hasta el Níger, cuando el doctor Laidley recibió una nota escrita con lápiz y medio borrada, fechada en Simbing, en la cual se le decía que el viajero había sido despojado de su equipaje, pero que continuaba su camino hacia Tombuctú. Poco tiempo después llegaron de diversos puntos noticias que hicieron pensar que Houghton había sido asesinado en el Bambara, pero nada se supo definitivamente sobre su suerte hasta el viaje de Mungo-Park.

«Simbing, dice Walckenaer donde el Mayor Houghton trazó las últimas palabras que se recibieron de sus manos, es un lugar fronterizo del reino de Ludamar y rodeado de murallas. Allí el Mayor Houghton se vio abandonado por sus criados negros, que no quisieron seguirle al país de los moros. No por eso dejó de continuar su camino, y después de haber vencido un gran número de obstáculos, se adelantó hacia el Norte e intentó atravesar el reino de Ludamar.

»Llegó por fin a Yarra e hizo conocimiento con algunos mercaderes moros que iban a comprar sal a Tischet, población situada cerca de los pantanos salados del gran desierto y a 10 jornadas de marcha al Norte de Yarra. Allí por medio de un fusil y de un poco de tabaco que el Mayor dio a los mercaderes, les persuadió a que le llevaran a Tischet. Al ver su determinación, no pudo menos de creerse que los moros le engañaron, ya respecto del camino que debía seguir, ya en lo tocante al estado del país situado entre Yarra y Tombuctú».

Al cabo de dos días de marcha, Houghton, advirtiendo que le engañaban, quiso volver a Yarra; los moros le despojaron de todo lo que poseía y huyeron; Houghton se vio obligado a volver a pie a Yarra y allí murió no se sabe si de hambre o asesinado por los moros. Después los habitantes mostraron a Mungo-Park el sitio donde había perecido.

La pérdida de los diarios y de las observaciones de Houghton ha hecho casi inútiles para los adelantos de la ciencia sus trabajos y

sus sacrificios. Para encontrar pormenores sobre su exploración estamos reducidos a buscarlos en las actas de la *Sociedad Africana*. En aquel momento Mungo-Park, joven cirujano escocés, que acababa de hacer una campaña en las Indias Orientales en el buque llamado *Worcester*, supo que la *Sociedad Africana* buscaba un viajero que quisiera penetrar en el interior del continente por el río Gambia.



Mungo-Park, que desde largo tiempo deseaba observar las producciones de aquel país, las costumbres y carácter de sus pueblos, se ofreció para esta misión, aunque tenía motivos para presumir que su predecesor el Mayor Houghton había perecido en su viaje.

Aceptado inmediatamente por la Sociedad procedió a los preparativos de marcha y salió de Portsmouth el 22 de mayo de 1795 con poderosas recomendaciones para el doctor Laidley y un crédito de 200 libras esterlinas.

Desembarcó en Gillifrie a la embocadura del Gambia en el reino de Barra, subió por el río y llegó a Pisania, factoría inglesa del doctor Laidley. Allí su primer cuidado fue aprender la lengua más general que era la mandinga, y luego reunió las noticias necesarias para la ejecución de sus proyectos. Aquel estudio y el tiempo de residencia que tuvo que emplear para obtenerlo, le permitieron reunir datos más exactos y minuciosos que sus predecesores acerca de los felups, los yolofs, los fulahs, y los mandingas.

Los primeros son severos, disputadores y vengativos; pero valientes y fieles; los segundos forman una nación poderosa y guerrera, de piel extremadamente negra y que presentan una gran semejanza con los mandingas, menos en el color de la piel y en el idioma; los mandingas son de genio apacible y social, altos, bien formados y tienen mujeres relativamente lindas. En fin, los fulahs, que son los menos oscuros de color, parecen dados enteramente a la vida pastoril y agrícola. La mayor parte de estas poblaciones son mahometanas y practican la poligamia.

El 2 de diciembre, Mungo-Park, acompañado de dos negros intérpretes y de un pequeño equipaje, se adelantó por el interior penetrando primero por el reino pequeño de Wulli cuya capital, Medina, contiene unas mil casas. Visitó en seguida a Kolor, ciudad bastante grande, y después de haber atravesado un desierto de dos días de marcha, llegó al reino de Bondú cuyos habitantes son fulahs, profesan la religión mahometana y se enriquecen con el

comercio del marfil cuando no se dedican a la agricultura y a la ganadería.

No tardó el viajero en llegar a la orilla del Faleine, río que sale de las montañas de Dalaba y que cerca de sus fuentes baña importantes terrenos auríferos.

En Fateconda, capital del Bondú, fue recibido por el rey, que no podía comprender que un hombre viajara tan solo por curiosidad. La entrevista del viajero con las mujeres del monarca es bastante curiosa.

«Apenas entré donde estaban, dice Mungo-Park, me vi rodeado de todo el serrallo. Las unas me pedían medicinas, las otras ámbar, y todas querían probar el gran específico de los africanos, la sangría. Estas mujeres eran diez o doce, la mayor parte jóvenes y bonitas, y llevaban en la cabeza adornos de oro y cuentas de ámbar.

»Me hablaron con mucha alegría, chanceándose sobre diferentes objetos; se reían sobre todo de la blancura de mi piel y de lo largo de mi nariz, sosteniendo que tanto la una como la otra eran artificiales.

Decían que había blanqueado mi piel bañándome en leche cuando todavía era niño y que me había alargado la nariz pellizcándomela todos los días hasta que había adquirido aquella forma desagradable y antinatural».

Al salir de Bondú por el Norte, Mungo-Park entró en el Kayaaga, al cual los franceses dan el nombre de Galam. El clima de este país pintoresco, regado por las aguas del Senegal, es mucho más sano que el de las comarcas inmediatas a la costa. Los habitantes se llaman Serawoullis y los franceses les titulan seracolets.



El color de su piel es negro azabache, y bajo este punto de vista no se les puede distinguir de los yolofs.

«Los Serawoullis, dice Mungo-Park, se dedican ordinariamente al comercio. Antiguamente le hacían muy grande con los franceses a quienes vendían oro en polvo y esclavos. Hoy proveen de esclavos a las factorías inglesas establecidas en las orillas del

Gambia. Son famosos por la amistad y la lealtad con que tratan los negocios».

En Yoag Mungo Park fue despojado de la mitad de su equipaje por los enviados del rey bajo el pretexto de cobrarle un derecho de tránsito. Por fortuna suya el sobrino de Dernba-Yego-Yalla, rey de Kasson, que en aquel momento se preparaba a regresar a su país, le tomó bajo su protección y juntos llegaron a Gorgadi, donde se encuentran hermosas plantaciones de palmeras, y a Samie, en las orillas del Senegal y en la frontera del Kasson.

La primera ciudad que se encuentra en este territorio es la de Tiesie, a la cual llegó Mungo-Park el 31 de diciembre. La población le recibió muy bien y le vendió por poco precio las provisiones que necesitaba; pero el hermano y el sobrino del rey le hicieron objeto de toda clase de vejaciones.

El 10 de enero de 1796 salió de esta ciudad para Kuñakari, capital del Kasson, país fértil, seco y bien poblado que puede poner cuarenta mil hombres sobre las armas. El rey, que manifestó la mayor benevolencia para con el viajero, quiso que éste se quedara en sus Estados, mientras durase la guerra entre los reinos de Kasson y Kayaaga, en la cual no podían menos de tomar parte los reinos de Kaarta y Bambara que se proponía visitar. Este consejo era prudente y Mungo-Park se arrepintió más de una vez de no haberle seguido.

Pero impaciente por penetrar todavía más en el interior, no quiso detenerse y pasó al Kaarta, país de llanuras arenosas. En el camino encontró una multitud de habitantes que huían al Kasson para evitar los horrores de la guerra; pero este espectáculo no le detuvo y continuó su viaje hasta la capital del Kaarta situada en una llanura fértil y extensa.

El rey Daisy-Kurabary le recibió con afabilidad; quiso disuadirle de entrar en el Bambara, y viendo que eran inútiles sus esfuerzos, le aconsejó que para evitar encontrarse en medio de los combatientes entrase primero en el reino de Ludamir, habitado por moros desde donde podría penetrar más fácilmente en el Bambara.

Durante este viaje, Mungo-Park vio a los negros comer una especie de pan del sabor del pan de especias hecho con las bayas del loto. Esta planta, el *rhammus lotus*, crece espontáneamente en la Senegambia, la Nigrizia y el país de Túnez.

«Por consiguiente dice Mungo-Park, no puede dudarse que éste es el fruto de ese mismo loto, del cual dice Plinio que se alimentaban los lotófagos de la Libia. Yo he comido pan de loto y creo que un ejército puede muy bien haber vivido con semejante pan como Plinio refiere que vivieron los libios.

»El sabor de este pan es dulce y agradable y por tanto es de presumir que los soldados no se quejaran de aquel alimento».

Mungo-Park llegó el 22 de febrero a Yarra, ciudad grande, con casas de piedra, habitadas por negros procedentes del Sur que habían acudido a ponerse bajo la protección de los moros a quienes pagan un tributo considerable. El viajero obtuvo de Ali, rey de Ludamar, el permiso para atravesar sus Estados sin ser molestado; pero a pesar de esta seguridad, fue casi enteramente despojado de lo que llevaba por los moros fanáticos de Dina. En Sampaca, en Dally, ciudades populosas, y en Samé, aldea muy bien situada, recibió tan buena acogida que ya creía segura su entrada en el interior del África, cuando se presentó una tropa de soldados de Ali que le llevaron a Benown, campamento de este soberano.

«Ahí, dice Mungo-Park, sentado en un almohadón de tafilete negro, estaba ocupado en morderse algunos pelos del bigote mientras una esclava tenía un espejo delante de él.

Era un anciano de raza árabe, con larga barba blanca, y tenía el aire sombrío y de mal humor. Me miró muy atento, y en seguida preguntó a mis conductores si yo hablaba el árabe.

Ellos respondieron que no, de lo cual pareció muy admirado y guardó silencio. Las personas que estaban a su lado y sobre todo las mujeres no hicieron lo mismo; al contrario me abrumaban a preguntas, mirando todas las partes de mi traje, registrando mis bolsillos y obligándome a desabotonarme el chaleco para examinar la blancura de mi piel. Llegaron hasta contarme los dedos de los

pies y de las manos como si hubiesen dudado de que yo perteneciera verdaderamente a la especie humana».

Mungo-Park, extranjero en el país, sin protección, cristiano y acusado de espía, dio a los moros ocasión de ejercer impunemente la insolencia, la ferocidad y el fanatismo que les distinguen. No le perdonaron ni insultos, ni ultrajes, ni golpes. Hiciéronle trasformarse en barbero; pero su torpeza en el primer ensayo, en que cortó el cuero cabelludo del hijo de Ali, le dispensó de aquel oficio poco glorioso.

Durante aquel cautiverio Mungo-Park recogió algunas noticias sobre Tombuctú, la ciudad cuyo acceso es tan difícil para los europeos, y el desiderátum de todos los viajeros africanos.

«Huza, le dijo un cherif, es la mayor ciudad que yo he visto. Walet es mayor que Tombuctú; pero como está muy lejos del Níger y su principal comercio es la sal, se ven en ella menos extranjeros.

De Benown a Walet hay diez jornadas de camino; entre ellas no hay ninguna ciudad notable y es preciso alimentarse con leche, que se compra a los árabes, cuyos ganados pacen alrededor de los pozos o lagunas.

Durante dos días hay que atravesar un país arenoso, en el cual no se encuentra agua.

»Después son necesarios once días de marcha para llegar de Walet a Tombuctú; pero en este camino el agua es muy abundante, y se viaja ordinariamente en bueyes. En Tombuctú hay gran número de judíos que todos hablan árabe y hacen las mismas oraciones que los moros».

Entre tanto los acontecimientos de la guerra determinaron a Alí a pasar a Yarra. Mungo-Park, que había sabido conquistarse la amistad de la sultana favorita Fátima, obtuvo el permiso de acompañar al rey.

Acercándose más al teatro de los sucesos esperaba encontrar una ocasión favorable para escaparse.

En efecto el rey del Kaarta, Daisy-Kurabary no tardó en adelantarse victoriosamente contra la ciudad de Yarra. La mayor

parte de los habitantes apelaron a la fuga, y Mungo-Park quiso imitarlos.

No tardó en encontrar medios de huir, pero su intérprete no quiso acompañarle y tuvo que marchar solo hacia el Bambara sin ningún recurso.

La primera ciudad que encontró fue Wawra, que pertenece propiamente al Kaarta, que en aquel momento era tributario de Mansong, rey de Bambara.

«El 7 de julio por la mañana, cuando me disponía a salir de Wawra, dice Mungo-Park, mi huésped, con mucha confusión, me rogó que le diese un poco de pelo de mi cabeza, porque le habían dicho que los cabellos de un blanco eran un satis (talismán) que daba al que los llevaba toda la instrucción de los blancos.

»Yo no había oído hablar jamás de un método tan sencillo de educación, pero, me presté inmediatamente a sus deseos. El pobre hombre tenía tantos deseos de aprender, que mitad cortando y mitad arrancando, me esquiló perfectamente todo un lado de la cabeza, y hubiera hecho lo mismo con el otro si yo no hubiera manifestado cierto descontento y no le hubiera dicho que quería conservar para alguna otra ocasión una parte de aquella preciosa materia».

Mungo-Park atravesó a Gallou y después a Murya, gran ciudad, famosa por su comercio de sal, viaje hecho al través de peripecias, fatigas y privaciones sin cuento y al fin al acercarse a Segou pudo ver de lejos el Dyoliba.

«Mirando delante de mí, dice, vi con gran placer, el objeto importante de mi misión, el majestuoso Níger que buscaba hacia tiempo. Ancho como el Támesis en Westminster, resplandecía herido por los rayos del sol y corría con lentitud hacia el Oriente. Me acerque a la orilla, y después de haber bebido de sus aguas, levanté las manos al cielo, dando gracias fervorosas al ordenador de todas las cosas por haber coronado mis esfuerzos con un éxito tan completo.

»Sin embargo, la inclinación del Níger hacia el Este, y los puntos colaterales de esta dirección, no me causaron sorpresa ninguna; porque si bien a mi salida de Europa tenía grandes dudas sobre este punto, en el curso de mi viaje había hecho tantas preguntas acerca del río, y los negros de las diversas naciones me habían asegurado tantas veces y tan positivamente que su curso se dirigía hacia el sol Levante, que no me quedaba sobre este punto casi ninguna duda, tanto menos cuanto que sabía que el Mayor Houghton había recibido del mismo modo iguales informes.

»La capital del Bambara, Segó, a donde acababa de llegar, se compone, propiamente hablando, de cuatro ciudades distintas, dos de las cuales están situadas en la orilla septentrional del río y se llaman Segó-Korro y Segó-Bu. Las otras dos están en la orilla meridional y se llaman Segó-Su-Korro y Segó-Su-Korro. Todas están rodeadas de grandes murallas de tierra; las casas son de barro, cuadradas y con azoteas; algunas tienen dos pisos y varias de ellas están blanqueadas por fuera.

«Además de estos edificios hay en todos los barrios mezquitas construidas por los moros. Las calles, aunque estrechas, tienen la amplitud bastante para todos los usos necesarios en un país en que los carruajes de ruedas son absolutamente desconocidos.

Según todos los datos que he podido adquirir, pienso que Segó contiene un total de cerca de 30,000 habitantes.

«El rey de Bambara reside constantemente en Segó-Su-Korro, y emplea un gran número de esclavos en trasladar los habitantes de un lado a otro del río. El salario que reciben por este trabajo, aunque no es más que de diez cauris por persona, proporciona al rey, al cabo del año, una renta considerable».

El rey, influido por los moros, no quiso recibir al viajero y le prohibió residir en la capital, donde por otra parte no hubiera podido librarle de los malos tratamientos. Mas para quitar a su negativa todo carácter de mala voluntad, envió a Mungo-Park un saco de 5,000 cauris, unos cinco duros de nuestra moneda, para comprar

viveres. El mensajero del rey debía servirle además de guía hasta Sansanding.

Toda protesta y toda reclamación hubiera sido inútil.

No había más remedio que obedecer, y éste fue el partido que tomó Mungo-Park.

Antes de llegar a Sansanding, asistió a la recolección de la manteca vegetal, que produce un árbol llamado, shea.

«Este árbol, dice la relación, crece abundante en todas partes del Bambara. No le plantan los habitantes, sino que se le encuentran creciendo naturalmente en los bosques. Se parece mucho a una encina americana; y el fruto, con cuyo hueso secado al sol y cocido en agua se prepara la manteca vegetal, se parece un poco a la aceituna de España. El hueso está envuelto en una pulpa dulce, cubierta de una delgada corteza verde. La manteca que de él proviene, además de la ventaja que tiene de conservarse todo un año sin sal, es muy blanca, más firme, y para mi gusto, más agradable que la mejor manteca de leche de vacas que yo he tomado en mi vida. Es uno de los principales artículos del comercio interior de estos países».

Sansanding, ciudad de diez y ocho mil habitantes, es un mercado frecuentado por los moros que llevan del Mediterráneo abalorios y los cambian por polvo de oro y telas de algodón. Mungo-Park no obtuvo permiso para detenerse en aquel lugar y, tuvo que continuar su viaje a causa de las importunidades de los habitantes y de las pérfidas insinuaciones de los moros fanáticos. Hallándose su caballo extenuado de fatigas y privaciones, tuvo que embarcarse en el Níger o Dyoliba, como le llaman los habitantes.

En Murzan, aldea de pescadores, situada en la orilla septentrional del río, tuvo que renunciar a llevar más lejos sus descubrimientos. Cuanto más penetraba hacia el Este bajando por el río, más se ponía en manos de los moros. La estación de las lluvias había empezado, y en breve iba a ser imposible viajar de otro modo que en barco. La grande escasez de sus recursos impedía a

Mungo-Park alquilar una embarcación, y estaba reducido a vivir de la caridad pública.

Así, pues, penetrar más adelante en la dirección que llevaba, era no solo exponerse a la muerte, sino también sepultar consigo el fruto de sus trabajos y sacrificios. Ciertamente que la vuelta a Gambia no era fácil, porque tenía que andar a pié centenares de millas por terrenos difíciles de atravesar, pero la esperanza de llegar al fin le sostendría sin duda.

«Antes de salir de Silla, dice el viajero, creí conveniente tomar de los mercaderes moros y negros todos los informes que pudieran darme, ya sobre el curso ulterior del Níger inica el Este, ya sobre la extensión y situación de los reinos inmediatos.

»A dos jornadas de marcha de Silla, está la ciudad de Dyenne, situada en una pequeña isla que forma el río y que, según dicen, contiene más habitantes que Segó y hasta que todas las demás ciudades del Bambara. A dos jornadas de distancia, el río se extiende y forma un lago considerable llamado Dibby, el lago oscuro. Todo lo que he podido saber sobre la extensión de este lago es que al atravesarle del Oeste al Este, las embarcaciones pierden la tierra de vista durante un día entero. El agua sale de este lago en muchas corrientes que acaban por formar dos grandes brazos del río, de los cuales el uno corre hacia el Nordeste, y el otro hacia el Este. Después se reúnen en Kabra, que está a una jornada de marcha al Sur de Tombuctú, y que forma el puerto o embarcadero de esta ciudad.

El espacio comprendido entre los dos ríos se llama Yimbala, y esta habitado por negros.

El que media entre Dyenne y Tombuctú es de doce días de marcha.

»Al Nordeste de Masina, está el reino de Tombuctú, el gran objeto de las investigaciones europeas. La capital de este reino constituye uno de los principales mercados del gran comercio que los moros hacen con los negros. La esperanza de adquirir riquezas en los negocios y el celo de estos pueblos por su religión, han

poblado esta gran ciudad de moros y conversos mahometanos. El rey mismo y los principales oficiales del Estado son más severos y más intolerantes en sus principios, que ninguna de las tribus de esta parte del África».

Mungo-Park debió, pues, retroceder, y por caminos anegados por las lluvias y la inundación, atravesar a Murzan, Kea, Modibu, donde recobra su caballo, Ñara, Sansanding, Samee, Sai, rodeada de fosos profundos y de altas murallas con torres cuadradas, Yabbee, ciudad considerable desde donde se ven altas montañas, y en fin, Taffana, donde fue recibido con poca hospitalidad.

En la aldea de Suha trató de obtener por caridad algunos granos del duty, el cual le respondió que no tenía nada que poderle dar, porque todo lo necesitaba para sí.

«Mientras yo examinaba el rostro de aquel hombre inhospitalario, dice Mungo-Park, tratando de averiguar la causa del aire de mal humor y descontento que veía pintado en él, llamó a un esclavo que trabajaba en un campo inmediato, y le mandó que trajera su azadón. En seguida, mostrándole un sitio poco distante, le dijo que hiciera un hoyo en la tierra.

El esclavo comenzó su tarea y el duty, que parecía impaciente, estuvo murmurando y hablando solo hasta que concluyó el hoyo. Entonces pronunció dos veces seguidas las palabras dankatu (inútil) yankra lernen (verdadera peste), expresiones que yo creía que no podían aplicarse sino a mi persona.

»Como el hoyo tenía toda la apariencia de una sepultura, creí prudente volver amontar a caballo; e iba a marchar a toda prisa, cuando el esclavo, que acababa de ir a la ciudad, volvió trayendo el cuerpo de un niño de unos nueve o diez años, enteramente desnudo. Llevabale asido por un brazo y una pierna y le echó en el hoyo con una indiferencia bárbara, de que hasta entonces no había visto ningún ejemplo. Mientras le cubría de tierra, el duty repetía *nafula aliñata* (dinero perdido), de donde deduje que había sido esclavo suyo».

El 21 de agosto, Mungo-Park salió de Kuli-Korro, donde se había proporcionado víveres escribiendo safis para varios habitantes, y llegó a Bambara, donde se celebra un gran mercado de sal. Cerca de este lugar, desde lo alto de una cuesta, pudo ver una gran cordillera de montes situada en el país de Kong, cuyo soberano podía poner sobre las armas un ejército más numeroso que el del rey de Bambara.

En estas inmediaciones el desdichado Mungo-Park, despojado por ladrones de lo poco que poseía, en medio de un desierto inmenso durante la estación lluviosa y a 500 leguas del establecimiento europeo más cercano, se sintió por un momento desesperado y sin fuerzas. Pero aquélla fue una crisis de corta duración, y volviendo a cobrar ánimo, llegó a la ciudad de Sibidula, cuyo mansa o jefe hizo que le devolvieran el caballo y los vestidos que le habían robado los ladrones fulahs. Después visitó a Kamalia, donde el jefe Karfa-Taura, le propuso pasar a la orilla del Gambia después de la estación de las lluvias, con una caravana de esclavos. Mungo-Park, sin fuerzas ni recursos, y atacado de una fiebre que le duró cinco semanas se vio obligado a aceptar el partido que Karfa-Taura le ofrecía.

La caravana salió para la costa el 19 de abril, y ya se puede adivinar el júbilo con que Mungo-Park vio llegar aquel día. Después de haber atravesado el desierto de Yallonka y pasado el brazo principal del Senegal y luego el Faleme, llegaron los viajeros a las orillas del Gambia y a Pisania, donde Mungo-Park, el 12 de junio de 1797, se arrojó en brazos del doctor Laidley, que no esperaba ya volverle a ver.

El 22 de setiembre, Mungo-Park estuvo de regreso en Inglaterra. El entusiasmo que produjo el anuncio de sus descubrimientos fue tal, y tan grande la impaciencia con que se esperaba la relación del viaje, seguramente el más importante que se había hecho por aquella parte del África, que la *Sociedad Africana* tuvo que permitirle publicar por su cuenta una relación abreviada de sus aventuras.

Debíanse a Mungo-Park noticias más importantes sobre la geografía, los usos y las costumbres del país que las que hablan recogido todos los viajeros sus predecesores. Él fue el que acabó de fijar la posición de las fuentes del Senegal y del Gambia, y el curso del Níger o Dyoliba corriendo hacia el Este mientras el Gambia baja hacia el Oeste.

Así se resolvía con datos positivos la cuestión que hasta entonces había dividido las opiniones de los geógrafos. Al mismo tiempo no había ya medio de confundir estos tres ríos como lo había hecho en 1707 el geógrafo francés Delisle que nos presentaba el Níger corriendo al Este desde el Burnu y desembocando en el Senegal al Oeste. Es verdad que el mismo Delisle había reconocido y corregido su error en las cartas que publicó de 1722 a 1727, sin duda por los informes que le dio Andrés Brue, gobernador del Senegal por la Compañía.

Houghton había recibido de los naturales noticias bastante exactas sobre las fuentes del Níger en el país de Manding, sobre la posición aproximada de Segou, Dyenne y Tombuctú; pero solo Mungo-Park debía fijar definitivamente, como testigo de vista, la posición de aquellas dos primeras ciudades y darnos sobre la naturaleza del país y las diferentes poblaciones que lo habitan, pormenores mucho más circunstanciados que los que entonces se tenían.

Como hemos dicho arriba, la opinión pública no se había engañado respecto de la importancia de aquel viaje, y de la habilidad, valor y veracidad con que Mungo-Park lo había ejecutado y descrito.

Poco después el gobierno inglés quiso confiar a Mungo-Park el mando de una expedición al interior de la Australia; pero el viajero no aceptó este encargo.

Posteriormente, en 1804, la *Sociedad Africana*, resuelta a completar el descubrimiento del Níger, propuso a Mungo-Park la dirección de una nueva campaña de exploración; y no creyendo

poder negarse esta vez a aceptar la oferta, salió de Inglaterra el 30 de enero de 1805, y dos meses después desembarcó en Gorea.

Iba acompañado del cirujano Anderson, su cuñado, del dibujante Jorge Scott, y de cinco artilleros, autorizado para agregarse el número de soldados que creyera necesarios, y con un crédito de 100,000 francos.

«Estos recursos, dice Walckenaer en su *Historia de los Viajes*, tan grandes en comparación de los que le había dado antes la suscripción particular de la Sociedad Africana, fueron a nuestro juicio los que contribuyeron en parte a su pérdida. La rapaz exigencia de los monarcas africanos se aumentó en razón de las riquezas que suponían a nuestros viajeros y la necesidad de evitar enormes peticiones que no hubieran podido satisfacer, fue en parte la causa de la catástrofe que puso fin a esta expedición».

Cuatro carpinteros, un oficial y treinta y cinco soldados de artillería con un mercader mandinga llamado Isaac que debía servir de guía, componían, con los jefes de la expedición ya citados, una importante caravana.

El 27 de abril de 1805, Mungo-Park salió de Cayi y llegó al día siguiente a Pisania, de donde diez años antes había partido para su primer viaje.

Desde allí siguió por el Este el camino antes recorrido hasta Bambacu a orillas del Níger. Cuando la caravana llegó a Bambacu, no quedaban de europeos más que seis soldados y un carpintero.

Todos los demás habían muerto de resultas del cansancio, las fiebres y las enfermedades ocasionadas por las inundaciones; al paso que las exacciones de los potentados cuyos territorios había atravesado la expedición habían sido tales que el almacén de mercancías de cambio se hallaba considerablemente disminuido.

Pronto Mungo-Park cometió una grave imprudencia. En Sansanding, ciudad de once mil habitantes, había observado que el mercado estaba muy concurrido y que se vendían cuentas de collares, índigo, antimonio, sortijas, brazaletes y otros muchos

objetos que no tenían tiempo para deteriorarse porque los compradores se los arrebataban.

«Abrió, dice Walckenaer, una tienda suntuosa y expuso en ella un surtido escogido de mercancías europeas, para vender al por mayor y al por menor.

»La gran venta que hizo le atrajo, según creía, la envidia de los comerciantes sus colegas. Los de Dyenne, los moros y los mercaderes de Sansanding, se unieron a los de Segó, y en presencia de Modibinne, que fue quien dio la noticia a Mungo-Park, ofrecieron a Mansong una cantidad de mercancías de mayor precio que todos los regalos que había recibido del viajero y quisieron apoderarse de su equipaje y en seguida matarle o expulsarle del Bambara. Mungo-Park, aunque lo supo, no dejó de abrir su tienda todos días, y en un solo día de mercado recibió veinticinco mil setecientas cincuenta y seis monedas o cauris».

El 28 de octubre, Anderson murió después de cuatro meses de enfermedad, y Mungo-Park se vio por segunda vez solo en el centro del África. Había recibido del rey Mansong el permiso de construir en Sansanding una embarcación que le permitiera bajar por el Níger. La construyó, la puso por nombre Dyoliba y fijó su partida para el 10 de noviembre.

Aquí termina su diario con pormenores sobre las poblaciones ribereñas del río y sobre la geografía de aquellos países, que fue el primero en descubrir.

Este diario, que llegó después a Europa, a pesar de lo informe de la relación, fue publicado luego que se averiguó la triste noticia de que su autor había perecido en las aguas del Dyoliba. Propiamente hablando no contenía ningún descubrimiento, pero se sabía que sería útil a la ciencia geográfica.

En efecto, Mungo-Park, más instruido en este segundo viaje había determinado la posición astronómica de las ciudades más importantes, con lo cual dio bases seguras para un mapa de la Senegambia. La ejecución de este mapa fue confiada a Arrow-Smith que en una corta advertencia se contentó con declarar que hallando

grandes diferencias entre las posiciones resultado de los días de marcha y las que resultaban de las observaciones astronómicas, le había sido imposible conciliarlas; y que refiriéndose a estas últimas había tenido que retirar más al Norte el camino seguido por Mungo-Park en su primer viaje.

Este hecho extraño debía ponerle en claro un hombre de talento enciclopédico, el francés Walckenaer sucesivamente o al mismo tiempo prefecto, geógrafo y literato. Walckenaer descubrió en el diario de Mungo-Park un error singular que ni el editor inglés, ni el traductor francés, que cometió los más groseros errores, habían notado.

El diario contenía la relación de lo que había hecho Mungo-Park el 31 de abril.

Ahora bien; todo el mundo sabe que abril no tiene más que treinta días; de donde resultaba que durante todo el curso del viaje, Mungo-Park había cometido el error de un día entero y por consiguiente en sus cálculos había empleado las declinaciones del día anterior creyendo hacer uso de las del día presente.

Hubo, pues, que hacer modificaciones importantes en la carta de Arrow-Smith; pero una vez reconocidas las inexactitudes de Mungo Park, no dejaba de resultar que había sentado la primera base fija de un mapa de la Senegambia.

Aunque los informes enviados al gobierno inglés no dejaban lugar a dudas acerca de la suerte de Mungo-Park, como algunas relaciones anunciaban que se habían visto blancos en el interior del África, el gobernador del Senegal envió una expedición cuyo mando confió al mercader negro Isaac, antiguo guía de Mungo-Park, que había puesto fielmente sus diarios en manos de las autoridades inglesas. No nos extenderemos sobre la relación de este viaje, que no contiene ningún hecho nuevo y nos fijaremos tan solo en la parte relativa a los últimos días de Mungo-Park.

En Sansanding, Isaac encontró al negro Amadi-Fatuma que acompañaba a Mungo-Park en el Dyoliba cuando murió, y este negro le declaró lo siguiente:

«Nos embarcamos en Sansanding y a los dos días llegamos a Silla, lugar donde Mungo-Park había terminado su primer viaje. Dos días de navegación nos condujeron después a Dyenne. Cuando pasamos a Dibby, tres lanchas, llenas de negros armados de lanzas y arcos, pero sin armas de fuego, vinieron detrás de nosotros. Pasamos sucesivamente delante de Racbara y Tombuctú, donde otra vez fuimos perseguidos por tres lanchas, a las cuales fue preciso rechazar por la fuerza, matando a algunos de sus tripulantes. En Gurumo, siete lanchas quisieron también alcanzarnos y fueron derrotadas. En seguida hubo que aceptar otros muchos combates en que los negros tuvieron gran pérdida hasta llegar a Kaffo, donde nos detuvimos durante un día. Bajamos en seguida por el río hasta Carmussa y anclamos en Gurmon. Al día siguiente vimos un ejército de moros que dejaron pasar tranquilamente el barco.

Entonces entramos en el país de los hausas, y al día siguiente llegamos a Yaur.

Amadi-Fatuma fue enviado a esta ciudad con regalos para el jefe y con el encargo de comprar provisiones. El jefe preguntó antes de aceptar los regalos si el viajero blanco volvería a visitar su país.

Mungo-Park, a quien llevaron esta pregunta, creyó que debía responder que no volvería nunca; y estas palabras, según la opinión de Amadi, causaron su muerte. El Jefe negro, seguro de no volver a ver a Mungo-Park, tomó desde entonces la resolución de apoderarse de los regalos destinados al rey.

Entre tanto Amadi-Fatuma pasó a la residencia del rey situada a cien pasos del río. Este príncipe, avisado del paso de los viajeros blancos, envió al día siguiente una gran fuerza de sus tropas a la aldea de Busa a orillas del río. Cuando se presentó el barco donde iba Mungo-Park fue acometido por una lluvia de piedras y flechas. Mungo-Park mandó arrojar al río todo el equipaje y después se precipitó en él con sus compañeros. Todos perecieron en las aguas.

Así concluyó miserablemente el primer europeo que navegó por el Dyoliba y visitó a Tombuctú.

Otros muchos esfuerzos debían hacerse en la misma dirección y casi todos debían tener mal éxito.

A fines del siglo XVIII, dos de los mejores discípulos de Linneo recorrían como naturalistas el Sur del África. Eran Sparrman que se dedicaba a estudiar los cuadrúpedos, y Thunberg, que hacía el estudio de las plantas. La relación de la exploración de Sparrman, interrumpida como hemos dicho, por su viaje a la Oceanía siguiendo a Cook, fue la primera que se publicó, y fue traducida al francés por Le Tourneur. En su prólogo (los traductores suelen hacer de éstas). Le Tourneur deploraba la pérdida del sabio viajero diciendo que había muerto en un viaje a la Costa de Oro; pero en el momento en que la obra salía a luz, Sparrman se presentó a tranquilizar sobre su suerte al buen Le Tourneur, dejándole ligeramente confuso por el error que había cometido.

El 30 de abril de 1772 Sparrman puso el pie en tierra de África, desembarcando en el Cabo de Buena Esperanza. En aquella época la ciudad no contaba más de dos mil pasos de longitud por otros tantos de anchura, comprendiendo los jardines y huertos que tiene por uno de sus lados. Las calles eran anchas estaban plantadas de encinas, y a uno y otro lado tenían casas blanqueadas al exterior o pintadas de verde, lo cual no dejó de admirar a Sparrman.

Había ido al Cabo para servir de preceptor de los hijos de un señor Kerste, al cual no encontró en la ciudad sino en False-Bay, su residencia de invierno.

Cuando llegó la primavera, Sparrman acompañó al señor Kerste a Alfen, propiedad que éste poseía cerca de Constanca, y allí aprovechó el tiempo para hacer algunas excursiones por los alrededores y subir al Monte de la Mesa, excursión que no carecía de peligros. Estos paseos le permitieron al mismo tiempo enterarse de la manera de vivir de los bóers y de sus relaciones con sus esclavos, las cuales eran de tal naturaleza, que los amos se veían obligados a encerrarse en sus cuartos por la noche y a dormir teniendo al lado las armas cargadas. Los colonos eran en su mayor

parte de una honradez tosca y de una hospitalidad brutal de las cuales Sparrman da muchas pruebas singulares.

«Llegué, dice, a la residencia de un labrador llamado Van der Spoei, que era viudo, natural de África y padre del que se conoce por propietario de la Constanca Roja o Vieja Constanca.

»Aparentando que no me había visto, permaneció inmóvil en el pasadizo que conducía a su casa.

Cuando estuve junto a él, no dio un solo paso para recibirme, pero me tomó la mano y me saludó con estas palabras:

«Buenos días, bienvenido. ¿Cómo está usted? ¿Quién es usted? ¿Quiere usted un vaso de vino? ¿Quiere usted una pipa de tabaco? ¿Quiere usted comer alguna cosa?». Yo respondí a estas preguntas con el mismo laconismo y acepté sus ofertas a medida que las hacía. Su hija, joven, bien formada, de genio agradable y de edad de doce a catorce años, puso sobre la mesa unas magníficas chuletas de ternera, guarnecidas de zanahorias, y después de haber comido me ofreció el té con tanta gracia, que yo no sabía que preferir, si la comida o la joven que la servía. La discreción y la bondad estaban marcadas en la fisonomía y en el aspecto del padre y de la hija.

Dirigí muchas veces la palabra a mi huésped para ver si conseguía que rompiera el silencio; sus respuestas fueron cortas y discretas, pero observé sobre todo que jamás iniciaba una conversación como no fuera para invitarme a permanecer con ellos hasta el día siguiente. Sin embargo, me despedí de él no sin agradecimiento por una acogida tan benévola y tan rara...».

Sparrman hizo en seguida varias excursiones, especialmente a Hout-Bay y a Paarl, durante las cuales tuvo ocasión de observar la exageración que con frecuencia reina en las relaciones publicadas por Kolbe, su predecesor en aquel país.

Proponíase multiplicar sus excursiones durante el invierno y había proyectado un viaje a lo interior durante la buena estación cuando las fragatas la *Resolucion* y la *Aventura*, mandadas por Cook llegaron al Cabo.

Forster persuadió al joven naturalista sueco a que les siguiera y esto le permitió visitar sucesivamente la Nueva Zelanda, la Tierra de Van-Diemen, la Nueva Holanda, Tahití, la Tierra del Fuego, los hielos del polo Ártico, y la Nueva Georgia antes de volver al Cabo, donde desembarcó el 22 de marzo de 1775.

El primer cuidado de Sparrman fue preparar el viaje para el interior, y a fin de aumentar sus recursos pecuniarios, ejerció la medicina y la cirugía durante el invierno. Después reunió y cargó en un inmenso carro tirado por cinco parejas de bueyes un gran depósito de granos, medicamentos, cuchillos, eslabones, cajas de yesca y alcohol para conservar los ejemplares que recogiese.

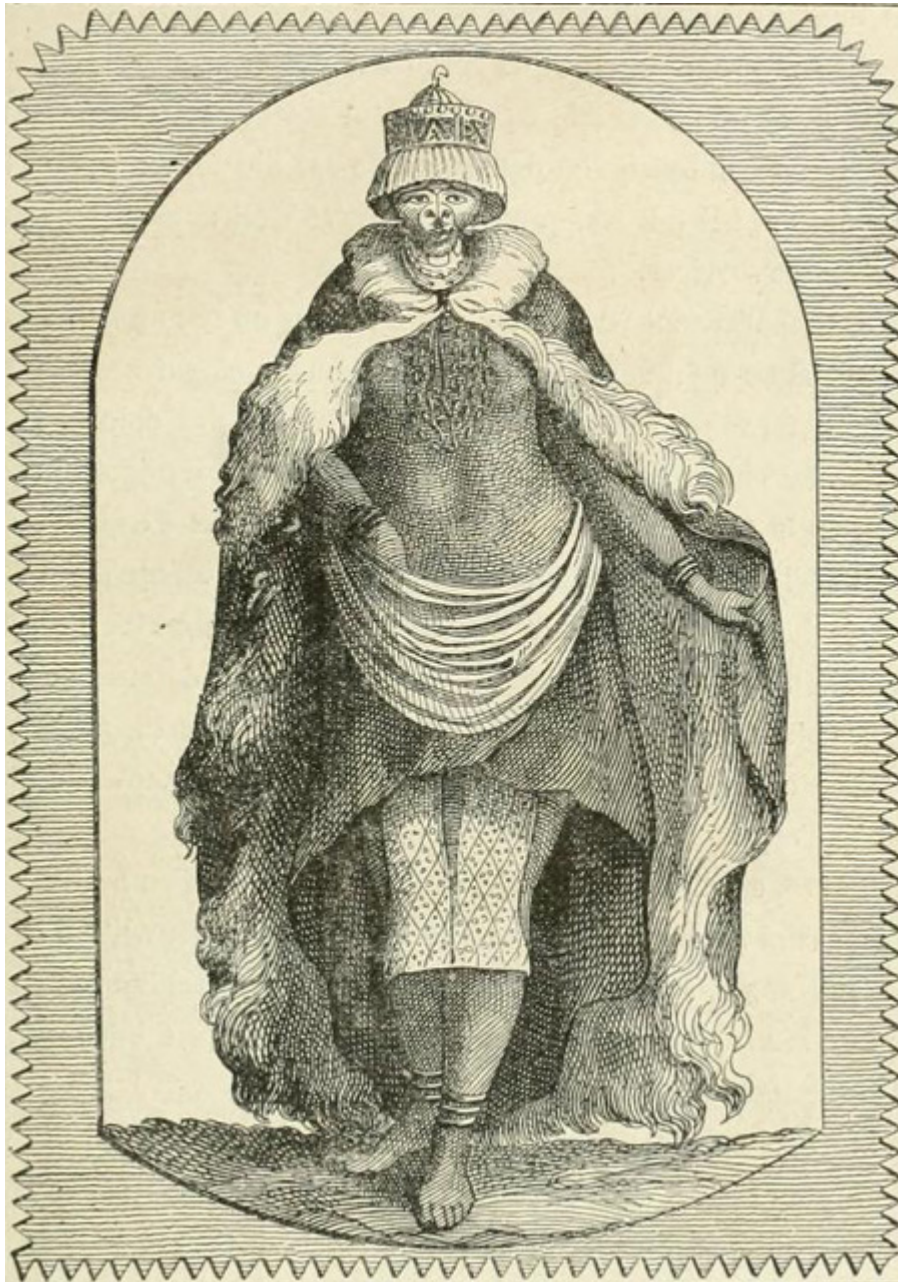
«Es preciso, dice, que el conductor de estos carros no solamente tenga mucha destreza y conocimiento práctico de los animales, sino también que sepa usar con habilidad el látigo de los carreteros africanos. Estos látigos tienen 15 pies con una correa un poco más larga y un mechón de cuero blanco de 3 pies. El conductor tiene con las dos manos este temible instrumento, y sentado en la delantera puede desde allí azotar a los primeros bueyes del tiro.

»Debe distribuir sus golpes sin descanso y saberlos aplicar donde quiera y de suerte que los animales obedezcan al impulso».

Sparrman debía acompañar a caballo su carro y debía llevar también en su compañía un joven colono llamado Immelman que por su gusto había ya hecho un viaje al interior. Empezó Sparrman la caminata el 25 de julio de 1775; atravesó primero el río Rente; subió el monte llamado Hotentot-Holland-Kloof; atravesó el Palmit y penetró en un país inculto cortado por llanuras, montañas y valles sin agua pero frecuentados por rebaños de antílopes de diversas especies, cebras y avestruces.

Pronto llegó a los baños calientes y ferruginosos situados al pie del Zwarteberg entonces muy frecuentados y donde la Compañía había levantado una casa pegada a la montaña. Allí fue donde se reunió con el joven Immelman, y ambos salieron para Zwellendan a donde llegaron el 2 de setiembre y recogieron acerca de los

habitantes pormenores preciosos que vamos a tener el gusto de resumir.



Los hotentotes son tan altos como los europeos; sus piernas y brazos son pequeños y su piel de un color amarillo-pardo. No tienen los labios gruesos de los cafres y de los habitantes de Mozambique. Su cabellera es una lana negra rizada, pero no muy espesa y en general están untados de pies a cabeza de, grasa y de sebo. Un

hotentote que acostumbra a pintarse parece menos desnudo y es más competo, por decirlo así, que el que no se pinta. Así se dice comúnmente «que la piel de un hotentote sin grasa es como un zapato sin betún».

Estos indígenas llevan ordinariamente una capa llamada *kross*, hecha de una piel de carnero con la lana vuelta hacia dentro. Las mujeres adaptan a ella una larga punta que forma una especie de capuchón y en él meten los hijos dándoles el pecho por encima del hombro. Hombres y mujeres llevan, especialmente en los brazos y en las piernas, anillos de cuero; lo que dio lugar a la fábula de que los hotentotes se rodeaban a la pierna salchichas para comerlas en la ocasión oportuna. Llevan igualmente anillos de hierro o de cobre, pero éstos tienen un precio más subido. El *Kraal* o aldea hotentote es la reunión de varias casas en círculo, todas semejantes y en forma de colmenas. Las puertas, que se abren hacia el centro, son tan bajas que es preciso ponerse de rodillas para penetrar en aquellas chozas. El hogar está en medio el techo no tiene agujero por donde pueda salir el humo.



No hay que confundir a los hotentotes con los bushmanos. Éstos no viven sino de la caza y del robo, y su destreza para lanzar flechas envenenadas, su valor y sus hábitos de vida les hacen temibles.

En Zwellendam Sparrman vio el *Cuaga*, especie de caballo que se parece mucho a la zebra en el tamaño, pero que tiene las orejas más cortas.

Visitó en seguida a Mossel-Bay, puerto poco frecuentado porque está muy abierto a los vientos del Oeste y la tierra de los butnicuas o de los antinicias.

Esta tierra, cubierta de árboles, parece fértil y los colonos que en ella se han establecido prosperan seguramente. En este punto Sparrman tuvo ocasión de ver y estudiar la mayor parte de los cuadrúpedos del África: los elefantes, leones, leopardos, gatos monteses, hienas; monos, liebres, antílopes y gacelas.

No podemos seguir a Sparrman por todas las aldeas que visitó. La enumeración de los riachuelos, de los kraales, o lugares que atravesó, no enseñaría nada a nuestros lectores. Preferimos tomar de su relación algunos pormenores bastante curiosos y nuevos sobre dos animales que tuvo ocasión de observar: el carnero del Cabo y el cuquillo de las abejas.

«Cuando se quiere matar un carnero, dice Sparrman, se busca siempre el más flaco del rebaño, porque los demás sería imposible comerlos. Sus colas son de forma triangular y tienen de pie a pie y medio de largas y algunas veces 6 pulgadas de grueso en la parte superior. Una sola de ellas pesa ordinariamente de 8 a 12 libras y está formada principalmente de una grasa delicada que algunos comen con el pan en vez de manteca y se usa generalmente para preparar carne y algunas veces velas de sebo.

Después de una descripción del rinoceronte de dos cuernos, hasta entonces desconocido, y del gnu, que por su forma es un término medio entre el caballo y el buey, del gervo, del mono babuino y del hipopótamo, cuyas costumbres eran entonces poco conocidas, describe una ave singular que hace los mayores servicios a los habitantes y la llama el cuquillo de las abejas.

«Este pájaro, dice, no es notable ni por su tamaño, ni por su color. A primera vista se le tomaría por un gorrión ordinario; solo que es un poco más grueso, de un color más claro y tiene una manchita amarilla en el nacimiento de cada ala, mientras que las plumas de la cola están marcadas de blanco.

»Este pájaro descubre a los hombres, en interés propio, los nidos de abejas, porque es muy aficionado a su miel y sobre todo a sus larvas, y sabe que siempre que se descubre uno de estos nidos se derrama un poco de miel que él aprovecha o que los destructores le dejan en recompensa de su obra.

La del anochecer y la del amanecer son probablemente las horas en que se despierta su apetito, a lo menos entonces es cuando sale ordinariamente de su habitación y con sus gritos penetrantes parece llamar la atención de los hotentotes o de los colonos. Es raro que algunos de éstos o de aquéllos no se presenten en el sitio de donde sale el grito, y entonces el pájaro sin cesar de repetirlo vuela contento, deteniéndose de cuando en cuando, hacia el sitio donde se ha establecido el enjambre de abejas...

En fin, cuando ha llegado al nido, ya se encuentre en una hendidura de la roca, ya en el hueco de un árbol o ya en un lugar subterráneo, se cierne sobre él volando durante algunos segundos .

Yo mismo he sido dos veces testigo de este hecho, después de lo cual se posa en silencio en cualquier parte y ordinariamente se mantiene oculto aguardando lo que va a suceder y con la esperanza de participar del botín».

El 42 de abril de 1776 Sparrman, de regreso al Cabo, supo que se acababa de descubrir un gran lago un poco al norte del cantón de Sneeuwberg, el único que existía en la colonia. Pasó a visitarlo y después volvió al Cabo y se embarcó para Europa con las muchas colecciones de historia natural que había recogido.

Hacia la misma época de 1772 a 1775 el sueco Thumberg, a quien Sparrman había encontrado en el Cabo, hizo tres viajes consecutivos por el interior del África, los cuales, de la misma manera que los de Sparrman, no fueron viajes de descubrimientos, ni se debe a Thumberg la noticia de ningún hecho nuevo importante para la geografía. Sin embargo, reunió un prodigioso número de observaciones curiosas sobre las aves del Cabo y se le deben noticias interesantes sobre las diferentes poblaciones que vivían en

aquel vasto territorio, mucho más fértil de lo que hubiera podido creerse.

Thumberg fue seguido inmediatamente en sus viajes por los mismos sitios, de un oficial inglés que fue el teniente Guillermo Paterson cuyo fin principal era recoger plantas y objetos de historia natural.

Paterson penetró por el Norte un poco más allá del río Orange y por el Este hasta el país de los cafres, mucho más allá del río de los Peces. A él se debe la primera descripción de la jirafa y en su relación se encuentran observaciones muy importantes sobre la historia natural y sobre la constitución del país y las costumbres de sus habitantes.

Es curioso observar que el número de europeos a quienes ha llevado al África austral el solo aliciente de los descubrimientos geográficos, es mucho menor que el de los viajeros cuyo principal objeto ha sido la historia natural. Acabamos de citar a Sparrman, Thumberg y Paterson; y a esta lista debemos añadir el nombre del ornitólogo Le Vaillant.

Le Vaillant, natural de Paramaribo en la Guyana holandesa, e hijo de padres franceses que hacían el comercio de pájaros, volvió con ellos a Europa y recorrió desde su más tierna infancia, la Holanda, la Alemania, la Lorena y los Vosges, antes de llegar a París. Como es natural, esto suscitó en él la afición a los viajes; y su pasión por las aves, excitada además por la vista de las colecciones nacionales o particulares, dio origen a su deseo de enriquecer la ciencia con la descripción y la representación de especies desconocidas.

¿Qué país le ofrecía la más rica cosecha bajo este punto de vista? Los países inmediatos al Cabo habían sido explorados por botánicos y por un sabio cuyas investigaciones habían tenido por principal objeto los cuadrúpedos. Nadie, pues, los había recorrido para proporcionarse aves.

Le Vaillant, al llegar al Cabo el 29 de Marzo de 1781, después de la catástrofe que destruyó su buque, se encontró sin más recursos

que el traje que llevaba puesto, diez ducados en el bolsillo y un fusil.

Otros se habrían desanimado, pero Le Vaillant no perdió las esperanzas de salir de aquella posición triste.

Confiado en su destreza en el manejo del fusil y del arco, en su fuerza y en su agilidad, lo mismo que en su talento para preparar las pieles de los animales y disecar las aves, a las cuales sabía dar el aire que les era propio, se puso en breve en relaciones con los más ricos coleccionistas del Cabo.

Uno de ellos, el fiscal Boers, le proporcionó todos los recursos necesarios para viajar con fruto, como carros, bueyes, provisiones, objetos de cambio, caballos y hasta criados y guías que debían acompañarle.

El género de investigaciones a que iba a dedicarse influyó en su modo de viajar. Lejos de buscar los sitios frecuentados y populosos, se esforzó siempre en salir de los caminos trillados, penetrando en los cantones no frecuentados por los europeos, porque solo en ellos pensaba que se encontrarían nuevos tipos de aves desconocidas de los hombres de ciencia. Resultó de este modo de proceder que Le Vaillant sorprendió casi siempre a la naturaleza virgen y que tuvo relaciones con indígenas cuyas costumbres no habían sido modificadas por el contacto de los blancos. Así los informes que le debemos nos muestran mejor la realidad de la vida salvaje, que las relaciones de sus antecesores.

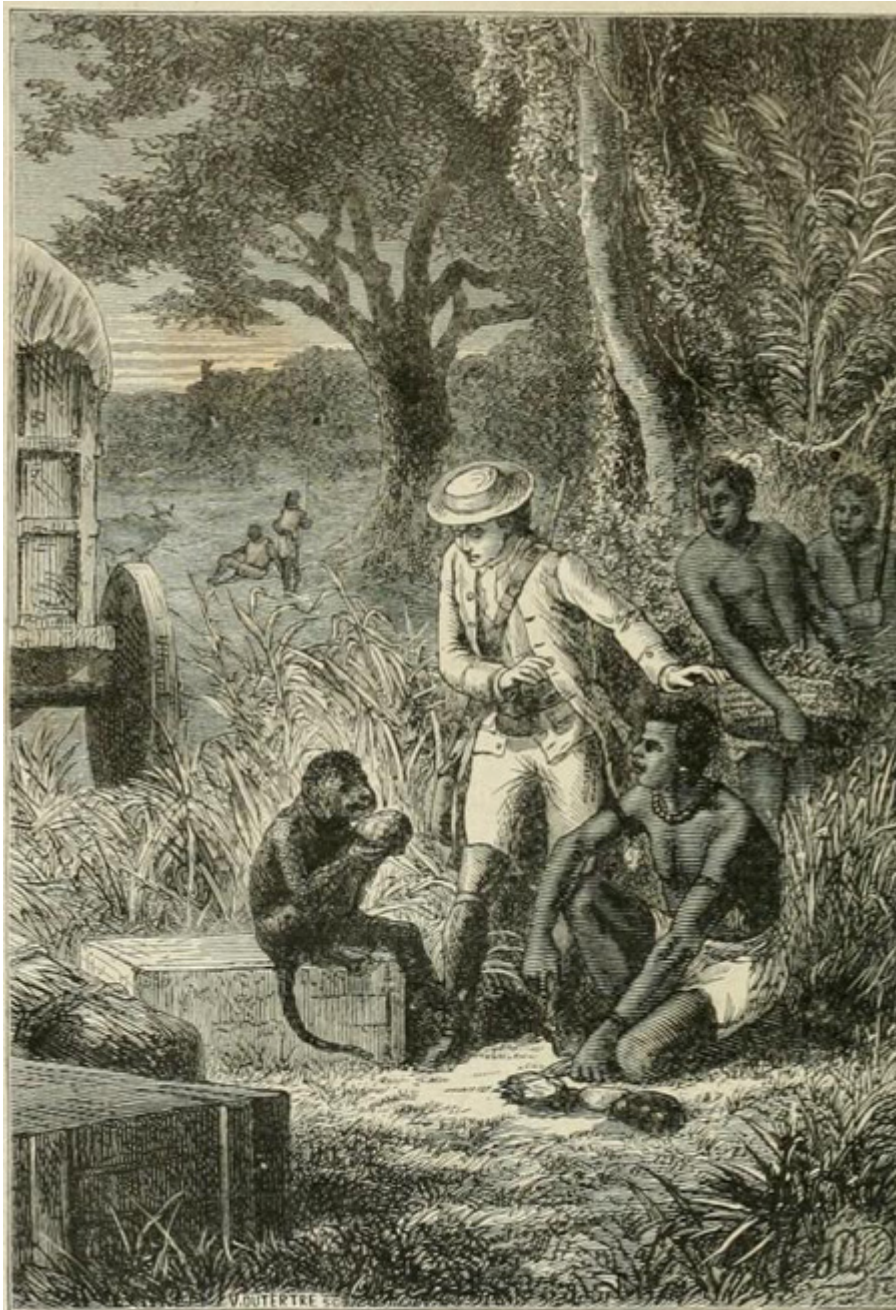
La única falta que cometió Le Vaillant en esta parte, fue confiar la redacción de sus notas de viaje a un joven que las modificó para acomodarlas a sus propias ideas.

Este joven, lejos de tener el respeto escrupuloso de los editores modernos, exageró los acontecimientos, ponderó extraordinariamente la habilidad del viajero y dio a la relación de su exploración un tono de charlatanería que le fue muy perjudicial.

Después de tres meses de residencia en el Cabo y en las inmediaciones, el 18 de diciembre de 1781, emprendió Le Vaillant su primer viaje al Este y a la Cafrería. Su tren de viaje se componía de

treinta bueyes, a saber: veinte para sus carruajes y diez para los relevos, tres caballos, nueve perros y cinco hotentotes.

Al principio recorrió la Holanda hotentote, ya conocida por las exploraciones de Sparrman. Allí encontró inmensos rebaños de cebras, de antílopes y de avestruces, y llegó en fin, a Zwellendan, donde compró bueyes, una carreta y un gallo, que durante la campaña hizo el oficio de despertador.



Otro animal le fue también muy útil: era un mono que había domesticado y promovido al puesto honroso e importante de probador de las comidas. Si encontraba una fruta, una raíz que fuesen desconocidas de los hotentotes, no permitía que nadie la tocara sin que maese Kees, que así se llamaba el mono, hubiese dado su parecer.

Kees servía al mismo tiempo de centinela, y sus sentidos aguzados por la costumbre y las necesidades de la lucha por la existencia, sobrepujaban en finura a los del más sutil de los pieles rojas americanos.

Él advertía a los perros la proximidad del peligro; si en las inmediaciones se hallaba una serpiente, o una banda de monos, el terror de Kees y sus gritos lastimeros daban en breve a conocer la naturaleza del peligro que se presentaba.

De Zwellendan, de donde salió el 12 de Enero de 1782, se dirigió Le Vaillant al Este a poca distancia del mar. A orillas del río del Palomar (Duywen-Hoek) levantó su campamento y desde allí dirigió muchas partidas de caza que le proporcionaron gran número de ejemplares, porque en aquel cantón eran abundantes. Pasó en seguida a Mossel-Bay, donde los bramidos de las hienas asustaron a sus bueyes.

Más lejos llegó al país de los hutnicuas, palabra que en idioma hotentote, significa hombre cargado de miel. En este país no se puede dar un paso sin encontrar enjambres de abejas. Las flores nacen por todas partes; el aire está cargado de sus perfumes, y sus colores variados hacen del paisaje un sitio encantador.

Le Vaillant, temiendo que algunos de sus criados cedieran a la tentación de quedarse en aquellos sitios, se apresuró a marchar de allí. Todo aquel país hasta el mar, estaba ocupado por colonos que criaban animales, hacían manteca, cortaban madera de construcción y reunían miel para llevársela al Cabo.

Un poco más allá del último establecimiento de la Compañía, Le Vaillant, habiendo reconocido un cantón donde volaban por millares los turacos y otras aves raras, estableció un campamento de caza;

pero las lluvias que vinieron a caer de repente con violencia y que continuaron por mucho tiempo, contrariaron singularmente sus proyectos y pusieron a los viajeros en peligro de morir de hambre.

Después de diversas peripecias y de muchas aventuras de caza, cuya relación sería divertida, pero no entra en nuestro propósito, llegó a Mossell—Bay, donde encontró con la alegría que es de suponer, cartas de Francia. Continuaron las excursiones de las partidas de caza en diversas direcciones, hasta que la expedición penetró en el país de los cafres. Fue muy difícil tener relaciones con estos últimos, porque evitaban cuidadosamente encontrarse con los blancos. Los colonos les habían causado pérdidas muy grandes en hombres y en ganado; los tambukis, aprovechando su situación crítica, habían invadido la Cafrería y cometido mil depredaciones, y en fin, los busbmanos les perseguían terriblemente. Los cafres sin armas de fuego y estrechados por diversos puntos, se retiraban y huían hacia el Norte.

Era inútil, teniendo estas noticias, penetrar más lejos en aquel país que iba presentando un aspecto montañoso, y Le Vaillant retrocedió. Visitó entonces las Montañas de Nieve las llanuras áridas del Karrú, las riberas del río de los Búfalos, y regresó al Cabo el 2 de abril de 1783.

Los resultados de esta larga campaña habían sido importantes. Le Vaillant había recogido datos exactos acerca de los gonaqueses, pueblo numeroso, que no debe confundirse con los hotentotes propiamente dichos, y que según todos sus caracteres parece un resultado de la mezcla de los hotentotes con los cafres.

Respecto de los hotentotes, los pormenores que da Le Vaillant, están de acuerdo casi totalmente con los de Sparrman.



«Los cafres que Le Vaillant tuvo ocasión de ver, dice Walckenaer, son generalmente de mayor estatura que los hotentotes y aun que los gonaqueses. No tienen esos rostros estrechos por la parte inferior, ni esos pómulos salientes tan desagradables en los hotentotes, facción que ya comenzaba a debilitarse en los gonaqueses. No tienen tampoco esas caras largas y anchas, ni los labios espesos de sus vecinos los negros de Mozambique; por el

contrario, tienen la cara redonda, la nariz elevada, no muy ancha y una boca provista de los más hermosos dientes del mundo...

»Su color es de un hermoso negro-pardo, y si se prescinde de esta diferencia, dice Le Vaillant, hay mujeres cafres que pasarían por muy bonitas al lado de una europea».

Diez y seis meses de ausencia por el interior del continente bastaron para que Le Vaillant no conociese ya a los habitantes de la ciudad del Cabo. A su salida había admirado la reserva holandesa de las mujeres, y a su vuelta observó que no pensaban más que en diversiones y en adornos. Las plumas de avestruz estaban tan en moda, que había sido preciso importarlas de Europa y de Asia. Todas las que llevaba nuestro viajero fueron despachadas inmediatamente.

En cuanto a las aves que había enviado siempre que se le había presentado ocasión, su número ascendía a mil ochenta, y la casa del señor Boers donde estaban depositadas, se hallaba metamorfoseada en un verdadero gabinete de historia natural.

Había sido demasiado provechoso el viaje de Le Vaillant para que no deseara emprender otro. Aunque su compañero Boers había regresado a Europa, pudo reunir, merced a los auxilios de los muchos amigos que se había hecho, el material necesario para una nueva expedición, y el 15 de junio de 1783 salió otra vez del Cabo a la cabeza de una caravana y de diez y nueve personas, llevando consigo trece perros, un macho cabrio, diez cabras, tres cabritos, tres vacas de leche, treinta y seis bueyes de tiro, catorce de repuesto, y dos para llevar el equipaje de sus criados hotentotes.

No vamos a seguir al viajero en sus cacerías; lo que importa saber es que Le Vaillant llegó a reunir una colección de aves maravillosas; que trajo a Europa la primera jirafa que hasta entonces se había visto y que recorrió el inmenso espacio comprendido entre el trópico de Capricornio al Oeste y los 14° de longitud oriental. De regreso del Cabo en 1784, se embarcó para Europa y llegó a París en los primeros días de 1785.

El primer pueblo salvaje que encontró en su segundo viaje, fueron los pequeños namaqueses, raza poco numerosa y por lo mismo destinada a desaparecer en breve, tanto más cuanto que ocupaba un terreno estéril y era objeto de los ataques de los bushmanos.

Los pequeños namaqueses, aunque tenían buena estatura, eran inferiores en este punto a los cafres y a los grandes namaqueses, pero sus costumbres no difieren mucho de los de estos pueblos.

Los caminucuas o comeinacuas, acerca de los cuales Le Vaillant nos da algunos pormenores, son mucho más altos. Parecen, dice, todavía mayores que los gonaqueses, aunque quizá no lo son realmente; pero sus huesos más pequeños, su aire blando, su talle esbelto, sus piernas delgadas; todo en fin, hasta sus largas capas poco gruesas que desde los hombros les bajan hasta el suelo, contribuyen a la ilusión.

Al ver sus cuerpos afilados como los árboles, se diría que eran hombres ensartados en fila; más oscuros de color que los cafres, tienen un rostro más agradable que los demás hotentotes, porque su nariz es menos aplastada y sus pómulos son menos prominentes».

Pero entre todas las naciones que Le Vaillant visitó durante su largo viaje, la más curiosa y más antigua, es la de los huzuanas. Esta tribu no ha sido encontrada por ningún viajero moderno; pero se cree que es la de los betyuanas, aunque el sitio de residencia que le señala el viajero, no corresponde de ninguna manera con la que ocupan desde largos años.

El huzuana, dice la relación, es de muy pequeña estatura; los más altos no llegan a tener cinco pies; pero sus cuerpos perfectamente proporcionados, reúnen, a una fuerza y a una agilidad sorprendentes, un aire de seguridad y de audacia que imponen, y agradan al mismo tiempo. De todas las razas salvajes que Le Vaillant ha conocido, ninguna le ha parecido dotada de un espíritu tan activo y de una constitución tan infatigable. La cabeza de los huzuanas, aunque tiene los principales caracteres de la del

hotentote, es más redonda por la barba; son mucho menos negros... y en fin, sus cabellos más crespos, son tan cortos que al principio Le Vaillant les creyó esquilados... Una cosa que distingue la raza de los huzucanos, es una enorme grupa natural que tienen las mujeres, más. enorme y curiosa que a cada movimiento del cuerpo produce unas oscilaciones y ondulaciones muy singulares.

Le Vaillant vio correr una mujer huzuana llevando su hijo de tres años puesto de pie sobre aquella grupa sosteniéndose en ella como un yockey detrás de un cabriolé».

El viajero entra después en muchos pormenores que nos vemos obligados a pasar en silencio, respecto de las costumbres de aquellas diversas tribus, hoy completamente extinguidas o fundidas en otras más poderosas. No es ésta la parte menos curiosa de su obra si bien no siempre es la más verídica; y precisamente la exageración de sus pinturas, es la que nos aconseja pasarla en silencio.

En la costa oriental de África, un viajero portugués, Francisco José de Lacerda y Almeida, salió en 1797 de las costas de Mozambique y penetró en el interior. La relación de este viaje, por lugares que no han vuelto a ser visitados hasta nuestros días, sería interesantísima; más por desgracia el diario de Lacerda no se ha publicado, a lo menos que nosotros sepamos. Los geógrafos citan su nombre muchas veces; se sabe por qué regiones viajó; pero en Francia ha sido imposible hasta ahora hallar una obra que dé noticias un poco extensas de este explorador y nos refiera las particularidades de su excursión. Todo lo que se sabe de Lacerda lo diremos en pocas líneas con gran sentimiento, por no poder extendernos más en la historia de un hombre que hizo importantísimos descubrimientos y respecto el cual la posteridad ha sido injustísima, dejando su nombre en el olvido.

Lacerda era ingeniero; se ignoran la fecha y el lugar de su nacimiento; pero se sabe que, como ingeniero, estuvo encargado de fijar los límites fronterizos entre las posesiones españolas y portuguesas de la América del Sur. Con este motivo hizo una

multitud de observaciones interesantes sobre la provincia de Mato-Groso, cuyos pormenores se imprimieron en la Revista Trimestral del Brasil.

Se ignoran también cuales fueron las circunstancias que, después de este trabajo tan bien desempeñado, le condujeron a las posesiones portuguesas de África y cuál el objeto que se proponía al atravesar el África austral, desde la costa oriental al reino de Loanda; pero se sabe que salió en 1797 de Teté, ciudad muy conocida, a la cabeza de una caravana numerosa con dirección a los Estados del Cazembe.

El déspota que gobernaba este país era célebre por su benevolencia y su humanidad tanto como por sus hazañas. Vivía en una capital que se designaba con el nombre de Lunda, que tenía dos millas de extensión y estaba situada en la orilla oriental de un lago llamado Mofo. Seria muy interesante identificar estos lugares con los que hoy conocemos en lo mismos parajes; pero la ausencia de datos más característicos nos imponen la reserva, sin dejar de advertir que el nombre de Lunda era entonces muy conocido, gracias a los viajeros portugueses. En cuanto a Cazembe, su posición está desde hace largo tiempo fuera de duda.

Lacerda, muy bien recibido por el rey, debió residir en su corte unos quince días, al cabo de los cuales quiso continuar su viaje. Por desgracia, a una o dos jornadas de Lunda, debió de sucumbir a causa de las fatigas del camino y de la insalubridad del clima.

El rey negro reunió los cuadernos y notas del viajero portugués y dio orden de trasladarlos con sus restos mortales a la costa de Mozambique; pero durante el camino la caravana, encargada de estas preciosas reliquias, fue atacada, y los huesos de Lacerda quedaron abandonados en tierra africana. En cuanto a las observaciones, uno de sus sobrinos que formaba parte de la expedición, las trajo a Europa.

Debemos ahora acabar la vuelta del continente africano y referir las exploraciones intentadas por el Este durante el siglo XVIII. Una de las más importantes por sus resultados, es la del caballero Bruce.



Jacobo Bruce, natural de Escocia, como un gran número de viajeros africanos, había sido destinado por su familia al estudio de las leyes y la profesión de abogado; pero esta posición evidentemente sedentaria no convenía a sus aficiones; así es que aprovechó con gusto la ocasión de entrar a la carrera del comercio. Habiendo muerto su mujer a los pocos años de matrimonio, salió

para España, donde adquirió gran afición al estudio de los monumentos árabes.

Quiso publicar la descripción de todos los que contiene el Escorial; pero el gobierno español le negó la autorización necesaria. De regreso a Inglaterra, se entregó al estudio de los idiomas orientales y particularmente del etiope, del cual no se conocía nada más que lo que había dicho Ludolf en sus relaciones incompletas.

En una conversación con *Lord* Halifax, éste, sin dar grande importancia a sus palabras, le propuso hacer una expedición para descubrir las fuentes del Nilo. Bruce se entusiasmó, abrazó el proyecto con ardor y puso por obra cuanto estuvo de su parte para realizarlo, combatiendo todas las objeciones, venciendo con su tenacidad todos los obstáculos y logrando al fin en 1768 dejar el cielo brumoso de Inglaterra por los países cálidos de las orillas del Mediterráneo.

Recorrió a toda prisa y como por vía de ensayo algunas islas del archipiélago, la Siria y el Egipto. Saliendo de Dyeda visitó a Moka y Loheya y desembarcó en Masuah el 19 de setiembre de 1709. Había tenido cuidado de proveerse de un firman del Sultán y cartas del rey del Cairo y del cherif de la Meca; precaución que le estuvo muy bien porque el gobernador de Masuah hizo cuanto pudo por impedirle la entrada en Abisinia y por sacarle grandes regalos.

Antiguamente los misioneros portugueses habían explorado la Abisinia y gracias a su celo se tenían algunas nociones sobre este país; pero estaban muy lejos de ser tan exactas como las que Bruce iba a recoger.

Aunque con frecuencia se ha puesto en duda su veracidad, los viajeros que le han seguido por los países que visitó han hecho justicia después a sus verídicos informes.

De Masuah a Adowa el camino sube gradualmente por las montañas que separan el Tigre de las costas del Mar Rojo.

Adowa no era antiguamente la capital del Tigre. En ella se había establecido una fábrica de telas bastas de algodón que circulan en

toda la Abisinia y sirven de moneda corriente. En los alrededores el suelo tiene bastante profundidad para cultivar el trigo.

«En esta comarca, dice Bruce, se recogen tres cosechas al año. La primera sementera se hace en julio y agosto. Las lluvias caen entonces en abundancia, pero pesar, de eso se siembran el trigo, el tocoso, el tef y la cebada. Hacia el 20 de noviembre se comienza a recoger la cebada, después el trigo y luego el tocoso. Inmediatamente se hace una nueva siembra de cebada en el sitio donde se ha recogido la cosecha y sin preparación ninguna, y se recoge en febrero; luego se siembra por tercera vez el tef o una especie de guisantes que llaman chimbra y se cosechan antes de las primeras lluvias de abril. Pero a pesar de la ventaja de estas tres cosechas que no cuestan ni abonos, ni escardas y que no obligan a dejar las tierras de barbecho, los cultivadores abisinios no pueden salir de pobres».

En Fremona, no lejos de Adowa, existen las ruinas de un convento de jesuitas, que más parece una fortaleza que habitación de hombres pacíficos. Más adelante, a dos jornadas de marcha, están las ruinas de Azurn, antigua capital de la Abisinia.

«En una gran plaza que creo fue el centro de la ciudad, dice Bruce, se ven cuarenta obeliscos, de los cuales no hay uno solo que esté adornado de jeroglíficos. Los dos más hermosos están caídos; pero un tercero, un poco menor que éstos y mayor que todos los demás, se encuentra todavía en pie. Todos son de un solo trozo de granito y en lo alto del que está en pie, se ve una patera superiormente esculpida en estilo griego...

»Después de haber pasado más allá del convento de Abba Pantaleon, llamado en Abisinia Mantillas y del pequeño obelisco situado sobre una roca que domina este convento, seguimos un camino que se dirige hacia el Sur, abierto en una montaña de mármol muy rojo, teniendo a nuestra izquierda una pared de mármol que formaba un parapeto de cinco pies de altura. De distancia en distancia se ven en esta muralla pedestales sólidos en los cuales

hay muchas marcas que indican que estos pedestales sostenían las estatuas colosales de Sirio, el perro Anubis o la Canícula.

Todavía se encuentran en sus sitios respectivos ciento trece de estos pedestales con la marca de que acabo de hablar; pero no quedan más que dos figuras de perro que, aunque muy mutiladas, muestran desde luego que están esculpidas en estilo egipcio...

»Hay también pedestales en los cuales había figuras de esfinges. Dos magníficas filas de escalones de granito de muchos cientos de pies, superiormente trabajadas y todavía intactas, son los únicos restos de un templo soberbio. A un extremo de la plataforma sobre la cual se levantaba este templo, se ve hoy la pequeña iglesia de Axum, mezquina, muy mal cuidada y llena de palomina.

Cerca de Axum fue donde Bruce vio a tres soldados que en una vaca viva estaban cortando el bistec que debía servir para su comida.

«Dejaron entera, dice, muy seriamente, la piel que cubría el, sitio donde hablan cortado la carne y la sujetaron con algunas estaquitas que sirvieron de alfileres. No sé si pusieron algo entre el cuero y la carne, pero cubrieron muy bien toda la herida con barro; después de lo cual obligaron al animal a levantarse y le hicieron marchar delante de ellos sin duda para que pudiese proporcionarles una nueva comida por la noche cuando se juntaran con sus compañeros».

Brucé pasó desde el Tigre a la provincia de Sire que toma su nombre de la capital, ciudad mayor que Axum, pero donde reinan continuamente fiebres pútridas. Cerca de allí corre el río Takace, el antiguo Siris, cuyas aguas son muy abundantes en peces, y cuyas orillas están sombreadas por árboles majestuosos.

En la provincia de Sanen, donde Bruce fue molestado por leones y hienas y donde grandes hormigas negras devoraron una parte de su equipaje, en las montañas de Walduba, país mal sano y ardiente adonde se habían retirado muchos monjes para entregarse a la penitencia y a la oración, no se detuvo más que el tiempo necesario para dar descanso a las bestias de carga. Tenía prisa por llegar a

Gondar porque en el país en que estaba ardía la guerra civil y la situación de los extranjeros era en él muy poco segura.

En la época en que Bruce llegó a la capital, la fiebre tifoidea hacía en ella grandes estragos. Sus curaciones como médico le fueron muy útiles y no tardaron en proporcionarle una situación ventajosa bajo todos los puntos de vista y un mando que le permitió recorrer, a la cabeza de cuerpos de tropas, el país en todas direcciones.

Así recogió una multitud de observaciones interesantes sobre el país, su gobierno, las costumbres de sus habitantes y su historia, observaciones que hacen de su relación la obra más importante que hasta entonces se había publicado sobre la Abisinia.

En una de estas expediciones descubrió las fuentes del Nilo Azul que creía ser el verdadero Nilo. Al llegar a la iglesia de San Miguel en Geesh, donde el río no tenía más que cuatro pies de ancho y cuatro pulgadas de profundidad, comprendió que sus fuentes debían encontrarse en las inmediaciones; su guía le aseguró que para llegar a ellas todavía debía trepar por una montaña; pero naturalmente el viajero no se dejó engañar.

«Vamos, vamos, dijo Bruce, cierra la boca porque va es tarde y condúceme a Geesh y a las fuentes del Nilo y enséñame el monte que de ellas nos separa.

Me hizo pasar entonces al Sur de la iglesia, y habiendo salido del bosque de cedros que la rodea, me dijo mirándome maliciosamente, ésta es la montaña que cuando estabais al otro lado de la iglesia se hallaba entre vos y las fuentes del Nilo, no hay otra. ¿Veis esa eminencia cubierta de césped en el centro de ese terreno húmedo? Allí están las dos fuentes del Nilo.

Geesh está situada en lo alto de la roca donde se ven esos arbustos tan verdes. Si llegáis hasta las fuentes, quitaos los zapatos como lo habéis hecho el otro día, porque los habitantes de este cantón son todos paganos y no creen en nada de lo que vos creéis; pero creen en el Nilo y le invocan todos los días como un Dios, de la misma manera que vos mismo le invocáis quizá.

«Me quité los zapatos, bajé precipitadamente la colina y corrí hacia aquella isleta de verdor que estaba a unos pasos de distancia. Toda la cuesta estaba alfombrada de flores cuyas largas y gruesas raíces atravesaban la tierra; y como al correr tropecé con las raíces o cebollas de aquellas plantas, caí dos veces con bastante fuerza antes de llegar a la orilla del pantano. Al fin me acerqué a la isleta alfombrada de césped y la encontré semejante a un altar, forma que debe sin duda al arte, quedando admirado al contemplar la principal fuente que brota en medio de aquel altar.

»Ciertamente es más fácil de imaginar que de describir la sensación que experimenté entonces. Permanecí en pie en frente de aquellos manantiales, donde, durante tres mil años, el genio y el valor de los hombres más célebres no habían podido llegar».

El viaje de Bruce contiene también otras muchas observaciones curiosas, pero debemos limitarnos a lo que dice del lago Zana.

»El lago Zana, según la relación, es sin disputa el mayor depósito de agua que hay en estos países. Sin embargo, se ha exagerado su extensión. Su mayor anchura es de Dingleber a Lamgue, es decir, del Este al Oeste y comprende 35 millas en línea recta; pero se estrecha bastante por los extremos, y en algunos sitios no tiene más de diez millas. Su mayor longitud es de 49 millas de Norte a Sur; va desde Bab-Baha un poco al Sudoeste cuarto Oeste de este sitio, donde el Nilo, después de haber atravesado el lago formando una corriente muy visible, tuerce hacia Dara en el territorio de Allata. En la estación seca, es decir, desde el mes de octubre al mes de marzo, el lago disminuye mucho; pero cuando las lluvias han engrosado todos los ríos que vienen a desembocar en él como los rayos de una rueda que se reúnen en el centro, se aumenta considerablemente y vierte una parte de sus aguas en la llanura.

»Si hubiera de creerse a los abisinios, que son grandes embusteros, habría en el lago Zana cuarenta y cinco islas habitadas; pero pienso que este número puede reducirse a once. La principal es Dek, Daka o Daga; después viene Halimun, del lado de Gondar,

Brígida del lado de Gorgora y Galita que esta más allá de Brígida. Todas estas islas eran antes prisiones a donde se enviaba a los grandes de Abisinia o bien las escogían ellos mismos para retiro cuando estaban descontentos de la corte o cuando en tiempo de turbulencias querían poner en seguridad sus efectos más preciosos».

Después de haber visitado la Abisinia con Bruce, subimos al Norte.

Comenzaba a esclarecerse la antigua civilización del Egipto. Sucesivamente se habían publicado los viajes arqueológicos de Pococke, de Norden, de Niebuhr, de Volney y de Savary, y la comisión de Egipto trabajaba en la redacción de su grande y magnífica obra. Cada día se aumentaba el número de viajeros, y estimulado por estas circunstancias, W. G. Browne, a ejemplo de tantos otros, quiso conocer la tierra de los Faraones.

Su obra nos ofrece al mismo tiempo que el cuadro, de los monumentos y ruinas que hacen tan interesante el país, la pintura de las costumbres de los pueblos que lo habitan. La parte absolutamente nueva es la que se refiere al Darfur, país en el cual no había penetrado hasta entonces ningún europeo; pero lo que asegura a Browne un lugar distinguido entre tantos viajeros, es que fue el primero que comprendió que el Bahr-El-Abiad era el verdadero Nilo y que trató, no de descubrir su origen, porque no podía contar con eso, sino de acercarse a él lo bastante para determinar su dirección y su latitud.

El 10 de enero de 1792 llegó Browne a Egipto hizo su primer viaje a Siwah, donde reconoció, como debía hacerlo después Hornemann, el oasis de Júpiter Ammon. No tuvo, como tampoco su sucesor, la fortuna de explorar las ruinas y las catacumbas de aquel oasis, donde solamente pudo ver muchos cráneos y huesos humanos.

«Las ruinas de Siwah, dice, se parecen mucho a las del alto Egipto, de manera que indudablemente los edificios de que provienen fueron construidos por la misma raza de hombres. Entre

las esculturas se distinguen fácilmente las figuras de Isis y de Anubis y las proporciones de su arquitectura son aunque más pequeñas, las mismas que las de los templos egipcios.

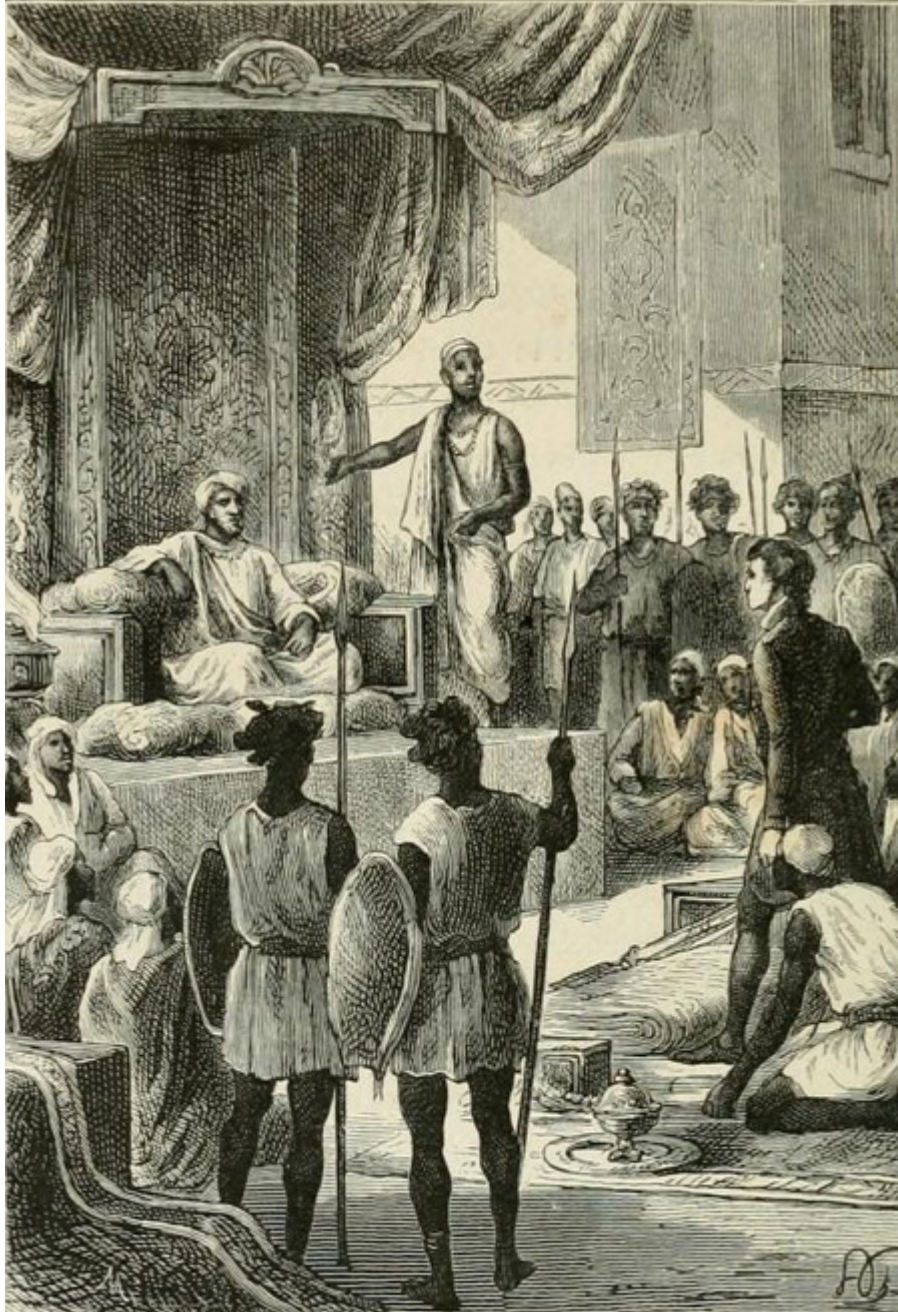
»Las rocas que vi en las inmediaciones de las ruinas de Siwah eran arenosas y no tenían relación alguna por su calidad con las piedras de estas ruinas, por lo cual creo que cuando se construyeron los edificios se llevaron de otros sitios los materiales».

Los habitantes de Siwah no han conservado acerca de estos objetos ninguna tradición verosímil; su única idea es que contienen tesoros y que están frecuentados por demonios.

Saliendo de Siwah, Browne hizo varias expediciones por Egipto y por último se estableció en el Cairo, donde estudio el árabe. El 10 de setiembre de 1792, salió de esta ciudad y visitó sucesivamente a Kaw, Achmin, Girgeh, Denderah, Kus, Tebas, Asuan, Koseir, Menfis, Suez y el monte Sinai; después, deseoso de penetrar en Abisinia, pero seguro de que no podría hacerlo por Masuah, salió de Asiut para el Darfur en el mes de mayo de 1793 con la caravana del Sudan. Las etapas desde Asiut al Darfur, que recorrió la caravana fueron Ainé, Dizó, Charye, Bulak, Cheb, Sehne, Leghea y Bir-El-Maha. En Sueini, lugar del Darfur, cayó enfermo y hasta después de un mes no pudo llegar al El-Fascher. En esta ciudad las vejaciones y las exacciones comenzaron de nuevo y no pudo lograr ser recibido por el Sultan. Tuvo después que pasar el invierno en Cobbe esperando completar su convalecencia sin poderlo conseguir hasta el verano de 1794.

Sin embargo esta inacción forzada no fue perdida para el viajero porque aprendió el dialecto del Darfur y adquirió conocimiento de sus costumbres.

Con la vuelta del verano pudo entrar Browne en El-Faschier y volvió a sus tentativas para ser recibido por el sultán. Habían tenido el resultado negativo que las anteriores cuando una injusticia, mucho mayor que las que antes había sufrido, le proporcionó al fin la entrevista que solicitaba desde tan largo tiempo.



«Encontré al monarca Abd-el-Rahman sentado en su trono bajo un dosel de madera elevado, guarnecido de telas de Siria y de la India flotantes y de diversos colores. A los pies del trono había pequeñas alfombras de Turquía; los meleks (oficiales de la corte) estaban sentados a derecha e izquierda, pero a cierta distancia del trono, y detrás de ellos había una fila de guardias, cuyas gorras

estaban adornadas por el frente con una placa de cobre y una pluma negra de avestruz.

Las armas de estos guardias eran una lanza que sostenían con la mano derecha y un escudo de piel de hipopótamo que les cubría el brazo izquierdo, y su vestido consistía únicamente en una camisa de algodón hecha en el país. Detrás del trono estaban catorce o quince eunucos vestidos de ricas telas de diferentes especies y de colores muy mal combinados. El número de pretendientes y espectadores, que ocupaban el sitio enfrente del trono, subía a más de quinientos.

»Un hombre asalariado para pregonar las alabanzas del príncipe estaba a su izquierda y gritaba continuamente y con toda su fuerza: «¡mirad el búfalo, el hijo del búfalo, el toro de los toros, el elefante de fuerza extraordinaria, el poderoso sultán, Abd-el-Rahman, el Raschid ¡Que Dios proteja tu vida, te asista, y te haga victorioso!».

El sultán prometió justicia a Browne y entregó su petición en mano de los meleks. Sin embargo no le devolvieron sino la sexta parte de lo que le habían robado.

El viajero, que no había entrado en el Darfur sino con la intención de atravesarlo y pasar a otras tierras, comprendió entonces que no le sería fácil salir de aquel país y que en todo caso tenía que renunciar a llevar más adelante su expedición.

«El 11 de diciembre de 1795, es decir, después de tres meses de residencia, acompañé, dice Browne, al jetib (uno de los primeros personajes del imperio) a la audiencia del sultán. Le repetí sucintamente lo que había pedido y el jetib secundó mi petición, aunque no con todo el celo que yo hubiera deseado. El sultán no dio la menor respuesta a la solicitud que le hacía pidiéndole permiso para proseguir mi viaje: aquel déspota inicuo que había recibido de mí, por mí, valor de 150 duros en mercancías, no consintió en darme más que veinte bueyes flacos que apreció en 120 duros. El triste estado de mi caudal no me permitió rechazar aquella injusta paga. La tomé y me despedí de El-Fascher con la esperanza de no volver a él jamás».

Hasta la primavera de 1796 no pudo Browne salir del Darfur; entonces se unió a una caravana que volvía a Egipto.

La ciudad de Cobbe, aunque no es residencia de mercaderes, debe ser considerada como la capital del Darfur. Tiene más de dos millas de longitud, pero es muy estrecha. Cada una de sus casas está situada en el centro de un campo rodeado de empalizadas y entre estas empalizadas hay un terreno erial.

La llanura en que se levanta la ciudad se extiende al Oeste y al Sudoeste hasta 20 millas de distancia.

Casi todos sus habitantes son mercaderes que hacen comercio con Egipto; su número puede calcularse en seis mil y aun entre ellos se cuentan más esclavos que personas libres.

La población del Darfur no debe pasar de doscientos mil individuos; pero Browne no la calcula sino con arreglo al número de reclutas que se sacaron para la guerra contra el Kordofan.

«Los habitantes del Darfur, dice la relación, son de diferente origen: Los unos proceden de las orillas del Nilo y los otros de los países occidentales; son fukaras (sacerdotes) o comerciantes. Hay muchos árabes, algunos de los cuales se han establecido en el país y pertenecen a diferentes tribus. La mayor parte llevan una vida errante en las fronteras del Darfur, donde apacientan sus camellos, caballos y bueyes y no están bastante sometidos al sultán, pues no le dan socorro en tiempo de guerra, ni le pagan tributo en tiempo de paz... Después de los árabes vienen los de Zeghawa, país que antiguamente formaba un estado independiente, cuyo jefe dicen que podía poner en campana mil jinetes sacados de entre su pueblo. Los zeghawas hablan un dialecto diverso del que se usa en el Darfur.

»Pueden contarse además los habitantes de Bego Dageu, hoy súbditos del Darfur y procedentes de una tribu que en otro tiempo dominó el país».

Los naturales del Darfur pueden aguantar largo tiempo la sed y el hambre, y sin embargo se entregan con pasión al uso de un licor fermentado que se llama baza o marías. El robo, la mentira, el

fraude en los tratos y todos los vicios que los acompañan, forman el carácter más saliente de los darfurianos.

«En el comercio de compra y venta, el padre que puede engañar a su hijo y el hijo que puede engañar a su padre, se jactan de haberlo conseguido.

Las bribonadas más atroces y las mentiras más desvergonzadas son las que se cometen invocando el nombre de Dios y del Profeta.

»Sabido es que la poligamia está tolerada por la religión mahometana. Los habitantes del Darfur abusan hasta el exceso de esta tolerancia. Cuando el sultán Teraub partió para la guerra con el Kordofan, llevaba en su comitiva quinientas mujeres y dejó otras tantas en su palacio. Esto a primera vista puede parecer ridículo; pero hay que considerar que las mujeres están encargadas de, moler el trigo, sacar agua, preparar la comida y desempeñar todas las tareas domésticas para un grandísimo número de personas».

La relación de Browne contiene también interesantísimas observaciones higiénicas y médicas, consejos sobre la manera de viajar por África y pormenores sobre los animales, los peces, los metales y las pintas del Darfur. No nos detendremos a citarlos porque no hemos encontrado nada que atraiga la atención de una manera especial.

CAPÍTULO II

EL ASIA Y SUS PUEBLOS

»La Tartaria según Witzen. —La China según los jesuitas y el Padre Du-Halde. —Macartney. —Residencia en Chu-Sang. —Llegada a Nankin. —Negociaciones. —Recepción de la embajada por el emperador. —Fiestas y ceremonias en Zhe-Hol. —Regreso a Pekín y a Europa. —Volney. —Choiseul-Gonfler. —Le Chevalier en la Troada. —Olivier en Persia. —Un país semiasiático. —La Rusia según Pallas.

A fines del siglo XVIII el viajero Nicolás Witzen había recorrido ya la Tartaria oriental y septentrional y escrito una curiosa relación de su viaje que publicó en 1692. Esta obra, escrita en holandés y que no fue traducida a ninguna otra lengua europea, no proporcionó a su autor la notoriedad a que tenía derecho.

Adornada de muchos grabados, poco artísticos, es verdad, pero cuyo candor parece probar su fidelidad, fue reimpressa en 1705 y los últimos ejemplares de esta segunda edición se rejuvenecieron en 1785 dándoles un nuevo título, cuya necesidad sin embargo no se hacía sentir porque ya en aquella época se tenían relaciones mucho más curiosas y completas.

Desde el día en que los jesuitas pudieron poner el pie en el Celeste Imperio trabajaron por todos los medios que estaban a su alcance para reunir documentos de todo género acerca de ese

inmenso país que antes de ellos no era conocido sino por las relaciones maravillosas de Marco Polo.

Aunque la China es la patria del estancamiento, y aunque en ella las costumbres permanecen constantemente las mismas, habían pasado demasiados acontecimientos para que no se desearan noticias más exactas sobre un país con el cual la Europa podía entablar relaciones ventajosas.

Los resultados de las investigaciones de los jesuitas que hasta entonces habían sido publicados en la preciosa colección de las Cartas Edificantes, fueron reunidos, revisados y aumentados por uno de los más celosos Padres de la Compañía, por el Padre Du-Halde.

El lector sin duda no espera que le demos un resumen de esa obra inmensa; un tomo entero no bastaría, y además las noticias que poseemos hoy son mucho más completas que las que se deben a la paciencia y a la crítica ilustrada del Padre Du-Halde, el primero que compuso una obra verdaderamente notable sobre el Celeste Imperio.

Los jesuitas, al mismo tiempo que se entregaban a estas tareas, las más meritorias, se dedicaban a observaciones astronómicas, recogían para los herbarios ejemplares de historia natural y publicaban mapas, que eran consultados con fruto no hace mucho tiempo, respecto de ciertas provincias apartadas del imperio chino.

A fines del siglo XVIII, un canónigo de San Luis de Louvre, llamado Grosier, publicó, en forma abreviada, una nueva descripción de la China y de la Tartaria, aprovechando la obra de su antecesor el padre Du-Halde, rectificándola y completándola a la vez. La relación del padre Grosier, después de una descripción de las quince provincias de la China y de la Tartaria china, así como de los Estados tributarios la Corea, el Tonking, la Cochinchina y el Tibet, dedica largos capítulos a tratar de la población y de la historia natural de China, y después pasa revista al gobierno, la religión, las costumbres, la literatura y las artes de los chinos.

En los últimos años del siglo XVIII, el gobierno inglés, queriendo abrir relaciones comerciales con la China, envió allá, como embajador extraordinario, a Jorge de Macartney. Este diplomático había recorrido ya la Europa y sobre todo la Rusia. Había sido gobernador de las Antillas inglesas, gobernador de Madras, y por último, gobernador general de las Indias, y había adquirido en su largo trato con los hombres, en latitudes y climas tan diferentes, una ciencia profunda de los móviles que les impulsan.

Así es que la relación de su viaje contiene una multitud de datos y observaciones que permitieron a los europeos formarse una idea mucho más exacta de los chinos.

El lector se interesa más en la relación de aventuras y de observaciones personales, que en una obra anónima. «El yo, es detestable,» dice un proverbio conocido; pero este proverbio no es exacto cuando se trata de viajes; y el que puede decir «o he estado allí cuando sucedió tal o cual cosa,» encuentra siempre oídos atentos y favorablemente prevenidos.

Una escuadra de tres buques, compuesta del Leon, el Indostán y el Chacal, salió de Portsmouth el 26 de diciembre de 1792 conduciendo a Macartney y a su comitiva. Después de haber recalado en Río Janeiro, en las islas de San Pablo y de Ámsterdam, donde les vieron algunos cazadores de terneras marinas, en Batavia y Batam, en la isla de Java, en Pulo-Condor, los buques fondearon en Turon (Han San), en Cochinchina, gran bahía de la cual no se tenía más que una mala carta. La llegada de estos buques inspiró al principio algunos recelos a los cochinchinos; pero cuando supieron los motivos que obligaban a la escuadra a fondear en aquel sitio, se presentó un alto dignatario con regalos a Macartney para invitarle, de parte del gobernador, a una comida, seguida de una representación dramática. Los pormenores que dio Macartney de esta recepción, terminan con algunas observaciones recogidas demasiado a la ligera para que sean completamente exactas, sobre las costumbres y las diversas razas de los cochinchinos.

Cuando los enfermos de las tripulaciones hubieron recobrado la salud y se hubieron renovado las provisiones, los buques se hicieron de nuevo a la vela, y después de haber recalado en las islas de los Ladrones, penetraron en el estrecho de Formosa, donde tuvieron que sufrir un gran temporal, y entraron en el puerto de Chusan. Aprovecharon su estancia en este puerto para corregir el mapa del archipiélago y visitar la ciudad de Ting-Hai, donde los ingleses excitaron tanta curiosidad, como la que ellos tenían al ver tantas cosas nuevas para ellos.

Las casas, los mercados, los trajes de los chinos, la pequeñez de los pies de las mujeres, cosas que hoy conocemos suficientemente, excitaron en el más alto grado el interés de los extranjeros.

Nos detendremos tan solo en la relación de los procedimientos empleados por los chinos para el cultivo de los árboles enanos.

«Esta especie de vegetación enana, dice Macartney, parece muy estimada de los curiosos en China, porque se encuentran de ella ejemplares en todas las casas de importancia. Una parte del talento del jardinero consiste en saberla producir, y éste es un arte inventado en China, gracias al cual, además del mérito de vencer una dificultad, se tiene la ventaja de introducir en las habitaciones ordinarias vegetales que de otro modo no podrían entrar a causa de su tamaño natural.

»El método que emplean en China para producir árboles enanos, es el siguiente:

»Cuando se ha elegido el árbol del que se quiere un arbolillo enano, se pone sobre el tronco, y lo más cerca posible del sitio en que se dividen las ramas, cierta cantidad de arcilla o de barro que se sostiene con una venda de cáñamo o de algodón, teniendo cuidado de regarla muchas veces para conservar la humedad. Esta tierra permanece allí a veces todo un año, y durante este tiempo la parte del árbol cubierta por ella arroja tiernas fibras parecidas a raíces.

Entonces se cortan con precaución la parte del tronco de donde salen estas fibras y la rama que se halla inmediatamente por encima

de ellas, separándolas del resto del árbol y se plantan en una tierra nueva, donde las fibras se convierten pronto en verdaderas raíces, mientras que la rama forma el tallo de un vegetal que se encuentra en cierto modo metamorfoseado.

Esta operación no destruye ni altera la facultad productiva de que gozaba la rama antes de ser separada del tronco del árbol; si llevaba flores o frutos, continúan las primeras abriéndose y los segundos madurándose. Se arrancan los botones de las extremidades de las ramas que se destinan a convertirse en árboles enanos, lo cual los impide prolongarse y los obliga a echar otros botones en ramas laterales. Estas ramas se atan con alambres y toman la inclinación que las quiere dar el jardinero.

»Cuando se quiere que el árbol tenga un aspecto viejo y decrepito, se le unta muchas veces con triaca o melaza, lo cual atrae multitud de hormigas, que no contentas con devorar estas materias, atacan la corteza del árbol y la corroen, de manera que en breve se produce el efecto deseado.

Al salir de Chusan, la escuadra penetró en el Mar Amarillo, que jamás había sido surcado por un buque europeo. En este mar desemboca el río Hoang-Ho, que en su curso largo y tortuoso arranca una enorme cantidad de limo amarillento, que es lo que ha dado el nombre a este mar.

Los buques ingleses fondearon en la balda de Ten-Chu-Fu, entraron poco después en el golfo de Pekín y se detuvieron delante de la barra del Pei-Ho, porque la marea a la sazón estaba baja y no había más que tres o cuatro pies de agua sobre la barca.

Casi inmediatamente varios mandarines, comisionados por el gobernador para recibir al embajador inglés, llegaron llevando gran cantidad de regalos.

Los que en cambio estaban destinados para el emperador fueron trasbordados a juncos chinos mientras el embajador pasaba a un yacht que le estaba preparado.

La primera ciudad delante de la cual se detuvo la comitiva, fue Taku, donde Macartney recibió la visita del virrey de la provincia y

del principal mandarín.

Éstos eran dos hombres de aspecto venerable, muy corteses, aunque exentos de esa obsequiosidad y de esa prevención que se encuentran en las clases inferiores.

Razón tienen los que dicen que el pueblo es según lo que se le enseña, observa Macartney, y los ingleses tuvieron siempre pruebas de esta verdad en el efecto que producía sobre la generalidad de los chinos el temor de la mano pesada del poder.

Cuando estaban al abrigo de este temor, parecían de carácter alegre y confiado; pero en presencia de sus magistrados, tomaban un aspecto tímido y confuso».

Subiendo por el río Pei-Ho, la escuadra caminaba con extrema lentitud hacia Pekín, a causa de los recodos innumerables del río. La campiña, admirablemente cultivada, las casas y las aldeas esparcidas por las orillas o por el interior de las tierras, los cementerios, las pirámides de sacos llenos de sal, formaban un cuadro delicioso y siempre variado. Y después, al caer la noche, los farolillos de diversos colores, suspendidos de los mástiles de los juncos y de los *yachts*, arrojaban sobre el paisaje matices de luces singulares, que le daban un aire fantástico.

Tien-Tsing significa lugar celeste, y la ciudad debe este nombre a su clima agradable, su cielo puro y sereno, y la fertilidad de sus inmediaciones. El embajador fue recibido en ella por el virrey y el legado enviados por el emperador, los cuales dijeron a Macartney que el emperador se hallaba en su residencia de verano, en Tartaria, donde quería celebrar el aniversario de su nacimiento, que era el 13 de setiembre.

La embajada, por consiguiente, debía subir por agua hasta Tont-Chu a 12 millas de Pekín, y pasar después por tierra a Zhe-Hol, donde se encontraba el emperador. Los regalos irían en pos de la embajada. Si la primera parte de esta comunicación agradó a Macartney, la última le desagradó mucho, porque los regalos que llevaba consistían en instrumentos delicados, que habían sido desmontados al salir de Inglaterra y embalados pieza por pieza.

El legado no quena consentir en que estos instrumentos fueran depositados en un sitio de donde no se les pudiera sacar, y fue necesario la intervención del virrey para salvar a aquellos documentos del genio y de los conocimientos de Europa».

La escuadrilla que llevaba a Macartney y a su comitiva pasó por enfrente de Tien-Tsing. Esta ciudad les pareció tan larga como Londres, y no contenía menos de setecientos mil habitantes.

A la orilla del río se apiñaba una gran multitud para ver pasar la embajada, y en el agua toda la población acuática de los juncos se aglomeraba, a riesgo de caer y ahogarse.

Las casas están construidas con ladrillos azules; hay muy pocos encarnados, y algunas tienen dos pisos, lo cual es contrario a la moda general.

La embajada vio funcionar allí esas carretidas con velas, cuya existencia había parecido por largo tiempo fabulosa. Son dos carretillas de caña unidas, que tienen entre una y otra una gran rueda.

«Cuando no hay bastante viento para hacer marchar la carreta, dice la relación, un hombre tira de ella por delante, mientras que otro la mantiene en equilibrio y la empuja por detrás; más cuando el viento es favorable, la vela hace inútil el trabajo del hombre delantero. Esta vela consiste en una estera unida a dos palos, fijos a uno y otro lado de la carreta».

Las orillas del Pei-Ho están en ciertos sitios revestidas de parapetos de granito, para evitar las inundaciones y se encuentran de distancia en distancia diques, también de granito, provistos de una esclusa, que permite regar los campos inmediatos.

Aunque todo este país parecía admirablemente cultivado, estaba con frecuencia sujeto a grandes hambres, a causa de las inundaciones, y también a causa de los estragos que hacia la langosta.

Hasta entonces la embajada había navegado entre inmensas llanuras de aluvi6n, que forman la cuenca del Pe-Chi-Li. Catorce días después de su salida de Tien-Tsing, los ingleses vieron al

extremo del horizonte la línea azul de las montañas; se acercaban a Pekín.

El 6 de agosto de 1793, los *yachts* anclaron a dos millas de esta capital y a milla y media de Tong-Chu-Fu.

Era preciso desembarcar, para dejar en el palacio llamado jardín del Verdor Perpetuo, los regalos que no podían ser trasladados sin peligro a Zhe-Hol. La curiosidad de los habitantes de Tong-Chu-Fu, ya vivamente excitada por la vista de los ingleses, llegó a su colmo al presentarse un criado negro.

»Su piel, su color de azabache, su cabeza lanuda, su particular fisonomía, eran absolutamente nuevas para aquella parte de la China, donde nadie recordaba haber visto nada semejante. Algunos de los espectadores dudaban que aquel ser perteneciese a la raza humana y los chinos gritaban que aquél era un diablo negro Fan-qui.

Pero su aire de buen humor les reconcilió en breve con su carácter y continuaron mirándole sin temor ni desagrado».

Una de las cosas que sorprendieron más a los ingleses fue ver en una pared el dibujo de un eclipse de luna que debía ocurrir pocos días después. Observaron igualmente que el dinero era una mercancía para los chinos porque éstos no tienen moneda acuñada y se sirven de barras que no llevan más que un solo sello representativo de su peso. La semejanza sorprendente entre las ceremonias del culto de Fo y las de la religión cristiana, no podía dejar de ser advertida por los ingleses. Macartney recuerda que ciertos autores aseguran que Santo Tomas apóstol había estado en China, mientras el misionero Premore pretende que la semejanza de las ceremonias es una treta que el diablo quiso jugar a los jesuitas.

Se necesitaron noventa carritos, cuarenta y cuatro carretas, más de cien caballos y cerca de tres mil hombres para trasladar los regalos ofrecidos por el gobierno británico al emperador.

El embajador y otros tres ingleses acompañaron en palanquín a este convoy; los demás agregados de la embajada iban caballo, lo mismo que los mandarines, alrededor del palanquín, y una multitud enorme se agolpaba al paso de la comitiva.

Cuando Macartney llegó a las puertas de Pekín, fue acogido con detonaciones de artillería. Luego que pasó las murallas, se encontró en una ancha calle, no empedrada, pero formada de casas de uno y dos pisos y atravesada por un hermoso arco de triunfo hecho de madera con tres puertas coronadas de techos levantados y ricamente adornados.

«La embajada, dicen, daba amplia materia a los cuentos que cautivaron en tal momento la atención del pueblo. Decíase que los regalos que llevaban al emperador consistían en todas las cosas raras que había en los demás países y que eran desconocidas en la China. Se aseguraba que entre los animales comprendidos en estas rarezas había un elefante que no abultaba más que un mono, pero tan feroz como un león y un gallo que se mantenía de carbón.

»Todo lo que venía de Inglaterra se creía que era muy diferente de lo que se había visto hasta entonces en Pekín y poseía cualidades contrarias a las que en China se le conocían».

La comitiva llegó delante de las tapias del Palacio Imperial que se distinguía por su color amarillo. Al través de la puerta se veían montañas artificiales, lagos, ríos con pequeñas islas y edificios fantásticos entre grupos de arboles.

Al extremo de una calle que terminaba hacia el Norte en las murallas de la ciudad, los ingleses pudieron entrever un vasto edificio de grande altura que contenía una campana de tamaño prodigioso.

Después continuaron atravesando la ciudad de parte a parte. El resultado de sus impresiones no fue favorable; y quedaron convencidos de que si un chino que hubiera atravesado a Londres hubiera visto sus puentes, sus plazas, sus innumerables buques, sus plazuelas, sus monumentos públicos, habría llevado mejor idea de la capital de la Gran Bretaña que la que ellos formaban de Pekín.

Cuando llegaron al palacio donde estaban colocados por orden los regalos del rey de Inglaterra, el gobernador conferenció con Macartney sobre la manera de clasificar los diferentes objetos. Éstos fueron instalados en una gran sala bien adornada donde, por lo

demás, no había sino un trono y algunos vasos de porcelana antiguos.

No entraremos en pormenores sobre las interminables negociaciones a que dio lugar la pretensión de los chinos de hacer arrodillar al embajador de Inglaterra delante del emperador, pretensión humillante recientemente indicada por la inscripción puesta por encima de los pabellones de los *yachts* y de los carros de la embajada que decía:

Embajador que trae el tributo del país de Inglaterra.

En Pekín y en la parte que se llama la ciudad china, está situado el campo que el emperador siembra todas las primaveras, según una costumbre antigua.

Allí se encuentra también el Templo de la Tierra; a donde va el soberano en el momento del solsticio de verano para reverenciar el poder del astro que ilumina al mundo y darle gracias por su benéfica influencia.

Pekín no es más que la residencia del gobierno imperial; no tiene ni fábricas, ni puerto, ni comercio.

Macartney calcula su población en tres millones de habitantes. Las casas de un solo piso parecerían insuficientes para una población tan numerosa; pero es bueno saber que una sola casa basta para una familia de tres generaciones. Esta densidad de los habitantes se explica por la precocidad de los matrimonios, precocidad que en los chinos es una medida de previsión porque los hijos, y particularmente los varones, están obligados a cuidar de sus padres.

El 2 de setiembre de 1793 salió de Pekín la embajada.

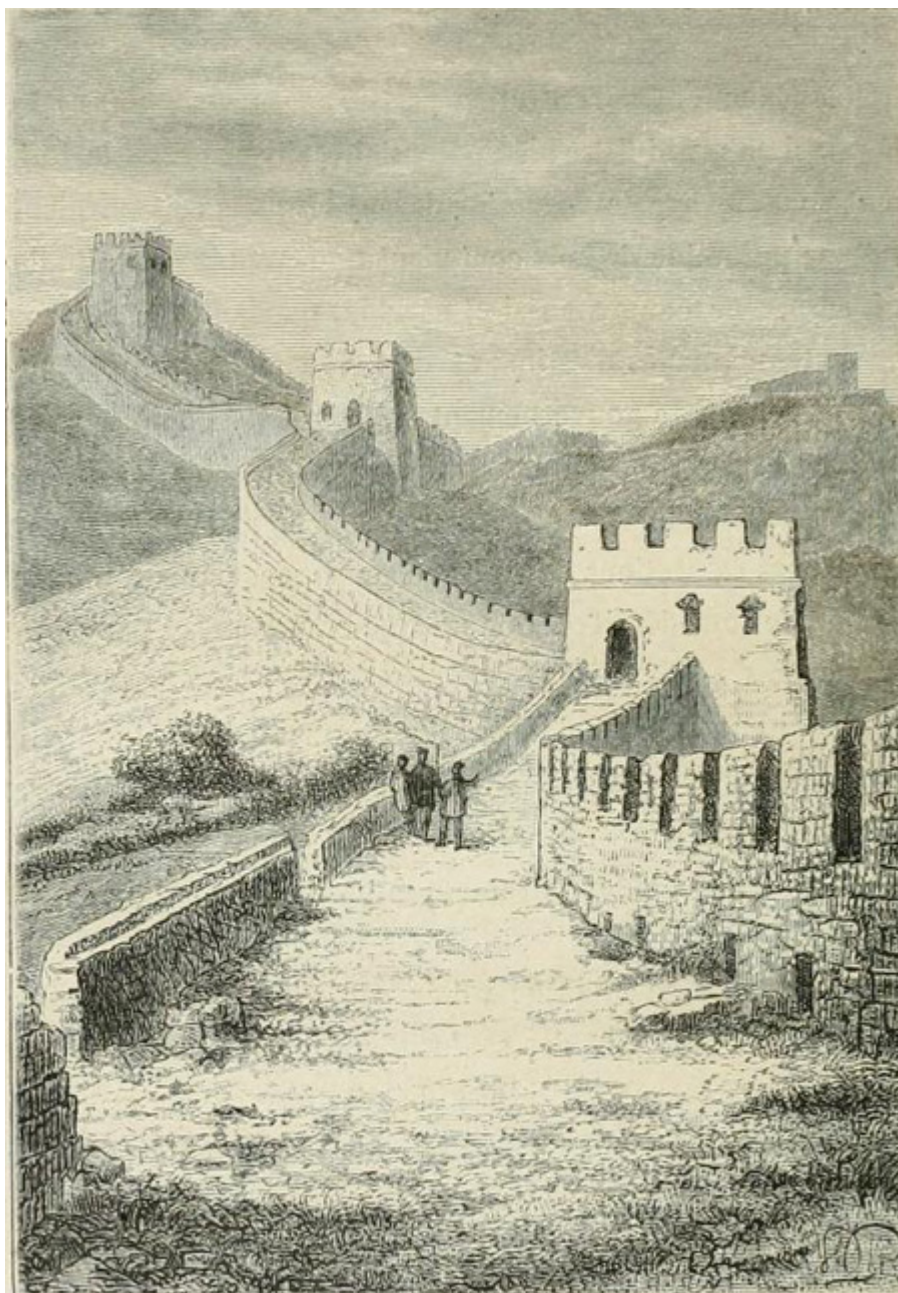
Macartney hizo el viaje en silla de posta; y es probable que fuera la primera vez que rodaba un carruaje semejante por el camino de Tartaria.

A medida que el viajero se aleja de Pekín, el camino se va elevando, el suelo se hace más arenoso y contiene menos arcilla y menos tierra negra. No tardaron en hallarse inmensas llanuras plantadas de tabaco. Macartney cree que el uso de esta planta no

procede de América y que la costumbre de fumar debió de ser espontánea en el suelo asiático.

La población era menos numerosa a medida que empeoraba la calidad del suelo y no tardó Macartney en hacer esta observación. Al mismo tiempo el número de tártaros se aumentaba, y la diferencia entre las costumbres de los chinos y las de sus conquistadores iba siendo menos sensible.

Al quinto día de viaje los ingleses vieron la gran muralla que ha llegado a ser legendaria.



«Todo lo que la vista puede abarcar a la vez, dice Macartney, de esta muralla fortificada, prolongada por la cordillera y por las cimas más elevadas, bajando a los valles más profundos, atravesando los ríos por medio de arcos que la sostienen, doblada y triplicada en muchos sitios para hacer más difícil el paso y provista de torres y de fuertes bastiones de cien en cien pasos; todo esto, digo, presenta a la mente la idea de una empresa de grandeza admirable...

»Lo que causa sorpresa y admiración es la gran dificultad de concebir cómo han podido llevarse materiales y construirse muros en sitios que parecen inaccesibles. Uno de los montes más elevados sobre los cuales se prolonga la gran muralla, tiene, según medida exacta, 5,225 pies de altura.

»Esta especie de fortificación, porque el simple nombre de muralla no da una justa idea de su estructura, tiene, según dicen, 1,500 millas de longitud; pero a la verdad no está en buen estado por todas partes.

Esta extensión de 1,500 millas era la de la frontera que separaba a los chinos civilizados de las diversas tribus de tártaros nómadas; y no es de esta especie de barreras de las que puede depender hoy la suerte de las naciones que se hacen la guerra.

»Muchas de las obras menores e interiores de esta gran muralla han cedido a los esfuerzos del tiempo y comienzan a caerse arruinadas; otras han sido reparadas; pero la muralla principal parece casi en todas partes haber sido construida con todo cuidado y habilidad; y sin que haya habido necesidad de tocarla, se conserva entera desde hace más de dos mil años, y parece tan poco deleznable como los baluartes de roca que la naturaleza misma ha levantado entre la China y la Tartaria».

Más allá de la muralla la naturaleza parece anunciar también por su parte que se entra en otro país.

La temperatura es más fría, los caminos son más escabrosos y las montañas están menos ricamente adornadas. El número de escrofulosos era considerable en aquellos valles de la Tartaria y según el doctor Guillan, médico de la embajada, subía a la sexta parte de la población. La parte de la Tartaria en que esta enfermedad es común, ofrece una gran semejanza con algunos cantones de la Suiza y de la Saboya.

En fin la embajada dio vista al valle de Zhe-Hol, donde el emperador posee un palacio y un jardín de verano. El palacio se llama Morada de la Agradable Frescura; y el jardín: Jardín de los Innumerables Arboles.

La embajada fue recibida con los honores militares entre una multitud inmensa, la mayor parte de personas vestidas de amarillo. Eran lamas inferiores o monjes de la secta de Fo, religión del emperador.



Las negociaciones que se habían seguido en Pekín acerca de la prosternación delante del emperador, comenzaron de nuevo en

Zhe-Hol en fin, el emperador Chieng-Lung se dignó contentarse con la forma respetuosa con que los ingleses acostumbraban a acercarse a su soberano, y la recepción se verificó con toda la pompa y toda la ceremonia imaginables; siendo prodigioso el concurso de cortesanos y de empleados públicos.

«Poco después de amanecer, dice la relación, el sonido de muchos instrumentos y voces lejanas y confusas de hombres, anunciaron la proximidad del emperador. En breve se presentó saliendo de la falda de una alta montaña cubierta de árboles como si saliese de un bosque sagrado, y precedido por cierto número de hombres que celebraban en alta voz sus virtudes y su poder. Venía sentado en una silla cubierta y triunfal llevada por diez y seis hombres. Sus guardias, los oficiales de la casa, los portaestandartes, los portaquitasoles y la música le acompañaban.

»Estaba vestido de una túnica de seda de color oscuro y traía la cabeza cubierta con un gorro de terciopelo muy semejante por la forma a los que usan los montañeses de Escocia. En su frente se veía una perla muy gruesa, único adorno que parecía tener en su persona».

Al entrar en la tienda, el emperador subió al trono por las escaleras del frente, por las cuales él solo tenía derecho a pasar.



El gran Colao (primer ministro). Ho-Chu-Tong y dos de los principales oficiales de su casa se mantenían a su inmediación y no le hablaban sino de rodillas. Cuando los príncipes de la familia imperial, los tributarios y los oficiales superiores del Estado se hubieron colocado según sus respectivas categorías, el presidente del Tribunal de Ritos condujo a Macartney hasta el pie del lado

izquierdo del trono, lado que, según las costumbres chinas, está considerado como sitio de honor.

El embajador iba seguido de su paje y de su interprete y acompañado del ministro plenipotenciario.

Macartney, instruido por el presidente, tomó con las dos manos y levantó por cima de su cabeza la grande y magnífica caja de oro enriquecida de diamantes y de forma cuadrada, en la cual estaba encerrada la carta del rey de Inglaterra al emperador.

Después, subiendo los pocos escalones que conducían al trono, dobló la rodilla, hizo un cumplimiento muy corto y presentó la caja a S. M. I.

Este monarca la recibió graciosamente con sus manos y la puso a su lado diciendo «que tenía una gran satisfacción al recibir el testimonio de estimación y de benevolencia que le daba S. M. británica enviándole una embajada con una carta y raros presentes; que por su parte abrigaba iguales sentimientos respecto al fiel soberano de la Gran Bretaña y que esperaba que en adelante se mantendría una armonía perpetua entre los respectivos súbditos.

Después de algunos minutos de conversación particular con el embajador, el emperador le hizo, lo mismo que al plenipotenciario, diversos regalos.

Luego fueron conducidos al sitio donde estaban preparados almohadones junto a mesas cubiertas de una pirámide de vasijas que contenían gran cantidad de carnes y frutos. El emperador comió también y durante éste tiempo colmo a los embajadores de testimonios de estimación y de atenciones destinadas a levantar en la opinión pública la opinión que se tenía del gobierno inglés.

Macartney y su comitiva fueron además invitados a visitar los jardines de Zhe-Bol. Durante su paseo encontraron al emperador que se detuvo para recibir sus saludos, e hizo que les acompañaran el primer ministro, a quien todos consideraban como viceemperador, y otros muchos grandes personajes.

Éstos se tomaron el trabajo de guiar al embajador y a su comitiva al través de grandes terrenos cubiertos de plantas, y que no

formaban sino una pequeña parte de aquellos inmensos jardines. El resto estaba reservado a las mujeres de la familia imperial, y la entrada estaba tan rigurosamente prohibida a los ministros chinos, como a la embajada inglesa.

Macartney recorrió en seguida un valle risueño, en el cual había muchos árboles, y sobre todo sauces prodigiosamente gruesos. Entre éstos la yerba era abundante, y ni la hoz, ni el ganado disminuían su vigoroso crecimiento. Los ministros chinos y los ingleses llegaron después a las orillas de un gran lago de forma irregular, se embarcaron en el yacht y se dirigieron hacia un puente que atravesaba el lago en su parte más estrecha, y al otro lado del cual el lago parecía perderse a lo lejos en la oscuridad.

Pocos días después, el 17 de setiembre, Macartney y su comitiva asistieron a la ceremonia que se celebró con motivo del aniversario del nacimiento del emperador. Al día siguiente y en los sucesivos hubo fiestas espléndidas, a las cuales Chieng-Lung asistió con toda su corte. Los volatines, los equilibristas, los jugadores de manos, cuya habilidad por largo tiempo no tuvo rival, los gimnastas y luchadores se sucedieron sin interrupción; después se presentaron habitantes de las diversas provincias del imperio, con sus trajes nacionales, y exhibiendo las diferentes producciones de cada país. En seguida entraron a tomar parte en la fiesta los músicos y los bailarines, y por último vinieron los fuegos artificiales, que, aunque encendidos en la claridad del día, produjeron muy buen efecto.



«Algunas invenciones eran nuevas para los espectadores ingleses, dice la relación, y vamos a citar una. Se levantó a una inmensa altura una gran caja, y habiéndose desprendido el fondo como por accidente, cayeron una multitud de farolillos de papel.

Al salir de la caja estos farolillos estaban todos plegados y aplastados, pero poco a poco se iban desplegando, apartándose uno de otro.

»Cada uno de ellos tomó una forma regular, y de repente se vio que estaban iluminados de una luz de colores admirable... Los chinos parecen tener el arte de vestir el fuego según su fantasía. A cada lado de la gran caja había otras muchas pequeñas que se correspondían con ella, y que abriéndose de la misma manera, dejaron caer una red de fuego, con divisiones de forma diferente, brillando como cobre pulimentado, y echando llamas como un relámpago a cada impulso del viento. Todo esto terminó con la erupción de un volcán artificial».

Ordinariamente, después de las fiestas de su aniversario, sale el emperador a la caza de fieras en los bosques de la Tartaria; pero no permitiéndole a Chieng-Lung su avanzada edad entregarse a esta diversión, resolvió volver a Pekín, donde la embajada inglesa debía precederle.

Lord Macartney creyó ya necesario fijar un término a su misión. Por un lado, los embajadores no tenían costumbre de residir permanentemente en la corte de China; y por otro lado, los gastos considerables que la permanencia de la embajada causaba al emperador, que pagaba todo, le estimulaban naturalmente a abreviar el tiempo de su estancia. En breve recibió de Chieng-Lung la respuesta a la carta del rey de Inglaterra y los regalos que debía llevar al rey y los que estaban destinados para él y los individuos y funcionarios de su comitiva. Todo esto parecía ser una despedida.



Macartney volvió a Tong-Chu-Fu por el Canal Imperial, y durante este viaje de regreso, los ingleses pudieron ver la famosa ave leut-ze, pescar por cuenta de su amo. Es una especie de cormorán, muy bien instruida, que no necesita llevar al cuello ni cordón ni anillo para que no se coma una parte de su presa.

»En cada bote o balsa hay diez o doce de estas aves, que se sumergen en el agua en el instante en que su amo les hace una

seña; y es admirable ver los enormes peces que estas aves cogen y llevan a sus amos en el pico».

Macartney refiere una manera singular que tienen los chinos de cazar los patos silvestres y otras aves acuáticas. Se dejan flotar en el agua jarras vacías y calabazas, durante muchos días, para que las aves tengan tiempo de acostumbrarse a su vista. Después entra un hombre en el agua; se cubre la cabeza con una de las calabazas o jarras; se adelanta insensiblemente, y tirando por las patas al ave a la cual ha podido acercarse, la ahoga bajo el agua, y continúa sin ruido su caza hasta que ha llenado el saco que lleva a la espalda.

El embajador pasó después a Cantón, y por último a Macao, desde donde hizo rumbo a Inglaterra; y nosotros no trataremos de las peripecias de este viaje de regreso.

Ahora vamos a trasladarnos a otra parte del Asia' que podremos llamar Asia Interior. El primer viaje acerca del cual tenemos que extendernos un poco, es el de Volney.

Hay pocas personas que no conozcan, a lo menos de reputación, su libro sobre las Ruinas. La relación de su viaje a Egipto y Siria es muy superior a ese libro. En esta relación no hay nada de declamatorio ni de pomposo. El estilo es sobrio, exacto y positivo; en fin, es una de las obras mejores y más instructivas que pueden leerse, y se dice que los individuos de la expedición a Egipto encontraron son ella indicaciones preciosas y mucha exactitud en las noticias relativas al clima, a los productos del suelo y a las costumbres de los habitantes.

Volney, es verdad, se había preparado convenientemente para este viaje que era una grande empresa, y quería tomar todas las precauciones posibles para su buen éxito. Apenas llegó a Siria, comprendió que no podía penetrar íntimamente en los pormenores de la existencia del pueblo, sino poniéndose en disposición con el estudio de su lengua de recoger personalmente todas sus noticias. Empezó, pues, por retirarse al monasterio de Mar-Hanna en el Líbano, para aprender el árabe.

Posteriormente a fin de examinar la vida que llevaban las tribus errantes de los desiertos de la Arabia, hizo amistad con un jeque, se acostumbró a manejar la lanza y a correr a caballo, y se puso en estado de acompañar a las tribus en sus correrías por el desierto. Gracias a la protección de estas tribus, pudo visitar las ruinas de Palmira y de Balbeck, ciudades muertas, de las cuales en aquella época no se conocían más que los nombres.

«Su expresión, dice Sainte-Beuve, exenta de toda frase y sobria de color, se distingue desde luego por una singular propiedad y un rigor perfecto. Cuando nos define la calidad del suelo de Egipto y lo que le diferencia del desierto de África, diciendo que es un terreno negro y ligero, arrastrado y depositado por el Nilo; cuando nos pinta la naturaleza de los vientos cálidos del desierto y su calor seco, diciendo que la impresión que producen puede compararse con la que se recibe de la boca de un horno común en el momento en que se saca el pan; el aspecto de la atmósfera cuando estos vientos soplan aire, dice, que no es nebuloso sino gris, y realmente lleno de un polvo muy sutil, que no se deposita en ninguna parte y que penetra por todas; cuando nos habla del sol, que no presenta sino un disco violáceo; en todas estas descripciones cuyo conjunto y cuyos pormenores es preciso ver en sus respectivos lugares, Volney llega a la verdadera belleza, si se me permite esta expresión, aplicada a semejante rigor de líneas, una belleza física, médica en cierto modo, y que recuerda los toques de Hipócrates en su Tratado del Aire, de los Lugares y de las Aguas.

Si Volney no ha hecho ningún descubrimiento geográfico que haya ilustrado su nombre, por lo menos debemos ver en él uno de los primeros viajeros que han reconocido la importancia de la tarea que se habían impuesto, tratando de reproducir el aspecto verdadero de los lugares que ha visitado; lo cual no es pequeño mérito, en una época en que ningún explorador se privaba de adornar sus relaciones, sin cuidarse absolutamente nada de la responsabilidad en que incurría.

El abate Barthelemy, por sus relaciones de sociedad y por su situación científica, que en 1788 debía publicar su Viaje del Joven Anacarsis, comenzaba a ejercer cierta influencia y a poner en moda la Grecia y los países circunvecinos. Evidentemente en sus lecciones adquirió *Mr.* de Choiseul su afición a la historia y a la arqueología.

Choiseul, nombrado embajador en Constantinopla, se propuso emplear sus ocios en recorrer como arqueólogo y artista la Grecia de Romero y Heródoto.

Este viaje debía servir para completar la educación de aquel joven embajador de veinticuatro años que, si se conocía a sí mismo, no debía de conocer a los hombres.

Por lo demás, debemos creer que *Mr.* de Choiseul estaba penetrado de su insuficiencia, porque se rodeó de eruditos y de buenos artistas como el abate Barthelemy, el helenista Anse de Villoison, el poeta Delille, el escultor Fauvel y el pintor Cassas.

El único papel que desempeñó en la publicación de su Viaje Pintoresco por Grecia, fue el de un Mecenas.

Había tomado por secretario particular a un profesor que era el clérigo Juan Bautista Le Chevalier, que hablaba con facilidad la lengua de Homero. Este secretario, después de un viaje a Londres, donde los intereses personales de *Mr.* de Choiseul le detuvieron lo bastante para darle tiempo de aprender el inglés, salió para Italia donde le detuvo una grave enfermedad, durante siete meses en Venecia, y solamente al cabo de este tiempo pudo volver a Constantinopla al lado de su principal.

Los estudios de Le Chevalier se fijaron principalmente en los campos de la antigua Troya. Profundamente versado en el conocimiento de la Ilíada, buscó, y creyó haber encontrado, todos los lugares designados en el poema homérico. Este ingenioso trabajo de geografía histórica y esta restitución tan luego como aparecieron, suscitaron muchas controversias.

Los unos, como Bryant, declararon ilusorios los descubrimientos de Le Chevalier, por la razón sencilla de que, a su juicio, ni Troya, ni

por consiguiente la guerra de diez años, habían existido nunca más que en la imaginación del poeta que las había cantado. Otros muchos, casi todos ingleses, adoptaron las ideas del arqueólogo francés; y se creía ya agotada la cuestión desde largo tiempo, cuando los descubrimientos de Schliemann han venido últimamente a darle un nuevo barniz de actualidad.

Guillermo Antonio Olivier, que recorrió una parte del Oriente a fines del siglo último, tuvo una singular fortuna. Empleado por Berthier de Sauvigny en la redacción de una estadística de París, se vio privado de su protector y del precio de sus tareas por los primeros furioses de la revolución. Tratando de utilizar sus talentos en historia natural lejos de París, recibió del ministro Roland una comisión, que debía desempeñar en las comarcas apartadas y poco conocidas del imperio otomano, y se le dio como asociado el naturalista llamado Bruguière.

Los amigos salieron de Paris a fines de 1792 y esperaron durante cuatro meses en Marsella que les preparasen un buque conveniente. A fines de mayo de 1793, llegaron, a Constantinopla con cartas relativas a su misión, para *Mr.* de Semonville; pero ya este embajador había sido relevado, y su sucesor *monsieur* de Sainte-Croix, no tenía la menor noticia de su viaje. ¿Qué hacer mientras volvía la respuesta a la comunicación que Sainte-Croix envió a Paris pidiendo instrucciones?

Los dos naturalistas no podían permanecer ociosos, y resolvieron visitar las costas del Asia Menor, algunas islas del archipiélago y el Egipto. Como el ministro de Francia tenía excelentes razones para darles poco dinero, y como sus recursos propios eran muy limitados, no pudieron visitar, sino muy someramente, todos estos países tan curiosos.

A su vuelta a Constantinopla encontraron ya un nuevo embajador llamado Verninac, el cual estaba encargado de enviarles a Persia, donde debían cultivar las simpatías del gobierno persa en favor de Francia y determinarle, si era posible, a declarar la guerra a Rusia.

La Persia se hallaba en aquella época en un estado de anarquía espantoso, y los usurpadores se sucedían en el trono, empeorando cada vez más la situación de los habitantes. Mehemet-Khan reinaba a la sazón y hacia la guerra en el Korasan, cuando llegaron Olivier y Bruguière. Invitóseles a pasar a la residencia del Shah, que estaba en un país aún no visitado por ningún viajero; pero la salud de Broguière les impidió emprender el viaje y les detuvo cuatro meses en una aldea perdida entre las montañas.

En setiembre de 1796, Mehemet regresó a Teherán, y su primer acto fue dar muerte a cien marineros rusos, que había apresado en las orillas del Caspio, y mandar clavar sus miembros sobre las puertas de su palacio.

¡Repugnante emblema, muy digno de semejante verdugo!

Al año siguiente Mehemet fue asesinado, y su sobrino Fehtall-All-Shah, le sucedió, pero no sin combates.

Entre estos cambios incesantes de soberanos, era difícil a Olivier desempeñar la misión que el gobierno francés le había encomendado. A cada nuevo príncipe era necesario volver a empezar las negociaciones.

Los dos diplomáticos naturalistas viajeros, comprendiendo que no podían tener resultado ninguno mientras el gobierno fuese tan inestable, y mientras no se afirmase el poder en las manos de un *Sha* cualquiera, volvieron a tomar el camino de Europa y aplazaron para mejores días o para personas más hábiles, el cuidado de concluir la alianza entre la Francia y la Persia.

En su viaje de regreso visitaron a Bagdad, Ispahan, Alepo, Chipre y Constantinopla.

¿Cuáles fueron los resultados de su larga residencia en Oriente? Si no habían conseguido el objeto diplomático, y si bajo el punto de vista geográfico no habían hecho descubrimiento ninguno ni observaciones nuevas, Cuvier, en su elogio de Olivier, asegura que, en lo que toca a la historia natural, las noticias obtenidas no carecían de valor. Así debemos creerlo, pues que tres meses

después de su regreso, Olivier fue nombrado individuo del Instituto, en reemplazo de Daubenton.

En cuanto a su relación, publicada en tres tomos en 4º recibió del público muy favorable acogida, según dice Cuvier, en estilo académico.

«Se ha dicho que sería más curiosa, continúa, si la censura no la hubiera mutilado; pero entonces se encontraban en todas partes alusiones a la política interior, y no siempre era permitido decir lo que se pensaba, ni siquiera acerca de Thamas-Kuli-Khan.

»*Mr.* Olivier no estaba encariñado ni con sus ilusiones ni con su fortuna, y borró sin dificultad todo lo que la censura quiso, limitándose con entera sumisión a la relación pura y simple de lo que había observado».

De Persia a Rusia la transición no es demasiado brusca, y todavía lo era menos en el siglo XVIII que hoy. Hablando con propiedad, la Rusia no entró en el concierto europeo sino en la época de Pedro el Grande. Hasta entonces, este país, por su historia, por sus relaciones y por las costumbres de sus habitantes, había sido enteramente asiático. Con Pedro el Grande y con Catalina II se abren caminos; el comercio toma importancia; se crea la marina y las tribus rusas se reúnen en cuerpo de nación. Ya el imperio sometido al Zar es inmenso; sus soberanos, por medio de conquistas, le aumentan todavía más.

Pedro el Grande levanta mapas, envía expediciones a todas partes, para tener noticias de los climas, producciones y razas de cada una de sus provincias, y en fin, envía a Behring a descubrir el estrecho que en adelante debía llevar su nombre.

Catalina II sigue los pasos del gran Emperador, del iniciador por excelencia. Atrae a Rusia a los hombres de saber, y se pone en relación con los literatos del mundo entero, sabiendo crear una poderosa agitación en favor de su pueblo. Entonces se despiertan el interés y la curiosidad, y la Europa occidental fija sus miradas en la Rusia. Comprende que va a constituirse una gran nación, y

empiezan a inspirar temores las consecuencias que ha de producir infaliblemente su intervención en los asuntos europeos.

Ya la Prusia acaba de engrandecerse, y Federico II echando su espada en la balanza, ha cambiado todas las condiciones del equilibrio de Europa; pero la Rusia posee recursos mayores en hombres, en dinero, en riquezas de todo genero desconocidas y todavía no explotadas.

Por esto todas las publicaciones relativas a la Rusia son leídas con curiosidad por los hombres políticos, por todos los que se interesan en los destinos de su paria, lo mismo que por los aficionados a la descripción de costumbres tan variadas entre sí, tan diversas de las nuestras.

Ninguna obra se había publicado hasta entonces mejor que la del naturalista Pallas, que dio a luz su Viaje por varias provincias del imperio ruso, traducido al francés de 1778 a 1783. Ninguna tuvo tanto éxito, y debemos confesar que lo merecía bajo todos conceptos.

Pedro Simon Pallas, era un naturalista alemán, quien Catalina II había llamado a San Petersburgo en 1608, nombrándole agregado a la Academia de Ciencias, y colmándole de beneficios para fijarle en su imperio.

Pallas, en testimonio de gratitud, publicó inmediatamente su misión sobre las osamentas fósiles de la Siberia.

Inglaterra y Francia acababan de enviar expediciones para observar el paso de Venus por el disco del sol, y la Rusia, no queriendo quedarse ir la zaga de aquellas naciones, hizo marchar inmediatamente a Siberia una multitud de hombres científicos, entre los cuales iba Pallas.

Siete astrónomos y geómetras, cinco naturalistas y muchos estudiantes, debían recorrer en todos sentidos aquel inmenso territorio. Durante seis días enteros Pallas no perdió trabajo ni fatiga para explorar sucesivamente a Oremburgo a orillas del Yaik; punto de reunión de las hordas nómadas que vagan por las orillas saladas del mar Caspio; Guriel, situada junto este mar, o mejor dicho junto a

este gran lago, que se va desecando diariamente; los montes del Ural y las muchas minas de hierro que contienen; Tobolsk, la capital de la Siberia; el gobierno de Koliwan en la vertiente septentrional de Altai; Krasnoyarsk a orillas del Yenisei; el gran lago Baikal y el Dauria, que toca en las fronteras de la China.

Después visitó Astrakán; el Caucazo, de pueblos tan diversos y tan interesantes, y la comarca del Don, y volvió a San Petersburgo el 30 de julio de 1774.

Pallas no es un viajero ordinario; no viajaba tan solo como naturalista. Es hombre, y nada que toca a la humanidad le es indiferente; todo tiene para él interés; la geografía, la historia, la política, el comercio, la religión, el arte, ciencia; y esto es tan cierto, que no puede leerse la relación de su viaje su admirar la variedad de sus conocimientos, sin rendir homenaje a su patriotismo ilustrado y sin reconocer la perspicacia de la emperatriz que ha sabido atraerse la adhesión de un hombre de tanto valer.

Pallas, luego que redactó y publicó su relación, no pensó en dormirse sobre sus laureles, ni en embriagarse con el humo de su gloria naciente. Para él el trabajo era un descanso, y tomó parte en las operaciones necesarias para el establecimiento del mapa de Rusia.

Pronto su espíritu, siempre entusiasta, le inclinó a dedicarse especialmente al estudio de la botánica, y sus obras le conquistaron un lugar de los más distinguidos entre los naturalistas del imperio ruso.

Una de sus últimas obras fue la descripción de la Rusia meridional, con el título de Cuadro Físico y Topográfico de la Tauride, publicado en francés, y traducido después al alemán y al ruso. Aficionado a aquel país que había visitado en 1793 y 1794, manifestó el deseo de establecerse en él, y la emperatriz le regaló muchas tierras pertenecientes a la corona.

Pallas, entonces, se trasladó con su familia a Sinferopol.

Poco después se aprovechó de esta circunstancia para emprender un nuevo viaje a las provincias meridionales del imperio,

a las estepas del Volga y las comarcas inmediatas del mar Caspio y del Cáucaso, y por fin recorrió la Crimea en todos sentidos.

Había visto ya una parte de este país veinte años antes, y pudo observar los cambios profundos que en él habían ocurrido. Si se queja de la explotación de los bosques llevada al exceso, en cambio tiene que reconocer que en estos puntos se ha desarrollado la agricultura; que se han creado centros de industria y de explotación, y en una palabra, que el país marcha por la vía del progreso. En cuanto a la Crimea, su conquista es muy reciente, y sin embargo ya se notan sensibles mejoras. ¿Qué será dentro de algunos años?

El buen Pallas, tan entusiasta de aquella provincia, tuvo que sufrir en su nueva residencia toda especie de pequeñas vejaciones de parte de los tártaros.

Su mujer murió en Crimea; y en fin, disgustado del país y de los habitantes volvió a acabar sus días en Berlín, el 8 de setiembre de 1811.

Dejaba dos obras de una importancia capital, donde el geógrafo, el hombre de Estado, el naturalista, el comerciante, podían tomar en abundancia datos seguros y exactos sobre países hasta entonces muy poco conocidos, y cuyos recursos y necesidades iban a modificar profundamente las condiciones de los mercados europeos.

CAPÍTULO III

LAS DOS AMÉRICAS

La costa occidental de América. —Juan de Fuca y Fonte. —Los tres viajes de Behernig-Vancouver. —Exploración del estrecho de Fuca. —Reconocimiento del archipiélago de la Nueva Georgia y de una parte de la costa americana. —Exploración del interior de la América. —Samuel Hearne. —Descubrimiento del río del Cobre. —Mackenzie y el río de su nombre. —El río de Fraser. —La América Meridional. —Reconocimiento del río de las Amazonas por La Condamine. —Viaje de A. de Humboldt y de Bompland. —Tenerife. —La caverna del Guanche. —Los llanos. —Los gimnotas. —El Amazonas, el río Negro y el Orinoco. —Los comedores de tierra. —Resultados del viaje. —Segundo viaje de Humboldt. —Los Volcanitos. —La cascada de Tenquendama. —Los puentes de Icononzo. —El paso de Quindin en los hombros. —Quito y el Pichincha. —Subida al Chimborazo. —Los Andes. —Lima. —El Paso de Mercurio. —Exploración de México. —México. —Puebla y el cofre de Perote. —Regreso a Europa.

En muchas ocasiones hemos tenido oportunidad de referir ciertas expediciones que tuvieron por objeto reconocer las costas de América. Hemos hablado de las tentativas de Hernan-Cortés, de las

correrías de Drake, de Cook, de La Perouse y de Marchand. Bueno es volver la vista un poco atrás y recorrer con Fleurieu la serie de viajes que se han sucedido en la costa occidental de América hasta fines del siglo XVIII.

En 1537, Cortés con Francisco de Ulloa, reconoció la gran península de California y visitó la mayor parte de ese lago corto y estrecho que lleva hoy el nombre de Mar Bermejo. Después, Vázquez Coronado, por tierra, y Francisco Alarcón, por mar, se lanzaron en busca de aquel famoso estrecho que, según decían, ponía en comunicación el Atlántico con el Pacífico; pero no pudieron pasar del paralelo 36.

Dos años después, en 1542, el portugués Rodríguez de Cabrillo llegó hasta los 44 de latitud. Allí el frío, las enfermedades, la falta de provisiones y el mal estado de su buque le obligaron a retroceder.

No había hecho descubrimientos, es verdad, pero había averiguado que desde el puerto de la Natividad hacia los 49° 40' hasta el punto donde llegó, la costa continuaba sin interrupción. El estrecho parecía retroceder a medida que los exploradores avanzaban.

Debemos creer que el poco éxito de estas tentativas desanimó a los españoles, porque en esta época desaparecen de la lista de los exploradores y encontramos al inglés Drake, el cual, después de haber seguido la costa occidental desde el estrecho de Magallanes y arrasado las posesiones españolas, llegó hasta los 48°, explore toda la costa bajando hasta una longitud de 10° y dio a esta inmensa extensión de costa el nombre de Nueva Albión.

Vino en seguida, en 1592, el viaje, en gran parte fabuloso, de Juan de Fuca que pretendió haber descubierto el estrecho de Aman que se buscaba desde tan largo tiempo; pero en realidad no descubrió sino el paso que separa del continente la isla de Vancouver.

En 1602, Vizcaíno echó los fundamentos del puerto de Monterey en California; y cuarenta años después se verificó la expedición tan disputada del Almirante Fuente o Fontes, según que se le

suponga español o portugués, expedición que dio lugar a tantas disertaciones científicas y a tantas discusiones ingeniosas.

A este Almirante se le debe el descubrimiento del archipiélago de San Lázaro más arriba de la isla de Vancouver; pero hay que desechar como fábula todo lo que cuenta de los lagos y de las grandes ciudades, que dice haber visitado, así como de la comunicación que pretende haber descubierto entre los dos Océanos.

En el siglo XVIII no se aceptaban ya ciegamente las relaciones de los viajeros; al contrario se las examinaba, se las confrontaba y no se admitía de ellas más que lo que concordaba con las relaciones ya conocidas. Buache, Delisle, y sobre todo Fleurieu, son los primeros que en Francia abrieron la vía fecunda de la crítica histórica, lo cual debe agradecerseles en gran manera.

Los rusos, como hemos visto, habían extendido considerablemente el dominio de sus conocimientos y debía creerse poco lejano el día en que sus viajeros y sus cosacos llegasen a la América especialmente, si como se suponía en aquella época, los dos continentes estaban reunidos por el Norte. Sin embargo, ésta en todo caso no hubiera sido una expedición seria y que pudiera dar noticias científicas dignas de crédito.

El zar Pedro I, trazó con su mano pocos años antes de su muerte, el plan y las instrucciones de un viaje que tenía meditado desde largo tiempo para averiguar si el Asia y la América estaban reunidas o separadas por un estrecho. No era posible encontrar los recursos necesarios en los arsenales y puertos del Kamschatka, y fue preciso tomar de Europa capitanes, marineros, equipo y víveres.

El dinamarqués Vito Behring y el ruso Alejo Chirikow, que habían dado grandes pruebas de saber y habilidad, obtuvieron el mando de la expedición, la cual se componía de dos buques construidos en el Kamschatka. Estos buques no estuvieron dispuestos para hacerse a la mar hasta el 20 de julio de 1720.

Dirigiendo su rumbo al Noroeste, Siguiendo la costa de Asia sin perderla un momento de vista, llegaron el 15 de agosto hacia los

67°18' de latitud Norte a la vista de un cabo más allá del cual, la costa se inclinaba hacia el Oeste.

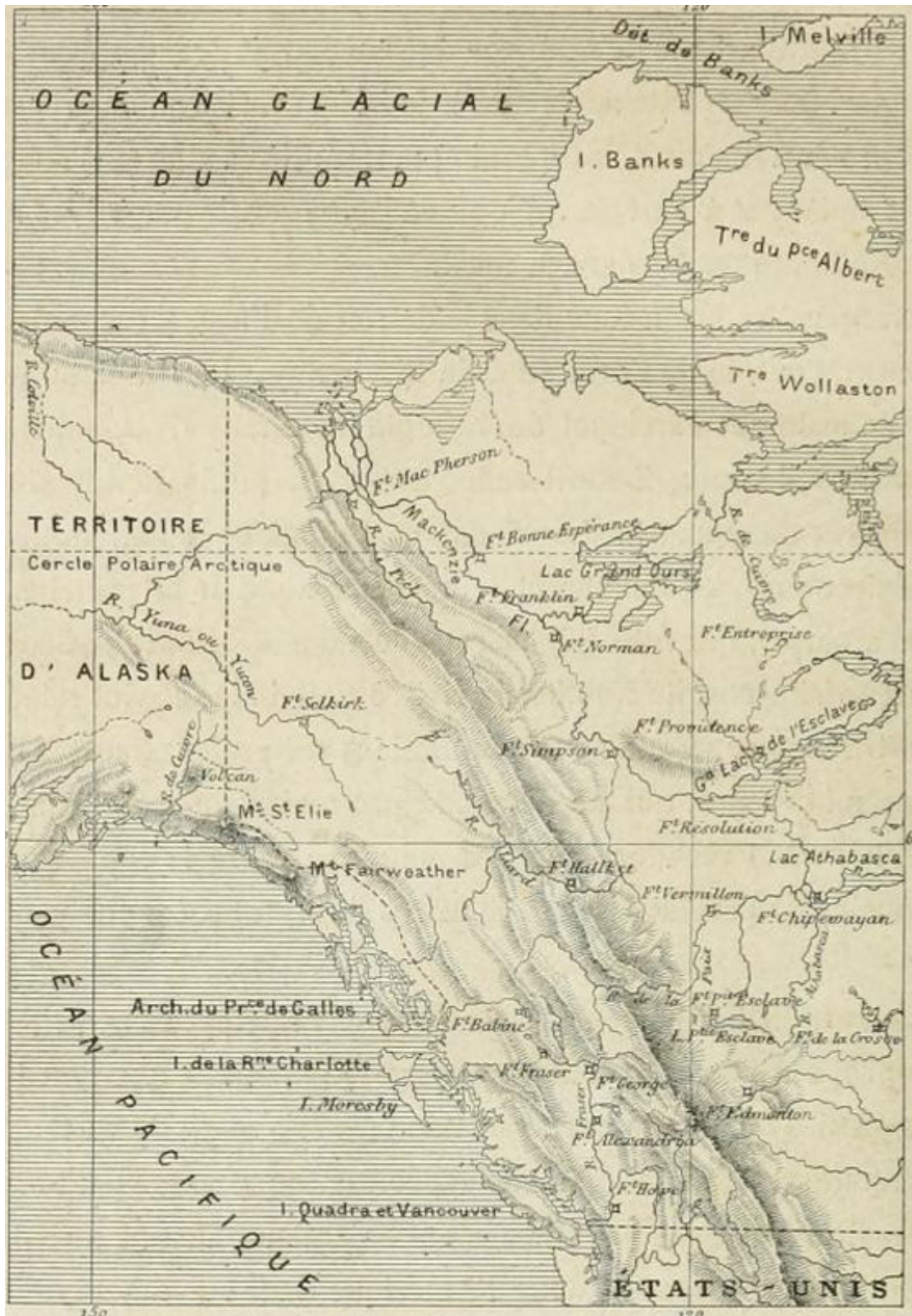
Behring, en este primer viaje, no solo había reconocido la costa de América, sino que acababa de atravesar sin sospecharlo el estrecho al cual la posteridad ha dado su nombre.

El fabuloso estrecho de Anian era sustituido por el estrecho verdadero de Behring.

Un segundo viaje, emprendido al año siguiente por los mismos viajeros, quedó sin resultado.

Solamente el 4 de junio de 1741, Behring y Chirikow pudieron emprender el viaje por tercera vez.

Pensaban, al llegar a los 50° de latitud Norte, inclinarse al Este hasta que encontraran la costa de América; pero los dos buques fueron separados el 20 de junio por un vendaval y no pudieron reunirse durante el resto de la campaña. El 18 de julio descubrió Behring el continente americano hacia los 58° 28' de latitud. Los días siguientes se emplearon en levantar el plano de una gran bahía comprendida entre los cabos de San Elías y de San Hermógenes.



Durante todo el mes de agosto, Behring navegó entre las islas que rodean la península de Alaska, llamó a aquel archipiélago Schumagin, luchó hasta el 24 de setiembre contra vientos contrarios, reconoció la extremidad de la península y descubrió una parte de las islas Aleutianas.

Pero hallándose enfermo desde largo tiempo le fue imposible en breve calcular el rumbo que llevaba el buque y no pudo evitar que encallase en una isleta que tomó el nombre de Behering. Allí pereció miserablemente el 8 de diciembre de 1741, aquel hombre de corazón y hábil explorador.

El resto de la tripulación, muy disminuida por las fatigas y privaciones de un invierno en aquel sitio desolado, consiguió construir una gran chalupa con los restos del buque y regreso al Kamschatka.

Chirikow, después de haber esperado a su comandante hasta el 25 de junio llegó a la costa de América entre los 53 y 56° de latitud. Allí perdió dos embarcaciones con toda su tripulación sin poder descubrir lo que había sido de ellas; y no teniendo medios de comunicar con la tierra, volvió también al Kamschatka.

El camino estaba ya abierto; aventureros, negociantes, oficiales, se precipitaron por él y sus descubrimientos tuvieron principalmente por objeto la península Alaska y las islas Aleutianas.

Entre tanto, las expediciones que los ingleses enviaban a las costas de América y los progresos de los rusos habían excitado los celos y sospechas de los españoles, los cuales temían que sus rivales se establecieran en países que les pertenecían nominalmente aun cuando no tenían en ellos ningún establecimiento.

El virrey de México, marqués de Santa Cruz, recordó entonces el descubrimiento hecho por Vizcaíno de un excelente puerto y resolvió establecer en él un fuerte con su guarnición. Dos expediciones simultáneas, una por tierra a las órdenes de don Gaspar de Puertola, y otra por mar, compuesta de dos bergantines, el San Antonio y el San Carlos, salieron de La Paz el 10 de enero de

1769, llegaron al puerto de San Diego, y después de un año de investigaciones encontraron la ensenada de Monte-Rey indicada por Vizcaíno.

A consecuencia de esta expedición, los españoles continuaron explorando las costas de la California.

Los más célebres viajes son los de don Juan de Ayala y los de La Bodega que tuvieron efecto en 1775 y durante los cuales se reconocieron el cabo del Engaño y la bahía de la Guadalupe, y posteriormente las expediciones de Arteaga y de Maurelle.

Habiendo referido ya las expediciones de Cook, de La Perouse y de Maichand, debemos ahora detenernos en la de Vancouver. Este oficial, que había acompañado a Cook durante su segundo y tercer viaje, se encontraba naturalmente designado para tomar el mando de la expedición que el gobierno inglés enviaba a la costa de América con el objeto de poner fin a sus diferencias con el gobierno español a propósito de la bahía de Nootka.

Jorge Vancouver recibió orden para obtener de las autoridades españolas una cesión formal de este puerto importante para el comercio de pieles. En seguida debía levantar el plano de la costa Noroeste desde los 30 de latitud hasta el río de Cook a los 61°.

En fin, se llamaba particularmente su atención sobre el estrecho de Fuca y sobre la bahía explorada en 1789 por el Washington.

Los dos buques, la *Discovery*, de 340 toneladas, y el *Chataw*, de 135, este último a las órdenes del capitán Broughton, salieron de Falmouth el 1.º de abril de 1791.

Después de haber recalado en Tenerife en la bahía de Simon y en el Cabo de Buena-Esperanza, penetró Vancouver hacia el Sur, reconoció la isla de San Pablo e hizo rumbo hacia la Nueva Holanda siguiendo un camino intermedio entre los que habían seguido Dampier y Marion por parajes que todavía no habían sido recorridos.

El 27 de setiembre reconoció una parte de la costa de la Nueva Holanda terminada por un cabo formado de elevadas peñas que recibió el nombre de cabo Chatam. Como varios de sus marineros se hallaban atacados de la disentería, resolvió recalar en el primer

puerto que encontrase para buscar agua y leña, y sobre todo, los víveres frescos que le faltaban. Detúvose en el puerto del Rey Jorgell, en el cual encontró patos, cisnes, gran cantidad de peces y ostras; pero no pudo entrar en comunicación con ningún habitante, aunque descubrió una aldea de unas veinte chozas absoluta y recientemente abandonadas.

No tenemos necesidad de seguir a Vancouver por la costa Sudoeste de la Nueva Holanda porque nada sabríamos de nuevo.

El 26 de octubre dobló la tierra de Van-Diemen y el 2 de noviembre reconoció la costa de la Nueva Zelanda, donde los buques ingleses fondearon en la bahía Dusky. Allí completó los planos que Cook había dejado sin acabar. Un huracán separó en breve al Chatam de la Discovery y no se encontraron hasta bastante después en la bahía de Matavai en Tahití.

Durante esta última travesía, Vancouver vio algunas islas peñascosas que llamó las Emboscadas (Suares) y una mucho mayor llamada Oparra. Por su parte el capitán Broughton descubrió la isla Chatam, al Este de la Nueva Zelanda. Los incidentes de la recalada en Tahití son tan semejantes a la de Cook que no hay necesidad de referirlos.

El 24 de enero de 1792, los dos buques salieron para las islas de Sandwich y se detuvieron un poco en Owhyhi, Waohu y Atowé. Desde el asesinato de Cook habían ocurrido muchos cambios en aquel archipiélago.

Comenzaban a visitarle buques ingleses y americanos dedicados a la pesca de la ballena o al comercio de pieles y sus capitanes habían comunicado a los indígenas la afición al aguardiente y el deseo de poseer armas de fuego.

Las contiendas entre los pequeños jefes se habían hecho más frecuentes; la anarquía más completa reinaba en todas partes y el número de los habitantes se había disminuido mucho.

El 17 de marzo de 1792, Vancouver abandonó las islas de Sandwich e hizo rumbo a América reconociendo en breve la parte de costas llamada por Drake, Nueva Albión. Allí encontró al capitán

Grey que se decía que había penetrado con el Washington en el estrecho de Fuca y había reconocido una vasta extensión de mar. Gray se apresuró a desmentir la noticia de los descubrimientos que se le atribuían y dijo que no había recorrido más que 50 leguas por el estrecho que se dirigía del Oeste al Este hasta un sitio desde el cual las indígenas le habían dicho que penetraba hacia el Norte.

Vancouver penetró a su vez en el estrecho de Fuca, reconoció el puerto de la *Discovery*, la entrada del Almirantazgo, la bahía de Birch, el canal de la Desolación, el estrecho de Johnsten y el archipiélago de Broughton. Antes de llegar al extremo de este largo brazo de mar encontró dos pequeños buques españoles a las órdenes de Cuadra. Los dos capitanes se comunicaron separadamente sus observaciones y dieron sus dos nombres a la isla principal de aquel numeroso archipiélago que fue designado con el nombre de Nueva Georgia.

Vancouver visitó en seguida a Nootka y el río Colombia y entró después en el puerto de San Francisco.

Ya se comprenderá que no podemos seguir en todos sus pormenores esta exploración minuciosa que exigió tres campañas sucesivas, y en la cual los buques ingleses reconocieron la inmensa extensión de costas comprendidas entre el cabo Mendocino y el puerto de Conclusión hacia los 56° 14' de latitud Norte y los 225° 3'7" de longitud Este.

«Ahora, dice el viajero, que hemos conseguido el objeto principal que el rey se había propuesto al decretar este viaje, me lisonjeo de que nuestro reconocimiento exacto de la costa Noroeste de la América disipará todas las dudas y destruirá todas las opiniones falsas relativas a la existencia de un paso por el Noroeste; y ya no se creerá que hay comunicación entre el mar Pacífico del Norte y el interior del continente de América en la extensión que hemos recorrido».

Vancouver, saliendo de Nootka para reconocer la costa meridional de América antes de volver a Europa, se detuvo en la isleta de los Cocos, que no merece su nombre como ya hemos

dicho en otras ocasiones, recaló en Valparaíso, dobló el cabo de Hornos, hizo aguada en Santa Elena y entró en el Támesis el 12 de setiembre de 1795.

Pero las fatigas de aquella larga campaña habían alterado de tal modo la salud de este hábil explorador, que murió en el mes de mayo de 1798, antes de terminar la redacción de su viaje, que fue acabada por su hermano.

Durante los cuatro años empleados en la dura tarea de levantar los planos de 9,000 leguas de costa desconocida, la *Discovery* y el *Chatam* no perdieron más que dos hombres; de donde se deduce que el hábil discípulo de Cook había aprovechado las lecciones de su maestro, y no se sabe qué admirar más. si los cuidados que prodigó a sus marineros y la humanidad que mostró para con los indígenas, prodigiosa habilidad marítima de que dio muestras durante todo el curso de aquella peligrosa navegación.

Entre tanto si los exploradores se sucedían en la costa oriental de América, los colonos no les iban en zaga. Establecidos al principio a orillas del Atlántico, donde habían fundado una larga serie de Estados, hasta el Canadá, no tardaron en penetrar en el interior. Los tramperos, los corredores de los bosques, habían reconocido inmensos espacios de terrenos propios para el cultivo, y los cultivadores ingleses les fueron invadiendo progresivamente, no sin una lucha continua contra los indios, primeros poseedores del suelo a quienes iban rechazando diariamente hacia el interior. No tardaron en afluir colonos de todas partes llamados por la fecundidad de una tierra virgen y las Constituciones más liberales de los diversos Estados.

Aumentóse de tal modo su número, que a fines del siglo xvii los herederos de *Lord* Baltimore calculaban en 3,000 libras esterlinas el producto de la venta de sus bienes, y a mediados del siglo siguiente, en 1750, los herederos de Guillermo Penn sacaban de la venta de las suyas una cantidad diez veces mayor. Sin embargo, no se creía que era bastante aquella inmigración, y el gobierno acudió para aumentarla al medio de deportar a los sentenciados por delitos

comunes. El Maryland contaba con 7981 en el año de 1750, pero sobre todo se reclutaban emigrantes a los cuales se hacía firmar un contrato, lo cual fue origen de abusos escandalosos.

Aunque no todas las tierras que se habían comprado a los indios y que se les habían quitado se hallaban ocupadas, antes al contrario, había muchas sin cultivo, los colonos ingleses se adelantaban siempre hacia el interior a riesgo de tener que luchar con los legítimos poseedores del suelo.

Hacia el Norte la Compañía de la bahía de Hudson, que tenía el monopolio del comercio de pieles, andaba siempre en busca de nuevos territorios y no tardaron en agotarse. Envió por delante sus tramperos y recogió de los indios, empleándolos o embriagándolos, datos preciosos para sus planos. Así supo la existencia de un río que pasaba hacia el Norte, cerca de unas minas ricas de cobre, del cual varios indios habían llevado muestras magníficas al fuerte del Príncipe de Gales. La compañía tomó inmediatamente su resolución, y en 1769 confió a Samuel Hearne el mando de una expedición exploradora.

Para un viaje por aquellas regiones heladas donde difícilmente se encuentran provisiones y en que es extremado el rigor del frío, se necesitan hombres de temple en corto número, capaces de sufrir las fatigas de una marcha penosa entre la nieve y de resistir a los tormentos del hambre. Hearne no llevó consigo más que dos blancos y algunos indios de cuya fidelidad estaba seguro.

A pesar de la grande habilidad de estos guías, que conocían el país y sabían las costumbres de la caza, en breve faltaron las provisiones. A 200 millas del fuerte del Príncipe de Gales, los indios abandonaron a Hearne y a sus dos compañeros, y los tres se vieron obligados a retroceder.

Pero el jefe de la expedición era un duro marino, habituado a sufrirlo todo, y no se desanimó; antes al contrario, creyó ser más feliz en una segunda tentativa.

En el mes de febrero de 1770 se lanzó de nuevo a través de aquellas comarcas desconocidas. Iba solo con cinco indios porque

había comprendido la ineptitud de los blancos para soportar las fatigas, y temía que esta ineptitud infundiese desprecio entre los salvajes. Ya se habían alejado 500 millas del fuerte cuando el rigor de la estación le obligó a detenerse para esperar un tiempo mejor. En esta detención tuvo que pasar grandes trabajos. Unas veces en la abundancia, con más caza de la que podía consumir; otras veces, más frecuentes, sin tener nada que llevar a la boca; obligado durante siete días a más ar cuero viejo y a roer huesos ya desechados; a buscar en los árboles algunas bayas, que no siempre se encuentran; sufriendo en fin fríos terribles: tal fue la estancia del descubridor en aquellos países helados.

En el mes de abril volvió a continuar su viaje corriendo por los bosques hasta el mes de agosto y preparándose a pasar el invierno con una tribu india que le acogió bien. Pero un incidente que le privó de su cuarto de círculo le obligó a continuar su camino.

Las privaciones, la miseria, los desengaños no conmovieron el indomable valor de Samuel Hearne.

El 7 de diciembre volvió a continuar su viaje penetrando en el Oeste hasta el grado 60 de latitud, donde encontró un río. Allí construyó una barca, y bajando por la corriente que desembocaba en una serie larga de lagos grandes y pequeños, llegó al fin el 13 de julio de 1771 al río del Cobre.

Los indios que le acompañaban se hallaban desde pocas semanas antes en los territorios frecuentados por los esquimales y se prometían, si los encontraban, matarlos a todos.

Este acontecimiento no debía hacerse esperar.

«Viendo; dice Hearne, a los esquimales entregados al reposo en sus tiendas, los indios salieron de su emboscada y cayeron de improviso sobre aquellos infelices. Yo contemplé aquella matanza obligado a permanecer neutral».

De los veinte individuos que componían la tribu, ni uno solo se escapó de la furia sanguínea de los indios, y hasta hicieron perecer en las más espantosas torturas a una pobre vieja que al principio se había librado de la matanza.

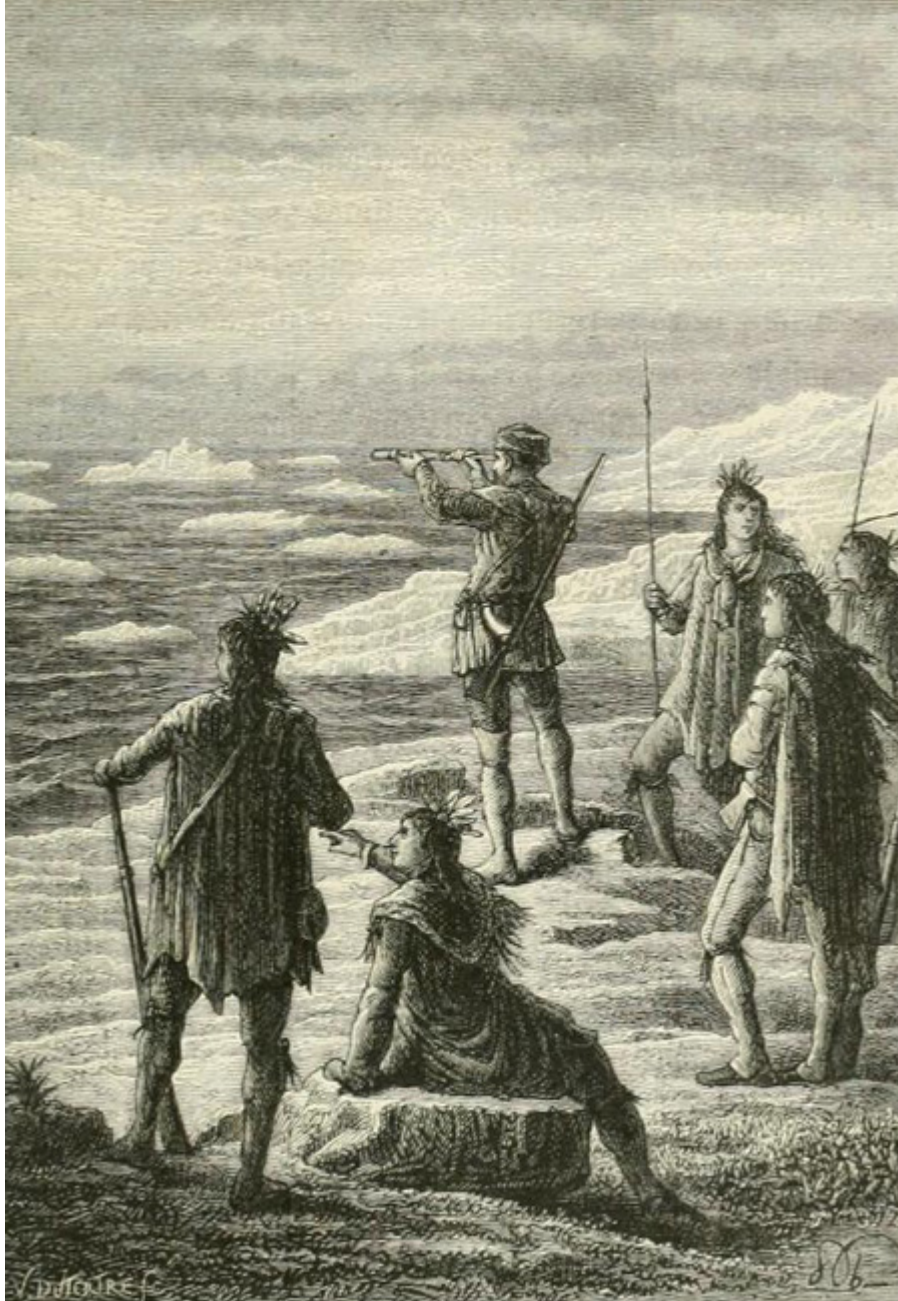
«Después de esta horrible carnicería, continúa Hearne, nos sentamos sobre la yerba e hicimos una buena comida con salmón fresco».

En aquel paraje el río se ensanchaba grandemente.

¿Había llegado el viajero a su embocadura?

Sin embargo, el agua era absolutamente dulce, no obstante que en la orilla había como señales de marea.

En medio de las aguas jugaban las focas en gran número y en las tiendas de los esquimales se habían encontrado muchas barbas de ballena. Todo indicaba en fin que el mar estaba cercado.



Hearne tomó su telescopio y vio desarrollarse delante de sí, hasta perderse de vista, una inmensa sábana de agua interrumpida acá y allá por algunas islas. No había duda aquello era el mar.

El 30 de junio de 1772 Hearne entró en los establecimientos ingleses después de una ausencia de un año y cinco meses.

La Compañía reconoció el inmenso servicio que Hearne acababa de prestarle nombrándole gobernador del fuerte de Gales.

La Perouse durante su expedición a la bahía de Hudson se apoderó de este establecimiento y encontró en él el viaje de Samuel Hearne. Devolviérselo con la condición de que le publicase y prometió publicarlo; pero no sabemos las circunstancias que retardaron hasta el año de 1795 el cumplimiento de esta palabra.

Hasta el último cuarto del siglo XVIII no fue conocida la inmensa cadena de lagos y de ríos que, partiendo del Lago Superior reúne todas las aguas que caen de las montañas Roquizas y las vierte en el Océano Glacial. Su descubrimiento se debe en parte a los hermanos Frobisher y a *Mr. Pond*, negociantes en pieles, el último de los cuales llegó hasta a Atabasca.

Gracias a estos reconocimientos, el camino se hizo menos difícil, los exploradores se sucedieron, los establecimientos se multiplicaron, el país quedó descubierto.

En breve se oyó hablar de un gran río que se dirigía hacia el N. O.

Alejando Mackenzie fue quien le dio su nombre.

Saliendo el 3 de junio de 1789 del fuerte Chippewayan en la playa meridional del lago de las Colinas, llevó consigo a algunos colonos del Canadá y varios indios, uno de los cuales había acompañado a Samuel Hearne. Al llegar a un punto situado hacia los 67° 45' de latitud, supo que el mar estaba cerca al Este; pero que todavía estaba más próximo al Oeste. Esto demostraba que se acercaban al extremo N. O. de la América.

El 12 de julio llegó a una gran sábana de agua que, por su poca profundidad y por los hielos que la cubrían, no podía decirse que era el mar, no obstante que no se veía ninguna tierra en el horizonte. Sin embargo era el Océano Boreal el que Mackenzie tenía delante, de lo cual se convenció viendo subir las aguas, aunque el viento no era muy fuerte; era la marea. El viajero pasó en seguida a una isla que vio a corta distancia de la costa, y desde ella vio muchos cetáceos que jugaban entre las olas. Por eso esta isla, situada hielos los 69° 14' de latitud, recibió del viajero el nombre de isla de las Ballenas.

El 12 de setiembre la expedición regresaba felizmente al fuerte de Chippewayan.

Tres años después Mackenzie, en quien no se habían extinguido la sed de descubrimientos, subió por el río de La Paz, que nace en las montañas Roquizas.

En 1793, después de haber abierto camino al través de aquella difícil cordillera, reconoció al otro lado de las montañas un río llamado el Tacuchie-Tese que corría al Sudoeste. Expuesto a peligros y privaciones, más fáciles de imaginar que de describir, bajó por este río hasta su embocadura, es decir, hasta más abajo de las islas del Príncipe de Gales; y allí en una roca con una especie de grasa y bermellón trazó esta inscripción tan elocuente como lacónica:

«Alejandro Mackenzie llegó aquí por tierra, desde el Canadá, el 22 de julio de 1793».

El 24 de agosto entraba de nuevo en el fuerte de Chippewayan.

Durante la primera mitad del siglo XVIII no se hizo ningún viaje científico por la América Meridional. Réstanos hablar solo de La Condamine. Ya hemos contado más arriba las investigaciones que hizo en América y hemos dicho que terminadas las medidas envió a Bouguer a Europa; dejó a Jussieu que prolongase su estancia en América, donde debía enriquecer la historia natural con multitud de plantas y animales desconocidos, y él se propuso bajar por el río de las Amazonas hasta su embocadura.



Podría llamarse a La Condamine, dice *Mr. Maury* en su Historia de la Academia de Ciencias, el Alejandro de Humboldt del siglo XVIII. Hombre a la vez de ingenio y de erudición dio pruebas en aquella memorable expedición de adhesión heroica a la ciencia.

No habiendo sido suficientes para su viaje los fondos concedidos por el rey, puso 100,000 libras de su bolsillo; las fatigas y los padecimientos le hicieron perder las piernas y el oído; y víctima de

su pasión por la ciencia, a su vuelta no encontró más que el sarcasmo y la malignidad en un público que no comprendía mártires que no aspirasen al cielo.

No se veía ya en La Condamine al infatigable explorador que había arrojado tantos peligros, sino solamente al sordo fastidioso que tenía siempre en la mano su trompetilla acústica. Satisfecho de la estimación, de sus colegas, de la cual se hizo intérprete elocuente Buffon en su respuesta al discurso de recepción de La Condamine en la Academia Francesa; se consolaba componiendo canciones y continuando hasta los últimos días de su vida, abreviada por los padecimientos, el ardor de observaciones en todo, hasta en el dolor que le condujo a interrogar al verdugo sobre el cadalso de Damiens».

Pocos viajeros hablan tenido ocasión de penetrar antes que La Condamine en las vastas regiones del Brasil. Así es que el sabio explorador esperaba hacer más útil su viaje levantando un mapa del curso del río y recogiendo las observaciones que tuviera ocasión de hacer en un país tan poco frecuentado, sobre las costumbres regulares de los indios.

Después de Orellana, cuya expedición aventurada hemos referido, había sido enviado a aquel país Pedro de Ursua en 1559 por el virrey del Perú, en busca del lago Parima y el Dorado. Ursua pereció a manos de un soldado rebelde que cometió bajando por el río toda clase de depreciaciones, y acabó por ser descuartizado en la isla de la Trinidad.

Estas tentativas no eran bastantes para dar una gran luz acerca del curso del río. Los portugueses fueron más felices, y en 1636 y 1637, Pedro Teixeira, con cuarenta y siete lanchas y un numeroso destacamento de españoles e indios, subió por el río de las Amazonas hasta su tributario el Napo. Después subió por éste y luego por el Coca y llegó a 30 leguas de Quito donde entró con algunos hombres.

Al año siguiente volvió al Para por el mismo camino acompañado de los jesuitas Acuita y Artieda, que publicarían la relación de este

viaje, cuya traducción francesa se publicó en 1682.

El mapa levantado por Samson en vista de esta relación y naturalmente copiado por todos los geógrafos, era muy defectuoso, pero hasta 1747 no hubo otro a que atenerse. En 1717 se publicó en el tomo XII de las Cartas Edificantes, preciosa colección donde se encuentra una multitud de datos interesantísimos para la historia y la geografía, la copia de un mapa levantado en 1690 por el padre Fritz, misionero alemán.

En él se ve que el Napo no era el verdadero origen del Amazonas, sino que este último, bajo el nombre de Marañón sale de un lago llamado Guanuco a 30 leguas de Lima hacia el Oriente. La parte inferior del curso del río estaba muy mal trazada, porque el padre Fritz cuando bajó por él se hallaba demasiado enfermo para hacer observaciones exactas.

La Condamine, saliendo de Tarqui, a 5 leguas de Cuenca, el 11 de mayo de 1743, pasó por Zaruina, población en otro tiempo célebre por sus minas de oro y atravesó muchos ríos por puentes de lianas atadas en las dos orillas que parecían inmensas hamacas tendidas de una orilla a otra. Entró después en Loja, situada a 4° de la línea y 400 toesas más abajo de Quito.

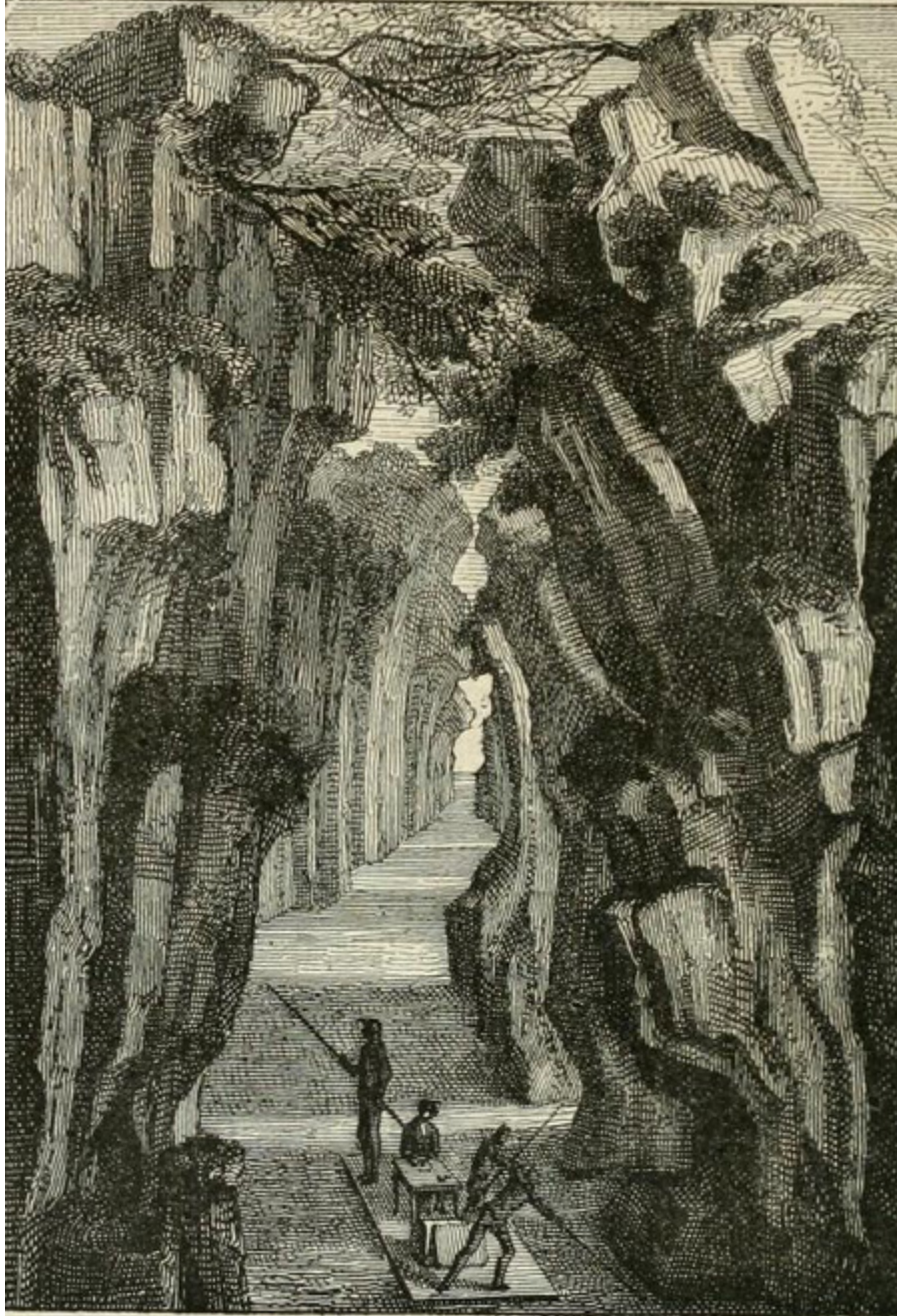
Por esta razón se observa en ella una notable diferencia de temperatura, y las montañas cubiertas de árboles, no parecen sino pequeñas colinas comparadas con las de Quito.

De Loja a Jaen de Bracamoros se atraviesan los últimos contrafuertes de los Andes. En este cantón la lluvia cae diariamente durante todo el año, por cuya razón no conviene residir en él mucho tiempo.

Todo este país se hallaba muy decaído de su antigua prosperidad; Loyola, Valladolid, Jaen y la mayor parte de las ciudades del Perú distantes del mar y del camino de Cartagena a Lima, no eran entonces sino aldeas pequeñas; y sin embargo todo el país de los alrededores de Jaen está cubierto de árboles de cacao silvestres, de los cuales los indios no hacen caso, ni tampoco de las arenas de oro que arrastran sus ríos.

La Condamine se embarcó en el Chincipe, más ancho en aquel sitio que el Sena en Paris, y bajó por él hasta su confluencia con el Marañón. Desde este punto el Marañón empieza a ser navegable aunque se interrumpe por muchos saltos y recodos y se estrecha en bastantes parajes hasta el punto de no tener más que 20 toesas de una orilla a otra.

El más célebre de estos estrechos es el que llaman Postigo de Manseriche, lecho abierto por el Marañón entre la cordillera que está cortada casi a pico y cuya anchura no pasa de 25 toesas. La Condamine, que se había quedado solo con el negro en una balsa, tuvo allí una aventura sin ejemplo.



«El río, dice, cuya profundidad se había disminuido en 25 pies en las últimas 36 horas continuaba decreciendo. Por la noche, habiéndose enredado una gruesa rama de árbol, que estaba bajo el agua en los tablones de mi balsa, donde penetraba más y más a medida que ésta bajaba con el nivel del agua, me vi a punto de quedarme con la balsa colgada en el aire de una rama de árbol, lo cual hubiera sucedido si hubiera estado dormido. En tal caso lo

menos que podía sucederme era perder mis diarios y mis observaciones, fruto de ocho años de trabajo. Por último encontré el medio de desprender la balsa y ponerla de nuevo a flote».

Cerca de la ciudad arruinada de Santiago, a donde La Condamine llegó el 10 de julio, habitaban en los bosques los indios jíbaros que hacia un siglo se habían rebelado contra los españoles por no querer trabajar en las minas de oro.

Pasado el Postigo de Manseriche se encuentra ya un mundo nuevo, un océano de agua dulce, un laberinto de lagos, de ríos y de canales que pasan entre bosques impenetrables.

La Condamine, aunque hacia siete años que estaba habituado a la vida silvestre, no pudo menos de encontrar fatigoso aquel espectáculo uniforme de agua, de verdor y nada más.

Saliendo de Borja el 14 de julio, pasó en breve la confluencia del Morona que baja del volcán de Sangay, cuyas cenizas lleva el viento algunas veces hasta más allá de Guayaquil. Después atravesó las tres bocas del Pastaca, río que iba entonces tan desbordado que fue imposible medirlo, y el 19 del mismo mes llegó a la Laguna, donde le esperaba hacia seis semanas don Pedro Maldonado, gobernador de la provincia de Esmeraldas que había bajado por el Pastaca.

La Laguna formaba en aquella época un pueblo de mil indios en estado de llevar las armas y reunido bajo la autoridad de misioneros de diversas tribus.

«Al comprometerme a levantar el mapa del curso del Amazonas, dice La Condamine, me había proporcionado un recurso contra la inacción que una navegación tranquila pudiera permitirme y que la falta de variedad en los objetos pudiera hacerme fastidiosa.

Necesitaba tener la atención continuamente despierta para observar con la brújula y el reloj en la mano los cambios de dirección del curso del río y el tiempo que empleábamos de un recodo a otro, para examinar las diferentes anchuras de su lecho y las de las embocaduras de los ríos que recibe, el ángulo que éstas forman al entrar, las islas que se encuentran al paso y su longitud, y

sobre todo, la celeridad de la corriente, ya desde tierra, ya en el bote mismo por medio de diversas prácticas cuya explicación sería aquí superflua.

Todos mis momentos estaban ocupados. Con frecuencia sondeaba y media geoméricamente la anchura del río y la de sus afluentes tomando la altura meridiana del sol casi todos los días, y observaba su amplitud, al salir y al ponerse, en todos los sitios donde he residido».

El 25 de julio, después de haber pasado por delante del río del Tigre, llegó La Condamine a una nueva misión de salvajes llamados yameos que los padres misioneros acababan de sacar de los bosques.

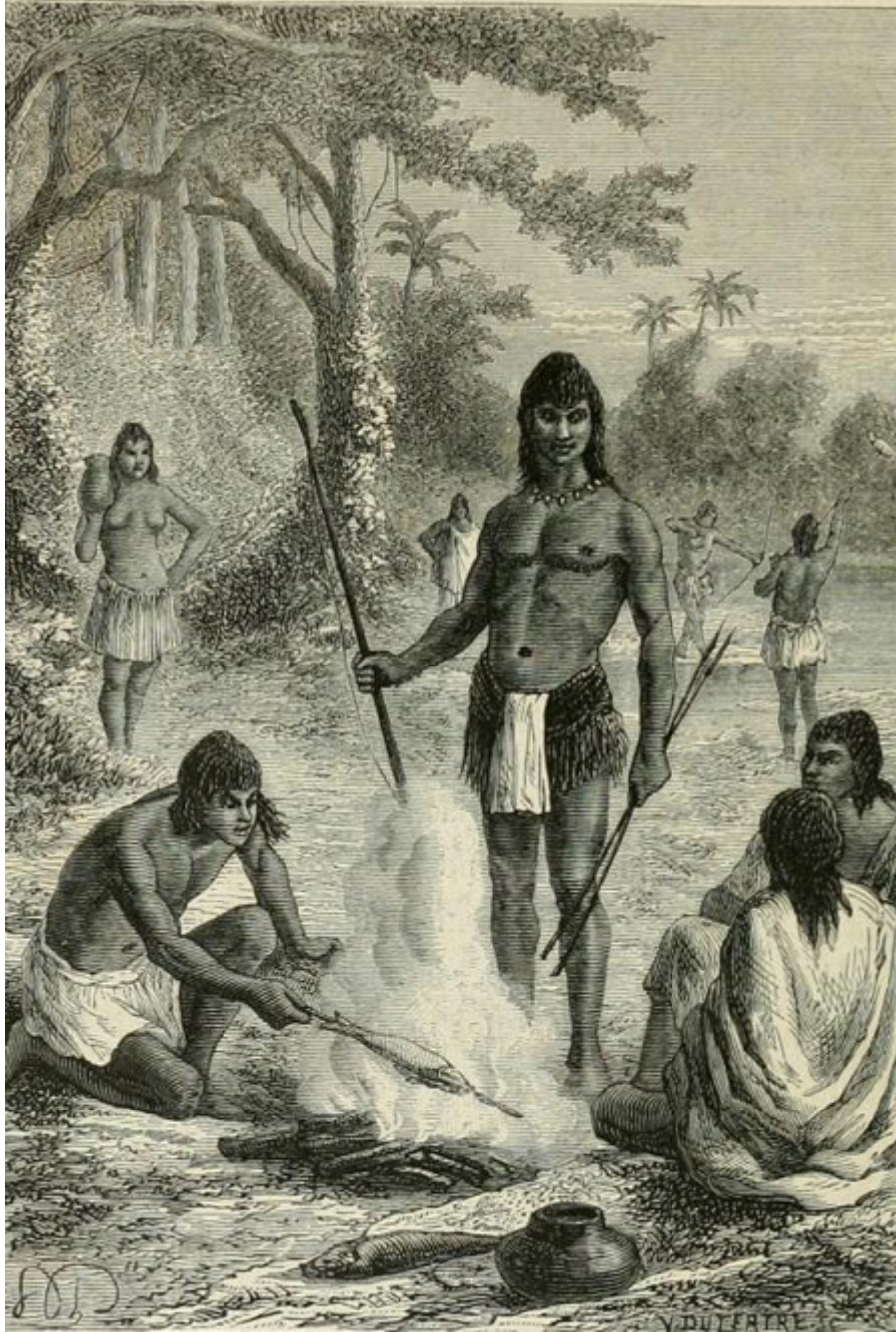
Su lengua era difícil y la manera de pronunciar las palabras muy extraordinaria. Algunas de estas palabras tenían nueve o diez sílabas, y los salvajes no sabían contar más que hasta tres. Se servían con mucha destreza de la cerbatana, con la cual lanzaban pequeñas flechas untadas de un veneno tan activo que mataba en un minuto.

Al día siguiente el viajero llegó a la embocadura del Ucayale, uno de los ríos más caudalosos que afluyen al Marañón y que puede tomarse como origen de éste. Desde aquel punto la anchura del río crece sensiblemente.

El 27 llegó a la misión de los Omaguas, nación en otro tiempo poderosa que poblaba las orillas del río de las Amazonas en una longitud de 200 leguas más abajo del Napo.

Extraños al país, pasan por haber bajado la corriente de algún río de los que nacen en la Nueva Granada a fin de librarse del yugo de los españoles.

La palabra omagua significa cabeza achatada en la lengua del Perú, y estos pueblos tienen, en efecto, la costumbre extravagante de oprimir entre dos tablas la cabeza de los recién nacidos con el objeto, según dicen, de darles la mayor semejanza posible con la luna llena.



Hacen uso también de unas plantas singulares, el floripondio y la curupa, que les proporciona una embriaguez de 24 horas y ensueños muy extraños.

El opio y el hachís tenían pues sus similares en el Perú.

La quina, la ipecacuana, la simaruba, la zarzaparrilla, el guayaca, el cacao y la vainilla se encuentran por todas partes en las orillas del

Marañón, lo mismo que la goma elástica, de la cual los indios hacían botellas, vasijas y jeringas, dice La Condamine, que, no necesitan pistón y que tienen la forma de peras huecas con un agujerito, al extremo del cual se adapta una cánula. Este instrumento está muy en uso entre los omaguas; y cuando se reúnen entre sí para alguna fiesta, el dueño de la casa no deja de presentar uno de ellos, por cortesía a cada uno de los individuos, y su uso precede siempre a las comidas de ceremonia».

La Condamine, cambiando de tripulación en San Joaquin, llegó a la embocadura del Napo a tiempo para observar en la noche del 31 de julio al 1.º de agosto la emersión del primer satélite de Júpiter, lo cual le permitió fijar exactamente la longitud y latitud de aquel paraje: observación preciosa en la cual debían fundarse todos los planos del resto del viaje.

Pevas, a donde llegó a la mañana siguiente, es la última de las misiones españolas a orillas del Marañón.

Los individuos que estaban allí reunidos pertenecían a naciones diferentes, y no todos eran cristianos.

Todavía llevaban adornos de huesos de animales y de peces en las narices y en los labios, y sus mejillas estaban acribilladas de agujeros que servían de estuche o plumas de aves de todos colores.

San Pablo es la primera misión de los portugueses. Allí el río no tiene menos de 900 toesas de anchura y en él se levantan con frecuencia tempestades furiosas.

El viajero quedó agradablemente sorprendido al ver que las mujeres indias llevaban camisas de lienzo y poseían cofres con cerraduras, llaves de hierro, agujas, espejos, tijeras y otros utensilios de Europa que aquellos salvajes se proporcionaban para cuando iban a llevar a esta ciudad su cosecha de cacao. Sus canoas son mucho más cómodas que las que usan los indios de las posesiones españolas; son verdaderos bergantines de sesenta pies de longitud por siete de anchura manejados por cuarenta remeros.

Desde San Pablo a Coari desembocan en el Amazonas grandes y hermosos ríos llamados Yutay, Yuruca, Tefe y Coari por la orilla

meridional, y el Putumayo y el Yupura que vienen por la parte Norte.

En las orillas de este último río, habitaban todavía en aquel tiempo pueblos antropófagos. Allí el 28 de agosto de 1639 había plantado Teixeira un mojón que debía servir de frontera. Hasta aquel sitio la expedición se había servido de la lengua del Perú para comunicarse con los indios; pero desde allí fue preciso emplear la del Brasil que estaba en uso en todas las misiones portuguesas.

Después se reconocieron sucesivamente el río Purus y el Río Negro, poblado de misioneros portugueses bajo la dirección de los monjes del Monte Carmelo y que pone en comunicación el Orinoco con las Amazonas. Los primeros esclarecimientos de importancia sobre esta grave cuestión de geografía son debidos a las tareas de La Condamine y a su crítica sagaz de los viajes de los misioneros que le habían precedido.

En estos parajes es donde se situaba el lago Dorado de Parimé y la ciudad imaginaria de Manoa del Dorado. Era la patria de los individuos manoa que por tan largo tiempo se resistieron a las armas portuguesas.

Después pasaron los expedicionarios la embocadura del Río de la Madera, así llamado por la gran cantidad de leña que arrastran sus aguas, el fuerte de Pauxís, más allá del cual el Marañón toma el nombre de río de las Amazonas, donde comenzaba a sentirse la marea, aunque todavía el mar está a más de 200 leguas de distancia; la fortaleza de Topayos, a la embocadura del río que baja de las minas del Brasil y en cuyas orillas habitan los Tupinambas.

Hasta el mes de setiembre, La Condamine no llegó ver montañas hacia el Norte: espectáculo nuevo, porque hacía dos meses que navegaba sin haber divisado el más pequeño cerro.

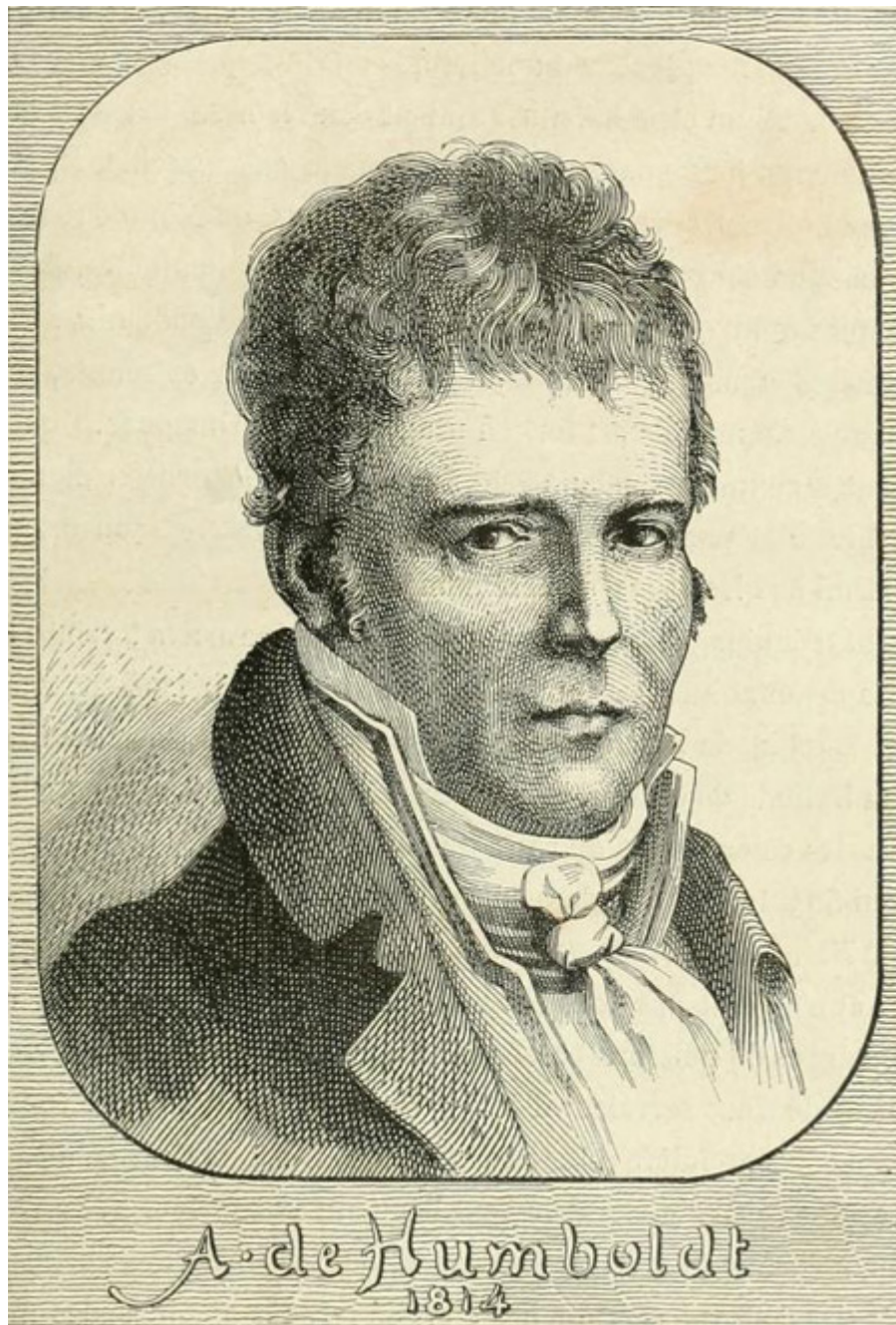
Eran los primeros contrafuertes de la cadena de la Guyana. El 8 de setiembre, enfrente del fuerte de Paru, salió la expedición del Amazonas para entrar en un canal natural en el Xingu, al cual el Padre Acuña da el nombre de Paramaribo. Llegó en seguida al fuerte de Curupa, y en fin a Para, gran ciudad de calles estrechas y de casas construidas de piedra y mampostería. La Condamine, que

para terminar su mapa quería visitar la embocadura del Amazonas, se embarcó para Cayena a donde llegó el 28 de febrero de 1744.

Este inmenso viaje tuvo grandes resultados. Por primera vez se había establecido de una manera verdaderamente científica el curso del río de las Amazonas; podía ya presumirse la comunicación del Orinoco con éste río; y en fin, La Condamine trajo a Europa una multitud de observaciones interesantes respecto de la historia natural, la física, la astronomía y la antropología, ciencia nueva que tendía entonces a constituirse.

Ahora debemos referir los viajes de uno de los hombres de ciencia, que mejor comprendieron las relaciones de la geografía con las demás ciencias físicas.

Hablamos de Alejandro Humboldt, a quien pertenece la gloria de haber señalado a los viajeros esta vía fecunda.



Humboldt, que nació en Berlín en 1789, tuvo por primer maestro a Campe, el conocido editor de muchas relaciones de viaje. Dotado de gran afición a la botánica, se relacionó en la universidad de Gotinga con Forster, hijo, que acababa de dar la vuelta al mundo en la expedición del capitán Cook. Esta amistad, y particularmente las relaciones entusiastas de Forster, contribuyeron verosímilmente a

desarrollar en Humboldt la pasión de los viajes. Estudió al mismo tiempo la geología, la botánica, la química y la electricidad animal; y para perfeccionarse en estos estudios, viajó por Inglaterra, Holanda, Italia y Suiza.

En 1797, después de la muerte de su madre que se había opuesto siempre a sus viajes fuera de Europa, se trasladó a París, donde hizo conocimiento con Bompland, joven botánico, con el cual formó inmediatamente varios proyectos de exploración. Se había convenido en que Humboldt acompañaría al capitán Baudin; pero las dilaciones a que estuvo sometida la marcha de esta expedición, cansaron su paciencia y se dirigió a Marsella con el intento de unirse al ejército francés que estaba en Egipto.

Por espacio de dos meses esperó una fragata que debía conducir al cónsul sueco a Argel; y después cansado de tantas demoras, salió para España con su amigo Bompland, esperando obtener el permiso de visitar las posesiones españolas de América.

No era cosa fácil; pero Humboldt estaba dotado de una rara perseverancia; tenía muy buenos conocimientos, poderosas recomendaciones y cierta notoriedad.

Así es que a pesar de la viva repugnancia del gobierno fue autorizado para explorar las colonias españolas y hacer en ellas todas las observaciones astronómicas y geodésicas que quisiera.

Los dos amigos salieron de la Coruña el 5 de junio de 1799, y trece días después llegaron a las Canarias.

Desembarcar en Tenerife dos naturalistas y no subir al pico, hubiera sido faltar a todos sus deberes.

Casi todos los naturalistas, dice Humboldt en una carta a La Metterie, que, como yo, han pasado a las Indias, han tenido muy poco tiempo y no han podido llegar al pie de ese coloso volcánico, admirando de paso los deliciosos jardines del puerto de la Orotaba.

Yo he tenido la fortuna de que nuestra fragata, el Pizarro, se detuviera durante seis días y he podido examinar de cerca las capas que forman el pico de Teide... Dormimos a la luz de la luna a 1,200 toesas de altura; y a las dos de la madrugada nos pusimos en

marcha hacia la cima a donde, a pesar del fuerte viento, del calor del suelo que quemaba nuestras botas y del frío penetrante del aire, llegamos a las ocho. No diré nada de aquel espectáculo majestuoso de las islas volcánicas de Lanzarote, la Gran Canaria y la Gomera que se ven a sus pies; de ese desierto de 20 leguas cuadradas cubierto de piedra pómez y de lava sin insectos y sin aves, desierto que nos separa de los bosques espesos de laureles, de brezos y de las viñas adornadas de palmeras, bananeros y arboles de drago, cuyas raíces bañan las olas del mar...

Entramos en el mismo cráter, que no tiene más que de 40 a 60 pies de profundidad; la cima está a 1,400 toesas sobre el nivel del mar, medida que halló Borda por medio de una operación geométrica muy exacta...

El cráter del Pico, es decir, el de la cima, hace ya, muchos siglos que no vomita lava. Ésta no sale más que de los costados; pero produce una enorme cantidad de azufre y de sulfato de hierro».

En el mes de julio, Humboldt y Bompland, llegaron a Cumana, situada en la parte de la América del Sur que se conoce con el nombre de Tierra Firme.

Allí pasaron algunas semanas en examinar los vestigios del gran temblor de tierra de 1797 y fijaron la situación de Cumana que en todas las cartas estaba situada medio grado más al Sur de su posición verdadera lo cual debe atribuirse a que la corriente que se dirige hacia el Norte cerca de la Trinidad había inducido a error a todos los navegantes.

En el mes de diciembre de 1799, Humboldt escribía desde Caracas al astrónomo Ladande lo siguiente:

«He terminado un viaje muy interesante por el interior del Paria en la Cordillera de Cocolar, Turneni y Guiri y tengo dos o tres mulas cargadas de instrumentos, plantas secas, etc. Hemos penetrado en las misiones de los capuchinos que no habían sido visitadas hasta ahora por ningún naturalista; hemos descubierto un gran número de vegetales, principalmente nuevos géneros de palmeras, y vamos a marchar para el Orinoco a fin de penetrar desde allí quizá hasta San

Carlos de Río Negro, más allá del Ecuador... Hemos disecado más de mil seiscientas plantas, descrito más de quinientas aves y recogido conchas e insectos; he hecho también unos cincuenta dibujos, y me parece que en atención a los calores ardientes de esta zona, no se creerá que hemos trabajado poco en cuatro meses».

En esta primera expedición Humboldt visitó las misiones de los indios chaimas y guaraunos. Subió la cima del Tumiriquiri, bajó a la gruta del Guacharo, «caverna inmensa y la habitación de millares de aves nocturnas cuya grasa produce el aceite de guacharo.

Su entrada es verdaderamente majestuosa y está adornada y coronada de la vegetación más lozana. De allá sale un río bastante grande, y su interior resuena con los cantos lúgubres de las aves nocturnas.

Es el Aqueronte de los indios chaimas pues, según la mitología de estos pueblos y de los indios del Orinoco, las almas de los difuntos entran en esta caverna, y bajar al ganchero significa morir en su lengua.

Los indios entran en la cueva del Guacharo una vez cada año hacia la mitad del verano armados de palos y con ellos destruyen la mayor parte de los nidos.

En esta estación perecen millares de aves de muerte violenta, y los viejos guacharos, como si quisieran defender a sus hijos vuelan sobre la cabeza de los indios lanzando gritos horribles. Las avecillas que caen a tierra son despedazadas inmediatamente.

Su peritoneo está revestido de una espesa capa de grasa que se extiende desde el abdomen hasta el ano formando una especie de almohadón entre las piernas de las aves. En la época llamada en Caripe, de la cosecha de aceite, los indios construyen a la entrada y aun bajo el vestíbulo de la cueva, chozas de hojas de palmera; después prenden fuego a la maleza, y en vasijas de barro hacen hervir la grasa de las aves que acaban de matar. Esta grasa, conocida bajo el nombre de manteca o aceite de guacharo, es semilíquida, transparente, inodora y tan pura que se la puede conservar un año entero sin que se ponga rancia».

Después Humboldt continúa diciendo: «Hemos pasado cincuenta días en el valle de Caripe, situado a novecientas cincuenta y dos varas castellanas sobre el nivel del mar y habitado por indios desnudos.

Aquí hemos visto monos negros con barbas rojas, y hemos tenido la satisfacción de ser tratados con la mayor benevolencia por los padres capuchinos del convento y los misioneros que viven con los indios un tanto civilizados».

Desde el valle de Caripe, los dos viajeros volvieron a Cumana, por las montañas de Santa Marta y las misiones de Catuaro, y el 21 de noviembre llegaron por mar a Caracas, ciudad que, situada en el centro de un valle fértil en cacao, algodón y café, tiene el clima de Europa.

Humboldt aprovechó su residencia en Caracas para estudiar la luz de las estrellas del Sur, porque había notado que varias de ellas, especialmente en las constelaciones de la Grulla, el Altar, el Tucán y los Pies del Centauro, parecían haber sufrido cambios desde las observaciones de La Caille.

Al mismo tiempo puso en orden sus colecciones, envió una parte a Europa y se entregó a un examen profundo de las rocas para estudiar la armazón del globo en aquella parte del mundo.

Después de haber explorado las inmediaciones de Caracas y subido a la Silla, a cuya cima no había llegado todavía ningún habitante de la ciudad, aunque estaba muy inmediata, pasaron los dos amigos a Valencia, siguiendo las orillas de un lago llamado Tacarigua por los indios y que es más extenso que el lago de Neufchatel en Suiza. No es posible dar idea de la riqueza y de la diversidad de la vegetación en aquellos parajes; pero no son solamente las bellezas pintorescas y poéticas las que prestan interés a éste lago. El problema de la disminución gradual de sus aguas no podía menos de llamar la atención de Humboldt, que la atribuye a una explotación inconsiderada de los bosques y por consiguiente al agotamiento de los manantiales.

Cerca de aquellos sitios pudo convencerse Humboldt de la realidad de las relaciones que le habían hecho acerca de un árbol singular llamado el palo de vaca, el cual por medio de incisiones que en su tronco se practican, da una leche balsámica muy nutritiva.

La parte difícil del viaje comienza en Puerto Cabello a la entrada de los Llanos, llanura de uniformidad absoluta que se extiende entre las colinas de la costa y el valle del Orinoco.

«No sé, dice Humboldt, si el primer aspecto de los Llanos, excita menos admiración que el de los Andes».

Nada, en efecto, es más chocante que ese mar de yerba, sobre el cual se levantan continuamente torbellinos de polvo sin que se sienta el menor soplo de aire. En medio de esta planicie inmensa, en Calabozo, Humboldt probó por primera vez el poder de las gimnotas, anguilas eléctricas, que se encuentran a cada paso en todos los afluentes del Orinoco.

Los indios, que temían exponerse a la descarga eléctrica, propusieron a Humboldt que hiciera entrar algunos caballos en el pantano donde estaban las gimnotas.

«El ruido extraordinario que causan los cascos de los caballos, dice Humboldt, hace salir las gimnotas del cieno y las excita al combate. Estas anguilas, amarillentas y lívidas, parecen culebras, nadan por la superficie del agua y se adhieren al vientre de los cuadrúpedos que entran a turbar su tranquilidad. La lucha que se empeña entre animales de organización tan diferente, ofrece un espectáculo notable.

Los indios armados de arpones y largas cañas rodean el estanque por todas partes y suben a los árboles, cuyas ramas se extienden horizontalmente sobre la superficie del agua. Sus gritos salvajes y sus largos palos impiden a los caballos tomar la fuga y salir a la orilla del estanque. Las anguilas, aturdidas por el ruido, se defienden por medio de descargas repetidas de sus baterías eléctricas. Por largo tiempo parecen victoriosas y algunos caballos sucumben a la violencia de la sacudida que reciben de todas partes, en los órganos más esenciales para la vida, y aturdidos por la fuerza

y el número de estas sacudidas se desmayan y desaparecen bajo las aguas.

Otros, llenos de ansiedad, con la crin erizada, los ojos extraviados y con señales del más vivo dolor, tratan de huir lejos del campo de batalla, Pero los indios los rechazan inexorablemente, hasta el centro del agua. Los pocos que pueden burlar la vigilancia activa de los pescadores, saltan a tierra, tropiezan a cada paso y van a tenderse en la arena, extenuados de fatiga y con los miembros entumecidos por las sacudidas eléctricas de las gimnotas.

»No recuerdo haber recibido de la descarga de una botella de Leiden, una conmoción más terrible que la que experimenté poniendo imprudentemente el pie sobre una gimnota que acababa de salir del agua».

Una vez determinada la posición astronómica de Calabozo, Humboldt y Bompland continuaron su camino hacia el Orinoco, atravesando y bajando sucesivamente el Uritucu que está poblado de cocodrilos feroces, y el Apure, uno de los afluentes del Orinoco, cuyas orillas están cubiertas de esa lozana vegetación que no se encuentra más que en los trópicos. Las orillas del Apure están festoneadas de espesura, en la cual de sitio en sitio se han abierto arcos de follaje que permiten a los pecaris, a los tigres y a otros animales silvestres o feroces, el acceso al río para beber. Cuando la noche extiende su velo por el bosque, éste, que durante la claridad del día ha parecido inhabitado, resuena con rugidos, gritos y cantos de fieras y de aves que parecen luchar para ver fuerza quien producirá más estrépito.

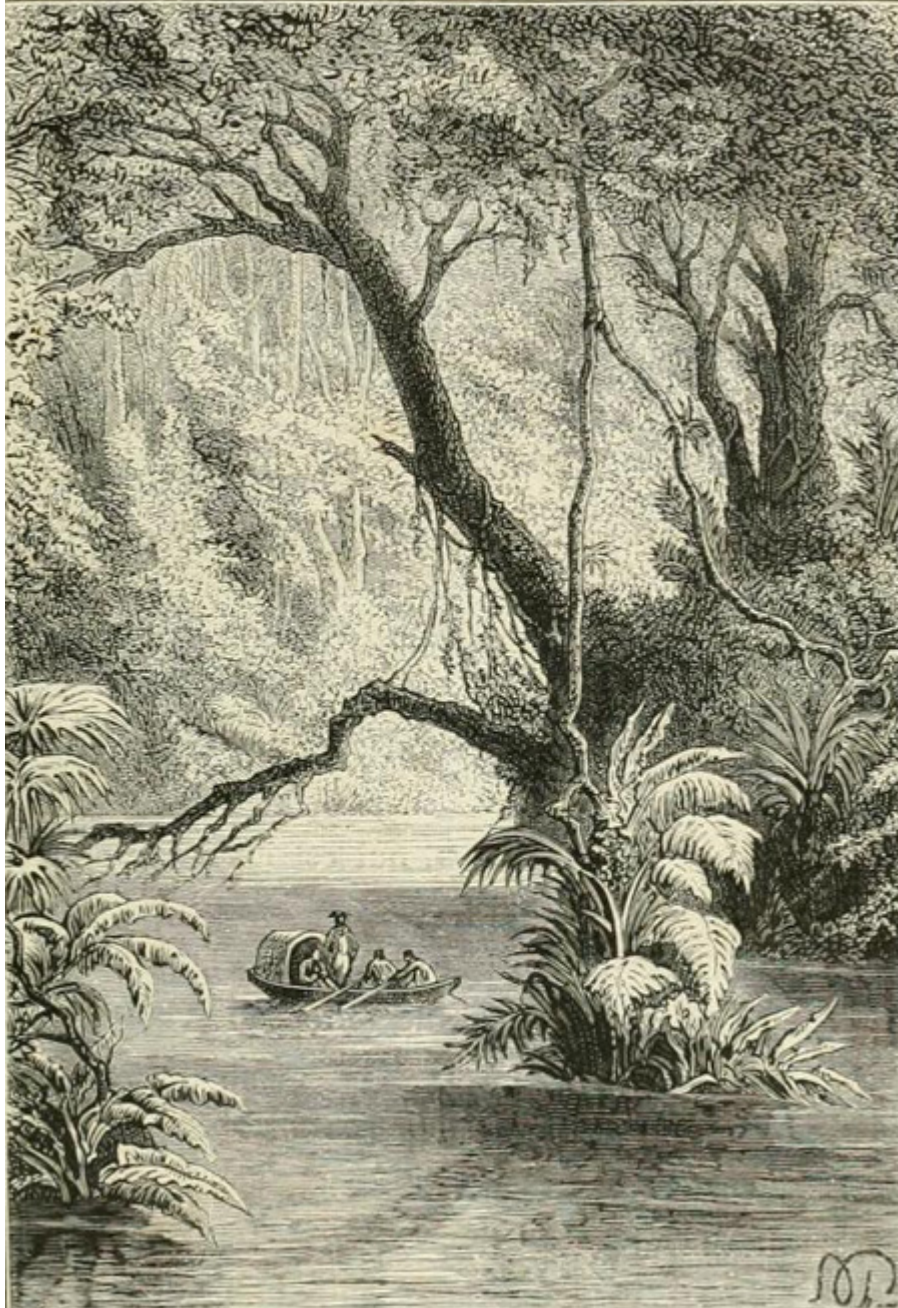
Si el Uritucu tiene sus audaces cocodrilos, el Apure posee además un pececillo que se llama el garabito que ataca con tal frenesí a los que se bañan que a veces les arranca pedazos de carne relativamente grandes.

Este pez, que, sin embargo, no tiene más de 4 a 5 pulgadas es más temible que el mayor cocodrilo, por cuya razón ningún indio se arriesga a lanzarse a las aguas que frecuenta a pesar del placer que

tienen en bañarse y de la necesidad de refrescar su piel, constantemente picada por los mosquitos y las hormigas.

Los viajeros bajaron en seguida el Orinoco, hasta el Temi que se reúne por una lengua de tierra de corta extensión al Cano-Pimichin, afluente del Río Negro.

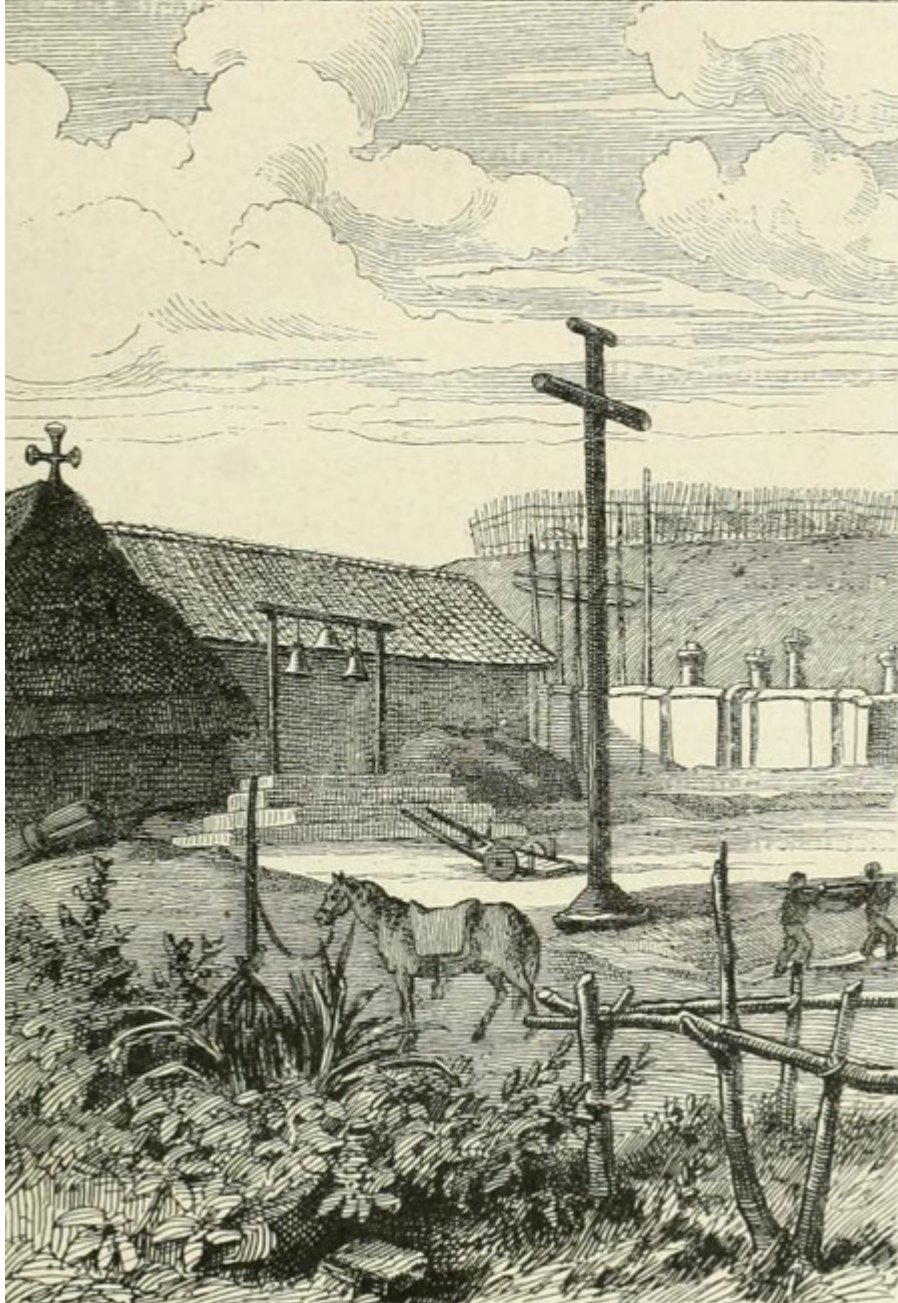
El Temi inunda con frecuencia los bosques de sus orillas en una grande extensión, por lo cual los indios practican al través de los árboles, senderos acuáticos de uno o dos metros de anchura. Nada es más imponente que navegar entre estos árboles gigantescos, bajo aquellas bóvedas de follaje.



A 300 o 400 leguas en el interior de las tierras, se encuentran bandadas de delfines de agua dulce, que lanzan esos chorros de agua y aire comprimido, a los cuales deben el nombre de sopladores.

Cuatro días se necesitaron para llevar las canoas violento desde el Temi al Cano-Pimichim y fue preciso abrirse camino con los machetes.

El Pimichim desemboca en el Río Negro que es a su vez afluente del de las Amazonas. Es la goma que se ha escapado naturalmente.



Humboldt y Bompland bajaron por el Río Negro, hasta San Carlos y subieron por el Casiquiare gran brazo del Orinoco, que establece la comunicación entre éste y el Río Negro. Las orillas del

Casiquiare, estaban habitadas por los idapas menores, cuyo único alimento son las hormigas secadas al humo.

En fin, los viajeros subieron por el Orinoco hasta cerca de su origen, al pie del volcán de Buida, donde les detuvo la ferocidad de los guajaribos y de los indios guaicas hábiles tiradores de flechas. En este sitio es donde se encuentra la famosa laguna de El Dorado, sobre la cual se ven algunos islotes pequeños de talco.

Estaba, pues, definitivamente resuelto el problema de la unión del Orinoco con el Marañón, la cual se verifica en la frontera de las posesiones españolas y portuguesas, a 2º al Norte del Ecuador.

Los dos viajeros se dejaron entonces llevar por la fuerza de la corriente del Orinoco y de este modo anduvieron más de 500 leguas en menos de 26 días; se detuvieron tres semanas en Angostura, para dejar pasar los grandes calores y la época de las fiebres, y luego llegaron a Cumana, en el mes de octubre de 1800.

«Mi salud, dice Humboldt, ha resistido a las fatigas de un viaje de más de 1300 leguas; pero mi pobre compañero Bompland, al su vuelta, ha sido acometido de una fiebre acompañada de vómitos que se ha curado con mucho trabajo. Se necesitaba un temperamento de vigor excepcional, para resistir las fatigas, las privaciones, los cuidados de todo género que acometen a los viajeros en estos países mortíferos. Hallarse rodeado continuamente de tigres y cocodrilos feroces; tener el cuerpo acribillado de picadaras de hormigas y mosquitos formidables; no comer en tres meses más que bananas, pescados y yuca; no beber más que agua, atravesar el país de los otomaques que comen tierra; bajar por las orillas del Casiquiare situadas bajo el Ecuador, donde por espacio de 130 leguas de camino no se ve un alma humana, son cosas a que no pueden resistir muchos; y todavía son menos aquellos que, después de haber salido victoriosos de estas pruebas, tienen bastante valor y fuerza para arrostrarlas de nuevo».

Ya hemos visto el importante descubrimiento geográfico que había recompensado la tenacidad de los exploradores que acababan de recorrer todo el país situado al Norte del río de las

Amazonas entre el Poápayan y las montañas de la Guyana francesa. Los resultados obtenidos en la esfera de las demás ciencias, no eran menos nuevos y abundantes.

Humboldt había observado que entre los indios del alto Orinoco y del Río Negro, existen, tribus extraordinariamente blancas que constituyen una raza muy diferente de las de la costa; y al mismo tiempo pudo estudiar la tribu tan curiosa de los otomaques.

«Esta nación, dice Humboldt, feísima por la pintura que desfigura su cuerpo, cuando el Orinoco viene muy alto y ya no se encuentran en él tortugas, se mantiene durante tres meses casi exclusivamente de la tierra gredosa. Hay individuos que comen hasta libra y media por día. Algunos padres misioneros, pretenden que mezclaban la tierra con grasa sacada de la cola del cocodrilo; pero esto es inexacto. Nosotros encontramos en algunas chozas de los otomaques provisiones de tierra pura para comer, y no le dan más preparación que tostarla ligeramente y humedecerla».

Entre los descubrimientos más curiosos que hizo Humboldt debemos citar los del curare, veneno muy violento que vio confeccionar a los indios catarapenis y maquiritaies y del cual envió una muestra al Instituto francés, y el dapiche, que es un estado particular de la goma elástica hasta entonces desconocido. Es la goma que se ha escapado naturalmente de las raíces de dos árboles, el yacto y el cúrcuma y que se ha secado en tierra.

Este primer viaje de Humboldt, terminó por la exploración de las provincias meridionales de Santo Domingo y de la Jamaica y por una residencia en Cuba, donde los dos viajeros hicieron diferentes experimentos para mejorar la fabricación del azúcar, levantaron el plano de las costas de la isla y se dedicaron también a observaciones astronómicas.

Estas tareas fueron interrumpidas por el anuncio de la partida del capitán Baudin, que según decían, debía doblar el cabo de Hornos y reconocer las costas de Chile y el Perú. Humboldt, que había prometido unirse a esta expedición, salió inmediatamente de Cuba para atravesar la América meridional y hallarse en las costas del

Perú cuando llegara el navegante francés. Pero hasta llegar a Quito no supo que Baudin debía por el contrario entrar en el Pacífico, doblando el Cabo de Buena Esperanza. Por lo demás, todos los pasos del viajero se subordinaron indudablemente al deseo de hallarse en una época determinada en los sitios donde creía poder encontrar a Baudin.

En el mes de marzo de 1801 Humboldt, acompañado de su fiel Bompland, desembarcó en Cartagena desde donde se proponía pasar a Santa Fe de Bogotá, y después a las llanuras elevadas de Quito. A fin de evitar los calores, los dos viajeros fijaron desde luego su residencia en la hermosa población de Turbaco en las alturas que dominan la costa y se ocuparon en preparar su viaje. En una de sus correrías por las inmediaciones visitaron una región muy curiosa, de la cual les habían hablado muchas veces sus guías indios que les llamaban los volcanitos.

Era un cantón pantanoso situado en el centro de un bosque de palmeras y de árboles de tolú a unas dos millas al Este de Turbaco. Una leyenda muy esparcida por el país dice que toda aquella comarca estuvo en otro tiempo en ignición; pero que un santo apagó el fuego con solo arrojar sobre él unas cuantas gotas de agua bendita.

Humboldt halló, en medio de una vasta llanura, unos 20 conos de arcilla gris, de unos 25 pies de altura cuyo orificio en la cima estaba lleno de agua.

Al acercarse a ellos se oye, a intervalos regulares, un sonido hueco, y pocos minutos después se ven salir grandes cantidades de gas. Estos conos, según dicen los indios, se encuentran en el mismo estado desde hace muchísimos años.

Humboldt, reconoció que el gas que se desprendía de aquellos volcanes era un azoe mucho más puro que el que entonces podían producir los laboratorios de química.

Santa Fe está situada en un valle, elevado a 8,600 pies sobre el nivel del mar, cerrado por todas partes por altas montañas y que parece haber sido antiguamente un lago importante. El río Bogotá,

que recoge todas las aguas de este valle, se ha abierto paso al Sudoeste de Santa Fe y cerca de la hacienda de Tequendama, y dejando la llanura y pasando por un estrecho canal, desemboca en la cuenca del de la Magdalena.

De aquí resulta que si se tapara este paso, toda la llanura de Bogotá quedaría inundada reconstituyéndose el gran lago que existía en otro tiempo.

Así como en los Pirineos existe una leyenda sobre la brecha que abrió la espada de Roldan, del mismo modo los indios cuentan que uno de sus héroes llamado Bochica partió las rocas que tapaban el paso y desecó el valle de Bogotá después de lo cual contento de su obra, se retiró a Eraca, donde vivió dos mil años haciendo penitencia e imponiéndose las privaciones más rigurosas.

La catarata de Tequendama, aunque no es la mayor del globo, ofrece un espectáculo grandioso. El río, aumentado con todas las aguas del valle, tiene 170 pies de ancho a poca distancia por encima de la catarata; pero, en el momento en que se interna en el paso abierto entre las rocas que parece haberse formado a consecuencia de algún terremoto, su anchura no excede de 40 pies. La profundidad del abismo donde se precipita el río Bogotá, no es menor de 600 pies, y por encima de esta catarata prodigiosa se levanta constantemente una nube espesa de vapor que vuelve a caer casi en el momento y contribuye poderosamente, según dicen a la fertilidad del valle.

Nada más notable que el contraste entre el valle de este río y el del río de la Magdalena. Arriba el clima y las producciones de Europa, el trigo, y las encinas de nuestro país; abajo las palmeras, la caña de azúcar y todos los vegetales de los trópicos.

Una de las curiosidades naturales más interesantes que nuestros viajeros encontraron en su camino fue el puente de Icononzo que pasaron en setiembre de 1801. En el fondo de una de esas gargantas o cañones tan profundamente encajados, que no se encuentran más que en los Andes, se ha abierto un camino por una estrecha hendidura un riachuelo llamado el Río de Suma Paz; y

sería casi imposible atravesarlo si la naturaleza no hubiera cuidado de disponer, uno encima de otro, dos puentes que están considerado con justo título como maravillas del país. Tres grandes trozos de rocas separados de una de las montañas por el terremoto que produjo aquella grieta gigantesca, cayeron de tal modo que se sostienen mutuamente y forman un arco natural al cual se llega por un estrecho sendero formado al borde del precipicio.

En medio de este puente, hay una ancha abertura por la cual se descubre la profundidad casi insondable del abismo por cuyo fondo corre el torrente con un ruido espantoso entre los gritos incesantes de las aves que revoloteaban a millares.

A 60 pies más arriba de este puente se halla otro de 50 pies de longitud por 40 de anchura y cuyo espesor en el centro no pasa de ocho pies. Los naturales han establecido en él a guisa de parapeto una débil balaustrada de cañas, desde donde el viajero puede ver la escena majestuosa que se desarrolla a sus pies.

Las lluvias y las dificultades del camino hicieron muy penosa la marcha hasta Quito. Sin embargo, Humboldt y Bompland no se detuvieron en esta ciudad sino el tiempo estrictamente necesario para descansar, y después volvieron al valle de la Magdalena y a los magníficos bosques que alfombran las laderas del Quindiu en los Andes centrales.

El paso de esta montaña se tiene por uno de los más difíciles de la Cordillera. En la estación más favorable se necesitan por lo menos doce días para atravesar sus bosques, en los cuales no se encuentra ni un hombre, ni nada con que poderse alimentar. El punto culminante se levanta a 12,000 pies sobre el nivel del mar, y el sendero que hay que seguir no tiene en muchos sitios un pie de anchura. Generalmente se pasa por estos sitios sentado y atado sobre una silla que los indios cargueros llevan a la espalda a manera de mochila.

Preferimos hacer el camino a pie, dice Humboldt en una carta a su hermano, y siendo el tiempo muy bueno no invertimos más que diez y siete días en atravesar estas soledades, donde no se

encuentran vestigios de que hayan estado nunca habitadas. En ellas se duerme en cabañas formadas de hojas de heliconia que el viajero lleva expresamente consigo.

A la bajada occidental de los Andes hay pantanos donde el caminante se hunde hasta las rodillas. El tiempo cambió allí; los últimos días llovía a torrentes; nuestras botas se pudrieron en las piernas y llegamos a Cartago con los pies desnudos y cubiertos de cardenales, pero enriquecidos con una hermosa colección de plantas nuevas.

»De Cartago fuimos a Popayan por Buga atravesando el hermoso valle del río Cauca y teniendo siempre al lado la montaña de Choca y las minas de platino que allí se encuentran.

Permanecimos en Popayan todo el mes de noviembre del año 1801 y visitamos desde allí las montañas basálticas de Julusuito, las bocas del volcán de Purace que, con un ruido espantoso, desprende vapores de agua hidrosulfurosa, y los granitos porfíricos de Pische...

Quedábanos por vencer la mayor dificultad para pasar de Popayan a Quito. Fue preciso atravesar los paramos de Pasto y esto en la estación de las lluvias que había comenzado ya. Se llama páramo en los Andes todo sitio a la altura de 1,700 o 2,000 toesas donde la vegetación cesa y donde se siente un frío que penetra hasta los huesos. Para evitar los calores del valle de Patia, donde en una sola noche se suelen adquirir fiebres que duran tres o cuatro meses, y que se conocen con el nombre de calenturas de Palia, pasamos por precipicios espantosos hasta la cima de la cordillera para ir de Popayan a Almaguer y de allí a Pasto, situada al pie de un volcán terrible.

Toda la provincia de Pasto es una meseta helada, casi por encima del punto donde puede llegar la vegetación y rodeada de volcanes y solfataras que desprenden continuamente torbellinos de humo. Los habitantes no tienen por alimento más que la patata, y si les falta se ven reducidos a mantenerse del fruto de un arbolillo llamado achupalla que les disputan los osos de los Andes.

Humboldt y Bompland, después de calarse de agua durante dos meses día y noche y haber estado a punto de ahogarse cerca de la ciudad de Ibarra a consecuencia de una crecida subida del río acompañada de un terremoto, llegaron el 6 de enero de 1802 a Quito, donde el marqués de Selva Alegre les ofreció una hospitalidad cordial y espléndida.

La ciudad de Quito es hermosa; pero el vivísimo frío y la inmediación de la montañas peladas que la rodean, hacen de ella una triste residencia. Desde el gran terremoto del 4 de febrero de 1797 la temperatura se había enfriado considerablemente, y Bouguer que observó en Quito una temperatura constantemente de 15 a 16°, se hubiera admirado mucho al verla a poco más de 4° de Reaumur. El Cotopaxi y el Pichincha; el Antisana y el Illnaza, bocas diferentes de un mismo foco plutónico, fueron examinados minuciosamente por los dos viajeros los cuales permanecieron quince días en las inmediaciones de cada uno de ellos.

Humboldt llegó dos veces hasta el borde del cráter del Pichincha a donde nadie había llegado hasta entonces a excepción de La Condamine.

«Hice mi primer viaje, dice, solo con un indio. Como La Condamine se había acercado al cráter por la parte baja de sus bordes cubierta de nieve, por allí hice yo mi primera tentativa siguiendo sus huellas. Pero estuvimos a punto de perecer: el indio cayó en un barranco hasta el pecho y vimos con horror que habíamos caminado por un puente de nieve helada, porque a pocos pasos de nosotros había agujeros por donde entraba la claridad del día.

Nos hallábamos, pues, sin saberlo sobre bóvedas que se sostienen en el cráter mismo. Asustado, pero no desconcertado, cambié de plan. Del recinto del cráter salen lanzándose por decirlo así sobre el abismo, tres picos, tres rocas que no están cubiertas de nieve porque los calores que exhala la boca del volcán la derriten sin cesar. Subí a una de estas rocas y hallé en mi cima, una piedra que, estando sostenida por un lado solamente y minada por debajo,

se lanzaba en forma de balcón sobre el precipicio. Esta piedra no tiene sino unos 12 pies de longitud por 6 de anchura y está fuertemente agitada por sacudidas frecuentes de terremotos de las cuales contamos 18 en menos de treinta minutos. Para examinar bien el fondo del cráter nos echamos boca abajo, y no creo que la imaginación pueda figurarse una cosa más triste, más lúgubre y más espantosa que la que vimos entonces. La boca del volcán forma un agujero circular de cerca de una legua de circunferencia y cuyos bordes, cortados a pico, están cubiertos de nieve por arriba. Lo interior tiene un color negro intenso; pero el abismo es tan grande, que se distinguen las cimas de varias montañas que hay en él. Sus vértices parecían estar a 300 toesas debajo de nosotros; de donde puede juzgarse a qué distancia se encontrará la base.

»No dudo que el fondo del cráter está al nivel de la ciudad de Quito. La Condamine había encontrado este volcán apagado y aún cubierto de nieve; pero nosotros teníamos que llevar a la ciudad de Quito la triste noticia de que el volcán que está más inmediato a ella se encuentra actualmente en actividad».

En el volcán de Antisana Humboldt subió hasta 2,773 toesas; pero la sangre que brotaba de los labios, de los ojos y de las narices de los viajeros les impidió subir más arriba. En cuanto al Cotopaxi, les fue imposible llegar a la boca de su cráter.

El 9 de junio de 1802 Humboldt acompañado como siempre de Bompland, salió de Quito para examinar el Chimborazo y el Tunguragua y llegaron a acercarse hasta la distancia de 250 toesas de la cima del primero de estos volcanes. Los mismos accidentes que hablan experimentado en el Antisana, les obligaron a retroceder. En cuanto al Tunguragua su cima se hundió en el terremoto de 1797; y su altura, calculada por La Condamine en 2,620 toesas, fue estimada por Humboldt a su vez en 2,531.

De Quito los viajeros se dirigieron al río de las Amazonas, pasando por Lactacunga, Hambato y Rio-Bamba, país devastado por el terremoto de 1797 y donde se habían ahogado bajo el agua y el cieno más de 40,000 habitantes. Al bajar los Andes, Humboldt y

sus compañeros pudieron admirar las ruinas de la calzada de Yoga, que va del Cuzco a Asuay, llamada el camino del Inca. Estaba enteramente construida de piedras labradas y bien alineadas y parecía uno de los más hermosos caminos romanos. En los mismos alrededores se encuentran las ruinas del palacio del Inca Tupa-Yupangui, cuya descripción dio La Condamine en las Memorias de la Academia de Berlín.

Después de diez días de residencia en Cuenca, Humboldt pasó al distrito de Jaen, levantó el mapa del Marañón hasta el río Napo; y merced a las observaciones astronómicas que pudo hacer, llenó los vacíos que presentaba el levantado por La Condamine.

El 23 de octubre de 1802 hizo su entrada en Lima, donde pudo observar con buen éxito el paso de Mercurio.

Después de un mes de residencia en esta capital, salió para Guayaquil, y de allí por mar se dirigió a Acapulco en la Nueva España.

La más prodigiosa de observaciones que Humboldt recogió durante el año que residió en este país, y que le puso en disposición de publicar su *Ensayo sobre la Nueva España*, bastaría para probar, si fuese necesario después de lo que hemos dicho de sus expediciones anteriores, cuánta era su afición al estudio y cuán grandes eran su indomable energía y su prodigiosa facultad de trabajo.

Al mismo tiempo que se ocupaba en estudiar las antigüedades y la historia de México, el carácter, las costumbres y la lengua de los habitantes, hacia observaciones de historia natural, de física, de química, de astronomía y de geografía. Esta universalidad de conocimientos es verdaderamente asombrosa.

Las minas de Tasco, de Moran, de Guanajuato, que producían muchos millones de duros al año atrajeron desde el principio la atención de Humboldt cuyos primeros estudios habían tenido por objeto la geología. Después observó el volcán de Jurullo, que el 29 de setiembre de 1759, en medio de una llanura inmensa, a 36 leguas del mar y a más de 40 de todo foco volcánico, había surgido

de la tierra y formado una montaña de cenizas y de escorias de 1,700 pies de altura.

En México los dos viajeros hallaron todos los recursos necesarios para poner en orden las colecciones inmensas que habían reunido, clasificar y coordinar sus observaciones y preparar el atlas geológico que iban a publicar.

En fin, en el mes de enero de 1804 salieron de México para reconocer la vertiente oriental de las Cordilleras y medir los dos volcanes gigantescos de Puebla.

«El Popocatepell, dice Desborough Cooley está constantemente en actividad porque desde hace siglos su cráter no vomita más que humo y cenizas.

Tiene 2,000 pies más que las montañas mayores de Europa y es al mismo tiempo es monte más elevado de Nueva España. La gran cantidad de nieve que acababa de caer no impidió a Humboldt subir al Cofre, pico que está 1,300 pies más alto que el de Tenerife.

Desde la cima de este monte se descubre una vista tan extensa como variada en que están las llanuras de Puebla y la vertiente oriental de las cordilleras de México, cubierta de espesos bosques de liquidambar, de helechos arborescentes y de plantas sensitivas. Desde allí pudieron distinguir nuestros viajeros el puerto de Vera Cruz, el Castillo de San Juan de Ulua y las orillas del mar.

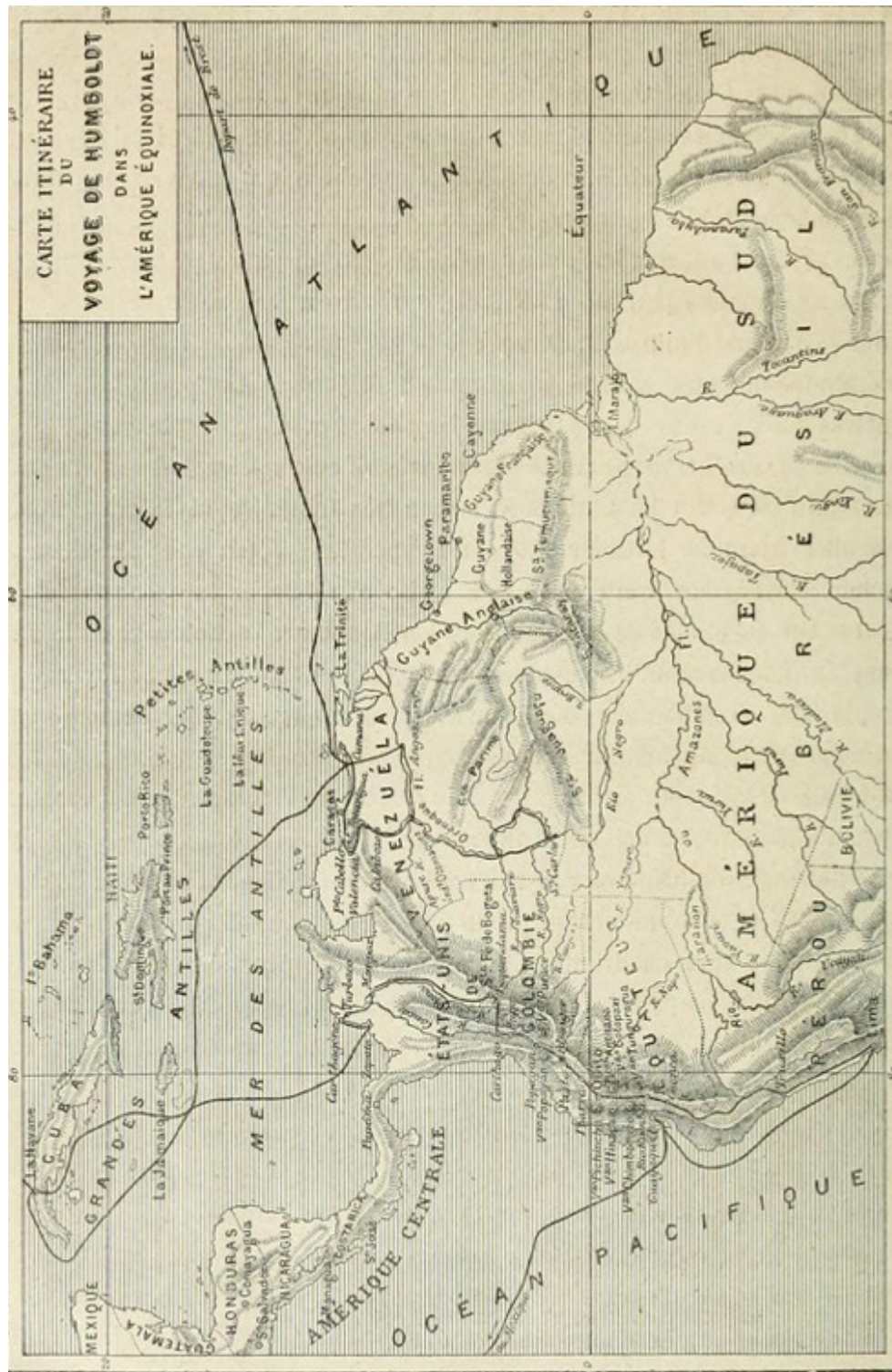
»Esta montaña debe su nombre de Cofre a una roca pelada de forma piramidal que se levanta en su cima como una torre a la altura de 400 a quinientos pies.«

Humboldt, después de esta última exploración, bajó a Vera Cruz, tuvo la fortuna de librarse de la fiebre amarilla que a la sazón devastaba el país, pasó a la Habana, donde en 1800 había dejado la mayor parte de sus colecciones, dedicó algunas semanas en Filadelfia al estudio, necesariamente breve, de la constitución política de los Estados-Unidos, y volvió a Europa en el mes de agosto de 1804.

Los resultados de los viajes de Humboldt fueron tales, que puede decirse que fue el verdadero descubridor de la América Equinoccial.

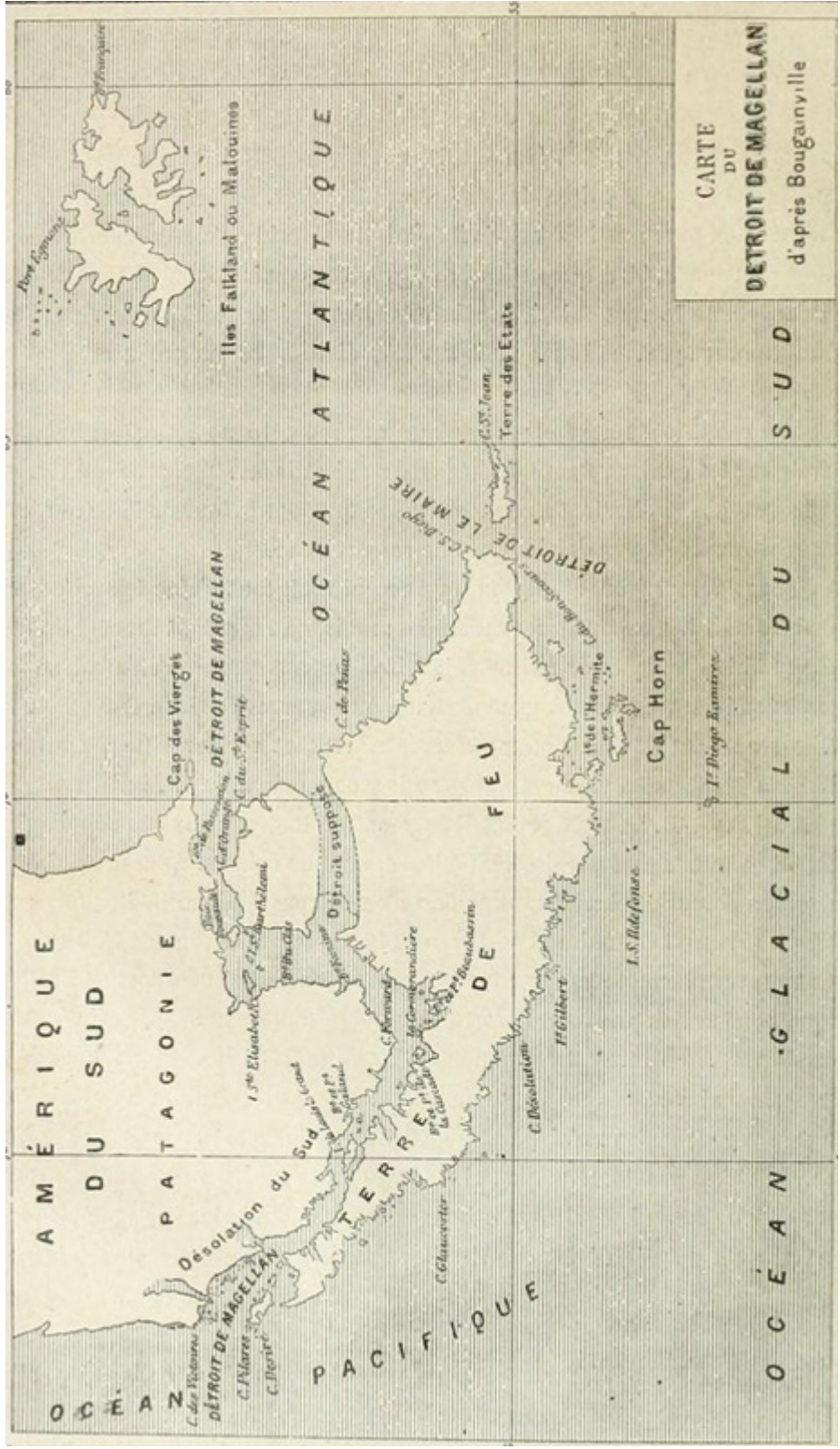
Antes de él se explotaba aquella tierra sin conocerla y se ignoraban muchas de las innumerables riquezas que contiene.

Preciso es proclamar altamente que ningún viajero había hecho dar paso tan grande a la geografía física, y a todas las ciencias que con ella se relacionan Humboldt es el tipo acabado de los viajeros.



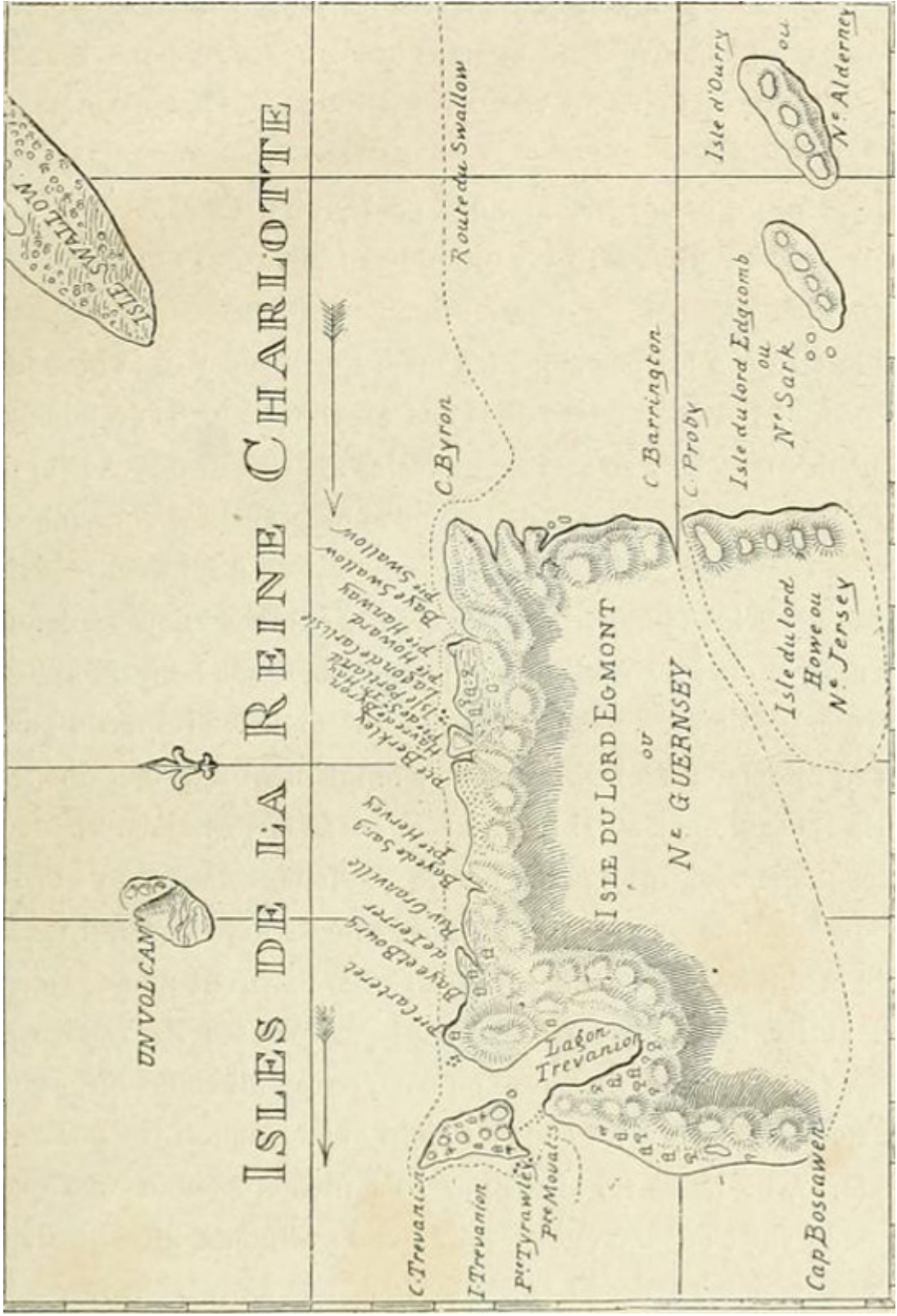
FIN

MAPAS



CARTE
DU
DETROIT DE MAGELLAN
d'après Bougainville

O C É A N - G L A C I A L D U S U D



ISLES DE LA REINE CHARLOTTE

ISLE DU LORD EGMONT
ou
N° GUERNSEY

ISLE D'OURRY
ou
N° ALDERNEY

ISLE DU LORD EDGECOMB
ou
N° SARK

ISLE DU LORD
HOWE ou
N° JERSEY

UN VOLCAN

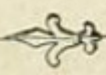
ISLE SMALTON

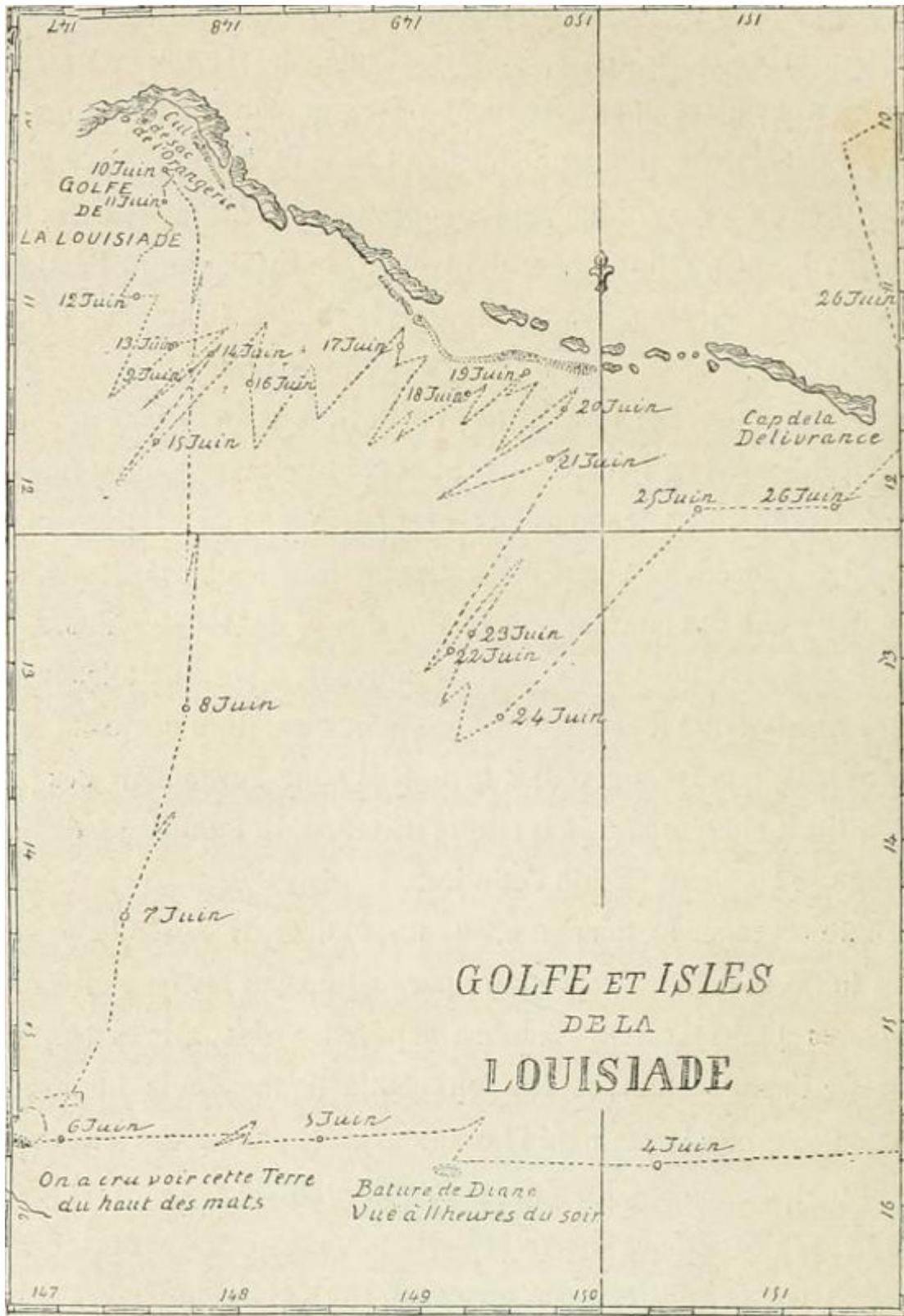
C. Trevanion
I. Trevanion
P. Tyrrawlé
P. Mouatés

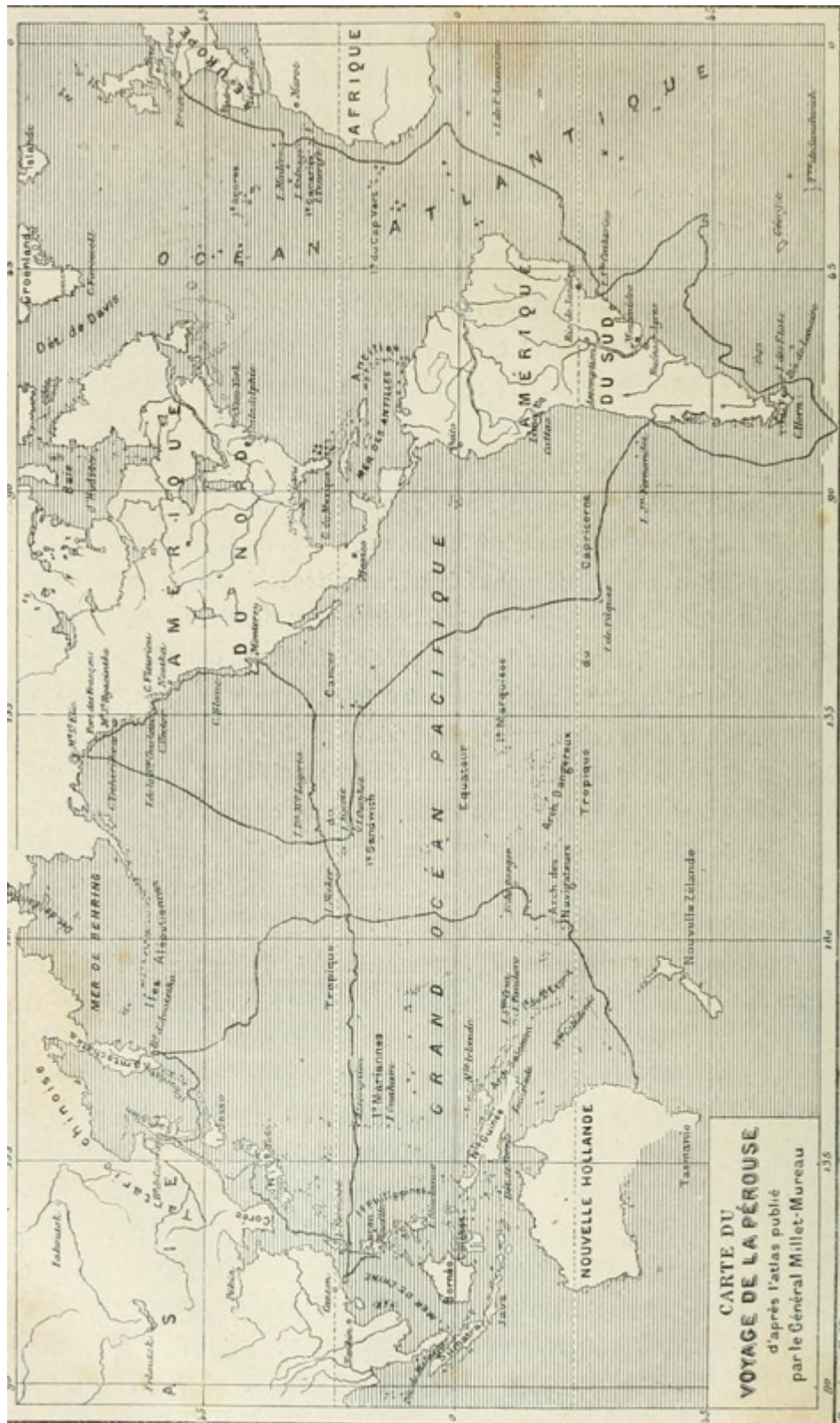
P. Berklez
P. de l'Erre
Lagon Trevanion
P. de l'Harvard
Baye de Saeg
P. de l'Erre
P. de l'Harvard
Baye de l'Harvard
P. de l'Harvard
C. Byron
Routte du Swallow

C. Barrington
C. Proby

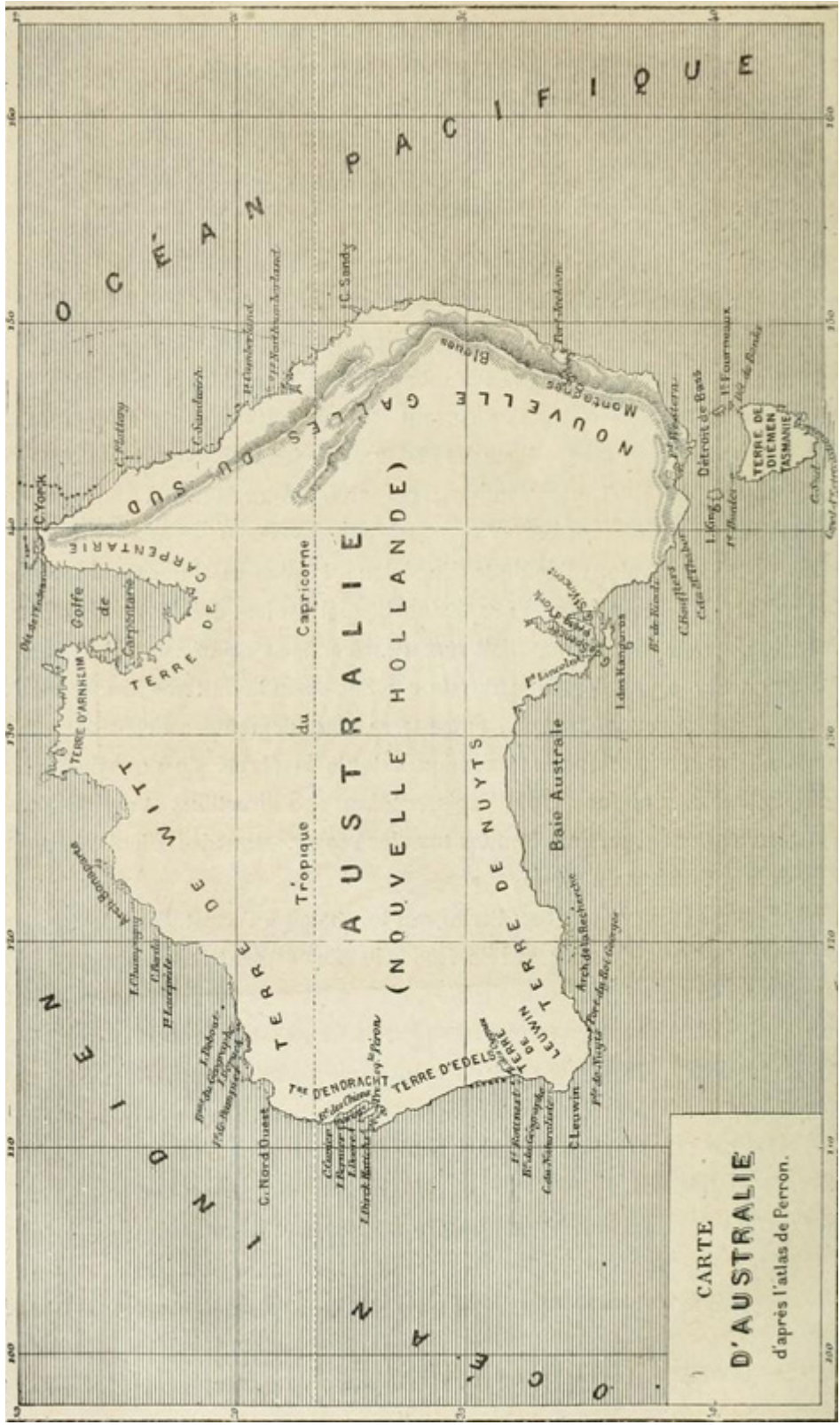
Cap Boscawen



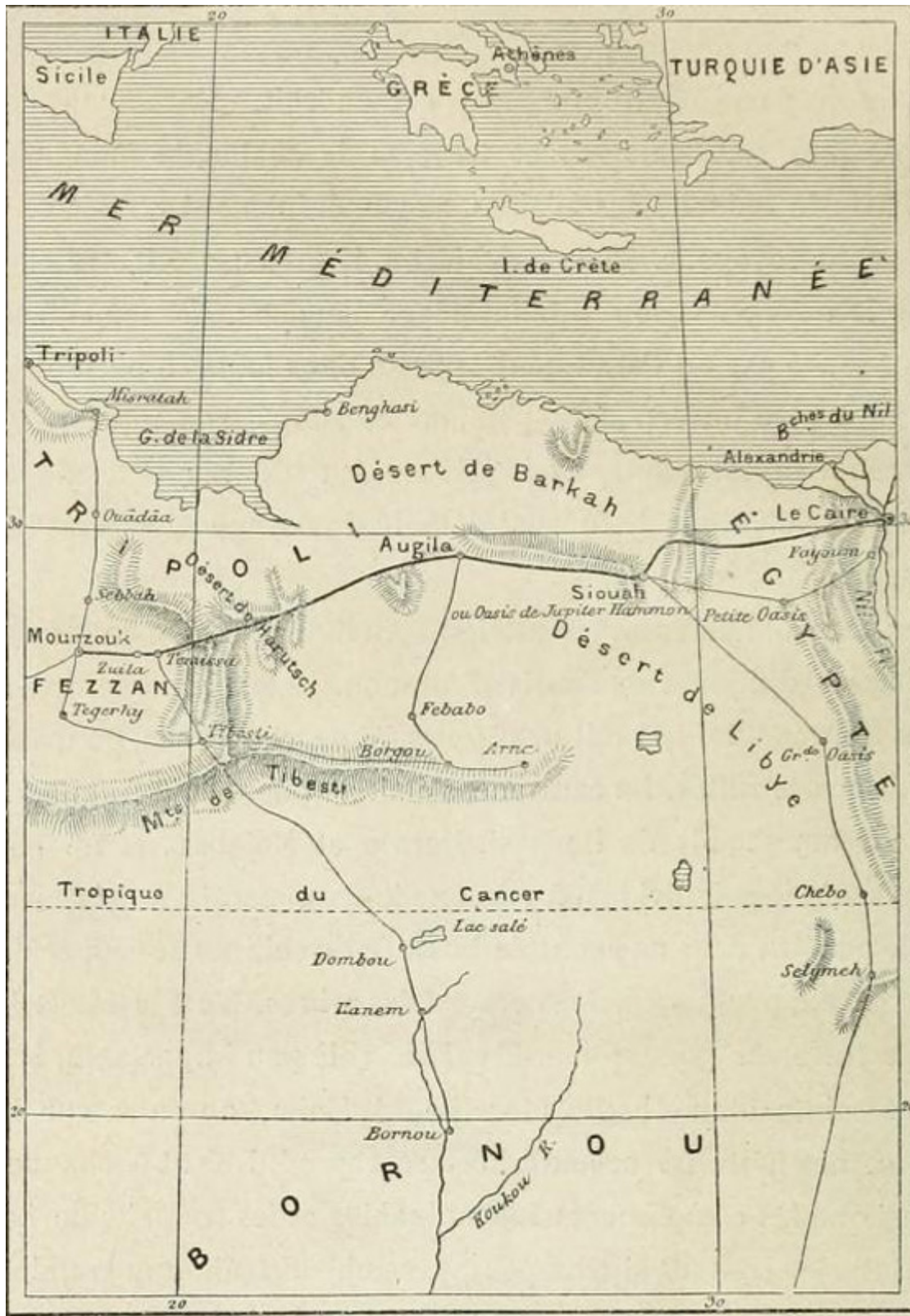


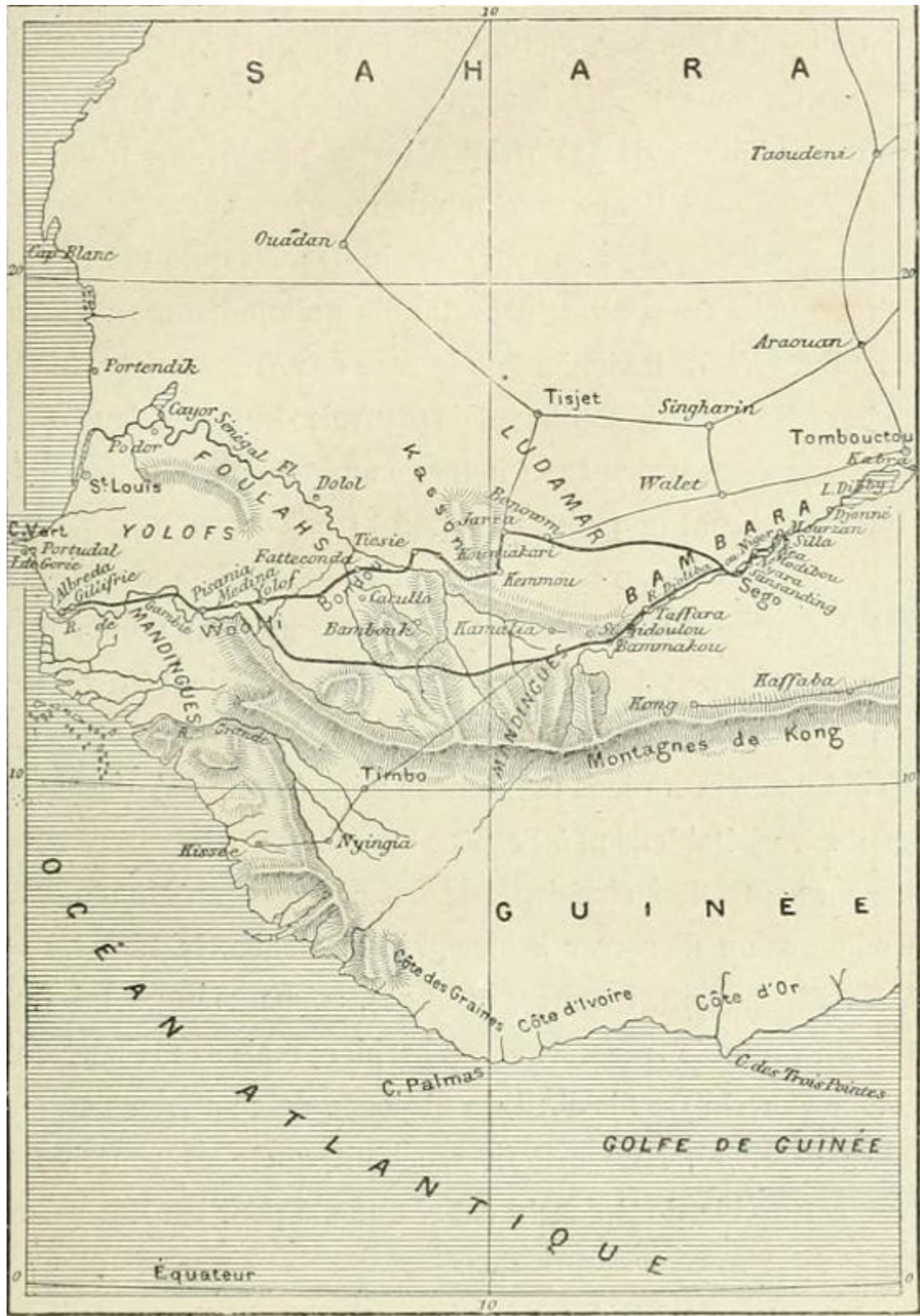


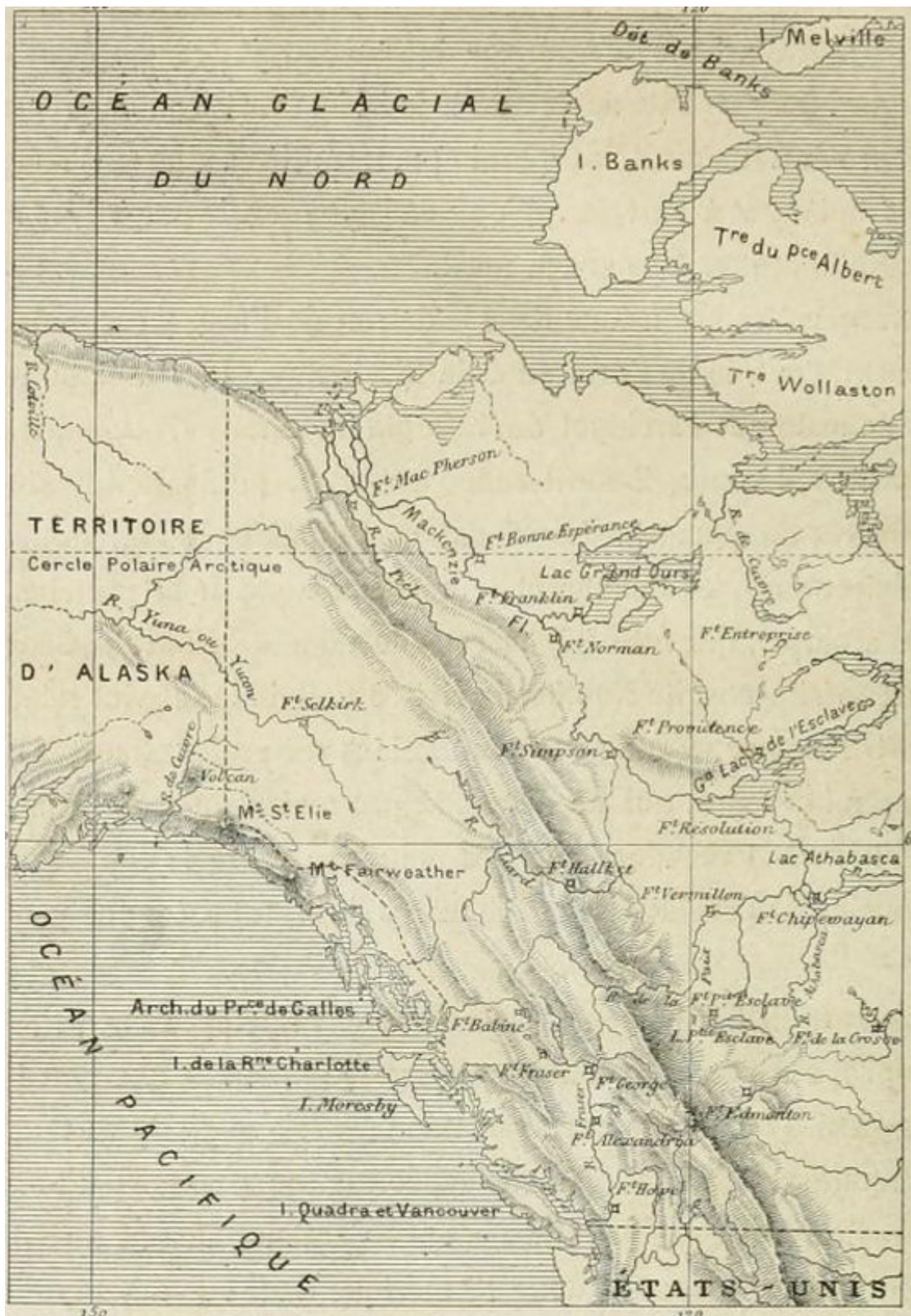
CARTE DU VOYAGE DE LA PÉROUSE
 d'après l'atlas publié
 par le Général Millet-Mureau



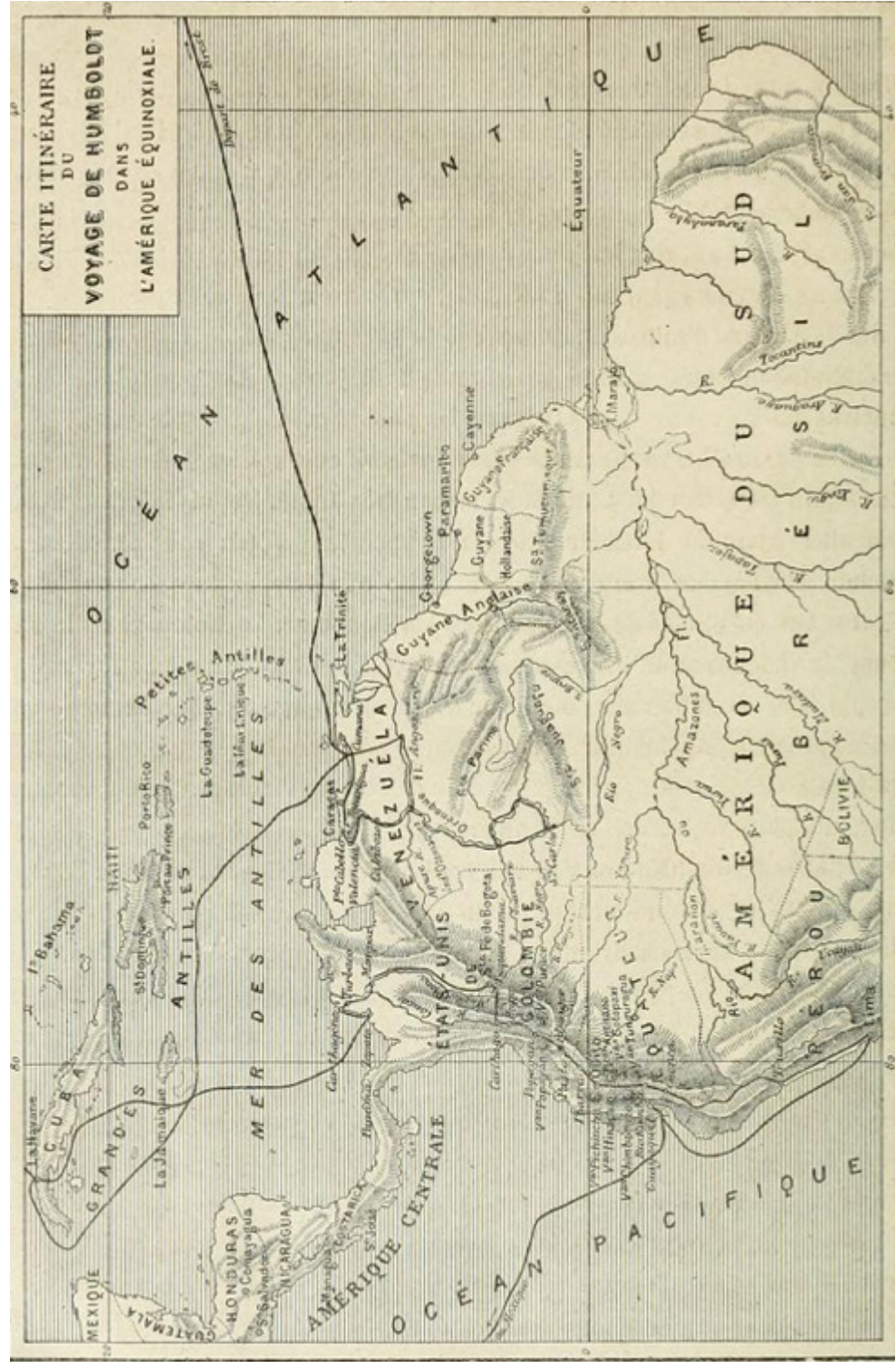
CARTE
D'AUSTRALIE
 d'après l'atlas de Ferron.



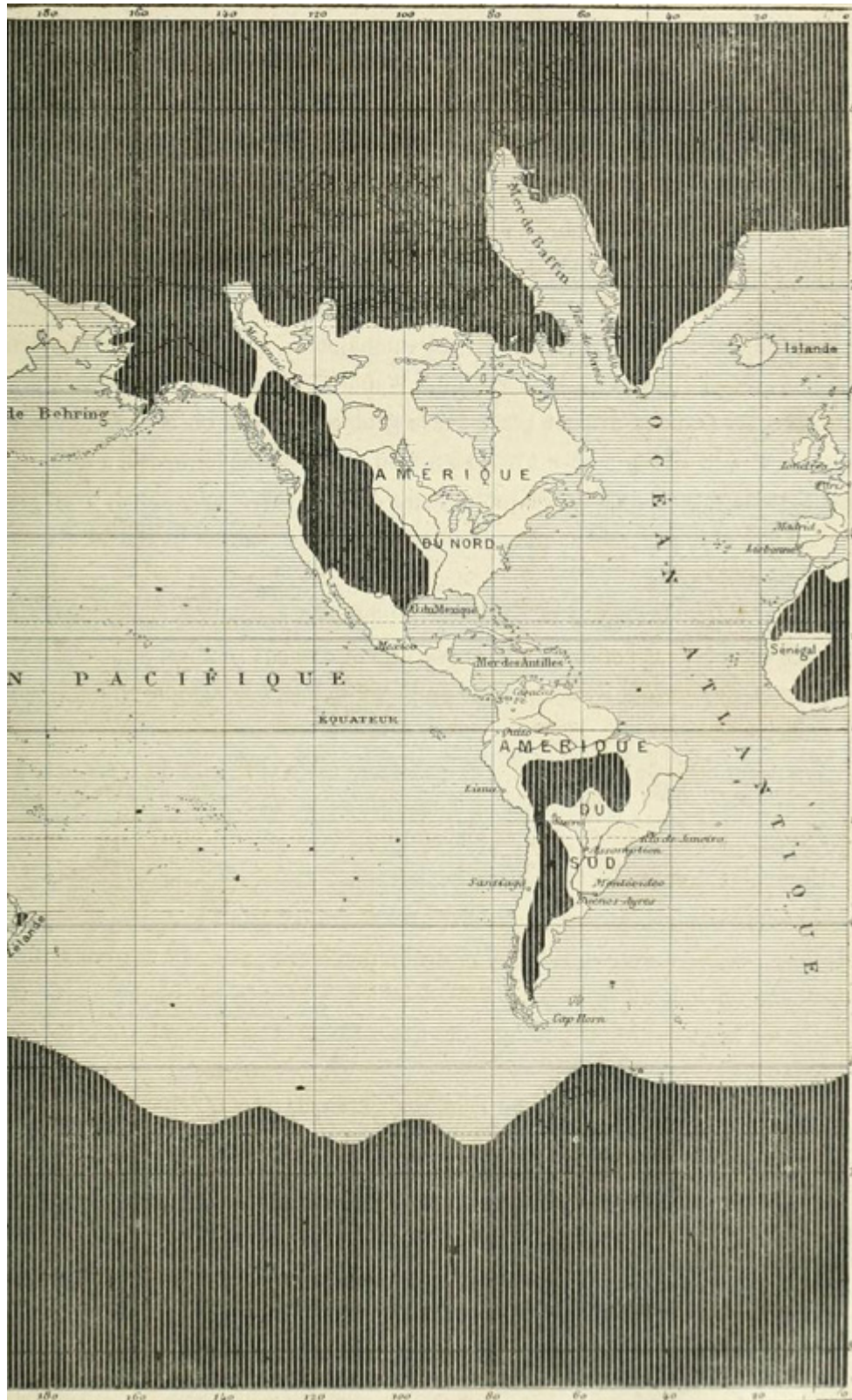




**CARTE ITINÉRAIRE
DU
VOYAGE DE HUMBOLDT
DANS
L'AMÉRIQUE ÉQUINOXIALE.**









JULES VERNE. Jules Gabriel Verne (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras. Es considerado junto a H. G. Wells uno de los padres de la ciencia ficción. Es el segundo autor más traducido de todos los tiempos, después de Agatha Christie, con 4185 traducciones, de acuerdo al *Index Translationum*. Algunas de sus obras han sido adaptadas al cine. Predijo con gran exactitud en sus relatos fantásticos la aparición de algunos de los productos generados por el avance tecnológico del siglo xx, como la televisión, los helicópteros, los submarinos o las naves espaciales. Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.